

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y
EMPRESARIALES



POBLACIÓN, COSTE DE LA VIDA, PRODUCCIÓN
AGRARIA Y RENTA DE LA TIERRA EN ANDALUCÍA
OCCIDENTAL, 1521-1800

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Manuel González Mariscal

Bajo la dirección del doctor

Enrique Llopis Agelán

MADRID, 2013

POBLACIÓN, COSTE DE LA VIDA,
PRODUCCIÓN AGRARIA Y RENTA
DE LA TIERRA EN ANDALUCÍA
OCCIDENTAL, 1521-1800

DOCTORANDO: MANUEL GONZÁLEZ MARISCAL
DIRECTOR DE TESIS: ENRIQUE LLOPIS AGELÁN

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
MAYO DE 2013

A mis padres

ÍNDICE

ATRIO.....	5
------------	---

PRIMERA PARTE: TRANSEPTO

Capítulo 1. Andalucía occidental: el marco geográfico y la población, 1521-1800

1. Introducción.....	10
2. El marco geográfico.....	12
3. Los registros bautismales y los índices de bautizados.....	18
4. Los recuentos de población y la estimación de habitantes.....	54
5. Conclusiones.....	65
Bibliografía.....	71

Capítulo 2. Precios, alimentación, pautas de consumo y coste de la vida en Sevilla, 1521-1800

1. Introducción.....	78
2. Precios, alimentación y pautas de consumo.....	84
3. El índice del coste de la vida.....	139
4. Conclusiones.....	165
Bibliografía.....	169

SEGUNDA PARTE: CENTRO

Capítulo 3. La producción agraria y el producto agrario por habitante en el arzobispado de Sevilla, 1521-1800

1. Introducción.....	176
2. Fuentes y métodos.....	181
3. Débil crecimiento y descenso del producto agrario por habitante.....	201
4. Conclusiones.....	218
Bibliografía.....	221

Capítulo 4. Propiedad, explotación y renta de la tierra en Sevilla

1. Introducción.....	229
2. El proceso de formación del patrimonio territorial de la mayordomía de la mesa capitular, 1248-1500.....	234
3. Las propiedades territoriales de la mayordomía de la mesa capitular, 1500-1700.....	240
4. La explotación y la renta de la tierra.....	286
5. Conclusiones.....	307
Bibliografía.....	310

CRUCERO.....	313
--------------	-----

ATRIO

Ocupado doctor, la tesis cuya lectura y análisis se dispone a emprender tiene como objetivo fundamental la construcción de diversas series estadísticas de variables económicas en Andalucía occidental durante la Edad Moderna y su posterior estudio en el transcurso del tiempo. Nuestra intención última consiste en tratar de desentrañar las causas que determinaron los comportamientos que éstas reproducen con el paso de los años. En un primer momento, se nos encomendó la tarea de averiguar la trayectoria de la renta agraria y para ello, nos servimos —haciendo uso de los fondos documentales del Archivo de la Catedral de Sevilla (ACS)— de la puesta en arrendamiento del importante patrimonio en tierras que poseía la mesa capitular del cabildo eclesiástico hispalense. Ello nos hizo descubrir una fuente primaria de gran calidad para la historia económica, con excepcionales condiciones para la reconstrucción de variables económicas en el largo plazo. De este modo, nos propusimos como segundo empeño la reconstrucción de la evolución de la producción agraria en los territorios del arzobispado de Sevilla a partir de la principal fuente de ingresos del cabildo: la percepción de los derechos diezmales. Como una parte sustancial de ellos y la porción más importante del arrendamiento de tierras era ingresado en numerario, nos vimos obligados a confeccionar un índice de precios que nos permitiese deflactar las series consignadas en moneda corriente. No fue necesaria la exploración de otro archivo, pues en el mismo, encontramos los libros de cuentas del hospital de Santa Marta y el colegio de San Isidoro, que nos posibilitaron el acopio de precios y el estudio de los cambios en la alimentación y las pautas de consumo de los sevillanos. Finalmente, también nos inclinamos por estudiar el movimiento de la población —contando para ello con las cifras arrojadas por diversos censos y vecindarios, por un lado, y con los datos obtenidos de numerosos registros bautismales, por otro— con el propósito de poder hallar el producto agrario por habitante y el vínculo existente entre el resto de variables

y esta última. En definitiva, estos cuatro asuntos constituyen, básicamente, los temas fundamentales de análisis de nuestra tesis doctoral: es decir, población, coste de la vida, producción agraria y renta de la tierra. A continuación pasamos a referir mínimamente la estructura y organización de la misma.

La tesis da inicio con una breve introducción —el atrio—, se encuentra dividida en dos partes —transepto y centro— y cuatro capítulos, y da fin con las conclusiones más importantes que se alcanzaron en el desarrollo de la misma —el crucero—. El remate a toda esta estructura tendría que estar constituido por el presbiterio, en cual íbamos a tratar la evolución de los salarios y los niveles de vida de la población sevillana, pero una serie de infortunios y el siempre escaso tiempo nos han imposibilitado, por el momento, llevar a buen término nuestros deseos.

La primera de las partes —transepto— fue pensada en un principio para englobar temas transversales de cariz netamente instrumental que nos sirviesen para poder desplegar todo el potencial de los temas abordados en el núcleo central de la tesis. Sin embargo, sin haberles despojado de ese carácter inicial para el que fueron concebidos, se han ampliado sus horizontes y han tomado entidad propia, por lo que su interés va mucho más allá de la mera funcionalidad que se les otorgó en ese primer momento. Geografía, demografía y precios o, alternativamente, territorio, población, alimentación, pautas de consumo y coste de la vida. Esos son fundamentalmente los asuntos tratados en esta pieza de la tesis. De este modo, en el capítulo primero delimitamos y describimos el espacio geográfico al que se ciñe nuestro trabajo, esto es, los territorios encuadrados dentro de la demarcación del arzobispado de Sevilla, espacio que aproximadamente se correspondería con las actuales provincias de Sevilla, Huelva y la mitad septentrional de la provincia de Cádiz. Además, a partir de varios censos y de registros bautismales trataremos de contabilizar los efectivos humanos de los que disponía la región y su evolución a lo largo del período de tiempo estudiado. Por su parte, en el capítulo segundo elaboramos un índice del coste de la vida para la ciudad de Sevilla a partir de la documentación contable de distintos hospitales, con el cual poder descontar el efecto provocado por los precios en aquellas variables percibidas por el cabildo en numerario para, de este modo, obtenerlas en términos reales. Debido a que gran parte de la calidad y fiabilidad de un índice de precios recae sobre la apropiada asignación de ponderaciones a los distintos productos que integran la cesta de consumo,

decidimos emprender un estudio sobre la alimentación y las pautas de consumo en la ciudad hispalense a partir de la misma documentación. De todo ello se da detallada muestra en este segundo capítulo.

La segunda parte —centro— conforma, formalmente como ya hemos dicho, el núcleo de nuestra tesis doctoral. Consta de dos capítulos: en el primero de ellos (capítulo tercero), se presenta la institución que ha constituido la piedra basal a partir de la cual hemos podido levantar el grueso de nuestro trabajo, esto es, se aborda la organización económica del cabildo de la catedral de Sevilla y de las dos administraciones que lo integran, la mesa capitular y la fábrica. A partir del principal ingreso de la mesa capitular del cabildo de la catedral de Sevilla, el diezmo, reconstruiremos la evolución del producto agrario en los territorios pertenecientes al arzobispado hispalense. Mientras tanto, en el capítulo 4, tomando como punto de partida el patrimonio en tierras que la mesa capitular atesoraba dispersas por la actual provincia de Sevilla y la parte más oriental de la Huelva, analizamos la propiedad agraria, su explotación y la renta de la tierra. Finalmente, la tesis se cierra con el crucero, apartado en el cual se recogen las principales conclusiones a las que se hayan llegado en el desarrollo de la investigación.

A pesar de la apariencia que pueda resultar de este andamiaje con aspecto de cruz latina —o incluso de árbol taxonómico de Porfirio— con el que hemos organizado la tesis doctoral, en realidad, como se tendrá ocasión de comprobar con su lectura, su ordenación interna se asemeja de manera más nítida y tiene más que ver con un modelo epistemológico en forma de rizoma, en el cual, los elementos no siguen líneas de subordinación jerárquica sino que cualquier elemento posee la facultad de incidir o alterar a cualquiera de los otros, de tal modo que podemos afirmar que nuestro trabajo carece realmente de centro ya que cada una de las partes se constituye a la vez en raíz, tallo y rama, sin importar la posición que tomen en la tesis.

PRIMERA PARTE

TRANSEPTO

CAPÍTULO 1

Andalucía occidental: el marco geográfico y la población, 1521-1800¹

1. INTRODUCCIÓN

Dos son los objetivos fundamentales de este primer capítulo: por una parte, delimitar el marco geográfico al que se ciñe nuestro estudio y señalar sus principales características; en segundo término, cuantificar los efectivos humanos con los que contaba la demarcación territorial por definir y estudiar su evolución entre 1521 y 1800. Para esta última empresa nos serviremos de las cifras arrojadas por diversos vecindarios y censos demográficos, además de por los libros de bautizados de hasta cincuenta y nueve localidades. Mediante el cruce de datos de ambas fuentes documentales, someteremos los siempre cuestionados recuentos de población a pruebas de fiabilidad para, llegado el caso, corregir su contenido al alza o a la baja, según corresponda. Asimismo, prestaremos especial atención a la evolución por provincias de los índices de bautizados, con la intención de desentrañar la naturaleza de las diferencias observadas.

¹ El acopio de información sobre bautizados en distintas localidades del occidente andaluz ha sido posible gracias a la financiación proporcionada por los proyectos de investigación SEJ2005-050707/ECON y HAR2009-12436/HIST del Ministerio de Educación y Ciencia, y por el grupo de investigación en Historia Económica de la Universidad de Sevilla (SEJ-107). Nos gustaría agradecer las facilidades otorgadas por los párrocos y archiveros en el desempeño de nuestra labor de investigación. Este capítulo es deudor de las indicaciones, consejos y ayuda de diversa índole prestada por Enrique Llopis Agelán, Santiago Piquero Zarauz, Ángel Luis Velasco Sánchez, Manuel Fernández Chaves, Rafael Mauricio Pérez García, Ramón Lanza García, Antonio Luis López Martínez y Francisco Javier Vela Santamaría. Además, en la áspere tarea de recolectar datos sobre aguados por los archivos parroquiales de ciertos pueblos andaluces contamos y nos servimos de la solícita e inestimable asistencia de Samira Belkacem, Manuel González Cuaresma, Valeria Saura, Felipe José Fernández Garrido y Puerto Fernández Rodríguez. Nos sentimos complacidos por la desinteresada generosidad de todos ellos.

Las principales aportaciones que nuestro trabajo puede suponer para la investigación en demografía histórica pasan por ofrecer —por primera vez— cifras concretas clasificadas por provincias sobre la evolución de la población de Andalucía occidental en la Edad Moderna; por elaborar un sólido índice de bautizados para la mencionada subregión a partir del uso de una muestra de acristianados en una cantidad de localidades que mejora sustancialmente a la que se venía manejando hasta la fecha, y ello, a base de hacer acopio de la dispersa información publicada al respecto y de recabar nuevos datos para un mayor número de poblaciones; en tercer lugar, por calcular un nuevo índice de bautismos para la totalidad de la región andaluza, así como para las dos subregiones en las que tradicionalmente se ha dividido su territorio (los resultados obtenidos, como tendremos ocasión de comprobar, vienen a matizar —en algunos casos y períodos— y/o a modificar de manera fundamental —durante el curso de otras fases y en comparación con otros territorios— la percepción que se tenía del comportamiento demográfico andaluz en el Antiguo Régimen); y, finalmente, por utilizar una importante cantidad de censos y vecindarios (alguno de los cuales no había sido aún tratado en profundidad para el estudio de la demografía histórica andaluza) y contrastar su fiabilidad, siendo los más importantes entre ellos, la averiguación de la Corona de Castilla de 1525-40, el *censo de los Obispos* de 1587, el *censo de la Sal* de 1631, el *vecindario de la Ensenada* de 1752 y el *censo de Floridablanca* de 1787².

En la estructuración y desarrollo del capítulo hemos tomado como guía principal el documento de trabajo publicado por el Grupo Complutense de Historia Económica Moderna acerca de la población y la producción agraria en la provincia de Guadalajara durante la Edad Moderna³, colectivo del que formamos parte y cuya finalidad última pasa por la reconstrucción del movimiento de la población y del producto agrario en la España de los siglos XVI, XVII y XVIII⁴. De este modo, el capítulo queda organizado

² Las referencias bibliográficas de cada uno de los recuentos poblacionales son, respectivamente, CARRETERO ZAMORA (2008), INE (1982), PIQUERO y FERNÁNDEZ (2012), CAMARERO y CAMPOS (1991) e INE (1989). Queremos agradecer especialmente a Santiago Piquero habernos facilitado los datos del *censo de la Sal* correspondientes a la Andalucía occidental. Se trata de un documento de gran calidad recientemente descubierto para su estudio, de ahí el gran valor que atesora, más aún teniendo en cuenta el yermo paisaje demográfico que hasta su hallazgo asolaba al siglo XVII español.

³ GRUPO COMPLUTENSE DE HISTORIA ECONÓMICA MODERNA (2011).

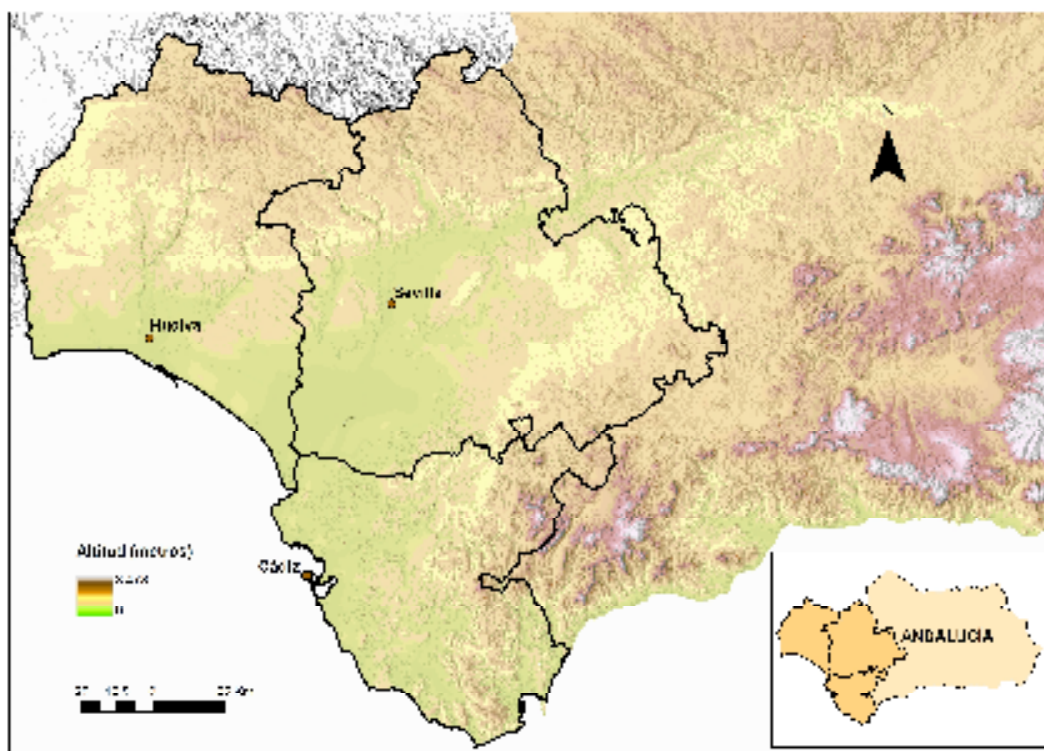
⁴ Entre los trabajos con firma de componentes del grupo que han visto la luz se encuentran: HERNÁNDEZ GARCÍA y PÉREZ ROMERO (2008); LLOPIS y GONZÁLEZ-MARISCAL (2008) y (2010); MACÍAS (2008), SEBASTIÁN, GARCÍA MONTERO, BERNARDOS y ZAFRA (2008);

de la siguiente manera: en el apartado dos se delimita el territorio objeto de estudio, indicando los principales rasgos que lo definen. En el tres, se realiza un análisis crítico del uso de los registros bautismales como fuente de estudio demográfico, se indican los métodos de cálculo empleados en la obtención de los números índice, se analizan las series de bautismos —prestando especial atención a los contrastes provinciales encontrados— y se comparan los resultados obtenidos para Andalucía occidental y el conjunto de Andalucía con los de otras regiones españolas. De igual modo se procede en el epígrafe cuatro, pero esta vez con respecto a los censos y vecindarios examinados, es decir, el estudio crítico de las fuentes, los métodos de cálculo en la obtención de resultados y el análisis de los mismos constituyen los mimbres esenciales de esta sección. Como colofón a ella, cruzaremos la información obtenida en las dos principales fuentes documentales empleadas y ofreceremos cifras sobre la evolución de la población del poniente andaluz entre 1520 y 1800. Por fin, en el quinto de los epígrafes se presentan las conclusiones más importantes que se alcanzaron durante el desarrollo del capítulo.

2. EL MARCO GEOGRÁFICO

El territorio al que se ciñe nuestro estudio varía en función de los temas que se abordan en cada uno de los capítulos de la tesis, comprendiendo desde el reducido ámbito de lo local, hasta aquel otro más extenso que estaría representado por lo subregional. Tiene como centro neurálgico a la ciudad de Sevilla y en su máxima expresión abarca los antiguos contornos administrativos del arzobispado hispalense. Esta última demarcación territorial vendría a coincidir, aproximadamente, con las actuales provincias de Huelva, Sevilla y la mitad septentrional de la de Cádiz.

MAPA 1. El marco geográfico: Andalucía occidental
(provincias de Cádiz, Sevilla y Huelva)



Fuente: Gutiérrez Lorenzo (2012), a partir de los Datos Espaciales de Andalucía para Escalas Intermedias del Sistema Cartográfico de Andalucía

Supone una constante en nuestro trabajo el esfuerzo realizado por emplear unidades de medida y/o límites geográficos vigentes en la actualidad para así facilitar la comprensión y la comparación entre aquello que fue y lo que nos es coetáneo. De este modo, a pesar de que en capítulos venideros nos veamos obligados a realizar algún que otro pequeño ajuste, para este primero sobre población nos ha parecido oportuno emplear la actual división político-administrativa en provincias para efectuar el análisis. Por lo tanto, será la subregión formada por las provincias de Huelva, Cádiz y Sevilla la que constituya el marco geográfico de referencia fundamental (véase el mapa 1). Al conjunto formado por estas tres provincias lo denominaremos, atendiendo exclusivamente a criterios de localización geográfica, “Andalucía occidental”, territorio cuyos confines se erigen en contraposición a aquellas otras demarcaciones que estarían integradas por las provincias de Córdoba y Málaga —“Andalucía central”— y las de Granada, Jaén y Almería —“Andalucía oriental”—. Esta peculiar aunque no inédita ni novedosa parcelación del solar andaluz nos ha resultado ineludible en aras de salvar determinados obstáculos de carácter procedimental y semántico que nos han asaltado

durante el *proceso de formación epigenética* del capítulo, guiados en última instancia por la finalidad de poder emplear sin ambages la nomenclatura geográfica con la que vamos operando y así evitar confusiones innecesarias. En este mismo sentido, tenemos que indicar que el empleo que hagamos de las voces “baja Andalucía” y/o “alta Andalucía” aludirá a su significado acostumbrado, es decir, que mientras la primera de ellas comprenderá las provincias de Huelva, Cádiz, Sevilla y Córdoba, la segunda incluirá a las de Granada, Málaga, Jaén y Almería. Avanzado el capítulo se entenderá el alcance y la razón última de esta manera de proceder con respecto al territorio. A continuación, pasamos a describir los principales rasgos físicos que definen la subregión objeto de estudio, esto es, tal y como ha quedado establecido, la Andalucía occidental⁵.

Las provincias de Cádiz, Huelva y Sevilla ocupan una excéntrica posición en el continente europeo⁶, encontrándose localizadas en el extremo suroccidental de la península ibérica y en el poniente de Andalucía. Acumulan una superficie de 31.626 km² y, atendiendo a criterios de base físico-naturales, su territorio aparece accidentado por tres grandes unidades geográficas: en el centro de la subregión nos encontramos con la depresión del Guadalquivir, espacio que se abre en forma de triángulo hacia el océano Atlántico y cuyos vértices estarían compuestos por el Betis a su entrada en la provincia de Sevilla, por la localidad de Ayamonte en el litoral onubense junto a la Raya portuguesa y por la bahía de Cádiz. Se trata de la zona más densamente poblada y urbanizada, abundante en vegas, terrazas y campiñas, y con una actividad agrícola de larga tradición histórica. Flanqueando a esta primera estructura geográfica se alzan dos cordilleras montañosas, “barrios pobres del Mediterráneo y, en tantas ocasiones, reservas proletarias de las llanuras”⁷. En el borde septentrional se hallan las suaves y acolinadas formas de la Sierra Morena, que transitan desde el límite nororiental de la provincia sevillana con la cordobesa hasta el mediodía portugués; por su parte, en el contorno sur del valle se erigen las cordilleras Béticas que, partiendo desde el cabo de Trafalgar, llegan hasta los cerros de Estepa tras atravesar el abrupto y escarpado núcleo de Grazalema.

⁵ Para el estudio del marco geográfico nos hemos basado, fundamentalmente, en la obra de LÓPEZ ONTIVEROS (2003) y de la DIPUTACIÓN DE SEVILLA (2004).

⁶ La afortunada expresión es de LÓPEZ ONTIVEROS (2003).

⁷ BRAUDEL (2001).

El clima de Andalucía occidental responde esencialmente a las características de lo que se conoce como clima Mediterráneo, lo que significa estar regido por unas condiciones atmosféricas de temperaturas templadas-cálidas durante la mayor parte del año, un régimen de precipitaciones irregular —marcado por la existencia de una estación estival seca de altas temperaturas y la ausencia casi completa de lluvias— y por presentar unos elevados niveles de insolación. Otro rasgo a destacar, es la discontinua sucesión de períodos de sequía seguidos de fases en las que se producen precipitaciones torrenciales que, no en pocas ocasiones, traen consigo el desborde de los ríos, provocando importantes avenidas e inundaciones.

La altitud media de la subregión a penas supera los 200 metros. En concreto, el 62% de su superficie se encuentra situada por debajo de esos 200 metros; el 35% entre los 201 y los 600 metros; y tan solo el 3% se eleva por encima de los 600 metros. Por lo que se refiere a la pendiente, podemos afirmar que el 52% del territorio de las tres provincias está formado por terrenos llanos (pendientes < 7%); que el 23% presenta pendientes acolinadas (7-15%); que los relieves considerados como abruptos (15-30%), suponen el 14%; y que las inclinaciones de tipo montañoso (> 30%), ascienden al 11%.

Dentro de estos rasgos comunes, pueden apuntarse matices diferenciales en función de los tres grandes accidentes geográficos que hemos definido: las montañas azules de la Sierra Morena, borde meridional de la meseta Ibérica y, en términos geológicos, parte más antigua de la subregión (con materiales de origen Paleozoico y rocas de 590 a 230 millones de años de antigüedad), se caracterizan por tener una altitud media poco elevada (entre los 200 y los 600 metros) y por presentar unas formas suaves bastante erosionadas y desgastadas. Los materiales que la conforman han constituido, históricamente, un importante recurso para la actividad minera y sus suelos han resultado propicios para la explotación forestal. Zona abundante en rocas graníticas, pizarras y calizas que determinan una baja permeabilidad del suelo (lo que dará lugar a la aparición del fenómeno de la escorrentía y a la intermitente formación de ríos caudalosos) y, por consiguiente, una escasa presencia de formaciones acuíferas. La aparición de éstas irá acompañada de la presencia de tierras destinadas a usos agrícolas, así como de gran parte de los asentamientos urbanos que se extienden por toda la serranía. Por último, hay que destacar dentro de este espacio geográfico, unas temperaturas algo inferiores (entre los 14 y los 16 °C de media anual) y unos mayores

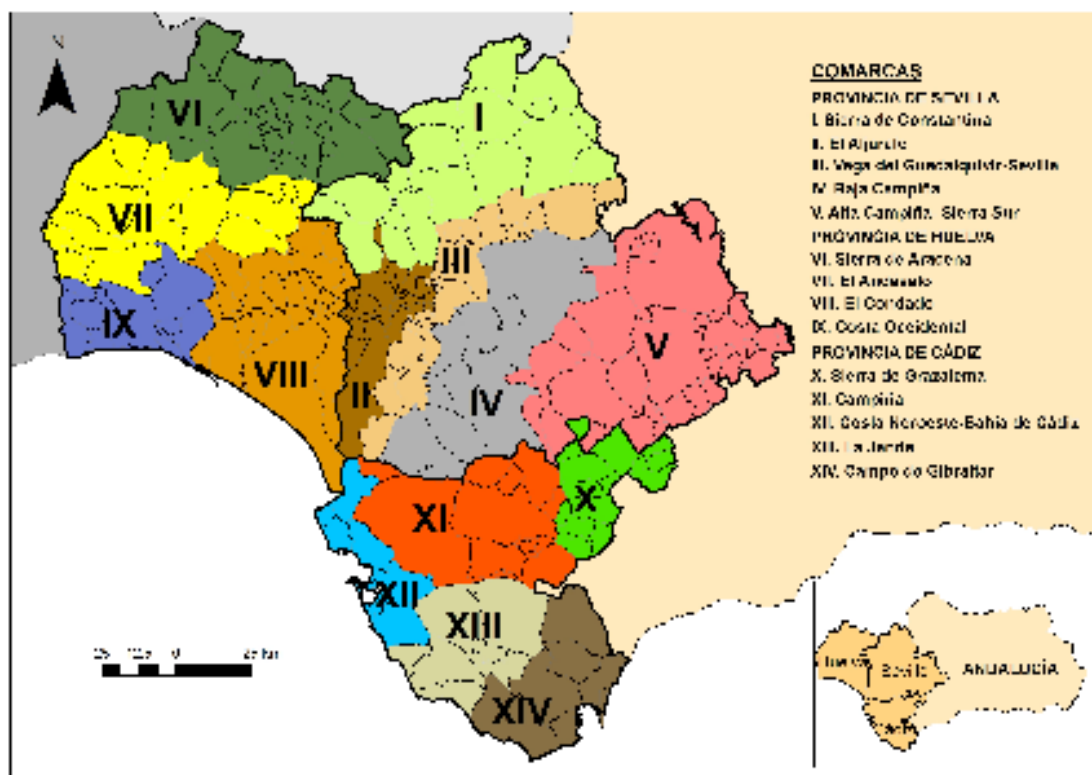
niveles de pluviometría (entre los 700 y los 1.000 mm anuales de media) de los que se dan en la depresión que atraviesa el Betis.

El valle del Guadalquivir es el área geográfica de mayor extensión de la subregión y de más reciente formación geológica, constituida por materiales cuyos orígenes se remontan al Terciario y al Cuaternario. Los materiales predominantes son las margas y areniscas en comarcas tales como la del Aljarafe y las arenas, arcillas, gravas y limos en terrenos de la vega y terrazas del Guadalquivir, así como en el resto de cursos fluviales que atraviesan toda la Andalucía occidental para avenar las dos márgenes del Betis. Los suelos de todo el valle son especialmente adecuados para la actividad agrícola, llegando a alcanzar, en muchos casos, excelentes calidades agrológicas. A ello favorecen altitudes que suelen situarse por debajo de los 200 metros sobre el nivel del mar y pendientes que no llegan a superar el 7% de desnivel. Sin embargo, tal y como ocurre en otras planicies mediterráneas, esta riqueza agraria hubo de ser conquistada palmo a palmo por el ser humano, venciendo los continuos problemas que suponían las frecuentes inundaciones que provocaban los ríos y las fiebres palúdicas que el estancamiento de las aguas traía asociado a ellas en época estival. Los cultivos que destacan son los de secano, tales como el cereal y el olivar, estando las zonas destinadas al regadío circunscritas a los cauces fluviales. En este área geográfica se registran los valores más elevados de la subregión en lo que a temperaturas se refiere (con medias anuales que se sitúan entre los 17 y los 19 °C), además de consignarse los niveles pluviométricos más bajos (entre los 500 y los 700 mm anuales de media).

Por su parte, las montañas de las Sierras Béticas, originadas a partir del plegamiento alpino, alcanzan por lo general altitudes medias debido a que nos encontramos ante las primeras elevaciones de las cordilleras Subbéticas, esto es, a que se trata de la primera zona de contacto entre el valle del Guadalquivir y éstas. A pesar de ello, en algunas partes presentan una orografía de perfil bastante abrupto y excepcionalmente podemos encontrar picos que sobrepasan los 1.000 e incluso los 1.500 metros de altitud. En ellas prevalecen materiales como las margas, las calizas y los yesos, procedentes del Mesozoico, de ahí que, históricamente, hayan predominado en este espacio las actividades de extracción de minerales no metálicos y los suelos destinados a la explotación forestal. La temperatura media anual se sitúa alrededor de los 15° C y la

cercanía al mar favorece una elevada pluviosidad que contrasta con el resto de la subregión (con valores medios anuales que van desde los 700 a los 2.500 mm).

MAPA 2. División comarcal de las provincias de Cádiz, Huelva y Sevilla



Fuente: Gutiérrez Lorenzo (2012), a partir de los Datos Espaciales de Andalucía para Escalas Intermedias del Sistema Cartográfico de Andalucía

La última cuestión a tratar para concluir esta sección, pasa por presentar una propuesta de comarcalización del territorio de las tres provincias a estudiar. Una vez analizados distintos trabajos y las más diversas de las propuestas, hemos optado por establecer las unidades comarcales que a continuación se presentan (véase el mapa 2), tomando como referencia básica la división realizada por el Ministerio de Agricultura⁸ e introduciendo alguna que otra modificación:

- a) Provincia de Sevilla: Sierra de Constantina (I), El Aljarafe (II), Sevilla-Vega del Guadalquivir (III), Baja Campiña (IV) y Alta Campiña-Sierra Sur o Subbética (V).

⁸ MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN (1996).

- b) Provincia de Huelva: Sierra de Aracena (VI), El Andévalo (VII), El Condado (VIII) y Costa Occidental (IX).
- c) Provincia de Cádiz: Sierra de Grazalema (X), Campiña (XI), Costa Noroeste-Bahía de Cádiz (XII), La Janda (XIII) y Campo de Gibraltar (XIV).

3. LOS REGISTROS BAUTISMALES Y LOS ÍNDICES DE BAUTIZADOS

Los libros de bautismos

El uso de registros bautismales y el cómputo de acristianados por año no es un recurso nuevo para demógrafos y otros investigadores en el cálculo de la evolución de la población durante la Edad Moderna⁹. Si las muestras manejadas lucen una considerable representatividad y el territorio a estudiar es lo suficientemente amplio, se suele considerar que las series bautismales atesoran la virtud de describir aceptablemente el comportamiento de la población en el largo y el muy largo plazo. Además, si para su estudio se trabaja con promedios decenales, la intensidad de las fluctuaciones interanuales y cíclicas a las que se ven sometidas las tasas medias de natalidad en el Antiguo Régimen se reducen considerablemente¹⁰. En lo que respecta a Andalucía, ha sido fundamentalmente José Manuel Pérez García el encargado de hacer acopio de las cifras que han ido arrojando los distintos estudios locales y de ofrecer resultados para el

⁹ Para el cálculo de la población por países a partir de fuentes bautismales, véanse PÉREZ MOREDA (1998: 143-147) y LLOPIS (2004: 9-24) y (2010: 338-339) para el caso español; para el inglés, WRIGLEY y SCHOFIELD (1981: 494); para Francia, BLAYO (1975), BLAYO y HENRY (1975) y BIRABEN y BLANCHET (1982); y para Italia, BELLETTINI (1980a) y (1980b), y DEL PLANTA y LIVI-BACCI (1990).

Por su parte, para la obtención del mismo cálculo en las distintas regiones españolas excepto Andalucía, véanse SAAVEDRA (1993) y EIRAS ROEL (1996) para Galicia; SANZO FERNÁNDEZ (1982) y BARREIRO (1990) para Asturias; LANZA (1991) para Cantabria; VARGAS PONCE y ANES (1983) y LLOPIS (2004) para el País Vasco; GURRÍA (2004) para La Rioja; FLORISTÁN (1985) y (1990) y ARIZKUN CELA (2004) para Navarra; SALAS AUSÉNS (2004) para Aragón; LLOPIS AGELÁN (2004) para Cataluña; PÉREZ GARCÍA y ARDIT LUCAS (1988), ARDIT LUCAS (1991) y BERNAT i MARTÍ (2004) para el País Valenciano; LEMEUNIER (2004) para Murcia; SEGURA y SUAU (1986) y VIDAL y GOMILA (1985) para Baleares; LIVI-BACCI y REHER (1991) y LLOPIS y MOREDA (2003) para Castilla la Nueva; LLOPIS AGELÁN (1990) para Extremadura; MARCOS (1985) y (1986), LLOPIS y MOREDA (2003) y HERNÁNDEZ GARCÍA (2004) para Castilla la Vieja y León; y MACÍAS FERNÁNDEZ (1991) para Canarias.

¹⁰ LLOPIS y PÉREZ MOREDA (2003: 126). Tenemos que advertir que, debido a las variaciones que la tasa de natalidad suele experimentar durante las fases de expansión y/o de declive demográfico, las curvas de bautizados tendrán cierta tendencia a acentuar los movimientos contractivos y expansivos de la población, sobre todo, en el corto y medio plazo.

conjunto de la región¹¹. Los problemas que plantea la fuente son de sobra conocidos y han sido profusamente tratados por diversos autores¹², por lo que evitaremos ser excesivamente reiterativos al respecto. Quizá el inconveniente de mayor calado, dada su difícil resolución, estribase en que como consecuencia de la elevada mortalidad que atenazaba a los recién nacidos, no todos ellos llegaban a ser sacramentados. De este modo, la ecuación que equipara a bautizados con nacidos pierde fiabilidad cuanto mayor tiempo medie entre el alumbramiento y el aguado de las criaturas. Es más, si con el transcurso de los años se producen cambios en el lapso que tibia entre uno y otro suceso, estaremos sesgando la variable cuya evolución pretendemos medir. La evidencia empírica nos señala que en Andalucía occidental se produjo un paulatino acercamiento entre las fechas que separan ambos acontecimientos desde la segunda mitad del siglo XVII a la primera mitad del XIX¹³. Poco o prácticamente nada sabemos de lo sucedido al respecto entre 1521 y 1650¹⁴. De lo anterior se desprende que es bastante probable que estemos incurriendo en cierto sesgo a la hora de trazar la evolución de las series construidas. No obstante, y en cualquier caso, consideramos que esta distorsión, de producirse, no alcanzaría una magnitud excesivamente relevante¹⁵.

Con la intención de minimizar el impacto que pudiesen tener sobre nuestros cálculos algunos otros de los problemas que la fuente plantea, hemos optado por descartar la inclusión en las series elaboradas de aquellas partes de los registros (principalmente las iniciales) en las que hayamos detectado que la consignación de los bautismos no fuese del todo completa ni sistemática. Además, también se han rechazado aquellas otras que presentaban considerables vacíos informativos. Como resultado de esta labor de tamiz, únicamente ha sido necesario estimar el 4,6% del total de los datos anuales sobre bautizados en las localidades de la subregión que conforman la muestra o, lo que es lo mismo —si decidimos desagregar este dato porcentual por provincias—, el 4% de los datos para las localidades de la provincia de Sevilla, el 7,9% para las de Huelva y el

¹¹ PÉREZ GARCÍA (1995) y (2008). En torno a la demografía histórica andaluza véanse también SANZ SAMPELAYO (1988), GARCÍA-BAQUERO (1985) y SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ (2002).

¹² PIQUERO ZARAUZ (1991: 51-57) y, más concretamente para el caso andaluz, SANZ SAMPELAYO (1988), (2003), (2006) y (2007).

¹³ MONTAÑO REQUENA (1987: 52-58), SÁNCHEZ LORA (1987: 25-57), DEL PINO JIMÉNEZ (2004: 88-89).

¹⁴ En el norte de Italia, el tiempo entre nacimientos y bautismos tendió a reducirse durante el siglo XVI, ALFANI (2007: 562).

¹⁵ REHER (1980).

3,2% para las de Cádiz (el total de registros anuales contabilizados por provincia asciende, respectivamente, a 8.590, 3.570 y 5.120).

La muestra de localidades que se ha conseguido pertrechar (véanse el cuadro 1 y el mapa 3) es resultado de un doble proceso: de un lado, del importante esfuerzo realizado en la búsqueda y provisión de las cifras que los trabajos demográficos de cuya existencia tenemos constancia han ido arrojando hasta la fecha¹⁶; de otra parte, y condicionados por esta primera selección, de la labor de recuento llevada a cabo personalmente en un sustancial número de archivos parroquiales y/o diocesanos¹⁷. Este segundo desempeño ha estado guiado por la pretensión de incorporar a la muestra a aquellos municipios en los que más tempranamente se iniciasen los registros bautismales, por que con ellos estuviesen representadas la totalidad de las comarcas definidas y, finalmente, por conformar un conjunto lo suficientemente equilibrado en lo que al tamaño de los núcleos se refiere.

¹⁶ Éstos, son los siguientes: PONSOT (1986) ofrece datos anuales de bautizados para las poblaciones de Aznalcázar, Valencina del Alcor, Umbrete, La Campana, El Coronil, Marchena, Hinojos, El Puerto de Santa María y Chipiona; ÁLVAREZ SANTALÓ (1983) para Tocina, Estepa y las parroquias sevillanas de San Nicolás, Santa María la Blanca, Santa Ana y La Magdalena; BUSTOS RODRÍGUEZ (1990) para Olvera, Jerez de la Frontera, Bornos, Sanlúcar de Barrameda, Chiclana, Conil de la Frontera, Alcalá de los Gazules y Gibraltar-San Roque; DEL PINO JIMÉNEZ (2004) para Utrera, Dos Hermanas y Los Palacios y Villafranca; MORA RUIZ (2008) para Lucena del Puerto, Bonares y Beas; PULIDO BUENO (1988) para San Juan del Puerto, Trigueros, Gibraleón y la parroquia de San Pedro de Huelva; SÁNCHEZ LORA (1987) para Ayamonte; NUÑEZ ROLDÁN (1985) para La Puebla de Guzmán; GARCÍA-BAQUERO LÓPEZ (1982) y CARMONA GARCÍA (1976) para la parroquia sevillana de San Martín y CIRES, BALLESTEROS y VÍLCHEZ (1975) para la del Sagrario; BALLESTEROS y CAMACHO (1980) para Huévar; SORIA MEDINA (1976) para Tomares; GONZÁLEZ POLVILLO (1994) para Salteras; PONCE CORDONES (1983), PORQUICHO MOYA (1994) y PÉREZ SERRANO (1989) para Cádiz; MOLINA MARTÍNEZ (1985) para San Fernando; HERNÁNDEZ PALOMO (1976) y CRIADO ATALAYA (1999) para Tarifa; PISÓN CASARES (1996) para Osuna; CALLE GÓTOR, CASTILLA ROMERO y KALAS PORRAS (2003) para la parroquia de Santa María la Mayor de Sanlúcar la Mayor; PAREJO DELGADO (1989) para la parroquia de Santa María de Mesa de Utrera; MONTAÑO REQUENA (1987) para Carmona; y, finalmente, Enrique Llopis, a partir de datos recabados por Gonzalo Anes, nos facilitó información para El Puerto de Santa María, Chiclana, Carrión de los Céspedes y Pruna. También existen datos de bautizados para las localidades sevillanas de Guillena y Gerena (emplazadas en la comarca de la Sierra de Constantina), La Puebla del Río (Vega del Guadalquivir) y Villanueva del Ariscal, Olivares y Benacazón (El Aljarafe) publicadas por RINCÓN PALACIOS (1986) y (1987) y para las localidades gaditanas de Ubrique y Benaocaz (Sierra de Grazalema) publicadas por GÁMEZ AMIÁN (1986). Sin embargo, éstos han sido localizados sin el tiempo material necesario para incorporarlos a nuestras series.

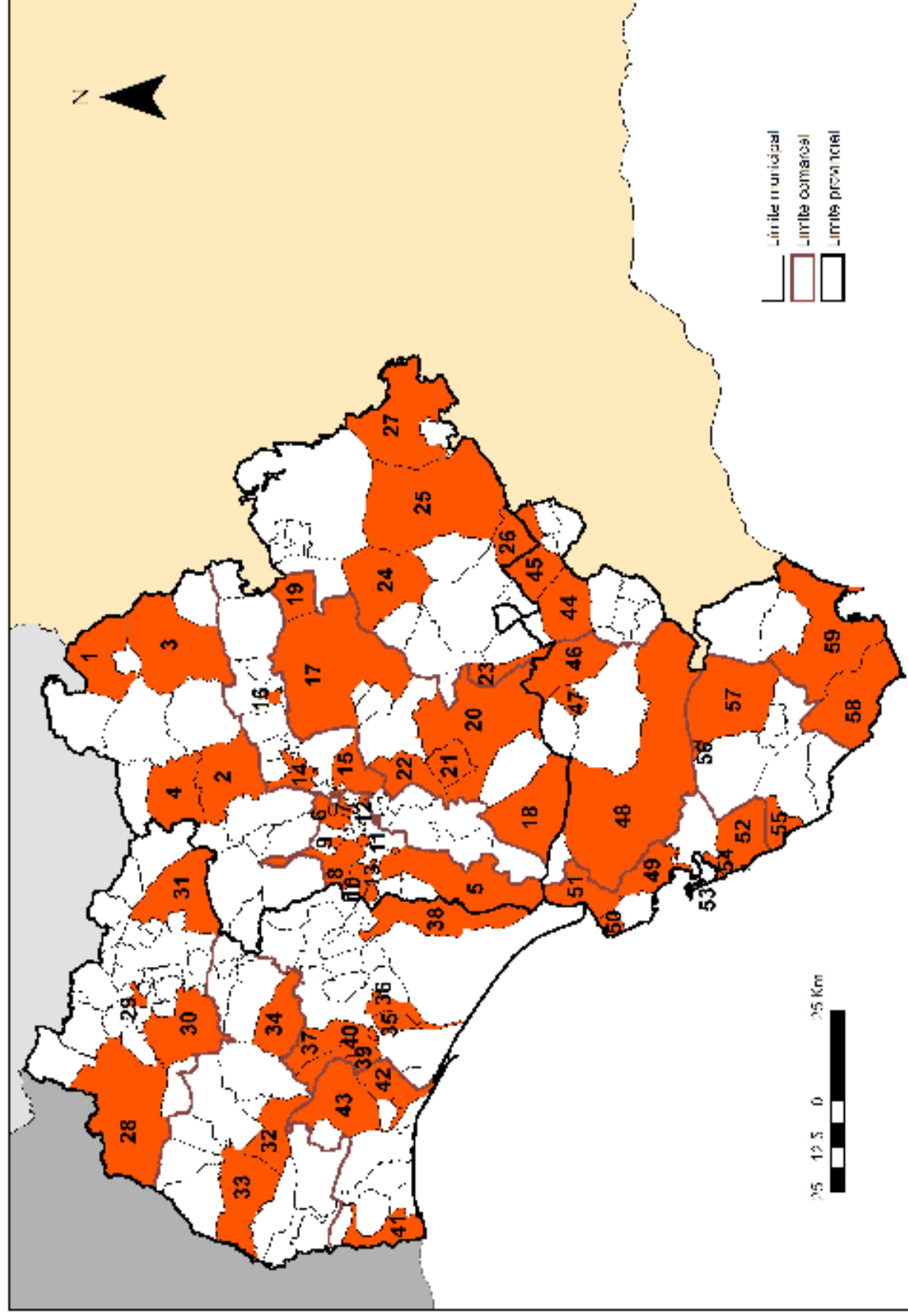
¹⁷ Mediante este segundo procedimiento, hemos recabado información en los archivos parroquiales de Alanís de la Sierra, Castilblanco de los Arroyos, Constantina, Almadén de la Plata, la parroquia de Santa María la Mayor de Sanlúcar la Mayor, Albaida del Aljarafe, Alcalá del Río, Lebrija, Aroche, Galaroza, Almonaster la Real, Zufre, Valverde del Camino, Alosno, Villamartín, Paterna de Rivera, Conil de la Frontera y Tarifa; por su parte, los datos correspondientes a Sanlúcar de Barrameda, Zahara de la Sierra y Olvera fueron obtenidos en el archivo diocesano de Asidonia-Jerez.

**CUADRO 1. Localidades que componen la muestra (clasificadas por provincias y comarcas)
y período para el que disponemos de información sobre bautizados**

PROVINCIA	COMARCA	LOCALIDAD	PERÍODO
Sevilla	I. Sierra de Constantina	(1) Alanís de la Sierra (2) Castilblanco de los Arroyos (3) Constantina (4) Almadén de la Plata	1521-1800 1531-1800 1531-1630 1561-1800
	II. El Aljarafe	(5) Aznalcázar (6) Salteras (7) Valencina del Alcor (8) Sanlúcar la Mayor (9) Albaida del Aljarafe (10) Carrión de los Céspedes (11) Umbrete (12) Tomares (13) Huévar	1521-1800 1521-1600 1541-1800 1541-1700 1571-1800 1581-1800 1611-1800 1701-1800 1701-1800
	III. Vega del Guadalquivir-Sevilla	(14) Alcalá del Río (15) Sevilla (16) Tocina	1541-1800 1531-1800 1611-1800
	IV. Baja Campiña	(17) Carmona (18) Lebrija (19) La Campana (20) Utrera (21) Los Palacios y Villafranca (22) Dos Hermanas	1521-1800 1531-1700 1561-1800 1541-1800 1611-1800 1631-1800
	V. Alta Campiña-Sierra Subbética	(23) El Coronil (24) Marchena (25) Osuna (26) Pruna (27) Estepa	1521-1800 1531-1800 1531-1660 1581-1800 1621-1800
Huelva	VI. Sierra de Aracena	(28) Aroche (29) Galaroza (30) Almonaster la Real (31) Zufre	1531-1800 1541-1800 1541-1800 1591-1800
	VII. El Andévalo	(32) Alosno (33) La Puebla de Guzmán (34) Valverde del Camino	1541-1800 1541-1720 1551-1800
	VIII. El Condado	(35) Lucena del Puerto (36) Bonares (37) Beas (38) Hinojos (39) San Juan del Puerto (40) Trigueros	1531-1800 1531-1800 1551-1800 1551-1800 1601-1710 1601-1710
	IX. Costa occidental	(41) Ayamonte (42) Huelva (43) Gibraleón	1601-1800 1601-1730 1631-1720
Cádiz	X. Sierra de Grazalema	(44) Zahara de la Sierra (45) Olvera	1521-1600 1541-1800
	XI. Campiña	(46) Villamartín (47) Bornos (48) Jerez de la Frontera	1521-1770 1601-1800 1601-1800
	XII. Costa noroeste-Bahía de Cádiz	(49) Puerto de Santa María (50) Chipiona (51) Sanlúcar de Barrameda (52) Chiclana (53) Cádiz (54) San Fernando	1521-1800 1531-1800 1531-1800 1531-1800 1591-1800 1651-1750
	XIII. La Janda	(55) Conil de la Frontera (56) Paterna de Rivera (57) Alcalá de los Gazules	1531-1800 1581-1800 1601-1800
	XIV. Campo de Gibraltar	(58) Tarifa (59) Gibraltar-San Roque	1541-1760 / 1781-1800 1601-1800

Fuente: elaboración propia

MAPA 3. Localización de las 59 poblaciones que componen la muestra de bautizados (a partir de la numeración establecida en el cuadro 1)



Fuente: Gutiérrez Lorenzo (2012), a partir de los Datos Espaciales de Andalucía para Escuelas Intermedias del Sistema Cartográfico de Andalucía

La aplicación de los criterios señalados se ha traducido en la selección de una muestra que llega a incluir a 59 núcleos de población y a 86 parroquias¹⁸ (o, más concretamente, a 27 localidades y 43 feligresías de la provincia de Sevilla; a 16 y 18, respectivamente, de la provincia de Huelva; y a 16 y 25 de la de Cádiz). En 1787, la población de las cuarenta y siete localidades que por entonces conforman la muestra ascendía a 292.456 habitantes, lo que supone el 40% de los efectivos humanos de la subregión en análisis¹⁹ (que corresponden, en términos provinciales, al 28% de la población de la provincia de Sevilla, al 18% de la de Huelva y al 61% de la de Cádiz). En 1752, serán cuarenta y ocho los municipios muestrales y englobarán al 41% de la población subregional (el 31% de la población de la provincia de Sevilla, el 20% de la de Huelva y el 66% de la de Cádiz).

Por su parte, para 1631 disponemos de información para 55 localidades que supondrán el 44% de la población subregional (el 39% de la población de la provincia de Sevilla, el 30% de la de Huelva y el 69% de la de Cádiz). Por último, para el siglo XVI contamos con una muestra algo más reducida y, en consecuencia, la representatividad se va a ver afectada: de este modo, en 1587 la muestra es de 40 municipios que supondrán el 28% de la población subregional (el 33% de la población de la provincia de Sevilla, el 13% de la de Huelva y el 27% de la de Cádiz) y en 1533, con 22 núcleos que consiguen situarse en torno al 19% del total (el 22% de la población de la provincia de Sevilla, el 4% de la de Huelva y el 29% de la de Cádiz). A pesar de esta apreciable merma en la representatividad y a su falta de estabilidad en el tiempo,

¹⁸ La mayor parte de los municipios de la muestra albergaba una sola pila bautismal excepto los casos de Constantina (llega a tener 4 parroquias), Sevilla (llega a disponer de un total de 29 parroquias, de las cuales tenemos información de bautizados para 6 de ellas), Utrera (2 parroquias), Carmona (7), Marchena (3), Sanlúcar la Mayor (de cuyas 3 parroquias tenemos información para sólo una de ellas), Ayamonte (2), Huelva (de sus dos parroquias, únicamente tenemos información para una de ellas), Gibrleón (llega a disponer de 2 parroquias), Jerez de la Frontera (8), Cádiz (llega a acumular 6 pilas bautismales) y Tarifa (2).

¹⁹ Para hallar este resultado, hemos tenido que estimar los habitantes que suponían las seis parroquias de las que disponemos de información sobre bautizados sobre el total de la población de Sevilla. A partir de un promedio de 948 bautizos en las seis collaciones entre 1782 y 1792, hemos supuesto una tasa de natalidad del 40%, lo que arrojaría una población de 23.700 almas para las seis feligresías, es decir, éstas suponían alrededor del 29% de la población sevillana. Según el *censo de los obispos* de 1587, éstas mismas acumulaban cerca del 38% de los habitantes de la ciudad hispalense, cifra que no se encuentra excesivamente alejada de nuestro cálculo. Hay que tener en cuenta, que entre ellas se encuentran algunas de las que mayor densidad demográfica han acumulado tradicionalmente, como es el caso de las collaciones de El Sagrario, Santa Ana o Triana y La Magdalena. De igual manera se ha procedido para el resto de casos en los que no disponemos de información de bautizados en la totalidad de las parroquias que integraban una localidad.

los porcentajes totales manejados son de tal calibre que dotan a nuestra muestra de una sólida validez para reconstruir el movimiento de la población.

En el cuadro 2 aparece reflejado (a partir de la información demográfica que nos proporcionan la averiguación de la Corona de Castilla de 1525-40, el *censo de los Obispos* de 1587, el *censo de la Sal* de 1631, el vecindario de la Ensenada de 1752 y el censo de Floridablanca de 1787²⁰) el peso relativo que la población de cada comarca tenía en el total de su respectiva provincia, así como el peso relativo de la población de cada provincia en el total de la subregión definida. Además, también aparecen plasmadas las mismas categorías para la muestra construida, esto es, el peso específico que suponían los habitantes de los pueblos de cada comarca de la muestra en el total muestral de la provincia y la proporción que representaban las localidades de la muestra de cada provincia en el total muestral de la subregión. De las cifras obtenidas se deducen varias cuestiones de gran interés, sin embargo, si nos ceñimos al asunto que más nos concierne a esta altura de nuestro desarrollo argumental, esto es, el fiel reflejo que nuestra muestra pueda ofrecer de la realidad que se pretende retratar, hay que señalar que existen algunos desequilibrios entre la distribución demográfica por comarcas y provincias de la muestra y la correspondiente al conjunto de núcleos de la subregión. Esta carencia deberá ser subsanada mediante el establecimiento de ponderaciones cuando llegue el momento de elaborar las series provinciales de bautizados y aquella otra serie correspondiente a la subregión.

²⁰ Las referencias bibliográficas de cada uno de los padrones de población son, respectivamente, CARRETERO ZAMORA (2008), INE (1982), PIQUERO y FERNÁNDEZ (2012), CAMARERO y CAMPOS (1991) e INE (1989).

CUADRO 2. Distribución comarcal y provincial de la población de los núcleos de la muestra de bautismos y del conjunto de localidades de la subregión (en %)

Comarca o provincia	1533		1587		1631		1752		1787	
	Provincia	Muestra	Provincia	Muestra	Provincia	Muestra	Provincia	Muestra	Provincia	Muestra
Sierra de Constantina	13,3	15,7	9,3	8,2	8,3	3,0	10,4	7,1	7,9	3,7
El Aljarafe	8,1	7,8	6,6	7,2	4,9	4,7	7,1	5,9	6,5	6,1
Sevilla-Vega del Guadalquivir	27,6 + 8,7 = 36,3	15,1 + 0,0 = 15,1	37,4 + 6,9 = 44,3	39,9 + 1,3 = 41,2	38,9 + 5,8 = 44,7	31,1 + 2,6 = 33,7	26,2 + 6,3 = 32,5	26,6 + 2,9 = 29,5	26,7 + 7,5 = 34,2	28,2 + 3,5 = 31,7
Baja Campiña	15,8	26,4	11,8	14,9	13,2	24,7	16,8	36,0	15,1	33,3
Alta Campiña-Sierra Sur	26,5	35,0	28,0	28,5	28,9	33,9	33,2	21,5	36,3	25,2
SEVILLA	54,5	62,0	61,7	72,9	63,1	56,1	47,3	35,6	41,7	28,7
Sierra de Aracena	28,8	69,9	29,9	44,8	30,3	29,1	26,0	25,3	25,1	24,6
El Andévalo	10,7	0,0	15,3	30,1	22,5	20,8	26,4	34,5	25,4	31,7
El Condado	36,0	30,1	31,9	25,1	28,3	26,2	32,2	21,0	31,5	19,6
Costa occidental	24,5	0,0	22,9	0,0	18,9	23,9	15,4	19,2	18,0	24,1
HUELVA	23,5	4,8	18,1	8,4	15,9	10,9	18,1	8,9	16,3	7,5
Sierra de Grazalema	7,6	6,1	9,6	17,6	9,9	4,0	11,9	2,1	11,1	2,2
Campiña	36,4	10,1	32,7	6,7	31,5	33,0	24,2	25,5	21,5	27,0
Costa noroeste-Bahía de Cádiz	27,4	65,5	18,7	53,8	32,1	42,5	42,9	54,8	50,4	59,4
La Janda	16,5	3,6	24,1	7,3	13,0	5,9	10,7	6,0	8,4	4,9
Campo de Gibraltar	12,1	14,7	14,8	14,6	13,5	14,7	10,4	11,6	8,6	6,5
CÁDIZ	22,0	33,2	20,2	18,7	21,0	33,0	34,6	55,5	42,1	63,8

Fuente: INE (1984) y (1989); CAMARERO y CAMPOS (1991); CARRETERO ZAMORA (2008); PIQUERO y FERNÁNDEZ (2012); y elaboración propia

A parte de esta última cuestión de procedimiento meramente estadístico, del cuadro 2 se desprenden otro tipo de consideraciones de cariz demográfico que también merece la pena destacar. En primer lugar, comparando los censos de 1533 y 1587 se puede advertir cómo el crecimiento demográfico del Quinientos será de mayor intensidad en la provincia de Sevilla que en la de Cádiz y la de Huelva y, a escala geográfica algo más reducida, cómo éste tendió a concentrarse en la capital andaluza (seguramente a consecuencia de la gran trascendencia que adquirió la ciudad como plaza comercial y financiera tras la conquista americana) y en comarcas que partían con bajas densidades de población a principios del XVI, tales como El Andévalo y La Janda.

En segundo lugar, si contrastamos los datos de 1587 con aquellos otros de los que disponemos para 1631, tenemos que subrayar que el presunto declive del Seiscientos (cuya veracidad y profundidad tendremos que contrastar en el desarrollo del capítulo) parece concentrarse en la provincia de Huelva, mientras que la de Cádiz asoma como la demarcación que mejor resiste el embate de la crisis.

Por último, del cotejo de los datos de 1631 con los que se desprenden de los censos de la segunda mitad del siglo XVIII, hay que advertir, en cuanto a la distribución de la población a nivel provincial, el impresionante aunque previsible aumento relativo ganado por la provincia de Cádiz y la paralela pérdida de importancia de la provincia sevillana y, en cuanto a la distribución de la población por las comarcas de las distintas provincias, lo que a continuación se indica: para la de Sevilla, la pérdida de categoría de la capital hispalense y el aumento del peso de las comarcas de la Alta Campiña-Sierra Sur y de la Baja Campiña; para la de Huelva, la continuación de la positiva trayectoria de El Andévalo, el estancamiento a nivel provincial de El Condado y la merma de peso específico de la Costa y la Sierra de Aracena; y bien, para la provincia de Cádiz, el espectacular incremento de la proporción que supone la población en la comarca de la Costa noroccidental-Bahía de Cádiz y la *caída en cierta desgracia* de las comarcas de la Janda, el Campo de Gibraltar y la Campiña, a pesar de que todas ellas experimentarán crecimiento demográfico entre el primer tercio del Seiscientos y la segunda mitad del Ochocientos.

En cuanto a la distribución de la población por tamaño de los núcleos, el cuadro 3 pone de relieve que, en 1787, las localidades *pequeñas* (menos de 1.001 habitantes) y las *medianas* (entre 1.001 y 5.000 habitantes) se encuentran infrarrepresentadas en la muestra subregional, mientras que las *grandes* (entre 5.001 y 10.000 habitantes) y las *muy grandes* (más de 10.000 habitantes) están sobrerrepresentadas. Debido a ello, nuestras series acusarán cierto sesgo y tendrán tendencia a reflejar más fielmente la evolución de la población *urbana* que el curso de la *rural*.

CUADRO 3. Distribución por tamaño de núcleos de la población de las localidades de la muestra y de las provincias de Sevilla, Huelva y Cádiz en 1787 (en %)

Provincia	Menos de 1.001 habitantes		Entre 1.001 y 5.000 habitantes		Entre 5.001 y 10.000 habitantes		Más de 10.000 habitantes	
	Provincia	Muestra	Provincia	Muestra	Provincia	Muestra	Provincia	Muestra
Sevilla	7,3	5,3	29,8	23,5	17,7	43,0	45,2	28,2
Huelva	14,4	9,7	71,1	66,3	14,5	24,0	0,0	0,0
Cádiz	1,2	0,5	18,2	12,2	16,0	8,1	64,5	79,2
Total	5,9	2,6	31,7	19,5	16,5	19,3	45,9	58,7

Fuente: INE (1989) y elaboración propia

La estimación de datos ha sido necesaria para cubrir los vacíos, poco abundantes, que los registros bautismales presentaban y para llevar al inicio de las diferentes *décadas naturales* aquellas series que daban comienzo *en mitad* de alguno de los decenios. En ambos casos, se procedió a ello mediante interpolaciones a partir de las series que presentaban comportamientos similares a la que se pretendía calcular, hallando el peso específico que el número de bautismos de la localidad en cuestión suponía sobre el total de bautismos de las localidades de comportamiento demográfico parejo en los años inmediatamente anteriores y posteriores a los *años ausentes* y otorgándole el mismo peso en las cifras a deducir.

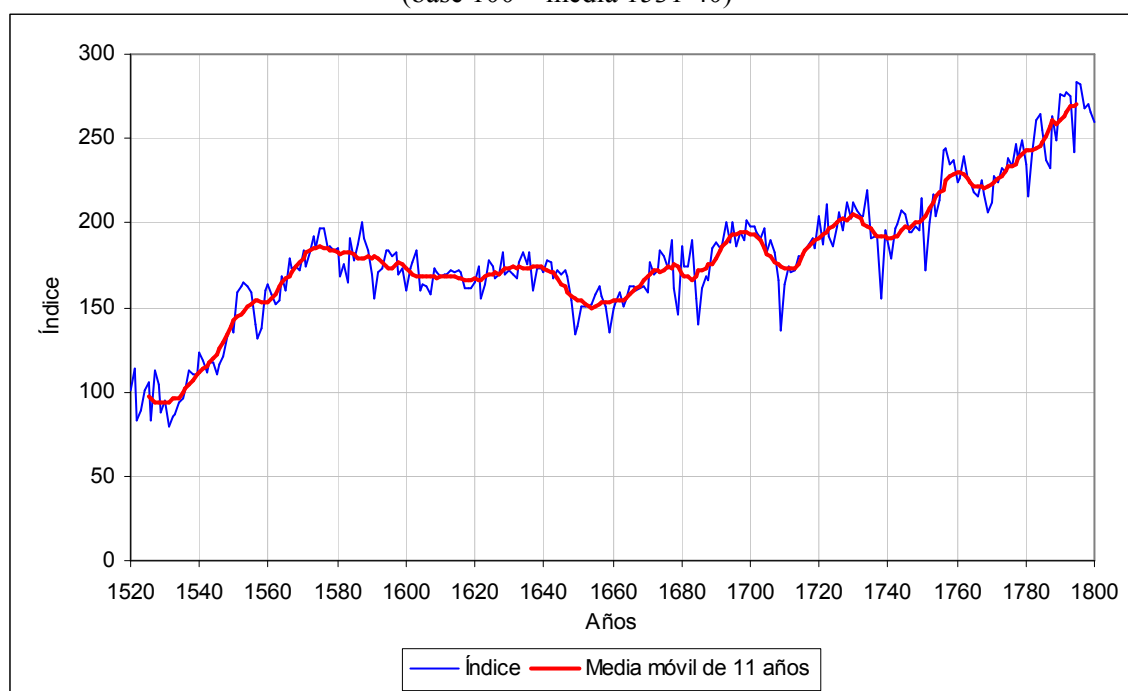
Para la obtención del índice subregional de bautizados se ha procedido de la siguiente manera: partiendo de las series con cifras absolutas de bautizados de cada una de las localidades de la muestra, se han calculado por agregación y concatenación los números índice comarcales²¹; posteriormente, hemos asignado a cada índice comarcal una determinada ponderación y se han hallado los índices provinciales de acristianados. El cociente que resulta de dividir el número de habitantes de una comarca entre el número de habitantes de su respectiva provincia nos ha permitido fijar las correspondientes ponderaciones. A su vez, las cifras sobre la población de las comarcas y las provincias han sido deducidas a partir de la información que nos ofrecen los siguientes recuentos demográficos: la averiguación de la Corona de Castilla de 1525-40, el *censo de los Obispos* de 1587, el *censo de la Sal* de 1631, el vecindario de la Ensenada de 1752 y el censo de Floridablanca de 1787; los cambios que, de censo a censo, tienen lugar en la proporción que los habitantes de una misma comarca suponen en el total provincial han quedado plasmados en la ponderaciones establecidas, de modo que se ha optado por modular gradual y progresivamente con el paso del tiempo las alteraciones que en éstas se producen; por último, se ha computado el peso demográfico de cada provincia en el total subregional a partir de los censos anteriormente mencionados, se han fijado las oportunas ponderaciones y se ha hallado el índice subregional de bautizados. El resultado final de todo este proceso se muestra recogido en el gráfico 1, cuyo contenido pasamos a analizar *a renglón seguido*.

A la luz del gráfico 1, si tomamos como referencia la media móvil calculada y a la hora de discurrir y conjeturar empleamos el año central de las esperanzas matemáticas, podemos distinguir, fundamentalmente, tres grandes etapas en la evolución demográfica de la Andalucía occidental entre 1520 y 1800: la primera, comprendida entre 1531 y 1575, estaría marcada por un vigoroso crecimiento, en el cual la población llega a duplicarse; la segunda de las fases se extendería de 1575 a 1654 y en ella, la curva

²¹ En la elaboración de las series comarcales (y posteriormente en las provinciales y en las subregionales), debido a que las series locales dan comienzo en distintos años y en la medida en que según pasa el tiempo se van incorporando o detrando localidades a su composición, ha sido necesario realizar enlaces estadísticos. Estos se han efectuado en la forma y modo que a continuación se especifica: en los años de quiebra en el número de núcleos que el índice incorpora se ha optado por prolongar y solapar en un total de diez años una de las dos series que pretendemos enlazar. Se han calculado los promedios de ambas series para el decenio en el que se cruzan y se ha hallado el factor de equivalencia entre una y otra.

describe un prolongado y pausado comportamiento recesivo que acabará suponiendo una pérdida poblacional equivalente al 20% del total; por fin, la tercera de las etapas abarcaría desde 1654 hasta 1795 y en ella, la variable vuelve a transitar por la senda del crecimiento con una considerable pujanza no exenta de vaivenes —el aumento final consignado llega a superar el 80%—, hasta tal punto, que el último año de este período coincide con el máximo valor alcanzado en los doscientos ochenta años por los que transita nuestro estudio. En resumidas cuentas, entre 1531 y 1795, la población en Andalucía occidental casi habría llegado a triplicarse, lo que supone asumir una tasa de crecimiento anual acumulativo del 0,4%.

GRÁFICO 1. Índice ponderado de bautizados en Andalucía occidental, 1521-1800
(base 100 = media 1531-40)



Fuente: las que constan en las notas a pie de página 13 y 14; y elaboración propia

Una vez descritos los trazos gruesos de nuestra curva, es conveniente entrar en un análisis algo más detallado y reposado que nos lleve a matizar y a enriquecer esos grandes movimientos referidos. Pues bien, tras la década de 1520, que en su mayor parte estuvo marcada por el signo de la epidemia pestífera y las agudas crisis de

subsistencia²², no será hasta 1531 cuando el índice adquiera de una manera categórica una fuerte trayectoria alcista, cuya intensidad, en sus primeros compases, no tendrá parangón en ningún otro momento de la Edad Moderna del poniente andaluz. De este modo, la tasa de crecimiento anual acumulativo se situará en valores del 2,02% y del 2,36% en las décadas de 1540 y 1550 (véase el cuadro 4). El lustro que media entre 1556 y 1561 supone un breve receso —debido a que el año 1557 se caracterizó por la presencia de hambre y de “calenturas malignas” y el trienio de 1560-62, por la sequía y la consiguiente carestía alimenticia²³— a partir del cual, se adquiere un último impulso de menor brío que culminará en 1575 (con unas tasas de crecimiento del 0,85% y del 1,08% en las décadas del 1560 y 1570, acaso la de este último decenio explicada, en cierta medida, por la inyección aditiva que supuso la diáspora de los moriscos granadinos por el oeste andaluz tras la rebelión de las Alpujarras). Este intenso crecimiento demográfico estuvo acompañado de una fuerte expansión del producto agrario: sirva a modo de prueba decir que la producción de cereal se incrementó un 97% entre 1543 y 1573 en los territorios del arzobispado hispalense²⁴. En el capítulo 3, cuando abordemos el estudio de la evolución del producto agrario bajo andaluz, detallaremos más precisamente el vínculo existente entre ambas variables, esto es, entre población y recursos agrarios.

El siguiente ciclo tendrá cariz depresivo y se extenderá a lo largo de unos ochenta años, dando conclusión en 1654. Hasta esa fecha, el perfil de nuestra variable vendrá trazado, básicamente, por lo que ocurra con el movimiento de la población en la provincia sevillana y, más concretamente, con aquello que tenga lugar en la capital hispalense. Sin embargo, a partir de entonces será lo que acontezca en la comarca de la Costa noroccidental-Bahía de Cádiz y por extensión en la provincia gaditana, lo que defina de una manera indefectible su rumbo y sus contornos. Caben distinguir cuatro períodos dentro de esta larga onda recesiva: 1575-1602, 1602-1622, 1622-1639 y 1639-1654. En el primero de ellos la curva pica hacia abajo y acaba acumulando una pérdida en efectivos humanos algo superior al 9%. Según parece ser, estos años de fin de siglo coinciden con un momento especialmente crítico dentro de lo que ha venido en

²² CARMONA GARCÍA (2000) y (2004: 91-101) retrata estos años de calamidades no sólo para la ciudad de Sevilla, como se alude en el título de ambas obras, sino que también se hace eco y recoge pruebas y testimonios para otros lugares de la Andalucía occidental.

²³ CARMONA GARCÍA (2000) y (2004); MORALES PADRÓN (1989: 327-328).

²⁴ LLOPIS y GONZÁLEZ-MARISCAL (2010: 30).

denominarse como “pequeña edad del hielo”²⁵, esto es, con un recrudecimiento de las condiciones climáticas que acabará provocando catastróficas consecuencias sobre la agricultura, encareciendo los productos alimenticios de primera necesidad, provocando miseria, hambre, enfermedad y, en última instancia, mermando gravemente la población. Como muestra de ello, si nos atenemos al estado del sector agrario, baste con poner de manifiesto como entre 1573 y 1602 la producción de cereal se desplomó un 37%²⁶ y que, a consecuencia de ello, el precio del pan se encareció en la ciudad de Sevilla un 83% entre la década de 1570 y el primer decenio del siglo XVII²⁷. Además, la peste y otras enfermedades infecciosas como el carbunco dejaron sentir su presencia en 1580-83, 1587-89 y 1598-1601²⁸; fuertes arriadas e inundaciones asolaron el occidente andaluz en 1583, 1586, 1590-97 y 1603-4²⁹; también hay documentado para estas fechas algún que otro año de sequía, plagas de langostas, huracanes, impetuosos temporales de viento y hasta un temblor de tierra. Pues bien, a pesar de este desolador panorama, nuestra variable soportó con cierta entereza y aplomo esta primera gran arremetida de la crisis.

CUADRO 4. Tasas de Crecimiento (TC) y Tasas de Crecimiento Anual Acumulativo (TCAA) del índice de bautizados de Andalucía occidental (en % a partir de medias decenales)

Década	Índice	TC	TCAA	Década	Índice	TC	TCAA
1520	97	-	-	1660	159	4,6	0,44
1530	100	3,1	0,25	1670	174	9,4	0,92
1540	122	22,0	2,02	1680	170	-2,3	-0,19
1550	154	26,2	2,36	1690	193	13,5	1,26
1560	168	9,1	0,85	1700	180	-6,7	-0,69
1570	187	11,3	1,08	1710	183	1,7	0,14
1580	181	-3,2	-0,31	1720	200	9,2	0,92
1590	173	-4,4	-0,44	1730	195	-2,5	-0,28
1600	169	-2,3	-0,24	1740	199	2,1	0,19
1610	167	-1,2	-0,10	1750	219	10,1	0,98
1620	171	2,4	0,21	1760	221	0,9	0,11
1630	173	1,2	0,16	1770	235	6,3	0,62
1640	163	-5,8	-0,60	1780	250	6,4	0,58
1650	152	-6,7	-0,72	1790	270	8,0	0,77

Fuente: elaboración propia

²⁵ OLCINA y MARTÍN (1999) y MARTÍN y OLCINA (2001).

²⁶ LLOPIS y GONZÁLEZ-MARISCAL (2010).

²⁷ Los precios del pan se han obtenido de los libros de mayordomía del hospital de Santa Marta en el Archivo de la Catedral de Sevilla (ACS), sección V, serie 2, libros 92-131.

²⁸ CARMONA GARCÍA (2000) y (2004) y MORALES PADRÓN (1989).

²⁹ MORALES PADRÓN (1989) y DOMÍNGUEZ ORTIZ (1984).

El estancamiento, la atonía o la falta de pulso definen el segundo de los subperiodos establecidos —sin que la expulsión de los moriscos españoles en 1609-11 parezca tener un fuerte impacto en el curso del número índice—, mientras que en el tercero se produce una tímida recuperación que se verá truncada cuando a partir de 1639 se entre en la etapa más aguda de la crisis, en la cual la variable perderá el 14% de su valor. De nuevo, la siniestra compañía formada por una *caprichosa* y hostil climatología —a esta altura de la crisis, con una sociedad fuertemente debilitada por el efecto de demasiados años de declive, la irrupción de un simple invierno de fuertes precipitaciones y la consiguiente merma en la cosecha, como de hecho ocurrió en esta ocasión, era capaz de desencadenar un auténtico desastre demográfico—, una intensa crisis agraria que hace acto de presencia a finales de los años 20 (el descenso acumulado en la producción de cereales será del 35% entre 1628 y 1661 y el precio de la hogaza de pan se incrementará un 80% entre la década de 1630 y la de 1660³⁰) y la reaparición del *mal de bubas* a partir de mediados de la década de los 40 con una virulencia especialmente devastadora, tendrán trágicas consecuencias sobre la población de la Andalucía occidental. No obstante, los estragos de la peste no se dejaron sentir con igual justicia en todas las partes de la subregión, sino que éstos se cebaron principalmente con Sevilla y su provincia —alcance con referir por el momento que la ciudad hispalense experimentará una disminución del 34% en el valor de su curva de bautismos—.

A partir de 1654 da comienzo la última de las grandes etapas definidas, que llegará hasta 1795 y vendrá marcada por un crecimiento demográfico más modesto y pausado que el ocurrido durante el siglo XVI, pero más sostenido en el tiempo. Al contrario que este último, no estará exento de importantes períodos de retroceso, aunque a su vez, parece encontrarse asentado sobre bases más sólidas y con una más nítida vocación de permanencia. Podemos subdividir en dos partes esta prolongada etapa: 1654-1741 y 1741-1795. La primera de ellas se caracteriza por presentar una cadencia de crecimiento bastante menor que el segundo de los períodos establecidos (con una TCAA del 0,29% frente al 0,64%) debido a que a las oleadas expansivas —tres en total— le suceden otras de signo contrario —otras tres— que vienen a limitar y neutralizar en buena medida el

³⁰ Para los datos de producción agraria véase LLOPIS y GONZÁLEZ-MARISCAL (2010) y para los precios del pan véanse los libros de gastos ordinarios y extraordinarios del hospital de Santa Marta, ACS, sección V, serie 2, libros 150-188.

impulso anterior conseguido (véase el cuadro 5). A continuación, pasamos a analizar cada uno de los dos períodos.

CUADRO 5. Principales períodos y subperíodos del índice de bautizados entre 1654 y 1800, Tasas de Crecimiento (TC) y Tasas de Crecimiento Anual Acumulativo (TCAA) (en %)

Períodos	Subperíodos	Duración (en años)	TC (%)	TCAA (%)
1654-1741	1654-1678	24	18,1	0,70
	1678-1683	5	-5,7	-1,16
	1683-1698	15	17,5	1,08
	1698-1713	15	-11,3	-0,79
	1713-1730	17	18,5	1,00
	1730-1741	11	-6,8	-0,64
1741-1795	1741-1761	20	20,4	0,93
	1761-1769	8	-3,9	-0,50
	1769-1795	26	22,2	0,77

Fuente: elaboración propia

1654-1741. La década de 1660 y, sobre todo, la de 1670 fueron especialmente positivas para la evolución de la población del oeste andaluz (véase el cuadro 4). En concreto, el número índice de bautizados se incrementará entre 1654 y 1678 un 18% para después perder parte del progreso acumulado, de nuevo, como resultado de la fatídica conjunción compuesta por una desfavorable climatología —sucesión consecutiva de varios años de precipitaciones torrenciales e inundaciones seguidas de obstinadas sequías³¹—, la presencia de una profunda crisis agraria (entre 1674 y 1682 la producción cerealista descendió un 27%³²) y, en última instancia, la carestía, el hambre y la aparición de padecimientos epidémicos (esencialmente, el brote surgido en 1677-79). Un segundo y sustancial impulso de avance se producirá entre 1683 y 1698 —sólo en la década de 1690 la variable experimentará un incremento del 13,5%—, seguido de una acusada fase recesiva que llegará hasta 1713 y que estará marcada por la letal y destructiva peste de 1709 y por la Guerra de Sucesión al trono de la monarquía española. Llegados a este punto, hay que destacar que en 1692 se superará, por primera vez —de manera transitoria—, el valor máximo alcanzado por nuestra curva en el siglo áureo. Tendremos que esperar hasta 1717 (ciento cuarenta y dos años después) para que

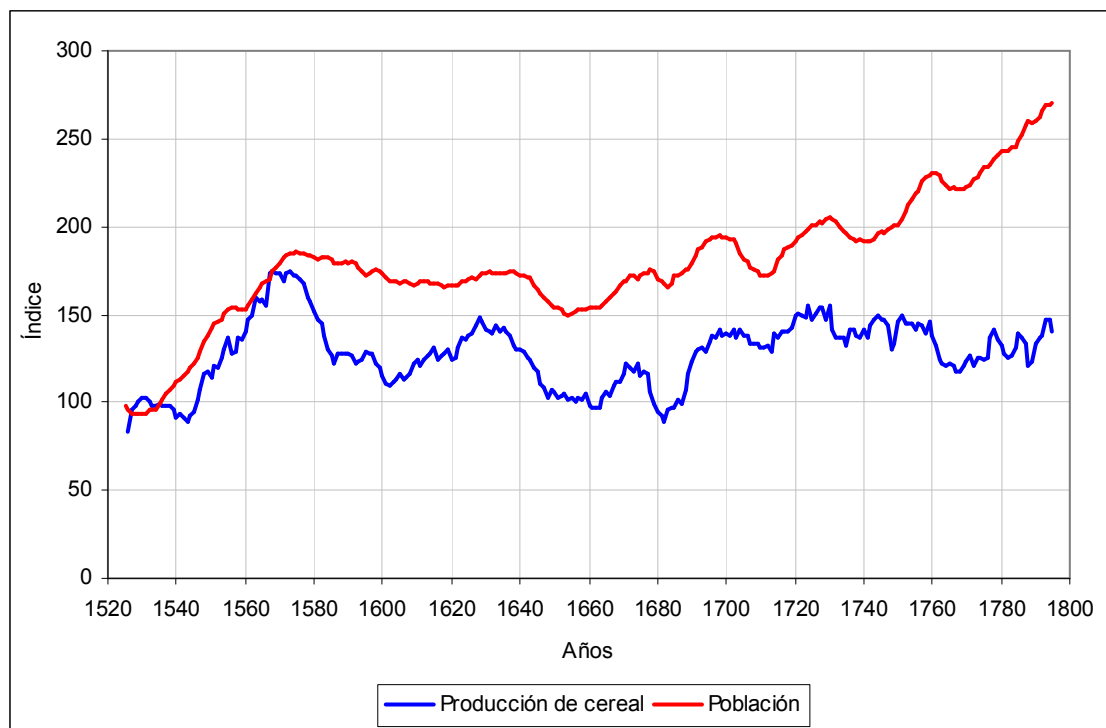
³¹ CARMONA GARCÍA (2000) y (2004: 281-292).

³² LLOPIS y GONZÁLEZ-MARISCAL (2010).

el *sorpasso* adquiera la categoría de definitivo. El último subperíodo de progreso en la curva durante esta fase sucederá entre 1713 y 1730 y el postrero de los subperíodos contractivos entre 1730 y 1741 —especialmente crítico fue el año 1738, en el que concurrieron la sequía, epidemias y plagas de langosta que acabaron arruinando las cosechas³³—. En conclusión, tras todas estas oleadas expansivas y contractivas, entre 1654 y 1741, el valor de nuestra variable habrá conseguido mejorar un 28%.

1741-1795. En este poco más de medio siglo, el índice de bautizados logrará un significativo incremento del 41%. No obstante, la particularidad de este periodo no viene determinada en exclusiva porque en él se produzca una aceleración del crecimiento de la población con respecto a la etapa que le precede. Lo insólito, al menos en las tres centurias estudiadas, se produce porque la curva de bautismos logra desvincularse del compás que hasta entonces le venía marcado por la cantidad de cereal producida en la subregión en análisis, tal y como queda de manifiesto en el gráfico 2. Varios factores podrían estar incidiendo a la hora de explicar este distanciamiento.

GRÁFICO 2. Índice de bautizados en Andalucía occidental e índice de producción cerealista en el arzobispado de Sevilla, 1521-1800 (medias móviles de 11 años, base 100 = media 1531-40)



Fuente: LLOPIS y GONZÁLEZ-MARISCAL (2010); y elaboración propia

³³ AGUILAR PIÑAL (1989: 391).

En primer lugar, parece ser que a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, el abastecimiento de trigo de las poblaciones ponentinas andaluzas experimenta una sustancial mejora gracias a la llegada de cereal extranjero importado, fundamentalmente, a través del puerto de Cádiz³⁴. Ello podría explicar en cierta medida que, a pesar de la decepcionante trayectoria que traza el producto agrario cerealista del occidente andaluz en toda la segunda mitad del Setecientos, la curva de bautizados experimente un muy notable progreso, que apenas se verá quebrado por el movimiento recesivo de 1761-69.

En segundo término, nos encontramos con que la buena marcha experimentada por otras variables económicas durante la segunda mitad del Setecientos quizá también se encuentre intercediendo y actuando a favor de este proceso de autonomía de la variable poblacional con respecto a la producción de cereal. Nos referimos, en concreto, a la franca y muy notable mejora con la que se comportó el producto agrario no cerealista en el arzobispado de Sevilla desde las últimas décadas del siglo XVII hasta 1800³⁵ —cuyos componentes fundamentales eran el aceite, el vino y los productos ganaderos— y al buen comportamiento que sostuvo el sector industrial, cuyo reflejo más palmario y elocuente queda retratado con el incremento de las actividades industriales que acontece desde 1750³⁶.

Por último, en menoscabo del mencionado proceso de autonomía descrito por la variable población al ejercer funciones de contrapeso, tenemos que considerar la posibilidad de que la curva de producción cerealista pueda estar acusando cierta infravaloración en la segunda mitad del siglo XVIII como consecuencia del aumento de la defraudación en el pago del diezmo —del que dan fe las reiteradas quejas de las autoridades eclesiásticas a la Hacienda Real para que frene y ponga coto a tal práctica, enormemente lesiva para sus intereses— y los cambios sufridos en la administración del excusado³⁷.

Una vez estudiada la curva de bautizados para el conjunto de la Andalucía occidental, es necesario detenerse en observar el comportamiento que describen las

³⁴ MARTÍNEZ RUIZ (2005).

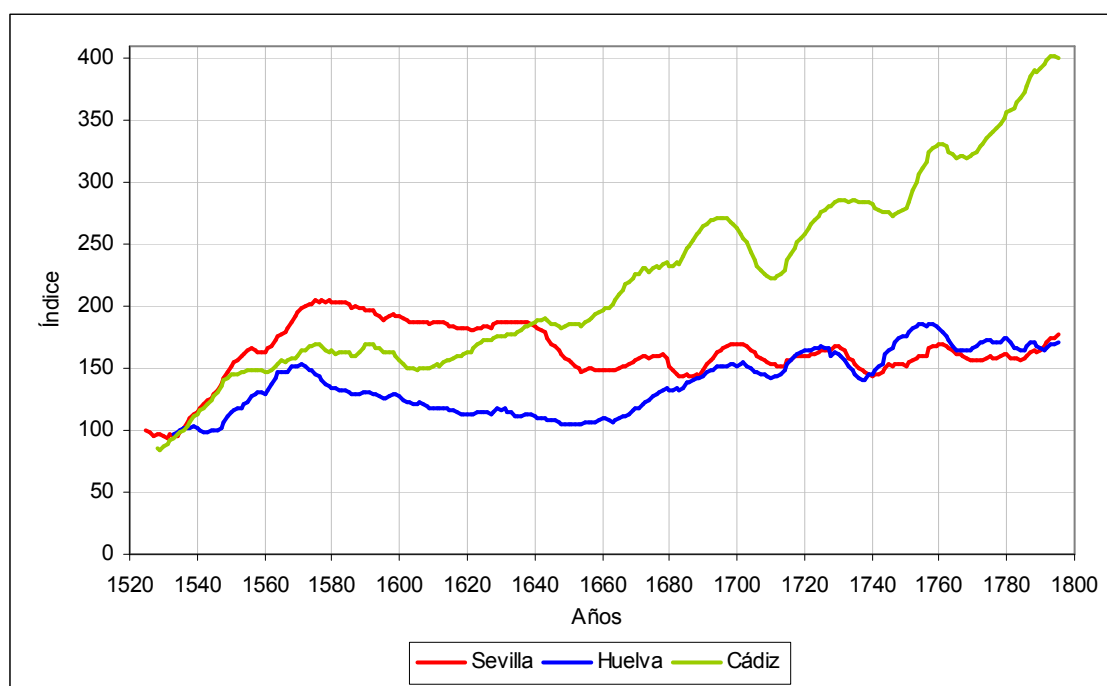
³⁵ LLOPIS y GONZÁLEZ-MARISCAL (2010).

³⁶ PAREJO BARRANCO (1987).

³⁷ LLOPIS y GONZÁLEZ-MARISCAL (2010).

distintas partes que integran la subregión. Así pues, en el gráfico 3 aparecen retratados los índices ponderados de bautizados para las provincias de Sevilla, Huelva y Cádiz, y en el cuadro 6 se registran las tasas de crecimiento de los respectivos índices, agrupadas por décadas. A simple vista, se puede apreciar una evolución bien diferenciada y de agudos contrastes en la trayectoria seguida en cada una de las provincias. La que mejor balance demográfico arroja, sin lugar a dudas, es la provincia gaditana que, entre la década de 1530 y la de 1790, consigue cuadruplicar su población. Por el contrario, las provincias de Huelva y Sevilla ofrecen unos resultados francamente mediocres y decepcionantes, ya que, entre las décadas de 1530 y 1790, apenas logran multiplicar su población por factores equivalentes al 1,7 y al 1,8, respectivamente.

GRÁFICO 3. Índices ponderados de bautizados por provincias, 1521-1800
Medias móviles de 11 años (base 100 = media 1531-40)



Fuente: las que constan en las notas a pie de página 13 y 14; y elaboración propia

En la curva de bautismos de la provincia de Cádiz se pueden distinguir, *grosso modo*, tres grandes etapas de crecimiento interrumpidas por dos importantes ciclos contractivos: el primero de ellos entre estos últimos (1575-1605) estaría caracterizado por su prolongada extensión en el tiempo más que por su profundidad, mientras que el segundo (1696-1710), se distinguiría por todo lo contrario, esto es, por el fuerte impacto

negativo que tuvo lugar en un lapso de tiempo relativamente corto. Por su parte, las tres etapas de crecimiento son las siguientes: 1528-1575, en la que el número índice llega a duplicar su valor y el aumento poblacional se concentra en la comarca de la Campiña; 1605-1696, en la que la tendencia alcista —que escasamente se verá interrumpida en casi todo el siglo XVII salvo por el estancamiento producido entre 1643 y 1654— contempla un incremento total del 83%; y 1710-1795, que supone el último periodo de esplendor demográfico en los tres siglos analizados (el incremento final de éste se sitúa de nuevo en torno al 80%), en el cual se pueden observar dos momentos en los que la evolución de la población atraviesa por ciertas dificultades (1735-1746 y 1761-1768). Por último, tenemos que añadir que las comarcas que mejor evolución demográfica presentan entre el inicio del siglo áureo y los estertores del ilustrado son las de la Costa noroccidental-Bahía de Cádiz —que consigue multiplicar su población por 5,8 entre 1535 y 1795— y la de la Janda ($\times 3,8$), mientras que la comarca del Campo de Gibraltar ($\times 1,3$) es la que peor comportamiento demográfico experimenta. Esta última demarcación reproduce unas maneras que no se asemejan a las mostradas por ninguna otra de las establecidas, quizá como consecuencia de su excepcional posición como territorio de frontera y al duro impacto que supuso en su territorio la Guerra de Sucesión y la pérdida de Gibraltar.

Para el caso de la provincia de Sevilla, el perfil de la curva de bautizados traza el curso de tres grandes fases: 1531-1579, en la cual se produce un espectacular crecimiento que llega a multiplicar la población por 2,2 y que se encuentra concentrado, fundamentalmente, en la ciudad de Sevilla y en la comarca de la Alta Campiña-Sierra Sur; 1579-1654, época de franco declive demográfico, lento pero de paso firme hasta 1622 y de una severidad estremecedora entre 1639 y 1654 —en tan solo quince años el valor del índice desciende un 21% en el conjunto provincial y un 30% en la ciudad hispalense—; y 1654-1795, siglo y medio dominado por el estancamiento, la atonía y la debilidad demográfica con una muy leve —casi imperceptible— tendencia al alza. La comarca que mejor comportamiento advierte en todo el tiempo estudiado es la de la Alta Campiña-Sierra Sur (logra multiplicar su población por 2,5). Como síntoma de esta exitosa evolución podemos hacer alusión a la fundación durante la Edad Moderna de un nutrido conjunto de nuevas poblaciones en los alrededores de Osuna y Estepa. Por su parte, las demarcaciones que peor resultado arrojan son la Sierra de Constantina ($\times 1$) y El Aljarafe ($\times 1,1$), con índices de valor muy similar en las décadas de 1530 y 1790.

CUADRO 6. Tasas de crecimiento (TC) y tasas de crecimiento anual acumulativo (TCAA) del índice de bautizados por provincias (en % a partir de medias decenales)

Década	Sevilla			Huelva			Cádiz		
	Índice	TC	TCAA	Índice	TC	TCAA	Índice	TC	TCAA
1520	100	-	-	94	-	-	87	-	-
1530	100	0,0	-0,06	101	7,4	0,71	100	14,9	1,35
1540	129	29,0	2,64	97	-4,0	-0,32	128	28,0	2,54
1550	166	28,7	2,56	126	29,9	2,65	147	14,8	1,42
1560	179	7,8	0,72	147	16,7	1,51	155	5,4	0,53
1570	205	14,5	1,37	146	-0,7	-0,07	169	9,0	0,87
1580	202	-1,5	-0,14	130	-11,0	-1,15	162	-4,1	-0,48
1590	190	-5,9	-0,62	126	-3,1	-0,30	163	0,6	0,10
1600	188	-1,1	-0,09	122	-3,2	-0,34	149	-8,6	-0,90
1610	184	-2,1	-0,25	116	-4,9	-0,46	158	6,0	0,58
1620	184	0,0	0,01	115	-0,9	-0,08	173	9,5	0,92
1630	187	1,6	0,18	111	-3,5	-0,43	180	4,0	0,38
1640	169	-9,6	-1,00	108	-2,7	-0,26	186	3,3	0,35
1650	149	-11,8	-1,24	106	-1,9	-0,19	189	1,6	0,17
1660	150	0,7	0,04	110	3,8	0,39	211	11,6	1,09
1670	161	7,3	0,70	129	17,3	1,58	232	10,0	0,98
1680	143	-11,2	-1,17	138	7,0	0,68	247	6,5	0,63
1690	165	15,4	1,45	152	10,1	0,99	272	10,1	0,95
1700	161	-2,4	-0,23	147	-3,3	-0,36	234	-14,0	-1,50
1710	157	-2,5	-0,26	156	6,1	0,60	241	3,0	0,32
1720	164	4,5	0,40	166	6,4	0,68	277	14,9	1,39
1730	152	-7,3	-0,76	143	-13,9	-1,50	285	2,9	0,31
1740	155	2,0	0,23	167	16,8	1,55	275	-3,5	-0,38
1750	160	3,2	0,29	186	11,4	1,09	314	14,2	1,34
1760	161	0,6	0,09	164	-11,8	-1,24	320	1,9	0,19
1770	161	0,0	-0,01	174	6,1	0,59	342	6,9	0,66
1780	157	-2,5	-0,25	165	-5,7	-0,51	375	9,6	0,93
1790	177	12,7	1,23	172	4,2	0,37	399	6,4	0,62

Fuente: las que constan en las notas a pie de página 13 y 14; y elaboración propia

Por su parte, en la evolución del índice de bautizados en la provincia de Huelva podemos vislumbrar tres grandes etapas: 1543-1571, en la cual el valor de la variable se incrementa un 57%, esto es, el resultado más modesto de los conseguidos a escala provincial durante el avance que acontece en el Quinientos; la segunda etapa iría desde 1571 hasta 1653 y en ella la variable llega a perder casi todo el progreso acumulado durante buena parte del siglo XVI, por lo que Huelva aparece como la provincia dónde más profunda resulta la crisis demográfica que tiene lugar hasta la mitad del siglo XVII; por último, desde 1653 hasta 1795 se vive una etapa de crecimiento en la cual la variable gana un 65% de su valor. La comarca que mejor balance arroja en los siglos

analizados es El Andévalo, que logra multiplicar su población por 4,7; por el contrario, la demarcación que peor resultado obtiene es la Sierra de Aracena ($\times 1,3$) con un número índice de similar valor en 1540 y en 1790.

El último de los asuntos a tratar en este apartado tiene como objetivo confrontar la serie de bautizados que hemos calculado para Andalucía occidental, en primer lugar, con las estimaciones efectuadas por otros autores para la misma demarcación territorial. Sin embargo, a la hora de emprender esta labor nos encontramos con un inconveniente, debido a que los trabajos demográficos sobre Andalucía que emplean y examinan datos de acristianados suelen fraccionar su territorio en dos, haciendo uso de la tradicional y enraizada distinción entre la baja y la alta Andalucía —esto es, agrupando las provincias de Huelva, Cádiz, Sevilla y Córdoba por un lado, y las de Granada, Málaga, Jaén y Almería, por otro—, y calculando un índice para cada una de las dos mitades.

Movidos por el ánimo de ser rigurosos y certeros en el ejercicio de cotejo que nos disponemos a emprender, nos ha parecido oportuno ampliar la base geográfica que hemos manejado hasta el momento para, de este modo, homogeneizar el territorio a comparar, lo que implica incorporar a nuestros cálculos demográficos aquello que aconteció en la provincia de Córdoba. Es justo en este momento cuando cobra pleno sentido la diferenciación que efectuamos al comienzo del capítulo entre los espacios geográficos desiguales que venían a representar los conceptos de “Andalucía occidental” y “baja Andalucía”. Con la incorporación de la provincia cordobesa a nuestros cálculos, pasaremos de tener un índice de bautizados para Andalucía occidental a otro diferente y de mayor amplitud espacial para la baja Andalucía.

Un vez que hayamos finalizado este primer ejercicio comparativo entre los distintos índices que se han estimado para la baja Andalucía (véase el gráfico 5), confrontaremos nuestra nueva serie con los índices de acristianados para el conjunto de la región andaluza (véanse los gráficos 6 y 7); en tercer lugar, haremos lo pertinente, pero esta vez, contrastando un índice andaluz de nuevo cuño con las series de bautizados de otras grandes áreas geográficas de España (véanse los gráficos 8 y 9) —en concreto, con la España interior, la septentrional y la del arco mediterráneo—; y, finalmente, someteremos *a careo* el índice de bautizados andaluz con otro calculado para la totalidad del país (véase el gráfico 10).

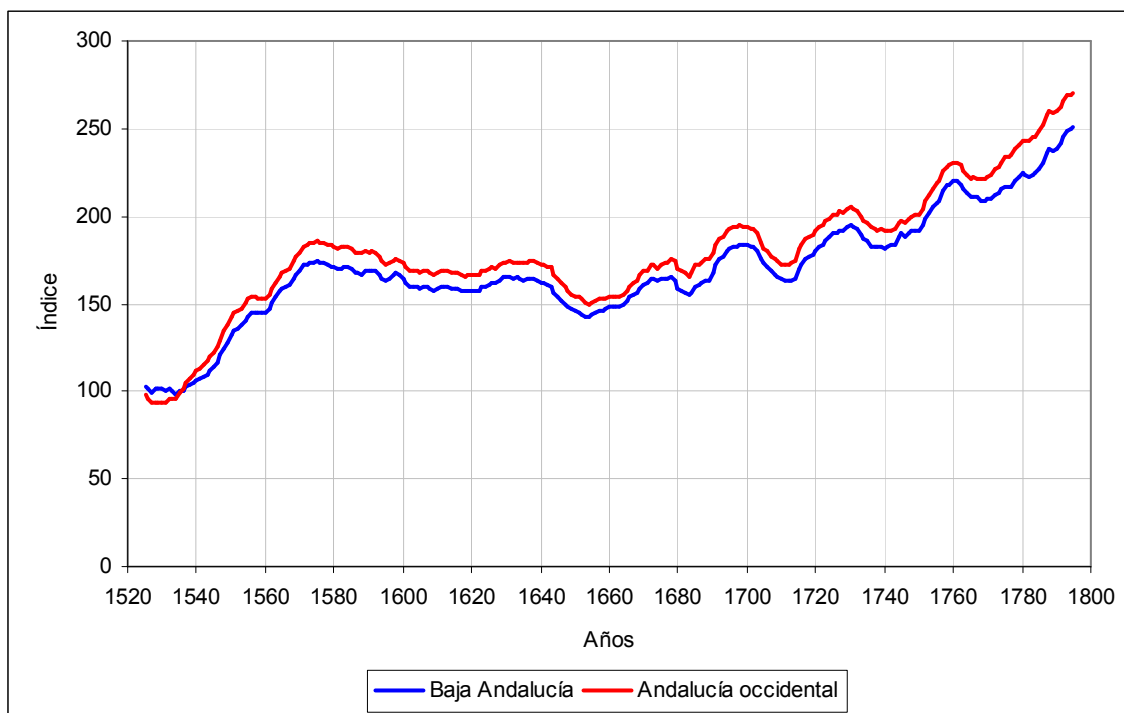
El índice de bautizados que hemos confeccionado para la provincia de Córdoba³⁸ es, según creemos, perfectamente válido para colmar nuestras aspiraciones, pero no está elaborado de manera tan exquisita y certera como el de las otras tres provincias analizadas, ya que para ello, nos faltaría por realizarle alguna que otra mejora e insertarle ciertos componentes con los que, por el momento, no hemos podido contar: por un lado, tendríamos que disponer de una muestra más amplia para las primeras décadas del siglo XVI (consideramos que el período 1521-1560 no se encuentra aún aceptablemente cubierto) y algo más equilibrada territorialmente (la comarca del Valle del Guadalquivir, siendo la demarcación que más población acumula de toda la provincia —entre el 31 y el 38%—, está escasamente representada, debido a que sólo disponemos de los datos de tres parroquias de la ciudad de Córdoba para el período 1551-1700); por otro lado, para afinar aún más en su diseño también nos restaría por asignar los correspondientes pesos específicos a los índices comarcales a partir de la información deducida de los censos y vecindarios.

De manera sintética, sirva de resumen indicar que la curva cordobesa presenta un perfil de considerable similitud al dibujo que traza la serie onubense; que al igual que en ésta, se pueden distinguir tres grandes etapas en su recorrido si nos atenemos al dato central de las medias móviles de once años que hemos calculado: la primera abarca desde 1542 a 1572 y en ella, la serie experimenta un incremento de su valor igual al 60%, esto es, el más débil junto al onubense de los que hemos estimado para las cuatro provincias estudiadas; la segunda se extiende desde 1572 a 1653 y aquí, la variable describe una larga fase de estancamiento y decadencia al final de la cual se habrá producido una pérdida poblacional equivalente al 16%; finalmente, entre 1654 y 1795 la

³⁸ Éste incluye los datos de un total de dieciocho localidades distribuidas por las cinco comarcas que hemos definido para la provincia (Valle del Guadiato, Valle de Los Pedroches, Valle del Guadalquivir, Campiña y Sierras Penibéticas): los de Hinojosa del Duque (1560-1800) y de Villanueva de Córdoba (1570-1800) provienen de VALLE BUENESTADO (1978); los de Montemayor (1560-1800), Santaella (1526-1800) y Fernán Núñez (1590-1800) de PONSOT (1986); los de Puente Genil (1560-1800), Cabra (1571-1800), Doña Mencía (1560-1800) y Lucena (1540-1800) de CALVO POYATO (1986); los de Rute (1571-1800) de GARCÍA JIMÉNEZ (1987); los de las parroquias cordobesas de Santa Marina (1538-1700), Santiago (1548-1700) y El Salvador (1552-1700) de FORTEA (1978) y (1979); los de Iznájar (1560-1800) de RAMÍREZ GÁMIZ (2001); los de Bélmez (1590-1800) fueron recogidos por Gonzalo Anes y nos fueron facilitados por Enrique Llopis; y, finalmente, los de Montalbán de Córdoba (1570-1800), Fuente Obejuna (1560-1800), Pedroche (1581-1800), Torrecampo (1560-1800) y Luque (1561-1800) fueron recabados en los archivos parroquiales de las correspondientes localidades por el Grupo Complutense de Historia Económica Moderna (concretamente, participaron en la recolección de las cifras, Enrique Llopis Agelán, Juan Zafra Oteyza, José Ubaldo Bernardos, Héctor García Montero, Felipa Sánchez Salazar y quien suscribe estas líneas), que además, dedicó parte de su labor a ampliar la horquilla temporal de las series de algunas otras de las localidades mencionadas.

variable vuelve a transitar por la senda del crecimiento, acumulando un incremento final del 61%. El balance que arrojan los datos nos indica que entre la década de 1530 y la de 1790 la población cordobesa logrará prácticamente duplicarse.

GRÁFICO 4. Índices ponderados de bautizados para Andalucía occidental y la baja Andalucía, 1521-1800 (medias móviles de 11 años; base 100 = media 1531-1540)



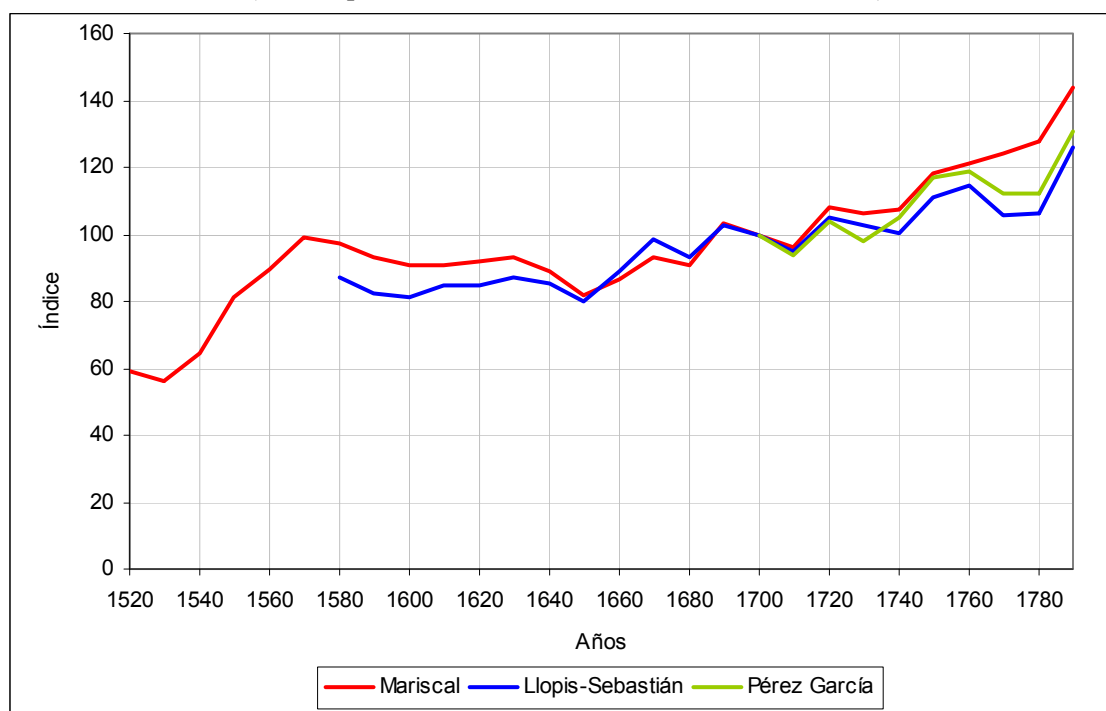
Fuente: las que constan en las notas a pie de página 13, 14 y 34; y elaboración propia

Una vez calculado el índice de bautizados cordobés, hemos procedido a saber el peso específico de cada una de las cuatro provincias en el total de la baja Andalucía a partir de la información suministrada por los censos y vecindarios de 1533, 1587, 1752 y 1787³⁹, y empleando esta información, hemos obtenido el índice ponderado de bautismos para Andalucía la baja (véase el gráfico 4). Las diferencias que presenta con respecto al índice construido para Andalucía occidental son de cierta relevancia, debido a que la inclusión de la provincia de Córdoba viene a matizar los grandes movimientos demográficos referidos en páginas anteriores —en líneas generales, su incorporación a la muestra hace que la variable reduzca su valor en una media de seis puntos

³⁹ En 1533, la provincia de Córdoba acumulaba el 31% de la población de la baja Andalucía; en 1587, el 29%; en 1752, el 25%; y en 1787, el 26%. En esta ocasión, no hemos empleado el censo de 1631 para ponderar los índices provinciales debido a que, por el momento, no disponemos de los datos que tal recuento ofrece para la provincia de Córdoba.

porcentuales—. Así, el aumento de población que habíamos descrito para buena parte del siglo XVI —circunscrito en este caso al período 1534-1575— se mitiga en buena medida y acaba alcanzando un incremento final del 78%; la depresión del último cuarto del siglo de oro y las primeras cinco décadas del XVII supone un descenso muy similar al descrito para Andalucía occidental, concretamente, del 18%; y, por fin, la larga recuperación que se produce a partir de 1654 y que llega hasta el final del límite temporal que nos hemos marcado, se ve reducida en tres puntos hasta situarse en el 77%. Como balance final, tenemos que decir que entre 1534 y 1795 el valor del índice se multiplica por 2,57 frente al 2,90 alcanzado por las provincias incluidas en la Andalucía occidental entre 1531 y 1795.

GRÁFICO 5. Tres índices de bautizados para la baja Andalucía, 1520-1800
(medias por décadas naturales; base 100 = 1700-1709)



Fuente: LLOPIS y SEBASTIÁN (2007); PÉREZ GARCÍA (1995); las que constan en las notas a pie de página 13, 14 y 34; y elaboración propia

Las diferencias más importantes que pueden apreciarse en el gráfico 5 entre nuestro índice y aquellos otros contruidos por los profesores Enrique Llopis-José Antonio Sebastián y José Manuel Pérez García para la baja Andalucía apuntan en dos direcciones: por un lado, mientras que nuestro índice parte en la década de 1580 de un

valor un 12% superior al calculado por los profesores Llopis y Sebastián, ambas estimaciones acaban arribando a una cifra muy similar en la década de 1650, por lo que a nuestro parecer, la disminución de la población que tiene lugar entre ambas fechas — esto es, la denominada crisis demográfica del XVII— es bastante más pronunciada de lo que el *índice Llopis-Sebastián* deja entrever (éste apunta a una pérdida poblacional equivalente al 8% frente al 16% que determina nuestra serie); por otro lado, tras haber transitado con pronunciados grados de semejanza entre 1650 y 1720, las divergencias entre nuestra variable y las calculadas por los profesores Llopis-Sebastián y Pérez García empiezan a hacerse de nuevo patentes a partir de la década de 1730 y cobran una importante relevancia entre las décadas de 1770 y 1790 (con brechas que se sitúan entre el 14% y el 21% de disimilitud con respecto al primero de los índices y entre el 10% y el 14% con respecto al segundo). A nuestro entender, en las series construidas por estos tres demógrafos no hay una presencia demasiado relevante de localidades gaditanas, principalmente de aquellas que se encuentran encuadradas en la comarca de la Costa Noroccidental-Bahía de Cádiz, lo que repercute en que sus índices minusvaloren el crecimiento demográfico que acontece en las tres últimas décadas del *siglo de las luces*, ya que como sabemos, éste tuvo lugar, fundamentalmente, en la mencionada comarca.

Por su parte, en el gráfico 6 aparece plasmada la curva de bautizados diseñada por el profesor Pérez García para el conjunto de Andalucía⁴⁰ junto a la confeccionada por nosotros mismos para su parte baja. Confrontando sus trazados, resulta ineludible referirse a varias cuestiones. En primer lugar, llama la atención el recorrido cuasi solapado que experimentan ambas curvas entre 1570 y 1760, confundiéndose y hasta mimetizándose en este prolongado lapso de tiempo la serie que se refiere a la parte con aquella otra que describe la evolución del todo. Como el mismo autor pone de manifiesto⁴¹, la muestra que maneja adolece de un importante sesgo, esencialmente en los siglos XVI y XVII⁴², que la inclina a captar con mayor precisión la evolución de la

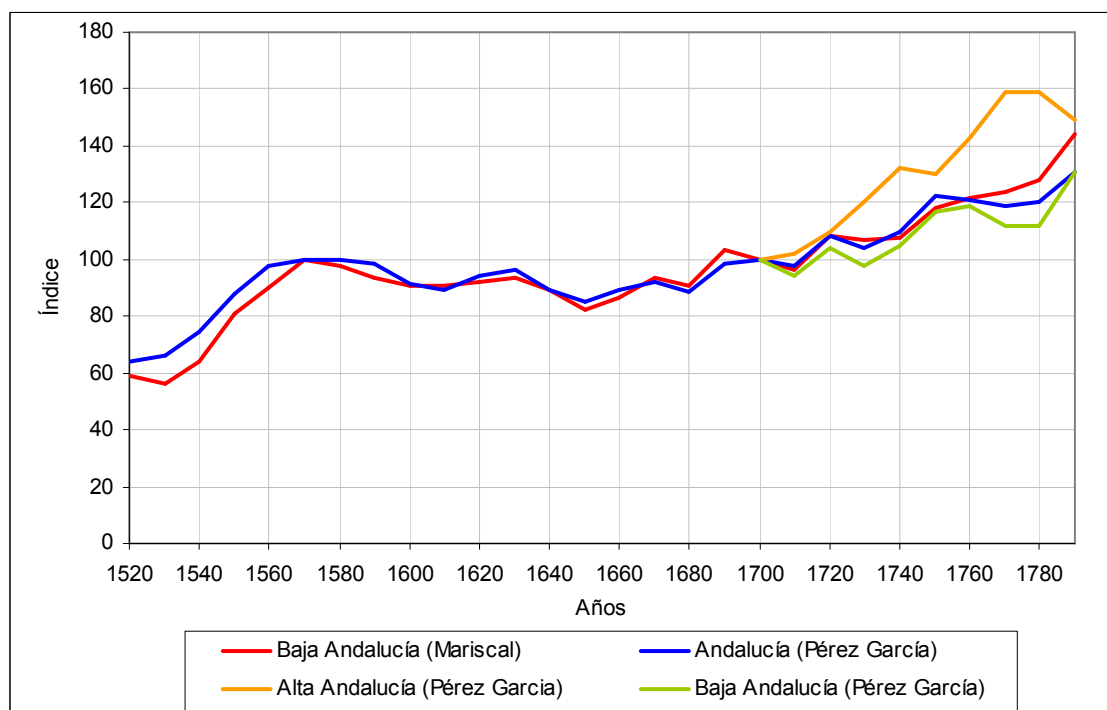
⁴⁰ Hemos tomado como punto de partida para su cálculo el índice de bautizados que dicho demógrafo publica en el año 2008 para la Andalucía barroca (1580-1760), al tratarse de un trabajo más completo que el anterior debido a que consigue armar una muestra con un mayor número de localidades. Posteriormente, se ha engarzado este índice con aquel otro que tiene impreso en 1995 para cubrir los períodos que van desde 1520 a 1580 y desde 1760 a 1800.

⁴¹ PÉREZ GARCÍA (1995: 31) y (2008: 170).

⁴² La muestra que construye para la alta Andalucía solo está representada por dos parroquias de la ciudad de Granada en el siglo XVI; por su parte, para el siglo XVII cuenta con los datos de Antequera, once

población bajo andaluza en menoscabo de su parte alta. Incluso para gran parte del siglo XVIII⁴³, el tipo de ponderación que establece para hallar el número índice según el tamaño de los núcleos, no viene a corregir este déficit territorial sino a mantenerlo, de ahí que persista la íntima asociación entre una y otra curva representadas. Por lo tanto, tendemos a pensar que la serie hallada por Pérez García para toda Andalucía más bien parece ser que pueda estar representando la evolución demográfica de la baja Andalucía, principalmente, en siglos XVI y XVII.

GRÁFICO 6. Índices de bautizados para la baja Andalucía, la alta Andalucía y Andalucía, 1520-1800 (medias por décadas naturales; base 100 = 1700-1709)



Fuente: PÉREZ GARCÍA (1995) y (2008); las que constan en las notas a pie de página 13, 14 y 34; y elaboración propia

Teniendo presente este último aspecto mencionado, las diferencias de mayor calado que podemos identificar entre nuestra serie y la del profesor Pérez García se centran en el inicio y el final de sus recorridos. Mientras que el *índice Pérez García* comienza a crecer desde la década de 1520 y cuando concluye este primer ciclo positivo en la

parroquias de la ciudad de Jaén y una parroquia de la ciudad de Granada hasta 1640 y dieciséis entre 1640 y 1700.

⁴³ En esta centuria su muestra está integrada por 31 poblaciones de la baja Andalucía y 11 de la alta Andalucía.

década de 1570 el incremento total asciende al 56%, el alza en nuestra variable, dando comienzo en la década de 1530, finaliza en la de 1570 y acumula un aumento del 72% (lo que determina una brecha entre una y otra pauta de crecimiento del 29%). Por lo tanto, tendemos a pensar que el crecimiento demográfico que se produce durante el siglo XVI en la baja Andalucía es bastante más intenso de lo que hasta ahora reflejaban los cálculos realizados.

Para el siglo XVIII hemos incorporado al gráfico 6 el índice de bautizados de la alta Andalucía calculado por el profesor Pérez García. Como puede observarse, a pesar de que la alta Andalucía representaba durante la segunda mitad del *siglo de las luces* entre 44 y el 46% de la población andaluza⁴⁴, la curva estimada para toda Andalucía es muy poco sensible a reproducir los cambios que se producen en su parte levantina y, por el contrario, tiende a reflejar excesivamente aquello que tiene lugar en los territorios de poniente. Por consiguiente, para este tramo de los índices nos volvemos a encontrar con una curva de bautizados de Andalucía que fundamentalmente refleja aquello que acontece en su parte baja y, como ya hemos expuesto, los cálculos para esta porción de la región andaluza que efectúa el profesor Pérez García tienden a infravalorar el crecimiento que tiene lugar en las últimas décadas del Setecientos debido a que no recogen adecuadamente el incremento que se experimenta en la provincia de Cádiz. Ello nos lleva a pensar que el índice calculado para Andalucía por Pérez García infravalora el crecimiento demográfico que se produce en esta región durante el siglo XVIII.

A pesar de que en un principio no figuraba entre nuestros planes realizar cálculo alguno para determinar la evolución de la población andaluza durante la Edad Moderna, alentados por la curiosidad que brotó tras el último de los hallazgos —esto es, el hecho de que la serie que se venía manejando hasta el momento para retratar el comportamiento demográfico andaluz no recogiese de manera adecuada tal propósito— y dada la relativa relevancia que el asunto implica, hemos decidido estimar un índice de bautismos básico para Andalucía que sirva de esbozo y venga a captar de manera preliminar —hasta que se logre mejorar la muestra de aguados para Andalucía la alta, que, a día de hoy, presenta algunos déficits de cierta enjundia— los principales

⁴⁴ PÉREZ GARCÍA (1995: 41).

movimientos de su población, lo cual nos permitirá ponerlo en relación al perfil que trazan las series estimadas para otras regiones españolas.

En la confección del índice para la alta Andalucía se ha procedido, en líneas generales, según el método ya explicitado en párrafos anteriores, pero adaptando la técnica a las especiales características —léanse, esencialmente, carencias— que las muestras manejadas presentan. En primer lugar, se ha hecho acopio y se han agrupado por provincias los datos de bautizados de las localidades de la alta Andalucía que, o bien han sido publicados por distintos autores, o bien nos han sido facilitados amablemente por otros investigadores, o bien han sido recolectados por el propio Grupo Complutense de Historia Económica Moderna de España. En total, se ha conseguido pertrechar una muestra de bautizados para trece localidades de la provincia de Granada⁴⁵, para once de la de Málaga⁴⁶ y para seis de la de Jaén⁴⁷. Lamentablemente, no disponemos de cifra alguna para la provincia de Almería, lo que viene a suponer el primero de los escollos con el que nos hemos topado. Además, guiados por la prudencia, se ha decidido acotar el periodo de análisis a los años comprendidos entre

⁴⁵ La procedencia de los datos es la siguiente: los de Santa Fe (1550-1800), Alhedín (1550-1700), Guadahortuna (1550-1700), Ogíjares bajo (1550-1700), Ogíjares alto (1550-1700), La Zubia (1561-1700), Monachil (1561-1700), Pinos Genil (1571-1800), Pinos Puentes (1601-1700) y Chauchina (1611-1800) fueron recopilados por Jordi Nadal y sus series fueron elaboradas por Francisco Javier Vela Santamaría, quien amablemente las proporcionó al Grupo Complutense de Historia Económica; los de Mondújar, Talará y Acequias (1700-1800), Pinos Puente (1700-1800), Albolote (1700-1800), La Zubia (1700-1800) y Salobreña (1720-1800) fueron obtenidos en GÁMEZ AMIÁN (1986); y, finalmente, los de dieciséis de las veintitrés pilas bautismales con las que contaba la ciudad de Granada (1640-1800) en RABASCO VALDÉS (1975) y SANZ SAMPELAYO (1980). Además, también existen cifras de bautizados para Granada entre 1521 y 1630 en NÉSTARES PLEGUEZUELO (1989) y SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ (1986), sin embargo, no hemos podido, por el momento, contar con ellas para incorporarlas a nuestro trabajo.

⁴⁶ Los datos de Comares (1550-1800), Riogordo (1550-1800), Gaucín (1561-1800), Coín (1571-1700), Almargén (1571-1800), Tolox (1571-1800) y Cuevas del Becerro (1591-1790) fueron recopilados por el Grupo Complutense de Historia Económica Moderna de España en el Archivo del Obispado de Málaga (concretamente, participaron en su acopio Enrique Llopis Agelán, José Ubaldo Bernardos, Felipa Sánchez Salazar, Héctor García Montero y quien suscribe estas líneas); los de Antequera (1631-1800) fueron conseguidos en SANZ SAMPELAYO y SÁNCHEZ LAFUENTE (1995); los de las collaciones de El Sagrario y Santiago de Málaga (1701-1800) en SANZ SAMPELAYO (1998); los de Frigiliana (1700-1800) en CORTÁZAR ECHEVERRÍA (1980); y los de Sayalonga (1710-1800) y Coín (1700-1800) en GÁMEZ AMIÁN (1986) y (1978), respectivamente.

⁴⁷ Los datos de las parroquias de San Pedro, San Ildefonso, San Miguel, San Andrés, San Lorenzo, Santiago y San Bartolomé (esto es, siete pilas bautismales de un total de once) de la ciudad de Jaén (1600-1700) proceden de CORONAS TEJADA (1970?); los de Navas de San Juan (1560-1800) de VALENZUELA DÍAZ (2006); y los Iznatoraf (1551-1800), la parroquia de San Miguel de Andújar (1561-1800), Huelma (1561-1800), Begíjar (1620-1760) y las parroquias jienenses de San Pedro (1550-1600 y 1701-1800), San Ildefonso (1550-1600 y 1701-1800), San Miguel (1561-1600 y 1701-1780), San Andrés (1571-1600 y 1701-1800) fueron recopilados por Felipa Sánchez Salazar, Héctor García Montero, Enrique Llopis Agelán y Luis Garrido González para el Grupo Complutense de Historia Económica Moderna de España.

1580 y 1800 debido a que, siendo conscientes de que las deficiencias de la muestra se hacen más acusadas para el tiempo que media de 1550 a 1580, hemos considerado preferible salvar el impacto que pudiese tener sobre nuestro índice el éxodo forzado y masivo de la población morisca del Reino de Granada que aconteció tras la rebelión de las Alpujarras de 1568-1571.

En segundo lugar, se han elaborado índices de bautizados para cada una de las provincias, sometiéndolos a procesos de ajuste un tanto diferenciados en función de los desequilibrios observados en la composición de las muestras. La que se refiere a Granada está excesivamente centrada en la comarca de La Vega (diez de los trece núcleos de población se concentran en esta circunscripción, enmarcándose los otros tres en las comarcas de Los Montes, el Valle del Lecrín y la Costa Tropical); no disponemos de cifras para las demarcaciones encuadradas en la linde oriental de la provincia (La Alpujarra, Guadix, Baza y Huéscar) ni para aquellas otras que se sitúan en sus confines ponentinos (Loja y Alhama); y, el contundente peso que suponen los datos de dieciséis parroquias de la ciudad de Granada, dada su dispar evolución con respecto al resto de series locales, la inclinan a una pronunciada distorsión en caso de no ser sometida a algún tipo de equilibrado. Por ello, para corregir este último aspecto, se ha ponderado la serie de la capital por el peso relativo que su población suponía en el total provincial en 1587 y en 1787⁴⁸.

Por su parte, la muestra de la provincia de Málaga se encuentra bien nivelada en lo tocante a su distribución espacial —aparecen representadas sus cuatro comarcas (Serranía de Ronda, La Axarquía, Valle de Guadalorce-Costa del Sol y Guadalteba-Antequera)—, aunque quizá resulte algo escasa la cantidad de núcleos que incluye cada una de ellas. Sin embargo, al integrar entre sus cifras el número de bautizados de Antequera y de dos parroquias malacitanas, ambos, centros urbanos de considerable envergadura, se corre el riesgo, de nuevo, de que la serie provincial resultante esté sesgada si no se nivela mediante algún tipo de ponderación. Así hemos procedido,

⁴⁸ Según nuestros cálculos, en 1587 la población de la ciudad de Granada suponía, aproximadamente, el 36% del total provincial y en 1787, el 21%.

optando por otorgar el peso que en justicia merecen una y otra ciudad, empleando para ello la información de los censos de 1587 y 1787⁴⁹.

Por último, la muestra de la provincia de Jaén es la más reducida de todas en cuanto al número de poblaciones, pero en contrapartida, éstas se hallan bastante bien repartidas por la geografía provincial. En este caso, también la capital de provincia supone un peso excesivo en el total de acristianados debido a la estrechez de la muestra, por lo que, de igual manera, hemos sometido las series a mecanismos de corrección y ajuste mediante el procedimiento ya comentado.

Una vez calculados los índices provinciales, se ha procedido a ponderarlos pertinentemente según información deducida, por una parte, del *censo de los Obispos* y de las cifras de población manejadas por el profesor Pérez García para el Reino de Jaén/Orden de Calatrava y el Reino de Granada a partir del *censo de los millones*⁵⁰, y por otra parte, del censo de Floridablanca⁵¹. Como resultado de todo ello hemos

⁴⁹ En 1787, el 21% de la población de la provincia de Málaga se concentraba en su actual capital y el 8% en Antequera, mientras que en 1587, los porcentajes se situaban en el 16 y el 20%, respectivamente.

⁵⁰ Del *censo de los Obispos* hemos obtenido información para reconstruir la población de las provincias de Granada y Málaga (24.120 y 19.192 vecinos, respectivamente, que multiplicados por 4,02 habitantes por vecino —equivalencia deducida a partir de los datos que el propio censo proporciona para el arzobispado de Sevilla—, hacen un total de 96.962 habitantes para la provincia de Granada y 77.151 para la de Málaga). El profesor Pérez García (2008: 176) adjudica al Reino de Granada una población de 225.552 habitantes en 1591, por lo que la provincia de Almería (cuyos habitantes no hemos podido calcular a partir del *censo de los Obispos*, pues para su obispado éste sólo ofrece información sobre la cantidad de casas que reunía), si suponemos que la población no debió variar en exceso en los cuatro años que median entre uno y otro recuento, podía aglutinar, aproximadamente, a unos 51.439 habitantes. Esto es, en 1587-91 la población entre las provincias de Granada, Málaga y Almería se repartiría del siguiente modo: 43%, 34% y 23%, respectivamente. Analizados los censos y vecindarios de las últimas décadas de los siglos XVI y XVIII, se puede afirmar que la provincia de Almería experimentó una evolución bastante similar a las trazadas por las de Málaga y Granada, por lo que, dado que no contamos con datos de bautizados para la provincia almeriense, hemos decidido repartir su población entre las provincias malacitana y granadina. De este modo, de cara a establecer las pertinentes ponderaciones, suponemos que la población del Reino de Granada en 1587-91 estaría repartida del siguiente modo: un 44% en la provincia de Málaga y un 56% en la de Granada.

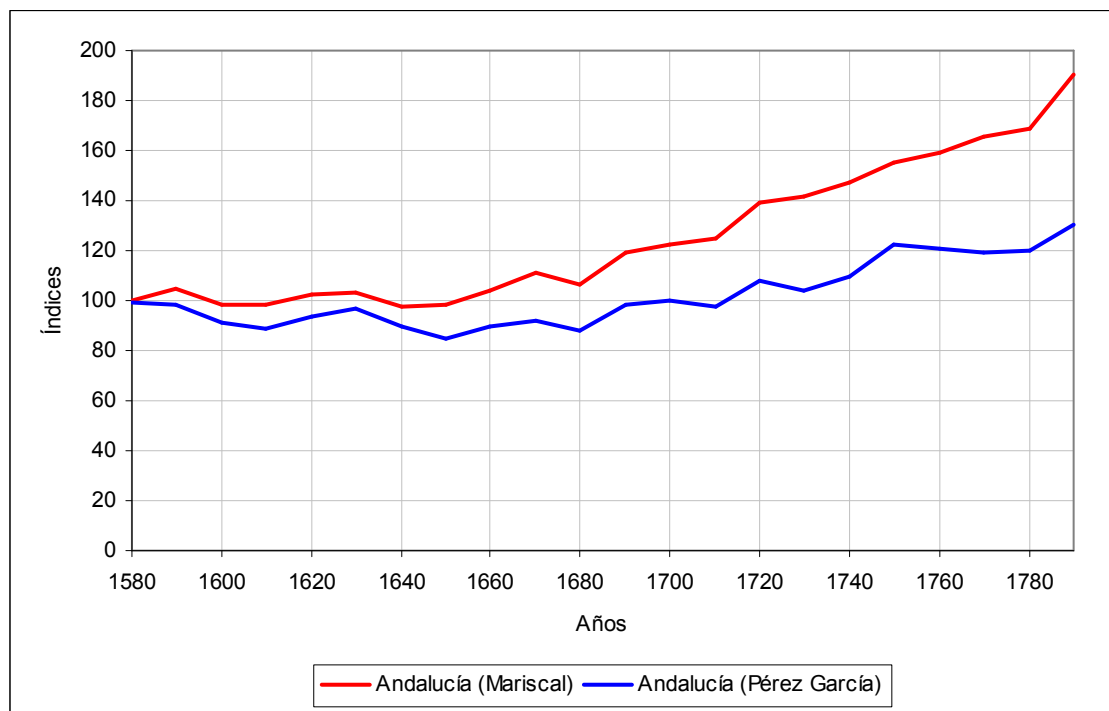
Por su parte, si el Reino de Granada tenía una población de 225.552 habitantes en 1591 según Pérez García, el Reino de Jaén y las localidades pertenecientes a la Orden de Calatrava que se acumulan en la actual provincia jienense reunían un total de 210.547 habitantes (Pérez García, 2008: 176), es decir, un 48% de la población de la alta Andalucía se concentraba en el Reino de Jaén/Orden de Calatrava y un 52% en el Reino de Granada. Por lo que, realizando los cálculos oportunos, los pesos específicos que finalmente hemos adjudicado a cada una de las tres provincias en 1587-91 son: Granada (29%), Málaga (23%) y Jaén (48%).

Somos conscientes del riesgo que entrañan estos cálculos y de que pueden contener ciertos márgenes de error, pero, en última instancia, se trata de adivinar y apuntar las principales tendencias a muy largo plazo de la población andaluza, por lo que consideramos que son válidos para tal propósito.

⁵¹ Según éste, en 1787 la provincia de Granada tenía 272.485 habitantes, la de Málaga 246.830, la de Almería 159.476 y la de Jaén 193.987. Realizando los cálculos correspondientes, la ponderación adjudicada a cada provincia es: Granada (41%), Málaga (37%) y Jaén (22%).

obtenido un índice de bautizados para la alta Andalucía que, a su vez, ha sido ponderado junto al índice de bautismos que ya habíamos hallado para la baja Andalucía⁵². Ésta última operación nos ha permitido obtener, a la postre, el índice de bautismos de Andalucía que se presenta en el gráfico 7.

GRÁFICO 7. Índices de bautizados para Andalucía, 1580-1800
(medias por décadas naturales; base 100 = 1580-89)



Fuente: las que se indican en las notas a pie de página 13, 14, 34 y 41; y elaboración propia

En dicho gráfico se puede apreciar lo que adelantábamos en líneas precedentes, esto es, que el comportamiento demográfico de Andalucía presenta una evolución bastante más positiva de lo que se creía hasta el momento por las causas que ya hemos indicado, pero que volvemos a poner de manifiesto: en primer lugar, porque se había infravalorado el crecimiento de la población de la baja Andalucía entre 1760 y 1800 debido a que no se había captado en su totalidad el fuerte incremento que tuvo lugar en la comarca de la Costa Noroccidental-Bahía de Cádiz; y, en segundo lugar y fundamentalmente, porque la serie andaluza del profesor Pérez García tampoco venía a

⁵² En 1591 la población de Andalucía se repartía del siguiente modo: un 66% se concentraba en su parte baja y un 34% en su parte alta (Pérez García, 2008: 176); mientras tanto, en 1787 los porcentajes se situaban en el 53 y el 47%, respectivamente.

recoger de manera adecuada la trayectoria demográfica de la alta Andalucía y, con ello, el muy sustancial aumento de población que ésta experimentó. La razón de esta tara se encuentra en el tipo de ponderación que eligió a la hora de confeccionar el índice, en función del tamaño de los núcleos de población. Esto determinó que no se corrigiese el pronunciado sesgo territorial que la muestra presentaba de partida, lo que, en última instancia, tendía a infravalorar el comportamiento de la serie andaluza.

En resumidas cuentas, a la luz del gráfico 7 se observa cómo, por un lado, no es el declive —del 15% según el *índice Pérez García*—, sino el estancamiento lo que caracteriza la evolución de la población andaluza entre las décadas de 1580 y 1650, por lo cual, en términos estrictos, no parece demasiado acertado hablar de crisis demográfica en Andalucía durante el siglo XVII⁵³; y, por otro lado, entre las décadas de 1650 y 1790, el crecimiento que se produce no resulta tan lánguido y anémico como nos mostraba el *índice Pérez García* —el aumento total acumulado por éste es del 54% o, lo que es lo mismo, la tasa de crecimiento anual acumulativo alcanza el 0,31%— sino bastante más pujante y pronunciado —el aumento de nuestro índice entre ambas décadas se sitúa en el 92%, lo que equivale a una tasa de crecimiento anual acumulativo del 0,47%—. Por último, tenemos que indicar que mientras el *índice Pérez García* arroja un incremento del 31% entre las décadas de 1580 y 1790, el nuestro experimenta un alza del 90%. Como veremos a continuación, estos nuevos resultados van a colocar a la región andaluza en una posición algo distinta a la que ocupaba con respecto a la evolución trazada por otras regiones españolas (véase el gráfico 8).

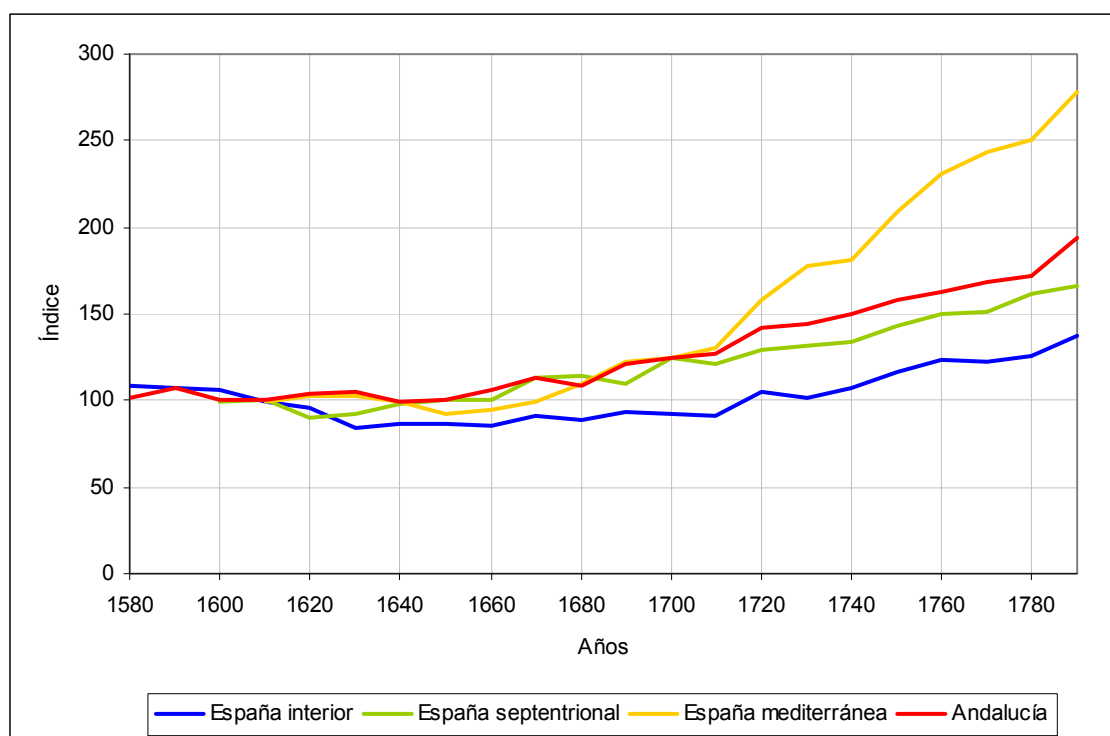
Si antes de estos nuevos cálculos la evolución demográfica de Andalucía entre finales del siglo áureo y los estertores del ilustrado la situaban *a mitad de camino* entre lo que acontecía en la España interior y aquello que otro que tenía lugar en la Cornisa Cantábrica⁵⁴, nuestras estimaciones permiten afinar su trazado en una nueva posición: entrelazándose a la que marcan la España del arco mediterráneo y la España septentrional hasta la década de 1710 y, a partir de esa fecha, tomando un rumbo propio que la ubica cada vez más lejos de las regiones mediterráneas a medida que se acerca el

⁵³ A este respecto, no obstante, es necesario que guardemos cierta prudencia hasta el momento en que logremos mejorar las muestras de bautizados manejadas para la alta Andalucía —fundamentalmente para el período del siglo XVI que llega hasta 1580— y consigamos captar a través de ellas lo que implicó *de facto* la diáspora de los moriscos del reino de Granada tras la rebelión alpujarreña.

⁵⁴ Pérez García (1995: 33).

siglo XIX y algo por encima, pero en paralelo, al perfil dibujado por las regiones norteñas de la península ibérica. En efecto, si entre las décadas de 1610 y 1710 las curvas de Andalucía, las regiones norteñas y las levantinas experimentan un crecimiento de considerable similitud, en concreto, de un 27, un 21 y un 31%, respectivamente — por su parte, la población de la España interior para ese mismo periodo se ve reducida en un 8%—, a partir de ese instante sus caminos divergirán: mientras que las regiones mediterráneas descollarán entre todas sobremano (con un 113% de incremento hasta la década de 1790), las otras grandes áreas definidas presentarán aumentos bastante más moderados, pero no por ello despreciables (Andalucía, 53%; España interior, 50%; España septentrional, 37%).

GRÁFICO 8. Índices de bautizados para diversas áreas de la España peninsular, 1580-1800 (medias por décadas; base 100 = 1610-1619)



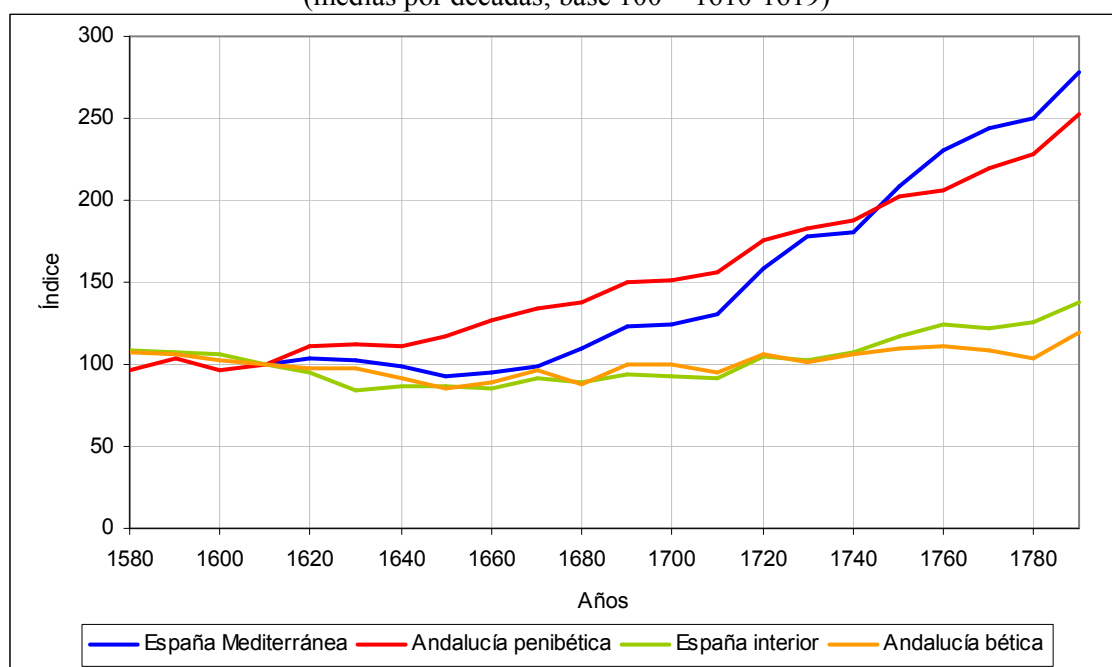
Fuente: LLOPIS y SEBASTIÁN AMARILLA (2007); las que se indican en las notas a pie de página 13, 14, 34 y 41; y elaboración propia

No obstante, tenemos que indicar, como ya apuntó el profesor Pérez García,⁵⁵ que tras la curva de bautismos andaluza para toda esta época se esconden dos modelos

⁵⁵ Pérez García (2008: 177).

demográficos de distinto signo: el primero de ellos, estaría representado por las provincias costeras de Cádiz, Málaga, Granada y Almería —lo que podemos denominar como la Andalucía penibética—, cuya curva de bautizados describe un dibujo y unas maneras que la equiparan a la evolución seguida por las regiones de la España mediterránea; mientras que el segundo modelo estaría compuesto por las provincias de Huelva, Sevilla, Córdoba y Jaén —la Andalucía bética—, cuyo comportamiento demográfico se asemeja bastante al representado por las regiones de la España interior (véase el gráfico 9).

GRÁFICO 9. Índices de bautizados para diversas áreas de la España peninsular II, 1580-1800 (medias por décadas; base 100 = 1610-1619)

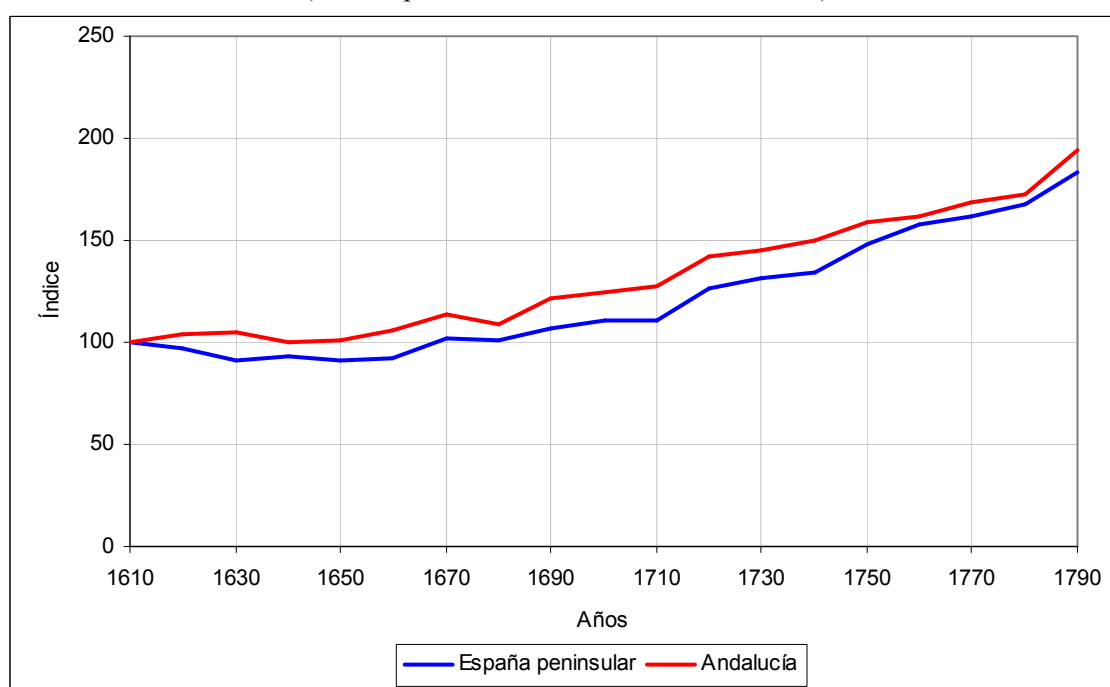


Fuente: LLOPIS y SEBASTIÁN AMARILLA (2007); las que se indican en las notas a pie de página 13, 14, 34 y 41; y elaboración propia

En el último de los gráficos que presentamos en esta sección hemos elaborado una curva de bautismos para la España peninsular entre 1610 y 1800 y la hemos comparado con la calculada para Andalucía (véase el gráfico 10). En la confección de la serie española, se ha optado por emplear el peso específico que tienen en el censo de Floridablanca las distintas áreas geográficas peninsulares definidas y, a partir del trazado descrito por las curvas de bautizados de estas grandes extensiones territoriales, se ha estimado su población para 1610, se ha calculado el peso relativo que cada una

tenía a principios del siglo XVII y se han modulado gradualmente las ponderaciones adjudicadas con el paso del tiempo. El resultado de todo este proceso se muestra en el gráfico 10, en el que es conveniente resaltar varias cuestiones. En primer lugar hay que señalar la mejora de cierta importancia que experimenta la curva española al llevar incorporada los nuevos datos estimados para Andalucía. De este modo, entre las décadas de 1610 y 1660 dicha variable se reduce en un 8%, mientras que entre las de 1660 y 1790 se incrementa en un 100%. La curva andaluza, por su parte, discurrirá por encima de la española en todo el periodo analizado, con una brecha a favor de la primera que se sitúa entre el 7 y el 15% desde la década de 1610 hasta la de 1750, y posteriormente se ve reducida, acomodándose en el entorno de los 3 a los 6 puntos porcentuales de diferencia. De esta manera, podemos concluir que entre 1610 y 1800 la población en Andalucía se incrementó en un 94% mientras que en la España peninsular el aumento demográfico fue del 84%.

GRÁFICO 10. Índices de bautizados para la España peninsular y Andalucía, 1610-1800
(medias por décadas; base 100 = 1610-1619)



Fuente: LLOPIS y SEBASTIÁN AMARILLA (2007); las que se indican en las notas a pie de página 13, 14, 34 y 41; y elaboración propia

4. LOS RECUEENTOS DE POBLACIÓN Y LA ESTIMACIÓN DE HABITANTES

Los censos y vecindarios de población

Según los profesores Llopis, Sebastián y Velasco

[...] resulta obvio acudir a vecindarios y censos para establecer la evolución demográfica de cualquier país europeo en la Edad Moderna. En el caso de España, el apreciable número y calidad de los efectuados en los siglos XVI y XVIII lo aconseja especialmente. Pese a ello, no se trata de fuentes exentas de deficiencias: 1) varios recuentos se ciñen sólo a la Corona de Castilla, y no siempre a toda ella; 2) su frecuente motivación fiscal incentivaba el ocultamiento y/o la exageración de efectivos según localidades y coyunturas; 3) algunos registran vecinos (incluso, sólo vecinos contribuyentes) y no habitantes; 4) su calidad suele ser desigual según territorios y circunscripciones; y 5) faltan para momentos y períodos clave, en especial, del siglo XVII⁵⁶.

Las provincias de Huelva, Cádiz y Sevilla constituyen un espacio geográfico privilegiado en lo que se refiere a censos y vecindarios de más que aceptable calidad para los siglos que comprende la Edad Moderna. La reconstrucción de su población para la totalidad de sus localidades a partir de los recuentos demográficos más fiables es una opción perfectamente asumible, pero llena de no pocos obstáculos. En nuestro caso, los recuentos que hemos seleccionado por considerarlos más apropiados para el desempeño de tal labor, son los siguientes: la Averiguación de la Corona Castilla de 1525-40⁵⁷, el censo de los Obispos de 1587⁵⁸, el censo de la Sal de 1631, el vecindario de la Ensenada de 1752 y el censo de Floridablanca de 1787⁵⁹.

⁵⁶ LLOPIS, SEBASTIÁN y VELASCO (2012: 19).

⁵⁷ Para las localidades de la provincia fiscal de Sevilla, la averiguación se desarrolla durante la primavera y el verano del año 1533, por lo que adoptaremos tal año para referirnos a dicho recuento (CARRETERO ZAMORA, 2008: 73).

⁵⁸ Hemos optado por este recuento y no por el censo de los millones de 1591 debido a la mayor calidad que atesora para las localidades del occidente andaluz, como bien tendremos ocasión de comprobar en el desarrollo del epígrafe y como ya puso de manifiesto el profesor Pérez García en alguno de sus trabajos (Pérez García, 2008: 171-172).

⁵⁹ Las referencias bibliográficas de los censos son, respectivamente: CARRETERO ZAMORA (2008); INE (1982); los datos del censo de la Sal nos fueron facilitados por Ángel Luis Velasco Sánchez y por Santiago Piquero Zarauz, a quienes de nuevo agradecemos su generosidad; CAMARERO (1991); e INE (1987).

Los más importantes entre los obstáculos a los que tendremos que hacer frente aparecen referidos en la cita con la que hemos abierto este apartado. Con la intención de enmendarlos o de sortearlos, según el caso, hemos recurrido al empleo de diversos útiles o herramientas: para subsanar el mal de la ocultación y/o la exageración se realizarán tests de fiabilidad a los recuentos de población elegidos, cruzando los resultados de éstos con las series de bautismos anteriormente calculadas y corrigiendo al alza o a la baja, cuando corresponda, su contenido; para afrontar el problema de las conversiones de vecinos pecheros o contribuyentes a vecinos y de vecinos a habitantes haremos uso de algún remedio nuevo y de otros que ya fueron utilizados anteriormente por distintos autores, pero en su conjunto, consistentes en tomar la información incluida en algunos de los recuentos para así establecer las equivalencias más aconsejables y apropiadas en cada caso; con respecto al último de los problemas que plantea la cita, tenemos la satisfacción de decir que ha sido solventado en buena medida gracias al reciente hallazgo de Santiago Piquero entre los *papeles de Simancas* de la parte del censo de la Sal que se daba por perdida, cuyo contenido viene a cubrir casi por entero el territorio que engloban nuestras tres provincias y que, según el propio investigador ha avanzado, contiene información económica y demográfica de gran valía para nuestra disciplina.

Antes de pasar a analizar cada uno de los censos y vecindarios seleccionados y a realizarles las correspondientes pruebas de fiabilidad nos detendremos brevemente en comentar los cambios más importantes que se observan de un recuento a otro en el número de localidades para las que recogen información demográfica (véase el cuadro 7). A este respecto, hay que decir que la mayor parte de las diferencias observadas son de poca relevancia, ya que vienen determinadas, o bien porque con el transcurso del tiempo se segregan ciertas poblaciones de otras, o bien porque se fundan nuevos pueblos, o bien porque la información de pequeños lugares o aldeas aparece, en determinadas ocasiones, desglosada de sus matrices y, en otras, integrada en ellas. El contraste más acusado es el que tiene lugar en la comarca de la Alta Campiña-Sierra Sur de la provincia sevillana entre los censos de los siglos XVI y XVII —por un lado— y los censos del siglo XVIII —por otro—, y está motivado por el importante número de poblaciones que surge durante el *siglo de las luces* en las proximidades de Estepa (Marinaleda, Herrera, Casariche, Badolatosa, Lora de Estepa, La Roda, Gilena y Aguadulce), Osuna (La Lantejuela, El Rubio, Villanueva de San Juan, El Saucejo, Los Corrales y Martín de la Jara), Écija (La Luisiana) y Morón de la Frontera (Montellano).

Como ya apuntamos, este florecimiento de núcleos de población supone la constatación del buen comportamiento demográfico de esta comarca entre los siglos XVI y XVIII y la ocupación de espacios hasta entonces prácticamente deshabitados en las estribaciones de las Sierras Subbéticas.

CUADRO 7. Localidades de las actuales provincias de Huelva, Cádiz y Sevilla registradas en siete recuentos generales, 1535-2013

Comarcas y Provincias	1533	1587	1591	1631	1752	1787	2013
Sierra de Constantina	15	16	15	15	16	16	18
El Aljarafe	21	18	21	22	22	22	23
Vega del Guadalquivir	18	15	18	17	19	19	21
Baja Campiña	9	10	10	10	10	10	11
Alta Campiña-Sierra Sur	12	11	13	13	20	29	32
Sevilla	75	70	77	77	87	96	105
Sierra de Grazalema	3	9	3	9	10	13	13
Campiña	6	6	6	6	6	6	9
Costa Noroeste-Bahía de Cádiz	7	7	7	7	8	8	8
La Janda	6	5	5	5	5	5	7
Campo de Gibraltar	3	4	4	4	4	6	7
Cádiz	25	31	25	31	33	38	44
Sierra de Aracena	15	27	16	17	23	27	31
El Andévalo	14	16	11	15	14	14	17
El Condado	19	19	19	18	20	20	20
Costa occidental	7	7	8	9	10	10	11
Huelva	55	69	54	59	67	71	79
TOTAL	155	170	156	167	187	205	228

Fuente: para 1535, CARRETERO (2008); para 1587, INE (1982); los datos del censo de la Sal de 1631 nos fueron facilitados por Santiago Piquero y Ángel Luis Velasco; para 1752, CAMARERO (1991); para 1787, INE (1987); y para 2013, de las webs de las correspondientes diputaciones provinciales.

También destaca en la provincia de Cádiz el aumento del número de localidades en la Sierra de Grazalema entre el recuento de 1533 y el resto de censos. En este caso, el problema viene determinado porque la Averiguación de 1525-40 no incluye datos para el antiguo Reino de Granada y algunos de los núcleos serranos de la actual provincia

gaditana pertenecían a dicho feudo⁶⁰. Para este caso, así como para alguno más del mismo pelaje⁶¹, se ha optado por estimar los habitantes de los *municipios ausentes* suponiendo en ellos la misma evolución demográfica que la trazada por las localidades de la comarca para las que sí disponemos de información. Por último, las oscilaciones que se producen en el número de poblaciones de la Sierra de Aracena se deben a que ciertas aldeas que dependían de Almonaster la Real y de la propia Aracena unas veces figuran desgajadas de sus matrices (como en los recuentos de 1587, 1752 y 1787) y otras veces su población aparece como parte de ellas (en los censos de 1533 y 1631).

Para saber el grado de exactitud con el que los recuentos demográficos supieron recoger la población que realmente existía cuando fueron confeccionados, hemos optado por emplear el método que consiste en enfrentar —por comarcas— las cifras de habitantes que registran o permiten estimar los censos y vecindarios seleccionados, con aquellas otras que se derivan de hallar un promedio del número de bautizados —como mejor aproximación posible al número de nacimientos— para una horquilla de once años centrados en la fecha de realización del recuento correspondiente. El contraste entre ambas nos permitirá establecer tasas comarcales medias de natalidad que ponderaremos en función del peso demográfico de cada comarca en el total provincial con el objetivo de calcular tasas provinciales medias de natalidad.

Posteriormente, volveremos a ponderar las tasas provinciales medias de natalidad tomando como referencia el peso específico que la población de cada provincia tenía en el total subregional. De este modo, habremos logrado obtener tasas subregionales medias de natalidad, que juzgaremos como verosímiles cuando queden comprendidas dentro del intervalo que va del 38 al 42‰, rango generalmente aceptado como el más razonable para España o amplios territorios de la misma durante la Edad Moderna⁶². Hemos efectuado dicho contraste para 1533, 1587, 1591, 1631, 1752 y 1787. En el cuadro 8 aparece reflejada la distribución comarcal de las localidades incluidas en las muestras de control. En promedio —exceptuando la efectuada para el censo de 1533—,

⁶⁰ Nos estamos refiriendo a Alcalá del Valle, Benaocaz, Grazalema, Setenil de las Bodegas, Ubrique y Villaluenga del Rosario.

⁶¹ En el censo de los Obispos de 1587 hay algunas localidades que no se hacen constar ya que no estaban incluidas en ningún obispado sino que dependían de alguna Orden militar (Castilleja de Guzmán, Castilleja de la Cuesta y Villanueva del Ariscal en El Aljarafe; y Alcolea del Río, Lora del Río, Santiponce y Tocina en la Vega del Guadalquivir) o estaban adscritas a alguna demarcación eclesiástica especial (como de hecho ocurría en el caso de Estepa).

⁶² LIVI BACCI (1968: 90-97) y DOPICO y ROWLAND (1990: 602).

éstas representan a los bautizados registrados en el 24% de las localidades de Andalucía occidental (proporción que oscila entre el 20% del recuento de 1587 y el 28% del de 1631), las cuales incluían entre el 20 y el 36% de la población subregional⁶³. A escala provincial —prescindiendo de nuevo del recuento de 1533—, las muestras de control implican en promedio a los acristianados inscritos en el 23% de las localidades de la provincia de Sevilla, en el 38% de las de Cádiz y en el 16% de las de Huelva, las cuales albergaban, en todos los casos, a más del 18% de la población de la provincia de Sevilla, a más del 26% de la población de la provincia de Cádiz y a más del 8% de la población de la provincia de Huelva. Tales porcentajes dotan a nuestro ejercicio de una representatividad de notable consistencia y solidez.

CUADRO 8. Distribución comarcal de las localidades de las provincias de Sevilla, Cádiz y Huelva incluidas en las muestra de control de seis censos, 1533-1787

Comarcas y Provincias	1533	1587	1591	1631	1752	1787
Sierra de Constantina	2	3	3	3	3	3
El Aljarafe	1	5	5	5	7	7
Vega del Guadalquivir	0	2	1	2	2	2
Baja Campiña	0	3	3	5	5	5
Alta Campiña-Sierra Sur	1	3	3	5	4	4
Sevilla	4	16	15	20	21	21
Sierra de Grazalema	0	2	2	1	1	1
Campiña	0	1	1	3	3	2
Costa Noroeste-Bahía de Cádiz	1	3	3	4	4	4
La Janda	0	2	2	3	3	3
Campo de Gibraltar	0	1	1	2	1	1
Cádiz	1	9	9	13	12	11
Sierra de Aracena	0	2	3	4	4	4
El Andévalo	0	2	2	3	2	2
El Condado	0	4	4	5	4	4
Costa occidental	0	0	0	1	1	1
Huelva	0	8	9	13	11	11
TOTAL	5	33	33	46	44	43

Fuente: elaboración propia

⁶³ El 25,7% en 1587; el 19,9% en 1591; el 34,8% en 1631; el 36,1% en 1752; y el 35,9% en 1787.

Para establecer las muestras de bautismos en torno a la fecha de cada censo, hemos calculado promedios de once años centrados en el del recuento, descartando aquéllos que incluían tres o más datos estimados. Los resultados obtenidos se muestran en el cuadro 9. Con carácter general, para el cálculo de las cifras de habitantes que en él se recogen, se ha procedido del siguiente modo: para 1533⁶⁴, hemos convertido los vecinos contribuyentes o pecheros en vecinos empleando las mismas proporciones que a escala comarcal se deducen a tal respecto del censo de los Millones de 1591 y, a su vez, hemos transformado el número de vecinos en habitantes utilizando un factor de conversión equivalente a 4,02 habitantes por vecino, paridad obtenida a partir de la información que facilita el censo de los Obispos de 1587 para el arzobispado de Sevilla, en el cual se especifican, para cada localidad, el número de pilas bautismales que integraba, así como también la cantidad de casas, vecinos y personas que existían para tal entonces; para 1587 hemos empleado los datos de habitantes que el propio censo de los Obispos registra para la gran mayoría de los núcleos y la equivalencia de 4,02 cuando son vecinos y no personas lo que en sus páginas aparece anotado; de ese mismo factor de conversión nos hemos servido para transformar los vecinos en habitantes en 1591.

Por su parte, para 1631, el censo de la Sal ofrece conjuntamente cifras de vecinos y habitantes para el 59% de las localidades de la provincia de Sevilla, el 16% de las de Cádiz y el 13% de las de Huelva (el factor de conversión que se desprende de tal información equivale en promedio a 4,24 habitantes/vecino, correspondencia que fluctúa, según la comarca, entre el 3,78 de la Campiña gaditana y el 4,57 de la Alta Campiña-Sierra Subbética); también proporciona datos exclusivamente de vecinos — que hemos transformado en habitantes a partir de la anterior paridad señalada— para el 40% de los municipios sevillanos, el 46% de los onubenses y el 23% de los gaditanos; por último, para el 41% de los núcleos de población de la provincia de Huelva y el 58% de los de Cádiz —todos ellos integrantes del denominado como *partido de Andalucía costa de la mar*— el *recuento salinero* nos indica el total de vecinos que acumulaban en su conjunto y las fanegas de sal asignadas a cada uno de ellos, lo cual, haciendo un ejercicio matemático no exento de riesgos, nos ha permitido estimar el número de habitantes que reunía cada localidad. Finalmente, para la transmutación de vecinos en

⁶⁴ Para la provincia fiscal de Sevilla, la Averiguación hace constar, pueblo a pueblo, los vecinos pecheros, las viudas pecheras, los menores, los pobres fiscales y los pecheros exentos —véase CARRETERO ZAMORA (2008: 432)—, por lo que, buena parte de los problemas que la fuente plantea como documento demográfico para otras provincias, parecen salvarse para el caso del occidente andaluz.

habitantes en 1752, hemos optado por hacer uso del coeficiente 4,3 calculado por el Grupo 75 para el vecindario de Sevilla tomando como referencia los *Libros de Familia de las Respuestas Particulares*⁶⁵.

CUADRO 9. Tests de fiabilidad efectuados a los recuentos generales de 1533, 1587, 1591, 1631, 1752 y 1787 (resultados para Andalucía occidental)

Censos	Muestras de control			Tasas de natalidad deducida (‰)	Tasas de natalidad ponderada (‰)	Tasas de natalidad de MV (‰)
	Núcleos	Habitantes	Bautizados			
1533	5	12.449	531	42,65	41,26	41,51
1587	33	132.922	6.058	45,58	44,88	40,48
1591	33	82.846	4.520	54,56	50,71	39,31
1631	46	169.354	7.738	45,69	44,77	40,82
1752	44	238.645	8.500	35,62	37,39	41,12
1787	43	260.199	9.429	36,24	39,62	40,73

Leyenda: Tasas de natalidad MV = tasa de natalidad de mayor verosimilitud.

Fuente: CARRETERO (2008), INE (1982), CAMARERO (1991), INE (1987) y las que se hacen constar en las notas a pie de página 13 y 14.

Las tasas de natalidad ponderadas que se muestran en el cuadro 9 —obtenidas, como ya hemos advertido en líneas precedentes, a partir de los promedios de bautizados, de las cifras de población que aportan los recuentos demográficos y de las pertinentes correcciones efectuadas por ponderación— arrojan un balance relativamente positivo con respecto a la precisión con la que fueron realizados los censos y vecindarios escogidos para su análisis en los siglos XVI, XVII y XVIII, a excepción hecha, únicamente, del censo de los Millones. En función de las tasas de crecimiento que se derivan de la curva de bautizados calculada para Andalucía occidental y del rango óptimo manejado en lo que se refiere a las tasas de natalidad para la España del Antiguo Régimen —del 38 al 42‰—, hemos estimado las siguientes tasas de natalidad de mayor verosimilitud para los años en los que se realizan los recuentos de población: en 1533 la tasa de natalidad de mayor verosimilitud en Andalucía occidental se encontraría situada en un 41,51‰; en 1587, en un 40,48‰; en 1591, en un 39,31‰; en 1631, en un 40,82‰; en 1752, en un 41,12‰; y, por fin, en 1787, en un 40,73‰.

⁶⁵ GRUPO 75 (1977).

Posteriormente, tomando como referencia el promedio de bautizos en torno a las fechas de los recuentos y las tasas de natalidad de mayor verosimilitud calculadas hemos estimado la población que consideramos más factible y la hemos comparado con las cifras que arrojan los censos y vecindarios. Las conclusiones a las que hemos llegado tras la realización de dicho ejercicio son las que siguen: 1) la averiguación de la Corona de Castilla de 1533 puede considerarse como un recuento certero y preciso; 2) en el censo de los Obispos de 1587 la ocultación de habitantes para Andalucía occidental rondaría el 11%; 3) el censo de los Millones de 1591 resulta el recuento de peor calidad de todos los estudiados, ya que infravalora la población existente nada menos que en un 29%; 4) el censo de la Sal de 1631, inédito hasta el momento como fuente demográfica para buena parte de Andalucía, no contempla a un 10% de los habitantes que residían en el *triángulo tartésico*; 5) el vecindario de la Ensenada de 1752 exagera el número de súbditos existentes en un 9%; y por último, 6) el censo de Floridablanca parece atesorar una óptima calidad, ya que el margen de error atribuido es de tan sólo el -2,7%.

En resumidas cuentas, únicamente podemos dar por buenas las cifras de población de los recuentos de 1533 y 1787. Por otra parte, mientras que los censos realizados en 1587 y en 1631 presentan tendencia a subestimar ligeramente la población de Andalucía occidental entre un 10 y un 11%, aquel otro efectuado en 1752 peca de mal opuesto, esto es, luce inclinación a exagerar el número de efectivos humanos en proporción que alcanza el 9%. No obstante, si desglosamos estos datos subregionales por provincias —véase el cuadro 10—, la realidad retratada viene a modificarse en cierta medida, ya que logra captar —dejando al margen de nuevo al censo de los Millones—, por un lado, la excelente fotografía que los recuentos demográficos ofrecen para las provincias de Huelva y Sevilla, y por otro lado, los problemas de cierta consideración que atenazan a los datos demográficos de los padrones diseñados para la provincia gaditana. Detengámonos en analizarlos.

CUADRO 10. Tests de fiabilidad efectuados a los recuentos generales de 1533, 1587, 1591, 1631, 1752 y 1787 (resultados provinciales)

Censos	Provincias	Muestras de control			Tasas de natalidad ponderada (‰)	Tasas de natalidad de MV (‰)
		Núcleos	Habitantes	Bautizados		
1533	Sevilla	4	5.737	220	39,18	41,63
	Huelva	-	-	-	-	42,02
	Cádiz	1	6.712	311	46,33	41,47
1587	Sevilla	16	98.165	4.199	42,87	40,21
	Huelva	8	8.011	328	43,32	41,43
	Cádiz	9	26.746	1.531	44,88	41,84
1591	Sevilla	15	46.118	2.458	49,35	39,23
	Huelva	9	11.691	432	42,77	39,30
	Cádiz	9	25.037	1.630	50,71	39,91
1631	Sevilla	20	78.617	3.369	43,25	40,97
	Huelva	13	20.623	862	44,09	40,61
	Cádiz	13	70.114	3.507	44,77	40,57
1752	Sevilla	21	71.126	2.656	38,90	41,01
	Huelva	11	24.109	942	38,68	41,01
	Cádiz	12	143.410	4.902	37,39	41,53
1787	Sevilla	21	60.266	2.579	42,80	40,39
	Huelva	11	21.851	889	41,53	40,03
	Cádiz	11	178.082	5.961	39,62	41,13

Leyenda: Tasas de natalidad de MV = tasa de natalidad de mayor verosimilitud.

Fuente: CARRETERO (2008), INE (1982), CAMARERO (1991), INE (1987) y las que se hacen constar en las notas a pie de página 13 y 14.

Para la provincia de Sevilla, la ocultación/exageración se sitúa en todos los recuentos en el entorno del $\pm 6\%$, por lo que podemos considerar como de muy leves o ligeros los márgenes de error con los que fueron realizados los recuentos demográficos⁶⁶. De este modo, tanto la averiguación de 1533 como el vecindario de 1752 pueden ser calificados como de óptimos (las tasas de natalidad ponderada son, respectivamente, del 39,18 y del 38,90‰, mientras que las correcciones a aplicar pasarían por unos reducidos valores del -5,88 y del -5,15%). En segundo lugar, tres

⁶⁶ Consideraremos como de error leve a aquellos recuentos que tengan que ser corregidos entre un ± 5 y un $\pm 10\%$; de error acusado, a los que deban modificarse entre un ± 10 y un $\pm 20\%$; y de error muy acusado a aquellos otros que tengan que ser enmendados en más de un ± 20 . En este último caso, es decir, cuando el margen de error detectado supere el $\pm 20\%$, desecharemos el uso del censo en cuestión por considerarlo mal confeccionado o poco fiable.

censos subestiman la población que habitaba la provincia hispalense en un intervalo comprendido, aproximadamente, entre el 5,6 y el 6,6%: los de 1587, 1631 y 1787 (6,6%, 5,6% y 6%, respectivamente). Éstos arrojan unas tasas de natalidad ponderada que superan el límite del 42% de manera insignificante o poco acusada (42,9‰, 43,3‰ y 42,8‰, respectivamente), de tal manera que también pueden ser tenidas como perfectamente aceptables. Por último, es el censo de los Millones de 1591 el que resulta, sin lugar a dudas, el intento de estimación demográfica más desacertado de todos los analizados, ya que el nivel de ocultación que se desprende de sus cifras frisa el 26% de la población.

Por su parte, también en la provincia de Huelva nos encontramos con unos resultados en las pruebas de fiabilidad que hacen verosímiles en gran medida las cifras censales manejadas. Son los recuentos del siglo XVIII —en el caso onubense— los que deben ser tomados por verdaderos —las tasas resultantes de natalidad ponderada son del 38,7‰ en 1752 y del 41,5‰ en 1787 y las correcciones a administrar del minúsculo orden del -5,7% en el primero de los casos, y del 3,7% en el segundo—. En el resto, el mal de la ocultación reaparece para quedar fijado entre el 4,6 y el 8,8%, márgenes de error, nuevamente, que podemos tomar por moderados. Las tasas de natalidad ponderada y las rectificaciones a suministrar serían las siguientes: 1587 (43,3‰ y 4,6%), 1591 (42,8‰ y 8,8%) y 1631 (44,1‰ y 8,6%). Como bien puede apreciarse, incluso el por lo general impreciso censo de los Millones parece estar hecho con buen tino para la provincia onubense. Finalmente, tenemos que indicar que la ausencia de cifras de bautizados que cumplan con las restricciones que nos hemos impuesto para principios del Quinientos nos ha imposibilitado la realización de pruebas de confianza para el recuento de 1533 en esta demarcación territorial.

Como ya hemos adelantado, según revelan los tests de fiabilidad realizados, los problemas más significativos con respecto a las cifras de población que se recogen en los censos vienen dados de una manera bastante significada para la provincia de Cádiz. Si jerarquizamos, con un gradiente que vaya de más a menos, la calidad de los registros demográficos para Cádiz, nos encontramos en un primer estadio con aquellos que fueron elaborados en 1533, 1752 y 1787, lo cuales pueden ser considerados, dentro de la escala previamente establecida, como de error acusado (es decir, cuya falta se sitúa entre el ± 10 y el $\pm 20\%$). Mientras que el censo de 1533 arroja una tasa de natalidad

ponderada del 46,3‰ y enmascara a un 11,7% de la población de la provincia gaditana, los de 1752 y 1787 la sobredimensionan en un 16,5 y un 13,1%, respectivamente, con unas tasas de natalidad ponderada del 34,7 y del 35,7‰.

En un segundo estrato —que podemos considerar como susceptible de modificación muy acusada o de importante severidad y, por lo tanto, según hemos establecido, inservibles para su uso— se hallan los censos de 1587 y 1631, que tendrían que ser rectificadas al alza, respectivamente, un 25,5 y un 22,9%. Con respecto a estos recuentos y los resultados obtenidos en los correspondientes tests, tenemos que indicar que no contemplamos que el censo de los Obispos sea de muy buena calidad para las localidades encuadradas en el obispado gaditano. Las cifras redondas que éste ofrece para todos los núcleos de población no nos inspiran una excesiva confianza. Por su parte, es posible que la estimación de habitantes que hemos efectuado para buena parte de los pueblos y ciudades gaditanas a partir de las cantidades de sal asignadas a cada uno de ellos en el censo de 1631, nos estén induciendo a cierto error, haciendo que se desboquen en cierta medida las tasas de natalidad calculadas. No obstante, pensamos que el impacto de tal desvarío tendría que ser limitado y mínimo debido a la corrección aplicada a través de las oportunas ponderaciones establecidas. Por último, los márgenes de error detectados en el recuento de 1591 son de tal magnitud y envergadura —nada menos que del 55,5%— que hemos optado por considerarlo también poco apto para su uso, dada la escasa fiabilidad que muestran sus cifras.

Como conclusión a las cifras de población que arrojan los censos para la provincia gaditana y las pruebas de fiabilidad efectuadas, hemos de advertir que estimamos oportuno someter a revisión los datos de bautizados de ciertas localidades de la provincia de Cádiz debido a las aberrantes tasas de natalidad que se repiten sin solución de continuidad en los tres siglos estudiados. En concreto, nos estamos refiriendo los datos de acristianados de Chipiona, El Puerto de Santa María, Sanlúcar de Barrameda, Conil de la Frontera y Paterna de Rivera. Quizá un nuevo escrutinio permita obtener márgenes de error asumibles para los recuentos demográficos estudiados y, en última instancia, ofrecer cifras de población concretas para la provincia de Cádiz y la Andalucía occidental, cosa que por el momento, haciendo un ejercicio de cautela y prudencia, no consideramos demasiado conveniente llevar a cabo.

5. CONCLUSIONES

De los objetivos que nos habíamos marcado al inicio del presente capítulo, el segundo de ellos —ya que el primero (la delimitación y representación del espacio geográfico) cumplía funciones meramente descriptivas—, esto es, el referente a la cuantificación de los efectivos humanos con los que contaba la Andalucía occidental durante la Edad Moderna y el estudio de su trayectoria en el transcurso de tiempo, se ha visto satisfecho en buena medida y rebasado con notoriedad en sus intenciones originales, pues, finalmente, no sólo hemos trazado la evolución de la población del poniente andaluz, sino que también, alentados por los novedosos resultados conseguidos, se optó por reconstruir el movimiento de la población para toda la región andaluza entre 1580 y 1800. Sin embargo, a pesar de este balance netamente positivo, hemos de reconocer que los problemas que hemos encontrado en la última de las partes del desarrollo de nuestra disertación en lo tocante a las cifras de población que ofrecen los censos y vecindarios para la provincia de Cádiz y su encaje con los datos de bautizados que manejamos, han dejado una sensación con un leve poso de amargor que esperamos desaparezca, más pronto que tarde, tras una revisión crítica de todo el caudal de datos utilizado. A continuación, pasamos a destacar las principales conclusiones a las que hemos llegado tras nuestra investigación:

1) En la evolución demográfica de Andalucía occidental —provincias de Cádiz, Huelva y Sevilla— entre 1520 y 1800 se pueden distinguir, fundamentalmente, tres grandes etapas: la primera, comprendida entre 1531 y 1575, estaría marcada por un vigoroso crecimiento, en el cual la población llega a duplicarse; la segunda de las fases se extendería de 1575 a 1654 y en ella, la curva de bautizados calculada describe un prolongado y pausado comportamiento recesivo que acabará suponiendo una pérdida poblacional equivalente al 20% del total; por fin, la tercera de las etapas abarcaría desde 1654 hasta 1795 y en ella, la variable vuelve a transitar por la senda del crecimiento con una considerable pujanza no exenta de vaivenes —el aumento final consignado llega a superar el 80%—, hasta tal punto, que el último año de este período coincide con el máximo valor alcanzado en los doscientos ochenta años por los que transita nuestro estudio. En resumidas cuentas, entre 1531 y 1795, la población en Andalucía occidental

casi habría llegado a triplicarse, lo que supone asumir una tasa de crecimiento anual acumulativo del 0,4%.

2) La evolución demográfica de cada una de las tres provincias objeto de estudio presenta comportamientos dispares. La que mejor balance arroja es, sin duda, la provincia gaditana, que logra cuadruplicar su población entre las décadas de 1530 y 1790, mientras que las provincias de Sevilla y Huelva muestran resultados bastante decepcionantes (su población se multiplica por 1,8 y 1,7, respectivamente).

3) En la curva de bautismos de la provincia de Cádiz se pueden distinguir, *grosso modo*, tres grandes etapas de crecimiento interrumpidas por dos importantes ciclos contractivos: el primero de ellos entre estos últimos (1575-1605) estaría caracterizado por su prolongada extensión en el tiempo más que por su profundidad, mientras que el segundo (1696-1710), se distinguiría por todo lo contrario, esto es, por el fuerte impacto negativo que tuvo lugar en un lapso de tiempo relativamente corto. Por su parte, las tres etapas de crecimiento son las siguientes: 1528-1575, en la que el número índice llega a duplicar su valor y el aumento poblacional se concentra en la comarca de la Campiña; 1605-1696, en la que la tendencia alcista —que escasamente se verá interrumpida en casi todo el siglo XVII salvo por el estancamiento producido entre 1643 y 1654— contempla un incremento total del 83%; y 1710-1795, que supone el último periodo de esplendor demográfico en los tres siglos analizados (el incremento final de éste se sitúa de nuevo en torno al 80%), en el cual se pueden observar dos momentos en los que la evolución de la población atraviesa por ciertas dificultades (1735-1746 y 1761-1768). Las comarcas que mejor evolución demográfica presentan entre el inicio del siglo áureo y los estertores del ilustrado son las de la Costa noroccidental-Bahía de Cádiz —que consigue multiplicar su población por 5,8 entre 1535 y 1795— y la de la Janda ($\times 3,8$), mientras que la comarca del Campo de Gibraltar ($\times 1,3$) es la que peor comportamiento demográfico experimenta.

4) Para el caso de la provincia de Sevilla, el perfil de la curva de bautizados traza el curso de tres grandes fases: 1531-1579, en la cual se produce un espectacular crecimiento que llega a multiplicar la población por 2,2 y que se encuentra concentrado, fundamentalmente, en la ciudad de Sevilla y en la comarca de la Alta Campiña-Sierra Sur; 1579-1654, época de franco declive demográfico, lento pero de paso firme hasta

1622 y de una severidad estremecedora entre 1639 y 1654 —en tan solo quince años el valor del índice desciende un 21% en el conjunto provincial y un 30% en la ciudad hispalense—; y 1654-1795, siglo y medio dominado por el estancamiento, la atonía y la debilidad demográfica con una muy leve —casi imperceptible— tendencia al alza. La comarca que mejor comportamiento advierte en todo el tiempo estudiado es la de la Alta Campiña-Sierra Sur (logra multiplicar su población por 2,5). Por su parte, las demarcaciones que peor resultado arrojan son la Sierra de Constantina ($\times 1$) y El Aljarafe ($\times 1,1$), con índices de valor muy similar en las décadas de 1530 y 1790.

5) Por su parte, en la evolución del índice de bautizados en la provincia de Huelva podemos vislumbrar tres grandes etapas: 1543-1571, en la cual el valor de la variable se incrementa un 57%, esto es, el resultado más modesto de los conseguidos a escala provincial durante el avance que acontece en el Quinientos; la segunda etapa iría desde 1571 hasta 1653 y en ella la variable llega a perder casi todo el progreso acumulado durante buena parte del siglo XVI, por lo que Huelva aparece como la provincia dónde más profunda resulta la crisis demográfica que tiene lugar hasta la mitad del siglo XVII; por último, desde 1653 hasta 1795 se vive una etapa de crecimiento en la cual la variable gana un 65% de su valor. La comarca que mejor balance arroja en los siglos analizados es El Andévalo, que logra multiplicar su población por 4,7; por el contrario, la demarcación que peor resultado obtiene es la Sierra de Aracena ($\times 1,3$) con un número índice de similar valor en 1540 y en 1790.

6) Con la intención de llevar a cabo comparaciones entre nuestros cálculos y los elaborados por otros autores, ampliamos la base geográfica de nuestro estudio e incluimos datos de bautizados para la provincia de Córdoba. En la serie cordobesa también podemos distinguir, fundamentalmente, tres etapas: la primera abarca desde 1542 a 1572 y en ella, la serie experimenta un incremento de su valor igual al 60%, esto es, el más débil junto al onubense de los que hemos estimado para las cuatro provincias estudiadas; la segunda se extiende desde 1572 a 1653 y aquí, la variable describe una larga fase de estancamiento y decadencia al final de la cual se habrá producido una pérdida poblacional equivalente al 16%; finalmente, entre 1654 y 1795 la variable vuelve a transitar por la senda del crecimiento, acumulando un incremento final del 61%. El balance que arrojan los datos nos indica que entre la década de 1530 y la de 1790 la población cordobesa logrará prácticamente duplicarse.

7) Las diferencias que presenta el índice de bautizados de la baja Andalucía con respecto al índice construido para Andalucía occidental son de cierta relevancia, debido a que la inclusión de la provincia de Córdoba viene a matizar los grandes movimientos demográficos referidos anteriormente —en líneas generales, su incorporación a la muestra hace que la variable reduzca su valor en una media de seis puntos porcentuales—. Así, el aumento de población que habíamos descrito para buena parte del siglo XVI —circunscrito en este caso al período 1534-1575— se mitiga en buena medida y acaba alcanzando un incremento final del 78%; la depresión del último cuarto del siglo de oro y las primeras cinco décadas del XVII supone un descenso muy similar al descrito para Andalucía occidental, concretamente, del 18%; y, por fin, la larga recuperación que se produce a partir de 1654 y que llega hasta el final del límite temporal que nos hemos marcado, se ve reducida en tres puntos hasta situarse en el 77%. Como balance final, tenemos que decir que entre 1534 y 1795 el valor del índice se multiplica por 2,57 frente al 2,90 alcanzado por las provincias incluidas en la Andalucía occidental entre 1531 y 1795.

8) Las diferencias de nuestro índice de bautizados para la baja Andalucía y los confeccionados por otros autores se concentran en los períodos 1570-1650 y 1770-1800, esto es, en la crisis de las últimas décadas del siglo XVI y la primera mitad del XVII, por una parte, y en el crecimiento finisecular del XVIII, por otra. A nuestro parecer, la depresión demográfica entre 1570 y 1650 es bastante más acusada de lo que se venía pensando hasta el momento (la pérdida poblacional sería del 16% entre 1580 y 1650 frente al 8% que se venía manejando), mientras que el aumento de población de las últimas décadas del siglo ilustrado resultaría de mayor intensidad (en promedio, un 15% más) del que reflejaban las series de otros investigadores.

9) Por su parte, el comportamiento demográfico de toda Andalucía presenta una evolución bastante más positiva de lo que se pensaba hasta el momento por las siguientes causas: en primer lugar, porque se había infravalorado el crecimiento de la población de la baja Andalucía entre 1760 y 1800 debido a que no se había captado en su totalidad el fuerte incremento que tuvo lugar en la comarca de la Costa Noroccidental-Bahía de Cádiz; y, en segundo lugar y fundamentalmente, porque la serie andaluza que se venía manejando tampoco recogía de manera adecuada la

trayectoria demográfica de la alta Andalucía y, con ello, el muy sustancial aumento de población que ésta experimentó. La razón de esta tara se encuentra en el tipo de ponderación que se eligió a la hora de confeccionar el índice, en función del tamaño de los núcleos de población. Esto determinó que no se corrigiese el pronunciado sesgo territorial que la muestra presentaba de partida, lo que, en última instancia, tendía a infravalorar el comportamiento de la serie andaluza.

10) En resumidas cuentas, no es el declive sino el estancamiento lo que caracteriza la evolución de la población andaluza entre las décadas de 1580 y 1650, por lo cual, en términos estrictos, no parece demasiado acertado hablar de crisis demográfica en Andalucía durante el siglo XVII; en segundo lugar, entre las décadas de 1650 y 1790, el crecimiento que se produce no resulta tan lánguido y anémico como se nos mostraba, sino bastante más pujante y pronunciado —el aumento de nuestro índice entre ambas décadas se sitúa en el 92% frente al 54% del índice *Pérez García*—. Por último, tenemos que indicar que mientras el *índice Pérez García* arroja un incremento del 31% entre las décadas de 1580 y 1790, el nuestro experimenta un alza del 90%.

11) Si antes de estos nuevos cálculos la evolución demográfica de Andalucía entre finales del siglo áureo y los estertores del ilustrado la situaban *a mitad de camino* entre lo que acontecía en la España interior y aquello que otro que tenía lugar en la Cornisa Cantábrica, nuestras estimaciones permiten afincar su trazado en una nueva posición: entrelazándose a la que marcan la España del arco mediterráneo y la España septentrional hasta la década de 1710 y, a partir de esa fecha, tomando un rumbo propio que la ubica cada vez más lejos de las regiones mediterráneas a medida que se acerca el siglo XIX y algo por encima, pero en paralelo, al perfil dibujado por las regiones norteñas de la península ibérica.

12) No obstante, tenemos que indicar que tras la curva de bautismos andaluza para toda esta época se esconden dos modelos demográficos de distinto signo: el primero de ellos, estaría representado por las provincias costeras de Cádiz, Málaga, Granada y Almería —lo que podemos denominar como la Andalucía penibética—, cuya curva de bautizados describe un dibujo y unas maneras que la equiparan a la evolución seguida por las regiones de la España mediterránea; mientras que el segundo modelo estaría compuesto por las provincias de Huelva, Sevilla, Córdoba y Jaén —la Andalucía

bética—, cuyo comportamiento demográfico se asemeja bastante al representado por las regiones de la España interior.

13) Las conclusiones a las que hemos llegado al nivel subregional de la Andalucía occidental tras el estudio de los censos y vecindarios de población seleccionados y tras la realización de las correspondientes pruebas de fiabilidad son las que siguen: 1) la averiguación de la Corona de Castilla de 1533 puede considerarse como un recuento certero y preciso; 2) en el censo de los Obispos de 1587 la ocultación de habitantes rondaría el 11%; 3) el censo de los Millones de 1591 resulta el recuento de peor calidad de todos los estudiados, ya que infravalora la población existente nada menos que en un 29%; 4) el censo de la Sal de 1631, inédito hasta el momento como fuente demográfica para buena parte de Andalucía, no contempla a un 10% de los habitantes que residían en el *triángulo tartésico*; 5) el vecindario de la Ensenada de 1752 exagera el número de súbditos existentes en un 9%; y por último, 6) el censo de Floridablanca parece atesorar una óptima calidad, ya que el margen de error atribuido es de tan sólo el -2,7%.

14) Sin embargo, si desglosamos los datos subregionales por provincias, la realidad retratada viene a modificarse en cierta medida, ya que las pruebas de fiabilidad realizadas vienen captar, por un lado, la excelente fotografía que los recuentos demográficos ofrecen para las provincias de Huelva y Sevilla, y por otro lado, los problemas de cierta consideración que atenazan a las cifras demográficas de los padrones efectuados para la provincia gaditana, lo cual, nos ha impedido, en última instancia, ofrecer cifras de población para la subregión analizada.

BIBLIOGRAFÍA

- ABARCA ABARCA, V. (2012): *La población de la provincia de Burgos, 1540-1857*, Trabajo inédito de fin de master, Universidad Complutense de Madrid.
- AGUILAR PIÑAL, F. (1989): *Historia de Sevilla. Siglo XVIII*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- ALFANI, G. (2007): "Population and environment in northern Italy during the sixteenth Century", *Population*, vol. 62, 4, pp. 559-595.
- ÁLVAREZ SANTALÓ, L. C. (1983): "La población de Sevilla en las series parroquiales: siglos XVI-XIX", en *Actas II Coloquio Historia de Andalucía. Andalucía Moderna*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, tomo I, pp. 1-19.
- ARDIT LUCAS, M. (1991): "Un ensayo de proyección inversa de la población valenciana (1610-1899)", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, IX, nº 3, pp. 27-47.
- ARIZKUN CELA, A. (2004): "La población de Navarra en los tiempos modernos a partir de los registros bautismales", *VII Congreso de la ADEH, sesión B17, Series históricas de hechos vitales*, Granada 1-3 de abril.
- BALLESTEROS SASTRE, F. y CAMACHO RUEDA, E. (1980): "Análisis de un modelo de comportamiento demográfico. Huévar, 1700-1900", *Archivo hispalense*, nº 192.
- BARREIRO MALLÓN, B. (1990): "Producto agrario y evolución de la población en Asturias, siglos XVI al XIX", *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, año nº 44, nº 133, pp. 73-96.
- BELLETINI, A. (1980a): "La démographie italienne au XVI^e siècle: sources et possibilités de recherche", *Annales de Démographie Historique*, pp. 19-38.
- BELLETINI, A. (1980b): "L'evoluzione demografica dell'Italia nel quadro europeo del Settecento. Analogie e particolarità", Società Italiana di Demografia Storica, *La Popolazione Italiana nel Settecento*, Bologna, CLUEB, pp. 13-70.
- BERNARDOS SANZ, J. U. y HERNÁNDEZ BENÍTEZ, M. (2005): "Europa se abre al mundo: crecimiento, crisis y divergencia en la Edad Moderna (1450-1650)", en COMÍN COMÍN, F., HERNÁNDEZ BENÍTEZ, M. y LLOPIS AGELÁN, E. (Eds.): *Historia económica mundial, siglos X-XX*, Barcelona, Crítica.
- BERNAT i MARTÍ, J. S. (2004): "Las series anuales de bautismos valencianos, 1646-1899", *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 24, pp.101-115.
- BIRABEN, J. N. y BLANCHET, D. (1982): "Le mouvement naturel de la population en France avant 1670", *Population*, 37, 6, pp. 1099-1132.
- BLAYO, Y. (1975): "Mouvement naturel de la population française de 1740 à 1829", *Démographie Historique, Population*, nº spécial, pp. 15-64.
- BLAYO, Y. y HENRY, L. (1975): "La population de la France de 1740 à 1829", *Démographie Historique, Population*, nº spécial, pp. 71-122.
- BRAUDEL, F. (2001): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BUSTOS RODRÍGUEZ, M., BUZÓN MUÑOZ, A., GÓMEZ MILLÁN, I., MORGADO GARCÍA, A., NÚÑEZ GALLEGOS, D., y RODRÍGUEZ RAMÍREZ, M., (1990): "La población de Cádiz en los siglos XVII y XVIII", *Trocadero*, nº 2, pp. 5-71.

- CALLE GÓTOR, J. R., CASTILLA ROMERO, N. y KALAS PORRAS, Z. A. (2003): "Estudio de la población de Sánlucar la Mayor en el siglo XVII. La parroquia de Santa María la Mayor", en *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía, Volumen 7*, pp. 41-52, Córdoba, Cajasur.
- CALVO POYATO, J. (1986): *Del siglo XVII al XVIII en los señoríos del sur de Córdoba*, Córdoba, Diputación Provincial de Córdoba.
- CAMARERO, C. y CAMPOS, J. (eds.) (1991): *Vecindario de la Ensenada, 1759, volúmenes I-III*, Madrid, Tabapress.
- CAMPOS, J. y CAMARERO, C. (eds.) (1993): *Censo de la Ensenada, 1756*, Madrid, Tabapress.
- CARMONA GARCÍA, J. I. (1976): *Una aportación a la demografía de Sevilla en los siglos XVIII y XIX: las series parroquiales de San Martín (1750-1860)*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla.
- CARMONA GARCÍA, J. I. (2000): *Crónica urbana del malvivir (s. XIV-XVII): insalubridad, desamparo y hambre en Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- CARMONA GARCÍA, J. I. (2004): *La peste en Sevilla*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla.
- CARRETERO ZAMORA, J. M. (2008): *La Averiguación de la Corona de Castilla, 1525-1540. Los pecheros y el dinero del Reino en la época de Carlos V*, Valladolid, Junta de Castilla y León.
- CIRES ORDÓÑEZ, J. M., GARCÍA BALLESTEROS, P. E. y VÍLCHEZ VITIENES P. A. (1975): *Un modelo de comportamiento sociodemográfico para Sevilla en el Antiguo Régimen: la parroquia del Sagrario*, tesis de licenciatura inédita, Universidad de Sevilla.
- CORONAS TEJADA, L. (1970?): *Estudio demográfico de la ciudad de Jaén en el siglo XVII*, Jaén, Cámara oficial de comercio e industria de la provincia de Jaén.
- CORTÁZAR ECHEVARRÍA, G. (1983): "Frigiliana en el siglo XVIII: un estudio demográfico", *Actas II Coloquio Historia de Andalucía. Andalucía Moderna*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, tomo I.
- CRIADO ATALAYA, F. J. (1999): *Tarifa: estudio demográfico (1682-1752)*, Cádiz, Ayuntamiento de Tarifa.
- DEL PANTA, L. y LIVI BACCI, M. (1990): *La cuestión demográfica*, Barcelona, Oikos-Tau.
- DEL PINO JIMÉNEZ, A. (2004): *Demografía rural sevillana en el Antiguo Régimen: Utrera, Los Palacios-Villafranca y Dos Hermanas (1600-1850)*, Sevilla, Diputación de Sevilla.
- DIPUTACIÓN DE SEVILLA (2004): *Atlas de la provincia de Sevilla*, Sevilla, Diputación de Sevilla.
[<http://www.dipusevilla.es/urbanismo/atlasnuevo/index.htm>]
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. (1984): *Historia de Sevilla. La Sevilla del siglo XVII*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- EIRAS ROEL, A. (1996): *La población de Galicia, 1700-1860*, Fundación Caixa Galicia, Santiago, 1996.
- FLORISTÁN IMÍZCOZ, A. (1985): "Evolución de la población de Navarra en el siglo XVII", *Príncipe de Viana*, año nº 46, nº 174, pp. 205-234.
- FLORISTÁN IMÍZCOZ, A. (1990): "Contrastes de crecimiento demográfico en el valle del Ebro: la Zona Media y Ribera de Navarra (siglos XVII y XVIII)", *Príncipe de Viana*, año nº 51, nº 190, pp.389-404.

- FORTEA PÉREZ, J. I. (1978): “La evolución demográfica de Córdoba en los siglos XVI y XVII (presentación de fuentes y primeros resultados)”, *Actas del I congreso de historia de Andalucía. Andalucía Moderna (siglos XVI-XVII)*. Tomo I, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, pp. 371-396.
- FORTEA PÉREZ, J. I. (1979): *Córdoba en el siglo XVI: las bases demográficas y económicas de una expansión urbana*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- GÁMEZ AMIÁN, A. (1978): “La población de las cuatro villas de La Hoya de Málaga en el siglo XVIII”, *Actas I Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, pp. 179-194.
- GÁMEZ AMIÁN, A. (1986): *Transformaciones económicas y sociales en el reino de Granada. Siglo XVIII*, Málaga, Universidad de Málaga y Fundación Paco Natera de Córdoba.
- GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ, A. (1985): “Andalucía en el siglo XVIII: el perfil de un crecimiento ambiguo”, en FERNÁNDEZ, R. (ed.): *España en el siglo XVIII. Homenaje a Pierre Vilar*, Barcelona, Crítica.
- GARCÍA-BAQUERO LÓPEZ, G. (1982): *Estudio demográfico de la parroquia de San Martín de Sevilla: 1551-1749*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla.
- GARCÍA JIMÉNEZ, B. (1987): *Demografía rural andaluza: Rute en el Antiguo Régimen*, Córdoba, Diputación provincial de Córdoba.
- GONZÁLEZ POLVILLO, A. (1994): *Iglesia y sociedad en la villa de Salteras en el siglo XVI*, Madrid, Deimos.
- GRUPO 75 (1977): *La economía del Antiguo Régimen. La renta nacional de la Corona de Castilla*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.
- GRUPO COMPLUTENSE DE HISTORIA ECONÓMICA (2011): *La población y el producto cerealista en Guadalajara en la Edad Moderna*, Documento de Trabajo de la AEHE, DT-AEHE nº 1101, [<http://www.aehe.net/2011/01/dt-aehe-1101.pdf>]
- GURRÍA GARCÍA, P. A. (2004): “Dinámicas demográficas de La Rioja a partir de las series de bautismos, 1580-1900”, *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 24, pp. 67-82.
- GUTIERREZ LORENZO, J. (2012): todos los mapas han sido realizados a partir de los Datos Espaciales de Andalucía para Escalas Intermedias del Sistema Cartográfico de Andalucía.
- HERNÁNDEZ GARCÍA, R. (2004): “La demografía de la provincia de Palencia a través de los bautismos, 1580-1864”, *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 24, pp. 25-37.
- HERNÁNDEZ GARCÍA, R. y PÉREZ ROMERO, E. (2008): “La evolución del producto agrario en Castilla y León durante la Edad Moderna. Problemas y posibilidades para su estimación a partir de fuentes decimales”, *IX Congreso de la AEHE, sesión A1, El PIB y las macromagnitudes económicas en la España del Antiguo Régimen*, Murcia, 10-12 de septiembre de 2008.
- HERNÁNDEZ PALOMO, J. (1976): “Estudio demográfico y social de Tarifa (1786-1816)”, en VARIOS AUTORES: *La burguesía mercantil gaditana (1650-1868)*, Cádiz, Instituto de estudios gaditanos, pp. 247-262.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (1982): *Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI*, edición facsímil de la obra de Tomás González (1829), Madrid, INE.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (1987): *Censo de Floridablanca, 1787. Comunidades Autónomas Meridionales*, Madrid, INE.
- LANZA GARCÍA, R. (1991): *La población y el crecimiento económico de Cantabria en el Antiguo Régimen*, Santander, Universidad de Cantabria.

- LEMEUNIER, G. (2004): "Población y poblamiento en la región de Murcia, (siglos XVI y XVIII). Censos de población y serie bautismales", *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 24, pp. 83-99.
- LIVI BACCI, M. (1968): "Fertility and nuptiality changes in Spain from the late 18th to the early 20th century", *Population Studies*, vol. XXII, part. 1, pp. 83-102 y part. 2, pp. 211-234.
- LIVI BACCI, M. y REHER, D. (1991): "Otras vías hacia el pasado. De las series vitales a dinámicas demográficas en poblaciones históricas", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, IX, nº 3, pp. 87-108.
- LLOPIS AGELÁN, E. (2004): "El crecimiento de la población española, 1700-1849: índices regionales y nacional de bautismos", *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 24, pp. 9-24.
- LLOPIS AGELÁN, E. (2010): "El impacto de la Guerra de la Independencia en la agricultura española", en LA PARRA LÓPEZ, E. (ed.), *La Guerra de Napoleón en España. Reacciones, imágenes, consecuencias*, Alicante, Universidad de Alicante y Casa de Velázquez, pp. 333-378.
- LLOPIS AGELÁN, E. y GONZÁLEZ-MARISCAL, M. (2008): "Lo que pudo haber sido y no fue: la producción agraria en Andalucía occidental en la Edad Moderna", *IX Congreso de la AEHE, sesión A1, El PIB y las macromagnitudes económicas en la España del Antiguo Régimen*, Murcia, 10-12 de septiembre de 2008.
- LLOPIS AGELÁN, E. y GONZALEZ-MARISCAL, M. (2010): "Un crecimiento tempranamente quebrado: el producto agrario en Andalucía occidental en la Edad Moderna", *Historia Agraria*, 50, pp. 13-42.
- LLOPIS AGELÁN, E., MELÓN JIMÉNEZ, M. A., RODRÍGUEZ CANCHO, M., RODRÍGUEZ GRAJERA, A. y ZARANDIETA ARENAS, F. (1990): "El movimiento de la población extremeña durante el Antiguo Régimen", *Revista de Historia Económica*, VIII, nº 2, pp. 419-464.
- LLOPIS AGELÁN, E. y PÉREZ MOREDA, V. (2003): "Evolución demográfica de la zona centro de España a través de los índices de bautismos, 1580-1850", *Estudios de Historia y Pensamiento Económico. Homenaje al profesor Francisco Bustelo García del Real*, Madrid, Editorial Complutense, pp. 113-146.
- LLOPIS AGELÁN, E. y SEBASTIÁN AMARILLA, J. A. (2007): "La economía española en el Antiguo Régimen: balance y legado", en DOBADO GONZÁLEZ, R., GÓMEZ GALVARRIATO, A. y MÁRQUEZ, G. (compiladores), *España y México: ¿Historias económicas paralelas?*, México DF, Fondo de Cultura Económica.
- LLOPIS AGELÁN, E., SEBASTIÁN AMARILLA, J. A. y VELASCO SÁNCHEZ, A. L. (2012): "La debilidad demográfica de un territorio de la España interior. La población de Guadalajara, 1530-1860", *Historia Agraria*, 57, pp. 13-45.
- LÓPEZ ONTIVEROS, A. (coord.) (2003): *Geografía de Andalucía*, Barcelona, Ariel.
- MACÍAS HERNÁNDEZ, A. M. (1991): "La demografía de una población insular atlántica. Gran Canaria, 1680-1850", en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, IX, nº 3, pp. 27-47.
- MACÍAS HERNÁNDEZ, A. (2008): "Canarias, 1600-1820. Población y producto bruto agropecuario", *IX Congreso de la AEHE, sesión A1, El PIB y las macromagnitudes económicas en la España del Antiguo Régimen*, Murcia, 10-12 de septiembre de 2008.
- MARCOS MARTÍN, A. (1985): "El aumento de la población", *Historia de Castilla y León*, volumen 6, Valladolid, Ámbito.

- MARCOS MARTÍN, A. (1986a): “El declive demográfico”, *Historia de Castilla y León*, volumen 7, Valladolid, Ámbito.
- MARCOS MARTÍN, A. (1986b): “La recuperación de la población y sus problemas”, *Historia de Castilla y León*, volumen 8, Valladolid, Ámbito.
- MARTÍN VIDE, J. y OLCINA CANTOS, J. (2001): *Climas y tiempos de España*, Madrid, Alianza.
- MARTÍNEZ RUIZ, J. I. (2005): “El mercado internacional de cereales y harina y el abastecimiento de la periferia española en el siglo XVIII: Cádiz, entre la regulación y el mercado”, *Investigaciones en Historia Económica*, nº 1, Págs. 45-80.
- MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN (1996): *Comarcalización agraria de España*, volumen I y II, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- MOLINA MARTÍNEZ, J. M. (1985): *San Fernando, demografía y sociedad (1656-1750)*, Cádiz, Ayuntamiento de San Fernando.
- MONTAÑO REQUENA, M. I. (1987): *Estudio demográfico y social de la población de Carmona (Sevilla) a través de las series parroquiales. Siglos XVI-XIX*, Tesis de Licenciatura inédita, Universidad de Sevilla.
- MORA RUIZ, M. (2008): *Familia y población en el condado de Niebla (1520-1860)*, Huelva, Diputación Provincial de Huelva.
- MORALES PADRÓN, F. (1989): *Historia de Sevilla. La ciudad del Quinientos*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- NÉSTARES PLEGUEZUELO, M. J. (1989): “La parroquia del Sagrario de Granada en el siglo XVI: estudio demográfico”, en *Chronica Nova*, nº 17.
- NÚÑEZ ROLDÁN, F. (1985): *La vida rural en un lugar del señorío de Niebla: La Puebla de Guzmán (siglos XVI al XVIII)*, Huelva, Diputación Provincial de Huelva.
- OLCINA CANTOS, J. y MARTÍN VIDE, J. (1999): *La influencia del clima en la historia*, Madrid, Arco Libros.
- PAREJO BARRANCO, A. (1987): *Industria dispersa e industrialización en Andalucía: el textil antequerano: 1750-1900*, Málaga, Universidad de Málaga.
- PAREJO DELGADO, M. J. (1989): “La población de Utrera a través de los archivos parroquiales. La collación de Santa María de Mesa”, en *Hespérides. IX coloquio metodológico-didáctico*, Córdoba, Hespérides, pp. 145-156.
- PÉREZ GARCÍA, J. M. (1995): “La evolución de la población andaluza en la Edad Moderna”, *Actas del II congreso de Historia de Andalucía (I). Andalucía Moderna*, Córdoba, Junta de Andalucía/Cajasur, pp. 29-47.
- PÉREZ GARCÍA, J. M. (2008): “La población andaluza en el época del Barroco (1580-1760)”, *Congreso Internacional Andalucía Barroca: actas*, Sevilla, Consejería de Cultura, pp. 169-182.
- PÉREZ GARCÍA, J. M. y ARDIT LUCAS, m. (1988): “Bases del crecimiento de la población valenciana en la Edad Moderna”, en *Estudis sobre la població del País Valencià*, vol. I, pp. 201-228, Valencia.
- PÉREZ MOREDA, V. (1998): “La evolución demográfica española en el siglo XVII”, en SIDES, *La popolazione italiana nel Seicento*, Bologna, CLUEB, pp. 141-169.
- PÉREZ ROMERO, E. (2009): “Un mundo inmóvil. El producto agrícola por habitante en la cuenca alta del Duero durante la Edad Moderna”, *Investigaciones de Historia Económica*, 14, pp. 69-102.

- PÉREZ SERRANO, J. (1989): *La población de Cádiz a fines del Antiguo Régimen. Su estructura y mecanismos de renovación (1775-1800)*, Cádiz, Ayuntamiento de Cádiz.
- PIQUERO ZARAUZ, S. (1991): *Demografía guipuzcoana en el Antiguo Régimen*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
- PIQUERO ZARAUZ, S. y FERNÁNDEZ DE PINEDO, E. (2012): “El censo de la Sal de 1631. Más datos, nuevos análisis”, *Jornadas sobre censos a lo largo de la historia, 1591-2011*, Madrid.
[<http://www.investigacion.cchs.csic.es/censosenhistoria/content/presentacion>]
- PISÓN CASARES, A. (1996): “Natalidad En Osuna: 1534-1660”, *Hespérides. Anuario de investigaciones*, nº 4, pp. 375-389.
- PONCE CORDONES, F. (1983): “Dos siglos claves en la demografía gaditana (breve estudio sobre la evolución de la población en Cádiz en las centurias del XVII y XVIII)”, *Gades*, nº 11, pp. 131-140.
- PONSOT, P. (1986): *Atlas de historia económica de la Baja Andalucía: siglos XVI-XIX*, Madrid, Editoriales Andaluzas Unidas.
- PORQUICHO MOYA, I. (1994): *Cádiz, población y sociedad (1597-1650)*, Cádiz, Diputación provincial de Cádiz.
- PULIDO BUENO, I. (1988): *La tierra de Huelva en el Antiguo Régimen, 1600-1750. Un análisis socioeconómico comarcal*, Huelva, Diputación Provincial de Huelva.
- RABASCO VALDÉS, J. M. (1975): “Un caso de aplicación de los registros parroquiales: Granada y la epidemia, 1640-1700”, en *Actas de las I jornadas de metodología aplicada de las ciencias históricas*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela.
- RAMÍREZ GÁMIZ, F. (2001): *Comportamientos demográficos diferenciales en el pasado: aplicación del método de reconstrucción de familias a la población de Iznájar (siglos XVIII-XX)*, Granada, Universidad de Granada.
- RINCÓN PALACIOS, M. A. (1986): “¿Hubo regresión poblacional en el Hinterland sevillano en el siglo XVII?”, en *Hespérides. Comunicaciones presentadas al III congreso de profesores investigadores*, pp. 419-430, Huelva, Copistería Andaluza.
- RINCÓN PALACIOS, M. A. (1987): “¿Hubo recuperación demográfica en el Hinterland sevillano en el siglo XVIII?”, en *Hespérides. Comunicaciones presentadas al V congreso de profesores-investigadores?*, pp. 159-176, Sevilla, Hespérides.
- SAAVEDRA FERNÁNDEZ, P. (1993): “Las grandes tendencias comarcales en la evolución de la población gallega (de comienzos del XVII a mediados del XIX)”, *Minius*, nº 2-3, pp. 101-126.
- SÁNCHEZ LORA, J. L. (1987): *Demografía y análisis histórico. Ayamonte, 1600-1860*, Huelva, Diputación provincial de Huelva.
- SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, F. (1986): “Estudio de la ilegitimidad. Expósitos y minorías marginadas: la parroquia de San Cecilio (1521-1630)”, en *Chronica Nova*, nº 13.
- SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, F. (2002): “Historiografía de la población andaluza: una mirada a la visión demográfica del siglo XVII”, en *Historia y perspectivas de investigación: estudios en memoria del profesor Ángel Rodríguez Sánchez*, Mérida, Editorial Regional de Extremadura, pp. 151-162.
- SANZ SAMPELAYO, J. F. (1980): *Granada en el siglo XVIII*, Granada, Diputación provincial de Granada.

- SANZ SAMPELAYO, J. F. (1988): “La demografía histórica en Andalucía”, en PÉREZ MOREDA, V. y REHER, D. (eds.): *Demografía Histórica en España*, Madrid, El Arquero.
- SANZ SAMPELAYO, J. F. (1998): *Factores de riesgo y de desarrollo en una ciudad del litoral andaluz. La población de Málaga en el siglo XVIII*, Málaga, Universidad de Málaga.
- SANZ SAMPELAYO, J. F. (2003): “Un cuarto de siglo en la investigación de la demografía histórica andaluza. Desarrollo, problemas y direcciones de investigación”, en *Homenaje a Eiras Roel. Balance de la demografía histórica modernista, 1973/2001*, Santiago, Xunta de Galicia, pp. 223-235.
- SANZ SAMPELAYO, J. F. (2006): “En torno a los archivos parroquiales andaluces. Estructura, revisión de su estado y valoración como fuente demográfica. Su aprovechamiento en el marco de la estructura comarcal agraria (1ª parte)”, en *Baetica*, 28, Málaga, Universidad de Málaga, pp. 525-536.
- SANZ SAMPELAYO, J. F. (2007): “En torno a los archivos parroquiales andaluces. Estructura, revisión de su estado y valoración como fuente demográfica. Su aprovechamiento en el marco de la estructura comarcal agraria (2ª parte)”, en *Baetica*, 29, Málaga, Universidad de Málaga, pp. 413-424.
- SANZ SAMPELAYO, J. F. y SÁNCHEZ LAFUENTE, J. L. (1995): “Crisis y fortuna de una población del interior malagueño: factores demográficos de Antequera en los siglos XVII y XVIII”, *Revista de Estudios Antequeranos*, nº 2, pp. 281-364.
- SANZO FERNÁNDEZ, C. M. (1982): “La población de Asturias en los siglos XVII al XIX: los registros parroquiales”, en ANES, G. (ed.): *La economía española al final del Antiguo Régimen, I. Agricultura*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 259-348.
- SEBASTIÁN AMARILLA, J. A., BERNARDOS SANZ, J. U., GARCÍA MONTERO, H. y ZAFRA OTEYZA, J. (2008): “Del crecimiento a la decepción. La producción agraria en Castilla-La Mancha en la Edad Moderna: una primera aproximación”, *IX Congreso de la AEHE, sesión A1, El PIB y las macromagnitudes económicas en la España del Antiguo Régimen*, Murcia, 10-12 de septiembre de 2008.
- SEGURA i MAS A. y SUAÚ, J. (1986): “La demografía histórica de Mallorca”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, año 4, nº 1.
- SORIA MEDINA, E. (1976): “Dinámica natural de la población de Tomares (Sevilla) en los siglos XVIII y XIX”, *Archivo hispalense*, nº 180.
- VALLE BUENESTADO, B. (1978): “Notas sobre la evolución demográfica de la comarca de Los Pedroches (1530-1857)”, *Actas del I congreso de historia de Andalucía. Andalucía Moderna (siglo XVIII). Tomo II*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, pp. 289-308.
- VARGAS PONCE, J. y ANES ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, G. (1983): *Estados de vitalidad y mortalidad de Guipuzcoa en el siglo XVIII*, Madrid, Real Academia de la Historia.
- VIDAL, T y GOMILA, J. (1985): “Menorca: tres segles d’evolució demogràfica (1570-1870)”, *Estudis Baleàrics*, nº 17.
- WRIGLEY, E. A. y SCHOFIELD, R. S. (1981): *The population history of England, 1541-1871: a reconstruction*, Cambridge, Cambridge University Press.

CAPÍTULO 2

Precios, alimentación, pautas de consumo y coste de la vida en Sevilla, 1521-1800¹

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo principal del presente capítulo consiste en elaborar un índice del coste de la vida para la ciudad de Sevilla entre 1521 y 1800 que nos permita deflactar en secciones posteriores las variables económicas consignadas en términos nominales o corrientes. La estructura del índice a confeccionar consta de dos partes bien diferenciadas, cuya definición ha venido determinada en función de la masa documental que hemos sido capaces de analizar en profundidad hasta la fecha de hoy.

¹ El acopio de información sobre precios en los archivos sevillanos ha sido posible gracias a la financiación proporcionada por una beca-contrato de Formación de Personal Investigador del extinto Ministerio de Ciencia y Tecnología (BES-2003-0818) y al contrato como profesor ayudante en el departamento de Economía e Historia Económica de la Universidad de Sevilla. Además, la Hispalense también nos concedió ayudas de movilidad de profesorado que nos posibilitaron la realización de dos estancias de investigación: la primera de ellas, en el International Institute of Social History de Ámsterdam —bajo la supervisión de Jan Luiten Van Zanden— en el verano de 2009; y la segunda, en el European University Institute de Florencia durante el otoño de 2011, tutorizada por Bartolomé Yun Casalilla. En ambas, tuvimos ocasión de ampliar y ahondar conocimientos sobre los temas que abordamos en el presente capítulo. Nos gustaría agradecer a uno y otro profesor su valiosa ayuda y exquisita atención. Asimismo, nos sentimos complacidos por haber contado con los certeros consejos que José Ubaldo Bernardos nos brindó en los asuntos que conciernen al consumo de alimentos, por las preciadadas indicaciones de Héctor García Montero en aquello que atañe a cuestiones antropométricas y por la sustanciosa información que sobre la talla de los sevillanos nos fue facilitada por Juan Manuel Guijo Mauri a través del profesor Eduardo Ferrer Albelda. Finalmente, nos gustaría reconocer a Zacarías Moutoukias su diligente disposición a discutir —en su acepción de examinar atenta y particularmente una materia— los dilemas que nos iban asaltando y sacudiendo en el camino hacia la obtención del índice de precios.

La primera de las piezas, es aquella que ciñe sus confines temporales al período comprendido entre 1521 y 1650. Esta parte supondrá el *terreno* fundamental en el cual nos movamos para abordar todas las cuestiones que se indican en el título del capítulo, a saber, el estudio a fondo de los precios recopilados y de aquellos otros aspectos que atañen a los trascendentales asuntos de la metrología y las aportaciones energéticas de los alimentos; el análisis y la identificación de los cambios que se suceden en los hábitos alimenticios y en las pautas de consumo de la población sevillana; la confección, haciendo justicia a lo hallado, de varias cestas de consumo que nos posibiliten la integración de los cambios que fueron previamente evidenciados; y, en último término, el examen comparativo de la evolución del coste de la vida en la capital hispalense.

Para colmar tales propósitos, hemos vaciado de información los *libros de cargo y descargo del hospital de Santa Marta*², fuente inédita y de excepcional calidad para el estudio de los precios y la historia de la alimentación, que ha venido a constituir la piedra basal a partir de la cual hemos podido erigir el edificio de toda nuestra disertación. Las otras dos fuentes esenciales que han sido empleadas para la elaboración de esta primera fracción del índice son los *libros de cargo y data de mayordomos del hospital de la Misericordia*³ —cuya consulta nos ha permitido obtener precios e información relativa a una importante variedad de productos textiles e industriales— y las cifras contenidas en la monumental e imprescindible obra de Earl J. Hamilton sobre el tesoro americano y la revolución de los precios en España desde 1501 a 1650⁴ —*acervo numérico* que queda compuesto como una base de datos de excelente calidad para la ciudad hispalense durante el periodo 1601-1650, pero que no logra traspasar el *Rubión* de lo aceptable para los años comprendidos entre 1501 y 1580, quedando la relación de precios de las dos últimas décadas del siglo áureo bajo el signo de lo mínimamente admisible—. A partir de la consulta de estas tres fuentes, hemos logrado reunir información sobre precios de hasta ciento cinco productos, los cuales, tomando como referencia la clasificación establecida por el Instituto Nacional de Estadística para

² Archivo de la Catedral de Sevilla (ACS), sección V, serie 2, libros 43-168 y 05585. El inventario con la relación de fondos que se conservan en dicho Archivo se encuentra recogido en MERINO RUBIO (1987) y MERINO RUBIO y GONZÁLEZ FERRÍN (1998).

³ Archivo Histórico Provincial de Sevilla (AHPS), sección 3, serie 2.

⁴ HAMILTON (1983).

la elaboración del actual Índice de Precios al Consumo⁵, han sido agrupados bajo las siguientes rúbricas: I) Alimentos; II) Bebidas alcohólicas; III) Vestido y calzado; IV) Vivienda; V) Combustible e iluminación; VI) Menaje; y VII) Otros bienes y servicios. A su vez, algunas de estas rúbricas han sido fraccionadas en las distintas subcategorías que se recogen en el cuadro 1.

CUADRO 1. Composición del índice del coste de la vida por categorías y subcategorías de bienes y servicios

I. ALIMENTOS 1) Pan y cereales 2) Carnes 3) Pescados, crustáceos y moluscos 4) Productos lácteos, huevos y quesos 5) Aceites y grasas 6) Frutas 7) Legumbres, hortalizas y patatas 8) Azúcar y confituras 9) Otros productos alimenticios II. BEBIDAS ALCOHÓLICAS	III. VESTIDO Y CALZADO IV. VIVIENDA 1) Alquiler de vivienda 2) Conservación de la vivienda V. COMBUSTIBLE E ILUMINACIÓN VI. MENAJE 1) Artículos textiles para el hogar 2) Utensilios de cocina y menaje 3) Otros bienes y servicios para el hogar VII. OTROS BIENES Y SERVICIOS
---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Fuente: INE (2012: 58-73); y elaboración propia

Por su parte, la segunda de las piezas que componen el índice de precios es aquella que se centra en la etapa que va desde 1650 a 1800. En este caso, nuestra labor pasará por el empleo y la ampliación de la serie de precios que sobre Sevilla fue publicada en la revista de *América Latina en la Historia Económica* por quien estas líneas suscribe junto a otros cuatro investigadores⁶. Como el horizonte temporal del índice publicado se enmarca dentro del período 1680-1800, nos hemos visto obligados a dilatar su rango y retrotraerlo hasta 1650, utilizando para ello las mismas fuentes que en el citado artículo son manejadas, esto es, los ya mencionados *libros de cargo y descargo* del hospital de Santa Marta⁷, los *libros de recibo y gasto* del Hospital de la Sangre⁸ y los *libros de cuentas* del colegio de San Isidoro⁹.

⁵ INE (2012: 58-73).

⁶ LLOPIS et al. (2009).

⁷ ACS, sección V, serie 2, libros 169-253 y 05588-05593.

La investigación cuyos resultados nos disponemos a presentar es heredera y continuadora de una labor de análisis del comportamiento de los precios en el largo plazo aplicando técnicas estadísticas que se remonta, al menos, a la creación allá por el año 1929 del *International Scientific Committee on Price History* (ISCPH), cuya concepción y primeros pasos se vieron alentados por el ánimo y el firme propósito de arrojar luz sobre la gravísimas turbulencias y desequilibrios que asolaban la economía mundial desde que el manto negro de la Gran Guerra se extendió por el solar europeo en la segunda de las décadas del siglo XX. El profuso desempeño de esta institución determinó la decisiva relevancia que adquirieron en la historia económica los estudios sobre precios y salarios desde, aproximadamente, 1930 hasta 1960. Entre las obras pioneras de esta época descollan los trabajos que E. J. Hamilton dedicó a la España Moderna¹⁰, así como también los emprendidos por Posthumus¹¹, Phelps Brown y Hopkins¹², Pribram¹³ y Elsas¹⁴.

Tras este primer gran impulso recibido, la indagaciones de la academia acerca de precios y salarios entraron en una fase de prolongado letargo que sólo parece haberse superado en los últimos quince años, toda vez que una serie de nuevos autores comenzaron a dirigir su atención e interés hacía el estudio de la evolución de los niveles de vida antes y durante la Revolución Industrial¹⁵. Esta dedicación científica puso de manifiesto una serie de deficiencias que presentaban los denominados “índices de precios de primera generación”, que trataron de ser corregidas, a saber: la cantidad de productos que integraban las canastas de la compra elaboradas era excesivamente reducida; además, éstas no incluían o no consideraban en su justa medida algunos ítems de gran relevancia, como por ejemplo el pan, el alquiler de vivienda o los bienes procedentes del *nuevo mundo*; en ellas, por último, “como consecuencia de las asimetrías en la información disponible, tendían a estar infrarrepresentados los bienes de

⁸ Archivo de la Diputación Provincial de Sevilla (ADPS), Hospital de la Sangre, sección 3 (contabilidad), Libros de Recibo y Gastos, legajos 123-134.

⁹ ACS, sección V, serie 2, libros 05602-05773.

¹⁰ HAMILTON (1934), (1936) y (1947).

¹¹ POSTHUMUS (1946) y (1964).

¹² PHELPS BROWN y HOPKINS (1955) y (1956).

¹³ PRIBRAM (1938).

¹⁴ ELSAS (1936/1940).

¹⁵ Véanse, entre otros, VAN ZANDEN (1999) y (2005); ALLEN (2001), (2003), (2005), (2007) y (2008); ALLEN et al. (2005) y (2011); ÖZMUCUR y PAMUK (2002); MALANIMA (2003), (2006) y (2013); HOFFMAN et al. (2005); DOBADO-GONZÁLEZ y GARCÍA MONTERO (2012); BASSINO y MA (2006); GUPTA y MA (2010); PAMUK y VAN ZANDEN (2010); POMERANZ (2000); FEINSTEIN (1998); VRIES (2001) y (2003); y, KELLY y Ó GRÁDA (2012).

lujo, los bienes no comercializados, los bienes vendidos al por menor, los servicios y los bienes intensivos en trabajo, tanto especializado como no especializado”¹⁶.

Fruto de esta segunda oleada investigadora en torno a precios, salarios y niveles de vida en la era preindustrial y guiados por una clara vocación por ampliar la base geográfica de la primera generación de índices de precios hasta llevarla a sus confines globales, los especialistas en la materia han desplegado un impresionante esfuerzo a la hora de hacer acopio de información de dichas variables por los cinco continentes y volcar sus resultados en bases de datos que se encuentran en la red a disposición de cualquier interesado. Entre ellas, cabe destacar la conformada por el *International Institute of Social History*¹⁷ bajo la batuta de Jan Luiten Van Zanden, así como también aquella otra armada por el *Global Price and Income History Group*¹⁸, a cuyo frente se encuentran Peter H. Lindert y Leticia Arroyo Abad. Gracias a esta encomiable labor, nos resultará posible la comparación del caso sevillano con los de otras ciudades europeas.

A escala nacional, tenemos que indicar que no abundan los estudios sobre la evolución de los precios en la España Moderna. Buena parte de los índices publicados se basan en el inmenso material que obtuvo Hamilton de su trabajo de archivo en los años treinta del siglo XX¹⁹ para las dos Castillas, Andalucía y Valencia. En concreto, nos estamos refiriendo a los índices publicados por Martín Aceña y por Reher-Ballesteros para Castilla la Nueva²⁰ —mientras que el primero de ellos cubre los siglos XVI y XVII, el segundo abarca la totalidad de la Edad Moderna— y al elaborado por Llopis, Jerez, Álvaro y Fernández para el noroeste de Castilla la Vieja entre 1518 y 1650²¹. Tras los trabajos de Hamilton, la investigación más importante sobre el movimiento de los precios en la España moderna ha sido la llevada a cabo por Gaspar Feliu para la Cataluña de los siglos XVI, XVII y XVIII²². Más recientemente, Llopis, García Hiernaux, García Montero, González Mariscal y Hernández García han elaborado índices de precios para las ciudades de Palencia, Madrid y Sevilla entre 1680

¹⁶ LLOPIS et al. (2009: 32).

¹⁷ <http://www.iisg.nl/hpw/>.

¹⁸ <http://gpih.ucdavis.edu/>.

¹⁹ HAMILTON (1934), (1936) y (1947).

²⁰ MARTÍN ACEÑA (1992) y REHER y BALLESTEROS (1993).

²¹ LLOPIS et al. (2000).

²² FELIU i MONTFORT (1991b), (1991c) y (1995).

y 1800²³, mientras que Llopis y García Montero han analizado la evolución de precios y salarios en Madrid para el mismo arco temporal²⁴. Por su parte, Moreno Lázaro y Lana Berasain han construido índices de precios para, respectivamente, Palencia y Navarra que, pese a estar centrados en el siglo XIX, cubren la mitad o la fase final del XVIII²⁵. Por último, tenemos que indicar que David González Agudo se encuentra realizando una importante labor de análisis de precios para la ciudad de Toledo que verá la luz próximamente como parte integrante de su tesis doctoral en curso. Por consiguiente, la mayor parte de ciudades y regiones españolas no cuenta todavía con monografías sobre la trayectoria de los precios en la Edad Moderna. Además, varios de los trabajos realizados sólo cubren una parte del Antiguo Régimen.

A pesar de los indudables progresos que han supuesto para la historia económica moderna los denominados “índices de segunda generación” —quizá el principal de ellos estribe en la mejor selección y en la mayor variedad de bienes y servicios que integran las cestas de consumo—, éstos siguen expuestos al azote de no pocas e importantes deficiencias —algunas de ellas, por el momento, de difícil resolución— que, en la medida de nuestras posibilidades, trataremos de solventar en el proceso de elaboración del índice sevillano. Uno de los mayores inconvenientes reside en el uso de una misma canasta de la compra en estudios que se extienden por varios siglos, aceptando implícitamente con ello que no se produjo ninguna variación sustancial en las pautas de consumo ni en los hábitos alimenticios de las poblaciones en análisis —en contra de lo apuntado por la literatura especializada al respecto²⁶—. Ello es debido, en cierta medida, a nuestro insuficiente conocimiento acerca de la composición del gasto familiar y a las alteraciones que afectaron al mismo en los siglos que contempla la Edad Moderna.

Tras esta breve introducción, el capítulo queda estructurado de la manera siguiente: en el apartado dos se presentan, haciendo uso de la clasificación en categorías y subcategorías de bienes y servicios establecida en líneas precedentes (véase el cuadro 1), los distintos productos de los que hemos logrado reunir cifras de precios; las técnicas

²³ LLOPIS et al. (2009)

²⁴ LLOPIS AGELÁN y GARCÍA MONTERO (2011).

²⁵ MORENO LÁZARO (2002) y LANA BERASAIN (2007).

²⁶ Véase, simplemente, a modo de ejemplo de lo referido con respecto a las transformaciones en las prácticas alimenticias FLANDRIN y MONTANARI (2011: 689-878) y, en lo tocante a cambios en otros modos de consumo, DE VRIES (2009) o, para el caso castellano, RAMOS PALENCIA (2003).

estadísticas empleadas para solventar los vacíos informativos con los que nos hemos encontrado; las equivalencias y métodos empleados para transformar las unidades de medida originales al sistema métrico decimal y, de ahí —en el caso de los alimentos—, a precios por cada mil kilocalorías; y, por último, los cambios en las pautas de consumo y en los hábitos de alimentación que la literatura especializada en la materia pone de manifiesto, así como también, aquellos otros que se desprenden de los libros de cuentas del hospital de Santa Marta. En el epígrafe tercero, se inicia el proceso de construcción del índice del coste de la vida empleando para ello tres canastas de la compra distintas (una por cada una de las siguientes etapas: 1521-1550, 1551-1600 y 1601-1650), atendiendo a los cambios que los especialistas en historia de la alimentación y el consumo ha identificado para la Edad Moderna, a lo desprendido del análisis de los libros de contabilidad del hospital de Santa Marta, a las restricciones presupuestarias que una familia representativa tenía que enfrentar y a las necesidades energéticas que tenía que cubrir. Además, en este apartado también se comparará nuestro índice con el que fue confeccionado por Hamilton y con los elaborados por otros investigadores para algunas ciudades europeas. Por último, en el epígrafe cuatro se ofrece una relación de las principales conclusiones que hayamos alcanzado en el desarrollo del capítulo.

2. PRECIOS, ALIMENTACIÓN Y PAUTAS DE CONSUMO

Alimentos y bebidas no alcohólicas

Pan y cereales

En esta primera subcategoría hemos conseguido reunir información sobre precios para cuatro productos: pan, trigo, cebada y arroz. La tarea de cálculo del precio del pan ha resultado ser un asunto extremadamente arduo y complejo —pero al mismo tiempo necesario, dada su gran relevancia— debido a: por una parte, que hemos tenido que seguir y reconstruir minuciosamente un largo proceso no exento de dificultades que se extiende, desde la misma compra de trigo en distintas partidas al por mayor por parte

del hospital de Santa Marta a lo largo del año natural, hasta el preciso momento en que éste recibía la cantidad de hogazas acordadas con una determinada panadería para dar de comer a los menesterosos a los que asistía; y, por otra parte, a que el hospital optó por diversas estrategias de adquisición a la hora de abastecerse del máspreciado entre los alimentos, siendo la opción minoritaria su “compra en la plaza por menudo”, esto es, su compra al por menor a precios de mercado. En concreto, tan sólo se inclinó por esta alternativa en 1522 —año de severa y contundente crisis agraria— y entre 1541 y 1562, y ello, siempre como vía complementaria a otros dos usos, uno de ellos en proceso de abandono y el otro en vías de fijación: el primero consistía en la panificación del cada vez más insuficiente trigo —ante el creciente número de pobres a los que tenía que atender a medida que avanzaba el siglo XVI— que ingresaba a partir de la puesta en explotación de una propiedad agraria de *tierra calma* que poseía en la campiña sevillana²⁷; el segundo, gravitaba sobre la compra al por mayor del cereal y su posterior envío para que fuese panificado. Esta combinación de diferentes alternativas de abastecimiento de pan durante los años centrales del Quinientos supone tan sólo el reflejo de la transición entre dos métodos de provisión de distinto signo.

La práctica mayoritaria ejercida por los mayordomos en el suministro de pan para el hospicio —en 1565 dejarán de cobrar definitivamente en trigo y cebada el arriendo de la finca que poseían, comenzando a rentarla en numerario y gallinas— pasaba por la compra de trigo al por mayor y, en último término, por el acuerdo alcanzando con alguna panadería para la provisión de una determinada cantidad de hogazas de pan de tres libras de peso por cada fanega de cereal que le era entregada. De tal manera procederán entre 1564 y 1650, perfeccionando paulatinamente con el paso del tiempo el método por el cual se abastecían de trigo y llevando a cabo un estricto control de las cantidades de cereal proporcionadas a las panaderas²⁸, así como también del número de hogazas por fanega que éstas se comprometían a devolver, de los pobres y oficiales que diariamente comían en el hospital y de las raciones de pan que a éstos les eran concedidas. Los distintos precios a los que el hospital compraba el trigo durante el año, las cantidades de árido que ponía a disposición de la correspondiente panadería y el

²⁷ Sobre todo lo relacionado con la industria panadera en la Sevilla del Antiguo Régimen, véase BERNAL RODRÍGUEZ (2003).

²⁸ En toda la documentación analizada siempre se alude en femenino a las personas encargadas del proceso de panificación del trigo (molineras, atahoneras, horneras y panaderas), extremo del que también se hacen eco en BERNAL RODRÍGUEZ (2003).

número de hogazas que ésta le entregaba, nos ha permitido calcular el precio del pan para todo este período. En la obtención de tal resultado entre 1564 y 1593 hemos tenido que incorporar a nuestras cuentas el complemento retributivo que en numerario y gallinas percibía la panadera —que habitualmente cobraba por su trabajo quedándose con una parte del cereal que le entregaba el hospital— y el coste de los alhameles que transportaban la carga desde la panadería hasta el hospicio.

Por último, tenemos que añadir con respecto al cálculo del precio del pan que, entre 1521 y 1540, el hospital se bastó para satisfacer sus necesidades de pan con la renta en trigo que obtenía por el arriendo del donadío de *tierra de sembradura* de Ranilla, localizado en la villa de Carmona. La mayor parte de esta renta era destinada para su molienda, tras el pertinente cribado, a una molinera o atahonera —la partida contable que recoge todo el procedimiento aparece bajo el título *gasto de pan cocido*— y, posteriormente, enviada a una hornera y/o panadera para su amasado y cocción. La disponibilidad de los precios del trigo para esas dos décadas gracias al trabajo realizado por la profesora Mercedes Borrero sobre las crisis de cereales en la Sevilla de la primera mitad del Quinientos²⁹, junto a la consignación en los libros de cuentas del hospital del precio de la molienda por fanega de trigo, del salario pagado a la hornera y/o la panadera, de la cantidad de pobres y oficiales a los que se daba de comer y de las raciones que les eran asignadas, nos ha posibilitado la obtención del precio que le costaba a nuestra institución la hogaza de pan.

Una vez explicado el proceder que ha guiado nuestros pasos a la hora de obtener el precio del pan —en cuyo mismo trayecto también ha quedado resuelta la forma en que nos hemos hecho con los precios del trigo—, queda por determinar el método de acopio que hemos empleado para recoger aquella otra información relativa al coste de adquisición del arroz —prescindimos de dar detalle sobre la cebada dada su poca relevancia de cara a la elaboración de las cestas de consumo y, en última instancia, del índice de precios—, procedimiento de acumulación de datos que será imitado y reproducido para todos los demás productos de los que hospital de Santa Marta se abastezca al por menor —de igual modo que la técnica explicada para recolectar precios del trigo determina cómo hemos obrado con respecto a los bienes que el asilo compraba

²⁹ BORRERO FERNÁNDEZ (1991).

en grandes proporciones, tales como el vino, el vinagre, el aceite, la leña o el carbón—. Si el “descargo” de los libros de cuentas de la beneficencia de Santa Marta quedaba abierto con rúbricas que integraban las diferentes compras de productos al por mayor que durante el año se realizaban, éste quedaba rematado con el título de “gasto ordinario”, dónde se recogían todas las compras diarias que por menudo se efectuaban. Para lograr los datos de este último título, hemos construido cuadrantes con los doce meses del año y anotado el precio de la primera compra mensual que el hospital realizaba de cada uno de los productos. Posteriormente, se han hallado las medias anuales a partir de los datos mensuales recolectados. Es de esta manera como hemos obtenido los datos para el caso concreto del arroz.

Pues bien, una vez concluido el procedimiento indirecto que nos ha posibilitado el cálculo del precio del pan y detalladas las técnicas en el acopio de cifras al por mayor y al por menor, nuestra labor consistió en estimar los precios de los productos para los años en los que no poseíamos información (en un 5% de los casos para el pan y la cebada entre 1521 y 1650, en un 3% para el trigo, y en un 6% para el arroz entre 1537 y 1650). Nos hemos servido del intenso vínculo existente entre el precio de los tres primeros bienes para hallar rectas de regresión y estimar los datos de los que no disponíamos, mientras que para cubrir los vanos existentes en el caso del arroz, hemos hecho uso de interpolaciones. Estas mismas prácticas inferenciales serán las que apliquemos cuando tengamos que estimar el resto de los vacíos numéricos con los que nos encontremos en nuestro tránsito hacia la consecución del índice de precios, de ahí que, a partir de este momento, obviemos referirnos a ellas, para no caer una y otra vez en baldías e intrascendentes reiteraciones.

Posteriormente, se han transformado las unidades de medida en las que aparecen consignadas originalmente los precios de los alimentos —maravedíes por hogaza, por fanega o por libra—, en primer lugar, al sistema métrico decimal —esto es, a maravedíes por kilogramo—, y en segundo término, a kilocalorías, es decir, al montante total de maravedíes que era necesario desembolsar por cada 1.000 kcal de energía calorífica que aportaba la ingesta de un determinado comestible. En la medida en que la principal finalidad del consumo de alimentos pasa por el mantenimiento de las funciones fisiológicas esenciales del ser humano, consideramos que la opción más adecuada para su medición —a pesar de las dificultades y riesgos que entrañan tales

operaciones— es que sus precios aparezcan calibrados en aquellas unidades que son susceptibles de satisfacer la función primordial para la que son adquiridos, esto es, las kilocalorías. Cuando llegue la hora de realizar comparaciones entre los niveles del coste de la vida en distintas ciudades a escala internacional, nos inclinaremos por transformar los precios en maravedíes de los bienes y servicios, a gramos de plata³⁰, siguiendo con ello los procedimientos y dictados establecidos mayoritariamente en la literatura internacional. El método y el proceso de conversión al sistema métrico decimal aparecen recogidos en el cuadro 2, así como también las transformaciones desde éste al millar de kilocalorías. Por su parte, las equivalencias que emplearemos en epígrafes venideros para el paso de maravedíes a gramos de plata de acuerdo con la prima de tal metal se muestran en el cuadro 1 del apéndice estadístico a partir de los cálculos realizados por Gaspar Feliu³¹.

CUADRO 2. Conversión al sistema métrico decimal y a kilocalorías de las unidades de medida empleadas en la fuente original³²

Producto	Unidad de medida original	Conversión al sistema métrico decimal			Conversión a kcal
Pan	Hogaza	1 hogaza = 3 libras	1 libra = 0,460 kg	1 hogaza = 1,380 kg	1 kg = 2.440 kcal
Trigo	Fanega	1 fanega = 54,7 litros	1 litro = 0,795 kg	1 fanega = 43,487 kg	-
Cebada	Fanega	1 fanega = 54,7 litros	1 litro = 0,620 kg	1 fanega = 33,914 kg	-
Arroz	Libra	1 libra = 0,460 kg			1 kg = 1.190 kcal

Fuente: ACS, libros 43-168 y 05585, HAMILTON (1983: 179-190); LIVI BACCI (1987); MATAIX VERDÚ (2009); y elaboración propia

³⁰ Un alegato a favor —pero indicándose también los riesgos que se corren al optar por ello— del uso de los precios-plata en el análisis sobre precios puede verse en FELIU i MONTFORT (1991b: 16-17).

³¹ FELIU i MONTFORT (1991a) y (1991b: 19).

³² En toda la documentación analizada del hospital de Santa Marta, las hogazas de pan —y excepcionalmente las roscas— de las que el hospicio se abastecía pesaban tres libras.

La densidad del trigo se encuentra situada entre 750-840 kg/m³. Hemos optado por elegir y emplear el valor medio del intervalo, es decir, 795 kg/m³. Según Hamilton, la fanega utilizada en Sevilla equivalía a 54,7 litros, por lo que cada litro contenía 0,795 kg de trigo.

Por su parte, la densidad de la cebada está comprendida entre 550-690 kg/m³. De igual manera, nos hemos quedado con el valor medio del intervalo, es decir, con 620 kg/m³, por lo que si la fanega en Sevilla incluía 54,7 litros, cada litro equivalía a 0,620 kg de cebada.

Las cantidades de kilocalorías por cada kilogramo neto de alimento ingerido se han obtenido de MATAIX VERDÚ (2009) y/o LIVI BACCI (1987).

Por último, en el caso específico del arroz, se ha tomado en consideración la cantidad de kilocalorías obtenidas por la ingesta de cada kilogramo neto de arroz hervido. Además, también hemos contemplado que un kilogramo de arroz seco acaba convirtiéndose en, aproximadamente, tres kilogramos de arroz hervido.

Una vez realizadas las pertinentes conversiones, los precios de los dos productos que integran la rúbrica “pan y cereales” y que son susceptibles de formar parte de las cestas de consumo a componer en apartados venideros aparecen insertos y agrupados por décadas en el cuadro 3. Con respecto a ellos, cabe decir que —a pesar de que tan sólo se trata de los primeros resultados de los que disponemos— parecen estar apuntando una serie de cuestiones que tendremos que ir confirmando o contradiciendo a medida que vayamos analizando las restantes categorías de bienes y servicios establecidas y, fundamentalmente, cuando hayamos concluido con la elaboración del índice del coste de la vida. Pues bien, una de ellas es que parece que los períodos dónde se concentran los más acusados procesos inflacionistas son los que incluyen a las décadas de, por una parte, 1540-1550 —especialmente la de 1540— y, por otra, a los decenios de 1570-1590 —siendo el de 1580 la de mayor intensidad—.

CUADRO 3. Precios del pan y del arroz hervido, 1520-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por cada 1.000 kcal)

Década	Pan	Arroz
1520	3,1	4,9
1530	2,8	4,0
1540	4,8	6,9
1550	5,8	9,3
1560	5,4	10,5
1570	6,2	11,8
1580	9,5	12,4
1590	10,5	17,1
1600	11,8	14,7
1610	10,4	12,6
1620	11,2	18,6
1630	13,0	20,8
1640	15,4	22,8

Fuente: ACS, s. V, s. 2^a, 43-168 y 05585;
HAMILTON (1983); BORRERO (1991);
MATAIX (2009) y elaboración propia

Otro aspecto a resaltar —lo cual nos viene a introducir en las cuestiones relacionadas con los hábitos alimenticios— es que el arroz experimenta un abaratamiento progresivo con respecto al pan a partir de la década de 1560 que se prolonga, de manera pausada pero firme, hasta, por lo menos, finales del siglo XVII. De

este modo, si en la segunda mitad del Quinientos el consumo de 1.000 kcal de arroz hervido suponía en promedio un desembolso en maravedíes un 68% superior al que implicaba la ingesta de 1.000 kcal de pan, en la primera mitad del Seiscientos la diferencia habrá disminuido a un 44% y, ya en la segunda mitad del Seiscientos, al 35%. Esta rebaja relativa del precio del arroz con respecto al del pan va a ir dejando poco a poco su impronta en los hábitos de compra del hospital de Santa Marta. Así, si entre 1521 y 1590 la adquisición de arroz por parte del hospicio se realizaba en muy pequeñas cantidades que iban destinadas exclusivamente a la elaboración de postres (su registro siempre aparece anotado junto a la compra de reducidas porciones de leche, azúcar y canela), desde principios del siglo XVII comenzará a abastecerse de él en cantidades cada vez mayores, pero aún poco relevantes en relación con otros bienes (su consumo rondará los dos quilos y medio por persona y año en la primera mitad del Seiscientos). Puesta de manifiesto dicha evolución, nos parece factible pensar, a falta de realizar un contraste más rotundo, en un aumento paulatino de la presencia de este cereal en la dieta de los sevillanos de los más pudientes estratos sociales durante el Seiscientos. A pesar de esta tendencia al abaratamiento, su todavía alto precio relativo con respecto al pan entre 1521 y 1650 lo hace un candidato con pocas posibilidades de integrar cestas de consumo con vocación de representatividad en los hábitos de consumo de la población hispalense.

Por otro lado, tenemos que indicar que las cantidades diarias de pan por persona que se consumían en el hospital de Santa Marta no variarán en los ciento treinta años estudiados³³: a los pobres atendidos, así como a las amas y a los criados que trabajaban en el hospicio, les correspondía media hogaza de pan al día, o lo que es lo mismo, una libra y media, es decir, 0,690 kilogramos —que equivalen a 1.684 kilocalorías diarias y a unos 252 kg anuales—; mientras, al mayordomo y al dispensero les era asignada diariamente una hogaza de pan, esto es, tres libras o su equivalente, 1,380 kilogramos. La cantidad de pan atribuida a los necesitados del asilo se encuentra emplazada, aproximadamente, dentro de los estándares medios manejados por la literatura especializada al respecto —la cual, también determina un incremento constante de las cantidades de pan consumidas entre los siglos XVI y XVIII—, que sitúan la ración

³³ Sobre el abastecimiento de trigo y la producción de pan en Sevilla, véase GARCÍA-BAQUERO LÓPEZ (2006: 79-196). Sobre el abastecimiento de pan en otras ciudades castellanas véanse CASTRO (1987), BERNARDOS SANZ (1997) y ANDRÉS UCENDO y LANZA GARCÍA (2012).

media de pan al día entre los 500 y los 600 gramos, con mínimos no inferiores en ningún caso a los 400 o 500 gramos y máximos que estarían comprendidos entre los 700 y los 1.000 gramos³⁴. No obstante, de cara a la confección de nuestras cestas de consumo, tomaremos estos valores máximos y mínimos como referencia a la hora de movernos en un sentido u otro en función de cómo evolucionen los precios de otros alimentos básicos, así como también de los cambios en las prácticas de consumo que hayan sido detectados y del comportamiento que experimenten los salarios y los niveles de vida de la población sevillana.

Una última cuestión a analizar, antes de dar por concluida la observación de esta primera subcategoría de alimentos, es aquella que vincula, en el transcurso del tiempo, el coste relativo que suponía la adquisición de mil kilocalorías de pan con respecto al salario percibido en una jornada por un peón de albañil³⁵. La repetición de este mismo ejercicio para los distintos tipos de bienes nos permitirá jerarquizar los productos y saber cuan de baratos o de caros eran en relación al jornal cobrado por un peón de alarife y, de este modo, determinar sus posibilidades de consumo. Pues bien, el coste de mil kilocalorías de pan será, en promedio entre 1521 y 1650, equivalente al 8% del salario diario de un peón de albañil —su curso en el tiempo seguirá una trayectoria alcista durante todo el período estudiado, que lo lleva de representar el 6% en las décadas de 1520 y 1530 a suponer el 11% en las de 1630 y 1640—.

Carnes

En esta categoría contamos con los precios de seis productos entre 1521 y 1550 (vaca, ternera, puerco, carnero, gallina y tocino), de nueve entre 1551 y 1650 (todos los anteriores más cabrito, pollo y conejo) y de diez entre 1576 y 1650 (los que preceden

³⁴ MONATANARI (1993: 106-107). Los cálculos de BERNARDOS (2004: 14) sobre el consumo de pan en Madrid entre 1590 y 1848 establecen unas cantidades diarias que van desde los 0,391 kg de 1590 hasta los 0,600 kg de 1765. Para LIVI BACCI (1987: 142-145), el consumo medio de pan diario en Europa era bastante superior al medio kilogramo durante la Edad Moderna. Por su parte, ALLEN (2001: 421) establece que el consumo anual de pan para una persona en el Antiguo Régimen asciende a 182 kg.

³⁵ Al igual que la información sobre precios, los salarios de albañiles han sido obtenidos de los mismos libros de los hospitales de Santa Marta y La Misericordia.

más perdiz)³⁶. Al contrario de lo que acontecía en los casos del pan, del trigo y la cebada —no así con el arroz—, aquí disponemos, para la práctica totalidad de los productos, de precios al por menor —la única excepción a tal panorama la constituye el tocino, para cuya provisión el hospital de Santa Marta unas veces procederá comprándolo por menudo (en libras carniceras o *libras grandes*, tal y como se las denomina en la documentación original), y, en otras ocasiones, se abastecerá de él en grandes cantidades (que aparecerán medidas en arrobas)³⁷—.

Por lo que hemos tenido ocasión de comprobar en los libros de cuentas consultados, y al contrario de lo indicado por Hamilton³⁸, consideramos que las cantidades de vaca, carnero, puerco y ternera que se comerciaban en la ciudad hispalense aparecen siempre medidas en *libras castellanas* de 16 onzas. Al igual que ha apuntado Gaspar Feliu³⁹, pensamos que Hamilton yerra cuando establece que la medida que rige en la compra-venta de carnes y pescados en Sevilla es la libra carnicera, que, en contraposición a la libra castellana, estaba compuesta por un total de 32 onzas. En toda la documentación que hemos manejado, la carne y el pescado siempre se intercambian en libras *normales* de 16 onzas, no hallando ninguna referencia —excepto la ya indicada para el tocino— a las *libras grandes* o *libras carniceras*. Además, así consideramos que también lo atestiguan, en primer lugar, las cantidades diarias de carne o pescado asignadas a los pobres según la propia normativa del hospicio de Santa Marta —media libra, o lo que es lo mismo, 230 gramos brutos diarios, que, de tratarse de libras carniceras, pasarían a convertirse en 460 gramos diarios, cantidad del todo excesiva e inaceptable—, que reza lo siguiente:

[...] a estas dichas raciones se da a cada una media libra de carne o de pescado cada día para comer e cenar e medio azumbre de vino todo esto guisado con sus legumbres todo lo que fuese menester con mas su ensalada o otra verdura e mas rabanos e queso para cenar. E para el principio de la comida la fruta por de o

³⁶ Otras carnes de consumo menos relevante pero que también eran adquiridas por el hospital son las de cordero, venado, palominos, zorzaes, gazapos, ternillas y asaduras.

³⁷ En aquellos casos en los que nos hemos topado ante tal circunstancia, esto es, disponiendo de precios al por menor y al por mayor de un mismo producto, hemos operado del siguiente modo —con el objetivo de contar y manejar, siempre y cuando la documentación original consultada lo haya hecho posible, información homogénea—: se ha calculado la diferencia porcentual entre ambos tipos de precios en los años que los que contamos con información al respecto y se ha optado por corregir los precios al por mayor para así disponer de series de precios al por menor.

³⁸ HAMILTON (1983: 188).

³⁹ FELIU i MONTFORT (1991b: 73)

sera (¿...?) que rote por el tiempo. Que sea repartida la dicha carne o pescado como aya para comer e cenar. E si alguno de los dichos pobres enfermara e se quisiese curar en el dicho hospital le sea dada (¿...?) todo lo que sea menester hasta que dios disponga del⁴⁰.

En segundo lugar, en contraposición a este proceder en lo tocante a la adquisición de carne y pescado, únicamente cuando el hospital compraba tocino al por menor especifica que se efectúa en “libras grandes”, esto es, como ya se ha dicho, en libras carniceras, de 32 onzas. Por lo demás, todo aquello que atañe a las paridades establecidas para transformar los patrones de medida de la carne en las fuentes originales en unidades propias del sistema métrico decimal y en kilocalorías aparece plasmado en el cuadro 4.

CUADRO 4. Conversión al Sistema Métrico Decimal (SMD) y a kilocalorías de las unidades de medida empleadas en la fuente original

Producto	Unidad de medida original	Conversión al SMD	Porción comestible (%)	Kcal por kg neto
Vaca	Libra	1 libra = 0,460 kg	86	2.140
Ternera			90	1.732
Puerco			78	2.213
Carnero			72	2.125
Tocino	Libra carnicera Arroba	1 £c = 0,920 kg 1 @ = 11,502 kg	100	6.550
Gallina	Unidad	1 gallina = 1,8 kg	72	2.320
Pollo		1 pollo = 2,1 kg	74	1.025
Cabrito	Cuartillo	1 cabrito = 5 kg 1 cuartillo = 1,25 kg	70	1.130

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585, HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); LIVI BACCI (1988); <http://www.uned.es/pea-nutricion-y-dietetica-I/guia/presentacion/index.htm?ca=n0>; y elaboración propia

⁴⁰ ACS, sección II, serie 5ª, libro 43.

Los precios de los distintos tipos de carne entre 1521 y 1650 se encuentran recogidos por décadas en el cuadro 5⁴¹. Hemos descartado incluir el precio de conejos y perdices por tratarse de bocados excesivamente gravosos, sólo al alcance de las más pudientes entre las más desahogadas faltriqueras de la época, dando con ello prioridad a que aparezcan, negro sobre blanco, los precios de los productos más accesibles para el común. Como bien puede observarse, el tocino salado constituye entre los productos cárnicos —de modo previsible y con gran diferencia— el ítem de mayor baratura, nada menos que entre tres y cuatro veces más asequible que la carne de vaca, la segunda menos onerosa entre las piezas ganaderas; en un segundo escalafón, dentro de este orden de prelación entre las carnes más populares, hallamos la de vaca y la de pollo (en promedio, resultaban, respectivamente, 3,5 y 4,2 veces más caras que las 1.000 kcal de tocino); un tercer grupo estaría compuesto por las carnes de gallina, puerco y cabrito (las cuales, en promedio, implicaban un desembolso cinco veces superior al experimentado en la compra del tocino), mientras que el carnero y la ternera quedarían como los bocados cárnicos de más alto linaje (con precios por unidad calórica que sextuplican a los del tocino).

CUADRO 5. Precios de diferentes tipos de carne, 1520-1650
Promedios por décadas (en maravedíes por cada 1.000 kcal)

Década	Tocino	Vaca	Pollo	Gallina	Puerco	Cabrito	Carnero	Ternera
1520	3,5	11,0	-	11,9	13,5	-	16,2	14,4
1530	4,1	11,6	-	14,4	15,9	-	17,8	16,1
1540	4,7	13,2	-	18,8	19,9	-	22,2	19,5
1550	6,1	19,1	25,4	26,6	26,5	28,6	38,3	31,9
1560	7,4	24,6	28,7	29,4	32,1	40,9	45,4	40,3
1570	8,1	28,1	28,1	33,6	39,4	39,9	50,4	48,3
1580	8,3	29,7	36,6	42,4	43,7	45,1	56,8	58,0
1590	8,4	34,6	37,7	47,9	49,2	48,9	59,4	60,7
1600	12,4	37,5	44,9	58,3	59,1	64,4	66,4	70,3
1610	10,4	39,2	39,4	51,8	58,8	58,3	69,0	69,8
1620	11,0	54,2	50,6	60,2	71,4	71,0	72,5	95,2
1630	12,1	46,2	55,6	65,5	75,8	68,5	61,0	86,4
1640	14,6	59,7	66,6	69,6	89,9	74,3	87,1	90,9

Fuente: ACS, s. V, s. 2^a, libros 43-168 y 05585; HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); y elaboración propia

⁴¹ Únicamente ha sido necesario estimar las siguientes proporciones de precios: carnero (0,8%), puerco (0,8%), vaca (1,5%), gallina (4,6%), ternera (6,2%), cabrito (11%), pollo (13%), tocino (13,1%), conejo (16%) y perdiz (16%).

Por su parte, para abordar el estudio del consumo de carne se ha procedido de la siguiente manera —este mismo esquema de observación será reproducido a la hora de analizar los patrones de consumo del resto de los grupos más importantes de bienes y servicios definidos—: en primer lugar, veremos lo que la literatura especializada en la historia de la alimentación o en la historia del consumo dictamina y discierne sobre el asunto en cuestión; en segundo término, nos detendremos en considerar los hábitos de consumo que se desprenden de los libros de contabilidad del hospital de Santa Marta y, lo que es más importante aún, identificaremos cuáles son los grandes cambios que a partir de ellos se traslucen de cara a introducirlos con posterioridad en las cestas de consumo a confeccionar. Para esta última tarea, hemos decidido fraccionar los ciento treinta años contemplados en esta primera pieza separada del índice de precios en cinco subperíodos: 1521-1550, 1551-1575, 1576-1600, 1601-1625 y 1626-1650.

A continuación, se ha optado por elegir el año central de cada uno de los subperíodos —esto es, respectivamente, 1535, 1562, 1587, 1612 y 1637— y se ha obtenido de los libros de contabilidad del hospital de Santa Marta correspondientes a esos mismos años toda la información referente a los siguientes capítulos: relación pormenorizada de los productos comprados, cantidades adquiridas de cada uno de ellos, precios que tenían que ser abonados, estructura de gasto del hospicio que se desprende de los dos capítulos anteriores y, finalmente, número de personas a las que éste atendió para cubrir sus más elementales necesidades. Todo ello, con la intención última de calcular el consumo anual y diario por persona de cada uno de los ítems que fueron adquiridos.

Somos conscientes de que hubiese sido aconsejable ampliar en cada corte temporal el número de años con información sobre las prácticas de consumo que se daban en el asilo sevillano, para que, de este modo, el aplomo de los resultados logrados estuviese revestido de un mayor empaque y fiabilidad, sin embargo, las restricciones de tiempo que hemos tenido que enfrentar nos han imposibilitado satisfacer tal pretensión por el momento. No obstante, como bien se pondrá de manifiesto a medida que vayamos desgranando los resultados derivados de tal ejercicio, ha sido suficiente con estas primeras disecciones temporales para vislumbrar y reconocer una serie de sustanciales transformaciones en las formas y hábitos de compra del hospital, que podrían estar reflejando cambios en las estructuras de gasto de la población sevillana. Cuando llegue

la hora de elaborar las cestas de consumo, emplearemos los márgenes que delimitan las dos orillas descritas —esto es, lo establecido por la literatura especializada y lo desprendido de la documentación del hospital de Santa Marta—, así como también el caudal que se deriva del estudio de los salarios, para plasmar y graduar aquellos cambios que han sido identificados y que consideramos como razonables y plausibles.

Parece haber consenso entre los especialistas a la hora de determinar que el consumo de carne en Europa durante la Edad Moderna tendió a reducirse entre, aproximadamente, mediados del siglo XVI y finales XVIII⁴². De este modo, tomando como referencia un ejemplo ampliamente conocido, cabe decir que el consumo cárnico en Alemania tendió a reducirse a partir de los siglos XIV-XV desde unos niveles máximos que por aquel entonces frisaban los 0,275 kilogramos brutos por persona y día, hasta alcanzar una cota mínima entre los siglos XVIII y XIX que vendría a situarse alrededor de los 40 gramos brutos diarios per cápita⁴³. En contraposición a lo establecido por la evidencia empírica, Robert Allen, en su celebrado artículo sobre “la gran divergencia” determina, en la canasta de la compra que diseña, un consumo anual per cápita de carne de 26 kilogramos, que no sufre variación alguna en ninguno de los países analizados [*sic*] entre 1500 y 1913⁴⁴. Por su parte, ciñéndonos ya a un ámbito que nos es más cercano, de las investigaciones realizadas por el profesor Bernardos sobre el consumo de carne en Castilla también se desprende un proceso de igual tendencia al apuntado en el resto del continente europeo, situándose la toma media de carne a finales del siglo áureo algo por encima de los 110 gramos, mientras que doscientos años después, ésta se aproximaría a los 80 gramos diarios⁴⁵. Como ya hemos apuntado anteriormente, acompañando a este descenso en la ingesta de proteínas de origen animal, parece ser que tuvo lugar un incremento paulatino y paralelo del consumo de pan.

Como ya sabemos, la asignación diaria de carne y/o pescado en el hospital de Santa Marta —junto a las cantidades de pan y vino— estaba fijada según su propia normativa interna en 0,230 kilogramos brutos diarios por persona. Por lo que hemos tenido ocasión

⁴² Véase, como muestra, lo expuesto en MONTANARI (1993: 105-110) o en LIVI BACCI (1987: 146-149).

⁴³ MONTANARI (1993: 106).

⁴⁴ ALLEN (2001: 142).

⁴⁵ BERNARDOS SANZ (2005: 18).

de comprobar, esta cuantía genérica se materializará, en los cortes temporales que hemos realizado, en unas cantidades diarias que oscilaban —sin incluir al tocino— entre los 147 gramos brutos de 1535 y 1587 y los 160 gramos de 1562 y 1637, o lo que es lo mismo en términos anuales, entre los 53,5 y los 58,5 kg brutos per cápita. No nos ha sido posible detectar ningún tipo de tendencia bajista en los ciento treinta años estudiados, constituyendo la constancia o estabilidad lo que preside las pautas de consumo de carne en el asilo sevillano, como consecuencia, sin duda alguna, de la aplicación de la estricta normativa referida. En cifras netas diarias, el consumo de carne en el hospital se encuadraría dentro de un intervalo que va desde los 113 a los 122 gramos y en términos calóricos diarios estaría inserto entre las 237 y las 257 kcal. Por otro lado, tenemos que indicar que entre 1551 y 1650 el tipo de carne que más se consumió en el hospital fue el carnero (entre el 49 y el 52% del total), seguida de la carne de vaca (entre el 20 y el 24%) y de la de puerco (entre el 16 y el 21%). Sólo para el corte temporal de 1535, el consumo de carne de vaca es mayoritario en el hospital (49%), siendo secundarios los de puerco y carnero (20 y 15%, respectivamente).

En contraposición a lo ocurrido con respecto al consumo de carne, lo que sí experimentará un sustancial cambio con el transcurso del tiempo son las cantidades de tocino ingeridas por los menesterosos del hospicio, que sufrirán un continuo aumento desde las catas anuales que hemos realizado para el siglo XVI —en 1535 el consumo bruto o neto por persona de tocino será de 0,622 kilogramos al año y en 1562 ascenderá a 3,922 kilogramos— hasta los efectuados para el siglo XVII —en 1612 éste se habrá situado en los 6,678 kilogramos anuales y en 1637 en los 6,764 kg—. Como consecuencia de la importancia adquirida por la provisión de tocino, en los libros de cuentas del hospital se le dedicará un apartado especial a partir de principios del Seiscientos —al igual que ocurría, dada también su gran trascendencia, con el caso del pan— dónde se anotan las cantidades compradas y se detallan con minuciosidad las sumas gastadas mensualmente —consignadas en *libras grandes*— y las cantidades diarias que se reparten, generalmente, desde los meses de marzo/abril hasta los de octubre/noviembre. Todo parece indicar que el hospital repartía durante estos meses del año el tocino como complemento calórico y proteínico diario a las cantidades ingeridas de carne y/o pescado. Sumando las cantidades consumidas en el asilo de Santa Marta de carnes y tocino obtenemos un resultado que va incrementándose con el paso de tiempo

desde los 44 kg anuales netos por persona en 1535 hasta los 51,5 kg en 1637, esto es, desde los 121 y a los 141 gramos netos diarios.

En términos de kilocalorías, las mencionadas cantidades diarias netas de carne consumidas por los pobres atendidos en el hospital de Santa Marta suponían un aporte calórico que oscila, aproximadamente, entre las 250 kilocalorías de 1535 y las 375 de 1637 —este aumento, es lineal en el tiempo y se debe, exclusivamente, al incremento en las cantidades de tocino ingeridas—. No es sino bajo la perspectiva de estas unidades de medida donde aparece reflejada con meridiana nitidez la importancia que va cobrando el consumo de tocino con el paso del tiempo en el hospital, pues, si a principios del siglo XVI su ingesta suponía apenas el 4% del total de las kilocalorías aportadas por los productos cárnicos, en la segunda mitad del siglo áureo alcanzaba el 20% y, ya en el Seiscientos, representará nada menos que el 33%.

Cotejando la evolución del coste de mil kilocalorías de tocino y de carne de vaca, por un lado, y del salario diario de un peón de albañil, por el otro, tenemos que indicar que, en promedio entre 1521 y 1650, el millar de kilocalorías de tocino suponía un 9% de aquel, —describiendo una evolución creciente que le lleva a representar un 8% en las décadas de 1520 y 1530 a suponer un 10% en las de 1630 y 1640—, mientras que el millar de kilocalorías de vaca ascendía al 31% del salario diario del operario de la construcción —con trayectoria, de igual manera, creciente que va desde el 23% en las décadas de 1520 y 1530 al 41% en las de 1630 y 1640—

De cara a la elaboración de nuestras cestas de consumo, parece razonable pensar, por un lado, que la mayor parte de las familias sevillanas, dadas las restricciones de ingresos que tenían que enfrentar, sólo pudiesen tener acceso al consumo de las carnes más baratas del mercado —tocino y vaca, fundamentalmente—, y por otro lado que, una vez que han sido trazadas las líneas maestras en los patrones cárnicos de consumo que parecen regir los casos hispalense, castellano y europeo, vayan combinándose a medida que avanza la Edad Moderna, incrementos en las cantidades consumidas de pan y tocino por parte de la población sevillana, junto con descensos paralelos en la ingesta del resto de carnes, esto es, básicamente, de vaca. Resulta sorprendente la escasa o nula atención que las cestas de consumo que se han diseñado hasta el momento para la construcción de índices de precios han prestado a un alimento como el tocino, no incluyéndolo entre

sus componentes esenciales y no considerando la importancia que junto al pan pudo ir adquiriendo como fuente calórica y proteica esencial durante la Edad Moderna, ante el deterioro evidente que sufrieron los salarios reales y la reducción que parece tuvo lugar en el consumo de carne por parte de la población.

Pescados, crustáceos y moluscos

En esta categoría hemos logrado reunir cifras de precios para seis productos entre 1521 y 1550 (tollo, sábalo, albur, corvina, acedías y pescada o merluza), para diez entre 1551 y 1575 (a los anteriores hay que añadir sardinas, cazón, jibia y besugo), para once entre 1576 y 1600 (a los del período que precede hay que incorporar el bacalao en salazón) y para quince entre 1601 y 1650 (todos los antepuestos más atún, anguila, lenguado y ostiones)⁴⁶. Excepto los ostiones, que eran mercados por docenas, el resto de especies marinas y fluviales se intercambiaban en libras de 16 onzas, por lo que su conversión al sistema métrico decimal no ha resultado una tarea excesivamente compleja. En el cuadro 6 se han plasmado las paridades empleadas al respecto y las equivalencias que hemos utilizado para transformar los precios en maravedíes por cada 1.000 kcal. De todas las variedades de pescados, crustáceos y moluscos referidas, únicamente hemos optado por incluir en la tabla las especies que resultaban más económicas.

⁴⁶ Otros tipos de pescados, moluscos y crustáceos que también eran consumidos en el hospital, pero en cuantías menos relevantes que aquellas especies para las que contamos con precios, eran: corvinatas, bonito, palometa, mojarra, raya, caballa, salmón, pulpo, sabogas, mielgas, calamares, jureles, dentones, pescado cecial y bermejuelas.

CUADRO 6. Conversión al Sistema Métrico Decimal (SMD) y a kilocalorías de las unidades de medida empleadas en la fuente original⁴⁷

Producto	Unidad de medida original	Conversión al SMD	Porción comestible (%)	Kcal por kg neto
Tollo	Libra	1 libra = 0,460 kg	85	1.290
Sardina			68	1.530
Bacalao			85	1.080
Atún			94	1.480
Cazón			80	820
Jibia			70	820
Sábalo			68	1.530
Pescada			82	630

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585, HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); <http://www.uned.es/pea-nutricion-y-dietetica-I/guia/presentacion/index.htm?ca=n0>; y elaboración propia

Por su parte, en el cuadro 7 se presentan, reunidos por décadas, los precios en maravedíes por cada 1.000 kcal de las especies de pescados seleccionadas para su estudio. Hasta la irrupción entre finales del siglo XVI y principios del XVII del bacalao en salazón y del atún en el abasto del mercado hispalense, las especies de pescado más baratas eran el tollo⁴⁸ y la sardina. En un segundo escalafón se encontrarían el cazón, la jibia y el sábalo⁴⁹, que doblan el precio del género acuático más asequible; en tercer lugar, triplicando el coste de tollos y sardinas, aparecen la pescada, el albur, la corvina y las acedías⁵⁰; y, finalmente, la ingesta de besugos y lenguados (en una proporción de 4:1 y de 8:1, respectivamente) se registra como los más exquisitos e inaccesibles bocados de agua para la población hispalense. La entrada en escena del bacalao en salazón y del atún entre las últimas décadas del Quinientos y las primeras del Seiscientos trastocará la jerarquía que acabamos de establecer, al situarse ambos como los pescados menos

⁴⁷ Con respecto al bacalao salado tenemos que indicar que al ponerse en remojo su peso se incrementa entre un 25 y un 30% (Bernardos (2001: 15)). A la hora de calcular el precio por cada 1.000 kcal hemos tomado en consideración tal aspecto, optando por suponer un aumento de peso del 27,5%.

⁴⁸ El tollo era una variedad de pez similar a la mielga o la lija.

⁴⁹ La jibia es un molusco similar a la sepia; el sábalo, un pez marino que pertenece a la misma familia que las sardinas, mientras que el cazón se encuadra dentro del suborden de los escuálidos.

⁵⁰ El albur es un pescado que se da en la desembocadura del Guadalquivir, también conocido en la región por el nombre de mújol o lisa de estero.

costosos de todo el plantel expuesto (en promedio serán, respectivamente, un 23 y un 17% más baratos que el tollo y la sardina)⁵¹.

CUADRO 7. Precios de diferentes tipos de pescados, 1520-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por cada 1.000 kcal)

Década	Tollo	Sardina	Bacalao	Atún	Cazón	Jibia	Sábalo	Pescada
1520	20,7	-	-	-	-	-	24,4	49,9
1530	19,9	-	-	-	-	-	25,2	54,4
1540	23,6	-	-	-	-	-	32,2	62,0
1550	32,9	42,9	-	-	49,2	86,0	48,7	82,8
1560	32,0	37,5	-	-	56,0	59,2	121,6	101,3
1570	38,1	37,7	26,1	-	63,6	74,2	106,2	111,4
1580	42,8	54,1	29,8	-	84,6	106,2	114,3	136,8
1590	53,7	62,1	41,4	-	94,9	98,0	119,6	153,9
1600	56,6	60,5	37,2	50,9	133,5	148,1	165,3	193,7
1610	61,2	67,2	40,8	48,7	128,6	135,8	134,9	163,8
1620	86,9	68,6	60,2	62,0	183,2	156,5	194,0	203,3
1630	96,4	74,4	76,6	68,1	192,5	200,9	177,6	308,0
1640	126,4	113,6	84,4	86,1	270,1	264,0	226,5	336,6

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); y elaboración propia

En cuanto al consumo de pescado, tenemos que decir que el profesor Bernardos ha estimado unas cantidades anuales consumidas por los madrileños durante la Edad Moderna que oscilaban entre los 6,2 y los 7,4 kg per cápita, lo que significa aceptar un consumo de entre 17 y 20 gramos diarios⁵². En nuestro caso, el consumo bruto por persona de pescado en el hospital de Santa Marta entre 1521 y 1650 fluctuará entre los 23,8 kg y los 33,6 kg anuales, o de manera equivalente, entre los 65 y los 92 gramos brutos diarios. En términos netos, el consumo anual estará comprendido entre los 19,8 y los 24,1 kg y el diario entre los 54 y los 66 gramos. Según parece ser, la ingesta de pescado en el sur de la península ibérica era mayor al que tenía lugar en otras regiones del país, principalmente, en las zonas costeras y sus proximidades o, como en el caso que nos ocupa, en aquellas poblaciones que se encontraban situadas en la ribera del Guadalquivir. En términos de kilocalorías, la ingesta de pescado proporcionará a los

⁵¹ Sobre el comercio de bacalao en España, véanse GRAFE (2005) y (2012).

⁵² BERNARDOS SANZ (2001: 7-12). Para el consumo de pescado en otras ciudades, véase CUBILLO (2000: 154-156).

menesterosos del hospicio un aporte de ente 50 y 65 kcal diarias. A pesar del descenso que se produce en las cantidades netas y brutas de pescado compradas por el hospital durante el siglo XVII, la decisión de adquirir variedades como el pescado cecial o el bacalao en salazón garantizará que los aportes energéticos conseguidos no se vean sustancialmente alterados.

Los pescados más consumidos en el hospital de Santa Marta eran —en cantidades netas—, en 1535, la pescada (31%), el tollo (28%), el sábalo (10%) y las acedías (7%); en 1562, la pescada (74%), el albur (9%) y la corvina (9%); en 1587, el besugo (23%), la pescada (17%), el albur (13%), el tollo (9%) y el sábalo (8%); en 1612, el pescado cecial (24%), el sábalo (16%), el tollo (15%), el cazón (9%) y las acedías (8%); y en 1637, el bacalao en salazón (50%), las bermejuelas (19%) y las caballas (11%).

De este retrato un tanto telegráfico realizado en torno a las pautas de consumo de pescado en el hospicio sevillano, conviene destacar que, quizá vinculado al considerable encarecimiento que sufre el pescado fresco desde la década de 1560 hasta la de 1590 y, de nuevo, desde la de 1620 hasta la de 1640 —y ello, tanto en términos generales, como, más importante aún, en términos relativos con respecto a la carne— van a parecer con fuerza entre sus prácticas de compra, en primer lugar y de manera transitoria, el pescado cecial y, posteriormente y de manera más trascendental, el bacalao en salazón. El hospital pasará de comprar pescado fresco de categoría media-alta durante el siglo XVI, a abastecerse del pescado más barato del mercado durante el XVII. Tal es el alcance de la irrupción del bacalao como producto de consumo en el asilo que, al igual que hacía con los casos del pan y del tocino, acabará dedicándole un apartado especial dentro de su contabilidad para anotar las compras, que pasarán de hacerse por menudo a efectuarse al por mayor. En términos de precios relativos, si la adquisición de tollos o sardinas —las especies frescas más asequibles— suponía un desembolso un 70% superior —en maravedíes por cada mil kilocalorías— a la carne más barata —la de vaca—, cuando aparezca el bacalao en salazón la diferencia se verá reducida drásticamente hasta llegar a ser paritaria entre las décadas de 1570 y 1620, mientras que entre los decenios de 1630 y 1640, la brecha entre la carne de mayor baratura y el pescado menos oneroso se volverá a abrir en la misma dirección que antaño para situarse alrededor del 50%. Dadas las importantes restricciones de ingresos que enfrentaban las economías más modestas de la época, en combinación con los estrictos

preceptos religiosos que había que atender de manera insalvable en lo tocante a la prohibición del consumo de productos cárnicos durante determinados días de la semana —esencialmente, los viernes de vigilia— o, más importante aún, durante algún período del año —nos estamos refiriendo a la cuaresma⁵³—, la llegada de un tipo de pescado a precios bastantes más competitivos de los que había que pagar por otras variedades tuvo que suponer un sustancial cambio en las prácticas de consumo de la población sevillana de la época.

Si observamos comparativamente, los precios de los pescados más baratos por cada mil kilocalorías y los salarios de un falconete —en la documentación original aparece este vocablo como sinónimo de albañil— tenemos que concluir que el coste del tollo suponía, en promedio entre 1521 y 1650, un 52% del salario diario de un peón de albañil —describe una evolución de perfil fuertemente alcista que lo lleva desde el 42% de las décadas de 1520 y 1530 al 85% de las de 1630 y 1640— y el bacalao en salazón, en promedio entre 1570 y 1650, un 41% —el 31% en las décadas de 1570 y 1580 y el 62% en las de 1630 y 1640—.

Para rematar este subapartado, tenemos que indicar que, al igual que ocurre con la carne, no pensamos que, en líneas generales, las prácticas de consumo de pescado en el hospital de Santa Marta sean representativas del consumo medio de la población sevillana, pero, tendemos a suponer que el análisis de los cambios que se producen con el paso del tiempo en su estructura, nos pueden servir, por un lado, para conocer la reacción que la institución tuvo ante el deterioro de la situación económica en el tránsito que va del siglo XVI al XVII y, en última instancia, para adaptarlos e insertarlos en las distintas cestas de consumo que tenemos intención de construir en los epígrafes que quedan por venir, en función de las posibilidades de consumo que marquen los salarios recolectados.

⁵³ Según indica el profesor BERNARDOS (2001: 18), diversos autores estiman los días de pescado al año entre 115 y 120 o incluso más —CUBILLO (1998: 115-116)—.

Productos lácteos, quesos y huevos

En este subgrupo de alimentos hemos conseguido reunir información para dos productos entre 1521 y 1550 (queso y huevos) y para tres productos entre 1551 y 1650 (leche, queso y huevos). El hospital de Santa Marta se abastecía de queso efectuando tanto compras al por mayor (en arrobas), como al por menor (en libras); se proveía de huevos, adquiriéndolos por docenas; y de leche, en azumbres o cuartillos. En el cuadro 8 se muestran las equivalencias empleadas para transformar las unidades originales de medida, en primer lugar, al sistema métrico decimal, y en segunda instancia, a maravedíes por cada mil kilocalorías.

CUADRO 8. Conversión al Sistema Métrico Decimal (SMD) y a kilocalorías de las unidades de medida empleadas en la fuente original⁵⁴

Producto	Unidad de medida original	Conversión al SMD	Porción comestible (%)	Kcal por kg neto
Queso	Arroba Libra	1 @ = 11,502 kg 1 libra = 0,460 kg	95	3.330
Huevos	Docena	1 docena = 0,700 kg	88	1.570
Leche	Azumbre Cuartillo	1 azumbre = 1,956 litros 1 cuartillo = 0,489 litros	100	620

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585, HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); LIVI BACCI (1988); <http://www.uned.es/pea-nutricion-y-dietetica-I/guia/presentacion/index.htm?ca=n0>; y elaboración propia

Por su parte, en el cuadro 9 aparecen recogidos por décadas los precios por cada 1.000 kilocalorías de los productos que integran esta subcategoría. Los resultados obtenidos colocan al queso y la leche como productos relativamente accesibles para la población hispalense, al alcance, no sin cierto esfuerzo, de las más modestas economías de la época, ya que sus precios en términos calóricos —entre 1521 y 1650 para el caso del queso y entre 1551 y 1650 para el de la leche— son —en promedio y

⁵⁴ Para pasar los litros de leche a kilogramos, hemos tenido en cuenta la densidad de la leche, considerando que un litro de leche equivale a 1,032 kilogramos.

respectivamente— un 16 y un 20% del salario diario de un peón de albañil⁵⁵, es decir, que su aporte calórico resulta bastante más barato que cualquier tipo de carne —excepto el tocino— y que cualquier tipo de pescado. Lo contrario ocurre con respecto a los huevos, cuyos precios en términos de kilocalorías —en promedio, entre 1521 y 1650, representan el 58% del estipendio diario de un peón de alarife⁵⁶— lo sitúan como un alimento de difícil acceso para los sevillanos del común.

CUADRO 9. Precios de productos lácteos, queso y huevos, 1521-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por cada 1.000 kcal)

Década	Queso	Huevos	Leche
1520	5,8	17,2	-
1530	6,8	21,8	-
1540	7,5	30,2	-
1550	10,7	39,5	9,7
1560	12,9	44,4	15,9
1570	15,1	46,2	15,0
1580	16,1	71,1	20,5
1590	15,6	76,2	20,1
1600	18,0	81,8	25,4
1610	18,3	69,9	25,5
1620	24,4	79,9	29,1
1630	24,2	87,0	33,8
1640	29,8	94,9	32,8

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585;
HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009);
y elaboración propia

En cuanto al consumo de estos bienes en el hospital de Santa Marta, tenemos que indicar que el consumo neto anual de queso por persona fue de 2,778 kg en 1535, de 4,579 kg en 1562, de 11,849 kg en 1587⁵⁷ e inexistente en 1612 y 1637 —en la cesta de consumo diseñada por Allen, la cantidad de queso consumida por una persona al año asciende a 5,2 kilogramos⁵⁸, mientras que, en promedio, en el asilo sevillano objeto de

⁵⁵ Las mil kilocalorías de queso pasarán de suponer el 13% del salario de un peón de albañil en las décadas de 1520-1530 al 21% en las de 1630-1640; por su parte, si el millar de kilocalorías de leche suponía el 16% del salario de un peón de albañil en las décadas de 1550-1560, en las de 1630-1640 ascenderá al 26%.

⁵⁶ En las décadas de 1520-30 representaban el 40% y en las de 1630-40, el 70%.

⁵⁷ Quizá la elevada cantidad de queso adquirida en este año responda a que la compra se efectuó no sólo para cubrir los requerimientos de ese ejercicio, sino también de parte del siguiente.

⁵⁸ ALLEN (2001: 421).

nuestro estudio su consumo se sitúa alrededor de los 6,4 kg—; que el consumo anual de leche por persona fue de 0 litros en 1535, de 0,093 litros en 1562, de 1,859 litros en 1587, de 5,014 litros en 1612 y de 1,303 litros en 1637; y, por último, que el consumo anual de huevos por persona fue de unas 2 unidades en 1535, de 82 unidades en 1562, de 2 unidades en 1587, de 7 unidades en 1612 y de 38 unidades en 1637. En términos calóricos, los productos que integran esta subcategoría aportarán a la dieta de los necesitados internos en el asilo desde una exigua cantidad de 10 kilocalorías diarias en el siglo XVII, hasta un rango que las lleva de las 26 en 1535 a las 112 en 1587, pasando por las 60 contabilizadas para 1562.

Llegados a este punto de nuestra disertación, tenemos que decir que, tanto para esta subcategoría de alimentos como para un nutrido número de las otras que quedan por venir, nuestro análisis irá perdiendo algo de profundidad y consistencia debido a que estamos tratando con grupos de alimentos algo menos importantes a los anteriores, en los que, por un lado, nos es más difícil identificar patrones de comportamiento y procesos de cambio en el largo plazo a partir del estudio de la documentación del hospital de Santa Marta, y para los que, por otro lado, tampoco contamos con el apoyo que hasta ahora ha supuesto lo establecido al respecto por otros autores, por tratarse, como ya hemos dicho, de productos de carácter “secundario”.

Aceites y grasas

En este subgrupo de alimentos hemos reunido información sobre precios para dos productos entre 1521 y 1575 (aceite y manteca) y para tres entre 1576 y 1650 (aceite, manteca y mantequilla). En primer lugar, tenemos que indicar que la compraventa de aceite era efectuada en *arrobas grandes* —también conocidas como arrobas de Marchena⁵⁹—, mientras que la manteca y la mantequilla eran mercadas en libras de 16 onzas. Las paridades utilizadas para la conversión de las medidas originales con las que

⁵⁹ HAMILTON (1983: 185). La arroba grande o de Marchena era la unidad de medida empleada en la campiña sevillana —comarca en la cual el hospital solía realizar sus compras de aceite— y equivalía a 1,15 arrobas de las empleadas en la ciudad de Sevilla y en la comarca del Aljarafe.

nos hemos encontrado en los libros de contabilidad del hospital sevillano al sistema métrico decimal y a maravedíes por cada 1.000 kilocalorías se muestran en el cuadro 10.

CUADRO 10. Conversión al Sistema Métrico Decimal (SMD) y a kilocalorías de las unidades de medida empleadas en la fuente original⁶⁰

Producto	Unidad de medida original	Conversión al SMD	Porción comestible (%)	Kcal por kg neto
Aceite	Arroba grande o de Marchena	1 @ grande = 14,433 litros	100	9.000
Manteca	Libra	1 libra = 0,460 kg	100	9.000
Mantequilla			100	7.400

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585, HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); LIVI BACCI (1988); <http://www.uned.es/pea-nutricion-y-dietetica-I/guia/presentacion/index.htm?ca=n0>; y elaboración propia

Por su parte, en el cuadro 11 se hacen constar los precios por décadas de los productos alimenticios que hemos agrupado bajo esta rúbrica llamada de *aceites y grasas*. Los resultados obtenidos colocan al aceite como un producto de carácter eminentemente popular —lo cual se dejará sentir de una manera inequívoca en las importantes cantidades adquiridas de este producto por el hospital que, no sólo cumplían con el objetivo de satisfacer necesidades nutritivas en su asistencia a los pobres, sino también de atender fines lumínicos, empleándolo como combustible en la obtención de luz—. De este modo, si seguimos utilizando como referencia el salario diario de un peón de albañil, las mil kilocalorías de aceite resultaban representar en promedio, entre 1521 y 1650, el 3% de aquel —su evolución lo hará pasar del 2% en las décadas de 1520-1530 al 4% en las de 1630-1640—. También la manteca se revela como un producto no excesivamente gravoso para el sevillano corriente —siempre y cuando la comparación la efectuemos con respecto al sueldo de un peón de albañil, pero no así si el cotejo lo realizamos tomando como indicativo otro bien de su misma categoría como el aceite—, ya que el precio de las mil kilocalorías de esta grasa supondrá en promedio entre 1521 y 1650 un 11% del jornal diario del albañil. Por su

⁶⁰ Para pasar los litros de aceite a kilogramos hemos considerado la densidad del aceite, tomado como válida la equivalencia de 1 litro de aceite = 0,918 kilogramos.

parte, la mantequilla se presenta como un producto de coste intermedio en el conjunto de bienes analizados y de coste alto en relación a otras grasas, a la misma altura que, por ejemplo, la carne de vaca —en promedio entre 1576 y 1650 supondrá el 31% del salario diario de un albañil—.

CUADRO 11. Precios del aceite, la manteca y la mantequilla, 1521-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por cada 1.000 kcal)

Década	Aceite	Manteca	Mantequilla
1520	1,0	4,8	-
1530	1,4	6,4	-
1540	1,5	7,5	-
1550	1,9	7,6	-
1560	2,6	7,7	-
1570	3,0	7,7	-
1580	2,8	10,6	25,1
1590	3,4	11,4	31,1
1600	3,8	14,8	38,1
1610	3,7	14,3	40,3
1620	4,3	15,4	45,6
1630	4,7	14,7	50,8
1640	4,5	19,7	36,8

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); y elaboración propia

En cuanto a las cantidades de estos productos consumidas en el hospital de Santa Marta que hemos podido deducir a partir de los cortes temporales realizados, se han obtenido las siguientes cifras: en lo que concierne al aceite, las cantidades anuales consumidas por persona oscilarán entre, aproximadamente, los diecisiete y los veinticuatro litros —o, de igual manera, entre los 15 y los 22 kilogramos—. Concretando algo más, la distribución de su consumo en el tiempo se reparte del siguiente modo: en 1535, el consumo anual de aceite per cápita será de 21,405 litros; en 1562 de 24,194 litros; en 1587, de 16,737 litros; en 1612, de 18,270 litros; y en 1637, de 22,533 litros. Si lo que empleamos como referencia es la escala de un día, el consumo de aceite fluctuará entre los 46 y los 66 mililitros por persona. Parece lógico pensar que una parte bastante importante de estas sumas estaba destinada al empleo del aceite como combustible para la iluminación. Cuando analicemos la categoría del índice del coste de la vida correspondiente a los combustibles y veamos los cambios que se suceden en los

hábitos de compra del hospital —en lo tocante, esencialmente, a las velas de sebo— quizá podamos comprender algo mejor y arrojar luz en cuanto a qué porción de estos montantes estaba reservada exclusivamente para ser ingerida. Baste por el momento añadir a esta cuestión sobre el consumo de aceite que el profesor Bernardos ha estimado un consumo medio anual de aceite por habitante en el Madrid del Antiguo Régimen de unos 4 kilogramos⁶¹ y que Robert Allen determina para los países del sur de Europa un consumo por persona de 7,8 litros anuales entre 1500 y 1913⁶² —o su equivalente, 7,2 kilogramos—, de los cuales, 5,2 litros estaban reservados para su ingesta como alimento y 2,6 litros estaban destinados para su uso como combustible de fines lumínicos. Como bien puede observarse si comparamos lo derivado de las *cifras de Santa Marta* con lo establecido por la literatura especializada —y ello, aunque el consumo del asilo no pueda tomarse como representativo del sevillano medio y haya que reducirlo sustancialmente—, parece que el consumo de aceite en el sur peninsular —el promedio en el hospital entre 1521 y 1650 estaría situado en los 19 kilogramos— era bastante más elevado que en otras partes del país —entre 4 y 7 kg según los autores citados—, por lo cual, tendrá que dejar su impronta en nuestras canastas de la compra. Por último, tenemos que decir que el hospital de Santa Marta no solía comprar mantequilla, y que el consumo de manteca que efectuaba era muy reducido, encontrándose situado entre 60 gramos anuales por persona y los 415.

Frutas

Para esta subcategoría hemos conseguido obtener información sobre precios de tres productos entre 1521 y 1550 (uvas, higos secos y nueces), de ocho entre 1551 y 1575 (además de los anteriores hay que incluir cerezas, manzanas, castañas, almendras y pasas), de nueve entre 1576 y 1600 (los antepuestos más las ciruelas) y de siete entre 1601 y 1650 (todos los que preceden excepto higos secos y cerezas). Uvas, manzanas, ciruelas y cerezas eran transadas en libras de 16 onzas; los higos secos, las pasas y las

⁶¹ BERNARDOS SANZ (1997: 258).

⁶² ALLEN (2001: 421).

almendras, en arrobas; las castañas, mayoritariamente, en fanegas o almudes⁶³, y de manera residual, en arrobas; por fin, las nueces eran intercambiadas por cientos. En resumidas cuentas, la fruta fresca era comprada al por menor, en tanto en cuanto que los frutos secos se adquirirían al por mayor. En el cuadro 12 se recogen las paridades empleadas para la transformación al sistema métrico decimal y a maravedíes por cada 1.000 kilocalorías de las unidades originales de medida de los productos seleccionados para su análisis —se han desechado aquellos que resultaban más gravosos y por tanto, menos asequibles al consumo de los sevillanos corrientes, esto es, las cerezas y las almendras—.

CUADRO 12. Conversión al Sistema Métrico Decimal (SMD) y a kilocalorías de las unidades de medida empleadas en la fuente original

Producto	Unidad de medida original	Conversión al SMD	Porción comestible (%)	Kcal por kg neto
Uvas	Libra	1 libra = 0,460 kg	90	650
Manzanas			90	460
Ciruelas			85	450
Higos secos	Arroba	1 @ = 11,502 kg	100	2.240
Pasas			100	2.750
Castañas	Fanega	1 fanega = 44 kg	82	1.700
Nueces	Ciento	100 nueces = 1,4 kg	50	6.880

Fuente: ACS, s. V, s. 2^a, libros 43-168 y 05585, HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); LIVI BACCI (1988); <http://www.uned.es/pea-nutricion-y-dietetica-I/guia/presentacion/index.htm?ca=n0>; y elaboración propia

Además de las frutas y frutos secos mencionados, el hospital se aprovisionaba de un gran surtido de este tipo de género, del cual nos ha sido imposible forjar series de precios debido a que en numerosas ocasiones no se hacían constar en los libros de cuentas ni los precios ni las cantidades adquiridas, y tan solo se registraba el desembolso total al que tenían que hacer frente por su compra —en otras ocasiones, por su parte, lo que aparece consignada es la obtención de distinto tipo de fruta y/o verdura

⁶³ La fanega equivalía a 12 almudes.

en un mismo asiento contable, sin que pueda darse la ocasión de saber la cantidad y los precios de cada uno de ellos—. La fruta de invierno por antonomasia era la naranja dulce —disponible en muchas ocasiones desde el mes de octubre y accesible en el mercado hasta bien entrado mayo—, aunque también tenían su importancia las granadas y, en mucha menor medida, los peros y las camuesas. Entre los meses de junio a octubre se concentraba una gran variedad de frutas en el mercado —cerezas, ciruelas, albaricoques, manzanas, uvas, melones, brevas, albrichas, alcaparras, duraznos, higos, peras, aceitunas, agraz, membrillos, limas y limones, aunque sin duda alguna, la preeminencia entre todas ellas la acaparaba la uva—. Por su parte, los frutos secos eran adquiridos, principalmente, durante el invierno y también en este caso nos encontramos con cierta variedad de productos —como por ejemplo, los higos zaheríos o azharíos o los diferentes tipos de pasas: de Almuñécar, de sol o de *lexía*—.

CUADRO 13. Precios de las frutas, 1521-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por cada 1.000 kcal)

Década	Uvas	Manzanas	Ciruelas	Nueces	Higos s.	Pasas	Castañas
1520	8,2	-	-	1,9	3,7	-	-
1530	10,2	-	-	2,2	5,2	-	-
1540	7,9	-	-	2,5	5,1	-	-
1550	10,2	27,8	-	4,1	6,0	4,3	12,2
1560	12,7	25,0	-	4,5	9,0	5,4	16,1
1570	12,1	25,5	33,2	5,7	14,0	6,4	17,5
1580	13,8	29,9	40,3	7,6	15,5	6,0	21,9
1590	19,8	42,8	34,5	7,4	18,3	6,3	24,6
1600	31,2	60,1	54,8	9,3	-	7,2	22,0
1610	27,2	65,8	55,9	7,0	-	7,3	19,4
1620	22,4	62,6	62,5	7,2	-	7,5	21,7
1630	17,6	74,6	60,7	8,6	-	6,1	20,9
1640	20,6	75,5	61,1	9,0	-	6,2	26,0

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); y elaboración propia

En el cuadro 13 aparecen los precios —agrupados por décadas— de las frutas y frutos secos seleccionados para su análisis. De los resultados obtenidos se desprende que la uva era la fruta más barata, ya que la adquisición de un millar de kilocalorías resultaba ser en promedio, entre 1521 y 1650, el 17% del salario diario de un peón de albañil, mientras que, por su parte, las manzanas y las ciruelas eran productos bastante

onerosos —respectivamente, el 43 y el 42% de la remuneración diaria de un albañil, esto es, poco más costosos que el bacalao—. Por su parte, entre los frutos secos, las pasas y las nueces se presentan como los productos de más fácil acceso para la población hispalense —en promedio suponían, ambas, el 6% del salario diario de un albañil—, seguido de los higos —el 12% del salario diario de un albañil— y las castañas —el 19%—. Por lo tanto, serán las uvas, las pasas y las nueces los frutos con más posibilidades de integrar esta subcategoría en las canastas de la compra a confeccionar en epígrafes venideros.

Con respecto a las cantidades de fruta consumidas en el hospital de Santa Marta, tenemos que indicar que tan sólo hemos sido capaces de reunir unos pocos datos, aproximativos y muy fraccionarios, debido a que la documentación original no permite, por el momento, ninguna otra opción. En lo tocante a los frutos secos, la tarea ha resultado algo más sencilla gracias a las prácticas de acopio al por mayor llevadas a cabo por el hospicio. De este modo, el consumo anual bruto por persona de pasas, higos, nueces y castañas ascendió a 6,88 kilogramos en 1535 —fundamentalmente, higos (57%) y nueces (35%)—; a 11,82 kg en 1562 —esencialmente, higos (43%) y pasas (39%)— y a 13,388 kg en 1587 —la mayor parte de él, a base de pasas (89%)—, mientras que no hemos encontrado registros de compra de este tipo de productos ni en 1612, ni tampoco en 1637. Por su parte, los cálculos realizados con el objetivo de desentrañar las cantidades de fruta fresca consumida por los necesitados del hospital, nos han llevado a fijar unos totales de cerca de 18 kilogramos en 1535 y de poco más de 28 kg en 1562, años en los que la documentación original mejor permite realizar este tipo de cálculos meramente aproximativos y no todo lo sólido que desearíamos.

Legumbres, hortalizas y patatas

En esta subcategoría de alimentos hemos conseguido reunir información de precios para tres productos entre 1521 y 1550 (garbanzos, nabos y ajos), para cuatro entre 1551 y 1575 (los anteriores más las habas), para once entre 1576 y 1600 (todos los precedentes más lentejas, cebollas, coles, acelgas, berenjenas, calabazas y pimientos),

para nueve entre 1601 y 1625 (a los anteriores hay que añadir la patata y no incluir las coles, las berenjenas y las calabazas) y para diez entre 1626 y 1650 (a los de la etapa anterior hay que sumar las coles y las berenjenas y exceptuar las acelgas). La compraventa de legumbres se realizaba en fanegas o almudes⁶⁴ —excepto en el caso de las habas frescas, que también aparecen mercadas en libras de 16 onzas—; los ajos se compraban en ristras; las cebollas, las coles y las calabazas, por docenas; los pimientos y las berenjenas, por centenares; las acelgas, en manojos; y, finalmente, los nabos y las patatas, en libras o arrobas. En el cuadro 14 se registran las equivalencias empleadas para transformar las unidades originales de medida al sistema métrico decimal, y de éste, a precios por cada mil kilocalorías. A parte de esta variedad de verduras para las que hemos logrado armar series de precios, en el hospital también se consumían habitualmente berzas, rábanos, pepinos, zanahorias, lechugas, berros, espinacas, espárragos, alcachofas o alcauciles, armuelles o bledos y puerros.

⁶⁴ Como ya hemos indicado anteriormente, una fanega equivale a 12 almudes, por lo que, a la vista de las paridades establecidas en el cuadro 14, un almud de garbanzos pesa 3,647 kilogramos, un almud de lentejas, 4,487 kilogramos y un almud de habas, 4,081 kilogramos.

CUADRO 14. Conversión al Sistema Métrico Decimal (SMD) y a kilocalorías de las unidades de medida empleadas en la fuente original⁶⁵

Producto	Unidad de medida original	Conversión al SMD	Porción comestible (%)	Kcal por kg neto
Garbanzos	Fanega	1 fanega = 43,760 kg	100	1.200
Lentejas	Fanega	1 fanega = 53,848 kg	100	1.090
Habas frescas	Libra Fanega	1 £ = 0,460 kg 1 f = 48,974 kg	90	504
Nabos	Libras Arrobas	1 £ = 0,460 kg	73	250
Patatas		1 @ = 11,502 kg	86	670
Ajos	Ristra	1 ristra = 2,200 kg	76	1.140
Cebollas	Docena	1 docena = 2,000 kg	90	450
Coles		1 docena = 18,000 kg	77	180
Calabazas		1 docena = 24,000 kg	70	120
Pimientos	Ciento	100 pimientos = 8,000 kg	81	190
Berenjenas		100 berenjenas = 16,000 kg	77	170
Acelgas	Manojo	1 manojo = 0,750 kg	81	170

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585, HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); LIVI BACCI (1988); <http://www.uned.es/pea-nutricion-y-dietetica-l/guia/presentacion/index.htm?ca=n0>; y elaboración propia

⁶⁵ La densidad de los garbanzos es de unos 800 kg/m³, o lo que es lo mismo, de 0,8 kg/l, por lo que si una fanega en Sevilla contenía 54,7 litros, ésta a su vez incluirá 43,76 kg de garbanzos. Además, hemos considerado que el peso de los garbanzos se multiplica por 2,5 cuando pasan de estar crudos a cocidos. Por su parte, consideramos que las habas con las que tratamos son frescas (siempre son compradas en los meses de abril-mayo) y al hervirse pierden un 20% de su peso. Según la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, una fanega (55,5 litros) de habas equivale a 108 libras, esto es, a 49,69 kilogramos. Como en Sevilla la fanega contenía 54,7 litros, su equivalencia en kilogramos será de 48,974 —REAL SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE DE AMIGOS DEL PAÍS (1795)—. Según esta misma Sociedad, la fanega (55,5 litros) de lentejas equivalía a 4,75 arrobas, esto es, a 54,636 kilogramos. Como en Sevilla la fanega contenía 54,7 litros, su equivalencia en kilogramos será de 53,848. Además, hemos considerado que el peso de las lentejas se multiplica por 2,5 cuando pasan de estar crudas a cocidas.

La relación de kilocalorías que aparecen en la tabla de las patatas, coles, calabazas, berenjenas y acelgas se refiere a esos productos una vez que han sufrido un proceso de hervido.

CUADRO 15. Precios de legumbres, hortalizas y patatas, 1521-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por cada 1.000 kcal)

Década	Garbanzos	Lentejas	Patatas	Ajos	Pimientos	Berenjena	Cebollas
1520	1,5	-	-	12,4	-	-	-
1530	1,9	-	-	10,7	-	-	-
1540	2,2	-	-	12,7	-	-	-
1550	3,8	-	-	10,3	-	-	-
1560	3,8	-	-	10,7	-	-	-
1570	4,5	6,2	-	11,9	12,5	10,1	11,4
1580	5,9	9,3	-	16,5	19,2	12,4	18,4
1590	6,2	11,5	-	17,5	16,4	13,8	15,5
1600	8,5	11,7	44,6	20,9	21,1	18,4	29,5
1610	6,2	12,4	40,6	18,1	14,8	-	10,2
1620	7,9	10,6	40,2	17,9	17,0	-	12,7
1630	7,3	12,7	39,3	17,6	19,6	24,7	14,1
1640	8,3	14,3	36,2	25,9	26,2	26,7	14,6

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); y elaboración propia

Mientras tanto, en el cuadro 15 se hacen constar los precios obtenidos de los bienes que integran esta subcategoría una vez que han sido aplicadas las paridades anteriormente referidas. Hemos optado por mostrar únicamente aquellos seis productos que estaban más al alcance de las clases populares —al constituirse en los candidatos mejor situados a la hora de integrar nuestras cestas de consumo—, además de las patatas —en este caso específico, debido a la importancia que se le ha otorgado tradicionalmente en la literatura en historia económica como producto del *nuevo mundo*—. Con respecto al salario diario de un peón de albañil, el ranking del coste que suponía, en promedio y en proporción, la ingesta de mil kilocalorías de las legumbres, hortalizas y patatas seleccionadas para su estudio es el siguiente: garbanzos (5%), lentejas (9%), cebollas (14%), berenjenas (15%), pimientos (16%), ajos (17%), habas (24%), patatas (31%), coles (33%), calabazas (41%), nabos (54%) y acelgas (55%). Nos han causado cierto asombro los resultados obtenidos para las legumbres, ya que sitúan a éstas como productos de coste similar —en el caso de las lentejas— o incluso inferior —en el de los garbanzos— al que tenía el pan.

Por último, en lo tocante a las cantidades consumidas en el hospital de Santa Marta de los productos que integran esta subcategoría del índice del coste de la vida, tenemos

que decir que nos ha sido imposible ofrecer cifra alguna para la mayor parte de sus componentes, constituyendo, exclusivamente, aquellos pocos que eran adquiridos al por mayor las únicas excepciones a dicho panorama. De este modo, en 1535 el consumo anual bruto por persona de garbanzos ascendió, aproximadamente, a 5,809 kg y el de ajos, a 0,289 kg. En 1587, a 13,156 kg de garbanzos; 2,574 kg de lentejas; 12,415 kg de habas; 112,601 kg de nabos; 29,918 kg de coles; 14,585 kg de calabazas; 9,449 kg de pimientos; y 17,180 kg de berenjenas. En 1612, a 12,002 kg de garbanzos; 1,609 kg de lentejas; 67,634 kg de nabos; 4,557 kg de pimientos; y 1,239 kg de acelgas. Y, finalmente, en 1637, a 14,895 kg de garbanzos; 3,830 kg de lentejas, 13,019 kg de habas; 50,448 kg de nabos; 16,119 kg de coles; y 4,912 kg de pimientos⁶⁶.

En resumidas cuentas, los consumos medios anuales de las legumbres u hortalizas más importantes en el hospital de Santa Marta resultaron ser los siguientes: unos 11,5 kg de garbanzos, 2,7 kg de lentejas, 12,7 kg de habas; 76,9 kg de nabos; 23,0 kg de coles; y 6,3 kg de pimientos. A parte de estas cifras derivadas del análisis de los libros de cuentas del asilo sevillano, Robert Allen, en su estudio sobre los niveles de vida en distintas ciudades europeas, ha fijado un consumo medio anual por persona de legumbres equivalente a 52 kilogramos⁶⁷. Tendremos en consideración todo ello, para determinar las cantidades de legumbres y hortalizas que compondrán nuestras cestas de consumo.

Azúcar y confituras

Para esta subcategoría de alimentos hemos logrado reunir información para un producto entre 1521 y 1550 (la miel) y para dos productos entre 1551 y 1650 (miel y azúcar). La miel se mercaba en cuartillos, azumbres o arrobas, en tanto en que el azúcar se hacía en libras o arrobas. En el cuadro 16 se recogen las equivalencias utilizadas para

⁶⁶ En la canasta de la compra elaborada por Allen se considera que el consumo de legumbres anual por persona asciende a 52 litros de judías o chícharos —ALLEN (2001: 421)—.

⁶⁷ ALLEN (2001: 421).

transformar las unidades originales de medida al sistema métrico decimal y, de ahí, a maravedíes por cada millar de kilocalorías.

CUADRO 16. Conversión al Sistema Métrico Decimal (SMD) y a kilocalorías de las unidades de medida empleadas en la fuente original⁶⁸

Producto	Unidad de medida original	Conversión al SMD	Porción comestible (%)	Kcal por kg neto
Miel	Cuartillo Azumbre Arroba	1 cuartillo = 0,489 litros 1 azumbre = 1,956 litros 1 arroba = 15,65 litros	100	2.880
Azúcar	Libras Arrobas	1 libra = 0,460 kg 1 arroba = 11,502 kg	100	3.740

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585, HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); LIVI BACCI (1988); <http://www.uned.es/pea-nutricion-y-dietetica-I/guia/presentacion/index.htm?ca=n0>; y elaboración propia

Por su parte, en el cuadro 17 se recogen los resultados obtenidos una vez que han sido aplicadas las equivalencias especificadas. Después de haberlos comparado con respecto al salario diario de un albañil, tenemos que concluir que la miel aparece retratada como un producto de fácil acceso para los sectores más desfavorecidos de la sociedad —en promedio entre 1521 y 1650 resulta un 11% del jornal percibido al día por un albañil—, mientras que el azúcar aparece como un bien bastante caro —en promedio entre 1521 y 1650 supone un 39% del salario diario de un albañil—.

En lo tocante a las cantidades consumidas en el hospital de Santa Marta de estos alimentos los resultados que se ha obtenido son los siguientes: en 1535, el consumo anual bruto y neto por persona de miel resultó ser de 0,588 kilogramos; en 1562, de 0,341 kg de miel y de 0,080 kg de azúcar, en 1587, de 1,514 kg de miel y 0,327 kg de azúcar; en 1612, de 1,758 kg de miel y nada de azúcar; y, por último, en 1637, de 0,915 kg de miel y nada de azúcar. En promedio, el consumo anual por persona de miel en el hospital ascendió a, aproximadamente, un kilogramo.

⁶⁸ La densidad de la miel de abeja está comprendida entre 1,39 y 1,44 kg/litro. Hemos tomado como referencia 1,42 kg/litro.

CUADRO 17. Precios de la miel y el azúcar, 1521-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por cada 1.000 kcal)

Década	Miel	Azúcar
1520	5,5	-
1530	5,8	-
1540	6,2	-
1550	8,5	25,7
1560	11,6	33,5
1570	12,0	46,2
1580	10,5	49,1
1590	11,1	41,7
1600	13,6	43,7
1610	10,9	33,2
1620	11,6	38,9
1630	12,4	47,3
1640	12,6	58,2

Fuente: ACS, s. V, s. 2^a, libros 43-168 y 05585; HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); y elaboración

Otros productos alimenticios

En esta última subcategoría hemos logrado reunir información sobre precios de dos productos entre 1521 y 1575 (sal y vinagre) y de siete entre 1576 y 1650 (a los anteriores hay que añadirles la canela, el azafrán, la pimienta, el comino y el clavo)⁶⁹. La sal era comprada en fanegas; el vinagre, en arrobas; y las especias, en onzas. Las correspondencias entre estas unidades de medida y las propias del sistema métrico decimal se hacen reflejar en el cuadro 18. Dado que el consumo de estos productos tiene por objetivo fundamental servir de condimento o de conservante a otros alimentos, hemos optado por no transformar a kilocalorías sus precios —además nos encontrábamos con el problema añadido de que la sal no produce aporte calórico alguno—.

⁶⁹ Disponemos también de precios para la mostaza para los periodos 1521-1550 y 1575-1650, pero al estar medida en almudes y no conocer su equivalencia con el sistema métrico decimal, hemos optado por no incluirla.

CUADRO 18. Conversión al Sistema Métrico Decimal (SMD) y a kilocalorías de las unidades de medida empleadas en la fuente original⁷⁰

Producto	Unidad de medida original	Conversión al SMD
Sal	Fanega	1 fanega = 47,850 kg
Vinagre	Arroba	1 @ = 15,650 litros
Canela	Onza	1 onza = 0,029 kg
Azafrán		
Pimienta		
Comino		
Clavo		

Fuente: ACS, s. V, s. 2^a, libros 43-168 y 05585, HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); LIVI BACCI (1988); <http://www.uned.es/pea-nutricion-y-dietetica-l/guia/presentacion/index.htm?ca=n0>; y elaboración propia

En el cuadro 19 se recogen los precios —agrupados por décadas— de los bienes que integran esta subcategoría. En promedio entre 1521 y 1650, el kilogramo de sal y el litro de vinagre representaban, respectivamente, el 3 y el 6% del salario diario de un albañil —el kilogramo de sal pasa de representar el 1% en las décadas de 1520-1530 a suponer el 9% en las de 1630-1640, mientras que la evolución del litro de vinagre va, entre las mismas décadas, desde el 5 al 7%—. Por su parte, las especias más baratas eran el comino (la compra de 100 gramos representa el 18% del salario diario de un peón de albañil) y la pimienta (54%); en un segundo peldaño se sitúan la canela (100%) y el clavo (152%); y por último, nos encontraríamos al azafrán (365%). No disponemos, por el momento de referencias a la hora de determinar qué cantidades de estos productos eran consumidas por la población sevillana, española o europea.

⁷⁰ La densidad del vinagre es de 1,0056 kg/litro. Por su parte, parece ser que la fanega de sal equivalía a 104 libras

CUADRO 19. Precios de la sal, el vinagre y las especias, 1521-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por kg, litro o por cada 100 gramos)

Década	Sal (mrs/kg)	Vinagre (mrs/l)	Canela (mrs/100 g)	Azafrán (mrs/100 g)	Pimienta (mrs/100 g)	Comino (mrs/100 g)	Clavo (mrs/100 g)
1520	0,4	1,7	-	-	-	-	-
1530	0,5	2,8	-	-	-	-	-
1540	0,6	2,4	-	-	-	-	-
1550	0,6	6,7	-	-	-	-	-
1560	1,4	6,2	-	-	-	-	-
1570	1,7	6,2	150,2	292,7	55,4	47,3	133,6
1580	2,0	6,7	119,5	401,9	56,5	13,2	112,3
1590	3,2	7,2	111,0	335,7	60,6	14,4	133,0
1600	5,3	7,1	79,8	416,5	65,5	15,0	123,2
1610	5,4	9,4	61,5	455,1	53,2	11,6	135,5
1620	5,3	8,9	69,6	497,7	56,4	14,5	255,0
1630	12,9	7,4	117,4	561,7	65,8	17,3	290,3
1640	9,7	11,4	190,8	478,7	94,4	13,7	262,2

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; HAMILTON (1983); MATAIX VERDÚ (2009); y elaboración

Bebidas alcohólicas

Este grupo de bienes es muy escaso en cuanto al número de productos que lo integran —pues tan solo es uno el que forma parte de su listado, el vino—, pero a pesar de ello, la suma importancia que esta bebida cumplía en la dieta de las poblaciones del sur europeo como fuente calórica fundamental —tan solo superada por el pan— ha sido ampliamente reconocida y puesta de manifiesto por los más diversos especialistas en la materia y atestiguada en numerosos documentos de la época, todo lo cual, reviste de gran trascendencia su análisis en el tiempo estudiado.

El hospital de Santa Marta se abastecía de vino en grandes cantidades, realizando varias compras anuales al por mayor consignadas en arrobas. Según Hamilton⁷¹, la arroba de vino en Sevilla contenía, aproximadamente, 15,65 litros. A su vez, teniendo en cuenta su densidad, el litro de vino equivale a 0,984 kilogramos y un kilogramo de vino acumula un total de 780 kilocalorías. Todas estas paridades nos han servido para calcular la evolución del precio, agrupado en décadas, por cada mil kilocalorías de vino,

⁷¹ HAMILTON (1983: 182-184).

el cual se hace recoger en el cuadro 20. Los resultados obtenidos sitúan las mil kilocalorías de vino con un coste equivalente —en promedio entre 1521 y 1650— al 13% del salario de un peón de albañil, con una trayectoria levemente alcista que lo lleva de suponer el 13% en las décadas de 1520-1550 a representar el 14% en la primera mitad del siglo XVII. Pensamos que este insignificante encarecimiento, tanto en términos del salario de un alarife como con respecto a otros productos alimenticios, supone un poderoso acicate para que su consumo se vea incrementado desde comienzos del siglo XVI hasta mediados del Seiscientos.

CUADRO 20. Precio del vino, 1521-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por cada 1.000 kcal)

Década	Vino
1520	5,4
1530	7,2
1540	6,7
1550	10,8
1560	11,8
1570	12,2
1580	13,5
1590	11,1
1600	17,8
1610	16,1
1620	16,4
1630	15,2
1640	26,1

Fuente: ACS, s. V, s. 2^a,
libros 43-168 y 05585;
HAMILTON (1983);
MATAIX VERDÚ (2009); y
elaboración propia

En cuanto a las cantidades de vino consumidas en el hospital de Santa Marta, ya sabemos que la propia normativa del hospicio determinaba que la asignación diaria de vino a los pobres a los que asistía era igual a medio azumbre diario, esto es, a 0,978 litros —equivalentes a 763 kilocalorías—. Sin embargo, los resultados obtenidos en los cortes temporales efectuados vienen a matizar en cierta medida esta marca general reglada: de este modo, en 1535, se consumieron 279 litros anuales per cápita; en 1562, 493 litros; en 1587, 407 litros; en 1612, 420 litros; y en 1637, 410 litros. En términos

diarios, las cantidades oscilaron entre los 0,764 litros de 1535 y los 1,351 litros de 1562, pero si exceptuamos estas cantidades extremas, el consumo diario medio por persona queda situado en torno a los 1,1 litros. Por su parte, si nos atenemos a lo estipulado por los expertos en la materia, hay que apuntar que el profesor Bernardos ha calculado un consumo de vino por habitante en Madrid que va desde los 0,33-0,4 litros diarios a finales del siglo XVI (o lo que es lo mismo, desde los 100-130 litros anuales), a los 0,5 litros en el primer tercio del siglo XVII (175-185 litros anuales) y a los 0,1-0,11 litros durante buena parte del siglo XVIII (entre los 37 y los 40 litros anuales)⁷². Con respecto a las importantes diferencias que se observan en la ingesta de vino entre la población sevillana y la madrileña, tenemos que tener en cuenta que nuestras cifras se refieren al consumo medio de una persona adulta, mientras que las del profesor Bernardos incluyen tanto a la población adulta madrileña como a la infantil, de ahí que las cantidades que maneja, por lo general, sean inferiores a las nuestras para la mayor parte de los alimentos analizados, pero que se hagan más patentes y cobren mayor importancia en lo que se refiere al vino, dado que la población infantil o bien no lo consumía o bien lo realizaba en proporciones muy reducidas. Una última referencia antes cerrar esta larga travesía por los productos alimenticios: Robert Allen ha fijado el consumo de vino en los países mediterráneos entre 1500 y 1913 en unos 68,25 litros anuales (0,187 litros diarios)⁷³. De todas estas marcas y *lindes* nos serviremos para fijar las cantidades en nuestras canastas de la compra, pero tendemos a pensar, por la razones ya referidas, que la ingesta de vino por parte de una persona adulta era algo superior a la indicada por Bernardos y Allen y que, a la vista de la evolución de su precio, su consumo entre las clases populares de Sevilla tuvo que ir incrementándose entre 1521 y 1650.

⁷² BERNARDOS SANZ (1997: 567).

⁷³ ALLEN (2001: 421).

Vestido y calzado

Dentro de esta categoría hemos conseguido reunir precios para un producto entre 1521 y 1550 —el lienzo, que también es llamado presilla—, para siete entre 1551 y 1575 —al anterior producto hay que añadir el anjeo, la lana lavada, el paño catorceno, las camisas de lino, las sayas de paño y los zapatos de niño—, para otros siete más entre 1576 y 1600 —todos los anteriores, pero en vez de para el lienzo disponemos de precios para la crea—, de seis entre 1601 y 1625 —los precedentes más el algodón y a excepción del anjeo y los zapatos— y de cinco entre 1626 y 1650 —los de la etapa anterior menos el paño—. Lienzo, anjeo, crea y paño eran comprados en varas; la lana, en arrobas; las camisas y las sayas por unidades; y los zapatos, por pares. La vara equivalía a 0,84 metros⁷⁴ y la arroba, como ya sabemos sobradamente, a 11,502 kilogramos. Los precios de todos estos productos aparecen, una vez llevadas a cabo las correspondientes transformaciones al sistema métrico decimal, en el cuadro 21.

CUADRO 21. Precios de los productos textiles y calzado, 1521-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por metro, kilogramo, unidad o par)

Década	Lienzo (mrs/m)	Anjeo (mrs/m)	Crea (mrs/m)	Lana (mrs/kg)	Algodón (mrs/kg)	Paño (mrs/m)	Camisa (mrs/ud)	Sayo (mrs/ud)	Zapatos (mrs/par)
1520	42,4	-	-	-	-	-	-	-	-
1530	49,8	-	-	-	-	-	-	-	-
1540	51,9	-	-	-	-	-	-	-	-
1550	73,2	61,0	-	28,3	-	238,7	209,4	661,5	40,4
1560	70,1	60,3	72,7	36,1	-	272,6	204,6	753,4	42,3
1570	92,5	68,3	71,1	34,8	-	288,6	270,3	776,7	48,8
1580	76,0	70,0	80,9	32,0	-	289,3	347,3	621,5	60,5
1590	94,4	74,7	89,3	31,0	-	308,3	380,0	674,6	71,0
1600	-	76,8	91,2	34,8	490,6	413,2	387,2	723,7	-
1610	-	-	89,2	47,5	452,1	501,1	360,8	874,3	-
1620	-	-	107,8	60,0	529,3	629,6	427,3	1.165,5	-
1630	-	-	135,2	56,4	453,7	-	525,6	979,0	-
1640	-	-	131,4	80,6	474,5	-	512,4	1.214,2	-

Fuente: ACS, s. V, s. 2^a, libros 43-168 y 05585; AHPS, sección 3, serie 2; HAMILTON (1983); y elaboración propia

⁷⁴ HAMILTON (1983: 181-182).

El grueso de la información sobre precios para este grupo de productos del índice del coste de la vida se ha obtenido, como se indicó oportunamente en la introducción del capítulo, a partir de la documentación contable emitida por el hospital de la Misericordia⁷⁵, que ha sido complementada con los libros de cuentas del hospital de Santa Marta⁷⁶. El hospital de la Misericordia dedicaba parte de su labor de asistencia a repartir ropa entre los necesitados sevillanos un par de veces al año y a dotar de ajuar para el casamiento a doncellas pobres. Mientras que gracias a la primera de estas dos dedicaciones hemos podido recabar datos de precios que nos han permitido cubrir la rúbrica de *vestido y calzado*, la segunda de ellas nos ha posibilitado garantizar que la sección dedicada al *menaje* disponga de datos para un nutrido conjunto de bienes propios del hogar.

Para cumplir con el objetivo en el reparto de atavíos entre la población sevillana, el hospital compraba directamente la materia prima —ya sea esta lienzo crudo, anjeo, ruán, brabante, presilla pelada, esguían, lana sucia, paño o frisa— y con posterioridad la enviaba a costureras para que la confeccionasen en indumentaria de hombres, mujeres y niños, así como también en ropa de cama en forma de colchones, almohadas, sábanas y toallas. Entre 1558 y 1581, para la fabricación de camisas de mujer se empleaban unas 3,5 varas de lienzo, 3 para las de hombres —esto es, respectivamente, unos 3 y 2,5 metros de este tejido de lino— y el salario por pieza producida percibido por las alfayates oscilaba entre los veinticinco y los cuarenta y dos maravedíes y medio. Sin embargo, a partir de 1584 las camisas repartidas por el hospital pasarán a estar hechas de crea, la cantidad de material utilizado para la producción de camisas de mujer y hombre será, hasta 1610, de 4,4 y 3,8 metros, respectivamente, y desde 1611 hasta 1650, de 4,2 y 3,6 metros, mientras que el salario por unidad producida no se verá alterado entre 1584 y 1648, quedando fijado en los cuarenta y dos maravedíes y medio. En el cuadro 19, lo que se ha hecho constar es el precio de las camisas de hombre, incorporando a él todas las variaciones en la cantidad de material empleado a las que se ha hecho alusión.

En cuanto a los sayos, tenemos que decir que desde 1558 hasta 1578 estaban realizados con 3 varas de paño catorceno o de raja —equivalentes a 2,5 metros—,

⁷⁵ AHPS, sección 3, serie 2.

⁷⁶ ACS, s. V, s. 2^a, libros 43-168 y 05585.

mientras que las sayas llevaban 4 varas —3,4 metros—; que, desde 1579 a 1600, llevaban 1,9 metros de paño; desde 1601 a 1628, 1,5 metros; y desde 1629 a 1650, 2,8 metros de jergueta de cordoncillo. Los precios de la unidad de sayo que aparecen en el cuadro 19 recogen las alteraciones en la cantidad de paño, raja o jergueta que era utilizada para su confección. Por su parte, el dinero pagado a las costureras por la fabricación de un sayo irá desde los sesenta maravedíes pagados a mitad del siglo XVI a los ciento cincuenta y tres desembolsados cien años después.

Si comparamos los precios de los productos textiles y el calzado con el salario diario percibido por un albañil obtenemos que, el metro de tejido de lino representaba entre un 73% —en el caso del anjeo— y un 93% —en el del lienzo— de la retribución diaria de un albañil, quedando el metro de crea situado entre ambas telas —un 85%—, mientras que el kilogramo de lana suponía un 40% de aquel. A su vez, el metro de paño representaba el 342% del jornal diario de un albañil, mientras que la compra de una camisa, de una saya o de un par de zapatos de niño suponía, respectivamente, el 325%, el 776% y el 59%.

Si para el caso de las categorías que incluyen a los alimentos y las bebidas alcohólicas disponíamos del material deducido a partir del análisis de la documentación del hospital de Santa Marta y de lo establecido por la literatura especializada en la historia de alimentación para realizar una serie de marcas que nos pudiesen servir de guía a la hora de conocer entre qué márgenes oscilaban las cantidades ingeridas por la población de la época de tal tipo de bienes, para disponer de alguna referencia similar con respecto al consumo de los productos que integran la rúbrica *vestido y calzado* hemos empleado los datos aportados por José Ignacio Andrés Ucendo en su trabajo dedicado al estudio sobre el consumo y la comercialización de tejidos en Castilla a comienzos del siglo XVII⁷⁷. El camino que se ha seguido en la consecución de cifras sobre cantidades de tejidos consumidas en Sevilla es el que a continuación se especifica: en primer lugar, hemos partido de la información que se nos ofrece en el cuadro 1, en la que se da el valor de las ventas de tejidos en la provincia de Sevilla para el periodo comprendido entre 1614 y 1616 —éste era igual a 34.856.064 maravedíes en tejidos de lana, 21.105.510 maravedíes en productos de seda y 45.921.702 maravedíes en tejidos

⁷⁷ ANDRÉS UCENDO (2005).

de lino—, y del precio que en ese mismo trienio tienen la crea, el paño y la seda —respectivamente, 90,1 maravedíes por metro, 504,6 maravedíes por metro y 558 maravedíes por metro⁷⁸— para hallar las cantidades vendidas de tejidos de lino (509.675 metros), de lana (69.077 metros) y de seda (37.823 metros) entre 1614 y 1616.

En segundo lugar, se han calculado las cantidades anuales medias vendidas de cada tipo de tela —169.892 metros de tejidos lino, 23.026 metros de tejidos de lana y 12.608 metros de tejidos de seda— y se ha estimado el número de habitantes de las poblaciones de la provincia de Sevilla incluidas en el estudio de Andrés Ucendo para el año 1631 a partir del censo de la Sal —los cálculos arrojan una cifra de 76.837 habitantes—⁷⁹. Las cifras de población para las localidades de las que disponemos de información sobre el número de bautizados se han rectificado en función de los márgenes de error detectados en cada una de ellas a partir de las tasas de natalidad teóricas calculadas en el capítulo 1, mientras que al resto de poblaciones se les ha aplicado las correcciones genéricas por provincias detectadas para el censo de 1631. El total de habitantes obtenido para el año 1631, una vez aplicadas dichas correcciones, asciende a 85.259. Utilizando el índice de bautizados de Andalucía occidental calculado en el capítulo 1 se ha estimado la población que tendrían esas localidades en el trienio 1614-16, resultando la ecuación igual a 82.319 habitantes.

En tercer y último lugar, se han dividido las cantidades anuales medias vendidas de cada tipo tejido entre el número de habitantes estimado y el resultado de consumo anual de tejidos per cápita hallados son los que a continuación se detallan: 2,06 metros de tejidos de lino, 0,28 metros de tejidos de lana y 0,15 metros de tejidos de seda. Por su parte, la otra gran referencia en cuanto al consumo de textil la encontramos en la cesta de consumo elaborada por Robert Allen en su artículo sobre “la gran divergencia”, según la cual, el consumo anual per cápita de tejido de lino se situaría en cinco metros⁸⁰.

⁷⁸ Mientras que los precios de la crea y el paño proceden de la información recabada en el hospital de la Misericordia, el precio de la seda (468,7 mrs/vara) se ha obtenido del mismo artículo de UCENDO (2005: 23) a partir de la división entre el valor de los tejidos de seda vendidos en Jaén, Ávila, Soria y Sepúlveda (4.880.306 maravedíes) y el volumen de tejidos de seda vendidos en esos mismos lugares (10.142 varas).

⁷⁹ Son las siguientes (entre paréntesis aparecen las cifras de población ofrecidas por el censo de la Sal o estimadas a partir del número de vecinos que constan en él): Écija (23.000 habitantes), Cádiz (8.644), Carmona (8.800), Marchena (10.000), Lora del Río (3.300), Teba (4.656), Fuentes de Andalucía (3.000), Alcolea del Río (1.000), Tocina (1.092), Cantillana (1.808), Villaverde del Río (476), Brenes (457) y Estepa (10.604).

⁸⁰ ALLEN (2001: 421).

Vivienda

Alquiler de vivienda

La principal fuente de ingresos del hospital de Santa Marta tenía como origen la puesta en arriendo del patrimonio en casas que acumulaba repartido por la ciudad de Sevilla⁸¹. Ello nos ha posibilitado reunir información sobre la evolución del alquiler de vivienda para esta categoría del índice de precios. En total, el hospicio atesoraba veintiocho casas en 1521 que acabarán convirtiéndose en cuarenta y cuatro cuando el calendario alcance 1650. De todas ellas, hemos podido contar con treinta y siete inmuebles para la conformación de una muestra homogénea cuyos componentes se mantengan estables e inalterados a lo largo del tiempo. Antes de estudiar la evolución en los precios de alquiler de casas nos detendremos brevemente en resaltar las principales características de los contratos de arrendamiento que solía suscribir el hospital con los inquilinos.

Durante todo el periodo estudiado, el hospital arrendaba sus casas por una duración teórica de una o dos vidas —mientras que los contratos por una vida, la del arrendador, suponen el 43% del total de los contratos realizados, los de dos vidas de duración, habitualmente la del arrendador y su cónyuge, suponen el 54%—. Siendo esta la duración teórica de los contratos de arrendamiento urbano puestos en práctica por el hospital, la duración media efectiva apenas superaba los diecinueve años —el 24% de los contratos se acababan rescindiendo en los cinco primeros años de duración del arrendamiento; el 11% de ellos, se cancelaba entre los seis y los diez años de duración; el 29%, entre los once y los veinte años; el 26%, entre los veintiuno y los cuarenta años; y, finalmente, únicamente el 10% de los contratos suscritos lograban ir más allá de los cuarenta años de duración—.

Por otro lado, las prácticas de cobro llevadas a cabo por los mayordomos del hospital implicaban que una parte del montante total tenía que ser desembolsado en moneda y otra parte, en gallinas —en concreto, por cada mil maravedíes tenían que

⁸¹ ACS, sección II, serie 6, libros 1489-1496.

pagarse cuatro gallinas—. Este sistema de cobro permitía al hospital salvar el deterioro que contratos de tan larga duración acarrearían sobre la parte correspondiente al numerario como consecuencia de la inflación.

Para hallar el precio medio de alquiler de una vivienda de renta baja y su evolución en el tiempo, hemos procedido del siguiente modo: se ha calculado por agregación y concatenación⁸² el precio de alquiler de las cuarenta y cuatro casas que conforman la muestra y, posteriormente, el precio del alquiler medio por vivienda, obteniendo, de este modo, la serie que muestra el comportamiento de la variable entre 1520 y 1650. En segundo lugar, hemos seleccionado las cinco viviendas más baratas para cinco cortes temporales (1535, 1562, 1587, 1612 y 1637), hemos hallado su precio medio para esos cinco años y determinado que proporción suponía éste en el precio medio por vivienda calculado con anterioridad, de tal manera que hemos reproducido el movimiento de la variable del alquiler de viviendas, pero a precios de los inmuebles más baratos, que son a los que podía tener acceso tanto un peón de albañil como cualquier otra persona posicionada en los estratos más humildes de la sociedad de la época. Somos conscientes de que hubiese sido preferible obtener la evolución del precio del alquiler de vivienda por metro cuadrado —operación del todo viable a partir de la documentación que se conserva en el Archivo de la Catedral de Sevilla—, pero por el momento, tal ejercicio no ha resultado posible dadas las restricciones de tiempo que enfrentamos, aunque tenemos intención de solventarlas más pronto que tarde debido a la importancia que el asunto encierra a nuestro parecer.

Los resultados obtenidos se muestran en el cuadro 22. En él, se puede apreciar el fuerte encarecimiento que sufre el alquiler de vivienda durante el siglo XVI, de tal modo, que esta categoría del índice de precios aparece retratada como aquella en la que, con gran diferencia, el alza de precios que atenaza a la economía sevillana durante el Quinientos es más acusada de todas las analizadas hasta el momento. En concreto, el precio del alquiler de viviendas se multiplicará por dieciocho entre las décadas de 1520 y de 1600, siendo los decenios donde se concentra gran parte de este crecimiento los de 1540, 1580 y 1550, con alzas, respectivamente, iguales al 85, 75 y 74%. A partir de la

⁸² El método seguido para enlazar las series del alquiler de vivienda cuando se incorporaban o se detraían casas al número total manejado ha sido el mismo que el empleado en el capítulo 1 de la tesis doctoral para las series de bautizados, por lo que emplazamos a él en caso de que se quiera conocer con cierto detalle los mimbres de su composición.

primera década del siglo XVII nuestra variable sufrirá un proceso de caída que se extenderá hasta 1650 y equivaldrá al 9%.

CUADRO 22. Evolución del alquiler anual medio de una vivienda de renta baja, 1521-1650. Promedios por décadas (en maravedíes)

Década	Alquiler de vivienda
1520	629
1530	763
1540	1.432
1550	2.492
1560	3.220
1570	4.961
1580	8.658
1590	9.908
1600	10.756
1610	10.044
1620	9.966
1630	9.758
1640	9.791

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; y elaboración propia

Al parecer, según hace constar la evidencia empírica, lo que acabamos de exponer acerca del comportamiento que describe el arrendamiento urbano para el caso de Sevilla no supone una excepción en el contexto español, ni tampoco en el europeo. A modo de ejemplo, baste con presentar lo que han plasmado para el Toledo del siglo áureo Mauricio Drelichman y David González Agudo⁸³ o lo establecido por Hoffman et al. para diversas ciudades del continente europeo⁸⁴.

Si de nuevo realizamos el ejercicio de comparar qué proporción suponía el arrendamiento anual medio de una vivienda de renta baja con respecto al salario anual de un peón de albañil —suponiéndole doscientos cincuenta días trabajados al año, esto es, cinco días a la semana en cincuenta semanas hábiles para cada año— obtenemos que, si la renta a la que debía hacer frente por arrendar una vivienda representaba en la

⁸³ DRELICHMAN y GONZÁLEZ AGUDO (2012)

⁸⁴ HOFFMAN et al. (2002: 331).

década de 1520 alrededor de un 5% de su salario anual, cuando el calendario alcance la década de 1590, el esfuerzo que tendría que realizar se habrá incrementado hasta el 37% de su jornal y descenderá hasta el 27% en el decenio de 1640. Por lo tanto, a raíz de lo que refleja la literatura especializada en el asunto⁸⁵ y del análisis que hemos efectuado para Sevilla —y en contraposición a lo establecido por Robert Allen—, no parece demasiado adecuado considerar como constante y reducido el esfuerzo realizado por las familias a la hora de hacer frente al pago del alquiler de vivienda durante la Edad Moderna.

Conservación de la vivienda

Para esta subcategoría hemos conseguido reunir precios para tres productos entre 1551 y 1650 —cal, yeso y ladrillos—. La compraventa de cal se realizaba, mayoritariamente, en cahíces⁸⁶; la de yeso en quintales⁸⁷; y la de ladrillos, por cientos. Según nuestras averiguaciones, el cahíz de cal en Sevilla contenía unos cincuenta y seis kilogramos y el quintal de yeso incluía 46,009 kilogramos. Los precios de estos productos agrupados por décadas —una vez realizadas las pertinentes transformaciones al sistema métrico decimal— se muestran en el cuadro 23. Para este subgrupo de bienes no disponemos de referencia alguna acerca de las cantidades consumidas en el hospital de Santa Marta de cada uno de los productos que lo integran, por lo que cuando llegue la hora de establecer ponderaciones en nuestro índice del coste de la vida no podremos basarnos en ellas para determinar qué peso tenían en la estructura del gasto familiar. Como alternativa, tendremos que recurrir a ciertos supuestos en los que sea el sentido común, en última instancia, el que constituya el pilar fundamental donde repose la responsabilidad a la hora de guiar nuestros pasos con respecto a este parecer. De igual manera procederemos en el resto de subgrupos para los que no dispongamos de alguna cifra de referencia en cuanto a las cantidades consumidas.

⁸⁵ Para saber los porcentajes que suponía el pago del alquiler de vivienda en las economías de la población más humilde en Europa, véase HOFFMAN et al. (2002: 326-327).

⁸⁶ Un cahíz equivalía a doce fanegas —HAMILTON (1983: 179-181)—.

⁸⁷ Un quintal equivalía a cuatro arrobas —HAMILTON (1983: 187-190)—.

CUADRO 23. Precios de la cal, el yeso y los ladrillos, 1550-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por kilogramo y por unidad)

Década	Cal (mrs/kg)	Yeso (mrs/kg)	Ladrillos (mrs/ud)
1550	0,4	1,0	2,0
1560	0,5	1,3	1,9
1570	0,6	1,4	2,7
1580	0,8	2,6	2,3
1590	0,9	2,0	2,6
1600	1,0	2,3	3,3
1610	1,0	1,9	3,2
1620	1,0	2,2	3,2
1630	1,2	2,2	3,2
1640	1,3	2,6	3,6

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585;
HAMILTON (1983); y elaboración propia

Combustible e iluminación

Para esta categoría hemos logrado reunir información sobre precios para tres productos entre 1521 y 1550 —leña, aceite y velas de cera— y para cinco entre 1551 y 1650 —a los anteriores hay que añadir el carbón y las velas de sebo—. La leña era transada en carretadas o quintales; el carbón, en arrobas ponderales y el aceite, en arrobas fluidas de Marchena; finalmente, las velas de sebo y de cera, se mercaban en libras. Los valores de las libras, las arrobas ponderales, las arrobas fluidas de Marchena y los quintales son los que hemos establecido en numerosas ocasiones en el propio desarrollo del capítulo —es decir, respectivamente, 0,460 kg, 11,502 kg, 13,249 kg y 46,009 kg—, mientras que, según nuestros cálculos, la carretada de leña equivalía a unos diez quintales, esto es, a unos 460,093 kg. Los precios de los bienes que integran esta categoría, una vez realizadas las correspondientes transformaciones al sistema métrico decimal, se recogen en el cuadro 24.

CUADRO 24. Precios de los combustibles, 1521-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por kilogramo)

Década	Leña	Carbón	Aceite	Velas de sebo	Velas de cera
1520	0,5	-	9,4	-	114,3
1530	0,7	-	12,8	-	96,1
1540	0,9	-	13,3	-	116,0
1550	1,3	3,4	17,2	53,1	165,5
1560	1,5	3,7	23,2	57,3	198,5
1570	1,6	4,6	26,9	66,8	214,0
1580	1,8	6,3	25,0	66,9	243,2
1590	1,7	6,0	30,6	73,2	277,0
1600	1,9	6,8	33,9	78,2	311,9
1610	1,4	6,0	33,5	72,2	312,5
1620	1,9	6,6	39,1	96,2	380,2
1630	2,5	8,2	42,5	94,7	422,0
1640	2,7	8,7	40,9	120,9	460,4

Fuente: ACS, s. V, s. 2^a, libros 43-168 y 05585; HAMILTON (1983); y elaboración propia

Las cantidades consumidas en el hospital de Santa Marta de los productos que componen este grupo de bienes son las que a continuación se detallan: en 1535 el consumo anual por persona fue de 507 kilogramos de leña y 9,750 kilogramos de carbón; en 1562, de 462,5 kg de leña, 26 kg de carbón y 1 kg de velas de sebo; en 1587, de 296 kg de leña, 3,6 kg de carbón y 0,4 kg de velas de sebo; en 1612, de 582 kg de leña y 7,2 kg de carbón; y, finalmente, en 1637, de 332 kg de leña y 7,3 kg de carbón. En resumidas cuentas, entre 1521 y 1650, la cantidad promedio de leña consumida por persona ascendió a unos 436 kilogramos al año, esto es, aproximadamente, a 1,2 kg diarios, mientras que la cantidad anual de carbón ascendió a cerca de 11 kg. Si empleamos la equivalencia que se ha utilizado habitualmente para determinar la cantidad de leña necesaria para conseguir un kilogramo de carbón (5:1)⁸⁸, obtenemos que el consumo anual de leña por persona en el hospital de Santa Marta se situaba en unos 490 kilogramos o, de modo paralelo, en 1,35 kg diarios.

⁸⁸ BERNARDOS, HERNANDO, MADRAZO y NIETO (2010: 326).

Este consumo medio de combustible calculado a partir de la documentación del hospital viene a aproximarse claramente con lo estipulado al respecto por otros autores para las ciudades de la Europa mediterránea (se suele tomar como normal el consumo de 1 kg de leña por persona y día). Por ejemplo, el consumo de combustible (leña más carbón) en Nápoles en 1870 se situaba en torno a un kilogramo por persona y día⁸⁹, mientras que Bernardos, Hernando, Madrazo y Nieto han calculado un consumo medio por habitante para la ciudad de Madrid entre 1765 y 1857 equivalente a tres kilogramos diarios, en un modelo de consumo que tiene mayor parecido con las ciudades del centro y del oeste europeo que con las concentraciones urbanas del Mediterráneo⁹⁰. No obstante, tenemos que indicar que mientras que en Sevilla el consumo de leña supone el ítem mayoritario entre los combustibles y el consumo de carbón la opción residual, en Madrid parece ser que ocurre completamente lo contrario (poco más adelante veremos a qué puede deberse tal situación). Por su parte, Robert Allen⁹¹ ha planteado un consumo de combustible en las ciudades del sur de Europa igual a dos millones de BTUs (British Thermal Unit)⁹², que se corresponden con unas 504.000 kilocalorías o con unas 504 mega calorías (Mcal). Considerando que la leña de mayor consumo en la zona que nos ocupa es la de encina, con un poder calorífico que se encuentra en unas 4,33 Mcal/kg, y en menor medida, la de olivo, cuyo poder calorífico es de 4,518 Mcal/kg, 504 mega calorías equivalen a unos 115 kg de leña, esto es, a 0,314 kg diarios, cantidades del todo alejadas (tan solo supone un 30% del referente del kilogramos por persona y día) de los patrones establecidos por otros autores y de lo deducido de los libros de cuentas del hospital de Santa Marta.

Si además de las últimas paridades fijadas con respecto a las leña de encina y olivo consideramos que el poder calorífico del carbón de madera es igual a unas 7,7 Mcal/kg y calculamos su precio y el de la leña en maravedíes por cada mil mega calorías, obtenemos la respuesta a por qué en la ciudad de Sevilla se optaba mayoritariamente por el consumo de leña y se relegaba al carbón a un papel secundario y marginal: entre 1550 y 1650, las mil mega calorías de carbón eran un 88% más caras que las mil mega calorías de leña de encina-olivo (hemos supuesto que en promedio el poder calorífico de

⁸⁹ BARTOLETTO (2004).

⁹⁰ El consumo de leña en Alemania entre 1500 y 1830 fue de alrededor de 2,33 kilogramos por persona y día (WARDE (2003: 590)); en París, de 2,7 kg al final del Antiguo Régimen (BOISSIÈRE (1990: 30)); y en los países nórdicos de 8 kg (MALANIMA (1996: 53-63) y (2001: 53)).

⁹¹ ALLEN (2001: 421).

⁹² Un millón de BTUs equivalen aproximadamente a 252.000 kilocalorías y a 252 mega calorías.

la leña en Sevilla es de 4,4 Mcal/kg). Mientras que el precio de la leña oscilaba entre los 110 y los 610 maravedíes por cada mil mega calorías para ese mismo período, el del carbón lo hacía entre los 440 y los 1.130 maravedíes. No conocemos los precios de ambos productos en Madrid, pero tendemos a pensar que la relación tiene que ser la inversa a la expuesta en estas líneas para Sevilla, de ahí el consumo mayoritario de carbón por parte de los madrileños en detrimento de la leña. Si consideramos como aceptable el consumo anual de 365 kg por persona que, según nuestros cálculos, equivale a un poder calorífico de alrededor de 1.606 Mcal, y lo comparamos con el salario anual de un peón de albañil —suponiéndole 260 días de trabajo al año—, obtenemos que, en promedio entre 1521 y 1650, la adquisición de esa cantidad de leña representaba un 2,3% de sus ingresos —pasa de suponer el 1,7% en 1520-1530 al 2,8% en 1630-1640—, es decir, que el objetivo en la obtención de calor y de combustible para cocinar no parece que era excesivamente gravoso ni sufrió un proceso de fuerte encarecimiento entre 1520 y 1650.

Por último, a la vista del insignificante consumo realizado por el hospital en velas de sebo, parece lógico pensar que el objetivo de obtener iluminación era, en su práctica totalidad, satisfecho mediante la combustión de aceite. No conocemos el poder lumínico del aceite de oliva y las velas de sebo para determinar el por qué de la decisión del hospital de optar por el aceite en menoscabo de las velas de sebo, pero tendemos a pensar, al igual que ocurre en el caso de la leña y el carbón, en la mayor baratura del aceite con respecto a las velas de sebo en términos de poder lumínico.

Menaje

Artículos textiles para el hogar

Para esta categoría hemos conseguido reunir cifras de precios de siete productos entre 1551 y 1575 —colchones, sábanas, almohadas, mantas o frazadas, cobertores de lana blanca, toallas y manteles—, de seis entre 1576 y 1600 —todos los anteriores excepto las mantas— y de cinco entre 1601 y 1650 —los que preceden menos los

manteles—. En el cuadro 25 se registran los precios, en maravedíes por unidad, de los cobertores, colchones, sábanas, almohadas y toallas.

CUADRO 25. Precios de los artículos textiles para el hogar, 1550-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por unidad)

Década	Cobertor	Colchón	Sábana	Almohada	Toalla
1550	603,2	1.323,0	403,7	176,6	50,1
1560	688,6	1.478,2	388,5	203,4	48,9
1570	649,3	1.682,9	496,8	217,3	65,0
1580	683,5	1.755,7	522,7	215,9	75,5
1590	734,9	1.821,6	579,6	221,9	83,8
1600	868,8	1.949,4	594,4	239,4	94,2
1610	817,5	2.272,1	648,6	250,6	101,6
1620	1.008,1	2.811,5	836,8	286,2	121,7
1630	844,6	2.822,3	832,9	290,2	119,5
1640	1.101,9	3,714,5	839,0	393,1	-

Fuente: AHPS, sección 3, serie 2; y elaboración propia

Los cobertores se compraban ya hechos en ciudades como Valladolid o Palencia y, posteriormente, se transportaban a Sevilla, mientras que para el resto de productos que aparecen en el cuadro 25, el hospital adquiría las materias primas —lana sucia en bruto y tejidos de lino para los colchones y las almohadas y tejidos de lino para las sábanas y las toallas— para después enviarlas a costureras para su confección. El hospital de la Misericordia tenía disposiciones claras en cuanto a qué cantidad de ambos materiales tenía que llevar cada uno de los productos⁹³: el colchón “a de tener tres piernas e media de tres varas cada pierna por manera que a de tener diez varas e media de lienzo de presilla ancha [...] asele de echar a cada colchon una arroba e media de lana pesada”; la sábana “a de ser dos lienzos de tres un cuarto de luengo que son seis varas e media toda la sabana de lienzo de presilla ancha”; las almohadas “de una vara cada una e seis libras de lana pesada”; “dos tobajas de vara e media hendidas de a tres cuartas cada una”. Éstas serán las cantidades de lienzo y de lana que lleven cada uno de los productos hasta que a principios de los años ochenta del siglo XVI, en vez de lienzo, el hospital decida emplear crea como materia prima a la hora de fabricar la ropa de cama. El dinero que

⁹³ AHPS, sección 3, serie 2, libro 4823.

percibían las costureras por la elaboración de estos productos era tanto por concepto de su *hechura* como por su *henchido* en el caso de colchones y almohadas

Utensilios de cocina y menaje

Para esta categoría hemos conseguido reunir cifras de precios de seis productos entre 1551 y 1600 —platos y escudillas de loza; utensilios de cobre tales como los acetres, las calderas y las candilejas; utensilios de hierro del tipo de asadores, parrillas, trébedes, anafes y paletas; lebrillos de barro; tinajas, también de barro; y, por último, cedazos— y de dos productos entre 1601 y 1650 —los productos de cobre y los de hierro—. La loza y los lebrillos eran comprados por “vasos”, que en el caso de los platos y las escudillas incluían doce piezas de este género, mientras que en el de los lebrillos, incluían ocho; los productos de cobre y de hierro eran mercados según su peso en libras —equivalentes a 0,460093 kg—; y las tinajas y los cedazos se transaban por unidades. Los precios de todos ellos aparecen en el cuadro 26.

CUADRO 26. Precios de los utensilios de cocina y menaje, 1521-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por docena, unidad o kilogramo)

Década	Loza (mrs/docena)	Lebrillos (mrs/ud)	Tinajas (mrs/ud)	Cobre (mrs/kg)	Hierro (mrs/kg)	Cedazos (mrs/ud)
1550	22,8	51,3	68,0	206,5	41,2	28,0
1560	20,8	65,6	74,0	232,7	50,9	30,4
1570	22,8	71,9	106,7	240,6	58,1	33,8
1580	29,6	110,1	138,3	260,3	67,2	49,5
1590	32,8	133,0	154,2	266,1	72,2	62,4
1600	41,6	153,9	250,1	340,6	91,9	61,6
1610	-	-	-	243,6	91,3	-
1620	-	-	-	263,7	103,4	-
1630	-	-	-	281,3	110,9	-
1640	-	-	-	299,3	123,9	-

Fuente: AHPS, sección 3, serie 2; y elaboración propia

Otros bienes y servicio para el hogar

Para esta categoría hemos conseguido reunir cifras de precios de tres productos entre 1521 y 1550 —escobas, sogas y espuelas—; de cuatro entre 1551 y 1575 —candeleros de 1,17 libras de azófar o latón, canastas de mimbre, carrillos de madera y cañizos—; de cinco entre 1576 y 1600 —a los bienes de la etapa anterior hay que añadir los candiles de fierro—; y de tres entre 1601 y 1650 —candeleros, candiles y canastas—. Los precios de todos ellos se registran en el cuadro 27.

CUADRO 27. Precios de otros bienes y servicios para el hogar, 1521-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por unidad)

Década	Escoba	Soga	Espuerta	Candelero	Candil	Canasta	Carrillo	Cañizo
1520	1,9	17,0	4,9	-	-	-	-	-
1530	1,9	25,9	5,0	-	-	-	-	-
1540	2,4	17,4	5,6	-	-	-	-	-
1550	-	-	-	55,2	-	23,0	49,3	41,0
1560	-	-	-	67,9	-	33,3	43,3	69,1
1570	-	-	-	90,8	48,2	42,7	38,8	57,9
1580	-	-	-	102,3	56,6	43,9	92,6	64,9
1590	-	-	-	111,8	55,5	46,0	93,8	61,8
1600	-	-	-	140,7	80,0	48,5	-	-
1610	-	-	-	152,2	83,7	54,4	-	-
1620	-	-	-	170,0	94,4	68,8	-	-
1630	-	-	-	209,3	103,9	85,0	-	-
1640	-	-	-	174,9	119,0	85,0	-	-

Fuente: AHPS, sección 3, serie 2; y elaboración propia

Otros bienes y servicios

Para esta categoría hemos conseguido reunir cifras de precios de para un solo producto entre 1521 y 1650: el jabón. La compraventa de este producto era realizada en libras o en arrobas, equivalentes, como ya sabemos a, respectivamente, 0,460093 kg y 11,502 kg. Los precios de este último bien perteneciente a la última de las categorías en

las que hemos fraccionado el índice del coste de la vida se hacen recoger en el cuadro 28.

CUADRO 28. Precio del jabón, 1521-1650.
Promedios por décadas (en maravedíes por kilogramo)

Década	Jabón
1520	12,6
1530	17,8
1540	16,5
1550	19,3
1560	28,0
1570	28,8
1580	39,2
1590	36,6
1600	45,5
1610	44,9
1620	50,8
1630	54,4
1640	58,3

Fuente: ACS, s. V, s. 2^a, libros 43-168 y 05585; HAMILTON (1983); y elaboración propia

En cuanto a las cantidades que eran consumidas de este producto en el hospital de Santa Marta tenemos que decir lo siguiente: en 1535, el consumo anual por persona ascendía a 2 kilogramos, en 1562 a 3,2 kg, en 1587 a 2,4 kilogramos, en 1612 a 1,9 kg y en 1637 a 1,8 kg. En promedio, el consumo anual por persona en el hospital ascendió a unos 2,3 kg, muy cerca de los 2,6 kg que Robert Allen establece en su cesta de consumo⁹⁴. Tenemos que advertir que quizá los consumos de jabón más reducidos que se observan en el siglo XVII estén relacionados con la aparición en la contabilidad del hospital con otros dos productos dedicados a la limpieza: la ceniza y la lejía.

⁹⁴ ALLEN (2001: 421).

3. EL ÍNDICE DEL COSTE DE LA VIDA

Una vez que han sido analizados y jerarquizados en función de su baratura los precios de los distintos bienes, además de establecidos los márgenes entre los cuales pueden moverse los consumos medios de la población, nuestra labor pasa por la confección de un índice del coste de la vida para la ciudad hispalense. El primer paso para su construcción ha consistido en definir el número de integrantes que componían el núcleo familiar y estudiar los requerimientos energéticos mínimos de los que precisaban para mantenerse sanos. Siguiendo los dictados de lo establecido por otras investigaciones en niveles de vida⁹⁵ y tomando como referencia las cifras inferidas de los censos y vecindarios analizados en el primero de los capítulos de nuestra tesis, amén de lo dictaminado por los especialistas en la historia de la familia de la época y la localización geográfica que nos ocupa⁹⁶, hemos tomado por adecuado y más representativo considerar a una familia compuesta por un total de cuatro miembros.

Acto seguido, hemos tratado de definir ciertas características del núcleo familiar y de cada uno de sus miembros, lo cual será importante de cara al posterior establecimiento de sus necesidades energéticas. A partir del trabajo de reconstrucción de familias realizado por Manuel Mora Ruiz para varias poblaciones onubenses⁹⁷ hemos calculado —para la parcelación que hemos realizado del tiempo en cinco períodos entre 1521 y 1650 y con la intención última de que los resultados obtenidos nos sirvan de cierta guía— las edades nupciales de los cónyuges en el primer casorio y los períodos intergenésicos medios corregidos con la intención de conformar el modelo de familia que utilizaremos de patrón a la hora de determinar sus necesidades alimentarias y sus pautas de consumo, además de saber si se producen cambios importantes en las primeras variables que puedan inducir a variaciones en el cálculo de las segundas. Como puede observarse en el cuadro 29, la edad del primer casamiento para los varones osciló entre los 25,6 y los 26,6 años, mientras que para el género femenino se situó entre los 21,6 y los 22,7 años. Por su parte, entre la fecha de la boda y el nacimiento del primer hijo solían pasar de 15,6 a 21,9 meses; entre el nacimiento del primer vástago y el del segundo de 28,8 a 33,0 meses; de 31,0 a 36,5 meses entre el segundo y el tercero;

⁹⁵ ALLEN (2001).

⁹⁶ Véase MARTÍNEZ LÓPEZ y SÁNCHEZ-MONTES GONZALEZ (2008).

⁹⁷ MORA RUIZ (2008). Éstos han sido los únicos datos que a este respecto hemos encontrado para la Andalucía occidental.

de 33,2 a 36,6 meses entre el tercero y el cuarto; y, finalmente para nuestro modelo, de 32,2 a 39,8 meses entre el alumbramiento del cuarto y el quinto descendiente.

CUADRO 29. Edades nupciales del primer casamiento y períodos intergenésicos medios corregidos en la parroquia de San Vicente de Lucena del Puerto

Período	Edades nupciales (en años)		Períodos intergenésicos (en meses)				
	Hombre	Mujer	1 ^{er} hijo	2 ^o hijo	3 ^{er} hijo	4 ^o hijo	5 ^o hijo
1521-1550	26,1	22,2	15,6	33,0	34,0	34,3	35,8
1551-1575	26,3	22,7	15,6	33,0	35,4	36,6	37,4
1576-1600	25,6	22,7	16,2	30,1	32,2	34,8	37,4
1601-1625	26,6	21,9	21,9	28,8	31,0	35,8	39,8
1626-1650	26,4	21,6	21,3	30,9	36,1	33,2	32,2

Fuente: MORA RUIZ (2008); y elaboración propia

Otro asunto a tener en cuenta de cara a la definición de las necesidades energéticas de nuestra familia prototípica es la talla y el peso de sus integrantes adultos, sin embargo, los estudios antropométricos que se han llevado a cabo hasta la fecha dan inicio en épocas bastante más tardías a la que nosotros tratamos. Para hacernos una idea de la estatura que podían tener las mujeres y hombres de la Sevilla de los siglos XVI y XVII únicamente hemos podido contar con los datos del trabajo de Juan Manuel Guijo Mauri⁹⁸ —en el que, entre otras muchas cuestiones, se realizan cálculos sobre la estatura de la población sevillana entre los siglos I al XVIII a partir de algunos restos óseos, en concreto, a partir de la medición del hueso fémur de los restos humanos estudiados— y con las indicaciones que nos han podido facilitar diversos compañeros expertos en la materia. Como resultado de ello, hemos decidido suponer una talla para el varón de 1,65 metros y de 1,60 para la mujer.

Se considera que el estado nutricional de un individuo es adecuado cuando su Índice de Masa Corporal (IMC)⁹⁹ —resultado obtenido a partir del cociente entre el peso de una persona en kilogramos y el cuadrado de su talla en metros— se encuentra

⁹⁸ GUIJO MAURI (2008).

⁹⁹ WORLD HEALTH ORGANIZATION (WHO): <http://www.euro.who.int/en/what-we-do/health-topics/disease-prevention/nutrition/a-healthy-lifestyle/body-mass-index-bmi>

comprendido entre los valores de 18,50 y 24,99 kg/m². Un IMC inferior a 18,5 kg/m² implica situaciones de delgadez y por debajo de 16 kg/m², infrapeso y, consecuentemente —en ambas situaciones— deficiencias nutricionales y creciente vulnerabilidad física ante enfermedades. En el cuadro 30 se recogen las Ingestas Dietéticas de Referencia (IDR) y la Estimación de los Requerimientos Energéticos (ERE) para hombres y mujeres de treinta años a partir de su estatura, de un peso que los sitúe en unos valores del IMC equivalentes a 18,5 y a 24,99 kg/m² y de unos niveles de actividad física estratificados en cuatro grupos (sedentario, bajo, medio y alto). Para el caso de *nuestra familia*, tomaremos como referencia el umbral mínimo del IMC (18,5 kg/m²) —por debajo del cual una persona entra en situación de creciente vulnerabilidad física— para fijar el peso de sus integrantes.

CUADRO 30. Ingestas Dietéticas de Referencia (IDR): Estimación de Requerimientos Energéticos (ERE) para hombres y mujeres de 30 años

Altura (m)	Peso (kg) por IMC de 18,5 kg/m ²	Peso (kg) por IMC de 24,99 kg/m ²	NAF	ERE hombres (kcal/día)		ERE mujeres (kcal/día)	
				IMC de 18,5	IMC de 24,99	IMC de 18,5	IMC de 24,99
1,50	41,6	56,2	Sedentario	1.847	2.080	1.625	1.762
			Bajo	2.024	2.284	1.802	1.956
			Medio	2.245	2.540	2.024	2.198
			Alto	2.509	2.846	2.290	2.488
1,60	47,4	64,0	Sedentario	1.994	2.258	1.752	1.907
			Bajo	2.188	2.483	1.945	2.119
			Medio	2.430	2.766	2.185	2.383
			Alto	2.721	3.104	2.474	2.700
1,70	53,5	72,2	Sedentario	2.145	2.442	1.882	2.057
			Bajo	2.357	2.690	2.090	2.286
			Medio	2.622	3.000	2.350	2.572
			Alto	2.940	3.372	2.662	2.916

Leyenda: Partiendo de los 30 años, cada año de menos implica sumar 7 Kcal/día a las mujeres y 10 Kcal/día a los hombres; por cada año de más hay que restar 7 Kcal/día a las mujeres y 10 Kcal/día a los hombres.

NAF = Nivel de Actividad Física

ERE (hombres adultos) = $662 - (9,53 \times \text{Edad}) + \text{NA} \times [(15,91 \times \text{Peso en kg}) + (539,6 \times \text{Altura en m})]$

ERE (mujeres adultas) = $354 - (6,91 \times \text{Edad}) + \text{NA} \times [(9,36 \times \text{Peso en kg}) + (726 \times \text{Altura en m})]$

NA = coeficiente por NAF

NA = 1,00 si $1,0 \leq \text{NAF} < 1,4$ (sedentario)

NA = 1,12 si $1,4 \leq \text{NAF} < 1,6$ (actividad baja)

NA = 1,27 si $1,6 \leq \text{NAF} < 1,9$ (actividad media)

NA = 1,45 si $1,9 \leq \text{NAF} < 2,5$ (actividad alta)

Fuente: *Dietary Reference Intakes for Energy, Carbohydrate, Fiber, Fat, Fatty Acids, Cholesterol, Protein, and Amino Acids* (2002), en <http://www.uned.es/pea-nutricion-y-dietetica-I/guia/index.htm>; y elaboración propia.

Empleando la información del cuadro 29 tendríamos un modelo de familia cuyos progenitores contrajeron nupcias —en promedio entre 1521 y 1650— con 25,7 años en el caso del varón y 22,2 en el de la hembra; que tendrán al primer descendiente con 27,2 y 23,7 años, respectivamente (en promedio entre 1521 y 1650 pasan 18,1 meses entre la fecha del casamiento y el nacimiento del primer hijo); que el segundo hijo nacerá cuando la pareja haya alcanzado los 29,8 y 26,3 años y el primero de los hijos 2,6 años; el tercer hijo cuando los cónyuges tengan 32,6 y 29,1 años, el primer hijo, 5,4 años y, con respecto al segundo de los hijos, supondremos que como consecuencia de la alta mortalidad infantil de la época habrá fallecido entre los 0 y los 2,8 años; el cuarto hijo nacerá cuando el matrimonio alcance los 35,5 y los 32,0 años, el primer hijo los 8,3 años y el tercer hijo 2,9 años; por último —será en este preciso momento cuando realicemos la foto fija de *nuestra familia* para calcular su necesidades alimenticias y sus posibilidades de consumo—, justo antes de que la mujer quede en cinta del quinto de los vástagos, los desposados tendrán la edad de 37,8 y de 34,3 años, el primero de los hijos 10,6 años y el tercero, 5,2 años y, con respecto al cuarto hijo, también supondremos que habrá fallecido entre los 0 y los 2,3 años.

Por su parte, de la información contenida en el cuadro 30 se desprende que a un varón de 37,8 años, 1,65 metros de estatura y un IMC¹⁰⁰ equivalente a 21 kg/m² le corresponde un peso igual a poco menos de 57,2 kg. Que si su Nivel de Actividad Física (NAF) es alto (esto es, como en el caso que nos ocupa, en los días de trabajo de un peón de albañil), su Estimación de Requerimientos Energéticos (ERE) diarios asciende a 2.912 kilocalorías, mientras que si su NAF es bajo (como hemos supuesto para los días de asueto del mismo trabajador) su ERE se sitúa en las 2.318 kilocalorías. Para el caso de la fémina, tenemos que a una mujer de 34,3 años, de 1,60 metros de altura y un IMC equivalente a 20 kg/m² le corresponde un peso de 51,2 kg. Que si su NAF es medio en los días de trabajo, su ERE es de 2.201 kilocalorías, mientras que si NAF es bajo en los días de descanso su ERE es de 1.955 kcal. Para el caso de los infantes, nos encontramos que al niño de 10,6 años le correspondería una altura —según nuestros cálculos y ajustes a partir de tablas orientativas sobre pesos y medidas para menores— de unos

¹⁰⁰ Al IMC mínimo de 18,5 kg/m² que hemos establecido en el cuadro 30 se le añade un factor de corrección por edad que sitúa su valor para el varón de 37,8 años en 21 kg/m² y para la mujer de 34,3 años en 20 kg/m².

120 centímetros, un peso de 24 kg y, con un NAF medio, unas necesidades energéticas de 1.401 kcal¹⁰¹, mientras que a la niña —así lo hemos determinado— de 5,2 años le hemos asignado una altura de 0,97 metros, un peso de 15,3 kilogramos y unas necesidades energéticas de 1.282 kilocalorías (toda la información que se recoge en este párrafo queda fijada en el cuadro 31).

CUADRO 31. Edad, altura, peso y requerimientos energéticos de los miembros de la familia de referencia en función de su Nivel de Actividad Física

Miembro	Edad (años)	Altura (m)	Peso (kg)	NAF (T)	ERE (kcal/día)	NAF (D)	ERE (kcal/día)
Hombre	37,8	1,65	57,173	Alto	2.912	Bajo	2.318
Mujer	34,3	1,60	51,200	Medio	2.201	Bajo	1.955
Hijo 1	10,6	1,20	24,000	Medio	1.401	Medio	1.401
Hija 3	5,2	0,97	15,300	—	—	—	1.282

LEYENDA: NAF (T) = Nivel de Actividad Física en los días de Trabajo; NAF (D) = Nivel de Actividad Física en los días de Descanso.

FUENTE: MORA RUIZ (2008); *Dietary Reference Intakes for Energy, Carbohydrate, Fiber, Fat, Fatty Acids, Cholesterol, Protein, and Amino Acids* (2002), en <http://www.uned.es/pea-nutricion-y-dietetica-I/guia/index.htm>; y elaboración propia

El siguiente paso en la obtención del índice del coste de la vida ha consistido en elaborar una canasta de la compra para cada uno de los tres períodos que hemos definido (1521-1550, 1551-1600 y 1601-1650) en función de los productos para los que disponemos de precios, de las cantidades consumidas de cada bien a partir de lo que la literatura especializada dictamina al respecto y de lo desprendido del análisis de los libros de cuentas de Santa Marta, de las transformaciones identificadas en los hábitos de consumo de la población hispalense, de la satisfacción de las necesidades energéticas mínimas fijadas para el modelo de familia definido y de las restricciones de salario que tendrá que enfrentar la familia del peón de albañil en función a los días trabajados, y ello, considerando por primera vez en el análisis del coste de la vida la incorporación

¹⁰¹ La fórmula en la estimación de kilocalorías en el caso del niño mayor es la siguiente: ERE = 88,5 – (61,9×Edad) + 1,13 × [(26,7×Peso en kg) + (903×Altura en m)] + 20; por su parte, la de la hija menor es: ERE = (89×Peso en kg) – 100 + 20

del trabajo femenino e infantil como garantes en la subsistencia del núcleo familiar. Pasamos a analizar las canastas de la compra cada uno de los períodos y el índice del coste de la vida que va resultando.

1521-1550: el inicio de la revolución de los precios en 1540

Hemos tomado como punto de partida la definición de cuales eran las restricciones presupuestarias que podían enfrentar los miembros de la familia media que hemos establecido, tomando como base para ello el salario diario de un peón de albañil entre 1530 y 1540 (47,7 maravedíes por día trabajado¹⁰²) y adjudicándole doscientos cincuenta días de trabajo remunerado al año (esto es, cinco días a la semana en cincuenta semanas de trabajo al año, tal y como determina la literatura especializada en ello). Su salario anual ascendería, por tanto, a 11.925 maravedíes¹⁰³. Hemos supuesto que aparte de esta fuente principal de ingresos les llegaba un veinte por ciento de rentas extraordinarias procedentes, o bien de ciertos desempeños remunerados que pudiesen llevar a cabo la mujer y/o el hijo mayor, o bien de labores sin retribuir que abasteciesen a la familia de algunos productos tales como por ejemplo la recogida de leña, la caza o la recolección de ciertos frutos —por consiguiente, la renta de la que disponía al año nuestra familia ascenderá a 14.310 maravedíes—. Los requerimientos energéticos diarios calculados para tal nivel de actividad quedarían situados en torno a las 7.400 kilocalorías para toda la familia (2.725 para el hombre, 1.988 para la mujer, 1.401 para el hijo y 1.282 para la hija¹⁰⁴). Según nuestras propias estimaciones, los aportes energéticos recibidos por los pobres del hospital de Santa Marta estaban comprendidos entre las 2.950 y las 3.600 kilocalorías diarias.

¹⁰² Para la construcción de las cestas de consumo hemos tomado como referencia el año central de los períodos establecidos —en este primer caso 1535— y los precios y salarios que hemos recogido en torno a él —en concreto, cinco años por encima y cinco más por debajo, esto es, 1530-1540—.

¹⁰³ Según nuestros cálculos, con esta retribución sería suficiente para cubrir todas las necesidades más elementales de la familia, pero a costa de tener una dieta muy básica basada fundamentalmente en el consumo de pan, tocino, garbanzos y vino, lo que no viene a cuadrar con lo establecido por los especialistas en la historia de la alimentación para la primera mitad del siglo XVI.

¹⁰⁴ Tal composición en el reparto calórico para *nuestra familia* viene a coincidir en buena medida con lo establecido por Allen, que fija el consumo calórico diario de la familia en unas 7.740 kcal (2.800 para el hombre, 2.000 para la mujer, 1.720 para el hijo mayor y 1.220 para el menor).

Una vez determinadas las restricciones presupuestarias y las necesidades energéticas a satisfacer, hemos comenzado a fijar las cantidades que podían adquirir de cada bien tomando como referencia y tratando de conciliar lo dictaminado por otras investigaciones sobre el coste de la vida en ciudades españolas o europeas y lo inferido a partir del estudio de los hábitos de consumo en el hospital de Santa Marta. Los resultados se han recogido en el cuadro 32.

CUADRO 32. Cesta de consumo para el período 1521-1550

Producto	Consumo anual (1)	Consumo anual (2)	Precio (mrs) 1530-1540	Gasto anual (en mrs)	Ponderación (%)
Pan	183 kg	493 kg	7,4	3.646	25,5
Tocino	15 kg	41 kg	26,6	1.077	7,5
Vaca	30 kg	81 kg	21,5	1.742	12,1
Tollo	10 kg	27 kg	21,9	591	4,1
Sábalo	5 kg	14 kg	26,5	358	2,5
Queso	6 kg	16 kg	21,4	347	2,4
Aceite	8 l	22 l	11,7	253	1,7
Manteca	2 kg	5 kg	58,1	314	2,2
Uvas	20 kg	54 kg	5,9	319	2,2
Nueces	10 kg	27 kg	7,4	200	1,4
Garbanzos	45 kg	122 kg	5,7	693	4,8
Miel	1 kg	3 kg	16,6	45	0,3
Otros	-	-	-	215	1,5
Vino	164 l	329 l	5,4	1.774	12,4
Lienzo	5 m	15 m	49,6	744	5,2
Alquiler de v.	1 ud	1 ud	777,0	927	6,5
Leña	292 kg	876 kg	0,7	594	4,1
Aceite	8 l	24 l	11,7	281	1,9
Menaje	-	-	-	143	1,0
Jabón	2 kg	6 kg	17,9	107	0,7

LEYENDA: consumo anual (1) = consumo anual bruto del hombre de la familia; consumo anual (2) = consumo anual bruto de toda la familia.

FUENTE: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; AHPS, sección 3, serie 2; HAMILTON (1983); y elaboración propia

En la primera columna del cuadro 32 aparecen los bienes que componen la canasta de la compra para el periodo 1521-1550 —veintitrés en total—. Están representadas todas las categorías y subcategorías definidas en epígrafes anteriores y cada una de ellas

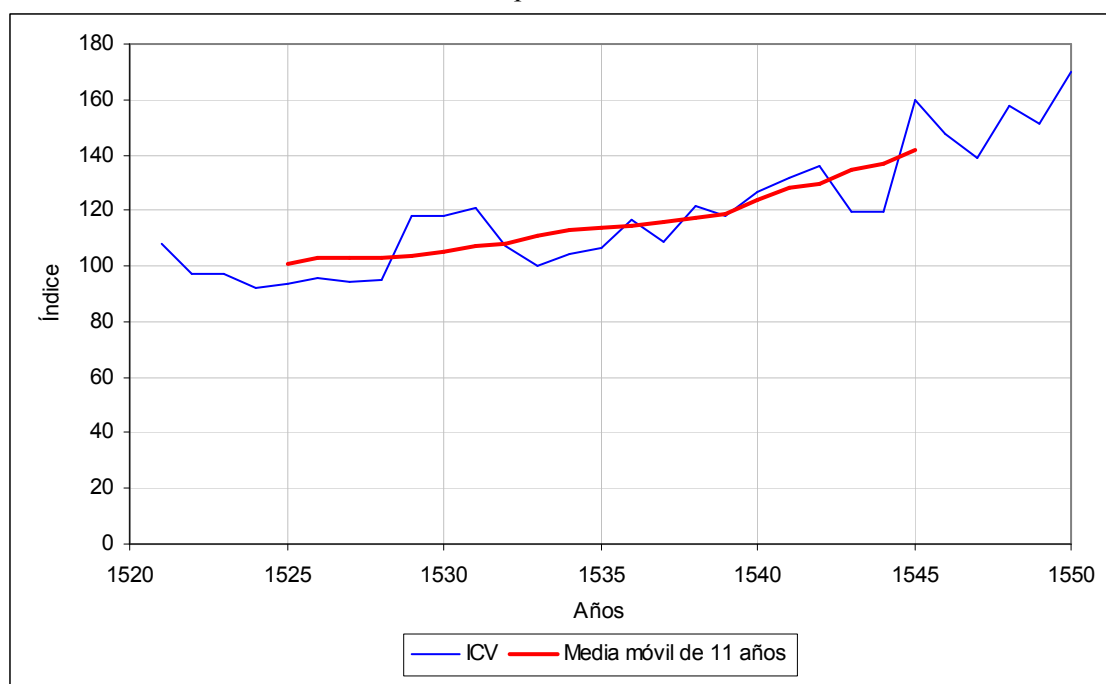
se encuentra integrada por el producto o los dos productos más baratos de su grupo. La subcategoría *otros alimentos* está compuesta por la sal y el vinagre y como no disponemos de información alguna que nos pueda servir de guía sobre las cantidades consumidas de estos productos, hemos optado por adjudicarle un peso específico del 1,5% de las rentas anuales ingresadas por la familia, proporción similar a la propuesta por Llopis y García Montero para su índice de precios de Madrid¹⁰⁵. De igual manera se ha procedido con respecto a la categoría *Menaje* —compuesta en este período por escobas, sogas y espuelas—, otorgándole un peso relativo del 1% de las rentas anuales de la familia. Para el resto de alimentos, hemos partido de los consumos diarios o anuales marcados por los especialistas y de su evolución durante la Edad Moderna —así como de lo deducido del análisis de los libros de cuentas de Santa Marta— para fijar las cantidades de nuestra canasta. Se han calculado, en primer lugar, las cantidades brutas consumidas por el varón adulto —segunda columna del cuadro—, y en función del peso de las necesidades energéticas del varón en el total familiar se han multiplicado esas cantidades por 2,7 para obtener las cuantías consumidas anualmente por toda la familia. De esta manera, hemos otorgado un consumo diario de pan para el varón equivalente a 500 gramos y de 144 gramos netos de carne o pescado (71 gramos de carne de vaca, 41 gramos de tocino, 23 gramos de tollo y 9 gramos de sábalo). Para el caso del vino, hemos establecido un consumo diario de 0,450 litros para el varón y los hemos multiplicado por dos para hallar el consumo diario de la familia.

Para la categoría de *vestido y calzado* hemos dado por válida la cifra ofrecida por Robert Allen de 5 metros de lienzo anuales para el hombre y en las categorías de *combustibles* y *otros bienes* (jabón) hemos supuesto consumos del 80% de las cantidades medias manejadas por los especialistas o inferidas de los libros del asilo de Santa Marta (365 kg de leña al año, 10 litros de aceite para iluminar y 2,5 kg de jabón). Para hallar las cantidades consumidas por la familia de todos estos productos (vestido y calzado, combustible y jabón) hemos multiplicado por tres las cantidades establecidas para el varón, tal y como realiza Robert Allen en su afamado artículo. Por último, al precio de alquiler de una vivienda de renta baja (777 maravedíes) le hemos añadido un 1% de la renta anual de *nuestra familia* en concepto de bienes para la conservación de la vivienda (cal, yeso y ladrillos, de cuyos precios no disponemos para esta primera etapa).

¹⁰⁵ LLOPIS y GARCÍA MONTERO (2011: 298).

Una vez fijadas las cantidades anuales consumidas por la familia del peón de albañil hemos calculado, en función de los precios medios de cada producto entre 1530 y 1540 —cuarta columna del cuadro 32—, el gasto que la familia realizaba en cada uno de los productos —quinta columna— y las proporciones que suponía el gasto en cada bien en la estructura del gasto familiar —sexta columna—. La información de esta última columna es la que hemos empleado como referencia para establecer las correspondientes ponderaciones del índice del coste de la vida, cuya evolución entre 1521 y 1550 se presenta en el gráfico 1. Con respecto a su contenido, nos centraremos en analizar aquellos aspectos más relevantes.

GRÁFICO 1. Índice del Coste de la Vida (ICV) en Sevilla, 1521-1550.
Año base = promedio 1521-1530



Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; AHPS, sección 3, serie 2; HAMILTON (1983); y elaboración propia

Si tomamos como referencia el año central de las medias móviles de once años calculadas —es decir, si nos fijamos en la tendencia de nuestra variable—, podemos afirmar que en Sevilla, entre 1525 y 1545, el coste de la vida se incrementó un 41%, esto es, la tasa de crecimiento anual acumulativo fue del 1,72% y, de manera paralela, el poder adquisitivo del salario de un peón de albañil se vio reducido un 22% (su salario

nominal se incrementó entre las décadas de 1520 y 1540 un escaso 9%). Podemos distinguir, fundamentalmente, dos etapas en función de la intensidad de las tensiones inflacionistas: la primera, iría desde 1525 hasta 1539 y en ella, la tasa anual de crecimiento de nuestra variable —recordemos, la media móvil de once años estimada— se sitúa en promedio en los 1,2 puntos porcentuales; la segunda de las etapas abarca desde 1540 hasta 1545 y se caracteriza por presentar tasas de crecimiento bastante más elevadas que la anterior fase —en promedio, del 2,9%—. Es justo a partir del quinquenio 1536-1540 cuando, por un lado, las importaciones de metales preciosos¹⁰⁶ —esencialmente nos estamos refiriendo a la plata— toman un súbito impulso que no abandonarán hasta 1591-1595 y, por otro lado y mucho más importante aún, será también a partir de 1535 cuando la curva de bautizados en la ciudad hispalense adquiera un perfil de marcada y vigorosa pendiente —entre 1540 y 1585 la serie de aguados experimentará un crecimiento del 115%—. Los grupos de bienes que mayor alza de precios experimentan entre la década de 1520 y la de 1540 son el alquiler de vivienda (128%), los combustibles (58%) y los alimentos y el vino (34%) —dentro de este último grupo, los productos que mayor incremento acusan en sus precios son el pan (54%), la manteca (54%) y los garbanzos (47%) y los que menor alza, las uvas (-3%), la miel (12%) y el tollo (14%)—, mientras que las categorías con subidas más moderadas son la del menaje (7%), el vestido (22%) y otros bienes (31%), mientras que, como ya hemos advertido, el salario del peón de albañil tan sólo se verá incrementado en ese mismo periodo un 9%. Según estos resultados, es en el mercado de alquiler de viviendas dónde se concentran gran parte de las tensiones inflacionistas de este período. El fuerte crecimiento demográfico que experimenta la ciudad a partir de 1535, las cantidades de plata llegadas de América, la rigidez de la oferta de viviendas y quizá la imposibilidad de construir nuevas casas al mismo ritmo al que crecía la población estén detrás de este sustancial incremento.

Si comparamos nuestros resultados con el índice que calculó Hamilton para Sevilla —las diferencias más importantes entre uno y otro residen en que el índice Hamilton no está sometido a ponderación alguna y no incorpora los precios del alquiler de vivienda, amén de la escasez de datos y productos de sus registros entre 1501 y 1550—, el

¹⁰⁶ HAMILTON (1983: 47 y 55). Para cuestiones relacionadas con las políticas monetarias y fiscales puestas en práctica en Castilla en los siglos XVI y XVII, véanse SANTIAGO FERNÁNDEZ (2000) y (2005). Para el debate en torno a ascenso de los precios en el siglo XVI, véanse NADAL (1959), MORIENAU (1985), VILAR (1969) y DRELICHMAN (2005).

crecimiento en el nivel de precios entre las décadas de 1520 y 1540 fue del 55% según el autor estadounidense, mientras que a nuestro parecer éste resultó del 41% y, si excluimos el alquiler de vivienda —categoría en la que se concentra gran parte del alza recogida por nuestro índice—, del 34%; es decir, tendemos a considerar que el incremento en el coste de la vida no fue tan acentuado como se pensaba hasta el momento. Es posible que la divergencia con el índice Hamilton se deba a que sus datos para Andalucía en la primera mitad del siglo XVI son muy escasos en años (entre 1521 y 1550 sólo dispone de información para siete años) y en variedad de productos importantes de cara al consumo del sevillano medio.

1551-1600: los momentos culminantes de la revolución de los precios

Una vez fijada la cesta de consumo para el primero de los períodos —y antes de iniciar el estudio de la segunda de las etapas de índice—, hemos decidido realizar un ejercicio de simulación para saber qué posibilidades tenía la familia del peón de albañil de continuar con los mismos hábitos de compra que en la etapa que va de 1521 a 1550 ante el paso del tiempo y a la hora de enfrentar lo que ha venido en denominarse como *la revolución de los precios del siglo XVI* y *la inflación del vellón* de la primera mitad del Seiscientos —suponiendo que sus ingresos mantuviesen la misma estructura, esto es, por una parte, la renta procedente del trabajo de un peón de albañil durante doscientos cincuenta días de trabajo al año, y por otra, unas retribuciones extraordinarias equivalentes al 20% del salario anual del peón—. Ello nos permitirá comprobar que no parece demasiado conveniente la elaboración de índices del coste de la vida basados en la fijación de las cantidades consumidas de los distintos productos ante los importantes cambios que se suceden con el paso del tiempo en los precios relativos de los bienes y en el poder adquisitivo de los salarios, así como tampoco de confeccionar índices del coste de la vida fijando proporciones de gasto en cada uno de los productos sin que tengan lugar cambios en la composición y estructura del gasto con el transcurso de los años. Los resultados de tal ejercicio se muestran en el cuadro 33. Como bien puede observarse, los gastos que llevaría implícita la adquisición de la canasta de la compra diseñada para el periodo 1521-1550 y las cantidades fijadas para

cada uno de los productos que la componen, exceden en un 16,1% los ingresos de la familia del peón de albañil en 1562 —véase la rúbrica “Total” del cuadro 33—, en un 41,4% en 1587, en un 22,4% en 1612 y en un 66,3% en 1637. Para que la unidad familiar siga teniendo acceso al nivel de vida del segundo cuarto del siglo XVI, tendría que pasar de tener unos ingresos extraordinarios del 20% en 1535 a otros equivalentes al 40% en 1562, al 70% en 1587, al 50% en 1612 y al 100% en 1637. Y para que estos aumentos de rentas sean viables, los jornales percibidos semanalmente por los miembros de la familia, en términos del salario del peón de albañil, tendrían que incrementarse desde los seis días en 1535 a los siete en 1562, a los ocho y medio en 1587, a los siete y medio en 1612 y a los diez días en 1637.

CUADRO 33. Incrementos del gasto familiar (en distintos cortes temporales) necesarios para financiar la cesta de consumo del período 1521-1550 (en tantos por cien).
Ingresos extra (%) y días de trabajo (a la semana) necesarios

Producto	1562	1587	1612	1637
Pan	14,9	52,9	21,6	43,8
Tocino	10,7	-1,3	2,7	21,9
Vaca	23,1	25,6	16,5	40,7
Tollo/Bacalao	0,0	7,3	-24,4	43,1
Sábalo/Sardina	16,0	12,0	-12,0	32,4
Queso	12,5	4,2	4,2	33,3
Aceite	5,9	-5,9	-11,8	34,6
Manteca	-22,7	-27,3	-18,2	-4,8
Uvas	-22,7	-27,3	4,5	-37,5
Nueces/Pasas	14,3	7,1	28,6	-16,7
Garbanzos	20,8	54,2	25,0	29,4
Miel	33,3	0,0	-33,3	0,0
Otros	0,0	0,0	0,0	0,0
Vino	-0,8	-13,7	-15,3	15,1
Lienzo	-13,5	-21,2	-34,6	13,3
Alquiler de v.	130,9	450,9	356,4	79,9
Conservación	0,0	0,0	0,0	0,0
Leña	26,8	19,5	-19,5	35,9
Aceite	5,3	-5,3	-10,5	34,5
Menaje	0,0	0,0	0,0	0,0
Jabón	0,0	14,3	0,0	30,0
Total	16,1	41,4	22,4	39,9
Ingresos extra (%)	40,0	70,0	50,0	100,0
Días de trabajo	7,0	8,5	7,5	10,0

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; AHPS, sección 3, serie 2; HAMILTON (1983); y elaboración propia

De lo anteriormente expuesto se desprende que es necesario llevar a cabo cambios en diversos de los parámetros que hemos considerado para el modelo planteado en la elaboración del índice del coste de la vida entre 1521 y 1550. A nuestro parecer, ante el encarecimiento del coste de la vida a medida que avanza el siglo XVI, las familias pueden optar por dos alternativas complementarias: por un lado, se verían obligadas a incrementar en alguna medida los días de trabajo para obtener más ingresos y amortiguar en cierta medida el deterioro de su situación (trabajo que podía ser tanto remunerado como no remunerado); en segundo lugar, también se verían obligadas a emprender diversas modificaciones en sus hábitos de consumo, de tal manera que, para nuestro caso, éstas reflejarán lo observado para la Edad Moderna por la literatura especializada en la historia de la alimentación y el consumo y lo deducido del análisis de los libros de cuentas del hospital de Santa Marta¹⁰⁷.

Para la confección de la cesta de consumo del periodo 1551-1555 tomaremos como año de referencia 1575, además de los precios y el salario del peón entre 1570 y 1580 para saber qué coste supondría la canasta de la compra del período 1521-1550 y así poder valorar los ajustes que tendremos que realizar. El salario diario de un peón de albañil entre 1570 y 1580 ascendía a 80 maravedíes, por lo que suponiéndole doscientos días de trabajo al año y añadiéndole un 20% de ingresos extraordinarios, la renta anual de la familia quedaría establecida en los 24.000 maravedíes. Por su parte, las cantidades fijadas de los productos que integran la cesta de consumo de la etapa 1521-1500 suponen un gasto en 1575 de unos 32.712 maravedíes, por lo que el desfase entre uno y otro concepto y el ajuste a realizar se sitúan en trono al 36%. Para cubrir ese desfase sin que la estructura del consumo se ve alterada, las rentas extraordinarias de la familia tendrían que ser de alrededor del 60% del salario del peón (lo que implicaría pasar a trabajar ocho días a la semana, en vez de los seis del primer cuatro del Quinientos). Hemos optado por una vía intermedia, al suponer que la familia incrementa sus días de trabajo hasta alcanzar unas rentas extraordinarias equivalentes al 40% del salario anual del peón (lo que equivaldría a siete días de trabajo a la semana), por lo que el resto del ajuste (del 17,4%) lo haremos a partir de la modificación de los hábitos alimenticios y

¹⁰⁷ Otro mecanismo de ajuste alternativo consistiría en reducir el número de hijos por familia, vía que, según recogen determinados investigadores, pudo emplearse a finales del siglo XVI y la primera mitad del siglo XVII.

de las pautas de consumo de la familia. Atendiendo a los cambios que hemos identificado en epígrafes anteriores, la canasta de la compra para 1551-1600, las cantidades consumidas de cada producto, la estructura del gasto familiar y las ponderaciones adjudicadas a cada bien para la posterior elaboración del índice del coste de la vida quedan como se recoge en el cuadro 34.

CUADRO 34. Cesta de consumo para el período 1551-1600

Producto	Consumo anual (1)	Consumo anual (2)	Precio (mrs) 1570-1580	Gasto anual (en mrs)	Ponderación (%)
Pan	201 kg	542 kg	15,5	8.401	28,0
Tocino	20 kg	54 kg	53,1	2.867	10,0
Vaca	16 kg	43 kg	51,9	2.242	8,0
Tollo	7 kg	19 kg	41,8	790	2,8
Sardina	3 kg	8 kg	39,5	320	1,1
Queso	3 kg	8 kg	48,9	396	1,2
Aceite	8 l	22 l	24,4	527	1,7
Manteca	1 kg	3 kg	70,5	190	0,5
Uvas	10 kg	27 kg	7,1	192	1,0
Pasas	5 kg	14 kg	17,2	232	1,2
Garbanzos	50 kg	135 kg	13,6	1.836	6,0
Miel	1 kg	3 kg	34,2	92	0,3
Otros	-	-	-	280	1,0
Vino	164 l	329 l	9,4	3.088	10,0
Camisa	2 ud	5 ud	280,1	1.403	5,0
Alquiler de v.	1 ud	1 ud	5.189,0	5.189	15,0
Conservación	-	-	-	140	0,5
Leña	237 kg	712 kg	1,7	1.177	4,0
Aceite	7 l	20 l	24,4	476	1,5
Menaje	-	-	-	238	0,7
Jabón	2 kg	5 kg	29,5	144	0,5

LEYENDA: consumo anual (1) = consumo anual bruto del hombre de la familia; consumo anual (2) = consumo anual bruto de toda la familia.

FUENTE: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; AHPS, sección 3, serie 2; HAMILTON (1983); y elaboración propia

Los cambios introducidos con respecto a las cantidades de la cesta de consumo del periodo anterior son los siguientes: en la categoría de *alimentación* se han incrementado los consumos de pan (hasta los 550 gramos por persona y día para el varón), de tocino (hasta los 20 kg anuales) y de garbanzos (hasta los 50 kg brutos anuales) y se han

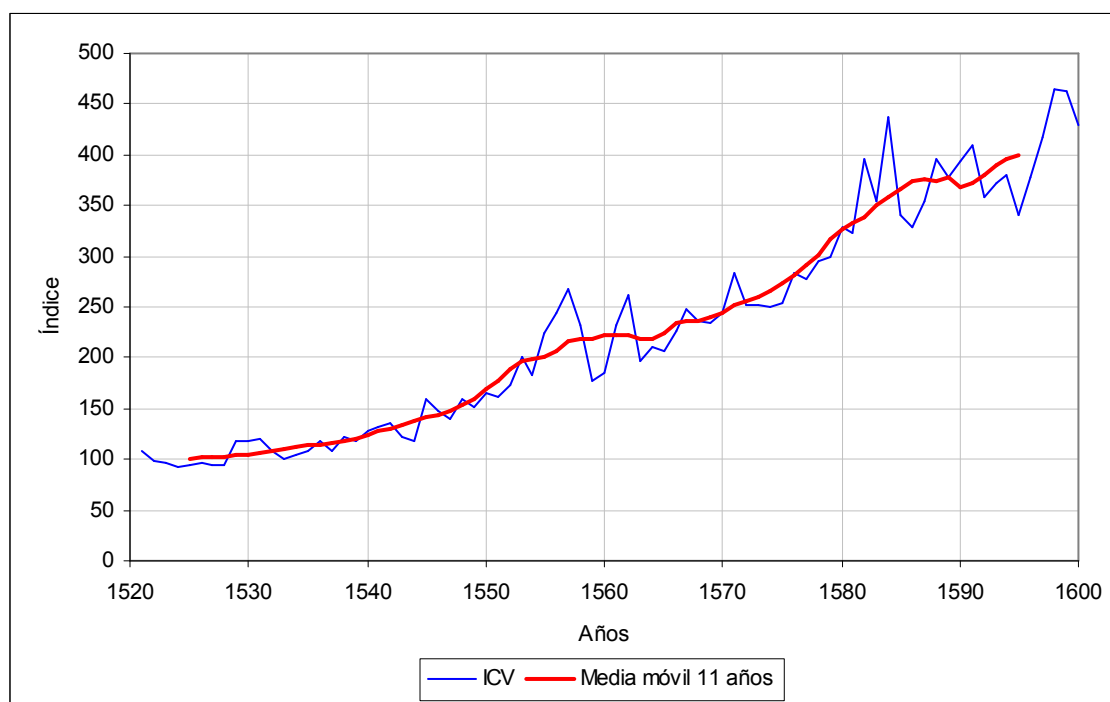
reducido los de carne de vaca (hasta los 16 kg brutos anuales), de pescado (hasta los 10 kg brutos anuales), de queso (hasta los 3 kg brutos anuales), manteca (hasta el kilogramo bruto anual) y fruta (hasta los 22 kg brutos anuales). Por su parte, en lo tocante al resto de categorías, se ha decidido que los consumos de leña, aceite para iluminación y jabón supongan el 65% de los consumos medios calculados por otros autores o de lo hallado para el hospital de Santa Marta. Además, hemos añadido algunos productos nuevos y hemos decidido cambiar otros. En concreto, en la categoría de *vestido y calzado* se ha optado por cambiar el lienzo por las camisas de lino —ya que para esta etapa disponemos de precios de productos finales en el textil—, mientras que en las subcategorías de *pescados y frutas* se ha cambiado el sábalo por las sardinas y las nueces por las pasas —en ambos casos, debido a que hemos seguido el criterio de elegir los productos más baratos de cada período—. Hemos incorporado a la canasta de la compra la categoría *conservación de la vivienda*, que se encuentra integrada por los precios de ladrillos, yeso y cal. Por último, la categoría de *menaje* está compuesta por doce productos (colchones, sábanas, almohadas, toallas, platos, lebrillos, tinajas, productos de cobre, productos de hierro, cedazos, candeleros y canastas). En resumidas cuentas, la suma de todos los productos que integran la cesta de la compra en este periodo asciende a treinta y cinco.

Fijar las cantidades anteriormente referidas en la canasta de la compra se ha traducido en que ganen peso específico en la ponderación el pan (del 25,5 al 28%), el tocino (del 7,5 al 10%) y los garbanzos (del 4,8 al 6%), mientras que pierdan peso relativo el resto de bienes y categorías a beneficio, fundamentalmente, del fuerte incremento que acusa el alquiler de vivienda en este período, de tal manera que su peso relativo pasará de representar de un 5,5 a un 15%¹⁰⁸. Con todos estos mimbres se ha confeccionado el índice del coste de la vida que aparece en el gráfico 2. Los enlaces entre índices se han efectuado siguiendo el mismo método que se empleó en la confección de los índices de bautizados del capítulo primero de nuestra tesis; es decir, para este primer caso, se ha alargado el índice del primer período hasta 1560, de tal manera que se solape con el segundo de los períodos durante todo un decenio. A

¹⁰⁸ Aunque de nuestro análisis se desprenden unos resultados para el alquiler de vivienda que deberían situar su peso específico en la canasta de la compra en el 18%, hemos decidido ser prudentes y disminuir algo su importancia relativa, siguiendo los preceptos apuntados por otros investigadores para diversas ciudades europeas (HOFFMAN et al. (2002: 326-327) manejan unos porcentajes para la Edad Moderna que van desde el 10 al 14,2% en el caso del gasto de trabajadores y población pobre en Inglaterra, desde el 7,2 al 8,4% para Francia y desde el 7 al 11% para Holanda).

continuación, se ha calculado la equivalencia entre uno y otro en los años solapados y, finalmente, se ha procedido a reescalar el índice del segundo periodo en función de la paridad obtenida.

GRÁFICO 2. Índice del coste de la vida (ICV) en Sevilla, 1521-1600.
Año base = promedio 1521-1530



Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; AHPS, sección 3, serie 2; HAMILTON (1983); y elaboración propia

Si volvemos a poner nuestra atención en la media móvil de 11 años calculada, podemos afirmar que entre 1525 y 1595 (nos referimos a los años centrales de las medias móviles de 1520-1530 y 1590-1600) el coste de la vida en Sevilla se multiplicó por 4,1, o lo que es lo mismo, los precios aumentaron un 309%, a una tasa de crecimiento anual acumulativo del 2,03%. Por su parte, el poder adquisitivo de un peón de albañil sufrió un deterioro entre las décadas de 1520 y 1590 equivalente al 46% (el salario nominal se incrementó un 162%). En la evolución que describe el índice del coste de la vida se pueden distinguir, fundamentalmente, cinco fases: la ya indicada de 1525 a 1539, con una tasa de crecimiento anual acumulativo del 1,2% y un crecimiento total del 18%; la siguiente etapa —tan sólo esbozada en el subapartado anterior—, iniciándose en 1540, consigue alargar sus límites hasta 1557, presentando tasas de

crecimiento anual acumulativo bastantes más elevadas que la anterior de las fases (del 3,36%) y un crecimiento total del 74%; en tercer lugar tendríamos a los años que van desde 1558 hasta 1564, en los cuales, la tendencia alcista sufre un receso que la lleva a crecer a una tasa del 0,18%; en la cuarta de las etapas, comprendida entre 1565 y 1586, nuestra serie toma un nuevo y brioso impulso que le hace acumular un crecimiento del 66% (con una tasa de crecimiento anual acumulativo que se sitúa en el 2,45%); la última de las fases, dando inicio en 1587, concluye —por el momento y a falta de analizar el siguiente periodo— en 1595. En ella el ritmo de crecimiento se frena de manera apreciable (la tasa de crecimiento anual se sitúa en el 0,76%), de tal modo que el incremento total queda establecido en el 6%.

Si analizamos la evolución de los precios de cada uno de los grupos de productos definidos entre 1551 y 1600, tenemos que indicar que la categoría que más crece, con gran diferencia, es la del alquiler de vivienda entre las décadas de 1550 y la de 1590 (290%) y, a gran distancia, aparece la rúbrica de *otros bienes* (90%) y *vestido y calzado* (82%). Por su parte, los grupos que menos incremento registran en sus precios son el combustible y la iluminación (42%), el menaje (55%) y los alimentos y las bebidas alcohólicas (61%) —dentro de este último grupo, los ítems que más se encarecen son las uvas (90%), el pan (82%) y la carne de vaca (81%), mientras que los que menos acusan un alza de sus precios son el vino (4%), la miel (31%) y el tocino (38%)—. El índice del coste de la vida aumentará entre las décadas de 1550 y 1590 un 96% y el salario nominal del peón de albañil un 45%.

Por último, en el cuadro 35 aparecen reflejadas —agrupadas por décadas— las cifras de nuestro índice con y sin la categoría del alquiler de vivienda y aquellas otras que fueron estimadas por Hamilton para la ciudad hispalense, con la intención de someterlas a contraste. Tenemos que volver a advertir que los datos recopilados por el historiador estadounidense no comienzan a atesorar una calidad aceptable hasta la década de 1580. A pesar de ello, para este período parece que la concordancia entre sus datos y los nuestros es mucho mayor que la que pudimos observar en la etapa anterior. De este modo, el índice del coste de la vida sin incluir la rúbrica correspondiente al alquiler de vivienda describe un comportamiento similar al del índice de precios de Hamilton si consideramos todo el período en análisis, a pesar de que los compases de crecimiento por décadas difieran entre una y otra serie hasta, precisamente, la década de

1580, a partir de la cual, ambos índices tienden a mimetizarse (mientras que el primero de ellos crece en todo el periodo un 61%, el segundo lo hará un 63%). También cobra pleno sentido que, para esta ocasión, al incorporar la categoría del alquiler de vivienda —la que más crece con gran diferencia— el alza de precios de nuestro índice describa un trazado de pendiente mucho más intensa que el de Hamilton (el 94% frente al 63% de crecimiento total, respectivamente). Por lo que, si en la primera de las etapas el índice hamiltoniano tendía a exagerar el crecimiento del coste de la vida al inicio de la *revolución de los precios*, en esta segunda, al no incorporar una partida de tanta trascendencia como la del arrendamiento urbano —recordemos que es, con gran diferencia, la que mayor crecimiento experimenta—, no logra atrapar la magnitud del incremento en toda su intensidad.

CUADRO 35. Índice del Coste de la Vida (ICV)
e Índice de Precios de Hamilton (IPH)

Décadas	ICV (1)	IPH	ICV (2)
1550	100	100	100
1560	109	124	107
1570	131	133	121
1580	177	150	150
1590	194	163	161

LEYENDA: ICV (1) = Índice del Coste de la Vida;
ICV (2) = Índice del Coste de la vida sin la categoría de
alquiler de vivienda

FUENTE: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585;
AHPS, sección 3, serie 2; HAMILTON (1983: 212-
213) y elaboración propia

1601-1650: los precios durante la inflación del vellón

Para esta tercera etapa hemos tomado como referencia el año 1625 y los precios y salarios del periodo 1620-1630 para confeccionar la última de las cestas de consumo. Si realizamos el mismo ejercicio de simulación que llevamos a cabo en el anterior epígrafe, es decir, si mantenemos la misma cesta de consumo y las cantidades

consumidas de cada producto para el periodo 1551-1600 con los precios de 1620-1630 y la misma estructura de las rentas familiares (el salario diario del peón de albañil entre 1620 y 1630 multiplicado por doscientos cincuenta días de trabajo al año más un 40% adicional), nos encontramos con que la familia del peón de albañil no tendría que modificar sus hábitos de compra, que es posible que continúen con el mismo nivel de vida que en la etapa anterior y, por lo tanto, no tendremos que llevar a cabo ningún ajuste extra a los contemplados en la etapa precedente.

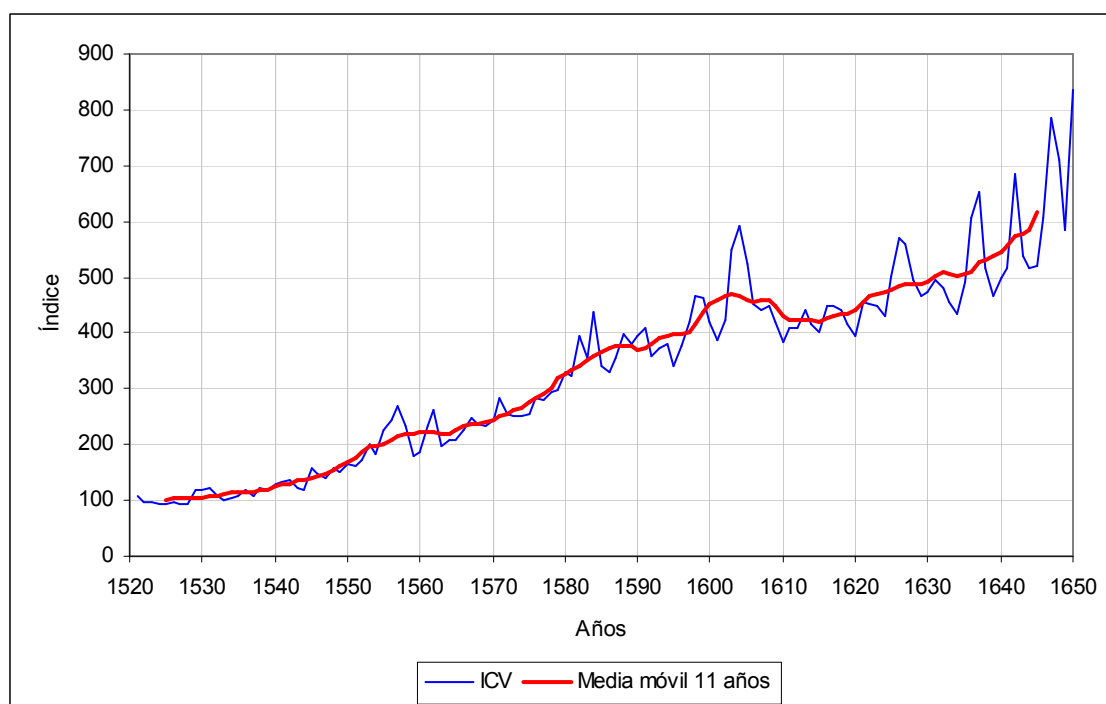
Los únicos cambios que hemos tenido que introducir en la nueva cesta de consumo tienen que ver, en primer lugar, con la sustitución en el subgrupo de *pescados* del tollo y la sardina por el bacalao y el atún; en segundo lugar, en el subgrupo *otros alimentos* la incorporación de las tres especias más baratas (canela, pimienta y comino); y en tercer lugar, la categoría *menaje* estará integrada por los precios de cobertores, colchones, sábanas, almohadas, toallas, productos de cobre, productos de hierro, candeleros, candiles y canastas. En total, nuestra nueva canasta de la compra estará compuesta por treinta y seis productos.

A pesar de que las cantidades fijadas para cada producto no hayan variado con respecto a las de la cesta de consumo de la etapa anterior, el distinto comportamiento que experimentan los precios relativos se ha traducido en asumir ciertas modificaciones en la estructura del gasto y, en última instancia, en las ponderaciones asignadas a cada bien. A continuación se especifican los pesos específicos asignados a cada uno de los ítems (en tantos por ciento): pan (30,0), tocino (8,1), vaca (8,9), bacalao (2,8), atún (1,5), queso (1,3), aceite (1,7), manteca (0,8), uvas (0,7), pasas (0,6), garbanzos (6,7), miel (0,2), otros alimentos (1,0), vino (8,3), camisas (4,5), alquiler de vivienda (17,0), conservación de la vivienda (0,4), leña (2,8), aceite (1,5), menaje (0,7) y jabón (0,5). El índice precios resultante tras realizar los oportunos cálculos se inserta en el gráfico número 3 y su evolución por décadas, su tasa de crecimiento, su tasa de crecimiento anual acumulativa y el salario real de un peón de albañil se incluyen en el cuadro 36.

Según se puede apreciar, los precios se sextuplicaron en la ciudad de Sevilla entre la década de 1520 y la de 1640 (o de manera equivalente, se incrementaron un 496%), mientras que el salario real de un peón de albañil cayó un 52%, esto, el nivel de vida se le redujo a la mitad. Si la última de las etapas en las que dividíamos el índice en el

anterior epígrafe daba comienzo en 1587, tras haber prolongado la serie hasta la mitad del siglo XVII podemos observar que finaliza en 1603. En ella la variable describe un crecimiento del 24% y una tasa de crecimiento anual acumulativo del 1,38%. Por lo tanto, si fechábamos el inicio de la *revolución de los precios* en 1540, ahora podemos asegurar que concluye en el año 1603, apenas un trienio después de que las importaciones de metales preciosos procedentes de América alcancen su cénit en la última de las décadas del siglo áureo¹⁰⁹. Por su parte, entre 1603 y 1615 tiene lugar la única etapa marcadamente deflacionista de los ciento treinta años analizados. De este modo, el descenso de los precios alcanzará el 11% y la tasa de crecimiento anual acumulativa se situará en el -0,93%. Entre 1615 y 1645 hemos fechado la última de las etapas, en la cual el crecimiento de nuestra variable llega al 47% y la tasa de crecimiento anual acumulativo el 1,30%.

GRÁFICO 3. Índice del Coste de la Vida (ICV) en Sevilla, 1521-1650
Año base = promedio 1521-1530



Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; AHPS, sección 3, serie 2; HAMILTON (1983); y elaboración propia

¹⁰⁹ HAMILTON (1983: 55).

Si analizamos la evolución de los precios entre 1601 y 1650 de cada uno de los grupos de productos definidos, tenemos que indicar que la categoría que más crece es la de los alimentos y las bebidas alcohólicas (36%) —dentro de ella, destacan por el incremento en sus precios el bacalao (127%), el atún (88%) y otros alimentos (85%), y por todo lo contrario, las uvas (-34%), las pasas (-14%) y la miel (-7%)— seguida del combustible (33%) y el menaje (33%). Por parte, la rúbrica de *vestido y calzado* experimenta un alza del 32% y la de *otros bienes* un aumento del 28%. Mención aparte merece de nuevo la categoría del alquiler de vivienda que acusará un descenso del 8% en este período. Entre las décadas de 1600 y 1640 el índice del coste de la vida aumento un 29%, mientras que el salario nominal de un peón de albañil se incrementó poco menos del 11%.

CUADRO 36. Tasas de Crecimiento (TC) y Tasas de Crecimiento Anual Acumulativo (TCAA) del índice del coste de la vida en Sevilla (en % a partir de medias decenales).
Salario real de un peón de albañil (año base = 1520-29)

Década	Índice	TC	TCAA	Salario real
1520	100	-	-	100
1530	113	13	1,28	84
1540	139	24	2,15	78
1550	203	46	3,84	73
1560	223	10	0,97	75
1570	269	20	1,87	58
1580	364	35	3,06	56
1590	398	9	0,90	54
1600	465	17	1,58	56
1610	422	-9	-0,97	64
1620	477	13	1,24	58
1630	506	6	0,59	47
1640	596	18	1,64	48

Fuente: ACS, s. V, s. 2^a, libros 43-168 y 05585; AHPS, sección 3, serie 2; HAMILTON (1983); y elaboración propia

Por último, en el cuadro 37 se recoge la evolución de nuestro índice entre 1601 y 1650 —agrupando las cifras por décadas— y el obtenido por Hamilton, con la intención de comparar sus comportamientos. Como bien puede observarse las disparidades entre los tres índices plasmados son poco significativas. Su comportamiento es bastante similar, pero de manera paradójica, el índice de Hamilton describe un comportamiento

de mayor analogía con aquel de los nuestros que incorpora el alquiler de vivienda que con el que no lo integra.

CUADRO 35. Índice del Coste de la Vida (ICV)
e Índice de Precios de Hamilton (IPH)

Décadas	ICV (1)	IPH	ICV (2)
1600	100	100	100
1610	91	90	90
1620	103	106	104
1630	110	110	112
1640	129	129	135

LEYENDA: ICV (1) = Índice del Coste de la Vida;
ICV (2) = Índice del Coste de la vida sin la categoría de
alquiler de vivienda

FUENTE: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585;
AHPS, sección 3, serie 2; HAMILTON (1983: 212-
213) y elaboración propia

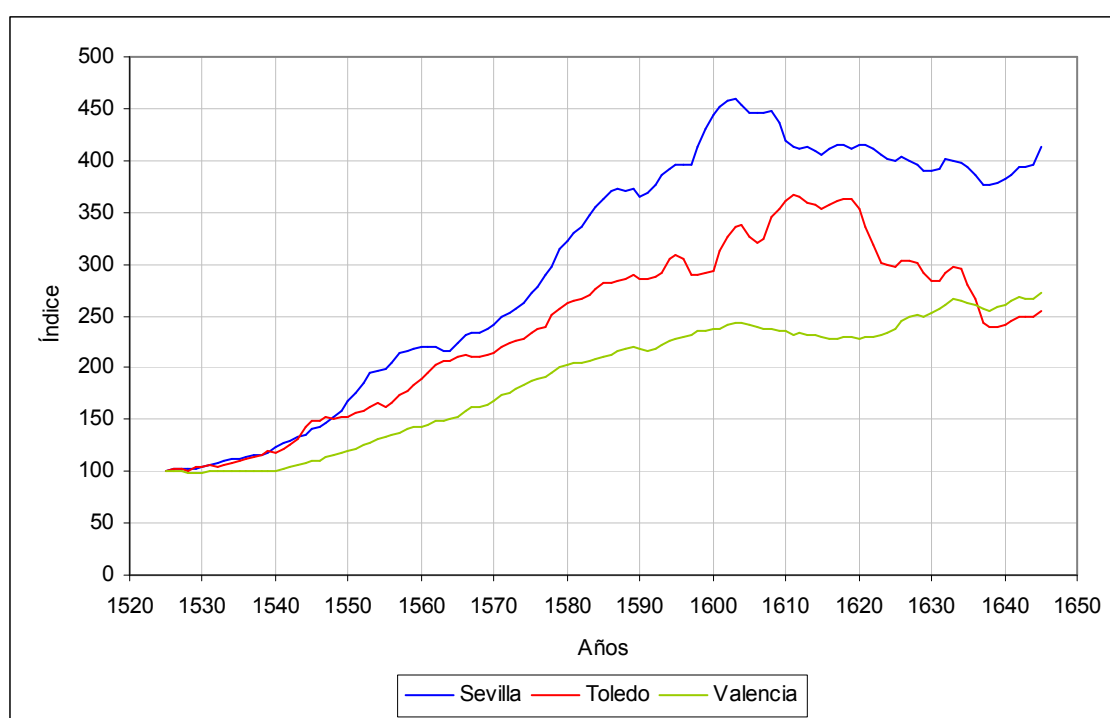
Los precios sevillanos en el espejo español y europeo

Antes de realizar el enlace entre la primera pieza del índice del coste de la vida en Sevilla y aquella otra que llega hasta 1800, nos ha parecido conveniente realizar un ejercicio comparativo entre nuestra serie y las confeccionadas por otros investigadores para diversas ciudades españolas y europeas, con la finalidad de calibrar en términos relativos el impacto que pudo tener sobre el coste de la vida en la ciudad hispalense la *revolución de los precios* y la posterior inflación del vellón. El retrato que se presenta en los gráficos 4 y 5 y en los cuadros 36 y 37 (en precios plata¹¹⁰) resulta bastante elocuente al respecto: mientras que entre la década de 1520 y la de 1600 (momento culminante de la *revolución de los precios*) el coste de la vida en Sevilla se multiplicó por un factor equivalente al 4,5, en Toledo lo hizo por uno del 3,2 y en Valencia por otro del 2,4. Por su parte, en las ciudades europeas que aparecen en el cuadro 37 los precios se multiplicaron entre un factor de entre 1,8 —norte de Italia— y 2,1 —París,

¹¹⁰ Se han empleado las conversiones que aparecen en el cuadro 1 del apéndice estadístico.

Londres y Amberes—. Si la comparación la efectuamos entre la década de 1520 y la de 1640, la distancia entre la ciudad hispalense y el resto de urbes (excepto Toledo), tanto españolas como europeas, se habrá acortado en cierta medida, pues si en nuestra ciudad los precios entre esas dos fechas se multiplican por 4,2, en Toledo lo harán por 2,6; en Valencia por 2,8; en Londres por 3,1; en Amberes por 2,9; en Ámsterdam y París, por 2,6; en Munich por 2,4 y en el norte de Italia por 1,7.

GRÁFICO 4. Índices de precios plata al consumo en diversas ciudades españolas, 1521-1650. Medias móviles de 11 años. Año base = promedio 1521-1530



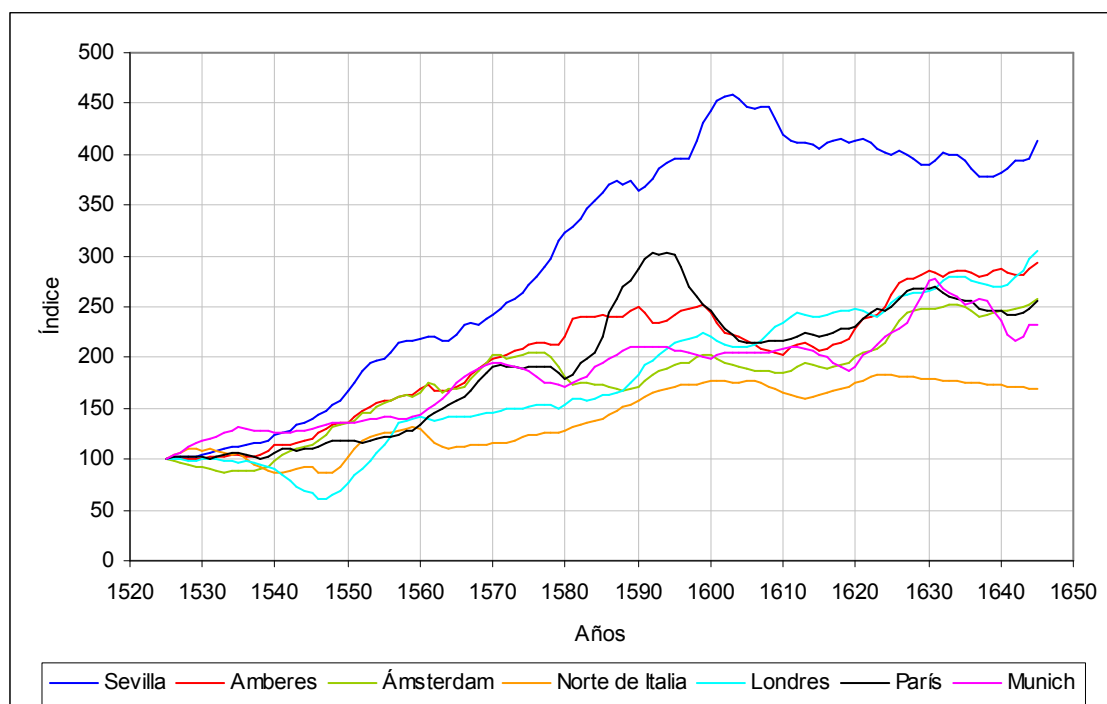
Fuente: <http://www.nuffield.ox.ac.uk/People/sites/Allen/SitePages/Biography.aspx>; REHER y BALLESTEROS (1993); ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; AHPS, sección 3, serie 2; y elaboración propia

CUADRO 36. Índices de precios plata al consumo en diversas ciudades españolas, 1521-1650
Promedios por décadas. Año base = promedio 1520-1529

Década	Sevilla	Toledo	Valencia
1520	100	100	100
1530	112	112	100
1540	142	150	109
1550	203	162	134
1560	227	211	155
1570	275	235	189
1580	366	282	212
1590	396	306	228
1600	450	324	242
1610	410	361	229
1620	403	296	242
1630	394	275	260
1640	422	261	275

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; AHPS, sección 3, serie 2;
<http://www.nuffield.ox.ac.uk/People/sites/Allen/SitePages/Biography.aspx>; REHER y BALLESTEROS (1993);
y elaboración propia

GRÁFICO 5. Índices de precios plata al consumo en diversas ciudades europeas, 1521-1650.
Medias móviles de 11 años. Año base = promedio 1521-1530



Fuente: <http://www.nuffield.ox.ac.uk/People/sites/Allen/SitePages/Biography.aspx>; y elaboración propia

CUADRO 37. Índices de precios plata al consumo en diversas ciudades europeas, 1521-1650
Promedios por décadas. Año base = promedio 1520-1529

Década	Sevilla	Amberes	Ámsterdam	N. Italia	Londres	Munich	París
1520	100	100	100	100	100	100	100
1530	112	102	88	100	97	131	105
1540	142	123	117	86	64	129	112
1550	203	159	159	128	120	141	121
1560	227	173	121	112	141	176	160
1570	275	217	208	124	154	181	194
1580	366	245	172	139	165	197	226
1590	396	246	195	172	218	204	298
1600	450	211	186	179	209	204	213
1610	410	208	191	163	242	204	222
1620	403	268	230	182	259	230	253
1630	394	282	246	176	277	257	257
1640	422	295	260	169	308	236	259

Fuente: <http://www.nuffield.ox.ac.uk/People/sites/Allen/SitePages/Biography.aspx>; y elaboración propia

Los precios entre 1651-1800: el final de la inflación del vellón / estabilización y estabilidad monetaria / plata e inflación del papel

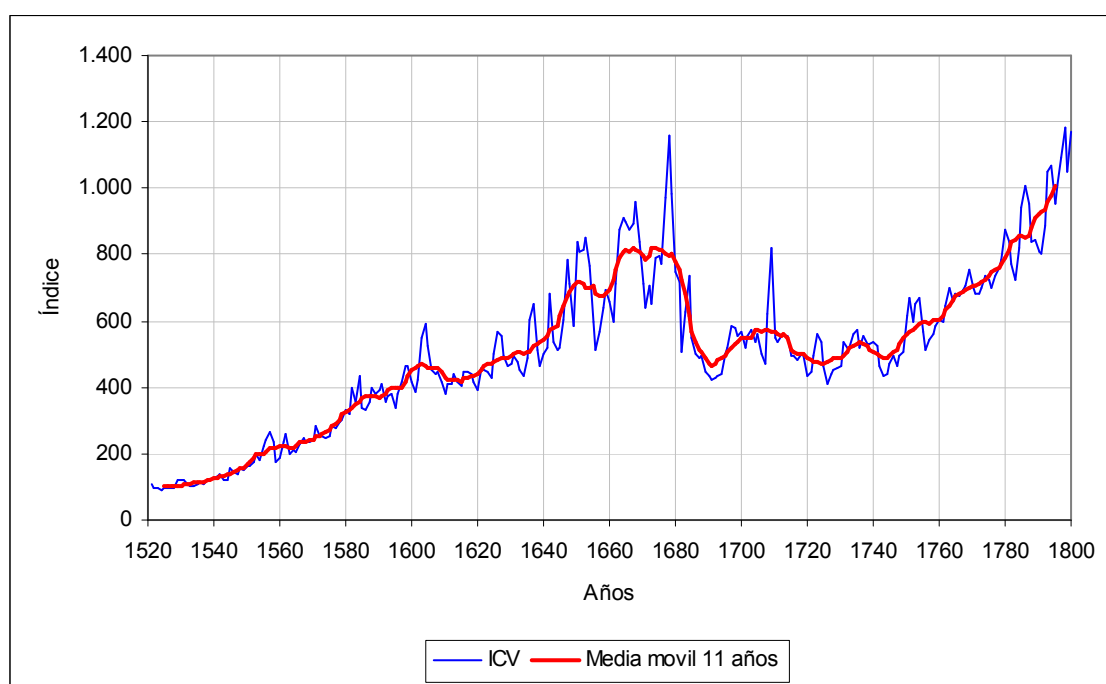
El último paso a dar en este capítulo ha consistido en enlazar la primera pieza separada de nuestro índice de precios con aquella otra que confeccionamos junto a otros investigadores para la ciudad hispalense entre 1680 y 1800¹¹¹. No es nuestra intención detenernos en exceso en este punto de nuestra disertación, pues tiene esta parte de nuestro índice una finalidad meramente instrumental en el desarrollo de nuestra tesis, debido a que ha sido pensado y calculado para que nos permita deflactar variables económicas que elaboramos y analizamos en capítulos posteriores. Es por ello que será muy breve nuestro acercamiento a su estudio, ciñéndose éste exclusivamente a apuntar las grandes etapas que en él se pueden apreciar. Para ello, tendremos que utilizar como engarce o gozne entre una y otra pieza del índice los datos que hemos recolectado para el período que va de 1651 a 1680. Las fuentes empleadas para el acopio de las cifras de dicha etapa y los métodos utilizados en el cálculo del índice —así como también las ponderaciones de los distintos productos— han sido los mismos que los que fueron

¹¹¹ LLOPIS et al. (2009).

manejados en el referido artículo. Los resultados de todo este proceso se muestran en el gráfico 5 y en el cuadro 37.

Si podemos fechar en 1615 el inicio de la inflación del vellón en la ciudad hispalense, también podemos indicar, a la luz del trazado que se sigue la serie en el gráfico 5, que ésta puede darse por concluida en 1678. Tras la deflación que tuvo lugar después de la adopción de las medidas de estabilización monetaria de 1680 y 1685, la evolución de los precios hasta finales del XVIII puede dividirse en dos grandes períodos: el primero llegará hasta principios de la década de los cuarenta y estará predominado por la estabilidad en el largo plazo, mientras que el segundo se extiende hasta sus estertores y tendrá una marcada tendencia alcista.

GRAFICO 5. Índice del coste de la vida en Sevilla, 1521-1800.
Año base = promedio 1521-1530



Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; AHPS, sección 3, serie 2; HAMILTON (1983); y elaboración propia

CUADRO 37. . Tasas de Crecimiento (TC) y Tasas de Crecimiento Anual Acumulativo (TCAA) del índice del coste de la vida en Sevilla (en % a partir de medias decenales).
Base 100 = promedio 1520-29

Década	Índice	TC	TCAA	Década	Índice	TC	TCAA
1520	100	-		1660	822	16	1,49
1530	113	13	1,28	1670	819	0	-0,04
1540	139	24	2,15	1680	582	-29	-3,36
1550	203	46	3,84	1690	490	-16	-1,69
1560	223	10	0,97	1700	573	17	1,57
1570	269	20	1,87	1710	522	-9	-0,93
1580	364	35	3,06	1720	469	-10	-1,06
1590	398	9	0,90	1730	530	13	1,23
1600	465	17	1,58	1740	483	-9	-0,92
1610	422	-9	-0,97	1750	597	24	2,14
1620	477	13	1,24	1760	672	13	1,20
1630	506	6	0,59	1770	721	7	0,70
1640	596	18	1,64	1780	862	20	1,81
1650	709	19	1,76	1790	990	15	1,39

Fuente: ACS, s. V, s. 2ª, libros 43-168 y 05585; AHPS, sección 3, serie 2; HAMILTON (1983); y elaboración propia

4. CONCLUSIONES

Consideramos que la investigación que hemos llevado a cabo con respecto al análisis del coste de la vida en la ciudad hispalense puede suponer un aporte de cierta importancia en la historia económica moderna en relación, fundamentalmente, a varios aspectos: en primer lugar, en lo que se refiere al empleo de una novedosa metodología en la obtención del índice del coste de la vida. Nos referimos concretamente al análisis en profundidad de los precios de una gran cantidad de productos (hasta ciento cinco), que en el caso de los alimentos se ha traducido en la obtención de sus precios en maravedíes por cada millar de kilocalorías, con la intención última de jerarquizarlos según su baratura y observar las posibilidades de compra de una familia prototípica en función de sus necesidades energéticas diarias y de las restricciones presupuestarias que tuviese que enfrentar; de incorporar bienes a nuestro estudio de gran trascendencia en el gasto de las unidades familiares, tales como el pan, el alquiler de viviendas, los productos textiles o un sustancial surtido de bienes industriales. En segundo lugar, por estudiar las pautas de consumo y los hábitos alimenticios que se traslucen de la

documentación de un antiguo hospital sevillano, por observar sus cambios en el tiempo y por contrastarlos con lo que otros investigadores expertos en la historia de la alimentación y el consumo han evidenciado para otras ciudades españolas y europeas. Y ello, con el propósito de insertar los resultados obtenidos en la elaboración de distintas cestas de consumo que den fiel reflejo en su composición de las transformaciones halladas. Además, las cantidades fijadas de los productos alimenticios de las cestas de consumo confeccionadas han de satisfacer las necesidades energéticas calculadas para la mencionada familia de referencia, además de ajustarse el gasto realizado en todos los ítems a las rentas obtenidas en función de los días trabajados. Consideramos que el empleo de varias canastas de la compra en el diseño de un índice del coste de la vida supone otra de las aportaciones relevantes de nuestro estudio.

De este modo, un análisis de cierta profundidad en torno a la evolución de los precios, los salarios, los hábitos alimenticios y las pautas de consumo en la Edad Moderna refleja que, a la hora de confeccionar índices del coste de la vida, resulta más que conveniente el empleo de distintas canastas de la compra que vayan integrando los cambios que se suceden en las distintas variables referidas. Para el caso de la ciudad de Sevilla entre 1521 y 1650, el crecimiento más pausado que experimentan los salarios en relación al resto de precios (entre una y otra fecha el poder adquisitivo de los peones de albañil se verá reducido a poco menos de la mitad) va a llevar aparejado de manera indefectible importantes transformaciones en los usos y costumbres de consumo de la población. El capítulo que más va a erosionar —con gran diferencia— el nivel de vida de los sevillanos durante el siglo XVI será el alquiler de vivienda, pero el alza generalizada de precios hará que, al igual que ocurre —y así ha sido evidenciado por diversos investigadores— en otras ciudades europeas y españolas, con el paso de los años la población opte por aumentar el consumo de aquellos alimentos más baratos en términos de kilocalorías —pan, tocino, garbanzos— en detrimento de los más onerosos —carnes y pescados, fundamentalmente—. Pero el deterioro en el poder adquisitivo será de tal calibre, que no sólo resultará necesario que las familias reestructuren sus modos de consumo, sino que también se tornará imprescindible el aumento de los días trabajados por el núcleo familiar (remunerados o sin remunerar). Tendemos a pensar que será fundamentalmente el trabajo femenino e infantil el que asuma y sobre el que descansa tal exceso de carga.

Una vez integradas y contempladas en nuestro índice las distintas variables a las que hemos hecho alusión, los resultados obtenidos reflejan ciertos cambios en la evolución del coste de la vida con respecto al índice calculado por Hamilton: por un lado, parece que la curva retratada no comienza a tomar una pendiente de mayor inclinación hasta 1540 —año en el que podemos fechar el inicio de la *revolución de los precios*—, justo en el momento en el que confluyen en la ciudad hispalense la llegada de las primeras grandes partidas de plata americana y el comienzo de un fuerte crecimiento demográfico. No obstante, incluso integrando en nuestro índice el alquiler de vivienda —el bien cuyo precio mayor crecimiento experimenta—, no parece que el aumento de precios para la primera mitad del siglo XVI sea de la envergadura que reflejó Hamilton (del 55% entre las décadas de 1520 y 1540, mientras que nuestro índice crece el 41% con alquiler de vivienda incluido y el 34% sin él). Para la segunda mitad del siglo áureo los resultados del contraste entre uno y otro índice son los opuestos a los de la etapa anterior: en este caso nuestro índice recoge un crecimiento de perfil bastante más acentuado que el retratado por Hamilton (del 94% frente al 63% entre las décadas de 1550 y 1590, respectivamente). Por último, las cifras para la primera mitad del siglo XVII ofrecen unos resultados de bastante similitud entre una y otra serie.

Los precios se multiplicarán por cuatro entre las décadas de 1520 y 1590 y por seis entre las de 1520 y 1640. La categoría de bienes que con diferencia ce crecer de manera más desmedida sus precios es la del alquiler de vivienda (multiplica su precio por diecisiete entre las décadas de 1520 y 1600). Las décadas dónde se concentran las mayores tensiones inflacionistas son las de 1550 (46%), 1580 (35%) y 1540 (24%). Por último, de la comparación del caso sevillano con lo ocurrido en otras ciudades españolas y europeas podemos concluir que, mientras que en las europeas los precios se duplicaron entre las décadas de 1520 y la de 1600 y en las españolas se multiplicaron —en promedio por 2,8—, en Sevilla el impacto fue apreciablemente mayor (del orden del 4,5).

APÉNDICE ESTADÍSTICO

CUADRO 1. Equivalente en gramos de plata del real de vellón en Andalucía, 1521-1650

Años	Contenido teórico real en gramos de plata	Equivalente plata del real de vellón de acuerdo con la prima de la plata
1521-1602	3,1952	3,1952
1603	3,1952	3,1636
1604-1615	3,1952	3,1326
1616	3,1952	3,1636
1617	3,1952	3,1326
1618	3,1952	3,1326
1619	3,1952	3,1022
1620	3,1952	3,0723
1621	3,1952	3,0723
1622	3,1952	3,0292
1623	3,1952	2,9119
1624	3,1952	2,8669
1625	3,1952	2,8465
1626	3,1952	2,2671
1627	3,1952	2,3306
1628	3,1952	2,3398
1629	3,1952	2,7354
1630	3,1952	2,6374
1631	3,1952	2,6794
1632	3,1952	2,6964
1633	3,1952	2,5996
1634	3,1952	2,5084
1635	3,1952	2,5498
1636	3,1952	2,5531
1637	3,1952	2,4694
1638	3,1952	2,3537
1639	3,1952	2,4224
1640	3,1952	2,1589
1641	3,1952	1,9640
1642	3,1952	1,4483
1643	3,1952	2,4039
1644	3,1952	2,4153
1645	3,1952	2,3527
1646	3,1952	2,2532
1647	3,1952	2,2908
1648	3,1952	2,2655
1649	3,1952	2,2294
1650	3,1952	2,1293

Fuente: Feliu (1991b: 19)

BIBLIOGRAFÍA

- ALLEN, R. C. (2001): "The Great Divergence in European Wages and Prices from the Middle Ages to the first World War", *Explorations in Economic History*, 38, pp. 411-447.
- ALLEN, R.C. (2003): "Poverty and Progress in Early Modern Europe", *Economic History Review*, 56 (3), pp. 403-443.
- ALLEN, R.C. (2005): "Real Wages in Europe and Asia: A First Look at the Long-Term Patterns", in ALLEN, R.C., BENGTSSON, T. y DRIBE, M. (Eds.): *Living Standards in the Past. New Perspectives on Well-Being in Asia and Europe*, Oxford University Press, Oxford, pp. 111-130.
- ALLEN, R.C. (2007): "India in the Great Divergence", in HATTON, T.J., O'ROURKE, K.H. y TAYLOR, A.M. (Eds.): *The New Comparative Economic History*, MIT Press, Cambridge, pp. 9-32.
- ALLEN, R.C. (2008): "Real Wage Rates (Historical Trends)", in DURLAUF, S.N., y BLUME, L.E. (Eds.): *New Palgrave Dictionary of Economics*, second edition, Palgrave Macmillan, New York.
- ALLEN, R.C., BENGTSSON, T. y DRIBE, M. (Eds.) (2005): *Living Standards in the Past. New Perspectives on Well-Being in Asia and Europe*, Oxford University Press, Oxford.
- ALLEN, R.C., BASSINO, J.P., MA, D., MOLL-MURATA, C. y VAN ZANDEN, J.L., (2010): "Wages, prices, and living standards in China, 1738–1925: in comparison with Europe, Japan and India", *Economic History Review*, 64 (S1), pp. 8-38.
- ANDRÉS UCENDO, J. I. (2005): "Algunas notas sobre el consumo y comercialización de tejidos en Castilla a comienzos del siglo XVII: la encuesta de 1618", *Revista de Historia Económica-Journal of Iberian and Latin American Economic History*, año nº 23, nº 1, pp. 13-46.
- ANDRÉS UCENDO, J. I. y LANZA GARCÍA, R. (2012): "El abasto de pan en el Madrid del siglo XVII", *Studia historica. Historia Moderna*, nº 34, pp. 59-95.
- BARTOLETTO, S. (2004): "L'approvvigionamento energetico de la città di Napoli tra XIX e XX secolo", en ZILLI, I.: *La natura e la città. Per una storia ambientale di Napoli fra '800 e '900*, Napoli-Roma, Edizioni Scientifiche Italiane, pp. 139-175.
- BASSINO, J. P. y MA, D. (2006): "Japanese Unskilled Wages in International Perspective, 1741–1913", *Research in Economic History*, 23, pp. 229-248.
- BERNAL RODRÍGUEZ, A. M. (dir.) (2003): *Estudio de la industria panadera de Alcalá de Guadaíra*, Sevilla, Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra.
- BERNARDOS SANZ, J. U. (1997): *No sólo de pan. Ganadería, abastecimiento y consumo de carne en Madrid (1450-1805)*, tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid.
- BERNARDOS SANZ, J. U. (2001): "El abastecimiento y consumo de pescado en Madrid durante el Antiguo Régimen", comunicación presentada al *VII Congreso de la Asociación Española de Historia Económica*, Zaragoza.
- BERNARDOS SANZ, J. U. (2003): *Trigo castellano y abasto madrileño: los arrieros y comerciantes segovianos en la Edad Moderna*, Valladolid, Junta de Castilla y León.
- BERNARDOS SANZ, J. U. (2004): "La evolución del consumo de alimentos y otros productos básicos a finales del Antiguo Régimen. Una reflexión sobre el caso español", ponencia presentada en el *II Congreso Nacional de Historia Económica de México*.

- BERNARDOS SANZ, J. U. (2005): “El mercado de la carne en Castilla durante la Edad Moderna”, ponencia presentada al *IX Congreso Internacional de la Asociación Española de Historia Económica*, Santiago de Compostela.
- BERNARDOS SANZ, J. U., HERNANDO, J., MADRAZO, G. y NIETO, J. (2010): “Energy consumption in Madrid, 1561 to c. 1860”, in *Common ground, converging gazes*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 316-339.
- BOISSIÈRE, J. (1990): “La consommation parisiens de bois et les sidérurgies périphériques : essai de mise en parallèle (milieu XVe-milieu XIXe siècles)”, en WORONOFF, D. (ed.): *Forges et forêts. Recherches sur la consommation proto-industrielle de bois*, París, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, pp. 29-56.
- BORRERO FERNÁNDEZ, M. (1991): “Crisis de cereales y alza de precios en la Sevilla de la primera mitad del siglo XVI”, *Historia. Instituciones. Documentos*, volumen 18, pp.39-55.
- BROADBERRY, S. y GUPTA, B. (2006): “The early modern great divergence: wages, prices and economic development in Europe and Asia, 1500–1800”, *Economic History Review*, 59 (1), pp. 2-31.
- CASTRO, C. (1987): *El pan de Madrid. El abasto de las ciudades españolas del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza Editorial.
- CUBILLO DE LA PUENTE, R. (1998): *El pescado en la alimentación de Castilla y León durante los siglos XVIII y XIX*, León, Universidad de León.
- CUBILLO DE LA PUENTE, R. (2000): *Comer en León. Un siglo de historia, 1700-1800*, León, Universidad de León.
- DE VRIES, J. (2009): *La revolución industrial: consumo y economía doméstica desde 1650 hasta el presente*, Barcelona, Crítica.
- DOBADO-GONZÁLEZ, R. y GARCÍA-MONTERO, H. (2012): “Neither so low nor so short: wages and heights in Bourbon Spanish America from an international comparative perspective”, *EHES Working Papers in Economic History*, nº 14, *European Historical Economics Society*, [http://ehes.org/EHES_No14.pdf].
- DRELICHMAN, M. (2005): “The curse of Moctezuma: American silver and the Dutch disease”, *Explorations in Economic History*, 42, pp. 349-380.
- DRELICHMAN, M. y GONZÁLEZ AGUDO, D. (2012): “What Price a roof? Housing and the cost of living in 16th-century Toledo”, documento presentado en la *Economic History Society Conference*, Oxford, United Kingdom, March 31, 2012. [<http://www.ehs.org.uk/ehs/conference2012/Assets/DrelichmannFullPaper.pdf>].
- ELSAS, M. J. (1936/1940): *Umriss einer Geschichte der Preise und Löhne in Deutschland*, Leiden, Sijthoff.
- FEINSTEIN, C. H. (1998): “Pessimism Perpetuated: real wages and the standard of living in Britain during and after the Industrial Revolution”, *The Journal of Economic History*, vol. 58, nº 3, pp. 625-658.
- FELIU i MONTFORT, G. (1991a): “L’equivalent metàl·lic d’algunes monedes de compte a l’Edat Moderna”, *Acta Numismàtica*, nº 21-23, pp. 455-474.
- FELIU i MONTFORT, G. (1991b): *Precios y salarios en la Cataluña Moderna. Volumen I: Alimentos*, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España.
- FELIU i MONTFORT, G. (1991c): *Precios y salarios en la Cataluña Moderna. Volumen II: Combustibles, productos manufacturados y salarios*, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España.
- FELIU i MONTFORT, G. (1995): “Precios andaluces y precios catalanes en la Edad Moderna”, *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía*, tomo 8, pp. 297-308, Sevilla, Consejería de Cultura y Medio Ambiente.

- FLANDRIN, J-L. y MONTANARI, M. (dir.) (2011): *Historia de la alimentación*.
- GARCÍA-BAQUERO LÓPEZ, G. (2006): *Sevilla y la provisión de alimentos en el siglo XVI. Abastecimiento y regulación del mercado por el concejo municipal en la Sevilla del siglo XVI*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla.
- GIL-BERMEJO GARCÍA, J. (1977): “Los precios del pan y de la carne en la contabilidad del colegio de San Telmo. Sevilla, 1760-1799”, *Archivo Hispalense*, tomo 60, nº 184, pp. 157-172.
- GRAFE, R. (2005): *Entre el mundo Ibérico y el Atlántico. Comercio y especialización regional, 1550-1650*, Bilbao, Diputación Foral de Bizkaia.
- GRAFE, R. (2012): *Distant Tyranny. Markets, Power and Backwardness in Spain, 1650-1800*, Princeton, Princeton University Press.
- GUIJO MAURI, J. M. (2008): *El registro de evidencias óseas humanas arqueológicas: condicionantes antropológicos y análisis contextual a través de series históricas de Sevilla y sudoeste peninsular (siglo I d. C.-siglo XVIII d. C.)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Sevilla.
- GUPTA, B. y MA, D. (2010): “Europe in an Asian Mirror: the Great Divergence”, in BROADBERRY, S. y O’ROURKE, K.H. (Eds.): *The Cambridge Economic History of Modern Europe, vol. 1, 1700-1870*, Cambridge University Press, Cambridge, pp.264-285.
- HAMILTON E. J. (1934): *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650*, Cambridge, Harvard University Press.
- HAMILTON, E. J. (1936): *Money, Prices, and Wages in Valencia, Aragon, and Navarre, 1351-1500*, Cambridge, Harvard University Press.
- HAMILTON, E. J. (1947): *War and Prices in Spain, 1650-1800*, Cambridge, Harvard University Press.
- HAMILTON, E. J. (1983): *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Barcelona, Ariel.
- HAMILTON, E. J. (1988): *Guerra y precios en España, 1651-1800*, Madrid, Alianza Universidad.
- HOFFMAN, P. T., JACKS, D. S., LEVIN, P. A., and LINDERT, P. H. (2002): “Real Inequality in Europe since 1500”, *The journal of Economic History*, vol. 62, No. 2, pp. 322-355.
- HOFFMAN, P. T., JACKS, D. S., LEVIN, P. A., and LINDERT, P. H. (2005): “Sketching the Rise of the Real Inequality in Early Modern Europe”, in ALLEN, R. C., BENGTSSON, T. and DRIBE, M. (Eds.): *Living Standards in the Past. New Perspectives on Well-being in Asia and Europe*, Oxford, Oxford University Press, pp. 131-172.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (2012): *Índice de precios al consumo. Base 2006. Metodología*, <http://www.ine.es/daco/daco43/metoipc06.pdf>.
- KELLY, M. y Ó GRÁDA, C. (2012): “Agricultural output, calories and living standards in England before and during the Industrial Revolution”, UCD Centre for economic research, working paper series, WP12/12, UCD School of Economics, University College Dublin, Belfield Dublin 4.
- LANA BERASAIN, J. M. (2007): “El poder de compra de jornaleros y criados. Salarios reales y mercados de trabajo en la Navarra rural (1771-1936)”, *Investigaciones en Historia Económica*, nº 7, pp. 37-68.
- LIVI BACCI, M. (1988): *Ensayo sobre la historia demográfica europea: población y alimentación en Europa*, Barcelona, Ariel.

- LLOPIS AGELÁN, E., GARCÍA-HIERNAUX, A., GARCÍA MONTERO, H., GONZÁLEZ-MARISCAL, M y HERNÁNDEZ GARCÍA, R. (2009): “Índices de precios de tres ciudades españolas, 1680-1800: Palencia, Madrid y Sevilla”, *América Latina en la Historia Económica*, nº 32, pp. 29-80.
- LLOPIS AGELÁN, E. y GARCÍA MONTERO, H. (2011): “Precios y salarios en Madrid, 1680-1800”, *Investigaciones en Historia Económica*, Vol. 7, nº 2, pp. 295-309.
- LLOPIS AGELÁN, E., JEREZ, M., ÁLVARO MOYA, A. y FERNÁNDEZ, E. (2000): “Índices de precios de la zona noroccidental de Castilla y León, 1518-1650”, *Revista de Historia Económica*, año XVIII, nº 3, pp. 665-684.
- LLOPIS AGELÁN, E., TORRAS ELÍAS, J. y YUN CASALILLA, B. (eds.) (2003): *El consumo en la España preindustrial*, Madrid, Marcial Pons / Centro de Estudios Políticos y Constitucionales / Caja Madrid.
- MALANIMA, P. (1996): *Energia e crescita nell'Europa preindustrial*, Roma, La Nuova Italia Scientifica.
- MALANIMA, P. (2001): “The energy basis for early modern growth, 1650-1820”, in PRAAK, M. (ed.): *Early Modern Capitalism. Economic and Social Change in Europe, 1400-1800*, New York, Routledge, pp. 51-68..
- MALANIMA, P. (2003): “Measuring the Italian Economy, 1300-1861”, *Rivista di Storia Economica*, XIX, nº. 3.
- MALANIMA, P. (2006): “An Age of Decline. Product and Income in Eighteenth-Nineteenth Century Italy”, *Rivista di Storia Economica*, XXII, nº. 1.
- MALANIMA, P. (2007): “Wages, Productivity and Working Time in Italy, 1300-1913”, *Journal of European Economic History*, 36 (1), pp. 127-74.
- MALANIMA, P. (2013): “When did England overtake Italy? Medieval and early modern divergence in prices and wages”, *European Review of Economic History*, Volume 17, Issue 1, pp. 45-70.
- MARTÍN ACEÑA, P. (1992): “Los precios en Europa durante los siglos XVI y XVII: estudio comparativo”, *Revista de Historia Económica*, año X, nº 3, pp. 359-395.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, D. y SÁNCHEZ-MONTES GONZALEZ, F. (2008): “Familia y hogares en Andalucía”, en GARCÍA GONZÁLEZ, F. (coord.): *La historia de la familia en la península Ibérica. Balance regional y perspectivas. Homenaje a Peter Laslett*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 233-260.
- MATAIX VERDÚ, J. (ed.) (2009): *Tabla de composición de alimentos*, Granada, Universidad de Granada, Instituto de Nutrición y Tecnología de Alimentos.
- MONTANARI, M. (1993): *El hambre y la abundancia: historia y cultura de la alimentación en Europa*, Barcelona, Crítica.
- MORA RUIZ, M. (2008): *Familia y población en el condado de Niebla (1520-1860)*, Huelva, Diputación Provincial de Huelva.
- MORENO LÁZARO, J. (2002): “¿Fomentó el capitalismo agrario la desigualdad? Salarios y niveles de vida en Castilla la Vieja, 1751-1861”, en MARTÍNEZ CARRIÓN, J. M. (ed.): *El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XX*, Salamanca, Publicaciones de la Universidad de Alicante, pp. 75-112.
- MORINEAU, M. (1985): *Incroyables gazettes et fabuleux métaux. Les retours des trésors américains dans les gazettes hollandaises (XVI^e-XVIII^e siècles)*, Cambridge, Cambridge University Press et Paris, Éditions de la maison des Sciences de l'homme.
- NADAL OLLER, J. (1959): “La revolución de los precios españoles en el siglo XVI”, *Hispania: revista española de historia*, nº 77, pp. 503-529.

- ÖZMUCUR, S. and PAMUK, S. (2002): "Real Wages and Standards of Living in the Ottoman Empire, 1489-1914", *Journal of Economic History*, 2, pp. 293- 321.
- PAMUK, S. y VAN ZANDEN, J.L. (2010): "Standards of living", in BROADBERRY, S. and O'ROURKE, K.H. (Eds.): *The Cambridge Economic History of Modern Europe*, vol. 1, 1700-1870, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 217-234.
- PHELPS BROWN, E. H. y HOPKINS, S. V. (1955): "Seven Centuries of Building Wages", *Economica*, NS, Vol. 22.
- PHELPS BROWN, E. H. y HOPKINS, S. V. (1956): "Seven Centuries of the Prices of Consumables, Compared with Builders' Wage Rates", *Economica*, NS, Vol. 23.
- POMERANZ, K. (2000): *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton University Press, Princeton.
- POSTHUMUS, N. W. (1946): *Inquiry into the History of Prices in Holland, Vol. I*, Leiden, E. J. Brill.
- POSTHUMUS, N. W. (1964): *Inquiry into the History of Prices in Holland, Vol. II*, Leiden, E. J. Brill.
- PRIBRAM, A. F. (1938): *Materialien zur Geschichte der Preise und Löhne in Osterreich, Band I*, Vienna, Carl Ueberreuters Verlag.
- RAMOS PALENCIA, F. C. (2003): "La demanda de textiles en las familias castellanas a finales del Antiguo Régimen, 1750-1850: ¿Aumento del consumo sin industrialización?", en LLOPIS AGELÁN, E., TORRAS ELÍAS, J. y YUN CASALILLA, B. (eds.): *El consumo en la España pre-industrial*, Madrid, Marcial Pons / Centro de Estudios Políticos y Constitucionales / Caja Madrid, pp. 141-180.
- REAL SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE DE AMIGOS DEL PAÍS (1795): *Memorias de la Real Sociedad Económica de Madrid*, Tomo V, Madrid, [http://books.google.es/books?id=nwMT63p0lb8C&printsec=frontcover&hl=es&source=gbg_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false]
- REHER, D. y BALLESTEROS, E. (1993): "Precios y salarios en Castilla la Nueva: la construcción de un índice de salarios reales, 1501-1991", *Revista de Historia Económica*, año XI, nº 1, pp. 101-151.
- RODERO SERRANO, E. (2006): *La producción y el consumo de alimentos de origen animal en la Andalucía de la Alta Edad Moderna*, Córdoba, Universidad de Córdoba.
- RUBIO MERINO, P. (1987): *Archivo de la Santa, Metropolitana y Patriarcal Iglesia Catedral de Sevilla. Inventario General. Tomo I*, Madrid, Fundación Ramón Areces.
- RUBIO MERINO, P. y GONZÁLEZ FERRÍN, M. I. (1998): *Archivo de la Santa, Metropolitana y Patriarcal Iglesia Catedral de Sevilla. Inventario General. Tomo II*, Madrid, Fundación Ramón Areces.
- SANTIAGO FERNÁNDEZ, J. (2000): "Moneda y fiscalidad en Castilla durante el siglo XVI" en *IV Jornadas Científicas sobre documentación de Castilla e Indias en el siglo XVI*, Madrid, 2005, pp. 409-433.
- SANTIAGO FERNÁNDEZ, J. (2005): *Política monetaria en Castilla durante el siglo XVII*, Valladolid, Junta de Castilla y León.
- STEIN, S. J. y STEIN, B. H. (2000): *Plata, comercio y Guerra. España y América en la formación de la Europa Moderna*, Barcelona, Crítica.
- VAN ZANDEN, J. L. (1999): "Wages and the standard of living in Europe, 1500-1800", *European Review of Economic History*, 2.

- VAN ZANDEN, J. L. (2005): "What happened to the standard of living before the Industrial Revolution? New evidence from the Western part of the Netherlands" in ALLEN, R. C., BENGTSSON, T., and DRIBE, M. (eds.), *Living standards in the past. New perspectives on well-being in Asia and Europe*, Oxford, Oxford University Press.
- VRIES, P.H.H. (2001): "Are Coal and Colonies Really Crucial? Kenneth Pomeranz and the Great Divergence", *Journal of World History*, 12 (2), pp. 407-446.
- VRIES, P.H.H. (2003): *Via Peking Back To Manchester: Britain, The Industrial Revolution and China*, CNWS Publications, Leiden.
- WARDE, P. (2003): "Forests, energy and politics in the Early Modern German States", in CAVACIOCCHI, S. (ed.): *Economia e energia*, Firenze, Le Monnier, pp. 585-597.
- YUN CASALILLA, B. (2004): *Marte contra Minerva. El precio del imperio español, c. 1450-1600*, Barcelona, Crítica.

SEGUNDA PARTE

CENTRO

CAPÍTULO 3

La producción agraria y el producto agrario por habitante en el arzobispado de Sevilla, 1521-1800¹

1. INTRODUCCIÓN

La sesión *Economic Growth and Structural Change*, coordinada por Angus Maddison y Herman Van der Wee en el XI Congreso Internacional de Historia Económica —celebrado en Milán en 1994²— constituyó un importante estímulo para las investigaciones que pretenden retratar la trayectoria del PIB, del producto agrario y de otras macromagnitudes económicas en la Europa de la Edad Moderna³. Más recientemente, la crisis que atenaza desde 2007 a buena parte de las principales

¹ El presente capítulo es una versión remozada y actualizada —a la luz, fundamentalmente, de los nuevos cálculos efectuados en la primera parte de la tesis en lo que se refiere a las cifras de población para Andalucía occidental y al refinamiento y mayor precisión a la hora de dibujar el trazado en la evolución de los precios y del coste de la vida en la ciudad de Sevilla— del artículo que con el título de “Un crecimiento tempranamente quebrado: el producto agrario en Andalucía occidental en la Edad Moderna” fue publicado en el año 2010 en el número 50 de la Revista de Historia Agraria por quien estas líneas suscribe junto al profesor Enrique Llopis Agelán —véase LLOPIS-AGELÁN y GONZÁLEZ-MARISCAL (2010)—. Dicho trabajo se benefició de la financiación concedida al proyecto de investigación SEJ2005-05070/ECON por el Ministerio de Educación y Ciencia.

Nos gustaría expresar nuestro más sincero agradecimiento a Ángel García Sanz, Antonio Luis López Martínez y Emilio Pérez Romero por sus certeras orientaciones, así como también a Maximiliano Barrio el habernos proporcionado la información concerniente a los diezmos que el obispado de Córdoba percibió en el quinquenio 1794-1798, además de su ayuda a la hora de examinar una de las principales fuentes empleadas en este trabajo: las rentas de las mitras. Los errores que puedan derivarse de nuestro trabajo sólo son imputables a quien lo remata con su firma.

² MADDISON y VAN DER WEE (1994). En esa sesión, el profesor YUN CASALILLA (1994) presentó un trabajo preliminar sobre los resultados económicos de la Corona de Castilla entre 1550 y 1800.

³ Con respecto a España, véanse MADDISON (2001) y (2003); CARRERAS (2003); VAN ZANDEN (2001) y (2005); y ÁLVAREZ NOGAL y PRADOS DE LA ESCOSURA (2006), (2007a), (2007b) y (2013).

economías del mundo y el funcionamiento anómalo del capitalismo han supuesto un poderoso acicate para los historiadores económicos a la hora de revisar y desentrañar las razones que determinan el crecimiento económico en el largo y muy largo plazo. Prueba de ello, es la gran cantidad de sesiones consagradas al análisis y la reconstrucción de macromagnitudes durante el Antiguo Régimen en los últimos congresos de historia económica celebrados tanto a nivel nacional como internacional⁴, los enormes esfuerzos emprendidos por diversos investigadores para crear sólidas bases de datos que permitan el estudio y la comparación por regiones y países de dicha temática a escala planetaria⁵, amén de la abundante literatura que ha generado tal inquietud y preocupación académica por discernir las causas últimas del crecimiento económico⁶.

En lo que concierne específicamente al producto agrario, buena parte de los trabajos más reputados de los últimos años han recurrido a la vía del consumo para estimar la evolución de dicha variable en los siglos XVI, XVII y XVIII⁷. En estas investigaciones, el producto agrario por habitante ha sido inferido mediante funciones de demanda a partir de los salarios reales, los precios relativos de los productos agrarios y no agrarios, las elasticidades precio y renta de la demanda y, cuando era conocido, del saldo de la balanza comercial agraria. La inexistencia o casi inexistencia, para muchos países y regiones, de datos o indicadores sobre la producción agraria en diversas fechas de la Edad Moderna han inducido a numerosos investigadores a recurrir a la ya comentada vía del consumo.

Sin embargo, consideramos que los ensayos de Allen, Malanima y Álvarez Nogal-Prados de la Escosura en los que se ha empleado tal procedimiento, presentan un

⁴ A escala nacional, en los dos últimos congresos de la Asociación Española de Historia Económica (celebrados en Murcia en 2008 y en Carmona en 2011) se han dedicado sesiones a la reconstrucción y análisis de macromagnitudes económicas en el Antiguo Régimen. A tal respecto, véanse los siguientes enlaces: [<http://www.um.es/ixcongresoaehe/?sec=sesionesA1>] y [<http://www.aehe.net/xcongreso/sesion-cuentas-demograficas.html>].

A nivel internacional, el XVth y el XVIth World Economic History Congress (WEHC) celebrados, respectivamente, en Utrecht (Países Bajos) en 2009 y en Stellenbosch (Sudáfrica) en 2012, también dispusieron de paneles en los que se abordó dicha temática: [<http://www.wehc2009.org/programme.htm>] y [<http://www.wehc2012.org/assets/pdf/WEHC%20Programme.pdf>].

⁵ Véase el enlace del proyecto Maddison: [<http://www.ggd.net/maddison/maddison-project/home.htm>].

⁶ Entre los estudios más reciente con respecto a la evolución producto agrario en Inglaterra o del PIB en España, véanse KELLY y Ó GRÁDA (2012) y ÁLVAREZ NOGAL y PRADOS DE LA ESCOSURA (2013).

⁷ Véanse ALLEN (2000), pp. 13-18; MALANIMA (2003a), pp. 277-280; ÁLVAREZ NOGAL y PRADOS DE LA ESCOSURA (2007b), pp. 343-350. Estos últimos autores también han estimado el producto agrario a través del “método Wrigley”, pero en dicho trabajo se considera preferente el enfoque de la función de demanda.

problema de no escasa envergadura: los salarios reales, al margen de que nuestro conocimiento sobre esta variable sea bastante parcial y fragmentario, constituyen un mal *proxy* de la renta por habitante o de la renta familiar regional o nacional en la Europa de los siglos XVI, XVII y XVIII. Y ello, esencialmente, por dos razones: en primer lugar, por los notables cambios que pudo experimentar la distribución de la renta entre los distintos factores de producción y, en segundo término, por el apreciable incremento que tuvo lugar en la oferta de trabajo por habitante, sobre todo en el Setecientos y en aquello que atañe, fundamentalmente, a la población femenina⁸. Es muy probable, por ende, que la renta familiar haya descrito una trayectoria más positiva —o al menos no tan negativa— que lo reflejado por la evolución de los salarios reales diarios o por los ingresos salariales masculinos en la mayoría de los países europeos en la época moderna⁹. De modo que resulta bastante verosímil que esa forma de acercamiento al producto agrario esté sesgando significativamente a la baja el crecimiento de dicha variable en la Edad Moderna, sobre todo en los períodos en los que más retrocedieron en términos relativos las rentas salariales y en los que más se incrementó la oferta de trabajo por habitante.

Estas consideraciones ayudan, a nuestro juicio, a entender por qué las estimaciones de Allen arrojan un balance agrario tan negativo de la Europa moderna. Según dicho investigador, el producto agrario por habitante, entre comienzos del siglo XVI y finales del XVIII, descendió un 33,8 por 100 en Italia, un 33,3 por 100 en Bélgica, un 32 por 100 en Inglaterra, un 31,5 por 100 en Austria, un 25 por 100 en España, un 23,6 por 100 en Alemania, un 21,7 por 100 en Francia, un 9,8 por 100 en Polonia y un 3,6 por 100 en Holanda¹⁰. Estos resultados no acaban de encajar con lo que sabemos acerca de la evolución de la mortalidad en la Europa moderna¹¹ —época en la que la importación neta de alimentos por parte de los diferentes países tenía una magnitud bastante reducida—, así como tampoco con los avances económicos que se registraron en extensas zonas de la zona noroccidental del viejo continente durante ese período,

⁸ Para el caso de Inglaterra, véase ANGELES (2008).

⁹ Sobre los salarios reales en ese período, véanse VAN ZANDEN (1999) y (2005); ALLEN (2001); BROADBERRY y GUPTA (2006).

¹⁰ ALLEN (2000: 19).

¹¹ Si el producto agrario por habitante de la Europa occidental hubiese caído en las proporciones indicadas por Allen entre comienzos del siglo XVI y finales del XVIII, la tasa de mortalidad tendría que haber registrado en ese territorio un incremento significativo.

incluidos aquellos que hicieron posible la gestación de la primera Revolución Industrial en Inglaterra¹².

Afortunadamente, los archivos españoles —nos estamos refiriendo, esencialmente, al Archivo Histórico Nacional, al Archivo General de Simancas, a los archivos catedralicios, a los archivos diocesanos y a bastantes de los archivos parroquiales— albergan una impresionante masa documental acerca de la percepción y la gestión de los diezmos —lo cual permite reconstruir la evolución del producto agrario, fundamentalmente, el cerealista— en la mayor parte de las regiones de nuestro país en el transcurso de los siglos modernos. Por lo tanto, para España, es posible ensayar la vía del producto a la hora de estimar el crecimiento agrario en los siglos XVI, XVII y XVIII. Este procedimiento, como tendremos ocasión de constatar, en absoluto está exento de escollos de no poca entidad y cuantía, pero, en nuestra opinión, permite, sobre todo cuando se dispone de una información decimal voluminosa y de notable calidad, trabajar con márgenes de error netamente inferiores a los que han de asumirse cuando se recurre a la vía del consumo y se emplean funciones de demanda en las que a los salarios reales se les asigna el papel de *proxy* de la renta por habitante.

Desde hace más de cuatro décadas, numerosos investigadores han dedicado importantes esfuerzos a la reconstrucción de un elevado número de series de distintas variables económicas de la España del Antiguo Régimen. Pese a ello, estamos aún lejos de disponer de unas estimaciones solventes y plenamente aceptadas acerca de la evolución del PIB¹³ y del producto agrario¹⁴ de nuestro país y de sus diversas regiones en la Edad Moderna. Estimar el crecimiento, desvelar las tendencias y determinar los cambios en la composición del producto agrario en la Andalucía occidental de los siglos XVI, XVII y XVIII constituyen los objetivos esenciales de este capítulo. Para lograrlos,

¹² Gregory Clark ha cuestionado la existencia de un progreso económico significativo de Europa antes de la Revolución Industrial, incluso en el área noroccidental: el modesto avance tecnológico y el “buen gobierno” se tradujeron mucho más en un aumento en el tamaño de las sociedades que en una elevación de la renta por habitante, CLARK (2007: 28-30 y 35). Sin embargo, este criterio es claramente minoritario entre los especialistas.

¹³ Sobre el PIB en la Corona de Castilla o en la España del Antiguo Régimen, véanse YUN (1994) y (1998); MADDISON (2001); VAN ZANDEN (2001) y (2005); CARRERAS (2003); ÁLVAREZ-NOGAL y PRADOS DE LA ESCOSURA (2006), (2007a), (2007b) y (2013).

¹⁴ Sin ningún ánimo de exhaustividad, véanse ANES (1970); PONSOT (1982) y (1986); GARCÍA SANZ (1977); LÓPEZ SALAZAR y MARTÍN GALÁN (1981); BILBAO y FERNÁNDEZ DE PINEDO (1982); EIRAS (1982); LEMEUNIER (1982); MACÍAS (1986) y (1989); PÉREZ PÍCAZO y LEMEUNIER (1984); MARCOS MARTÍN (1989); ARDIT (1989); y SEBASTIÁN AMARILLA (1992).

recurriremos a la fuente clásica empleada en tal tipo de tentativas: la documentación sobre rentas decimales. En nuestro caso, los pilares informativos de este ensayo están constituidos por los diezmos percibidos por el arzobispo de Sevilla y los obispos de Córdoba y Cádiz en distintos cortes temporales¹⁵, así como por las cantidades de grano y los montantes en metálico ingresados por la mesa capitular del cabildo hispalense en concepto de derechos decimales¹⁶.

Se han realizado diversos estudios sobre la trayectoria de la producción agraria de la Andalucía occidental en el Antiguo Régimen, entre los que sobresalen los de Gonzalo Anes y Pierre Ponsot¹⁷. No obstante, dichos trabajos sólo cubren una parte de la Edad Moderna y, sobre todo, todavía no se ha llevado a cabo ningún intento de estimar el crecimiento del producto agrario en dicho territorio entre diversos cortes temporales. De nuestras estimaciones se infiere que en las últimas décadas del Quinientos se quebró el vigoroso crecimiento que Andalucía occidental había registrado en los tres primeros cuartos de dicha centuria y que el producto agrario regional por habitante no llegaría a recobrar en los siglos XVII y XVIII los niveles que había alcanzado en el XVI. De modo que el examen completo de las centurias modernas con este nuevo aporte documental, especialmente con las series de diezmos percibidos tanto en especie como en metálico por la mesa capitular del cabildo de la catedral de Sevilla entre 1521 y 1800, invita a revisar o, cuando menos, a matizar lo establecido por la historiografía acerca del balance agrario de la región en la Edad Moderna, fundamentalmente, la tesis de que la depresión económica de finales del Quinientos y de la primera mitad del Seiscientos fue bastante menos intensa en Andalucía occidental que en otros territorios del interior de la Corona de Castilla.

Tras esta breve introducción, el trabajo queda estructurado del siguiente modo: en el epígrafe dos se presentan y examinan las fuentes utilizadas y se detallan los métodos empleados en la estimación del crecimiento agrario; en el tres, se ofrecen y analizan las series decimales construidas y los índices de producción calculados, y se apuntan

¹⁵ Archivo General de Simancas (AGS), Patronato Eclesiástico, legajos 136 y 137; Archivo Histórico Nacional (AHN), Consejos, legajos 16.989, 17.002 y 17.047.

¹⁶ «Libros de la mayordomía del cabildo. Casillas», Archivo de la Catedral de Sevilla (ACS), sección II, serie 1ª, libros 2B-241D y 00024-00034.

¹⁷ ANES (1970), p. 464, gráfico 9; PONSOT (1982) y (1986). Véanse también, entre otros, MUÑOZ DUEÑAS (1988); LADERO QUESADA y GONZÁLEZ JIMÉNEZ (1978); MARTÍN RIEGO (1990); y TRAVERSO (1987).

algunas explicaciones a los reveses agrarios sufridos entre finales del siglo XVI y la primera mitad del XVII; por último, en el cuarto apartado se destacan las principales conclusiones a las que hemos llegado en esta investigación.

2. FUENTES Y MÉTODOS

Las principales fuentes que se han manejado en la elaboración de este capítulo han sido, por un lado, las “Relaciones de los valores de las mitras enviadas a la Secretaría del Real Patronato” y, segundo lugar, los “Libros de la mayordomía del cabildo. Casillas” del Archivo de la Catedral de Sevilla —en este último caso, se trata del documento contable de mayor importancia que era emitido sobre las cuentas generales de la mesa capitular del cabildo hispalense, la administración de más elevado rango de las dos que integraban el consistorio eclesiástico¹⁸—. La primera de ellas ha sido analizada y empleada por Maximiliano Barrio en sus numerosos estudios sobre las rentas de los obispos españoles en la Edad Moderna¹⁹. Antes de señalar sus problemas, queríamos resaltar la gran ventaja de dicha fuente: aporta datos sobre diezmos referentes a muchas diócesis y a un período temporal muy amplio²⁰; contamos con “Relaciones” para la mayor parte de las diócesis españolas, si bien las relativas a la Corona de Castilla son bastante más numerosas que las correspondientes a la Corona de Aragón. El primer inconveniente de las rentas de las mitras radica en su discontinuidad temporal: sólo cuando fallecía un obispo o renunciaba a su sede, “la Secretaría del Real Patronato escribía a los cabildos, sede vacante, pidiendo relación detallada del monto de las rentas respectivas en el trienio, fondo Simancas, o en el quinquenio, fondo Madrid, anterior, con el fin de cargar al nuevamente provisto la tercera parte de pensión sobre el importe de la renta líquida y deducir la cuantía de la mesada que tenía que abonar”²¹.

¹⁸ Un análisis algo más detallado de dichas fuentes puede encontrarse en LLOPIS AGELÁN y GONZÁLEZ-MARISCAL (2008).

¹⁹ Entre los numerosos trabajos publicados por dicho autor sobre este tema, véanse especialmente BARRIO (1987), (2000) y (2004). En ellos emplea la fuente para estudiar las rentas de los obispos, mientras que nuestro propósito radica en la estimación del crecimiento agrario en diversas áreas a través de las “Relaciones”.

²⁰ Desde mediados del siglo XVI hasta finales del primer tercio del XIX.

²¹ BARRIO (1987: 87). Además, no siempre los registros de las rentas de las mitras proporcionaban información por trienios (en la documentación conservada en el Archivo General de Simancas referente a

Un segundo problema estriba en la heterogeneidad del contenido de las "Relaciones". En unos casos, proporcionan información sobre la cuantía de los distintos capítulos que integraban la renta bruta de la mitra correspondiente (rentas territoriales, rentas decimales, derechos y otros ingresos), mientras que en otros ofrecen datos exclusivamente de la renta bruta agregada; en unas ocasiones suministran cifras de todos los años del trienio o quinquenio correspondiente, en tanto que en otras sólo consignan el promedio o los promedios anuales; en algunas "Relaciones" se informa acerca de la renta bruta y de la renta líquida de la mitra, mientras que en otras sólo se da cuenta de esta última. La heterogeneidad vuelve a hacerse patente en lo que atañe específicamente a las rentas decimales. Los diezmos de cereales unas veces se administraban directamente por los obispados y otras, eran arrendados, tanto en especie como en metálico. Por lo que concierne a las mitras de Andalucía occidental, los obispos de Córdoba y Sevilla arrendaban en especie los diezmos de granos y el de Cádiz los administraba directamente²². En cuanto a los diezmos de los restantes productos, el arrendamiento en metálico constituía el sistema de administración, con gran diferencia, más utilizado por los prelados, pero el recurso a la administración directa tampoco puede calificarse de excepcional²³.

Cuando los diezmos eran arrendados, los registros de aquéllos no permiten medir de manera precisa las fluctuaciones interanuales de la producción agraria²⁴: en primer lugar, es muy probable que el nivel de beneficios de los arrendatarios de los derechos decimales variase con el transcurso del tiempo; en segundo lugar, los obispos o cabildos arrendaban en ocasiones sus diezmos por tres o más años; y, en tercer lugar, con respecto a los diezmos arrendados en metálico, a menudo el investigador no puede construir deflatores adecuados —índices ponderados de precios en origen de los principales productos y esquilmos— y el problema que atañe a la variabilidad interanual de los beneficios de los arrendatarios de tales derechos se hace más acusado —los costes de gestión y los riesgos asumidos eran superiores en estas operaciones que en los arrendamientos en especie— para poder estimar las variaciones en los niveles de

la segunda mitad del siglo XVI y a las primeras décadas del XVII) o quinquenios (en las "Relaciones" depositadas en el Archivo Histórico Nacional cuyo límite temporal inferior se sitúa en la década de 1620).

²² BARRIO (1987: 127-128 y 131).

²³ BARRIO (1987), p. 127; GARCÍA SANZ (1973).

²⁴ ÁLAVAREZ VÁZQUEZ (1984: 15-17).

producción, asunto —el que se refiere al deflactor— al que más tarde prestaremos la atención que merece.

Como en Andalucía occidental la mayor parte de los derechos decimales sobre los granos eran arrendados en especie, tampoco tenemos seguridad de que las cifras que aparecen en la rentas de las mitras de dicha región reflejen de manera precisa las oscilaciones interanuales de la producción cerealista, ya que el margen de beneficios de los arrendatarios de dichos derechos podía registrar variaciones en el corto plazo. En cualquier caso, en este trabajo vamos a emplear las “Relaciones” exclusivamente para estimar los cambios en los niveles de producción en el largo plazo; es decir, el crecimiento agrario entre distintos cortes temporales. Pese a ello, en el caso del producto no cerealista los márgenes de error de las estimaciones, debido a la inexcusabilidad del uso de deflactores, que a menudo distan bastante de ser los óptimos, son mayores que en el caso del producto cerealista.

El tercer problema que suscita el empleo de las “Relaciones” para el cálculo del crecimiento agrario radica en los precios empleados en la valoración de los diezmos percibidos en especie. En algunos casos se utilizaron los precios de mercado (es decir, los precios a los que los obispos vendieron los granos), pero, cuando aquéllos superaban los máximos oficiales, casi siempre se empleaban los precios de tasa. El empleo de estos últimos, independientemente de que la tasa fuese de carácter sinodal o general, se traducían en una importante infravaloración de los diezmos de cereales, sobre todo en el siglo XVIII²⁵. Este escollo puede solventarse o paliarse si se disponen de buenas series de precios de los distintos granos diezmados (o se cuenta con fuentes para construirlas). En el caso que nos ocupa, hemos elaborado series de precios del trigo y de la cebada en Sevilla que cubren los tres últimos cuartos del siglo XVI y los siglos XVII y XVIII al completo.

Los fondos del Archivo de la Catedral de Sevilla han constituido el segundo y más importante de los yacimientos documentales empleados en la obtención de las cifras de producción agraria que se ofrecen en este capítulo. Entre ellos, la serie compuesta por

²⁵ En el obispado de Cartagena, en diferentes quinquenios de la segunda mitad del siglo XVIII, dicha infravaloración fluctuó entre un 15,6 y un 61,9 por 100 (BARRIO (2004: 255-256)).

los “libros de la mayordomía del cabildo-casillas”²⁶ ha representado el componente fundamental para la consecución de nuestros objetivos²⁷. Como ya adelantamos, se trata del documento contable de mayor importancia que elaboraba anualmente la mesa capitular, una de las dos administraciones que integraban el cabildo de la catedral hispalense (la otra era la fábrica). En ellos se consignaban los ingresos en especie y en metálico de dicha administración, así como los destinos que les eran asignados. Entre las virtudes de esta fuente, ha de reseñarse el reducido número de “Libros de la mayordomía del cabildo” que no se han conservado hasta nuestros días. El más antiguo de ellos data de 1521 y para el siglo XVI contamos con un total de sesenta libros de “Casillas”. Las lagunas documentales son mínimas para los siglos XVII y XVIII: tan sólo faltan los volúmenes de 1605 y 1778.

Antes de seguir avanzando en el análisis de dicha fuente documental nos detendremos brevemente en observar la organización económica y administrativa del cabildo catedral de Sevilla, así como de la administración correspondiente a la mesa capitular²⁸. Pues bien, según definición establecida por Teruel Gregorio de Tejada²⁹, un cabildo eclesiástico

es una corporación o colegio de beneficiados (partícipes de un beneficio) adscritos a una determinada iglesia, unidos por una tarea espiritual común: la celebración solemne del culto divino en el coro particular; y por una comunidad temporal parcial: la retribución de la mesa capitular (del cabildo). Si la iglesia es una catedral (sede del obispo), el cabildo asume el calificativo de “catedral”.

En nuestro caso, nos encontramos que, para los siglos estudiados, el cabildo catedral de Sevilla era una corporación integrada por un total de ochenta prebendados (cuarenta

²⁶ ACS, sección II, serie 1ª, libros 2B-241C y 00024-00034.

²⁷ También se han consultado algunos de los volúmenes de las series compuestas por los “Libros de Diezmos”, ACS, sección II, serie 5ª, libros 1317-1452 y 01610-01672; los “Libros Mayores de Diezmos”, ACS, sección II, serie 5ª, libros 01325-01455; y los “Libros Manuales de Diezmos”, ACS, sección II, serie 5ª, libros 01491-01548.

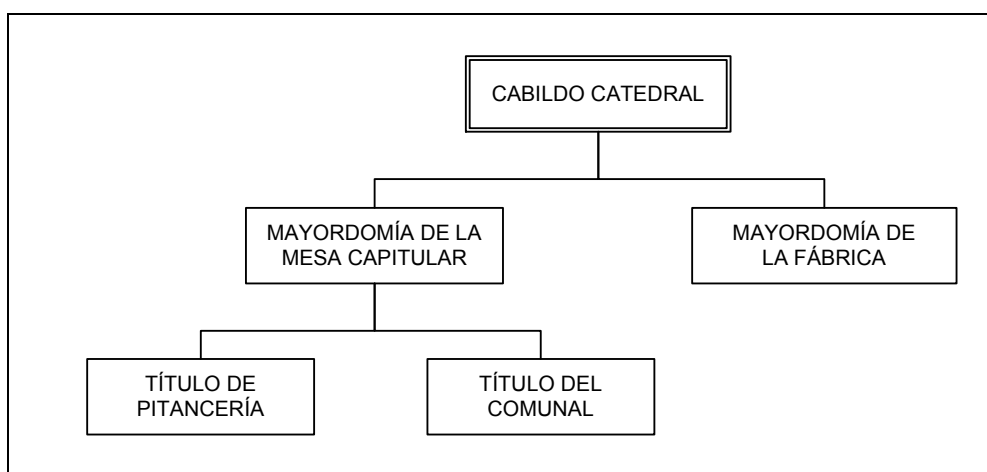
²⁸ En la confección de esta parte del capítulo resultó de gran valía la consulta de varias obras que ya trataron en sus páginas la intrincada organización del cabildo catedral hispalense. Nos referimos, en concreto, a aquellas que aparecen firmadas por PÉREZ-EMBED WAMBA (1977), MARTÍN RIEGO (1990), RODRÍGUEZ ESTÉVEZ (1995) y HERNÁNDEZ BORREGUERO (2002) y (2010).

²⁹ TERUEL GREGORIO DE TEJADA (1993: 31-32).

canónigos, veinte racioneros y veinte medios racioneros³⁰) e instituida con la expresa finalidad de organizar y garantizar tanto la celebración litúrgica como la retribución de cada uno de sus miembros. Dos administraciones eran las encargadas de asegurar la consecución de este par de objetivos principales: la mayordomía del cabildo tenía encomendada la labor de satisfacer la función remuneradora, mientras que la mayordomía de la fábrica se ocupaba de cubrir los aspectos materiales necesarios para solventar la finalidad litúrgica. Ambas disponían de una importante dotación de bienes y rentas, garantes en la obtención de dichos propósitos. Al frente de cada una de ellas se encontraba un mayordomo, encargado de poner en explotación los bienes y recursos asignados, y destinar el producto obtenido a los fines previamente establecidos.

Antes de continuar con el estudio de las dos intendencias es necesario resolver la aparición de un problema de carácter semántico, lo cual nos permitirá manejar sin ambages la nomenclatura establecida. El inconveniente a solventar viene planteado por el mismo empleo que en la documentación original se realiza del término *cabildo* como órgano supremo en la organización económico-administrativa de la catedral sevillana y, a su vez, como una de las dos administraciones que lo integran. Para no confundir la parte con el todo y deshacer el equívoco, nos serviremos de un giro lingüístico, denominando a la administración en conflicto como *mayordomía de la mesa capitular*.

ILUSTRACIÓN 1. La organización económico-administrativa del cabildo catedral de Sevilla en los siglos XVI, XVII y XVIII



Fuente: elaboración propia

³⁰ Libro de estatutos y constituciones de la Santa Iglesia de Sevilla, ACS, sección I, serie 10, libro 375, pp. 174-175.

De este modo, tendríamos al Cabildo como principal órgano rector de la catedral, y a dos administraciones dependiendo de él: la mayordomía de la mesa capitular y la mayordomía de la fábrica. A su vez, hay que indicar que la mayordomía de la mesa capitular se encontraba dividida, de una manera que concernía más a las formas que al fondo, en dos secciones: el título de pitancería y el título del comunal. Aunque parece ser que originalmente ambas secciones fueron concebidas como dos mayordomías independientes, con competencias nítidamente diferenciadas a partir de las cuales habrían tomado su denominación³¹, en la época que nos ocupa se encuentran despojadas de ese estatus superior y aparecen integradas bajo la tutela de una misma administración. La principal atribución confiada a ambos títulos en los siglos XVI, XVII y XVIII pasaba por satisfacer los sueldos y dividendos de los componentes del cabildo eclesiástico. Serán las prerrogativas subalternas las que marquen las diferencias entre una y otra sección: el título del comunal contará como fuente de ingresos básica con el producto obtenido a partir del diezmo que gravaba la producción agraria no cerealista, mientras que para el título de pitancería, serán las rentas dinerarias derivadas de la explotación de su inmenso patrimonio en casas y tierras las que supongan su vía de financiación primera. En la ilustración 1 aparece reflejada esta aproximación a la organización económica y administrativa del cabildo eclesiástico sevillano. A continuación, pasamos a analizar un poco más detalladamente la ordenación de la mayordomía de la mesa capitular —debido a que nuestro estudio tiene como fuente documental básica los libros de cuentas de esta administración—, deteniéndonos en observar los aspectos más importantes que la definen.

Entre los dos objetivos esenciales que tenía encomendados el Cabildo, la mayordomía de la mesa capitular se encargaba, como ya hemos mencionado, de administrar los bienes y las rentas destinados a retribuir a los integrantes del consistorio, esto es, a los clérigos beneficiados o prebendados. El documento contable de mayor importancia que con carácter anual emitía esta intendencia son los volúmenes que aparecen denominados habitualmente bajo la rúbrica “libros de mayordomía del Cabildo-Casillas”, y que para nosotros, tras la modificación nominal efectuada en líneas inmediatamente anteriores en aras de evitar confusiones, vendrían a ser los “libros de la

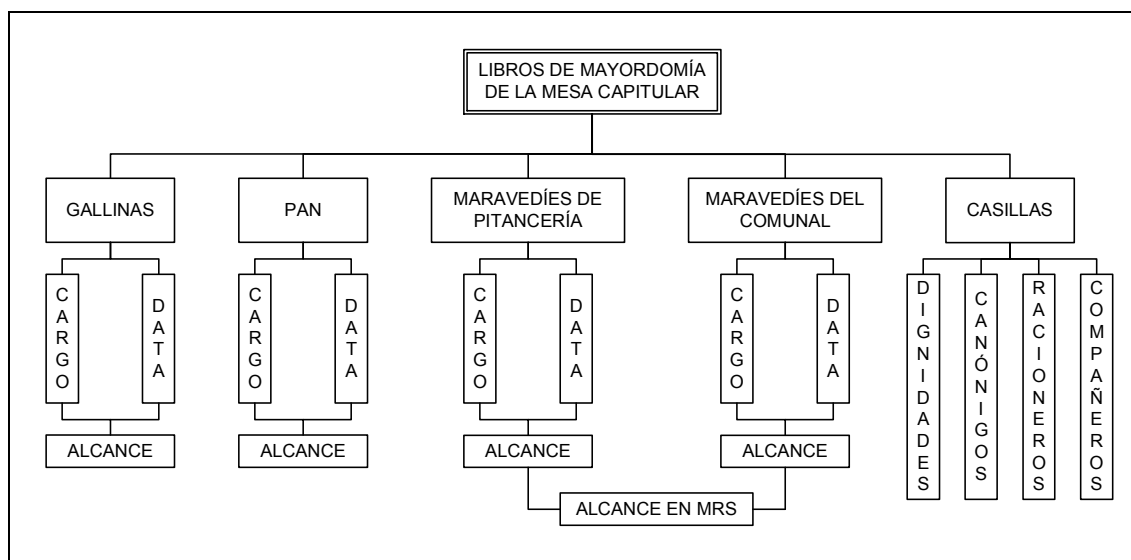
³¹ PÉREZ EMBID (1977: 171-172).

mayordomía de la mesa capitular”. De ellos nos serviremos para entender el funcionamiento y la organización de esta administración, la más importante de las dos que integraban el cabildo eclesiástico hispalense. Como ya hemos advertido, su serie da comienzo en 1521 y, prácticamente, carece de prolongados períodos en los que los ejemplares que la conforman no se conserven (entre 1521 y 1600 contamos con la presencia de sesenta libros, siendo los vacíos de mayor enjundia aquellos que vienen compuestos por los años 1583-1585 y 1598-1600; el siglo XVII, por su parte, únicamente contempla la ausencia del libro de 1605 y el siglo XVIII, el de 1778).

La información en ellos contenida queda estructurada en cuatro bloques principales que el mismo encabezado de algunos de los libros nos delimita nítidamente: *libro de gallinas, pan e maravedies pertenecientes a la mesa capitular y lo que cada señor beneficiado gano del año 1551 años*³². Y es que todo el caudal de ingresos que la mesa capitular obtenía por la explotación de su rico patrimonio en bienes, así como el resto de rentas que administraba, era percibido de alguna de las tres formas que el título de los libros nos indica, esto es, en gallinas, en trigo y/o cebada o en numerario. A su vez, los bloques correspondientes a las gallinas y el pan se encuentran divididos en las categorías de cargo y data o descargo. La información correspondiente al bloque de maravedíes, por su parte, aparece organizada en dos ejes, los *maravedies del título de pitancería* y los *maravedies del título del comunal*, hallándose de nuevo cada uno de ellos estructurado en torno a las categorías del cargo y la data. Cierra y remata cada uno de los tres bloques descritos (gallinas, pan y maravedíes) el *alcance*, resta resultante de sustraer al total del cargo, la suma de todos los componentes de la data. El cuarto y último bloque está integrado por las *casillas*, páginas destinadas a recoger de manera desglosada los ingresos obtenidos por cada uno de los beneficiados, sean éstos dignidades (máximas autoridades dentro de la jerarquía del Cabildo, elegidas normalmente entre los canónigos existentes), canónigos, racioneros o medios racioneros (éstos últimos también llamados compañeros). En la ilustración 2 se muestra la estructura contable de los libros de la mayordomía de la mesa capitular.

³² ACS, sección II, serie 1, libro 25.

ILUSTRACIÓN 2. Estructura contable de los libros de mayordomía de la mesa capitular



Fuente: ACS, sección II, serie 1ª, libros 2B-110; y elaboración propia

La principal ventaja de los *Libros de la mayordomía de la mesa capitular* como fuente documental radica en la riqueza y en la calidad de la información de carácter económico suministrada. El cabildo era el administrador perpetuo del diezmo en el arzobispado de Sevilla y la proporción que le correspondía de este tributo se consignaba de manera minuciosa en estos volúmenes contables. En la archidiócesis hispalense el diezmo quedaba repartido, en la mayor parte de las parroquias, en tres porciones iguales: un tercio, iba destinado para el arzobispo (15 por 100 del total) y el cabildo catedralicio (18,33 por 100); otro tercio, estaba reservado a beneficiados y *prestameras* (33,33 por 100); y, finalmente, el denominado tercio *de fábrica*, que quedaba dividido en dos partes, las *tercias reales* (22,22 por 100) y el noveno de fábrica, porción asignada para la construcción y mantenimiento del edificio de la iglesia parroquial correspondiente, así como para la adquisición de ornamentos y materiales necesarios para el culto (11,11 por 100)³³.

En los *libros de mayordomía de la mesa capitular*, la información sobre los derechos decimales que le correspondían al Cabildo aparece organizada en dos

³³ Aparte de la documentación original consultada, tres han sido las obras empleadas principalmente para entender el complejo funcionamiento de la administración del diezmo en el arzobispado hispalense en la Edad Moderna: las de LADERO QUESADA y GONZÁLEZ JIMÉNEZ (1978), MARTÍN RIEGO (1990) y HERNÁNDEZ BORREGUERO (2002).

apartados bien diferenciados: los *diezmos de pan* y los *diezmos de maravedíes*. En el primero de ellos se anotan los ingresos, ordenados por vicarías, poblaciones y parroquias, procedentes de los diezmos de trigo y cebada. Éstos eran percibidos en especie en esos mismos frutos. Por su parte, en el segundo apartado se registran los ingresos en metálico correspondientes a los derechos decimales sobre el resto de la producción agraria (aceite, vino, lana, ganado criado, bellota, miel, huertas y menudos, entre otros). Aquí también encontramos la información ordenada por vicarías, poblaciones y parroquias, y, en cada una de ellas, las cantidades correspondientes a los derechos decimales de uno o de varios productos.

En lo que se refiere al sistema de explotación empleado, el cabildo eclesiástico sevillano optó de manera casi exclusiva por el arrendamiento en especie del *diezmo de pan* y por el arrendamiento en metálico de los restantes derechos decimales³⁴. Así queda reflejado en los *libros de diezmos* consultados, donde aparece información sobre el precio de salida del arriendo, los precios de remate de las distintas pujas, los arrendatarios que finalmente se hacían con el derecho y el reparto del diezmo entre las distintas instituciones reseñadas anteriormente³⁵. Cuando el cabildo administraba directamente el diezmo en alguna población, fenómeno muy poco frecuente, éste se anotaba bajo la rúbrica de una categoría especial denominada *fielddades*.

La gestión del diezmo por parte del cabildo no registró alteraciones sustanciales en el transcurso de la Edad Moderna. Esta ausencia de cambios de relieve ha sido puesta de manifiesto por distintos autores³⁶. No obstante, es posible que se produjesen pequeñas modificaciones (por ejemplo, que determinadas poblaciones pasasen de diezmar en *pan terciado a pan por mitad*) que vendrían a introducir una pequeña heterogeneidad en las

³⁴ En cuanto al conocimiento de las normas que regían el sistema de arrendamiento del diezmo, hemos consultado el “Libro de leyes de diezmos. Ordenanzas (copia del siglo XVIII)”, ACS, sección II, serie 5ª, libro 1313) que, según se hace notar en su título, era una copia de otro volumen fechado a finales del siglo XVI, copia a su vez de otro ejemplar del siglo XV. También hemos examinado detenidamente el libro “Leyes e condiciones con que se arriendan e cogen las Rentas de los derechos...”, ACS, libro 07432, que fue elaborado, probablemente, en la segunda mitad del Cuatrocientos, si bien tiene añadidos posteriores.

³⁵ Véase, por ejemplo, el libro de diezmo de 1700 (ACS, sección II, serie 5ª, libro 1404).

³⁶ Véase la monografía que LADERO QUESADA y GONZÁLEZ JIMÉNEZ (1978) dedicaron al estudio del diezmo de cereales, que abarca desde 1408 hasta 1503. HERNÁNDEZ BORREGUERO (2002), por su parte, emplea documentación de finales del siglo XVI y principios del XVII en su análisis de la gestión del diezmo y certifica la falta de cambios importantes con respecto al siglo XV. Por último, MARTÍN RIEGO (1990) cubre con su publicación la segunda mitad del siglo XVIII. Tras utilizar todos los “libros de mayordomía de la mesa capitular” y bastantes “libros de diezmos”, nuestro criterio coincide plenamente con la opinión unánime de los especialistas mencionados.

series construidas. Pese a ellas, podemos calificar de casi homogéneas a las series decimales construidas a partir de los *libros de mayordomía de la mesa capitular*. De las numerosas y detalladas *leyes del diezmo* elaboradas por el cabildo hispalense, hemos extractado algunas de las más relevantes:

A) Los derechos decimales salían a pública subasta. Las pujas por aquéllos se cerraban en dos plazos: el primero en la vicaría correspondiente y el segundo en la ciudad de Sevilla. Tras rematarse las "rentas", el arrendador³⁷ tenía tres días para "dar fiadores ricos y contiosos e abonados", y luego éstos tenían que ser aceptados por los oficiales del cabildo.

B) Las pujas concluían cada año en las siguientes fechas: "pan", el 25 de junio en las vicarías y el 1 de julio en Sevilla³⁸; vino, el 1 de septiembre en las vicarías y el 6 de septiembre en Sevilla; aceite, el 31 de octubre en las vicarías y el 8 de noviembre en Sevilla; menudos, el 15 de mayo en las vicarías y el 25 ó 26 de mayo en Sevilla. Por consiguiente, los arrendamientos siempre eran anuales y se llevaban a cabo "a cosecha vista".

C) Los arrendadores de derechos decimales tenían que pagar a los perceptores de estos últimos en dos plazos: el 15 y el 31 de agosto en el caso del "pan"; el día de Carnestolendas y el día de la Pascua de Resurrección en los casos del vino y del aceite; el día de Navidad y el día de Carnestolendas en el caso de los menudos.

D) Los arrendadores de derechos decimales tenían que pagar la cantidad estipulada "no embargante pestilencia o esterilidad por poca o mucha agua o por piedra o niebla o yelo o langosta e robo o hurto o fuerza o guerra o fuego o toma o otro cualquier caso fortuyto del cielo o de la tierra". Es decir, el arrendador asumía todos los riesgos de desastre agrario provocado por la climatología o por acciones humanas.

E) Cuando los arrendadores de derechos decimales no pagaban las cantidades estipuladas, primero se les enviaba una carta en la que se les conminaba a cumplir el

³⁷ Utilizamos este vocablo en su acepción de persona que toma en arrendamiento una cosa.

³⁸ Las fechas límites señaladas para poder pujar o para pagar los arrendamientos de derechos decimales se aplicaban en la inmensa mayoría de las 40 vicarías del arzobispado de Sevilla. No obstante, en ciertas vicarías regían fechas diferentes, aunque siempre próximas a las establecidas con carácter general.

contrato, después se les mandaban dos cartas de censura y, por último, se procedía a la ejecución de bienes. Los arrendadores de diezmos estaban obligados a satisfacer determinadas cantidades en metálico al cabildo, en proporción a los remates en "pan" o en maravedíes, para financiar el aparato judicial de dicha institución que resolvía los litigios sobre derechos decimales. El cabildo se quejaba de los muchos pleitos que acerca de esta materia iniciaban "señores poderosos", "religiosos exentos" y "caballeros de las órdenes militares"³⁹.

Para estimar el crecimiento del producto agrario resulta imprescindible valorar los diezmos en especie y deflactar las series agregadas. Para calcular el importe de los diezmos cerealistas de las tres diócesis hemos empleado los precios medios a los que varios hospitales sevillanos compraron el trigo y la cebada, además de las cifras ofrecidas por Mercedes Borrero y Hamilton⁴⁰; en cuanto al segundo asunto, cabe señalar que se plantea ante cualquier tentativa de medir el crecimiento agrario a partir de registros decimales. Como la construcción de deflatores óptimos casi nunca es posible y en muchos obispados los modos de administración de los diezmos permite la construcción de índices de producción física de cereales, hemos optado por utilizar, a fin de minimizar los problemas derivados del uso de deflatores poco apropiados, el siguiente procedimiento para calcular las variaciones del producto agrario:

1) hemos elaborado índices de cantidades para los granos a partir de las sumas que las mitras declaraban ingresar (casos de Córdoba y Cádiz) o que el cabildo hispalense efectivamente ingresaba en concepto de diezmo (sumando las fanegas del trigo y la cebada consignadas en los respectivos registros)⁴¹;

2) hemos calculado, a partir de las ya reseñadas series de precios del trigo y la cebada, los valores del producto agrario cerealista en cada obispado en los distintos cortes temporales establecidos;

³⁹ Este resumen procede de "Leyes e condiciones con que se arriendan e cogen las Rentas de los derechos...", ACS, libro 07432.

⁴⁰ BORRERO FERNÁNDEZ (1991) y HAMILTON (1983).

⁴¹ Este sistema puede inducir a sesgos importantes si con el paso del tiempo se modifican sustancialmente el peso o el precio relativo de los distintos granos en el producto cerealista. No parece que esto ocurriera en Andalucía occidental. En la archidiócesis de Sevilla, el trigo suponía alrededor de dos tercios del total y la cebada en torno al tercio restante.

3) hemos sumado el valor de los diezmos de granos y el de los diezmos de los productos no cerealistas y hemos obtenido el peso relativo de unos y otros en los distintos cortes temporales⁴²;

4) hemos construido índices de producción agraria no cerealista deflactando los valores nominales con el índice del coste de la vida para la ciudad de Sevilla elaborado en el capítulo anterior⁴³ (deflactor 1); con un índice ponderado de precios del aceite, el vino, la carne de carnero y el tocino (deflactor 2); con una serie de precios en origen del aceite adquirido por varios hospitales hispalenses (deflactor 3); y con el promedio simple de los tres deflactores precedentes (deflactor 4);

5) aplicando las ponderaciones calculadas para los distintos periodos a los índices de producción cerealista y a los de producción agraria no cerealista, hemos obtenido los guarismos de los índices de producción agraria.

Un índice elaborado a partir de los precios en origen de los principales productos que integraban en cada obispado los diezmos no cerealistas constituiría el deflactor óptimo para los derechos decimales arrendados en metálico. Sin embargo, la elaboración de ese índice es un objetivo complicado y a menudo inalcanzable. La información disponible para seleccionar las correspondientes ponderaciones otorgadas a cada producto en los distintos cortes temporales suele ser claramente insuficiente; sin embargo, ese no constituye el mayor escollo: el principal radica en que casi toda la documentación disponible sobre vino, aceite y carne permite construir series de precios al consumo en distintas ciudades, pero no conocer la evolución de los precios en origen de dichos productos. El problema que plantea el uso de precios al consumo de vino, aceite, carne y otros productos en las urbes estriba en que aquéllos incluyen los

⁴² Como los diezmos de cereales se arrendaban en especie (Sevilla y Córdoba) y los diezmos de los restantes productos y esquilmos se arrendaban en metálico, los costes de gestión de los arrendatarios de derechos decimales eran mayores en el segundo caso, por lo que el diferencial entre la magnitud del diezmo efectivamente satisfecho por los cultivadores directos y lo ingresado por los beneficiarios de ese tributo eclesiástico alcanzaba porcentajes más altos en los productos no cerealistas que en los granos. De ahí que en todos los cortes temporales infravaloremos ligeramente el peso relativo del producto agrario no cerealista. Como ignoramos los costes de gestión y la rentabilidad obtenida por los arrendatarios de los distintos derechos decimales en los diferentes cortes temporales, tenemos que suponer que no variaron en el tiempo.

⁴³ A modo de recordatorio, tenemos que indicar que para el tramo que va desde 1680 a 1800 nos hemos basado en el índice del coste de la vida publicado por LLOPIS AGELÁN, GARCÍA HIERNAUX, GARCÍA MONTERO, GONZÁLEZ MARISCAL y HERNÁNDEZ GARCÍA (2007).

derechos reales y municipales establecidos sobre dichos artículos y que la cuantía de los mismos fue, especialmente desde el establecimiento de los millones a finales del siglo XVI, importante, distinta para cada producto y variable en el tiempo⁴⁴. Como los impuestos sobre el consumo crecieron notablemente en el siglo XVII⁴⁵, el uso de un deflactor elaborado con precios al consumo exagera la caída del producto agrario no cerealista en dicha centuria.

Una alternativa no óptima, pero, en teoría, mejor, consiste en el empleo de índices generales de precios urbanos para deflactar los diezmos arrendados en metálico. La construcción de aquéllos constituye una tarea ardua y, además, muchas de las ciudades españolas no han conservado la documentación de archivo suficiente y adecuada para elaborar un buen índice de coste de la vida que cubra los siglos XVI, XVII y XVIII. Afortunadamente, consideramos que contamos con uno de notable calidad para la Sevilla moderna, cuyo proceso de elaboración y análisis fue abordado en el segundo capítulo de nuestra tesis doctoral.

Los índices del coste de la vida presentan una importante ventaja sobre los índices de precios contruidos con las series de precios al consumo del aceite, el vino y la carne: los derechos y arbitrios reales y municipales sólo se establecieron sobre una parte de los bienes y los servicios adquiridos por los habitantes de las urbes; de hecho, el pan, las legumbres, los productos textiles, el calzado y los alquileres de vivienda no estaban gravados ni con los millones, ni con varios de los arbitrios impuestos sobre el vino, el aceite y la carne. Por consiguiente, la mayor parte de la cesta de la compra de los residentes en las urbes apenas se vio afectada directamente por la escalada de los derechos sobre el consumo en el siglo XVII. Además, al incluir este índice un elevado número de bienes, su inestabilidad en el corto plazo es menor que la de los índices confeccionados con una única mercancía o con un reducido número de ellas. En contrapartida, el peso en este índice del vino, el aceite, las carnes y la lana, los bienes que fundamentalmente deberían utilizarse en la construcción de un deflactor para los

⁴⁴ ANDRÉS (1999) y (2001); DE LA HOZ (1988).

⁴⁵ En Valladolid, en el quinquenio 1657-1661, en el caso del vino los derechos suponían el 50 por 100 del precio pagado por los consumidores. En esa misma urbe, los derechos establecidos sobre el aceite y la carne alcanzaban proporciones no muy diferentes, (GUTIÉRREZ ALONSO (1989: 160-161)). En Madrid, las sisas municipales y reales llegaron a suponer, en el quinquenio 1681-1685, el 67,8% del importe satisfecho por los compradores de vino al por menor (ANDRÉS y LANZA (2009)). Sobre los arbitrios municipales en la ciudad de Sevilla, véase MARTÍNEZ RUIZ (1992: 296-311).

valores nominales de los diezmos no cerealistas, es de alrededor de un 40%. En cualquier caso, hemos de reconocer que el uso del índice coste de la vida como deflactor también sobrevalora la caída de la producción agraria no cerealista en el siglo XVII, ya que parte de la cesta de la compra fue gravada, desde finales del Quinientos, con distintos derechos reales y municipales sobre el consumo; ahora bien, esos sesgos tendrían que ser, si los cambios en los precios relativos no hubiesen sido intensos, más moderados que los inducidos por el empleo de un deflactor construido con los precios al consumo del vino, del aceite y de la carne⁴⁶. El problema radica en que el aceite y el vino, como se mostrará después, se abarataron notablemente con respecto a los cereales entre 1580 y 1680. Pese a ello, utilizaremos el índice del coste de la vida en Sevilla para deflactar los diezmos arrendados en metálico en los obispados de Sevilla, Cádiz y Córdoba.

Los libros de cuentas de los hospitales de Santa Marta, de la Sangre —también conocido como de las Cinco Llagas—, de San Hermenegildo y del Amor de Dios proporcionan información que permite casi siempre desagregar el precio de compra del vino y del aceite en sus diferentes componentes: precio en origen, coste del transporte, derecho de millones y otros gastos. El problema radica en que ninguna de esas fuentes cubre todo el período objeto de estudio en este trabajo. Ello entraña una dificultad menor en el caso del aceite, que es un producto no demasiado heterogéneo; sin embargo, esta carencia supone un obstáculo insalvable en el caso del vino: como dichos hospitales adquirían caldos de diferentes calidades, no ha sido posible construir un índice suficientemente fiable de precios en origen para dicho producto que abarque todos los cortes temporales utilizados en esta investigación. Además, no en todas las ocasiones cada hospital adquiría vinos de la misma clase, detalle que no siempre quedaba consignado en los libros de cuentas. Los registros sobre las compras de aceite de dichas instituciones asistenciales nos han permitido elaborar un índice de precios en origen de dicho caldo y utilizarlo como un tercer deflactor. Ello ha hecho posible el contraste con las estimaciones del crecimiento del producto agrario no cerealista resultantes del uso de los otros dos deflactores, el índice del coste de la vida en Sevilla y

⁴⁶ En la cesta de la compra de los sevillanos, las ponderaciones de los principales productos gravados con sisas son las siguientes: carne, 17-19,6 por 100; vino, 8,3-12,4 por 100; aceite, 3,2-3,6 por 100; y vinagre, 0,2-0,75 por 100.

el índice ponderado construido a partir de los precios del aceite, el vino, la carne de carnero y el tocino.

El uso como deflactor del índice de precios en origen del aceite tiene dos ventajas relevantes: obvia las distorsiones introducidas por los frecuentes e intensos cambios en la fiscalidad sobre el consumo en villas y urbes y nos aporta información sobre la trayectoria de las cotizaciones del producto agrícola más importante, tras los cereales, en Andalucía occidental —hacia 1752 los cereales concentraban en el Reino de Sevilla el 84,35 por 100 de la superficie labrada, el olivar el 10,4 por 100 y la viña el 3,3 por 100⁴⁷—. En Andalucía occidental, la producción olivarera ocupaba, pues, una destacada segunda posición tras la cerealista. Parece, por consiguiente, sensato utilizar los precios en origen del aceite como deflactor de los valores en metálico del diezmo no cerealista.

Sin embargo, los inconvenientes de este deflactor no son insignificantes: en primer lugar, el precio del aceite registraba violentas fluctuaciones interanuales y cíclicas, tanto en términos absolutos como relativos, como muestra el gráfico 1; por otro lado, no estamos incluyendo información sobre las cotizaciones del otro producto agrícola no cerealista importante, el vino, y de los principales esquilmos. El índice ponderado de precios del aceite, el vino, la carne de carnero y el tocino presenta un carácter híbrido: los precios del primer caldo son de origen, pero los de los otros artículos incluyen el coste del transporte y los distintos derechos sobre el consumo⁴⁸. El mayor *activo* de este índice estriba en que incluye los bienes fundamentales que debe incorporar un deflactor óptimo para transformar los valores nominales de los diezmos no cerealistas de las mitras de la Andalucía occidental en valores reales. Su principal desventaja radica en que el 60% del mismo está integrado por precios al consumo que no siguieron una evolución plenamente concordante con la de los precios percibidos por los productores de vino y esquilmos.

El promedio del índice del coste de la vida en Sevilla, del índice de precios en origen del aceite y del índice ponderado de los precios del aceite, vino, carne de carnero y tocino ha constituido nuestro cuarto deflactor. Éste presenta menos ventajas, pero

⁴⁷ BERNAL (1981: 231).

⁴⁸ Hemos empleado las siguientes ponderaciones (en tantos por uno): aceite (0,4), vino (0,3), carne de carnero (0,2) y tocino (0,1).

también menores inconvenientes que cada uno de los tres índices de los que procede. Será nuestra principal referencia para la conversión de los valores nominales en reales. En definitiva, no hemos resuelto el tema del deflactor de una manera plenamente halagüeña, pero consideramos que las opciones elegidas son las más razonables a la luz de las restricciones derivadas de las carencias informativas.

Para la obtención del índice de producción agraria de Andalucía occidental, hemos empleado un sistema de ponderaciones móviles. Para el corte de finales del siglo XVI hemos recurrido a las cifras de vecinos que proporciona el Censo de los Obispos de 1587 para las diócesis de Córdoba, Sevilla y Cádiz y hemos supuesto que el producto agrario por vecino era el mismo en los territorios de las tres mitras de Andalucía occidental⁴⁹. Para los cortes de las postrimerías del Seiscientos y del Setecientos hemos establecido las correspondientes ponderaciones de acuerdo al crecimiento de los índices de producción agraria estimados para cada uno de los obispados⁵⁰.

Toda tentativa encaminada a estimar el crecimiento agrario en los siglos XVI, XVII y XVIII, si se basa en registros decimales, no debe obviar el siguiente interrogante: ¿los niveles de fraude en el pago de estos últimos registraron cambios significativos en el transcurso de dichas centurias? Los trabajos de Esteban Canales pusieron de manifiesto que la defraudación se incrementó notablemente, aunque en desigual medida en los diversos obispados, después de 1808⁵¹. Ahora bien, diversos hechos y testimonios apuntan a que el rigor en el cumplimiento de la obligación de diezmar se había relajado de manera notable en no pocos obispados antes de 1808 e, incluso, antes de la profunda crisis de mortalidad y de subsistencias de 1803-1805⁵². El temor a las penas canónicas y civiles por la defraudación en el pago del diezmo se fue debilitando en el siglo XVIII,

⁴⁹ El territorio del obispado de Cádiz era muy reducido. En 1587 contaba únicamente con 14 pilas y 11.850 vecinos, esto es, 47.637 habitantes aplicando y dando por aceptable el coeficiente de 4,02 habitantes por vecino que se deduce de las cifras de vecinos y población que el mismo censo ofrece para el arzobispado hispalense. En esa misma fecha, los obispados de Córdoba y Sevilla tenían 49.467 y 123.014 vecinos, respectivamente, esto es, 198.857 y 494.516 habitantes. Como ya sabemos, las series de bautismos indican que Cádiz tuvo un mejor comportamiento demográfico que Sevilla y Córdoba en el transcurso de los siglos XVII y XVIII (además de nuestro estudio al respecto, véanse BUSTOS, BUZÓN, GÓMEZ, MORGADO, NÚÑEZ y RODRÍGUEZ (1991)).

⁵⁰ Como la producción agraria creció bastante más en el obispado de Cádiz que en los otros dos, el peso relativo de aquél aumentó, pero, pese a ello, no llegó ni tan siquiera a representar el 10 por 100 de la producción agraria de la Andalucía occidental a finales del siglo XVIII.

⁵¹ CANALES (1982) y (1985).

⁵² Véanse BARRIO (2004: 259-260); RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA (1995: 286-287); FERNÁNDEZ ALBALADEJO (1975: 302-319); GARCÍA SANZ (1986: 451-457); Robledo (2002:211-213); MUÑOZ DUEÑAS (1994: 155-165).

especialmente en el último tercio del mismo⁵³. Carecemos de bases documentales sólidas para estimar con rigor el grado de fraude a finales del Setecientos. Sin embargo, consideramos que no abordar el problema puede ocasionar mayores distorsiones en el cálculo del crecimiento agrario que una estimación relativamente arbitraria de los niveles de fraude. Teniendo en cuenta: 1) que la deducción de los granos utilizados para la sementera del año próximo tendió a extenderse; 2) que el número de cosecheros que medían y entrojaban sus granos sin pedir previamente que fuese tañida la campana para que pudiesen acudir los terceros creció notablemente en las últimas décadas del Setecientos⁵⁴; y 3) que los rendimientos medios por unidad de semilla no eran, en el conjunto de Andalucía occidental, superiores a 1:6, consideramos que una estimación del fraude del 5 por 100 para los años finales del siglo XVIII tiene más probabilidades de reflejar mejor la realidad que si consideramos que los niveles de defraudación seguían siendo insignificantes en las postrimerías del Setecientos.

Entre 1761 y 1775 y desde 1796 la Real Hacienda administró directamente el Excusado. Tal alteración ha de tenerse presente a la hora de calcular el crecimiento y la trayectoria del producto agrario en el siglo XVIII. En esos períodos, obispos y cabildos dejaron de percibir la parte que correspondía a los diezmos satisfechos por el mayor hacendado de cada parroquia. La minoración en absoluto era de una dimensión

⁵³ BARRIO (2004: 259).

⁵⁴ Tras recibir quejas y representaciones de diversos párrocos sobre las crecientes irregularidades y fraudes en el pago del diezmo, el cardenal de Toledo expidió, el 18 de abril de 1802, un decreto, que tenía que ser leído los primeros domingos de Cuaresma y de agosto de cada año, en el que, entre otras cuestiones, recordaba la prohibición de que los labradores midiesen y almacenasen sus montones de cereales sin estar presentes los terceros recogedores. Como tal decreto causó “mui poca o ninguna impresión, D. Luis de Borbón, cardenal de Toledo, acabó solicitando, mediante carta fechada el 28 de junio de 1806, el auxilio de la Monarquía para afrontar el problema de la defraudación en el pago del diezmo. El asunto pasó al Consejo de Castilla, quien propuso que se expidiese una circular a los corregidores y alcaldes de los pueblos del arzobispado de Sevilla en la que se insertasen “las Leyes 2ª y 3ª del Título 6 Libro 1º de la Recopilación”, en las que se regulaba la forma en la que los cosecheros tenían que diezmar. Las autoridades locales debían velar por el cumplimiento de dicha normativa y hacer “notorio su contenido en el Concejo abierto o general de cada Pueblo, y repitiéndolo en primeros de Julio cada año” Poco después de publicarse esa circular, lo que aconteció el 9 de septiembre de 1807, D. Josep María Sanz, en representación del deán y cabildo de la catedral de Sevilla, envió una carta al Consejo de Castilla en la que le comunicaba que la defraudación en el pago del diezmo en el arzobispado de Sevilla era de idéntico calibre y en la que pedía que la circular de 9 de septiembre de 1809 se hiciera extensiva a la jurisdicción eclesiástica hispalense, solicitud que fue atendida en febrero de 1808 (“Expediente formado en virtud de Real Orden con que se ha remitido a consulta del Consejo un oficio del M. R. Cardenal Arzobispo de Toledo con una representación del Agente general de la Dignidad Arzobispal en que manifiesta los perjuicios que sufren así del Erario Público como quantos tienen algún derecho a los Diezmos por defraudaciones y abusos advertidos con bastante generalidad en los pueblos de dicha Diócesis en el modo de diezmar”, AHN, Consejos, legajo 3323, expediente1). El trabajo de MUÑOZ DUEÑAS (1994) apunta a que la magnitud del fraude decimal en el obispado de Córdoba no era, por esas mismas fechas, muy distinta de la imperante en los arzobispados de Toledo y Sevilla.

insignificante: según los cálculos de Maximiliano Barrio, el Excusado suponía entre el 7 y el 9 por 100 de los frutos decimales⁵⁵. Por su parte, Emilio Pérez Romero, a partir del Libro de Mayor Hacendado y del Mapa E del Catastro de la Ensenada, ha estimado que el Excusado representaba en las localidades sorianas del obispado de Osma, hacia mediados del siglo XVIII, en torno al 11 por 100 del valor de los diezmos⁵⁶. Este procedimiento, adecuado para una zona, como la soriana, donde la mayor parte de los mayores hacendados eran propietarios y cultivadores directos, no resulta apropiado para los territorios del sudoeste peninsular⁵⁷. Como Andalucía occidental constituía la zona de España en la que el tamaño de la gran explotación alcanzaba los valores más elevados⁵⁸, hemos optado por emplear en nuestro ensayo el porcentaje máximo obtenido en las estimaciones efectuadas hasta ahora, el 11 por 100, supuesto que probablemente infravalore algo el crecimiento agrario en el Setecientos⁵⁹.

Otro elemento que puede inducir a minusvalorar el crecimiento agrario lo constituye la amortización eclesiástica, ya que el crecimiento de los patrimonios rústicos del clero

⁵⁵ BARRIO (2004: 261). En un trabajo anterior, dicho autor estimó porcentajes más elevados para el obispado de Segovia, sobre todo el referente a los diezmos arrendados en metálico (BARRIO (1982: 132).

⁵⁶ PÉREZ ROMERO (2009: 77).

⁵⁷ El primer problema radica en que un porcentaje muy elevado de los mayores hacendados de las localidades del reino de Sevilla no eran cultivadores directos. Por tanto, el experimento sólo puede llevarse a cabo con un número relativamente reducido de núcleos de población, que no puede considerarse representativo de la totalidad del territorio; de hecho, las grandes poblaciones, donde se generaba un alto porcentaje del producto agrario de dicho reino, quedan fuera del experimento (lógicamente, el tamaño relativo del Excusado debía de guardar cierta proporcionalidad con la dimensión de los núcleos). Además, el procedimiento de aproximación al Excusado empleado por Emilio Pérez Romero tiene otro inconveniente relevante en los territorios sudoccidentales: muchos de los mayores hacendados cultivadores directos eran, ante todo, grandes arrendatarios, lo que induce un importante sesgo a la baja en la estimación de la importancia relativa de dicho tributo. Así, no puede extrañar que la décima parte de las rentas agrarias de los mayores hacendados cultivadores directos sólo representase, en el reino de Sevilla, el 7,2 por 100 del valor de los diezmos de las correspondientes localidades (Libro Mayor Hacendado de la provincia de Sevilla, Archivo General de Simancas, Dirección General de Rentas, 1ª remesa, libro 564; Mapas Generales del Catastro de la Ensenada, Reino de Sevilla, AHN, Hacienda, libros 7494-7496). Obviamente, no resulta verosímil que el peso relativo del Excusado fuese mayor en tierras sorianas que en el reino de Sevilla.

⁵⁸ ARTOLA, BERNAL y CONTRERAS (1978).

⁵⁹ Queda pendiente una estimación más precisa del porcentaje de la masa decimal que suponía el Excusado en la Andalucía occidental de finales del siglo XVIII. Sí hemos podido calcular los porcentajes que representaban las cantidades satisfechas por el Cabildo de la Catedral de Sevilla en concepto de Excusado con respecto al valor de los diezmos percibidos por dicha institución, tanto en granos como en metálico, en dos quinquenios contiguos a fases de administración directa de dicho tributo eclesiástico por la Real Hacienda: el 5,3 por 100 en 1776-1780 y el 4,3 por 100 en 1791-1795 (Libro Mayor de Subsidio y Excusado, ACS, sección II, serie 4, libros 1132-1135, 00919 y 1142-1145). Es muy probable que la carga que representaba el Excusado para las instituciones eclesiásticas fuese sensiblemente inferior en los períodos en los que aquél constituía un impuesto de cupo que la Congregación de Iglesias de Castilla y León repartía entre los distintos obispados y éstos, después, distribuían el monto que les había sido asignado entre los diversos perceptores de derechos decimales. En el primer reparto parecen haber resultado favorecidos los obispados más ricos. El de Sevilla era, sin duda, uno de ellos (HERNÁNDEZ BORREGUERO (2007: 83-91)).

suponía a menudo una ampliación de la superficie de tierra exenta del pago del diezmo. En 1794, más del 10 por 100 del producto agrario no estaba sujeto a satisfacer dicho tributo eclesiástico en el obispado de Segovia⁶⁰. Es probable que la amortización eclesiástica no avanzase mucho en Andalucía occidental durante los siglos XVII y XVIII; no obstante, la dimensión de los patrimonios territoriales de algunas órdenes, sobre todo la de los jesuitas, y de determinados miembros del alto clero secular a título privado se incrementó notablemente, sobre todo en el Seiscientos y en la primera mitad del Setecientos⁶¹. Como en esta investigación partimos de la hipótesis de que el producto agrario en Andalucía occidental retrocedió entre finales de los siglos XVI y XVIII, vamos a utilizar un supuesto cuya probabilidad de que infravalore el incremento del porcentaje de producción exenta del pago del diezmo sea muy reducida⁶². Así, hemos considerado que las cosechas y esquilmos eximidos de la obligación de diezmar crecieron un 2 por 100 entre finales de los siglos XVI y XVII y un 3 por 100 entre las postrimerías de los siglos XVI y XVIII⁶³.

Las fuentes decimales también plantean otro problema a la hora de calcular el producto agrario en el período final del siglo XVIII. Diversos testimonios, entre otros los propios libros de tazmías, apuntan a una modesta diversificación de cultivos. Tenemos la sospecha de que la producción de legumbres⁶⁴, patatas y otros alimentos⁶⁵ creció en la segunda mitad del Setecientos⁶⁶ y que los registros decimales sólo en parte reflejaron ese fenómeno. No obstante, la infravaloración del producto agrario derivada de la aludida diversificación debió de ser de bastante menor entidad que la inducida por el avance de la amortización eclesiástica o por el incremento en la defraudación en el pago del diezmo.

⁶⁰ BARRIO (1982), p. 99.

⁶¹ ARTOLA, BERNAL y CONTRERAS (1988: 53-54); LÓPEZ MARTÍNEZ (1992: 67-69).

⁶² Queremos, pues, que el posible error en la estimación obre en contra de nuestra hipótesis.

⁶³ Conviene recordar que los regulares, a partir de 1796, tuvieron que pagar diezmos por las cosechas y esquilmos obtenidos en sus propiedades.

⁶⁴ Antes de 1808 la producción de leguminosas ya había registrado un incremento notable en algunas zonas de la Corona de Castilla (YUN (1994)).

⁶⁵ La patata, por ejemplo, ya se hallaba bastante difundida en las tierras bajas onubenses (GÁMEZ (1989: 84)).

⁶⁶ Tal vez, los productores llevaron a cabo esa pequeña diversificación, entre otros motivos, para reducir algo el peso de las cargas decimales.

Una última cuestión referente a las fuentes decimales. En 1796 se abolieron la mayor parte de las exenciones de la obligación de diezmar⁶⁷. Este cambio normativo no lo hemos tenido en cuenta a fin, entre otras razones, de acumular supuestos que operan en contra de nuestra hipótesis de caída del producto agrario regional por habitante entre finales de los siglos XVI y XVIII.

Para el cálculo del producto agrario por habitante hemos estimado el movimiento de la población de Andalucía occidental a partir de las muestras de registros bautismales presentadas en el capítulo 1. Las postreras décadas de los siglos XVII y XVIII fueron de notable crecimiento agrario y de euforia demográfica en la región⁶⁸. Ello nos ha inducido, cuando hemos procedido a estimar el movimiento de la población a partir del índice de bautismos, a suponer que la tasa de natalidad fue algo superior en esos dos decenios que en el período 1586-1595 (un 41 por 1000 y un 39 por 1000, respectivamente), intervalo en los que las curvas de diezmos y nacimientos sugieren que Andalucía occidental ya se había adentrado en una fase contractiva. Esta conjetura también obra en contra de la hipótesis de partida de esta investigación.

Tras la crítica de fuentes y haber hecho explícitos los supuestos empleados en los cálculos, consideramos que no puede haber ninguna duda sobre el carácter de los índices y los crecimientos o decrecimientos propuestos: constituyen meras aproximaciones y, en algunos casos, sólo órdenes de magnitud.

⁶⁷ En el obispado de Segovia, tal supresión entrañó un incremento de la masa decimal de aproximadamente un 5 por 100 (BARRIO (1982: 132)). Sobre esta cuestión, véase también PÉREZ ROMERO (2009: 77).

⁶⁸ Entre 1680/1689 y 1690/1699, el índice de bautismos aumentó un 10,8 por 100. De 1780/1789 a 1790/1799 el incremento ascendió al 15,1 por 100.

3. DÉBIL CRECIMIENTO Y DESCENSO DEL PRODUCTO AGRARIO POR HABITANTE

Tanto las rentas de las mitras como los registros decimales del cabildo de la catedral de Sevilla apuntan a que la agricultura de Andalucía occidental registró un importante declive en el siglo XVII, debido al fuerte descenso del producto agrario no cerealista, y un crecimiento modesto en el XVIII. Tal apreciación general encubre, probablemente, marcados contrastes territoriales: los resultados parecen haber sido bastante mejores en las zonas litorales que en las interiores. Sin embargo, en este trabajo nos ocuparemos exclusivamente de los agregados agrarios regionales. El balance de esas dos centurias, como pone de manifiesto el Cuadro 1, resulta bastante mediocre⁶⁹: por un lado, el producto agrario creció modestamente entre 1590 y 1795; en segundo lugar, el producto agrario por habitante descendió ligeramente entre las postrimerías del Quinientos y del Setecientos; finalmente, el peso relativo del producto agrario no cerealista, que incluía a los cultivos que mayor dinamismo podían aportar al sector primario de la región (la vid y el olivo), disminuyó en los tres obispados entre finales de los siglos XVI y XVIII.

⁶⁹ Los nuevos cálculos establecidos con respecto a los datos de población en el capítulo 1 y al nuevo índice del coste de la vida en el capítulo segundo tienen consecuencias leves sobre los resultados que habíamos hallado anteriormente para el cuadro 1. De este modo, con el nuevo índice de precios (deflactor 1) la caída del producto agrario no cerealista es algo menor el siglo XVII y la recuperación del XVIII un poco mayor. Por su parte, los nuevos datos de población hacen que la caída del producto agrario por habitante para finales del siglo XVIII sea un poco más acentuada que la estimada previamente.

CUADRO 1. Índices de Producción Cerealista (IPC), de Producción Agraria no Cerealista (IPANC) y de Producción Agraria (IPA)
en las jurisdicciones de os obispos de Andalucía occidental

Obispado	Período	IPC	IPANC (d1)	IPANC (d2)	IPANC (d3)	IPANC (d4)	IPA (d1)	IPA (d2)	IPA (d3)	IPA (d4)
Sevilla	1586-1595	100	100	100	100	100	100	100	100	100
	1691-1699	108	80	55	57	64	99	91	91	94
	1786-1795	117	116	88	86	97	117	108	107	111
Córdoba*	1586-1600	100	100	100	100	100	100	100	100	100
	1701-1705	118	87	63	70	73	112	105	107	108
	1788-1798	131	149	112	95	119	136	126	122	128
Cádiz	1588-1594	100	100	100	100	100	100	100	100	100
	1686-1695	126	98	62	70	77	116	103	106	108
	1795-1799	194	235	158	124	172	211	179	166	185
Territorio	Período	Índice de población	IPA (d1)	IPA (d2)	IPA (d3)	IPA (d4)	IPA pc (d1)	IPA pc (d2)	IPA pc (d3)	IPA pc (d4)
Andalucía la Baja	Hacia 1590	100	100	100	100	100	100	100	100	100
	Hacia 1695	108	103	96	97	97	95	89	90	91
	Hacia 1795	140	135	120	117	124	96	86	84	89

* Para el período 1788-1798 falta el año 1793; LEYENDA: d1-d4 = deflatores 1-4; IPA pc = Índice de Producción Agraria per cápita

Fuente: Renta de Mitras, Archivo General del Simancas, legajo 137; Renta de Mitras, Archivo Histórico Nacional, Consejos, legajos 16.989 y 17.002; Libros de la mayordomía del Cabildo, ACS, sección II, serie 1ª, libros 2B-241C y 00024-00034; LLOPIS et al. (2009: 66-69); Libros de rentas y gastos del hospital de Santa Marta, ACS, sección V, serie 2, libros 43-253, 05602-05773; Libros de cuentas del colegio de San Isidoro, ACS, sección V, serie 6ª, libros 05602-05773; Archivo de la Diputación Provincial de Sevilla, libros de ingresos y gastos de los hospitales de las Cinco Llagas, San Lázaro, Espíritu Santo, Inocentes, Amor de Dios y San Hermenegildo; y elaboración propia

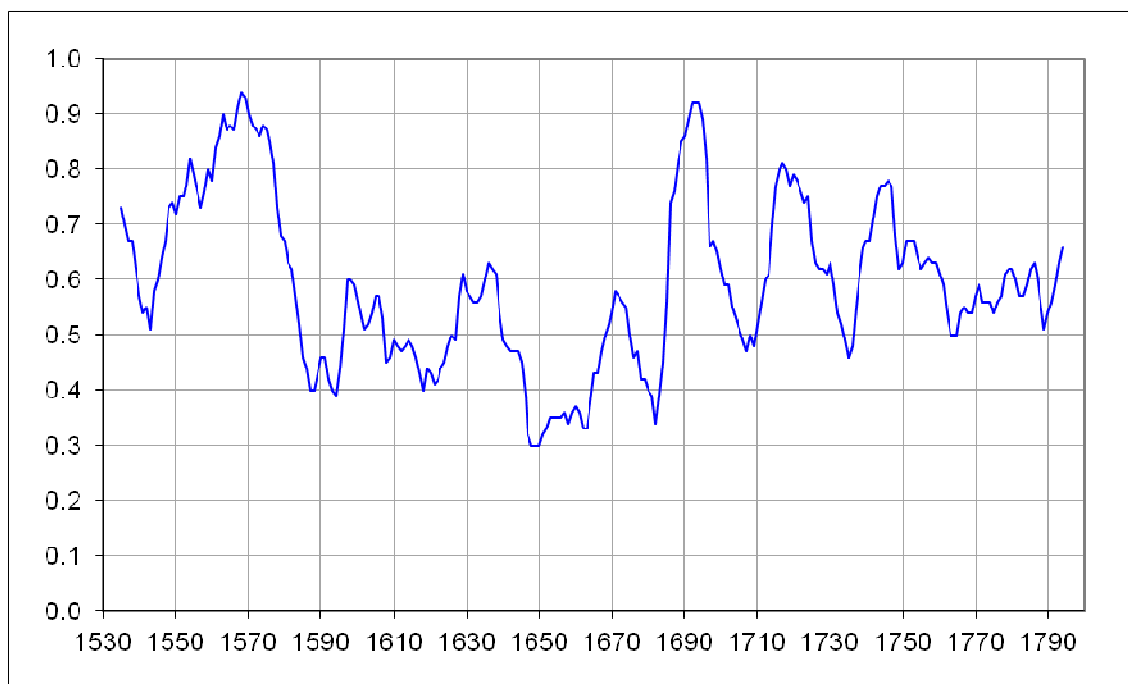
El cuadro 1 corrobora la importancia de los deflatores en la estimación del crecimiento del producto agrario no cerealista, especialmente en el siglo XVII. Entre 1586-1595 y 1691-1699, el índice de precios al consumo en Sevilla (deflactor 1) creció significativamente menos que el índice ponderado de precios del aceite, vino, carne de carnero y tocino (deflactor 2), y que el índice de precios en origen del aceite (deflactor 3). Ello obedeció a varios factores: a) el peso relativo que en el deflactor 1 tienen los artículos sobre los que recayó la escalada fiscal sobre el consumo es menor que en el deflactor 2; b) el vestido y la vivienda (esta última desde 1650) se abarataron notablemente con respecto al resto de bienes componentes de la cesta de la compra de los sevillanos; y c) pese a que los términos de intercambio tendieron a empeorar para los productores de aceite desde la década de 1570 hasta la de 1680⁷⁰, la cotización de dicho caldo con respecto a la del trigo se disparó en el último decenio del siglo XVII (gráfico 1).

El abaratamiento relativo del aceite, desde comienzos del último cuarto del Quinientos, pudo ser consecuencia del progresivo deterioro de la economía de la Corona de Castilla (descenso de la renta por habitante y decadencia de las actividades textiles⁷¹) y del efecto contractivo que el establecimiento de sisas y otros derechos tuvo en el consumo de dicho caldo; no obstante, no podemos descartar que la producción de aceite aumentara en el Seiscientos fuera de Andalucía occidental y que los caldos de esta región tuvieran que enfrentarse a nuevos competidores.

⁷⁰ Ya hemos señalado los problemas que plantea la construcción de una serie completa y homogénea de precios del vino. Pese a ello, la información que hemos recopilado apunta claramente a que los términos de intercambio también fueron desfavorables para los productores de dicho caldo desde la década de 1580 hasta la de 1680.

⁷¹ Sobre el inicio de la crisis del textil cordobés en las décadas finales del siglo XVI, véase FORTEA (1981: 378-394).

GRÁFICO 1. Precios relativos en Sevilla: aceite en origen/trigo, 1530-1800.
Medias móviles de 11 años



Fuentes: Libros de rentas y gastos del Hospital de Santa Marta, ACS, sección V, serie 2, libros 43-253, 05585 y 05588-05593; Libros de cuentas del colegio de San Isidoro, ACS, sección V, serie 4, libros 05602-05773; Archivo de la Diputación Provincial de Sevilla, Libros de ingresos y gastos de los hospitales de las Cinco Llagas, San Lázaro, Espíritu Santo, Inocentes y San Hermenegildo; Hamilton (1983); Borrero (1991).

Entre el corte temporal de finales del siglo XVII y el de las postrimerías del XVIII, el crecimiento de los índices de producción agraria también resulta sensible al uso de uno u otro deflactor, pero en este caso las diferencias son menos acusadas⁷². Los comentarios sobre aquellos girarán fundamentalmente en torno a los resultados obtenidos con el deflactor 4. De los tres obispados de Andalucía occidental, el de Sevilla es el que presenta un peor balance: por un lado, sólo en él los niveles de producción de finales del siglo XVII se situaron por debajo de los de las postrimerías de la centuria precedente; por otro lado, el menor crecimiento agrario de todo el período objeto de estudio se alcanzó en la mitra hispalense. Los resultados agrarios en el

⁷² En Sevilla, entre 1691-1699 y 1786-1795, el índice de producción agraria no cerealista aumentó un 45 por 100 con el deflactor 1, un 60 por 100 con el deflactor 2 y un 51 por 100 con el deflactor 3. En Córdoba, entre 1701-1705 y 1788-1798, el incremento de dicha variable fue de un 71 por 100 con el deflactor 1 y de un 78 por 100 con el deflactor 2 y de un 36 por 100 con el deflactor 3. En Cádiz, entre 1686-1695 y 1795-1799, tales incrementos fueron del 140, del 155 y del 77 por 100, respectivamente.

obispado de Córdoba fueron bastante mejores que en el de Sevilla: entre el primer y el último corte temporal, el crecimiento del producto fue el 28 por 100 en el primero y del 11 por 100 en el segundo. En el pequeño obispado de Cádiz el balance fue bastante más halagüeño: el producto agrario medio anual aumentó un 85 por 100 entre 1588-1594 y 1795-1799; no obstante, en el siglo XVII el crecimiento de las cosechas fue bastante exiguo en dicha jurisdicción eclesiástica⁷³.

En todos los obispados de Andalucía occidental, la producción agraria no cerealista presenta un balance peor que el de la producción cerealista⁷⁴. Fue en el siglo XVII cuando la primera registró un auténtico descalabro: el descenso fue del 36 por 100 en Sevilla, del 30 por 100 en Córdoba y del 27 por 100 en Cádiz. ¿Qué factores determinaron la caída de la producción vitivinícola y, sobre todo, olivarera en dicho período⁷⁵? El Gráfico 1 nos ayuda a entender los motivos de tal fenómeno: la rentabilidad, al menos en términos relativos, de la producción oleícola se redujo notablemente en las dos últimas décadas del siglo XVI, al menos con respecto a la de la producción triguera. Luego, aunque con oscilaciones de considerable magnitud en el corto y medio plazo, se mantendría en niveles relativamente bajos hasta mediados de la década de 1680. Da la impresión, por tanto, de que la rentabilidad de la producción oleícola había comenzado a descender antes del establecimiento de los millones en 1591 y bastante antes de que se produjera el cenit de la escalada fiscal en el período 1630-1660⁷⁶. El establecimiento o el incremento de las sisas sobre el vino, el vinagre, el aceite

⁷³ Considerando las fuertes oscilaciones cíclicas de cosechas y esquilmos y el hecho de que los cálculos del crecimiento agrario en los obispados de Córdoba y Cádiz no siempre hayan podido sustentarse en promedios decenales (se ha tenido que recurrir, por falta de datos, a promedios quinquenales en dos casos: Córdoba, 1701-1705, y Cádiz, 1795-1799), hemos de ser especialmente cautos en el manejo de los índices estimados para los territorios de las mitras de Córdoba y Cádiz. Afortunadamente, el peso relativo del arzobispado de Sevilla en Andalucía occidental, para el que se dispone de una información mucho más completa, era muy superior al de las otras dos mitras de la región.

⁷⁴ Con respecto a los datos sobre la producción agraria no cerealista, tenemos que decir que recientemente se han descubierto una serie de encuestas para finales del siglo XVI y finales del siglo XVIII que ofrecen sobre cifras sobre la composición por cantidades del diezmo no cerealista. Aún no hemos localizado tales documentos el Archivo de la Catedral de Sevilla, pero su hallazgo puede arrojar luz sobre su evolución entre las dos centurias.

⁷⁵ Sin duda, vino, aceite y esquilmos del ganado constituían los principales componentes del producto agrario no cerealista de Andalucía occidental. Sobre la trayectoria de la producción pecuaria en el transcurso de la Edad Moderna sabemos muy poco, pero el peso de aquélla en el producto agrario de la región parece haber sido mayor del considerado tradicionalmente (LÓPEZ MARTÍNEZ (2005: 1025-1026)).

⁷⁶ En Andalucía, el momento culminante de la escalada fiscal tuvo lugar entre 1631 y 1645 (ANDRÉS, MUGÁRTEGUI y LANZA (2005: 7)).

y la carne fue el método más empleado por ciudades y villas de cierto fuste⁷⁷, si bien no el único, para hacer frente al pago de los millones y de otras exacciones⁷⁸. Al provocar el alza de precios efectos contractivos sobre el consumo y la producción de vino, vinagre, aceite y carne, dicha escalada fiscal tendía a autoalimentarse, ya que el mero mantenimiento de las recaudaciones requería una intensificación de las sisas. Los “servicios”, “donativos” y “ayudas” solicitados por la Monarquía, al igual que la compra y/o consumo de bienes, derechos y oficios vendidos por aquélla, obligó a numerosas ciudades y villas a endeudarse y, no mucho tiempo después, a establecer nuevos impuestos, a imponer recargos sobre los ya existentes y a privatizar el usufructo de parte de sus patrimonios para poder hacer frente a las mayores cargas financieras⁷⁹.

No debemos olvidar que el peso de millones, alcabalas y cientos recayó fundamentalmente sobre las ciudades⁸⁰ y que Andalucía era, a finales del Quinientos, la región española más urbanizada⁸¹. No es extraño, pues, que las cargas fiscales soportadas por Andalucía⁸² a mediados del siglo XVIII fuesen mayores de las que le habrían correspondido afrontar si se hubiese establecido la “única contribución”⁸³. El hecho de que la escalada tributaria afectase en mayor medida a las ciudades que a los

⁷⁷ En Madrid, los tributos reales y municipales sobre el vino supusieron más del 50 o del 60 por 100 de la postura de dicho caldo en la segunda mitad del siglo XVII (ANDRÉS, 2008).

⁷⁸ La arroba de aceite adquirida por el Hospital de la Sangre de Sevilla fue gravada en metálico, en concepto de millones, con 101,4 maravedies en 1656, con 132,2 en 1659, con 58,5 en 1660, con 62,6 en 1661, con 74,8 en 1662 y con 69,6 en 1663. En los años finales del siglo XVII, el monto en metálico de los millones por arroba fue de 75 maravedies en 1691, de 78 en 1692, de 65 en 1693, de 101,6 en 1694, de 53,1 en 1695, de 51,3 en 1696, de 59,3 en 1697 y de 59,5 en 1698. Del precio final de adquisición de dicho caldo por parte del Hospital de la Sangre, los millones satisfechos en dinero, en promedio, representaron el 17,3 por 100 en 1656-1663 y el 10,9 por 100 en 1691-1698. Entre 1792 y 1798, aquéllos supusieron, en promedio, sólo el 8,8 por 100 del precio final del vino adquirido por el Hospital de San Hermenegildo y por el Hospital del Amor de Dios de Sevilla. La carga que representaban los millones parece, pues, moderarse en el siglo XVIII. En cualquier caso, a esa carga en metálico habría que agregar los derechos sobre el consumo satisfechos en especie. En la provincia de Sevilla, la arroba “mayor” de aceite de los pueblos tenía, en el siglo XVII, un 15 por 100 más de capacidad que la arroba “menor” de dicho caldo en la ciudad de Sevilla. Ello era así, probablemente, porque a los consumidores hispalenses se les “sisaba” dicho porcentaje cuando adquirían aceite. Por consiguiente, los derechos sobre el consumo de aceite debieron aproximarse o superar el 50 por 100 en la Sevilla del Seiscientos.

⁷⁹ MARCOS (2006: 188-191).

⁸⁰ SAAVEDRA (2008: 260-261 y 267); SEBASTIÁN y VELA (1993: 563-564); ANDRÉS (1999: 169-173); PULIDO (1984); LANZA (2005).

⁸¹ PÉREZ MOREDA y REHER (1997: 130).

⁸² El nivel de precios en la Corona de Castilla tendía a aumentar de norte a sur. Por tanto, los diferenciales regionales nominales de la carga fiscal por habitante sobrevaloran los contrastes territoriales de esta variable.

⁸³ IRIGOIN y GRAFE (2008: 181). Dichas autoras han llevado a cabo esa comparación del reparto territorial de las cargas tributarias en la Corona de Castilla con los datos publicados por ARTOLA (1982) y ANGULO (2002). Véase también SAAVEDRA (2008: 276).

núcleos rurales en absoluto implica que el fuerte incremento de los derechos sobre el consumo no tuviese repercusiones muy negativas sobre determinados sectores de la agricultura: los cosecheros de vino y aceite y los productores de carne resultaron muy perjudicados por la considerable elevación de las sisas y por el establecimiento de otros arbitrios, ya que el ascenso de precios hubo de tener un importante efecto contractivo sobre los niveles de consumo y, por ende, de producción. Es decir, el modo en que muchas ciudades y villas hicieron frente a las mayores cargas fiscales tuvo efectos asimétricos sobre los distintos sectores de la agricultura: perjudicó especialmente a los que producían vino, aceite y carne para el mercado y alentó una reasignación de recursos en favor de la cerealicultura y, en general, de la producción orientada hacia el autoconsumo. De hecho —como se apuntará y se tratará con detalle en el capítulo 4—, en bastantes fincas rústicas del cabildo de la catedral de Sevilla se arrancaron viñas y, sobre todo, olivos, destinándose esos terrenos a la producción de granos, fenómeno que cobró especial intensidad en el Aljarafe, zona en la que la viticultura y la oleicultura tenían un peso destacado⁸⁴, pero que también se registró, con mayor o menor vigor, en las restantes comarcas sevillanas⁸⁵.

Los términos de intercambio evolucionaron de manera algo más favorable para los cosecheros de aceite desde los años finales del siglo XVII: en Sevilla, en promedio, con una arroba de dicho caldo⁸⁶ se pudieron adquirir 0,45 fanegas de trigo en 1603-1684 y 0,64 en 1685-1799; es decir, la mejora fue del 43 por 100. El vino, aunque no nos atrevemos a ofrecer porcentajes, también se revalorizó con respecto al trigo desde finales del siglo XVII. La recuperación demográfica, el pequeño incremento del PIB por habitante, el leve alza de las exportaciones de dichos caldo a las colonias americanas⁸⁷ y

⁸⁴ En las fincas rústicas que el cabildo de la catedral de Sevilla tenía en el Aljarafe, cuya extensión apenas varió en los siglos XVI y XVII, el olivar ocupaba 822,3 hectáreas en 1538, 606,2 en 1630 y 236,1 en 1700; por su parte, la superficie del viñado era de 227,7 hectáreas en 1538, de 146,5 en 1630 y de 69,1 en 1700. En contrapartida, el número de hectáreas dedicadas a la producción de granos tendió a aumentar: 828,8 en 1538, 1.189,1 en 1630 y 1.636,6 en 1700 (GONZÁLEZ MARISCAL (2006)). Asimismo, documentación de otro tipo también revela el descepe de olivares en el Aljarafe a finales del siglo XVI y principios del XVII, (HERRERA (1980: 224-229)).

⁸⁵ En 1662 Sevilla dirige una carta-informe al Consejo de Castilla en la que solicita la rebaja de tributos, ya que se habían perdido las labores de los campos “no habiendo al presente de 20 partes una de viña y olivares de los que solía haber” (BERNAL (1981: 210)). La fecha del escrito es significativa: el informe es remitido cuando acaba de culminar o está culminando la escalada fiscal.

⁸⁶ Para el aceite empleamos precios en origen.

⁸⁷ Las exportaciones medias anuales de vino a Indias fueron de unos 12.000 hectolitros a finales del siglo XVI y comienzos del XVII, de 6.224 en 1650-1699 y de 6.664 en 1720-1751 ((FERNÁNDEZ

la moderación de los millones⁸⁸ contribuyeron al reseñado cambio en los precios relativos. No obstante, en el arzobispado de Sevilla, a diferencia de lo acontecido en los obisposados de Córdoba y de Cádiz, el índice de producción agraria no cerealista a finales del Setecientos todavía no había recuperado el máximo de las postrimerías del Quinientos⁸⁹.

Entre finales de los siglos XVI y XVII, en contraste con lo ocurrido en la producción de aceite y vino, las cosechas de cereales crecieron moderadamente: a una velocidad algo superior a la del índice de población. En el Setecientos, las estimaciones efectuadas apuntan a que, al menos en las tierras del arzobispado de Sevilla, el producto cerealista por habitante varió muy poco⁹⁰, si bien conviene tener presente que el peso relativo de la producción agraria no cerealista aumentó en esta centuria, aunque sin recobrar el nivel que había alcanzado en las postrimerías del Quinientos.

En términos agregados, el siglo XVIII fue un período de crecimiento pausado para Andalucía occidental: probablemente, el alza del producto agrario no superó el 25 por 100, mientras que el del producto agrario por habitante tendió a permanecer estancado. Unos resultados muy pobres para una región que en el ámbito agrario había retrocedido de manera significativa en el Seiscientos, que estaba lejos de haber completado su

ALBALADEJO (2009: 223-224), GARCÍA FUENTES (1980: 241-249), GARCÍA-BAQUERO (1976, tomo I: 312)).

⁸⁸ Del importe total del vino adquirido por el Hospital de la Sangre de Sevilla, los millones pagados en metálico, en promedio, representaron el 20,2 por 100 en 1659-1663 y el 18,9 por 100 en 1691-1698 (Libros de recibo y gasto del Hospital de la Sangre, Archivo de la Diputación de Sevilla, Hospital de la Sangre, Sección 3, legajos 120-134). El Hospital de la Sangre adquiría el vino fuera de la ciudad de Sevilla y pagaba los derechos de millones en la puerta de Triana. La carga que significaban los millones satisfechos en dinero se había aligerado a finales del Setecientos: entre 1794 y 1798, aquéllos supusieron, en promedio, sólo el 8,8 por 100 del precio final del vino adquirido por el Hospital de San Hermenegildo y por el Hospital del Amor de Dios de Sevilla (Libros de recibo y gasto del Hospital de San Hermenegildo, Archivo de la Diputación de Sevilla, Hospital de San Hermenegildo, Sección 3, legajo 115; Libros de Botillería del Hospital del Amor de Dios, Archivo de la Diputación de Sevilla, Hospital del Amor de Dios, Sección 3, legajo 105). A ello habría que añadir los derechos reales y municipales sobre el consumo pagados en especie. Uno de ellos era la “tara”, que suponía, a comienzos del Seiscientos, en torno al 3,25 por 100 de la cantidad de vino adquirida. Las sisas establecidas para satisfacer los millones eran más onerosas, pero aún no disponemos de información completa para precisar su cuantía.

⁸⁹ Ahora bien, conviene tener presente que el cabildo de la catedral de Sevilla no percibía los diezmos de aceite en los pueblos del Aljarafe, que constituía la principal comarca oleícola de dicha jurisdicción eclesiástica.

⁹⁰ Resulta probable que descendiese en las comarcas del litoral. Así lo apunta el apreciable incremento de las importaciones de trigo a través del puerto de Cádiz desde la década de 1760 (MARTÍNEZ RUIZ (2005: 51-71)).

colonización y que gozaba de una posición institucional —por el monopolio sevillano/gaditano en el comercio con Indias— y geográfica muy favorable, para aprovechar el fuerte dinamismo de la economía atlántica a partir de la segunda mitad del siglo XVII⁹¹.

En términos de producto agrario por habitante, el balance del siglo XVII⁹² parece haber sido en Andalucía occidental peor que en Castilla la Vieja y mejor que en Extremadura y, sobre todo, Castilla la Nueva: entre 1587-1595 y 1690-1698, el producto cerealista por habitante en diversos arciprestazgos de la diócesis de Osma cayó un 5,7 por 100; entre 1580-1589 y 1690-1699, dicha variable creció un 9,2 por 100 en el obispado de Segovia; en Extremadura, la producción de cereales y leguminosas por habitante era hacia 1700 un 13 por 100 inferior que hacia 1590; el producto agrario por habitante cayó en la archidiócesis de Toledo cerca o por encima del 20 por 100 de 1587-1595 a 1690-1698⁹³, en tanto que la caída de dicha variable en Andalucía occidental, prácticamente en el mismo intervalo, se situó en torno al 9 por 100. En la recesión rural de Andalucía occidental y de los territorios interiores de la Corona de Castilla en las últimas décadas o años del siglo XVI y en el XVII se detectan modalidades diferentes: en Castilla y León, el descenso de la producción agraria por habitante parece haber sido relativamente suave⁹⁴, pero el de la población fue bastante intenso; en Extremadura, la caída del producto agrario per cápita fue notable y la del número de habitantes bastante fuerte; en Castilla la Nueva, la reducción del producto agrario per cápita alcanzó los máximos niveles, en tanto que la de la población fue relativamente moderada; y, por último, en Andalucía occidental, el descenso del producto agrario por habitante fue considerable, pero la población no disminuyó⁹⁵. Esos contrastes territoriales sugieren

⁹¹ Sobre la evolución del tonelaje y del tonelaje por habitante de la flota europea en la Edad Moderna, véase VAN ZANDEN y HORLINGS (1999: 36).

⁹² Las comparaciones de los balances regionales del Setecientos resultan más complicadas por la heterogeneidad que introduce en las series decimales la administración directa del Excusado en algunos años y por el desigual incremento de la defraudación en el pago del diezmo en los diversos territorios en la etapa final de dicha centuria. Las abordaremos en otra ocasión.

⁹³ PÉREZ ROMERO (2009: 101-102), GARCÍA SANZ (1977: 105), LLOPIS (2009), SEBASTIÁN, GARCÍA MONTERO, ZAFRA y BERNARDOS (2008).

⁹⁴ HERNÁNDEZ GARCÍA y PÉREZ ROMERO (2008).

⁹⁵ En Castilla y León y Extremadura los bautismos descendieron un 18,5 y un 20,2 por 100 de 1580-1589 a 1690-1699, respectivamente; en Castilla la Nueva se redujeron sólo un 8,8 por 100 entre 1590-1599 y 1690-1699; en Andalucía occidental, aumentaron un 6,6 por 100 de 1580-1589 a 1690-1699 (véase el capítulo 1).

que los ajustes demográficos preventivos fueron más intensos en las zonas de clara hegemonía de los pequeños productores que en las áreas donde eran mayoritarias o muy abundantes las familias en las que las rentas salariales constituían su principal fuente de ingresos.

Las series de diezmos percibidos en especie y en metálico por la catedral de Sevilla, que hemos reconstruido entre 1528 y 1800, permiten, en primer lugar, atisbar lo acontecido en materia de producción agraria en la extensa jurisdicción del arzobispado de dicha urbe en los tres últimos cuartos del siglo XVI, lo que no resulta posible con las rentas de las mitras; y en segundo lugar, detectar las principales tendencias del producto cerealista y del producto agrario no cerealista durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Debemos recordar tres importantes limitaciones de esta aproximación a la trayectoria agraria en tierras del arzobispado hispalense: 1) resulta imposible conocer la cronología y la evolución del fraude en el pago del diezmo⁹⁶; 2) tampoco es posible determinar la trayectoria de la amortización eclesiástica y sus secuelas precisas sobre las variaciones anuales en el porcentaje de tierras productivas exentas del pago de derechos decimales; y 3) los diezmos arrendados en metálico han sido deflactados con el índice de precios al consumo de la ciudad hispalense (deflactor 1), con el índice de precios del aceite, el vino, la carne de carnero y el tocino (deflactor 2), y con el índice de precios en origen del aceite (deflactor 3), los cuales no constituyen la alternativa óptima para transformar los valores nominales en reales⁹⁷.

En el Gráfico 2⁹⁸ hemos representado cuatro curvas de medias móviles de 9 años: una del diezmo de cereales y tres de los arrendamientos de derechos decimales de los restantes productos agrarios, en las que se han empleado como deflactores: el índice de precios al consumo de la ciudad de Sevilla calculado en el capítulo 2 (deflactor 1), el índice ponderado de precios del vino, aceite, carne de carnero y tocino (deflactor 2), y el

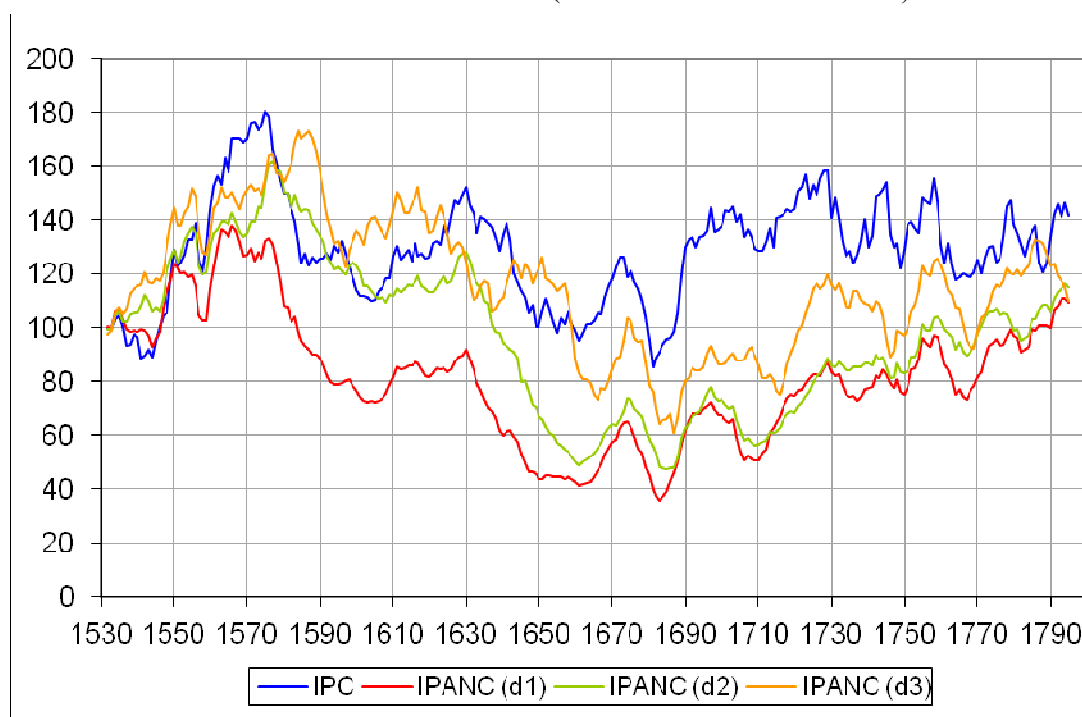
⁹⁶ Si ya resulta muy complicada la estimación del fraude a finales del siglo XVIII, la reconstrucción del perfil temporal de dicha práctica tendría que llevarse a cabo sin prácticamente ninguna base documental.

⁹⁷ Esta sería un índice ponderado de precios en origen de los principales componentes del producto agrario no cerealista en el arzobispado hispalense: aceite, vino, carne y lana.

⁹⁸ En las series del Gráfico 2 si se ha tenido en cuenta que la Real Hacienda administró directamente el Excusado de 1761 a 1775 y desde 1796.

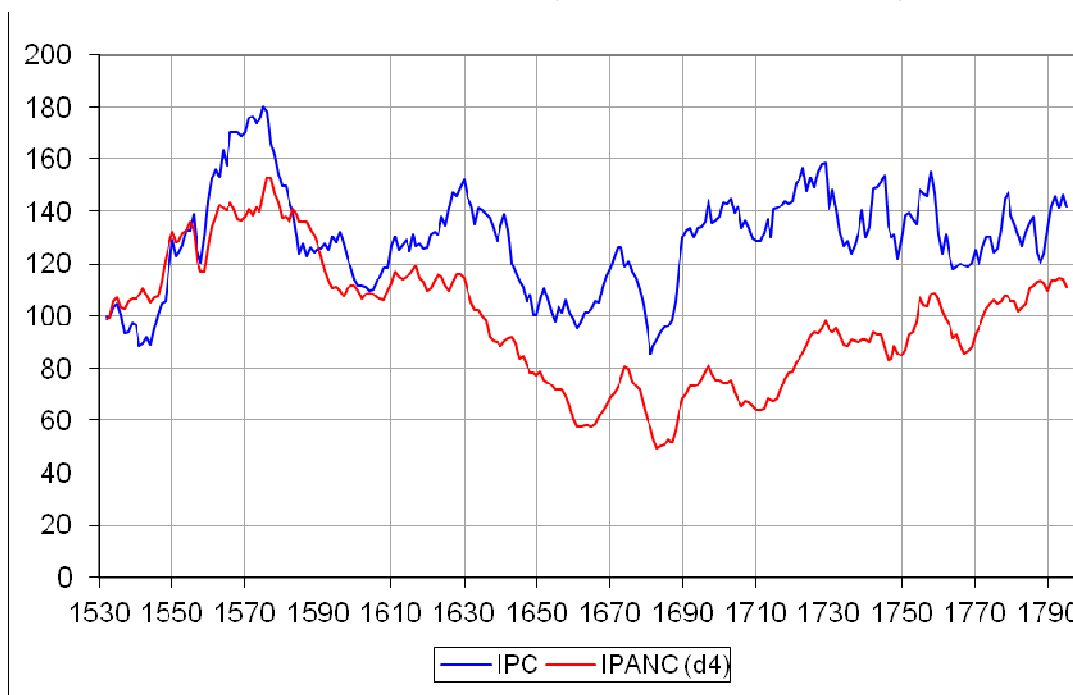
índice de precios en origen del aceite (deflactor 3). Mientras tanto, en el gráfico 3 se presentan el índice de producción cerealista y el índice de producción agraria no cerealista deflactado por el deflactor 4 (que resulta de hallar la media aritmética de los otros tres deflactores), con la intención de que pueda resultar más fácil la lectura de los datos.

GRÁFICO 2. Índices de producción cerealista (IPC) y de producción agraria no cerealista (IPANC) del arzobispado de Sevilla, 1530-1800.
Medias móviles de 9 años (base 100 = media 1528-1537)



Fuentes: Libros de Casillas, Archivo de la Catedral de Sevilla, sección II, serie 1ª, libros 2B-241C y 00024-00034; González Mariscal (2006); Llopis, García Montero, García Hiernaux, González Mariscal y Hernández García (2007); Libros de rentas y gastos del Hospital de Santa Marta, ACS, sección V, serie 2, libros 43-253, 05585 y 05588-05593; Libros de cuentas del colegio de San Isidoro, ACS, sección V, serie 4, libros 05602-05773; Archivo de la Diputación Provincial de Sevilla, Libros de ingresos y gastos de los hospitales de las Cinco Llagas, San Lázaro, Espíritu Santo, Inocentes y San Hermenegildo.

GRÁFICO 3. Índice de producción cerealista (IPC) y de producción agraria no cerealista (IPANC) del arzobispado de Sevilla, 1530-1800.
Medias móviles de 9 años (base 100 = media 1528-1537)



Fuentes: Libros de Casillas, Archivo de la Catedral de Sevilla, sección II, serie 1ª, libros 2B-241C y 00024-00034; González Mariscal (2006); Llopis, García Montero, García Hiernaux, González Mariscal y Hernández García (2007); Libros de rentas y gastos del Hospital de Santa Marta, ACS, sección V, serie 2, libros 43-253, 05585 y 05588-05593; Libros de cuentas del colegio de San Isidoro, ACS, sección V, serie 4, libros 05602-05773; Archivo de la Diputación Provincial de Sevilla, Libros de ingresos y gastos de los hospitales de las Cinco Llagas, San Lázaro, Espíritu Santo, Inocentes y San Hermenegildo.

El Gráfico 2 muestra cómo, tras un movimiento recesivo en la década de 1530 y en los primeros años de la de 1540, la producción cerealista registró un fortísimo crecimiento entre, aproximadamente, 1545 y 1579: de 1540-1548 a 1571-1579, los diezmos de granos aumentaron un 102 por 100. Ese violento movimiento alcista vino impulsado por un notable crecimiento demográfico y acompañado de intensas roturaciones, pero las excelentes cosechas de varios años de la década de 1570 también contribuyeron a ese vertiginoso ascenso. A partir de 1580 se quebró dicho vigoroso crecimiento: se inició entonces un brusco movimiento a la baja que se prolongó hasta los primeros años del siglo XVII⁹⁹: en promedio anual, los diezmos de granos en el

⁹⁹ En el territorio cordobés también se registró una brusca inversión de la tendencia del producto cerealista hacia 1580, FORTEA (1981: 454-455).

período 1601-1609 apenas superaron en un 10 por 100 a los del período 1528-1537 y fueron inferiores en casi un 39 por 100 a los del intervalo 1571-1579. Es probable que un cambio climático desfavorable para las cosechas constituyese uno de los factores determinantes de ese brusco cambio en la coyuntura agraria andaluza¹⁰⁰. El cuarto de siglo siguiente, hasta 1630 aproximadamente, fue de recuperación: en esta fase los diezmos de granos se incrementaron algo más de un 35 por 100. Después hubo tres décadas de recesión en la producción cerealista: hacia 1660 el índice se hallaba por debajo del de la década de 1528-1537. El decenio de 1660 y los primeros años del de 1670 constituyeron una fase de recuperación, pero en la década siguiente se registró un descenso muy violento de los diezmos de cereales, hasta el extremo de que el mínimo absoluto de estos últimos se alcanzó, precisamente, a comienzos de la década de 1680. Entre 1571-1579 y 1677-1685, el descenso de producción de granos fue del 52,7 por 100. Después de 1685 las cosechas de cereales volverían a recuperarse y este movimiento alcista, aunque interrumpido durante los años de la guerra de Sucesión, se prolongó hasta finales de la década de 1720: la producción de granos creció un 86,3 por 100 entre 1677-1685 y 1725-1733. El máximo relativo alcanzado entonces, según los registros decimales, no se superó en los restantes decenios del Setecientos. Si pudiéramos conocer la trayectoria de los niveles de defraudación en el pago del diezmo, es probable que nuestra visión acerca de la producción de granos en las tierras del arzobispado de Sevilla en el siglo XVIII fuese algo menos pesimista de la que se infiere de los gráficos 2 y 3, pero resulta poco verosímil que las cosechas de granos en dicha jurisdicción tendiesen al alza con cierto vigor en las siete últimas décadas del siglo XVIII.

Pese a los problemas de los deflatores y a que no puede descartarse que la defraudación en el pago de los diezmos de lana y otros esquilmos, aceite, vino y

¹⁰⁰ El nivel térmico descendió y las precipitaciones aumentaron en la Europa del último tercio del siglo XVI (BRAUDEL (1976: 353-364)). Tiene interés señalar que el cambio de coyuntura agraria se produjo en Castilla la Nueva en las mismas fechas que en Andalucía occidental (SEBASTIÁN, BERNARDOS, GARCÍA MONTERO y ZAFRA (2008)). Pfister y Brázdil han hallado una relación significativa entre el deterioro del clima y el descenso de las cosechas de granos y uvas en varios países de la Europa central durante el último tercio del siglo XVI ((PFISTER y BRÁZDIL (1999: 41-43)). Sobre las relaciones entre clima y producción de granos en Andalucía entre 1587 y 1729, véase SÁNCHEZ RODRIGO (2001: 161-182).

menudos haya alcanzado una magnitud superior a la registrada en el de los de granos¹⁰¹ (es probable que la resistencia a satisfacer este tributo eclesiástico aumentase especialmente en los casos de los productos agrarios que protagonizaron la escalada fiscal sobre el consumo desde 1591), todo parece indicar que la evolución del producto agrario no cerealista fue peor que la del producto cerealista desde comienzos del segundo cuarto del siglo XVII. Hasta 1625 las trayectorias del producto cerealista y del producto agrario no cerealista no fueron muy diferentes, si bien el movimiento depresivo de este último se inició hacia 1590, algo más tarde, por tanto, que el de las cosechas de granos¹⁰². Las principales diferencias en la evolución de esas dos variables se sitúan después de 1625. Primero la depresión del producto agrario no cerealista fue muy intensa: el índice de éste estaba situado en 61,1 por 100 en 1683-1691 (deflactor 3, base 100 = media del decenios 1528-1537), en 47,2 en 1681-1689 (deflactor 2), en 36,5 en 1679-1687 (deflactor 1), o en 47,0 (deflactor 4), mientras que el índice de las cosechas de granos nunca bajó de 85 (el mínimo, 85,2, se registró en 1677-1685). Luego, desde mediados de la década de 1680, el producto agrario no cerealista creció más rápidamente que el cerealista¹⁰³, pero ello no fue óbice para que el peso relativo del primero, en las postrimerías del Setecientos, siguiese siendo menor que en el Quinientos.

¹⁰¹ En el obispado de Córdoba, desde fechas bastante tempranas, la resistencia al pago del diezmo del ganado y de los productos de huerta parece haber sido especialmente intensa (MUÑOZ DUEÑAS (1994: 163)).

¹⁰² Como los cereales suponían más del 50 por 100 del producto agrario, éste hubo de iniciar el movimiento a la baja desde comienzos de la década de 1580. Por tanto, la caída del producto agrario y del producto agrario por habitante en las dos últimas décadas del siglo XVI y en el XVII tuvo que ser aún mayor que lo indicado por las cifras del Cuadro 1, al menos en el territorio del arzobispado de Sevilla.

¹⁰³ Ello no fue óbice para que el área de superficie ocupada por el viñedo y el olivar aumentasen desde finales del siglo XVII, expansión que fue alentada, como ya hemos apuntado, por una mejora de los términos de intercambio para los oferentes de dichos caldos. Sabemos que la superficie de las plantaciones de olivos de las haciendas de diferentes monasterios y conventos se incrementó notablemente en el siglo XVIII: la de las agustinas de Santa María de Gracia de Huelva pasó de 28 fanegas en 1711 a 111 fanegas en 1752; la de las clarisas de Santa Inés de Ecija de 66 aranzadas en 1712-1717 a 234,75 aranzadas en 1750 y a 523 aranzadas en 1796; la de los jesuitas de Jerez de la Frontera de 44 aranzadas en 1686 a 99 aranzadas en 1766; por su parte, las monjas cistercienses de San Clemente de Sevilla plantaron, entre 1734 y 1772, 5.500 estacas de olivar y realizaron 1.000 injertos de olivo en acebuches. Todas estas informaciones nos las ha proporcionado Antonio Luis López Martínez.

Cuadro 2. Derechos decimales sobre el vino percibidos por el cabildo de la catedral de Sevilla en varias comarcas* (en maravedíes constantes de 1528-1537)

Período	Derechos decimales sobre el vino (deflactor 1)	Derechos decimales sobre el vino (deflactor 2)
1528-1534	1.126.159	1.043.039
1560-1566	1.503.089	1.551.809
1572-1578	1.574.103	1.706.675
1609-1615	973.082	1.582.637
1630-1636	592.566	872.458
1648-1654	319.659	1.020.879
1678-1684	231.856	596.862
1694-1700	285.096	623.513
1704-1710	178.146	569.736
1724-1730	441.225	1.059.587
1749-1755	353.699	828.217
1762-1768	306.576	697.123
1781-1788	408.344	903.618

* Aljarafe, Campiña de Sevilla, Campiña de Jerez, Campo de Tejada, Condado de Huelva, Huelva Litoral, Sierra Norte y Transición a la Marisma.

Leyenda: Deflactor 1: índice de precios al consumo en la ciudad de Sevilla; Deflactor 2: índice de precios en origen del aceite en la provincia de Sevilla.

Fuentes: Garcés (1990); González Mariscal (2006); Llopis, García Hiernaux, García Montero, González Mariscal y Hernández (2008); Libros de rentas y gastos del Hospital de Santa Marta, ACS, sección V, serie 2, libros 43-253, 05585 y 05588-05593; Libros de cuentas del colegio de San Isidoro, ACS, sección V, serie 4, libros 05602-05773; Archivo de la Diputación Provincial de Sevilla, Libros de ingresos y gastos de los hospitales de las Cinco Llagas, San Lázaro, Espíritu Santo, Inocentes y San Hermenegildo.

Las cifras recopiladas por Aurelio Garcés acerca de los derechos decimales sobre el vino percibidos por el cabildo de la catedral de Sevilla también ponen de relieve el fortísimo descenso de la producción de dicho caldo en el territorio del arzobispado de Sevilla en los años finales del siglo XVI y en el XVII¹⁰⁴. Aunque en este caso la carencia de un deflactor óptimo obliga a extremar la prudencia, los datos del Cuadro 2 son muy contundentes: entre 1572-1578 y 1678-1684, la producción de vino descendió

¹⁰⁴ Este autor subraya el debacle de la viticultura sevillana en las décadas centrales del siglo XVII y la lentitud de la posterior recuperación de este subsector (GARCÉS (1990: 234)).

por encima del 55 ó 60 por 100¹⁰⁵; por su parte, la recuperación del siglo XVIII fue muy incompleta; de hecho, los máximos de esta última centuria se hallaban muy alejados de los de la década de 1570¹⁰⁶. Por tanto, las cifras de Garcés y las nuestras apuntan a que el índice de producción de vino, a partir de 1625, se comportó aún peor que el índice de producción agraria no cerealista.

Las series anuales de los diezmos percibidos por el cabildo de la catedral de Sevilla, desde 1528 hasta 1800, contribuyen a esclarecer algunos asuntos relevantes de la historia agraria de Andalucía occidental en la Edad Moderna. Si sólo se contemplan los registros decimales de granos del siglo XVII, esta centuria aparece para dicha región como un período de estancamiento o, incluso, de ligero crecimiento de las cosechas. Sin embargo, si también nos fijamos en los diezmos de los restantes productos agrarios y si examinamos la trayectoria de los registros decimales en los siglos XVI y XVII, parece difícil cuestionar la existencia de una depresión agraria, al menos en el extenso territorio del arzobispado de Sevilla, entre 1580 y 1685; es cierto, no obstante, que, a diferencia de otras regiones de la Corona de Castilla, en Andalucía occidental el movimiento recesivo de la población fue de menor magnitud¹⁰⁷ y que se produjeron recuperaciones relativamente enérgicas de la producción cerealista de 1605 a 1630 y de 1660 a 1673. Por otro lado, las series anuales de diezmos del cabildo de Sevilla ponen de manifiesto la progresiva e importante pérdida de peso relativo de la producción no cerealista desde antes de 1625, fenómeno que se prolongó durante la mayor parte del siglo XVII; después, las cosechas de vino y aceite parecen recobrar un mayor protagonismo en la agricultura de Andalucía occidental, pero el peso de aquéllas en el producto agrario de esta región en absoluto parece haber recobrado hacia 1800 el nivel que había alcanzado en el tercer cuarto del siglo XVI. Y esto entrañó un importante contratiempo para la agricultura andaluza, cuyo desarrollo dependía en buena medida de la importancia

¹⁰⁵ Si utilizásemos como deflactor el índice de los precios del vino adquirido por diversos hospitales de la ciudad de Sevilla, la caída del diezmo de dicho caldo alcanzaría, en ese mismo período, el 78,8 por 100. Pese a la heterogeneidad de la serie de precios del vino y a que la escalada de los impuestos sobre el consumo de esta bebida en el siglo XVII exagera el movimiento contractivo, parece incuestionable el fuerte retroceso de la actividad vitivinícola en dicha centuria.

¹⁰⁶ En el supuesto de emplear como deflactor el índice de los precios del vino adquirido por diversos hospitales de la ciudad de Sevilla, el carácter incompleto de la recuperación aún se acentúa más: el nivel de producción de 1749-1755 no alcanzaba el 30 por 100 del de 1572-1578.

¹⁰⁷ En Castilla y León el índice de bautismos cayó un 35,2 por 100 entre 1580-1589 y 1630-39; en Extremadura un 31,3 por 100 entre 1580-1589 y 1650-1659; en Castilla la Nueva un 21,5 por 100 entre 1590-1599 y 1640-1649; y en Andalucía un 16,0 por 100 entre 1580-1588 y 1650-59.

relativa del viñedo y del olivar, unos cultivos más intensivos en mano de obra, más productivos y con mayor orientación mercantil que los cereales. Consiguientemente, una de las principales vías de desarrollo de la agricultura andaluza, la expansión del viñedo y del olivar, había quedado bloqueada a comienzos del siglo XVII.

En definitiva, la agricultura de Andalucía occidental se situó, desde el último cuarto del siglo XVI, bastante alejada de su frontera de posibilidades de producción: 1) pese al débil poblamiento a finales del Quinientos, el crecimiento demográfico no fue demasiado brillante en los siglos XVII y XVIII; 2) el producto agrario por habitante disminuyó significativamente en el Seiscientos y la recuperación del Setecientos no permitió recobrar los niveles de las postrimerías del Quinientos, ni aún las del Seiscientos; y 3) la viña y el olivar, que eran los principales cultivos en los que podía apoyarse el desarrollo agrario en la mayor parte de las comarcas de Andalucía occidental¹⁰⁸, retrocedieron en términos absolutos desde finales del siglo XVI y en términos relativos desde las primeras décadas del XVII.

En lo concerniente al producto agrario por habitante, da la impresión de que los siglos XVII y XVIII fueron más desfavorables para la España interior meridional que para la España interior septentrional¹⁰⁹. No estamos en condiciones de explicar las causas de los relativamente malos resultados obtenidos por la agricultura de Andalucía occidental en el Seiscientos y en el Setecientos, pero querríamos llamar la atención sobre dos fenómenos: 1) la escalada fiscal en la Corona de Castilla, iniciada a finales del Quinientos¹¹⁰, dañó especialmente a los territorios más urbanizados y a los que tenían un agricultura más orientada hacia los mercados (Andalucía constituía el ejemplo más conspicuo de ellos); y 2) el grado de concentración de la riqueza y de la renta aumentó notablemente en Andalucía occidental en los siglos XVII y XVIII¹¹¹, y se situó en unos niveles que resultaban, probablemente, desfavorables para el crecimiento económico; sin duda, el aumento del porcentaje de familias que vivían básicamente de ingresos

¹⁰⁸ Sobre las vías de crecimiento agrario en la España interior antes de la producción masiva y barata de maquinaria y de insumos obtenidos fueron las explotaciones agrarias, véase GARRABOU (1994).

¹⁰⁹ LLOPIS y SEBASTIÁN (2007: 85-87).

¹¹⁰ Alberto Marcos sostiene que después de 1575 o de 1590 se traspasaron los umbrales a partir de los cuales cualquier incremento en la presión fiscal se convertía en un freno al crecimiento económico (MARCOS (2006: 182)).

¹¹¹ BERNAL (1981: 218-234).

salariales en la mayor parte de localidades de la región, aunque generó una oferta bastante elástica de mano de obra, hubo de dificultar el desarrollo del mercado regional y de tener efectos contractivos sobre la renta por habitante¹¹². Independientemente de las causas de la evolución poco favorable de la agricultura de Andalucía occidental en los siglos XVII y XVIII, es incuestionable que los factores históricos e institucionales desempeñaron un papel crucial en la trayectoria y en el balance de dicho sector durante el Antiguo Régimen.

4. CONCLUSIONES

La reconstrucción de la trayectoria y la estimación del crecimiento del producto agrario de Andalucía occidental en la Edad Moderna constituyen tareas complejas que obligan a afrontar diversos e importantes escollos: la mayor parte de obispos y cabildos arrendaban, en especie o en metálico, sus derechos decimales; el avance de la amortización eclesiástica entrañó que la cantidad y el porcentaje de tierras exentas de la obligación de diezmar varió en el transcurso del tiempo; los niveles de defraudación en el pago del diezmo parecen haber alcanzado ya niveles de cierta entidad antes de que concluyera el siglo XVIII; y no se dispone de la información suficiente para construir índices ponderados de precios de productos agrarios en origen del aceite, vino, carne y lana, que constituirían la alternativa idónea para deflactar los valores de los diezmos arrendados en metálico. Pese a todas estas dificultades y a la necesidad de introducir supuestos discutibles para el cálculo del crecimiento de las cosechas, consideramos que el examen de la información decimal manejada permite fundamentar varias conclusiones:

¹¹² Sobre el proceso de proletarización y la primacía del trabajo asalariado en la Baja Andalucía, véase FLORENCIO y LÓPEZ MARTÍNEZ (2000: 99-126).

1) Andalucía occidental registró una vigorosa expansión agraria en las primeras ocho décadas del siglo XVI, pero ésta se quebró hacia 1580 y no se recobró posteriormente.

2) Dicha región tuvo un crecimiento agrario exiguo entre finales de los siglos XVI y XVIII.

3) La producción vitícola y oleícola descendió en términos absolutos y relativos en las últimas décadas del siglo XVI y en la mayor parte del XVII. A finales del Setecientos, pese a la recuperación que se había iniciado a mediados de la década de 1680, las cosechas de uvas y aceitunas aún no habían recobrado el nivel de finales del tercer cuarto del Quinientos.

4) El producto agrario por habitante disminuyó en las postreras décadas del siglo XVI y en el XVII, y permaneció estancado entre las últimas décadas del siglo XVII y las finales del XVIII. Nuestras estimaciones sugieren que aquél cayó cerca de un 11 por 100 entre finales del Quinientos y del Setecientos. Además, la magnitud del descenso habría sido mayor si hubiésemos comparado los niveles productivos y demográficos de las décadas de 1570 y 1790.

5) Globalmente, el período 1580-1685 fue de depresión agraria para el territorio del arzobispado de Sevilla. La fase contractiva de mayor intensidad se registró en las dos últimas décadas del siglo XVI. De modo que Andalucía occidental también tuvo su crisis del “Seiscientos”, si bien la cronología y el perfil de la misma presentan importantes peculiaridades con respecto a los movimientos depresivos registrados en otras regiones de la Corona de Castilla.

6) La crisis del “largo siglo XVII” en el oeste andaluz se caracterizó, en el contexto de los territorios de la Corona de Castilla, por el apreciable descenso de la renta agraria per cápita y por un ajuste demográfico de consideración más leve.

7) Andalucía occidental desaprovechó una parte en absoluto insignificante de su potencial de crecimiento agrario desde finales del siglo XVI. Aparte de la magra expansión, la valoración de los resultados agrarios del Seiscientos y del Setecientos ha de tener en cuenta el grado de colonización del territorio regional y las posibilidades que el monopolio comercial con el Imperio americano y el dinamismo de la economía atlántica brindaban a las explotaciones agrarias de los territorios relativamente próximos a Sevilla y a la costa gaditana y onubense. Cuando a finales del siglo XVI se establecieron y repartieron territorialmente los millones de acuerdo a la “sustancia” económica y al grado de urbanización de las distintas circunscripciones, Andalucía era la región más rica de la Corona de Castilla (también de España); de ahí que ocupase entonces una nítida posición de vanguardia en lo que atañe a las cantidades recaudadas, en términos *per capita*, en concepto de alcabalas y millones¹¹³. En las postrimerías del Setecientos, Andalucía no constituía la región más rica de España¹¹⁴ y su preeminencia económica dentro de la Corona de Castilla era, probablemente, bastante menos clara que doscientos años atrás. Las vicisitudes históricas tendrán que dar cuenta de ese deterioro relativo de una región que siguió gozando de importantes ventajas institucionales y de situación durante esas centurias.

¹¹³ SAAVEDRA (2008: 261, 263 y 268).

¹¹⁴ Así lo sugieren las cifras regionales de peso relativo de la población activa no agraria (LLOPIS (2001: 508-512)).

BIBLIOGRAFÍA

- ALLEN, R. C. (2000): "Economic structure and agricultural productivity in Europe, 1300-1800", *European Review of Economic History*, 4, pp. 1-26.
- ALLEN, R. C. (2001): "The Great Divergence in European Wages and Prices from the Middle Ages to the first World War", *Explorations in Economic History*, 38, pp. 411-447.
- ÁLVAREZ NOGAL, C. y PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (2006): "La decadenza spagnola nell'Età Moderna: una revisione quantitativa", *Rivistia di Storia Economica*, XXII, nº. 1, pp. 59-89.
- ÁLVAREZ NOGAL, C. y PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (2007a): "Searching for the Roots of the Retardation: Spain in Europe perspective, 1500-1850", *Documento de Trabajo*, WP0706, Universidad Carlos III de Madrid.
- ÁLVAREZ NOGAL, C. y PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (2007b): "The decline of Spain (1500-1850): conjectural estimates", *European Review of Economic History*, 11, pp. 319-366.
- ÁLVAREZ-NOGAL, C. y PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (2013): "The rise and fall of Spain (1270-1850)", *The Economic History Review*, Vol. 66, Issue 1, pp. 1-37.
- ÁLVAREZ VÁZQUEZ, J. A. (1984): *Los diezmos en Zamora (1500-1840)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- ANDRÉS UCENDO, J. I. (1999): *La fiscalidad en Castilla en el siglo XVII: los servicios de millones, 1601-1700*, Bilbao, Universidad del País Vasco.
- ANDRÉS UCENDO, J. I. (2001): "Castile's Fiscal System in the Seventeenth Century", *The Journal of European Economic History*, 30, pp. 597-617.
- ANDRÉS UCENDO, J. I. (2008): "Fiscalidad y precios en Castilla en el siglo XVII, los precios del vino en Madrid, 1606-1700", *IX Congreso de la AEHE*. Sesión B2. "Estado fiscal" y depresión económica en la España de los Austrias, Murcia, 10-12 de septiembre.
- ANDRÉS UCENDO, J. I., LANZA GARCÍA, R. (2009): "Urban taxation, real wages and economic growth in XVIIth century Castile: the case of Madrid", XVth World Economic History Congress. Q6. *Urban fiscal systems and economic growth in Europe 15th-18th*, Utrecht, [<http://www.wehc2009.org>].
- ANDRÉS UCENDO, J. I., MUGARTEGUI, I., y LANZA, R. (2005): "Algunas notas sobre las repercusiones de la fiscalidad en el mundo rural castellano en el siglo XVII", *XI Congreso del SEHA. Fiscalidad y agricultura. Edades Medieval, Moderna y Contemporánea*, Aguilar de Campoo (Palencia).
- ANES ALVÁREZ, G. (1970): *Las crisis agrarias en la España moderna*, Madrid, Taurus.
- ANGELES, L. (2008): "GPD per capita or real wages? Making sense of conflicting views on pre-industrial Europe", *Explorations in Economic History*, 45, pp. 147-163.
- ANGULO TEJA, M. C. (2002): *La hacienda española en el siglo XVIII: las rentas provinciales*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- ARDIT, M. (1989): "Recaudación y fraude diezmal en el siglo XVIII valenciano", *Estructuras agrarias y reformismo ilustrado en la España del siglo XVIII*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 391-410.
- ARTOLA, M. (1982): *La Hacienda del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza.

- ARTOLA, M., BERNAL, A. M., y CONTRERAS, J. (1978): *El latifundio: propiedad y explotación, siglos XVIII-XX*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- BARRIO GOZALO, M. (1982): *Estudio socio-económico de la Iglesia de Segovia en el siglo XVIII*, Segovia.
- BARRIO GOZALO, M. (1987): “Perfil socio-económico de una elite de poder, V: los obispos de Andalucía (1600-1840)”, *Anthologica Annua*, 34, pp. 11-188.
- BARRIO GOZALO, M. (2000): *Los obispos de Castilla y León durante el Antiguo Régimen*, Zamora, Junta de Castilla y León.
- BARRIO GOZALO, M. (2004): *El Real patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen (1556-1834)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- BERNAL, A. M. (1981): “Andalucía Occidental: economía rural, 1590-1765”, en DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. (dir.): *Historia de Andalucía. VI. Los inicios del capitalismo (1621-1778)*, Barcelona, Planeta, pp. 185-241.
- BILBAO, L. M. y FERNÁNDEZ DE PINEDO, E. (1982): “Evolución del producto agrícola bruto en el País Vasco peninsular, 1537-1850. Primera aproximación a través del diezmo y de la primicia”, en GOY, J. y LE ROY LADURIE, E. (eds.): *Prestations paysannes, dîmes, rente foncière et mouvement de la production agricole à l'époque préindustrielle*, Paris, Le Haye et New York, Éditions de l'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales et Mouton Éditeur, pp. 313-327.
- BORRERO FERNÁNDEZ, M. (1991): “Crisis de cereales y alza de precios en la Sevilla de la primera mitad del siglo XVI”, *Historia. Instituciones. Documentos*, Volumen 18, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, pp. 39-55.
- BROADBERRY, S. y GUPTA, B. (2006): “The Early Modern Great Divergence: Wages, Prices, and Economic Development in Europe and Asia, 1500-1800”, *Economic History Review*, 59, pp. 2-31.
- BRAUDEL, F. (1976): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 2 Vols., 2ª edición en español.
- BUSTOS, M., BUZÓN, A., GÓMEZ, I., MORGADO, A., NÚÑEZ, D. y RODRÍGUEZ, M. (1991): “Evolución demográfica de la provincia de Cádiz en el siglo XVII”, en NADAL, J. (coord.): *La evolución demográfica bajo los Austrias*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.
- CANALES, E. (1982): “Los diezmos en su etapa final”, ANES, G., ed., *La economía española al final del Antiguo Régimen. I. Agricultura*, Madrid, Alianza Universidad y Banco de España, pp. 103-187.
- CANALES, E. (1985): “Diezmos y revolución burguesa en España”, en GARCÍA SANZ, Á. y GARRABOU, R. (eds.) (1985): *Historia agraria de la España contemporánea. I. Cambio social y nuevas formas de propiedad (1800-1850)*, Barcelona, Crítica, pp. 245-274.
- CARRERAS, A. (2003): “Modern Spain”, en MOKYR, J. (ed.): *The Oxford Encyclopaedia of Economic History*, Oxford, Oxford University Press, Vol. 4, pp. 546-553.
- CLARK, G. (2007): *A Farewell to Alms. A Brief Economic History of the World*, Princeton y Oxford, Princeton University Press.

- EIRAS ROEL, A. (1982): “Dîme et mouvement du produit agricole en Galice, 1600-1837”, en GOY, J. y LE ROY LADURIE, E. (eds): *Prestations paysannes, dîmes, rente foncière et mouvement de la production agricole à l'époque préindustrielle*, Paris, Le Haye et New York, Éditions de l'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales et Mouton Éditeur, pp. 341-357.
- FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (1975): *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa, 1766-1833: cambio económico e historia*, Madrid, Akal.
- FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (2009): *Historia de España. Volumen IV. La crisis de la Monarquía*, Barcelona, Crítica y Marcial Pons.
- FLORENCIO PUNTAS, A. y LÓPEZ MARTÍNEZ, A. L. (2000): “El trabajo asalariado en la agricultura de la Baja Andalucía. Siglos XVIII y XIX”, *Historia Agraria*, nº. 21, pp. 99-126.
- FORTEA PÉREZ, J. I. (1981): *Córdoba en el siglo XVI: las bases demográficas y económicas de una expansión urbana*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.
- GÁMEZ, A. (1989): “¿Una o varias agriculturas en la Andalucía del siglo XVIII?”, en *Estructuras agrarias y reformismo ilustrado en la España del siglo XVIII*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 79-98.
- GARCÉS, A. (1990): *Expansión y crisis de la viticultura tradicional en la Baja Andalucía, siglos XVI-XIX*, Tesis Doctoral inédita, Universidad de Sevilla.
- GARCÍA FUENTES, L. (1980): *El comercio español con América, 1650-1700*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- GARCÍA SANZ, A. (1973): “Los diezmos del Obispado de Segovia del siglo XV al XIX: problemas de método, modos de percepción y regímenes sucesivos de explotación”, *Estudios Segovianos*, tomo XXV, nº 73, pp. 7-20.
- GARCÍA SANZ, A. (1977): *Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Castilla la Vieja. Economía y Sociedad en tierras de Segovia, 1500-1814*, Madrid, Akal.
- GARCÍA SANZ, A. (1986): *Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Castilla la Vieja. Economía y Sociedad en tierras de Segovia, 1500-1814*, Madrid, Akal, 2ª edición.
- CARCÍA BAQUERO, A. (1976): *Cádiz y el Atlántico (1717-1778)*, Sevilla, CSIC y Diputación Provincial de Cádiz.
- GARRABOU, R. (1994): “Revolución o revoluciones agrarias en el siglo XIX: su difusión en el mundo mediterráneo”, en SÁNCHEZ PICÓN, A. (ed.): *Agriculturas mediterráneas y mundo campesino. Cambios históricos y retos actuales*, Almería, Diputación de Almería, pp. 95-109.
- GONZÁLEZ-MARISCAL, M. (2006): *Propiedad, explotación y renta de la tierra en Sevilla, 1500-1700*, Trabajo de Doctorado inédito, Universidad Complutense de Madrid.
- GUTIÉRREZ ALONSO, A. (1989): *Estudio sobre la decadencia de Castilla: la ciudad de Valladolid en el siglo XVII*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- HAMILTON, E. J. (1983): *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Barcelona, Ariel.
- HERNÁNDEZ BORREGO, J. J. (2002): *El Cabildo Catedral de Sevilla: organización y sistema contable, (1625-1650)*, Tesis Doctoral inédita, Universidad de Sevilla.
- HERNÁNDEZ BORREGUERO, J. J. (2007): “Impuestos sobre la renta de los eclesiásticos: el Subsidio y Excusado (diócesis de Sevilla, mediados del siglo XVII)”, *De Computis*, nº 7, pp. 80-99.

- HERNÁNDEZ BORREGUERO, J. J. (2010): *La Catedral de Sevilla: economía y esplendor (siglos XVI y XVII)*, Sevilla, Instituto de la cultura y las artes.
- HERNÁNDEZ GARCÍA, R. y PÉREZ ROMERO, E. (2008): “La evolución del producto agrario en Castilla y León durante la Edad Moderna. Problemas y posibilidades para su estimación a partir de las fuentes diezmales”, *IX Congreso Internacional de la AEHE, Sesión A1, El PIB y las macromagnitudes económicas en la España del Antiguo Régimen*, Murcia, 10-12 septiembre de 2008, [<http://www.um.es/ixcongresoaehe/>].
- HERRERA, A. (1980): *El Aljarafe sevillano durante el Antiguo Régimen*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla.
- IRIGOIN, A. y GRAFE, R. (2008): “Bargaining for Absolutism: A Spanish Path to Nation-State and Empire Building”, *Hispanic American Historical Review*, 88: 2, pp. 173-209.
- KELLY, M. y Ó GRÁDA, C. (2012): “Agricultural output, calories and living standards in England before and during the Industrial Revolution”, UCD Centre for economic research, working paper series, WP12/12, UCD School of Economics, University College Dublin, Belfield Dublin 4.
- LADERO QUESADA, M. A. y GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. (1978): *Diezmo eclesiástico y producción de cereales en el reino de Sevilla (1408-1503)*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- LANZA GARCÍA, R. (2005): “Fiscalidad real en Cantabria: alcabalas, cientos y millones en la época de los Austrias”, *Investigaciones de Historia Económica*, 3, pp. 43-72.
- LEMENEUNIER, G. (1982): “Approche méthodologique des dîmes de Murcie à l’époque moderne”, en GOY, J. y LE ROY LADURIE, E. (eds): *Prestations paysannes, dîmes, rente foncière et mouvement de la production agricole à l’époque préindustrielle*, Paris, Le Haye et New York, Éditions de l’Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales et Mouton Éditeur, pp. 397-405.
- LLOPIS AGELÁN, E. (2001): “El legado económico del Antiguo Régimen desde la óptica regional”, en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER DE MOTES, J. y ZAPATA, S. (eds.): *Historia económica regional de España, siglos XIX y XX*, Barcelona, Crítica.
- LLOPIS AGELÁN, E. (2009): “Depresión, recuperación y divergencia regional en la España del Seiscientos”, *La crisis a lo largo de la historia*, Valladolid, Instituto Universitario de Historia de Simancas.
- LLOPIS AGELÁN, E. y GONZÁLEZ MARISCAL, M. (2008): “Lo que pudo haber sido y no fue: la producción agraria en Andalucía occidental en la Edad Moderna”, *IX Congreso de la AEHE. Sesión A1. El PIB y las macromagnitudes económicas en la España del Antiguo Régimen*, Murcia, 10-12 de septiembre de 2008.
- LLOPIS-AGELÁN, E. y GONZÁLEZ-MARISCAL, M. (2010): “Un crecimiento tempranamente quebrado: el producto agrario en Andalucía occidental en la Edad Moderna”, *Historia Agraria*, nº 50, pp. 13-42.
- LLOPIS AGELÁN, E. y SEBASTIÁN AMARILLA, J. A. (2007): “La economía española en el Antiguo Régimen: balance y legado”, DOBADO, R., GÓMEZ GALVARRIATO, A. y MÁRQUEZ, G. (comps.): *España y México. ¿Historias económicas semejantes?*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, pp. 77-135.

- LLOPIS AGELÁN, E., GARCÍA HIERNAUX, A., GARCÍA MONTERO, H., GONZÁLEZ MARISCAL, M. y HERNÁNDEZ GARCÍA, R. (2007): “Índices de precios de tres ciudades españolas, 1680-1800”, *I Congreso Latinoamericano de Historia Económica. Simposio 21: Mercados de bienes y factores agrarios en economías de frontera: América y Europa en los siglos XVII, XVIII y XIX*, Montevideo.
- LÓPEZ ESTUDILLO, A. (2006): “Los mercados de trabajo desde una perspectiva histórica: el trabajo asalariado agrario en la Andalucía Bética (la provincia de Córdoba”, *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, 211, pp. 63-119.
- LÓPEZ ESTUDILLO, A. (2007): “El arrendamiento de latifundios a partes de frutos: contratos y gestión patrimonial del Cabildo de la Catedral de Córdoba (1700-1840)”, en ROBLEDO, R. y LÓPEZ, S. (eds.): *¿Interés particular, bienestar público? Grandes patrimonios y reformas agrarias*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, pp. 65-102.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, A. L. (1992): *La economía de las órdenes religiosas en el Antiguo Régimen: sus propiedades en el Reino de Sevilla*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, A. L. (2005): “Una élite rural: los grandes ganaderos andaluces, siglos XIV-XX”, *Hispania*, Vol. LXV/3, nº. 221, pp. 1023-1041.
- LÓPEZ SALAZAR, J. y MARTÍN GALÁN, M. (1981): “La producción cerealista en el Arzobispado de Toledo, 1463-1699”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, Vol. II, pp. 21-101.
- MACÍAS HERNÁNDEZ, A. M. (1986): “Fuentes para el estudio de la producción agraria en las islas Canarias: el Diezmo en la diócesis canariense (1480-1820)», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 32, pp. 269-354.
- MACÍAS HERNÁNDEZ, A. M. (1989): “La agricultura de Canarias en el siglo XVIII. Estrategias para una crisis”, *Estructuras agrarias y reformismo ilustrado en la España del siglo XVIII*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 25-45.
- MADDISON, A. (2001): *The World Economy. A Millennial Perspective*, Paris, OECD.
- MADDISON, A. (2003): *The World Economy. Historical Statistics*, Paris, OECD.
- MADDISON, A. y VAN DER WEE, H. (eds.) (1994): *Economic growth and structural change. Comparative approaches over the long run on the basis of reconstructed national accounts, proceedings of the B13 session, XIth World Economic History Congress*, Milán, Universidad Bocconi.
- MALANIMA, P. (2003a): “Measuring the Italian Economy, 1300-1861”, *Rivista di Storia Economica*, XIX, 3, pp. 265-295.
- MALANIMA, P. (2003b): *Uomini, risorse, tecniche nell'economia europea del X al XIX secolo*, Milano, Bruno Mondadori.
- MARCOS MARTÍN, A. (1989): “El crecimiento agrario castellano del siglo XVIII en el movimiento de larga duración. ¿Mito o realidad?”, en *Estructuras agrarias y reformismo ilustrado en la España del siglo XVIII*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 133-163.
- MARCOS MARTÍN, A. (2006): “¿Fue la fiscalidad regia un factor de crisis en la Castilla del siglo XVII?”, en PARKER, G. (coord.): *La crisis de la Monarquía de Felipe IV*, Barcelona, Crítica, pp. 173-253.

- MARTÍN RIEGO, M. (1990): *Diezmos eclesiásticos: rentas y gastos de la mesa arzobispal hispalense (1750-1800)*, Sevilla, Caja Rural.
- MARTÍNEZ RUIZ, J. I. (1992): *Finanzas municipales y crédito público en la España moderna. La hacienda de la ciudad de Sevilla, 1528-1768*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla.
- MARTÍNEZ RUIZ, J. I. (2005): "El mercado internacional de cereales y harina, y el abastecimiento de la periferia española en el siglo XVIII: Cádiz, entre la regulación y el mercado", *Investigaciones de Historia Económica*, 1, pp. 45-79.
- MUÑOZ DUEÑAS, M. D. (1988): *El diezmo en el obispado de Córdoba (1750-1845)*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.
- MUÑOZ DUEÑAS, M. D. (1994): "Las resistencias al diezmo", en *Hacienda Pública Española. Monografías, 1. El fraude fiscal en España*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, pp. 155-165.
- PÉREZ-EMBED WAMBA, J. (1977): *El Cabildo de Sevilla en la Baja Edad Media*, Madrid, Instituto Enrique Flórez.
- PÉREZ GARCÍA, J. M. (2008): "La población andaluza en la época del Barroco (1580-1760)", en *Congreso Internacional Andalucía Barroca. II. Historia demográfica, económica y social. Actas*, Sevilla, Junta de Andalucía, pp. 169-182.
- PÉREZ MOREDA, V. y REHER, D. (1997): "La población urbana española entre los siglos XVI y XVIII. Una perspectiva demográfica", en FORTEA, J. I. (ed.): *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (S. XVI-XVIII)*, Santander, Universidad de Cantabria y Asamblea Regional de Cantabria, pp. 129-163.
- PÉREZ PICAZO, M. T. (1998): "Las estructuras agrarias", JOVER, J. M. (dir.): *Historia de España Ramón Menéndez Pidal. XXX. Las bases políticas, económicas y sociales de un régimen en transformación (1759-1834)*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 425-572.
- PÉREZ PICAZO, M. T. y LEMENEUNIER, G. (1984): *El proceso de modernización de la región de Murcia (siglos XVI-XIX)*, Murcia, Editora Regional de Murcia.
- PÉREZ ROMERO, E. (2009), "Un mundo inmóvil. El producto agrícola por habitante en la cuenca alta del Duero durante la Edad Moderna", *Investigaciones de Historia Económica*, 14, pp. 69-102.
- PFISTER, C. y BRÁZDIL, R. (1999): "Climatic variability in Sixteenth-Century Europe and its Social Dimension: a Synthesis", *Climatic Change*, 43, pp. 5-53.
- PONSOT, P. (1982): "Malthus n'était-il pas prophète e Andalousie ? Les rendements des céréales en Basse Andalousie, XVII-XIX^e siècles", en GOY, J. y LE ROY LADURIE, E. (eds.): *Prestations paysannes, dîmes, rente foncière et mouvement de la production agricole à l'époque préindustrielle*, Paris, Le Haye et New York, Éditions de l'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales et Mouton Éditeur.
- PONSOT, P. (1986): *Atlas de Historia Económica de la Baja Andalucía (Siglos, XVI-XIX)*, Sevilla, Editoriales Andaluzas Unidas.
- PULIDO BUENO, I. (1984): *Consumo y fiscalidad en el Reino de Sevilla: el servicio de millones en el siglo XVII*, Sevilla, Diputación provincial de Sevilla.
- ROBLEDO HERNÁNDEZ, R. (2002): "Quiebra de la Universidad tradicional (1790-1845)", en *Historia de la Universidad de Salamanca. I. Trayectoria y vinculaciones*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 205-237.

- RODRÍGUEZ ESTÉVEZ, J. C. (1995): *Los canteros de la catedral: organización y trabajo de los canteros de la catedral de Sevilla en la primera mitad del siglo XVI*, tesis doctoral, Universidad de Sevilla.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA, C. (1995): “La crisis del Antiguo Régimen en el arzobispado de Toledo. El impago de diezmos (1800-1820)”, en DONÉZAR, J. M. y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola. 2. Economía y sociedad*. Madrid, Alianza Editorial-Universidad Autónoma de Madrid, pp. 285-293.
- SAAVEDRA, P. (2008): “Fiscalidad y agricultura en la España moderna”, en VALLEJO POUSADA, R. (ed.): *Los tributos de la tierra. Fiscalidad y agricultura en España (siglos XII-XX)*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, pp. 255-292.
- SÁNCHEZ RODRIGO, F. (2001): “Clima y producción agrícola en Andalucía durante la Edad Moderna (1587-1729)”, en GONZÁLEZ MOLINA, M. y MARTÍNEZ ALIER, J. (eds.): *Naturaleza transformada. Estudios de historia ambiental en España*, Barcelona, Icaria, pp. 161-182.
- SEBASTIÁN AMARILLA, J. A. (1992): *Agricultura y rentas monásticas en tierras de León. Santa María de Sandoval (1167-1835)*, Madrid, Universidad Complutense.
- SEBASTIÁN AMARILLA, J. A., BERNARDOS SANZ, J. U., GARCÍA MONTERO, H. y ZAFRA OTEYZA, J. (2008): “Del crecimiento a la decepción. La producción agraria en Castilla-La Mancha en la Edad Moderna, una primera aproximación”, *IX Congreso de la AEHE. Sesión A1. El PIB y las macromagnitudes económicas en la España del Antiguo Régimen*, Murcia, 10-12 de septiembre de 2008.
- SEBASTIÁN, M. y VELA, J. (1993): “Hacienda Real y presión fiscal en Castilla a comienzos del reinado de Felipe IV”, en FORTEA, J. I. y CREMADES, C. M. (eds.): *Política y Hacienda en el Antiguo Régimen*, Murcia, Universidad de Murcia, pp. 553-567.
- TERUEL GREGORIO DE TEJADA, M. (1993): *Vocabulario Básico de la Historia de la Iglesia*, Barcelona, Crítica.
- TRAVERSO RUIZ, F. M. (1987): *Riqueza y producción agraria en Cádiz durante los siglos XVI y XVII*, Jerez de la Frontera, Cátedra Adolfo de Castro y Fundación Municipal de Cultura.
- VAN ZANDEN, J. L. (1999): “Wages and the standard of living in Europe, 1500-1800”, *European Review of Economic History*, 2, pp. 175-197.
- VAN ZANDEN, J. L. (2001): “Early modern economic growth: a survey of the European Economy, 1500-1800”, en PRAK, Maarten, ed., *Early Modern Capitalism. Economic and social change in Europe, 1400-1800*, London and New York, Routledge, pp. 69-87.
- VAN ZANDEN, J. L. (2005): “Una estimación del crecimiento económico en la Edad Moderna”, *Investigaciones de Historia Económica*, 2, pp. 9-38.
- VAN ZANDEN, J. L. (2009): “The skill premium and the ‘Great Divergence’”, *European Review of Economic History*, 13, pp. 121-153.
- VAN ZANDEN, J. L. y HORLINGS, E. (1999): “The rise of the European economy, 1500-1800”, en ALDCROFF, D. H. y SUTCLIFFE, A. (eds.): *Europe in the International Economy, 1500 to 2000*, Cheltenham (UK) y Northampton (USA), Edward Elgar.

- YUN CASALILLA, B. (1994): "Proposals to Quantify Long-term Performance in the Kingdom of Castile, 1550-1800", en MADDISON, A. y VAN DER WEE, H. (eds.): *Economic Growth and Structural Change. Comparative Approaches over the Long Run*, Proceedings of the B 13 Session, *Eleventh International Economic History Congress*, Milan.
- YUN CASALILLA, B. (1998): "The American Empire and the Spanish Economy: an Institutional and Regional Perspective", *Revista de Historia Económica*, Año XVI, nº. 1, pp. 123-156.

CAPÍTULO 4

Propiedad, explotación y renta de la tierra en Sevilla, 1500-1700¹

1. INTRODUCCIÓN

En 1977 aparecía publicado en los *Cuadernos de Historia* un artículo de Manuel González Jiménez en el que, según palabras del propio autor, se abordaba una temática nueva en lo que concernía a la baja Andalucía: las propiedades y rentas territoriales del cabildo de la catedral de Sevilla a finales de la Edad Media. Su objetivo era

avanzar algunas ideas y datos sobre cómo se formó el patrimonio territorial del cabildo catedralicio de Sevilla, analizar los elementos constitutivos del mismo, comprobar cómo funcionaba su explotación, determinar los niveles de renta y, finalmente, esbozar algunas conclusiones generales deducidas del análisis realizado².

Años más tarde, ya a finales de los ochenta, la profesora Isabel Montes veía impresa su tesis doctoral en un par de libros: *Propiedad y explotación de la tierra en la Sevilla de la baja Edad Media*³ y *El paisaje rural sevillano en la baja Edad Media*⁴, cuya

¹ El presente capítulo es una versión actualizada y mejorada del trabajo que se presentó para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados en el doctorado de Historia Económica Moderna y Contemporánea de España de la Universidad Complutense de Madrid. Su realización fue posible gracias a una beca-contrato de Formación de Personal Investigador del extinto Ministerio de Ciencia y Tecnología (BES-2003-0818).

² GONZÁLEZ JIMÉNEZ (1977: 169).

³ MONTES ROMERO-CAMACHO (1988).

temática venía a ampliar y profundizar la veta de investigación abierta por el mencionado González Jiménez, examinando la evolución histórica del mundo rural sevillano en los siglos bajomedievales a partir del patrimonio territorial del cabildo-catedral de Sevilla. En estas dos obras se abordaban, entre otras muchas cuestiones, cuáles fueron los cauces jurídicos que posibilitaron la formación del patrimonio territorial del Cabildo, la tipología y estructura de los bienes adquiridos y su dinámica temporal, así como las variedades de contratos empleados para la explotación de la tierra y el análisis de la renta rural. Mucho más recientemente, tomando también como marco geográfico de referencia la ciudad hispalense y la tierra que la circunda pero, en este caso, haciendo uso como fuente primordial de los protocolos notariales, ha sido Juan Carpio Elías quien ha dedicado su labor investigadora a profundizar y aumentar nuestro conocimiento sobre la explotación de la tierra en la Sevilla babilónica de los siglos XVI y XVII⁵.

El trabajo que se presenta en estas páginas es heredero y continuador de la labor emprendida, fundamentalmente, por los autores medievalistas citados en torno a la propiedad territorial del cabildo catedral hispalense que, si bien ciñen el grueso de sus razonamientos a los siglos bajomedievales, concluyen su discurrir en las primeras décadas del siglo XVI. El objetivo inicial de nuestra labor pasa por el análisis de la renta de la tierra en la Edad Moderna, variable de gran relevancia para el conocimiento de la evolución del sector agrario y la coyuntura demográfica y, por ende, de las economías del Antiguo Régimen⁶. Sin embargo, a pesar de su reconocida importancia, no abundan en la literatura de nuestra disciplina demasiadas series publicadas sobre esta magnitud, entre otras razones, por las dificultades que entraña su construcción en el largo plazo a partir de unas fuentes documentales que, en la mayoría de los casos, se presentan como claramente insuficientes. Esta carencia se hace especialmente patente para los territorios del sur peninsular, de ahí que la elección de Sevilla y *su tierra* como objeto de estudio pretenda cubrir, en última instancia, parte de ese vacío existente.

Si centramos el foco de atención en el ámbito nacional, fue la labor de Gonzalo Anes pionera en dibujar los primeros trazos de curvas que reflejasen la evolución de la

⁴ MONTES ROMERO-CAMACHO (1989).

⁵ CARPIO ELÍAS (2010).

⁶ SEBASTIÁN AMARILLA (1990: 53-56).

renta agraria en varias localidades de Castilla la Vieja durante el siglo XVIII⁷. Pocos años después, Ángel García Sanz, haría lo propio a partir de las propiedades rústicas del cabildo de la catedral de Segovia desde principios del siglo áureo hasta los inicios del Ochocientos⁸. Ya en la década de 1980 destacan los trabajos de Brumont para la Bureba burgalesa durante el Quinientos a partir de fuentes monacales, de Ponsot en su imprescindible Atlas de Historia Económica de la Baja Andalucía desde el siglo XVI al XIX y de Álvarez Vázquez para la Zamora del Antiguo Régimen tomando como referencia el patrimonio territorial de su cabildo-catedral⁹. En los primeros años noventa del siglo XX verán la luz las investigaciones acerca de la renta rural durante la Edad Moderna en el oriente leonés de Sebastián Amarilla y las de Enrique Llopis para la Extremadura del Quinientos a partir de las propiedades del monasterio de Guadalupe¹⁰. Por fin, las últimas aportaciones al estudio de la renta de la tierra han sido las efectuadas por Bartolomé Yun tomando datos de Luis Javier Coronas sobre varios labrantíos cerealistas de la catedral de Jaén entre 1500 y 1700, por la profesora Cuervo para el mismo lapso de tiempo a partir de las propiedades rústicas del cabildo catedral abulense y por González Agudo para Toledo durante el siglo XVI, empleando también como fuente esencial para ello el patrimonio en tierras que acumulaba el cabildo catedralicio de la ciudad imperial¹¹.

El propósito de construcción de nuestra serie de renta de la tierra se ha abordado a partir del estudio del patrimonio rural del que disponía la mayordomía de la mesa capitular del cabildo de la catedral de Sevilla, como ya sabemos, una de las dos administraciones junto a la mesa de la fábrica, que integraban el cabildo eclesiástico hispalense, órgano encargado de la gestión de todos los bienes y rentas de la Catedral. El camino por el que se ha tenido que transitar hacia la obtención de una serie de renta de la tierra ha venido a ampliar notablemente los fines que en un principio nos habíamos fijado y a poner de manifiesto un importante componente de singularidad en la propiedad y explotación del patrimonio rústico de la mencionada mesa capitular. De este modo, iniciamos nuestro recorrido en el epígrafe dos deteniéndonos,

⁷ ANES (1970: 289-291).

⁸ GARCÍA SANZ (1977: 296-310).

⁹ BRUMONT (1984), PONSOT (1986) y ÁLVAREZ VÁZQUEZ (1987). En relación a la propiedad y explotación de la tierra en la Andalucía moderna también destacan los trabajos de LÓPEZ MARTÍNEZ (1992a), (1992b), (1996), (1997) y (1999).

¹⁰ SEBASTIÁN AMARILLA (1990) y (1992) y LLOPIS AGELÁN (1991).

¹¹ YUN CASALILLA (2004), CORONAS VIDA (1994), CUERVO FUENTE (2006) y GONZÁLEZ AGUDO (2009).

paradójicamente, en analizar el proceso de formación del patrimonio territorial del Cabildo desde que la ciudad fue tomada por las tropas del rey Fernando III de Castilla en 1248 hasta la fecha de inicio de nuestro estudio en 1500.

En el tercero de los apartados, se han inventariado y cartografiado minuciosamente las propiedades territoriales que la mesa capitular acumulaba repartidas por toda la provincia sevillana en dos momentos del tiempo: 1500, año en que da inicio nuestra incursión en el mundo rural de la baja Andalucía y en 1700, fecha en la que por el momento concluye nuestro camino. Entre estos dos momentos se ha efectuado balance de las incorporaciones de nuevas fincas al patrimonio capitular, así como de aquellos predios que dejaron de formar parte de él. Los límites temporales a los que queda circunscrito nuestro estudio han venido determinados por la cantidad de información que nos ha sido posible abarcar hasta la fecha, constituyendo sin embargo nuestra finalidad última, llegar hasta las postrimerías del siglo ilustrado, cubriendo de este modo los tres siglos que comprende la Edad Moderna, empresa esperamos satisfacer próximamente.

El siguiente paso a dar —dentro de este tercer apartado— consistió en mensurar la extensión de las fincas, conocer los usos del suelo y constatar si se efectuaron modificaciones en el periodo de análisis. En este punto, nos encontramos con el primero de los acontecimientos de destacada relevancia: el descepe masivo de olivos y viñas que tiene lugar entre 1630 y 1650 en las propiedades que la mesa capitular atesoraba en la comarca del Aljarafe. En total, para que se tenga una primera idea de la magnitud del proceso, se llegan a arrancar unos 25.000 pies de olivos, esto es, de las 800 hectáreas que a principios del siglo XVII dedicaban los canónigos a la producción de aceituna se pasará en 1700 a una cifra que superaba escasamente las 230 hectáreas. El cultivo de sustitución de olivares y viñedos vendrá dado por el cereal. Esta transformación de tan profundo calado nos podría estar mostrando la secuencia de un importante proceso de cambio en la estructura del producto agrario, propiciado quizá por una política impositiva demasiado lesiva que repercutió, esencialmente, sobre los productos más conectados con el comercio internacional, esto es, con el aceite y el vino. Veremos que puede aportar el análisis de la renta de la tierra sobre este primordial asunto.

Otro de los aspectos a resaltar tiene, de nuevo, a la década de 1630 como centro de gravedad. Y es que en esos años, la mesa capitular llevará a cabo un importante incremento de su patrimonio rústico en la comarca de la Campiña, de tal manera que pasará de gestionar siete cortijos a dieciocho, o lo que es lo mismo, pasará de poseer 4.000 hectáreas a más de 7.200. La mayor parte de las fincas adquiridas se situarán en la zona de Utrera y Villafranca de las Marismas y de nuevo, al igual que ocurrió como tendremos ocasión de comprobar en la conformación del patrimonio rural de la mesa capitular durante la Baja Edad Media, las donaciones de importantes familias de oligarcas sevillanos y de grandes localidades rurales jugarán un papel esencial en este incremento patrimonial. Ello nos llevará a preguntarnos acerca de las relaciones de poder en la ciudad de Sevilla en torno al cabildo eclesiástico hispalense y en torno a la tierra que poseía, aspectos que quizá jugaron un papel de vital importancia en la apuesta que los canónigos realizaron por un determinado tipo de contrato a la hora de arrendar de sus fincas.

Una vez inventariadas, cartografiadas y mensuradas las propiedades agrarias nos detuvimos en conocer las principales características que rodearon el proceder de los capitulares en la explotación de sus posesiones rústicas —ello se abordará en el cuarto de los epígrafes—. En este capítulo nos volvió a sorprender la singular actuación de la mesa capitular que, en contra de lo comúnmente aceptado por los estudiosos de la época y la zona en cuestión, apostaba por contratos de arrendamiento a muy largo plazo y por el cobro de la renta en moneda y en gallinas, concepto este último de gran trascendencia, como tendremos ocasión de comprobar.

Que la parte más importante de la renta fuese percibida en moneda nos llevó de manera irremediable al empleo de un índice de precios que nos permitiese deflactar los ingresos territoriales obtenidos por la mesa capitular y la serie de renta de la tierra calculada. El uso del deflactor construido en el segundo capítulo nos permitió obtener los ingresos territoriales de la mesa capitular y la variable de renta de la tierra en maravedíes constantes con lo que el objetivo inicial que nos marcamos aparecía cumplido. Por fin, en el quinto de los epígrafes se hará acopio de las principales conclusiones a las que hayamos llegado en este último capítulo de la tesis doctoral.

2. EL PROCESO DE FORMACIÓN DEL PATRIMONIO TERRITORIAL DE LA MAYORDOMÍA DE LA MESA CAPITULAR, 1248-1500

En los siguientes párrafos nos detendremos en estudiar la formación de la propiedad territorial de la mesa capitular en los siglos bajomedievales hasta arribar en el Quinientos, período en el que da comienzo nuestro estudio. Para ello, emplearemos como textos de referencia las dos obras, ya citadas, que la profesora Montes Romero-Camacho dedica al estudio de las propiedades rústicas del cabildo catedral de Sevilla¹².

El patrimonio territorial del que disponía la mesa capitular en las fechas en las que se inicia nuestro análisis se encontraba plenamente constituido. Éste había ido conformándose durante toda la Baja Edad Media (recordemos que la ciudad de Sevilla fue conquistada en el año 1248 por el rey Fernando III de Castilla), siendo los periodos que van desde 1252 a 1300 y desde 1376 a 1400 los años de mayor relevancia y empleándose, fundamentalmente, la donación como la principal fórmula jurídica a la hora de explicar su creación. Deslizándonos hacia el siempre resbaladizo terreno de las cifras hay que advertir que las donaciones supusieron casi un 83% del total de las hectáreas adquiridas por los capitulares entre 1248 y 1500. Las otras vías de adquisición practicadas por los canónigos catedralicios estuvieron compuestas por trueques (16%) y compras (1%), negocios jurídicos que sirvieron para, o bien redondear, completar y asegurar los dominios que ya poseían, o bien para incorporar tierras más productivas y deshacerse de las menos rentables. Según la profesora Montes Romero-Camacho, la gran mayoría de las donaciones recibidas por la mesa capitular respondían a una realidad indiscutible: la profunda religiosidad del hombre medieval¹³. A nuestro parecer, al indiscutible ingrediente de fe asociado a las donaciones de tierras se estarían añadiendo otras cuestiones de carácter más mundano y terrenal, entre las que se encontraría jugando un papel esencial, la conformación de redes clientelares en el ámbito local en torno al factor tierra, la mayor fuente de riqueza y el bien máspreciado por entonces, y en torno al cabildo eclesiástico, uno de los centros de poder más

¹² En estas dos obras, *Propiedad y explotación de la tierra en la Sevilla de la Baja Edad Media* y *El paisaje rural sevillano en la Baja Edad Media*, el objeto de estudio es el patrimonio territorial del cabildo catedral de Sevilla. Sin embargo, en él no se encuentran incluidas las propiedades rústicas que estaban en manos de la mayordomía de la fábrica, por lo que, según la estructura organizativa que hemos establecido, lo que se estaría considerando en ambos libros sería el patrimonio de la mesa capitular y no el de todo el Cabildo eclesiástico.

¹³ MONTES ROMERO-CAMACHO (1988: 25-69).

importantes de la ciudad hispalense. En el mismo libro de Isabel Montes se da fe en múltiples ocasiones de lo estrechamente ligado que estuvo el cabildo eclesiástico y el devenir de su patrimonio rural con las intestinas luchas de poder que acontecen en la Sevilla de los siglos bajomedievales.

Siguiendo con la dinámica temporal de adquisiciones capitulares, si los años que median entre 1252 y 1300 suponen la etapa de constitución y vigoroso crecimiento del patrimonio rural de los clérigos catedralicios, el siglo XIV será testigo, como consecuencia de la tremenda crisis que lo atraviesa, de un declinar paulatino en la pauta de adquisiciones territoriales hasta que llegue el año 1376 y con él, un nuevo período de esplendor en la incorporación de nuevas fincas. Esplendor que comenzará a mostrar síntomas de agotamiento en las tres primeras décadas del Cuatrocientos, lapso de tiempo en el que quedaría culminado el proceso histórico de formación patrimonial rústica de la mesa capitular. Por último, hay que decir que, en el período comprendido entre 1426 y 1500, el patrimonio en tierras de la mesa capitular apenas sufrirá modificaciones.

Para la profesora Isabel Montes los motivos que determinaron la interrupción en la dinámica de engrandecimiento del patrimonio rural de la mesa capitular en los tres últimos cuartos del siglo XV estarían relacionados con *el profundo cambio operado en el sentimiento religioso de los hombres de la época* y con la presión que ejerció sobre el cabildo y sus posesiones agrarias la fortalecida oligarquía urbana sevillana. La primera de las razones tendría como consecuencia que las donaciones que hasta entonces iban a engrosar el patrimonio de los canónigos se dirigiesen a otras instituciones religiosas como conventos y monasterios. Según nos explica, la fe de los europeos se vio sometida a pasar importantes pruebas durante el siglo XV que, en lo que atañe a la jerarquía eclesiástica en su papel de guía espiritual del pueblo, se manifestaron en el destierro de Avignon y en el Cisma de Occidente. Todo ello en un contexto de crisis generalizada que incidió también en el sentimiento religioso bajomedieval¹⁴.

¹⁴ MONTES ROMERO-CAMACHO (1988: 220-232).

Dentro de este panorama, ¿qué podrían pensar los sevillanos del siglo XV de un Cabildo-Catedral cada vez más vinculado a la oligarquía de la ciudad, ya que la gran mayoría de sus miembros provenían de este estamento y que, por tanto, participaban de todos sus intereses y contradicciones? [...] Por ello nos es extraño que la devoción y, al mismo tiempo, las limosnas de los sevillanos se dirigieran, mayoritariamente, a las nuevas instituciones religiosas que, inspiradas en el movimiento de reforma eclesiástica del siglo XV, fueron surgiendo en la ciudad durante estos años¹⁵.

A nuestro parecer, y sin restar importancia a los resultados que produjo la transformación del sentimiento religioso de la época, las donaciones de tierras que los oligarcas urbanos de Sevilla efectúan al cabildo eclesiástico hispalense a partir de principios del Cuatrocientos dejan de tener como beneficiaria a la mesa capitular y se dirigen a la mesa de la fábrica. No olvidemos que las obras para levantar la catedral de Sevilla dan comienzo a principios del siglo XV, por lo que la fábrica era la administración que más recursos necesitaba en esas fechas para la realización de tan magna construcción. Según Pérez-Embid, en 1411 el patrimonio de la mayordomía de la fábrica se componía de *treinta y siete casas, una tienda, un mesón, un almacén, un corral, una alhóndiga, dos huertas, dos tierras de pan, tres aranzadas de viña, un quintal de aceite, una libra de cera y setecientos maravedíes en diversas dotes*¹⁶. Para 1559, según hemos podido constatar, dispondrá de siete bodegas, seis cillas, una herrería, un molino, trescientas ochenta y ocho propiedades urbanas en la ciudad de Sevilla y otras 20 repartidas entre algunas localidades de su actual provincia y la de Cádiz, además de unas 50 posesiones territoriales¹⁷. Por lo tanto, pensamos que fue entre esas dos fechas, obligada por la tarea que le tocó acometer, cuando la mayordomía de la fábrica formó su patrimonio rústico y urbano, y que siguieron siendo las donaciones de oligarcas sevillanos la fuente principal en este proceso de acumulación de bienes y rentas.

En cuanto al origen social de donantes, vendedores o aquellos con los que se realizaban los trueques, serán los clérigos, principalmente los miembros del consistorio capitular, los que aporten el grueso de las posesiones que irán configurando el caudal en

¹⁵ MONTES ROMERO-CAMACHO (1988: 222-223).

¹⁶ PÉREZ EMBID (1977: 173).

¹⁷ ACS, sección IV, serie 6ª, libro 369.

tierras de la mesa capitular. En concreto, alrededor del 74% de las hectáreas con las que se hicieron los canónigos durante la baja Edad Media tuvieron como germen la donación, venta o permuta por parte de algún miembro de la curia religiosa. Muy por detrás de los eclesiásticos se encontraban la Corona (16%), que fue la institución que puso los cimientos del patrimonio territorial a través del proceso conocido como Repartimiento de Sevilla tras la conquista de la ciudad por parte de las tropas cristianas; en último lugar, se situaban los laicos (10%)¹⁸. Llegados a este punto, no está de más resaltar la ascendencia social de los miembros que fueron integrando el consistorio capitular, por lo importante que ello resultará cuando nos propongamos explicar ciertos aspectos relacionados con los contratos agrarios que el Cabildo suscribía con los diversos componentes de la sociedad sevillana en los siglos XVI y XVII. Y es que, tras un primer período en el que el Cabildo aparece conformado por eclesiásticos castellanos procedentes del norte peninsular, será la oligarquía urbana hispalense, en proceso de formación durante todo el bajo medievo y estructurada a partir de familias de caballeros, la que se encargue de copar, paulatinamente, los distintos cargos en los que se articulaba el cabildo de la catedral de Sevilla. De igual manera, este mismo grupo se encargará de controlar el concejo, la otra institución, junto a la catedral, más importante de la ciudad. Pero si la oligarquía urbana local constituía el principal grupo que acaparaba los más importantes cargos en los que el cabildo se organizaba, serán también este grupo uno de los principales beneficiarios a la hora de arrendar las fincas rurales de las que disponía la mesa capitular, por lo que, como iremos viendo a lo largo del estudio, el análisis de las relaciones de poder a nivel local se convierte en un asunto de gran relevancia a la hora de explicar el comportamiento económico que los capitulares ponían en práctica con respecto a la explotación de su extenso y riquísimo capital en tierras.

Una vez dilucidados los caminos a través de los que nació y se desarrolló la propiedad rural de la mesa capitular pasamos a hacer referencia a la naturaleza y la distribución comarcal de los bienes adquiridos, así como a las directrices económicas que guiaron el proceder de los capitulares en lo tocante a su patrimonio rural. Pues bien, entre las tierras con las que se hizo la mesa capitular durante la baja Edad Media descollan de manera sobresaliente aquellas que se destinaban al laboreo del cereal, las

¹⁸ MONTES ROMERO-CAMACHO (1988: 25-69).

tierras calmas, como aparecen denominadas en los distintos libros de contabilidad que hemos manejado, suponiendo éstas, en extensión, del orden del 73% del total de hectáreas que administraban. Y claro está, consecuencia lógica de este último dato es que si centramos la mirada en la distribución espacial de las fincas por la *tierra de Sevilla* será la Campiña la comarca que acumule el mayor número de fanegas y aranzadas (60%), seguida del Aljarafe (24%) y de la Ribera o Vega del Guadalquivir (15%)¹⁹.

Según la profesora Isabel Montes, la política económica que la mesa capitular puso en práctica con respecto a sus dominios rústicos desde que la Corona le dota con las primeras pertenencias territoriales en 1252 hasta el último cuarto del siglo XIV se caracterizó por su inexistencia, por la ausencia de cualquier tipo de patrón o pauta de comportamiento que guiase sus pasos²⁰. Efectivamente, la pasividad sería el aspecto dominante si atribuimos a las donaciones, principal vía jurídica empleada en la formación patrimonial en tierras de la mesa capitular, la exclusiva finalidad de satisfacer las preocupaciones espirituales de los hombres de la época y desdeñamos u obviamos que, posiblemente, cumpliesen con otros propósitos y aspiraciones de carácter más terrenal. Nos estamos refiriendo, al importante papel que las donaciones de tierras vendrían a jugar, a nuestro parecer, en la configuración de redes de poder en torno al Cabildo eclesiástico, uno de los más importantes focos de dominio e influencia que se fueron conformando desde la conquista cristiana en la ciudad hispalense. Sobre este primordial aspecto (las relaciones de poder) iremos incidiendo y profundizando a medida que nuestro discurrir vaya armándose de razones que permitan una mejor explicación de tan crucial fenómeno en aras de comprender la gestión de los dominios territoriales de los clérigos catedralicios.

Siguiendo con el análisis del proceder económico de los capitulares, hay que resaltar la importancia que el último cuarto del siglo XIV tendrá en la administración del capital agrario de la mesa capitular. En él, continúan acaparando un protagonismo de destacada relevancia las donaciones, sin embargo, los capitulares comienzan a jugar otras bazas en relación a su patrimonio rural, al compás de los cambios producidos por la *crisis del Trecentos* y la *revolución Trastámara*. El saneamiento de la economía capitular y la

¹⁹ MONTES ROMERO-CAMACHO (1988: 81-121).

²⁰ MONTES ROMERO-CAMACHI (1988: 125-177).

obtención de rentas seguras parecen ser los objetivos marcados en este período²¹. Para su consecución se optará por el desprendimiento de cinco de sus más importantes señoríos a favor de miembros de la pequeña nobleza sevillana adictos al triunfante régimen Trastámara durante la guerra civil, por la obtención de rentas fijas (como por ejemplo los juroes situados en el almojarifazgo sevillano o las distintas dotes de capellanías) y por mostrar un interés creciente en la posesión de fincas de cereal en detrimento de olivares, viñedos u otros cultivos, como había sucedido hasta entonces. Como telón de fondo de este cambio de estrategia en la gestión de sus bienes territoriales se encontrarían operando el deterioro de las rentas derivadas del señorío jurisdiccional y el fracaso repoblador que el Cabildo protagonizó en sus feudos en la decimocuarta centuria. Período, en definitiva, de meridiania importancia, pues en él se gesta la transformación de mayor trascendencia durante la Baja Edad Media del cabildo sevillano como administrador de su patrimonio territorial, pasando de ser señor jurisdiccional a rentista de la tierra, todo ello a partir del importante movimiento de enajenaciones de gran parte de sus señoríos, al que la profesora Montes Romero-Camacho ha venido a denominar como *desamortización consciente*. Proceso de transformación que concluirá definitivamente a finales del siglo XVI, cuando se produzca la desvinculación no voluntaria de los pocos señoríos que aún conservaba el cabildo, esta vez, como consecuencia de la acción de la Corona, interesada en la expansión de un régimen señorial de corte laico. Además, será también en estos años cuando el cabildo defina y determine, de una manera nítida, su papel como gran propietario dedicado, prioritariamente, a la explotación de fincas de cereal, dedicando sus recursos tanto a la adquisición de nuevas *fincas de pan*, como sustituyendo, en las propiedades que ya tenía, otros cultivos por el cereal.

Tras la etapa de transición que viene a suponer el primer cuarto del siglo XV, los setenta y cinco años que restan hasta llegar a la decimosexta centuria conocerán un patrimonio rural de la mesa capitular completamente afianzado y redondeado que apenas sufrirá modificaciones. Las decisiones económicas que regirán el proceder de los capitulares con respecto a sus dominios territoriales en estos tiempos será eminentemente defensiva y consistirá en proteger su patrimonio de las amenazas que le acechaban por parte de los otros poderes que habían ido instituyéndose en el campo

²¹ MONTES ROMERO-CAMACHO (1988: 177-211).

sevillano, esto es, por parte fundamentalmente, de la nobleza laica, pero también de algunos importantes concejos realengos y de ciertas instituciones eclesiásticas²². Además, será en estas fechas cuando la mesa capitular centre sus decisiones económicas y sus esfuerzos en dotarse con gran parte del patrimonio en fincas urbanas que atesoró en la ciudad de Sevilla. Como muestra de ello, las cifras aportadas por Pérez-Embid a finales del Medievo nos hablan de un total de 274 casas para el título de pitancería mientras que, para la fecha de 1559, hemos contabilizado un total de 529, lo que vendría a confirmar el importante crecimiento experimentado por el patrimonio urbano de la mesa capitular entre mediados del siglo XV y mediados del XVI.

Un último aspecto a resaltar, en relación con la formación del capital en tierras de los capitulares como congregación y según se desprende de la bibliografía analizada, es que la mesa capitular del cabildo hispalense, al igual que otras instituciones eclesiásticas, no fue partícipe de una manera demasiado activa en el proceso de formación de la estructura de la propiedad agraria que se produjo en Andalucía la baja desde su conquista, a mediados del siglo XIII, hasta los comienzos de la Edad Moderna²³. Al contrario de lo realizado por otros grupos sociales más dinámicos, la labor de los capitulares consistió en ir absorbiendo y acumulando explotaciones ya conformadas, de todo tipo y condición, que le fueron llegando a través, fundamentalmente, como ya hemos dicho, de la figura contractual de la donación.

3. LAS PROPIEDADES TERRITORIALES DE LA MAYORDOMÍA DE LA MESA CAPITULAR, 1500-1700

Las propiedades territoriales del cabildo de la catedral de Sevilla, y por extensión las de su mesa capitular, se encontraban repartidas, entre los años de 1500 y 1700, por cuatro de las cinco comarcas naturales en las que, tradicionalmente, suele dividirse el espacio sevillano: El Aljarafe, la Ribera o Vega del Guadalquivir, la Campiña y la Sierra de Constantina. Además, los capitulares acumulaban algunas fincas en la zona

²² MONTES ROMERO-CAMACHO (1998: 211-234).

²³ BORRERO FERNÁNDEZ (2003: 29-33).

conocida como el campo de Tejada, tierra de transición entre la comarca hispalense del Aljarafe y la onubense del Condado, atravesada en la actualidad por la frontera que separa las provincias de Huelva y Sevilla.

En el presente epígrafe nos detendremos en inventariar las posesiones agrarias de la mesa capitular de la catedral hispalense atendiendo a su distribución comarcal por la provincia sevillana. El esquema interpretativo seguido para cada una de las demarcaciones geográficas es el que a continuación se detalla: tras una breve descripción del emplazamiento geográfico de las distintas regiones, procederemos a enumerar las fincas que la mesa capitular administraba en 1500, año de partida de nuestro estudio. A continuación, se dará cuenta de las posesiones rústicas que fueron incorporándose al patrimonio capitular, así como de aquellas tierras que causaron baja, hasta la fecha de 1700, momento en el que se procederá a realizar un primer balance de las prácticas de compra-venta emprendidas por la congregación de clérigos catedralicios. Posteriormente, se incorporarán cuadros-resumen con cifras que muestren la cantidad de superficie que suponían las propiedades anteriormente descritas, así como la extensión que en ellas se destinaba a los distintos tipos de cultivo, y ello, para dos momentos del tiempo *elegidos* en función de la documentación disponible en los fondos del Archivo de la Catedral de Sevilla, esto es, en torno a los años de 1538 y 1630. A partir de estos datos, continuaremos nuestra exposición desgranando las características de mayor enjundia de las propiedades territoriales, analizando el tipo de explotación característica, el tamaño de las propiedades, la evolución en el tiempo de la superficie administrada y los cambios que se ocasionaron en la composición y distribución de cultivos. Finalmente se procederá a evaluar, brevemente y en función de las herramientas disponibles hasta el momento, las estrategias económicas que los capitulares desarrollaron con respecto a su patrimonio rural en cada una de las comarcas descritas.

Los libros que han constituido la fuente documental sobre la que se cimenta el presente apartado son la *tabla de las heredades e tributos y possessiones del cabildo y la fábrica de la catedral de Sevilla y del hospital de Santa Marta*²⁴, que comenzó a elaborarse en el año 1538 y el *libro de apeamientos de las posesiones del cabildo y la*

²⁴ ACS, sección II, serie 6ª, libro 1487.

*fábrica de la sancta iglesia de Sevilla y del ospital de Sancta Marta que acabose en el año de 1630*²⁵. En estos manuscritos se ofrece una detallada compilación de las posesiones territoriales que poseían las dos administraciones que componían el cabildo de la catedral de Sevilla en torno a las dos fechas referidas. Entre otras cuestiones se da cuenta de la localización geográfica de cada propiedad, de una exhaustiva descripción de sus linderos, de las instalaciones con las que contaban, de sus extensiones en aranzadas o en fanegas y del cultivo o cultivos a los que se destinaban. Además, también aparecen recogidas las características de las nuevas fincas que el Cabildo catedralicio va acumulando en el transcurso del tiempo estudiado.

Como fuentes documentales complementarias a este par de libros de apeos y medidas se han empleado, en primer lugar, las series compuestas por los diez *libros de posesiones del Cabildo*²⁶, cuyo espectro cronológico abarca desde 1411 hasta muy avanzado el siglo XVIII y donde hemos podido encontrar información más continua acerca de los cambios que afectaron a las propiedades rústicas de la mesa capitular; en segundo lugar, hemos contado con la relación de más de ciento cincuenta volúmenes compuesta por los *libros de mayordomía del Cabildo*²⁷, principal registro de las rentas que administraba la mesa capitular, de periodicidad anual, que nos ha permitido completar la información que las otras dos fuentes no eran capaces de cubrir.

Por último, hay que señalar que, también de vital importancia han resultado los estudios realizados por Manuel González Jiménez e Isabel Montes Romero-Camacho²⁸ sobre el patrimonio territorial del cabildo catedralicio hispalense para tiempos bajomedievales, fundamentalmente y en lo que a este capítulo respecta, por las cifras que en ellos se arrojan acerca de las dimensiones de las fincas capitulares para finales del siglo XV, lo que ha venido a constituir una información de gran valía a la hora de comparar y contrastar los resultados que al respecto hemos recabado para nuestro estudio.

²⁵ ACS, sección II, serie 6ª, libro 1499.

²⁶ ACS, sección II, serie 6ª, libros 1488-1497.

²⁷ ACS, sección II, serie 6ª, libros 2 A-160.

²⁸ GONZÁLEZ JIMÉNEZ (1977) y MONTES ROMERO-CAMACHO (1988) y (1989).

El Aljarafe

La comarca del Aljarafe se extiende y se eleva hacia el occidente de la ciudad de Sevilla, alcanzando sus límites en el poniente el curso del río Guadamar, y siendo las terrazas que se erigen junto a la vega del Guadalquivir, frente a la ciudad hispalense, sus límites al levante. Virando hacia el norte, el terreno se va ondulando progresiva y suavemente hasta dar con las primeras montañas del espacio conformado por la comarca de la Sierra Morena, región conocida a escala provincial con el nombre de la Sierra Norte o Sierra de Constantina. Los contornos meridionales de la región aljarafeña vendrían definidos por las marismas que el Guadalquivir comienza a dejar en su lánguido camino hacia el océano atlántico²⁹.

Perla del alfoz sevillano, como acertadamente la denomina el profesor Ladero Quesada³⁰, son numerosas las referencias que, ya desde época romana, hacen mención a la riqueza agraria de esta región y a unas excelentes cualidades como franja de recreo, propiciadas por las suaves elevaciones de los alcores donde se asientan las poblaciones aljarafeñas, las cuales permiten acusar un aire fresco que vendría a suavizar los calurosos meses estivales del solar sevillano. Zona olivarera por excelencia, abundante en vides, higueras, huertas y jardines, tendrá asignado el papel de almacén aprovisionador de productos esenciales (aceite, vino, hortalizas, legumbres, leche y miel, entre otros)³¹ para el abastecimiento de la ciudad de Sevilla, de la que se encuentra separada por escasa distancia y con la que históricamente ha mantenido una intensa y viva relación.

Debido al importante número de propiedades que los capitulares atesoraban en esta comarca, hemos considerado conveniente dividir a su vez el territorio aljarafeño en varios distritos o “campos”. Esta parcelación del territorio tiene su origen en las delimitaciones que al respecto se establecieron durante época islámica y que también ha recogido, tomándolas por adecuadas, Isabel Montes en los dos libros ya mencionados que dedica al estudio del mundo rural sevillano en los siglos bajomedievales. No

²⁹ Para todos los aspectos relacionados con la geografía, historia, economía, demografía y sociedad de la comarca del Aljarafe se han consultado las clarificadoras obras de HERRERA GARCÍA (1980), BORRERO FERNÁNDEZ (1983) y el atlas geográfico editado, en versión digital, por la Diputación Provincial de Sevilla, www.dipusevilla.es/urbanismo/atlasnuevo/index.htm (30-1-2006, 17:21 h.).

³⁰ LADERO QUESADA (1989: 74).

³¹ MORALES PADRÓN (1989: 50).

obstante, de los cuatro distritos empleados por la profesora Montes Romero-Camacho (Aznalfarache, Sanlúcar la Mayor, Aznalcázar y Tejada), se ha decidido prescindir, como ya han hecho otros autores, de la inclusión en la región del Aljarafe del distrito de Tejada³² por considerar más acertado, ateniéndonos entre otros a argumentos de tipo geológico y topográfico, designar esta demarcación como zona de *interregno* o franja de transición entre la comarca sevillana del Aljarafe y la onubense del Condado. La *indecisa postura* de esta tierra de Tejada tiene también reflejo en la vegetación y en los cultivos que la predominan, despojándose en ella de sentido, paulatinamente y a medida que avanzamos hacia el occidente, la acepción que popularmente ha mantenido el término aljarafe (así, con minúscula) como *campo de olivos*. Esta observación se puede apreciar con nitidez y se hace evidente en las propiedades territoriales que la mesa capitular atesora a lo largo y ancho de ambas zonas geográficas, ya que en aquéllas que se encuentran en el campo de Tejada es el cereal el cultivo que descolla, mientras que el laboreo del olivar sobresale en esa pequeña región mesopotámica comprendida entre los ríos Guadalquivir y Guadiamar en la que se inscribe la comarca del Aljarafe. Además, y como consecuencia de este último detalle, la no inclusión del campo de Tejada en el Aljarafe nos permitirá realizar un análisis más exhaustivo de la renta de la tierra cuando llegue la hora de examinarla distinguiendo comarcas y cultivos.

Sin embargo, cabe advertir, en referencia a cualesquiera de las divisiones del espacio sevillano establecidas en este capítulo, que las áreas geográficas que se presentan, pese a sus rasgos comunes, no se configuran como espacios cerrados, pudiendo ocurrir que algunas de las propiedades territoriales de la mesa capitular participen de una pertenencia múltiple con respecto a los espacios físico-naturales definidos. De este modo, algunas de las posesiones estarán adscritas a una determinada región si empleamos como criterio de clasificación el término municipal al que pertenecen y, al mismo tiempo, podrán mostrar pertenencia a una comarca contigua si a lo que nos atenemos es a su fisonomía o al tipo de cultivo que en ella abunda.

Una vez realizada esta aclaración con respecto a la continuidad del territorio y a la geometría variable de cada espacio, pasamos a detallar las propiedades territoriales que la mesa capitular de la catedral de Sevilla poseyó en el Aljarafe en el lapso de tiempo

³² Véanse, por ejemplo, las cavilaciones que realiza Antonio Herrera en torno a los límites de la comarca del Aljarafe en HERRERA GARCÍA (1980: 15-22).

que media entre los años de 1500 y 1700, repartidas de la forma que sigue entre los tres distritos definidos para la comarca y entre los dos títulos en los que se encontraba dividida la mesa capitular.

Distrito de Aznalfarache

En este distrito, cuyo territorio se extiende por toda la franja del oriente y centro de la región del Aljarafe, ciñendo sus contornos levantinos las terrazas que el cauce del Guadalquivir erige a su paso en su tránsito hacia el océano, la mesa capitular contaba en el año 1500 con la heredad de Bollullos y la heredad de Palmaraya en el término municipal de Bollullos de la Mitación; con las heredades de Biedma y Machalomar en la localidad de Espartinas; poseía, además, otras dos heredades situadas en Coria del Río y Palomares del Río, así como las tierras del Pandero en San Juan de Aznalfarache y otros terrenos en Tomares; por último, también controlaba algunas parcelas de poca entidad en las poblaciones de Camas y Gines (véase el cuadro 1).

CUADRO 1. Propiedades de la mesa capitular en el distrito de Aznalfarache en 1500, poblaciones en las que se encuentran y título al que se adscriben

Título	Propiedades	Población
Pitancería	Heredad de Bollullos	Bollullos de la Mitación
	Heredad de Palmaraya	Bollullos de la Mitación
	Heredad de Biedma	Espartinas
	Heredad de Machalomar	Espartinas
	Heredad de Coria	Coria del Río
	Heredad de Palomares	Palomares del Río
	Tierras del Pandero	San Juan de Aznalfarache
	Tributo en Tomares	Tomares
	Heredad de Camas (censo)	Camas
	Heredad de Gines (censo)	Gines

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

Por lo tanto, la mesa capitular administraba en los años en los que se inicia nuestro estudio un total de diez propiedades. En 1554 será redimido el tributo al que estaba sujeto el pedazo de tierra que poseía en Camas y en 1565 se procederá a la venta de la heredad de Machalomar por 291.000 maravedíes a Melchor de Alcázar que, pocos años después, fundará mayorazgo sobre estas tierras³³. En cuanto a las adquisiciones realizadas por los clérigos catedralicios en estos pagos, hay que constatar que en los primeros años del siglo XVI se incorporarán a los dominios capitulares unas tierras en la Puebla del Río y que, en el año 1589, el canónigo Andrés Méndez donará una pedazo de tierras de tres aranzadas con vid, tierra calma y arboleda en el municipio de Espartinas que será sometido a tributo, por lo que al finalizar el año 1700 la mesa capitular continuaba acumulando en el distrito de Aznalfarache un total de diez fincas. Si algún aspecto iniciático cabe constatar con respecto a las compras y las ventas de fincas en este distrito es la escasa entidad de todas ellas, representando la venta de las treinta hectáreas que incluía la heredad de Machalomar la operación de mayor calado que el consistorio de canónigos llevó a cabo en la zona. No obstante, será poco más adelante cuando nos detengamos en evaluar al detalle el proceder económico que la mesa capitular aplicó sobre su patrimonio territorial en esta circunscripción.

También entregadas a censo o a tributo se encontraban las tierras situadas en Tomares y las heredades de Gines y Camas. Por lo general (las excepciones a esta regla tendrán sus pertinentes justificaciones), las propiedades territoriales que en su totalidad la mesa capitular someterá a la figura contractual del censo enfiteúutico o del tributo perpetuo serán fincas de reducidas proporciones por las razones que en su debido momento se aducirán, en concreto, cuando se trate el tema que concierne a los distintos contratos agrarios que empleaban los capitulares a la hora de explotar su patrimonio territorial. Muchos de estos contratos realizados a censo acabarán extinguiéndose con el paso del tiempo como consecuencia, a tenor de lo contemplado en la documentación analizada, de la generalización de los impagos y las dificultades para saber quien era el responsable del desembolso tras el paso de varias generaciones. La escasa relevancia de esta figura contractual en los usos que al respecto ponía en práctica el consistorio de clérigos catedralicios, la insignificante entidad de las fincas sometidas a este tipo de negocio jurídico, así como el irrelevante montante de renta que se extraía de ellas y la

³³ HERRERA GARCÍA (1980: 125).

manifiesta dificultad de seguirles la pista en el transcurso de los doscientos años que nuestro estudio abarca, han motivado que prescindamos de su análisis cuando lo estimemos conveniente, con la intención de no enmarañar en exceso el verdadero objeto de nuestros desvelos. En cuanto a la distribución de las tierras repartidas por el *campo de Aznalfarache* entre los dos títulos que formaban parte de la mesa capitular, hay que constatar la pertenencia de todas ellas pitancería, a excepción de las tierras que fueron adquiridas en Espartinas, que irán a engrosar el patrimonio del título del comunal.

Una vez realizado el inventario de las propiedades territoriales que la mesa capitular administraba en este distrito aljarafeño y explicadas algunas de sus características, nos disponemos a ofrecer cifras globales en cuanto a la cantidad total de hectáreas que los capitulares regentaban en él, así como de los distintos tipos de cultivo a los que se destinaban sus campos y la superficie que ocupaban (véase el cuadro 2)³⁴.

CUADRO 2. Dedicación agraria de las propiedades de la mesa capitular en el distrito de Aznalfarache en 1538 y 1630 (en hectáreas³⁵)

Años	Cereal	Olivar	Viñedo	Otros	Total
1538	10,03	293,06	73,71	9,51	386,32
1630	135,75	136,21	94,69	4,07	370,71

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

³⁴ En los apéndices II, III y IV del trabajo de investigación que realizamos para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados (DEA) se da detallada cuenta de cada una de las posesiones territoriales —y de sus dimensiones y dedicaciones agrarias— que acumulaban las mayordomías de la mesa capitular y de la fábrica del cabildo catedral de Sevilla por, aproximadamente, lo que hoy en día constituyen los límites la provincia de Sevilla entre 1500 y 1700. Remitimos a ellos si se está interesado en obtener más información al respecto, GONZÁLEZ MARISCAL (2006: 105-129).

³⁵ En los libros originales consultados en el Archivo de la Catedral de Sevilla todas las propiedades aparecen medidas en aranzadas y en fanegas, magnitudes propias del Antiguo Régimen, por lo que ha sido necesaria su conversión al sistema métrico decimal. Como se sabe, las medidas agrarias del Antiguo Régimen cambian de valor de una localidad a otra, lo que supondría, en principio, un problema añadido. En nuestro caso, el cabildo de la catedral de Sevilla mandaba a su propio personal encargado de mensurar las distintas fincas y, en la práctica totalidad de los casos, se empleaban la aranzada y la fanega propia de la ciudad hispalense, esto es, la aranzada de 400 estadales de 4 y 1/8 varas el estadal y la fanega de 500 estadales de 4 y 1/8 varas la fanega. Para hallar la equivalencia de estas medidas en hectáreas se ha utilizado un trabajo realizado por SÁNCHEZ SALAZAR (1988). En este documento de trabajo se establece que la aranzada empleada en la ciudad de Sevilla equivalía a 0,5944724831 hectáreas y a la fanega, por su parte, le correspondían 0,5944724831 hectáreas. Hay que constatar además, que en los siglos XVI y XVII la aranzada era la unidad de medida empleada mayoritariamente en las comarcas del Aljarafe, Campo de Tejada y Ribera tanto para medir tierras de cereal como de olivos y vides. Por su parte la fanega era la magnitud de medida utilizada en la comarca de la Campiña.

Las cifras que arroja el cuadro 2 muestran que para 1538 la mesa capitular acumulaba un total de 386,32 hectáreas en el distrito de Aznalfarache y que, en su gran mayoría, las propiedades estaban dedicadas al cultivo del olivar, suponiendo éste el 75,86% del total de tierras administradas. También importante era la porción de tierras destinadas al cuidado de vides (19,08%), siendo residual la cantidad de terrenos consagrados al laboreo del cereal (2,60%).

Tomadas individualmente, sobresale por su tamaño la heredad de Bollullos con una extensión de unas 119 hectáreas (el 30% del total de tierras del distrito), situándose el grueso de las haciendas entre las 40 y las 65 hectáreas. Todas estas fincas de mayor tamaño estaban dedicadas, casi exclusivamente, al cultivo del olivar (Bollullos, Palomares, Coria y Palmaraya), exceptuando a la heredad de Biedma, en la cual, se destinaba similar superficie al olivar que a la vid, destacando también aquellas fincas que, ya con un tamaño algo inferior, situado entre las 20 y las 30 hectáreas, estaban entregadas en su práctica totalidad a la producción de uvas (Machalomar y Tomares). Las causas de la importante proporción del suelo consagrado en esta demarcación al cultivo de la vid hay buscarlas, a nuestro entender, y sin obviar la excelentes cualidades que reunían las tierras de esta región para la plantación de esta variedad de cultivo, en la cercanía de este distrito a la ciudad de Sevilla, y en el papel asignado en la época que nos ocupa al cinturón de tierras más cercano a la metrópoli hispalense como el lugar más propicio para el abastecimiento de la creciente demanda de vino de la gran urbe que por entonces era Sevilla. Como tendremos ocasión de constatar más adelante, este mismo hecho, será una constante en otros lugares igualmente próximos a la capital andaluza, tales como el arrabal de Triana o las propiedades que la mesa capitular acumulaba en el término municipal sevillano.

Otro aspecto a destacar en esta primera toma de contacto con las propiedades capitulares del Aljarafe hace referencia a la unidad de aprovechamiento característica del olivar. En la Baja Andalucía, la unidad tradicional de explotación del olivo estuvo constituida, en la época que nos ocupa, por la heredad o el heredamiento. Según nos explica la profesora Borrero Fernández,

una heredad tiene como base territorial una serie de parcelas o suertes, en muchos casos con nombre propio, que, lindantes o no entre sí, se dedican al cultivo del

olivar. Este hecho, producto sin duda de una intensa acción de factores modificadores de la propiedad –compra-ventas, trueques o herencias– durante periodos prolongados de tiempo, nos sitúa ante un tipo de propietario que, muy activo, participó claramente en la conformación de las mismas, dándoles a estas unidades de explotación un singular carácter³⁶.

Como bien señala la cita, la conjunción de varios factores durante la Baja Edad Media posibilitó imprimir el singular carácter morfológico a este tipo de explotación en análisis. El cultivo del olivar representó la mejor alternativa posible para la consecución de los objetivos de una oligarquía urbana en proceso de construcción durante el bajo medievo. Interesada en beneficios agrícolas a corto plazo, irá utilizando los excedentes monetarios obtenidos en otras actividades para ir comprando pequeños lotes de tierras que le reporten una alta rentabilidad y le permitan la construcción de patrimonios familiares. Para ello intervendrá muy activamente en el mercado de tierras, modificando las estructuras de la propiedad. Y por entonces, el cultivo más apropiado para todo ello era el olivar debido a su buen rendimiento y a la magnífica conexión que representaba un producto como el aceite con los mercados nacional e internacional, máxime cuando las haciendas se situaban cercanas a un punto de comercialización tan importante como aquel que representaba la ciudad de Sevilla.

En el caso de la conformación estructural de las heredades del cabildo de la catedral de Sevilla que lograron trascender la Baja Edad Media para llegar al año 1500, fecha de inicio de nuestro estudio, el mercado jugó un papel no menos relevante de lo indicado en el anterior párrafo. Y es que las heredades que nos encontramos formando parte del patrimonio territorial de los clérigos catedralicios para tiempos modernos habían llegado a manos capitulares tras la intensa actividad en el mercado de tierras acaecida a partir de las secuelas del *fracaso de la repoblación del siglo XIII* y, sobre todo, a partir de la impronta dejada por la *crisis del siglo XIV* y la *revolución trastámara* del último cuarto del Trecentos³⁷.

Por lo tanto, y como consecuencia de la acción del mercado, nos estaríamos encontrando ante fincas compuestas por varias suertes (recordemos que la suerte es la

³⁶ BORRERO FERNÁNDEZ (2003: 49).

³⁷ MONTES ROMERO CAMACHO (1989: 109-112).

unidad-base sobre la que se cimientan las tierras dedicadas al cuidado del olivo) lindantes o no entre sí, pero siempre próximas y constituidas en torno a un núcleo fundamental que, en numerosas ocasiones, presentará el conjunto arquitectónico necesario para la transformación de la oliva en aceite. En cuanto a la extensión de las heredades, pueden considerarse como tales tanto aquellas que superan las 300 aranzadas (poco más de 178 hectáreas) como las que no alcanzan las 100 (cerca de 60 hectáreas). No obstante, lo habitual es que nos encontremos con posesiones *no demasiado extensas* (para el caso de la mesa capitular el grueso de ellas se situará entre las 25 y las 65 hectáreas) *pero sí altamente rentables, lo que las convierte, con muchas menos hectáreas de terreno, en tan grandes propiedades como las de cereal*³⁸. Por último, hay que resaltar que otro de los rasgos definitorios de este tipo de explotaciones será que, aunque el peso económico de las fincas descansa sobre el cultivo del olivar, la dedicación del suelo suele contemplar la existencia de otras siembras, léase, fundamentalmente, parcelas con vides, aunque tampoco se hará difícil observar la presencia de hazas de cereal, huertas o cortinales.

Continuando con las cifras del cuadro 7, algunas diferencias de calado se pueden apreciar cuando nos detenemos a analizar los datos que se ofrecen para el año de 1630. Si el total de hectáreas administradas por la mesa capitular apenas sufre una ligera variación a la baja, situándose en las 370 hectáreas, resulta llamativo, por el contrario, en lo que a la distribución de cultivos se refiere, el ascenso experimentado por el cultivo de cereal en el distrito, pasando de representar un exiguo 2,59% del total de tierras a situarse en el 36,62%. Y ello a costa de la contracción del cultivo del olivar, que pasa de suponer el 75% de las tierras administradas a colocarse en un 36,74%. Por su parte, la porción de tierras destinadas al cuidado del viñedo aumentará levemente hasta alcanzar una cuarta parte de ellas (25,54%).

De lo que nos está hablando este cambio en la distribución de cultivos, por lo que tendremos ocasión de ver a medida que vayamos desgranándolo en el desarrollo del texto, es de la producción de un profundo proceso de cambio, de raíces seculares, en las propiedades territoriales de la mesa capitular de la catedral de Sevilla, consistente en la sustitución del cultivo del olivar por la siembra de cereales de secano. Y es que, en el

³⁸ BORRERO FERNÁNDEZ (2003: 50).

período de tiempo que nos ocupa, el consistorio de clérigos capitulares llevó a cabo una intensa labor de descepe de olivares en sus haciendas del distrito de Aznalfarache. En concreto, en el año 1616, los capitulares decidirán arrancar todos los olivos de las heredades de Coria y de Palomares³⁹ para dedicar sus tierras al laboreo del trigo y de la cebada y, ya con anterioridad, en 1598, habían realizado lo propio con los aceitunos de la heredad de Biedma, pero en este caso, para destinar sus terrenos a la plantación de vides.

No obstante, las dos fechas disponibles para visualizar la extensión del patrimonio capitular (años de 1538 y 1630) no recogen la intensidad y magnitud del proceso apuntado, ya que si continuamos avanzando en el tiempo hasta llegar al año 1700, nos encontramos que los olivos acaban por desaparecer de las propiedades que la mesa capitular poseía en el distrito de Aznalfarache debido a que la heredad de Palmaraya será descepada en 1636 y la de Bollullos en 1647, siendo también empleadas sus tierras para la siembra de cereal. Antes de entrar a valorar las posibles razones que motivaron al cabildo de la catedral de Sevilla a descepar sus haciendas de olivar para convertirlas, fundamentalmente, en tierras preparadas para la siembra de grano resulta conveniente averiguar la amplitud de este fenómeno, esto es, si la transformación apuntada únicamente se circunscribió a esta demarcación del Aljarafe o si, por el contrario, se produjo en otros distritos, en otras comarcas y en más heredades de entre aquellas que pertenecían a los clérigos catedralicios.

Distrito de Aznalcázar

En el distrito de Aznalcázar, situado en el rincón suroccidental del Aljarafe, teniendo por límites meridionales las marismas e islas del Guadalquivir, ese acercamiento parsimonioso y de mansa corriente que hacia la mar tiene el *río de Sevilla* (nombre por el que popularmente era conocido el Betis en la época que nos ocupa) y

³⁹ Las heredades de Palomares y Coria sufrirán una primera mitad del siglo XVII un tanto convulsa. Si a partir de 1609 se decide arrendar juntas las dos haciendas, cuando llegue el año 1616 los capitulares optarán por desceparlas de olivos y despedazarlas en numerosas parcelas, sometiendo a arrendamiento una parte de las suertes que las componían y entregando a censo el resto.

emplazándose su borde occidental en torno al cauce del río Guadamar, la mesa capitular acumulaba en el año 1500 un total de cinco propiedades: las heredades de Quema y Robaina en la localidad de Aznalcázar, las heredades de Pilas y Benahacín en el término de Pilas y la heredad de Espechilla en el municipio de Huévar⁴⁰ (véase el cuadro 3).

CUADRO 3. Propiedades de la mesa capitular en el distrito de Aznalcázar en 1500, poblaciones en las que se encuentran y título al que se adscriben

Título	Propiedades	Población
Pitancería	Heredad de Robaina	Aznalcázar
	Heredad de Pilas	Pilas
	Heredad de Benahacín	Pilas
	Heredad de Espechilla	Huévar
Comunal	Heredad de Quema	Aznalcázar

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

Hasta 1700, el balance de adquisiciones y enajenaciones de la mesa capitular en este distrito se detalla en las siguientes líneas: en 1532 se incorpora la heredad de Marlos en Aznalcázar, propiedad de la que se desprenderán los capitulares en el año 1615; obtendrán en 1563 una parcela de viñas también en Aznalcázar que, posteriormente, en el año 1636, incorporarán a la ya citada heredad de Quema; además, entregadas a censo o a tributo perpetuo contarán con otro pedazo de tierra con viñas en Quema conseguido en 1574 y una suerte de olivar con catorce aranzadas al Pago de los Quemados, sito en el término de Huévar, incorporado al patrimonio capitular mediante donación efectuada en 1539 y vendido en 1565. En resumidas cuentas, cuando concluya la última década del Seiscientos el número de propiedades de la clerecía de la catedral hispalense por el *campo de Aznalcázar* seguirá situado en la cifra de cinco haciendas. Para que este último resultado sea cierto, nos faltaría por contabilizar la fusión que en el año 1678 se realiza de las propiedades de Pilas y Benahacín, explotadas a partir de esa fecha como una sola heredad.

⁴⁰ Los términos municipales de Pilas y Huévar se encuentran lindando con el occidente del río Guadamar, es decir, algo más allá de los límites establecidos para la comarca del Aljarafe. No obstante, y siendo las dos localidades ribereñas del río Guadamar hemos decidido incluirlas como lugares aljarafeños acudiendo al argumento, ya explicitado, que hace referencia al carácter abierto y de geometría variable de los espacios físico-naturales definidos para el presente trabajo.

CUADRO 4. Dedicación agraria de las propiedades de la mesa capitular en el distrito de Aznalcázar en 1538 y 1630 (en hectáreas)

Años	Cereal	Olivar	Viñedo	Otros	Total
1538	74,90	343,80	79,30	51,84	549,84
1630	109,38	274,63	1,49	4,76	390,26

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

Una vez presentadas las propiedades que la mesa capitular administraba en este distrito de Aznalcázar, pasamos a mostrar cifras que arrojen luz sobre el tamaño que éstas alcanzaban, así como también de las distintas variantes de cultivos que en ellas se producían. Como en el cuadro 4 se puede apreciar, la cantidad total de hectáreas que la mesa capitular acumulaba en el distrito de Aznalcázar en el año 1538 se situaba en las 549,84. Entre ellas siguen predominando aquellas destinadas al olivar, cultivo que representa un 62,53% del total de tierras del distrito. Por su parte al viñedo y al cereal estaban dedicadas, respectivamente, el 14,42% y el 13,62% del total de hectáreas. El importante número de hectáreas que registra la categoría *otros* (9,42% del total de tierras del distrito) viene a recoger la extensión de una dehesa de encinas, alcornoques, chaparros y monte que incluía la heredad de Espechilla. Y es que, según datos aportados por Herrera García, “una cuarta parte del suelo del Aljarafe se hallaba ocupado por dehesas y prados, pinares y encinares, monte bajo y otros herbajes, plantíos y matorrales por el estilo”⁴¹. En lo tocante a las dehesas, recurso estrechamente ligado a las labores ganaderas, parece ser que suponían una dedicación meramente marginal en los campos de la comarca del Aljarafe, tierra esencialmente agrícola donde la actividad ganadera venía determinada por las necesidades alimenticias de la población, por la propia actividad agrícola y por las labores asociadas al transporte y el acarreo de todo tipo y condición. Esta escasez de pastos en la zona y las consiguientes dificultades para mantener cabaña ganadera alguna determinarán un elevado precio de los lugares reservados a tales fines.

La práctica totalidad de las fincas de este departamento se encontraban destinadas íntegramente al cuidado de olivares, destacando por su tamaño las heredades de Espechilla y Benahacín, con una extensión de unas 170 y 100 hectáreas,

⁴¹ HERRERA GARCÍA (1980: 283-296).

respectivamente, situándose el resto de fincas entre las 25 y las 40 hectáreas (Robaina, Pilas y Marlos). Un caso especial dentro del distrito es aquel que representa la heredad de Quema, señorío capitular hasta que en 1579 los clérigos catedralicios cedan sus derechos jurisdiccionales y alguna porción de sus tierras al rey Felipe II por 15.138 maravedíes situados en las alcabalas de la ciudad de Sevilla, conservando únicamente la propiedad directa sobre una parte importante de sus terrenos⁴². Pues bien, la especificidad de la heredad de Quema vendría determinada para el año 1538 por su condición de señorío eclesiástico, por su considerable tamaño (170 hectáreas) y por estar reservadas sus tierras, al contrario de lo que sucedía en el resto de propiedades de la mesa capitular en esta zona, al policultivo, siendo la vid y las farináceas los cultivos preponderantes.

De nuevo, al igual que ocurría en el distrito de Aznalfarache, al observar las cifras que para el año de 1630 muestra el cuadro 4 nos encontramos con resultados distintos a los que hemos analizado para la tercera década del siglo XVI. De un lado, tenemos que la cantidad de hectáreas que los capitulares administraban en esta demarcación desciende de manera acusada (en torno al 30%) hasta alcanzar la cifra de 390,26 hectáreas. Esta importante reducción en la superficie controlada en esta demarcación es consecuencia de los cambios que se produjeron en Quema tras la cesión del señorío jurisdiccional y resultado de la venta de la heredad de Marlos.

Con respecto al proceso ya apuntado de sustitución de los campos de olivares por la siembra de cereales hay que advertir que en este distrito de Aznalcázar dicho fenómeno no adquiere tintes tan transformadores, para las fechas analizadas, como los advertidos para el *campo de Aznalfarache* y que, además, aparece un tanto desdibujado por efecto de los contrapuestos bailes de cifras que acontecen entre el primer acercamiento perpetrado a la extensión de las propiedades de la mesa capitular del año 1538 y su correspondiente del año 1630. De este modo, en una primera aproximación a los datos vemos que, con respecto a los números del año 1538, tanto cereales como olivos aumentan su peso específico como cultivos en las tierras del distrito (el olivar extiende tímidamente su influjo hasta alcanzar el 70% de éstas y los cereales llegan a suponer el 28%). Sin embargo, el único cultivo que experimenta un incremento en cuanto a

⁴² HERRERA GARCÍA (1980: 58-65) y MONTES ROMERO-CAMACHO (1989: 361-362).

superficie a él destinada es el cereal (con un incremento del 46%), reduciéndose la cantidad de tierras reservadas al resto de cultivos (el espacio consagrado al olivar disminuye un 20%, a la vid un 98% y la categoría *otros cultivos* ve mermadas sus hectáreas en un 91% como consecuencia de la puesta en labor de los terrenos incultos de la heredad de Espechilla). La responsable de estas aparentes contradicciones o ambigüedades es la importante contracción sufrida entre 1538 y 1630 por la cantidad total de tierras que la mesa capitular gestionaba en este distrito. Tendríamos, por tanto, que para 1630 no se arrancan olivos en este distrito, sin embargo, la cantidad de tierras consagradas a su cuidado disminuye como consecuencia de la venta de la heredad olivarera de Marlos y del señorío jurisdiccional de Quema. El cereal, por su parte, acrecienta su influencia en la zona debido a la roturación de terrenos incultos hasta entonces.

A pesar de que el cambio de olivos por granos en las tierras de la mesa capitular en el distrito de Aznalcázar para las referidas fechas de 1538 y 1630 apenas se deja ver, podemos calificar el proceso como incipiente pues, si de nuevo llevamos nuestra mirada hasta el año 1700, se hace patente que los capitulares decidieron iniciar el descepe de sus heredades en el distrito de Aznalcázar con posterioridad a lo emprendido en el distrito de Aznalfarache. De este modo, será en la década de los treinta del siglo XVII cuando se inicie el proceso de descepe en la heredad de Benahacín para, a continuación, hacer lo propio en Robaina en 1641, en Pilas en 1651 y, finalmente, en la heredad de Espechilla en 1664, donde se procederá a desenterrar 2.125 pies de olivos de los 8.591 con los que contaba la finca, esto es, una cuarta parte de los existentes hasta el momento. Como consecuencia de toda esta evolución, cuando el siglo barroco toque a su fin la mayoría de las tierras de este distrito tendrán también al cereal como cultivo mayoritario.

Distrito de Sanlúcar la Mayor

En último lugar examinaremos el distrito de Sanlúcar la Mayor, área geográfica localizada en el cuadrante noroccidental del Aljarafe y cuyos confines septentrionales van a dar con las montañas azules de la Sierra Morena. Pues bien, en este distrito nos encontraríamos que para el año de 1500 pertenecían a la mesa capitular un total de siete propiedades que pasamos a enumerar: la heredad de Gelillo y unas tierras a la desembocadura de la ribera de Huelva en la localidad de Salteras; repartido entre los términos de Salteras y Guillena, esto es, a caballo entre el Aljarafe y la Sierra Norte, se situaba el cortijo de Palmaraya; también poseían unas tierras entregadas a tributo y la heredad de Aspero en Sanlúcar la Mayor; y, finalmente, gestionaban el donadío del Perrero en Albaida del Aljarafe, villa sobre la que ejercía señorío jurisdiccional el Cabildo hispalense, además de una suerte de olivar sometida a censo enfiteútico en el sitio de Olivares (véase el cuadro 5).

CUADRO 5. Propiedades de la mesa capitular en el distrito de Sanlúcar la Mayor en 1500, poblaciones en las que se encuentran y título al que se adscriben

Título	Propiedades	Población
Pitancería	Heredad de Gelillo	Salteras
	Cortijo de Palmaraya	Salteras y Guillena
	Tierras a al boca del río Huelva	Salteras
	Heredad de Sanlúcar la Mayor (tributo)	Sanlúcar la Mayor
Comunal	Heredad de Aspero	Sanlúcar la Mayor
	Donadío del Perrero	Albaida del Aljarafe
	Suerte en Olivares (censo)	Olivares

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

La dinámica de compraventas efectuada por la mesa capitular en este distrito consistió en la venta de las tierras a la desembocadura del río Huelva en 1589 y en la adquisición de veinticuatro aranzadas de tierras en Valdegallinas en 1596, además de incorporar dos fincas más sometidas a tributo, esto es, el heredamiento de Tablantes en 1525 y una parcela con olivar y viñas en término de Olivares en 1534. Ahora bien, la operación de mayor relevancia efectuada por los capitulares en este distrito se produjo

entre los años de 1633 y 1641. En el primer año de los referidos les llega a través de la donación efectuada por el arcediano de Jerez (de nuevo aparecen las donaciones en la conformación patrimonial de la mesa capitular tras dos siglos y medio de ausencia), Francisco Bernal Estrada, el cortijo del Retamal, de 369 aranzadas y 72 estadales de superficie, localizado entre los términos municipales de Sanlúcar la Mayor, Gerena y Aznalcóllar. Sin embargo, poco tiempo después, en 1641, los capitulares deciden trocar este cortijo por otro situado en la villa de Salteras y de nombre Vado de Hernando Alonso, propiedad hasta entonces del conde de Olivares y duque de Sanlúcar la Mayor, Gaspar de Guzmán, valido del rey Felipe IV más conocido como conde-duque de Olivares, señor de la mayoría del Aljarafe, en donde contaba con un inmenso patrimonio en tierras⁴³. Por lo tanto, si en los albores del siglo XVI la mesa capitular administraba en el distrito de Sanlúcar la Mayor, como ya señalamos, la cantidad de siete propiedades territoriales, cuando finalice el XVII se encontrará gestionando un total de diez fincas. Las fincas de Valdegallinas, Tablantes y las viñas en Olivares irán a engrosar el título del comunal, mientras que los cortijos del Retamal y el del Vado de Hernando Alonso irán destinados al título de pitancería.

Un primer aspecto llama la atención del lector al reparar en la relación de propiedades descrita en la tabla anterior, y es que, en oposición a lo percibido hasta el momento para los dos distritos de la comarca aljarafeña estudiados, la preeminencia de las heredades como unidad de explotación típica de esta rica región comienza a desdibujarse en este distrito de Sanlúcar la Mayor, donde encuentran cabida otros tipos de células productivas no menos representativos de la Andalucía occidental, como son los cortijos y los donadíos. Este extremo, meramente nominativo en principio, implicará una serie de cambios y llevará aparejadas determinadas repercusiones (entre otros se verán afectados el tamaño medio de las propiedades y el tipo de cultivos que en ellas se dan), algunas de las cuales van mostrándose y tomando forma una vez abordamos el cuadro 6, concerniente a las dimensiones y cultivos que dichas propiedades tenían, y que se adjunta en las inmediaciones a estas líneas.

⁴³ HERRERA GARCÍA (1980: 66-76).

CUADRO 6. Dedicación agraria de las propiedades de la mesa capitular en el distrito de Sanlúcar la Mayor en 1538 y 1630 (en hectáreas)

Años	Cereal	Olivar	Viñedo	Otros	Total
1538	743,88	185,48	74,67	1,07	1.005,09
1630	943,93	195,34	50,29	11,41	1.200,98

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

El contenido del cuadro 6 ilustra que para el año 1538 la mesa capitular gestionaba en el distrito de Sanlúcar la Mayor un total de 1.005 hectáreas. Como puede apreciarse, resulta una cantidad netamente superior que vendría casi a doblar la suma del total manejado por la mesa capitular en los otros dos distritos aljarafeños. De ellas, un 74,01% estaban destinadas al laboreo del cereal, suponiendo la extensión consagrada al cuidado de olivos y vides un 18,45% y un 7,43%, respectivamente. Podemos apreciar, por tanto, cómo para esta demarcación de Sanlúcar la Mayor la descripción que algunas crónicas históricas de la época realizan de la comarca del Aljarafe como *mar de olivos* se desvanece, aspecto éste ya confirmado por autores como Mercedes Borrero o Antonio Herrera, que presentan esta parte del Aljarafe como una zona eminentemente cerealera tanto para la baja Edad Media como para el siglo XVIII⁴⁴, constituyendo lo expuesto por nuestro estudio para las propiedades de la mesa capitular una evidencia más que vendría a reafirmar este extremo.

En lo tocante al tamaño de las propiedades capitulares en esta circunscripción, hay que advertir y destacar la existencia de tres grandes dominios en el *campo de Sanlúcar la Mayor* (Aspero, Gelillo y Palmaraya) cuyas dimensiones se encontraban entre las 260 y las 350 hectáreas. Los campos de las dos primeras fincas estaban dedicados al policultivo, combinándose en ellos la tan característica trilogía de cultivos típicos del mundo mediterráneo compuesta por cereales, olivos y vides. Por su parte, las tierras de la tercera de ellas estaban reservadas íntegramente a la siembra de grano. Por detrás de todas ellas, nos encontraríamos con cinco posesiones de muy variada superficie: un cortijo y un donadío de considerable extensión empleados en producir trigo y cebada (Retamal y Perrero), un heredamiento de olivos de tipo medio (Tablantes) y dos pequeñas propiedades de *pan sembrar* (Valdegallinas y Río Huelva). Podemos concluir,

⁴⁴ HERRERA GARCÍA (1980: 265-283) y BORRERO FERNÁNDEZ (1983: 86-90).

en cuanto al tipo de explotación predominante en esta última circunscripción aljarafeña, que es el carácter ecléctico lo que, paradójicamente, define las propiedades rurales de la mesa capitular. El cereal se erige como cultivo hegemónico, pero su producción se lleva a cabo en fincas en las que también encuentran sitio el olivar y la vid.

Para el año 1630 la cantidad total de tierras regentadas por la mesa capitular en este distrito aumentará un 19,49%, hasta alcanzar el número de 1.200 hectáreas. El principal responsable de este incremento es la adquisición mediante donación del cortijo del Retamal en 1633. Por lo que respecta a la distribución de cultivos el resultado es el siguiente: cereal 78,6%, olivar 16,27% y viñedo 4,19%. Como se puede apreciar, ningún cambio significativo con respecto a las cifras calculadas para el año 1538. Pero una vez más, ocurre que, si llevamos nuestra mirada hasta el año 1700, podemos advertir como, incluso en este distrito de Sanlúcar la Mayor en el que el olivar aparece como cultivo de segundo orden, el proceso ya descrito de sustitución de aceitunos por cereal también alcanza estos pagos. De este modo, en el año 1667 Los capitulares tomarán la decisión de arrancar todos los olivos con los que contaba la heredad de Gelillo.

La gestión económica de la propiedad en tierras en la comarca del Aljarafe

Una vez estudiadas las tres demarcaciones propuestas y con las herramientas disponibles hasta el momento, nos disponemos a realizar un ejercicio de síntesis y de análisis de conjunto que nos permita efectuar un primer balance con el que poder vislumbrar cuáles fueron las principales líneas de actuación que la mesa capitular de la catedral de Sevilla desarrolló con respecto a la propiedad rural que acumulaba en la comarca del Aljarafe sevillano. Para ello, no sólo evaluaremos las principales cifras que a nivel regional hemos recabado, las cuales nos proporcionarán elementos que posibiliten calificar el comportamiento económico de los capitulares, sino que también se ofrecerá una breve muestra de los acontecimientos más importantes que afectaron a la propiedad rural aljarafeña en su conjunto, lo que nos facultará para comprender en mayor medida el comportamiento de los clérigos catedralicios.

Para el año 1500, en el cual da comienzo nuestra investigación, la mesa capitular gestionaba en el Aljarafe una cantidad de veintidós fincas rústicas (diez en el distrito de Aznalfarache, cinco en el de Aznalcázar y siete en el de Sanlúcar la Mayor). Cuando concluya el siglo XVII el número de propiedades administradas habrá aumentado hasta alcanzar la cifra de veinticinco (diez en Aznalfarache, cinco en Aznalcázar y diez en Sanlúcar la Mayor). Sin embargo, este incremento en el número de posesiones no llevará asociado un crecimiento paralelo en la extensión de sus fincas rústicas. Para poner rostro a estas frías cifras y evaluar en su justa proporción la dinámica de actuación de la mesa capitular en relación a su patrimonio rural aljarafeño se adjunta el cuadro 7 que suministra resultados en cuanto al número de hectáreas gestionadas por los capitulares en 1538 y 1630, así como su distribución por distritos.

CUADRO 7. Extensión por distritos de la propiedad territorial de la mesa capitular en la comarca del Aljarafe en 1538 y 1630 (en hectáreas)

Distritos	1538	1630
Aznalfarache	386,32	370,71
Aznalcázar	549,84	390,26
Sanlúcar la Mayor	1.005,09	1.200,98
El Aljarafe	1.941,25	1.961,95

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499, y elaboración propia

Los datos de este cuadro nos revelan que la cantidad total de tierras controladas por la mesa capitular en la comarca del Aljarafe apenas sufrió variación entre las dos fechas elegidas (solo se registra un insignificante incremento del 1%), apreciación también válida si ampliamos el límite temporal de referencia hasta el año 1700. Únicamente, cabría destacar la disminución de la superficie controlada en el distrito de Aznalcázar que llevó implícita la venta del señorío jurisdiccional de Quema en 1578 y la venta de la heredad de Marlos en 1615, además del aumento de hectáreas compensatorio que supuso en el distrito de Sanlúcar la Mayor la adquisición, en un primer momento, del cortijo del Retamal en 1633 y, posteriormente, en 1641, su canje por el cortijo del Vado de Hernando Alonso. Precisamente, en la venta del señorío jurisdiccional de Quema nos encontramos con una de las decisiones económicas de mayor trascendencia que

adoptaron los capitulares eclesiásticos sevillanos con respecto a su patrimonio rural en la comarca del Aljarafe en los doscientos años que comprende nuestro estudio, y ello, por la doble cuestión que supuso para la institución religiosa el abandono definitivo de su funciones jurisdiccionales, tras un dilatado período de tiempo que se remonta a los mismos orígenes del cabildo como corporación para abarcar toda la baja Edad Media y gran parte del siglo XVI, y la consiguiente asunción plena de su papel como simple rentista de la tierra, aspectos ambos que nos disponemos a abordar en los párrafos siguientes⁴⁵.

La historia de los señoríos del cabildo de la catedral de Sevilla se inicia en tiempos de la conquista y repoblación de Sevilla a manos cristianas, cuando el rey Alfonso X dota a la Catedral con una serie de señoríos de raíz solariega, pero beneficiados con ciertas prerrogativas jurisdiccionales. El siglo XIV será testigo del avance imparable de la jurisdicción señorial y de la expansión experimentada por parte del señorío territorial a costa del realengo, procesos que tendrán uno de sus puntos álgidos tras el ascenso al trono de la dinastía Trastámara y, con ella, del encumbramiento de una *nueva nobleza laica* que pujará con fuerza por consolidar su poder, apostando para ello por el reforzamiento y preponderancia del señorío nobiliario de corte jurisdiccional.

Uno de los damnificados por estos procesos de cambio apuntados resultó ser el cabildo de la catedral de Sevilla que, impotente ante los continuos embates que tuvo que sufrir, optó finalmente por desprenderse, entre 1380 y 1411, de la mayor parte de los señoríos que hasta entonces administraba, en lo que la profesora Montes Romero-Camacho ha dado en llamar la *desamortización consciente*, primer acto de enajenaciones del final en dos partes al que tuvieron que enfrentarse los señoríos capitulares. Hasta entonces, los quince señoríos con los que había sido agraciado el cabildo correrán suerte dispar en este convulso siglo XIV. Y ello, porque la labor fundamental que se asignaron los capitulares, la de impulsar y promover la repoblación de los espacios señoriales concedidos, tendrá resultados ambivalentes.

⁴⁵ Para la reconstrucción de la historia de los señoríos capitulares durante la baja Edad Media se ha empleado como fuente bibliográfica el capítulo que al respecto dedica la profesora MONTES ROMERO-CAMACHO (1988: 297-365).

La acción repobladora del Cabildo fracasará prematuramente en seis de sus señoríos, que continuarán permaneciendo dentro del patrimonio capitular pero pasando a ocupar un estatus *especial*, al no tener efecto los privilegios jurisdiccionales otorgados (por encontrarse estos territorios despoblados), y lograrán atravesar el Trescientos como lugares habitados ocho señoríos. La combinación de un sistema de explotación desastroso en estos últimos, basado en el arrendamiento, junto con las fuertes presiones que éstos tuvieron que padecer, fundamentalmente por parte de la nueva aristocracia encumbrada por la recién estrenada dinastía castellana de los Trastámara, determinaron que el cabildo decidiese vender al completo (tanto la parte solariega como la jurisdiccional) cinco de ellos, entre 1380 y 1411. A pesar de que la presión de los distintos poderes implantados en el agro sevillano persistieron durante el siglo XV, dos señoríos capitulares consiguieron trascender la Edad Media y llegar como tales a la Edad Moderna: Quema y Sanlúcar de Albaida, ambos situados en la comarca del Aljarafe.

Con la llegada de los Austrias al trono, el *proceso de señorialización secular* del área sevillana recibiría su impulso definitivo, consiguiendo alcanzar su punto culminante. De tal manera que, según cifras aportadas por Herrera García para la comarca del Aljarafe, si al iniciarse el Quinientos la hegemonía de la tierra de realengo sobre los señoríos eclesiástico y secular era absoluta (un 74% de la tierra aljarafeña, frente a un 17,5% y un 8,5%, respectivamente)⁴⁶, en el transcurso de esta centuria y la primera mitad de la siguiente

se van a producir tal cantidad de enajenaciones en dirección al señorío secular que se van a invertir totalmente las proporciones estimadas anteriormente, y ello se producirá de forma tan rotunda que casi todo el territorio quedará englobado en dicho tipo de señorío, quedando anulado y casi extinguido tanto el realengo como el señorío eclesiástico. El fenómeno se producirá en dos etapas clarísimamente diferenciadas: la enajenación del señorío eclesiástico, en el XVI, y la del realengo, en el XVII⁴⁷.

⁴⁶ HERRERA GARCÍA (1980: 55-56). El seguimiento que realizaremos a la titularidad eminente de la tierra en el Aljarafe y los datos que sobre ella aportemos tienen su fuente original en las páginas que Antonio Herrera le dedica en HERRERA GARCÍA (1980: 54-115).

⁴⁷ HERRERA GARCÍA (1980: 58).

La enajenación del señorío eclesiástico en el Aljarafe afectó durante el reinado de Carlos I a las Órdenes Militares y, siendo rey Felipe II, al arzobispado hispalense y al cabildo de la catedral de Sevilla. La desamortización de los dos señoríos que para tiempos modernos conservaba el cabildo hispalense se producirá entre los años de 1578 y 1579, segunda y definitiva etapa de cesiones del señorío capitular que la profesora Montes Romero-Camacho ha denominado *la desvinculación obligada*, en clara alusión al forzado proceso de desvinculación de los señoríos que aún poseía el cabildo por decisión de la monarquía. De este modo, amparándose el rey en una bula papal expedida por Gregorio XIII en 1574 que consentía la enajenación de bienes eclesiásticos por valor de hasta 40.000 ducados para hacer frente a los gastos ocasionados en la defensa de la cristiandad, el cabildo se vio obligado a desprenderse de sus señoríos en las villas de Albaida y Quema. No obstante, y a diferencia de lo que venía ocurriendo hasta entonces en el proceso de señorialización laica del área sevillana, en el que la enajenación del señorío jurisdiccional iba asociado a la venta del señorío solariego, el cabildo hizo valer su poder y sus intereses como propietario de tierras y, únicamente, prescindirá de sus prerrogativas jurisdiccionales sobre los dos lugares, es decir, de las rentas menos importantes, conservando el diezmo y la propiedad sobre los bienes raíces que éstos incluían. Así, en Albaida conservará lo que creemos corresponde con el donadío del Perrero y en Quema, la heredad del mismo nombre, eso sí, desgajada de la importante cantidad de tierras que hasta entonces poseía dedicadas al cultivo de la vid y entregadas a censo a los vasallos sobre los que ejercía subordinación.

Una vez reducido el señorío eclesiástico en el Aljarafe, tras la venta de Albaida y Quema, al 4% del suelo de la comarca, el avance del dominio eminente de corte laico se realizará, durante la primera mitad del siglo XVII, socavando la tierra y jurisdicción de realengo de la ciudad de Sevilla, proceso encabezado y liderado por Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, que logrará incorporar a su señorío más del 55% de la tierra aljarafeña⁴⁸. En esta segunda etapa de enajenaciones únicamente será motivo de transacción el señorío jurisdiccional y las rentas que éste llevaba asociadas, es decir, no estará incluida la adquisición de la parte solariega. El proceso de *señorialización secular* tocará a su fin durante el reinado de Felipe IV, a mediados del siglo barroco, cuando la jurisdicción realenga haya quedado prácticamente extinguida. A partir de las

⁴⁸ HERRERA GARCÍA (1980: 74).

últimas décadas del Seiscientos, la suerte del régimen señorial irá vinculada a un progresivo deterioro y decadencia dictados por la continua desvalorización de las rentas de raíz jurisdiccional⁴⁹.

Los grandes beneficiados por todo este proceso descrito fueron, en las compras de la primera parte del XVI en las que se enajenaban tanto la parte jurisdiccional como la solariega, “segundones de familias nobles, de poder e influencia notables, que deseaban aumentar y consolidar sus recién adquiridos títulos”⁵⁰, mientras que en las adquisiciones del XVII, exceptuando el caso de las realizadas por el Conde-Duque, los favorecidos “pertenecían a la nobleza de segunda fila, que deseaba lustrar sus títulos, o a la burguesía terrateniente sevillana, detentadora del gobierno de la ciudad, que quería prestigiarse con las prerrogativas casi meramente decorativas de un dominio señorial, con cuya base muchos de ellos, o sus descendientes, consiguieron acceder al correspondiente título nobiliario, mediante el oportuno *servicio al rey*”⁵¹.

Una vez explicados los derroteros por los que se dirigieron los designios del *dominio eminente* en la comarca del Aljarafe, cabe mencionar brevemente, con el propósito de completar la situación del agro en esta comarca durante la época tratada y con la pretensión última de profundizar en los procesos que se estaban gestando en él, para así intentar comprender la actitud de la mesa capitular en la gestión de su patrimonio territorial en la zona, haremos referencia a lo acontecido en torno a la propiedad directa o *dominio útil*. Según ha podido calcular Antonio Herrera, la gran propiedad latifundista en manos de la nobleza y la aristocracia de los negocios sevillana acumulaba entre el 35% y el 40% del suelo del Aljarafe. Por su parte, la Iglesia (cabildo de la catedral de Sevilla, mesa arzobispal hispalense, comunidades religiosas y hospitales, tanto sevillanos como aljarafeños, y parroquias) reunía en sus manos alrededor del 23% de la misma, mientras que las tierras de propios y comunes, baldíos y otros bienes concejiles alcanzaban un porcentaje del 17%. La proporción restante, esto es, el 25%, era lo que suponía la propiedad denominada como libre⁵². Entre los aspectos a destacar en torno a la propiedad directa en el Aljarafe entre los siglos XVI y XVIII se encuentra, por un lado, el incremento que experimentan las vinculaciones a costa de la

⁴⁹ HERRERA GARCÍA (1980: 54-115).

⁵⁰ HERRERA GARCÍA (1980: 81).

⁵¹ HERRERA GARCÍA (1980: 82).

⁵² HERRERA GARCÍA (1980: 198-199).

propiedad libre y, en segundo lugar, el aumento de la propiedad nobiliaria, provocada, no tanto porque los bienes raíces de este estamento se multiplicasen, sino más bien por el ennoblecimiento de la burguesía terrateniente sevillana, que engrosará con su capital en tierras el patrimonio rústico de su recién estrenada condición.

Volviendo al tema de este apartado, si es que alguna vez nos desviamos de él levemente, la estrategia económica que la mesa capitular aplicó con respecto a su patrimonio territorial en el Aljarafe, y una vez esbozada la situación que en los siglos XVI y XVII contemplaron los campos de esta comarca, podemos calificar el comportamiento económico desarrollado por los capitulares de conservacionista o proteccionista, por no desplegar iniciativas de compras de alguna relevancia en la zona, debido, entre otros factores, a que tuvo que dedicar sus esfuerzos a proteger sus tierras del acoso padecido por parte de los distintos grupos que tenían puestos sus intereses en la tierra del Aljarafe. Pero si, como ya sabemos, la mesa capitular no llevó a cabo adquisiciones de importancia en los tres distritos descritos, su labor se centrará en transformar la fisonomía de las propiedades que acumulaba, como veremos en las siguientes líneas.

CUADRO 8. Dedicación agraria de las propiedades de la mesa capitular en la comarca del Aljarafe en 1538, 1630 y 1700⁵³ (en hectáreas)

Año	Cereal	Olivar	Viñedo	Otros	Total
1538	828,82	822,33	227,68	62,42	1.941,25
1630	1.189,06	606,18	146,47	20,24	1.961,95
1700	1636,55	236,09	69,07	20,24	1.961.95

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487, 1495, 1496, 1499, y elaboración propia

Pasando a analizar la distribución de cultivos en los dominios de la congregación de clérigos catedralicios (véase el cuadro 8) advertimos que para el año 1538 el 42,70% de las tierras estaban destinadas a la producción de cereales, el 42,36% al cuidado del olivar y el 11,73% a la recolección de uvas. No obstante, se hace precisa la introducción

⁵³ Los datos para el año 1700 son una estimación realizada a partir de la información que hemos ido recabando en los libros de las casas, censos y heredades de la pitancería y el comunal del Cabildo, volúmenes VIII y IX (ACS, sección II, serie 6ª, libros 1495-1496).

de ciertos matices a estos resultados pues esconden realidades diversas. De este modo, podemos afirmar que en los distritos de Aznalfarache y Aznalcázar se imponía, como propiedad característica y predominante la heredad, cuyos campos estaban destinados en 1538, casi exclusivamente, al cuidado de olivares (cerca del 70% de ellos), mientras que, por su parte, en el distrito de Sanlúcar la Mayor abundaban la haciendas de tierras consagradas al policultivo, pero destacando entre todas las labores agrícolas aquella cuya finalidad era la producción de cereal, cultivo que extendía su influjo por el 75% de las tierras del distrito.

Las cifras para 1630, como ya sabemos, representan una situación en proceso de transformación, pues en ellas se comienza a percibir la decisión de los capitulares de arrancar los olivos de muchas de sus propiedades para dedicar sus tierras a la siembra de grano. También se hace evidente para principios del Setecientos el retroceso experimentado por la cantidad de tierras dedicadas al cultivo de vides. Para que se tenga constancia de toda la intensidad de esta etapa de mutación en la fisonomía de las propiedades de la mesa capitular se ha considerado oportuno, a partir de los datos referentes al descepe de fincas que se han ido recabando de los libros VIII y IX de las casas, censos y heredades del cabildo, ofrecer una estimación acerca de cual sería la distribución por cultivos en las posesiones territoriales de la mesa capitular en el Aljarafe para el año 1700. Los resultados obtenidos son los siguientes: las tierras de cereal pasan a abarcar el 83% del total, quedando reducida la superficie dedicada al olivar y al viñedo al 12% y al 3,5%, respectivamente.

La cronología del descepe de olivares y vides en los dominios capitulares no se distribuye uniformemente por los doscientos años analizados, sino que se concentra en unas determinadas fechas. El proceso de descepe se inicia en 1598 en la heredad de Biedma, distrito de Aznalfarache, y finaliza en 1667 con la tala de los olivos de la heredad de Gelillo, distrito de Sanlúcar la Mayor. La etapa que registra una concentración mayor de desmoche de olivares es aquella que se encuentra comprendida entre los años de 1630 y 1651, período en el que llegan a arrancarse más de 25.000 pies de olivos. Las zonas más afectadas serán los *campos de Aznalfarache y Aznalcázar*.

Ya otros autores se han hecho eco del descepe de olivares que se produjo en el Aljarafe, no solo en tiempos modernos, sino también para la época de la Baja Edad

Media⁵⁴. Como posible explicación a este fenómeno en los siglos XVI y XVII se baraja el envejecimiento de los aceitunos, la irregularidad natural de su producción y la mayor rentabilidad de otros cultivos como la vid, alentados por la creciente demanda del mercado indiano. En nuestro estudio, esperaremos a mostrar datos sobre la evolución del precio de arriendo de las tierras de olivar y sobre el precio del aceite en el siguiente capítulo para intentar esclarecer las causas de este importante proceso de descepe de olivares que se produjo en los campos de la comarca del Aljarafe y realizar una lectura crítica de las razones manejadas hasta el momento en la explicación de dicho fenómeno.

Por último, hay que hacer referencia a las dimensiones que solían darse en las posesiones de la mesa capitular a nivel comarcal. Hasta que llegue el tiempo donde se produce el descepe masivo de olivos y vides, serán las propiedades olivareras comprendidas entre las 25 y las 120 hectáreas las que predominen en los distritos de Aznalfarache y Aznalcázar, mientras que, en el campo de Sanlúcar la Mayor, serán prototípicas las grandes fincas comprendidas entre las 250 y las 350 hectáreas, dedicadas al policultivo pero en las que el cereal es la dedicación mas importante.

El campo de Tejada

Ya se advirtió en páginas anteriores de la *ambivalente postura* de esta tierra, de su condición de franja de transición entre el Otero, que esto es lo que viene a significar Aljarafe, y la comarca onubense del Condado, como lugar dónde el verde de olivos y aceitunas iría dejando espacio al color amarillo propio del laboreo del cereal cuando éste se encuentra agostando. Amplia llanura de reputada fama agrológica donde la mesa capitular dispondrá del cortijo de Santa Catalina y de unas tierras al Charco de Hernandillo en el sitio de Castilleja del Campo, de la heredad de Manzanilla y un terruño sometido a censo en la villa de Manzanilla del Campo, de la heredad de Peñalosa en la desaparecida localidad, por despoblarse en el Seiscientos, de Tejada y del cortijo de Escacena en el término municipal de Escacena del Campo. Con todas ellas

⁵⁴ HERRERA GARCÍA (1980: 224-229) para los siglos modernos y MONTES ROMERO-CAMACHO (1989: 265-267) para la Baja Edad Media.

(seis en total) contaba la mesa capitular cuando se inicia el Quinientos y de todas ellas dispondrá cuando el siglo barroco toque a su fin. No más habría que señalar la obtención en 1682, ya muy avanzado el siglo XVII, mediante compra al canónigo Gonzalo de Estrada, de unas cincuenta fanegas de *tierras de pan sembrar* repartidas en tres hazas en Castilleja del Campo. Asimismo, hay que advertir que la casa, el corral y los seis cortinales de los que disponía la propiedad de Escacena se arrendarán por separado de la heredad desde el año 1577⁵⁵. Será el título de pitancería el que disponga de todas las fincas hasta aquí enumeradas.

CUADRO 9. Propiedades de la mesa capitular en el Campo de Tejada en 1500, poblaciones en las que se encuentran y título al que se adscriben

Título	Propiedades	Población
Pitancería	Cortijo de Santa Catalina	Castilleja del Campo
	Tierras al charco de Hernandillo	Castilleja del Campo
	Heredad de Manzanilla	Manzanilla del Campo
	Heredad de Peñalosa	Tejada
	Cortijo de Escacena	Escacena del Campo
	Heredad de Manzanilla (censo)	Manzanilla del Campo

Fuente: ACS, sección II, serie 6^a, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

En cuanto a la cantidad de hectáreas que suponían las fincas detalladas, pocas variaciones pudieron contemplar los siglos XVI y XVII en estas tierras. Como constatan los números del cuadro 10 la superficie en manos de los capitulares en el *campo de Tejada* se situó, tanto para 1538 como para 1630, en 586 hectáreas. También queda establecido el espíritu eminentemente cerealero de estos campos, pues si para 1538 la totalidad de los dominios de la mesa capitular tenían en la producción de grano su actividad fundamental, para 1630 esta dedicación se situará en el 72,25% de las tierras administradas. El descenso en la superficie dedicada al cultivo de trigo y cebada estará motivado por la decisión de la congregación de clérigos catedralicios de destinar, según parece en el año de 1592, la heredad de Manzanilla a la producción de uvas. En cuanto al tamaño de las propiedades, imperan las fincas de cereal de tipo pequeño y mediano

⁵⁵ En 1616 los capitulares decidirán a su vez arrendar por separado los cortinales y la casa y el corral. Finalmente, en 1631, la mesa capitular optará por trocar la casa y el corral por una bodega en la misma Escacena. ACS, sección II, serie 6^a, libros 1494 y 1495.

(en el contexto de las propiedades de la mesa capitular), situándose tres de ellas entre las 30 y las 80 hectáreas y las otras tres entre las 130 y las 155 hectáreas. En resumidas cuentas, el comportamiento económico de los capitulares con respecto a su patrimonio rural en el *campo de Tejada* viene a incidir en la actitud conservacionista, en cuanto a la cantidad de superficie controlada, ya advertida para la comarca del Aljarafe.

CUADRO 15. Dedicación agraria de las propiedades de la mesa capitular en el Campo de Tejada en 1538 y 1630 (en hectáreas)

Años	Cereal	Olivar	Viñedo	Otros	Total
1538	586,27	0,00	0,00	0,00	586,27
1630	423,56	0,00	162,68	0,00	586,24

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

La Ribera o Vega del Guadalquivir

Siguiendo el curso del río Guadalquivir y sus fértiles suelos aluviales se encuentra la comarca de la Ribera, encuadrada entre el escalón meridional de la Sierra Morena y los espacios abiertos de la Campiña sevillana. En esta región, al igual que hicimos para el Aljarafe, nos será de gran utilidad fragmentar el territorio, lo que nos permitirá proceder de una manera más cómoda a la hora de cartografiar las propiedades territoriales de la mesa capitular. Pero, en este caso, la división que estableceremos consistirá en separar las propiedades situadas en los pueblos ribereños que van jalonando el cauce del Guadalquivir en su sinuoso caminar por la provincia sevillana hasta su entrada en la capital, de aquellas que se encontraban en el término municipal de la ciudad hispalense. Más aún, dado el importante número de estas últimas, diferenciaremos entre las huertas y las pequeñas propiedades, dedicadas principalmente, al cuidado de la vid, entregadas mayoritariamente a censo y localizadas en su práctica totalidad en el arrabal de Triana, y el resto de posesiones que los capitulares acumulaban en el término de la ciudad de Sevilla. Para todo ello, nos serviremos de un imaginado viaje por el Betis que nos irá llevando, a través de sus aguas, por cada una de las fincas que la mesa capitular atesoraba en esta rica región. En cuanto a la superficie que suponían estas propiedades

ribereñas y a la extensión que abarcaban los cultivos que en ellas se producían, a diferencia de cómo se procedió en lo expuesto para la comarca del Aljarafe, hemos optado por no desglosar su contenido y ofrecer reunidas y agregadas comarcilmente las cifras calculadas al respecto.

Las localidades ribereñas del Guadalquivir

Pues bien, si en el año 1500 iniciásemos este hipotético viaje por el Guadalquivir en Lora del Río, primera concentración urbana de considerable importancia que se encuentra el Betis a su llegada a la provincia hispalense, además de capital histórica de la comarca de la Vega, y poniendo rumbo hacia la mar, nos encontraríamos, en primer lugar, con la heredad de Huesna en la localidad de Villanueva del Río, con unas tierras de pan y cañamales, llamadas del Soto, en Villaverde del Río y con el donadío de Mudapelo en el término del municipio de Burguillos. Siguiendo la travesía curso abajo, llegaríamos a la villa de Alcalá del Río, lugar donde la mesa capitular disponía de cuatro propiedades: las tierras del Sotillo, la heredad del Vado de las Estacas, la heredad del soto y cañaveral del Vado de las Estacas y, finalmente, las tierras del Higueral. Esta última finca dejará de formar parte del patrimonio de la mesa capitular en 1653, cuando parte de ella sea trocada por un pedazo de tierras que el monasterio de la Cartuja de Sevilla poseía en la heredad capitular del soto y cañaveral del Vado de las Estacas, incorporándose también la otra parte que restaba de las tierras del Higueral al mencionado soto y cañaveral.

Acercándonos ya a la ciudad de Sevilla, una vez que el río abandona la dirección suroeste que venía llevando para dar un giro hacia el mediodía que guíe finalmente sus pasos, ya sin tantos titubeos, a afrontar su último trayecto hacia el golfo de Cádiz, pasaríamos junto a unas tierras en La Rinconada y la heredad de Manjalobilla en el término municipal de La Rinconada y, finalmente, por la heredad del Prior y el cortijo de la Aceña Blanca en el sitio de La Algaba⁵⁶. Todas las propiedades hasta aquí

⁵⁶ En 1588 los capitulares deciden arrendar por separado la huerta y el mesón con los que contaba esta heredad (ACS, sección II, serie 6ª, libro 1493).

enumeradas, once cuando comienza el siglo renacentista y diez cuando el siglo barroco toca su fin, pertenecían al título de pitancería. Hay que destacar que, en el transcurso de los doscientos años analizados, no se producirá ninguna incorporación al patrimonio rústico de los capitulares catedralicios en este área y, tan solo, causarán baja las ya citadas tierras del Higueral. Lo expuesto hasta este punto para la comarca de la vega del Guadalquivir se sintetiza en el cuadro 11.

CUADRO 11. Propiedades de la mesa capitular en la vega del Guadalquivir en 1500 (exceptuando aquellas que se encontraban en término de Sevilla), poblaciones en las que se localizaban y título al que pertenecen

Título	Propiedades	Población
Pitancería	Heredad de Huesna	Villanueva del Río
	Tierras del Soto	Villaverde del Río
	Donadío de Mudapelo	Burguillos
	Tierras al Sotillo	Alcalá del Río
	Tierras del Higueral	Alcalá del Río
	Heredad del Vado de las Estacas	Alcalá del Río
	Heredad del Soto y Cañaveral del V. de las E.	Alcalá del Río
	Tierras en La Rinconada	La Rinconada
	Heredad del Manjalobilla	La Rinconada
	Heredad del Prior	La Algaba
	Cortijo de la Aceña Blanca	La Algaba

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

Sevilla

Nuestro imaginado viaje a lomos del río Guadalquivir concluiría en la ciudad de Sevilla, donde para el año 1500 la mesa capitular administraba siete haciendas rústicas. De ellas, al título de pitancería pertenecían el cortijo de Palmete, la heredad de Galuchena y las tierras al Pago de la Oveja. El título del comunal, por su parte, contaba con las heredades de Tercia, Abadía de Tercia y Puslena. Un caso especial era aquel representado por el cortijo del Olivar de la Reina, propiedad que se encontraba repartida

entre los dos títulos que comprendía la mesa capitular, correspondiendo una de las mitades de la renta cobrada en moneda por su alquiler al título del comunal y cayendo la otra mitad y el montante íntegro de la ganancia ingresada en especie del lado de la pitancería (véase el cuadro 12).

CUADRO 12. Propiedades de la mesa capitular en el término de la ciudad de Sevilla en 1500 y título al que se adscriben

Título de Pitancería	Título del Comunal
Cortijo de Palmete	Heredad de Tercia
Heredad de Galuchena	Heredad de la Abadía de Tercia
Cortijo del Olivar de la Reina	Heredad de Puslena
Tierras al pago de la Oveja	Cortijo del Olivar de la Reina

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

Cuando llegue el año 1700, la mesa capitular habrá aumentado la cantidad de posesiones que gestionaba en el término de la ciudad hispalense hasta llegar al número de nueve, recurriendo para ello a un procedimiento que podríamos calificar como poco convencional. De hecho, en los dos siglos analizados no se producirá ninguna adquisición de tierras *sensu stricto*. Sin embargo, los clérigos capitulares, valiéndose de una práctica de la que harán uso en más ocasiones, consistente en fragmentar determinadas haciendas, conseguirán multiplicar sus fincas en el término de la capital andaluza. Así harán en 1595 con la heredad de Puslena, dividiéndola en dos partes, tomando una de ellas el nombre de cortijo de Majarabique y manteniendo la otra el apelativo original. Procederán de igual manera en la heredad de Galuchena en 1613 y, de la misma forma, una de las particiones conservará la denominación de partida, adquiriendo la otra el nombre de cortijo de Chirinos. Por su parte, y en lo que se refiere a ventas, la congregación de capitulares no estimó oportuno deshacerse de ninguno de sus dominios en este área.

Encuadradas también dentro de la comarca de la Vega del Guadalquivir, y siguiendo la clasificación establecida por el profesor González Jiménez⁵⁷, se han incluido una serie de huertas y pequeñas propiedades que la mesa capitular atesoraba en los alrededores más inmediatos de la ciudad hispalense, extramuros, junto a las puertas que daban acceso a la ciudad, así como también, aquellas posesiones que, entregadas a censo o sometidas a algún tipo de tributo, acumulaba principalmente en la vega de Triana, todas ellas de poca importancia y dedicadas mayoritariamente al cultivo de la vid.

Para el año 1500 la mesa capitular poseía las siguientes huertas y pequeñas propiedades en Sevilla: la mayor concentración de almunias se daba en los alledaños de la puerta de la Macarena, al norte de la ciudad, donde reunían la huerta de los Limones, la de los Naranjos, la de Santa María y aquella otra que se encontraba situada junto a los hospitales de San Lázaro y de la Sangre; en las inmediaciones de la puerta de Córdoba poseían la huerta del Valle, próxima a la fuente del Arzobispo, manantial con aguas de excelente calidad de las que se nutrían las principales casas nobiliarias de la ciudad, y una huerta detrás de la ermita de las Vírgenes que en 1629 trocarán con los frailes Capuchinos a cambio de dos hazas de *tierra calma* con cinco aranzadas y 138 estadales, próximas también a la misma puerta; ya junto a la fachada oriental de la muralla almohade que cercaba toda la urbe, cercanas a la puerta del Sol, se encontraban la huerta del Hoyo y media huerta tras el monasterio de la Santísima Trinidad; también contaban, en la puerta de Carmona, con la huerta de las Madejas, emplazada junto a los caños de Carmona, acueducto de origen almohade sobre traza romana que suponía el más importante suministro de agua de la ciudad hispalense; por último, en la vega del arrabal trianero se situaban unas viñas al Pago de Antequera, las tierras de la Nava y otras viñas en el camino a las Bandurrias (véase el cuadro 13).

Por lo tanto, doce eran las huertas y pequeñas propiedades que la mesa capitular controlaba en 1500 en el perímetro más inmediato a la urbe sevillana. Cuando el calendario alcance el año 1700, la congregación de capitulares catedralicios habrá visto

⁵⁷ GONZÁLEZ JIMÉNEZ (1977: 180-182).

disminuir hasta la cifra de nueve la cantidad de dichas parcelas. Dejará de formar parte del patrimonio de la mesa capitular la huerta de los Naranjos, que en 1544 se permutará por dos casas localizadas en las collaciones sevillanas de Santa Catalina y San Esteban, hasta entonces propiedad del hospital de las Cinco Llagas; también causarán baja la huerta de Santa María en 1553, intercambiada también por unas casas dentro del perímetro urbano hispalense, así como las tierras de la Nava, trocadas por unas tierras que serán incorporadas al cortijo del Olivar de la Reina, y las viñas en el Pago de Antequera, vendidas en 1615. Por el lado de las adquisiciones tan solo mencionar que los capitulares aprovecharán la destrucción en 1579 de unos hornos de ladrillo y unos tejares que administraban en la llanura de Tabladilla para reconvertir el solar en *tierras calmas* propicias para la siembra de grano, terrenos que tomarán la denominación de *tierras de Tabladilla*.

CUADRO 13. Huertas, pequeñas propiedades y parcelas sometidas a censo de la mesa capitular en las inmediaciones de la ciudad de Sevilla en 1500

Huertas y pequeñas propiedades	Parcelas sometidas a censo
Huerta de los Limones	En el Pago de Majalgolfa (censo)
Huerta de los Naranjos	En la Vega de Triana (censo)
Huerta de Santa María	En el pago de Cambogaz (censo)
Huerta junto a San Lázaro	Tierras en Triana (censo)
Huerta del Valle	En Cambogaz (censo)
Huerta a la Puerta de Córdoba	En el pago del Gromanzal (censo)
Huerta del Hoyo	En el pago del Membrillar (tributo)
Huerta tras la Santísima Trinidad	A la Cabeza del Moro (tributo)
Huerta de las Madejas	A la Torre de los Navarros (tributo)
Tierras al camino de las Bandurrias	Al Cortijo de las Cabras (tributo)
Viñas al pago de Antequera	
Tierras de la Nava	

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499, y elaboración propia

El resto de propiedades que los capitulares acumulaban en la vega de Triana o en las proximidades más inmediatas de la ciudad de Sevilla se encontraban entregadas a censo o sometidas a algún tipo de tributo y de ellas se ofrece relación detallada en el cuadro 13 que se despliega poco más arriba. Resaltar que entre todas no superaban las 30

aranzadas de extensión (lo que equivale a unas 15 hectáreas), que estaban dedicadas casi en exclusividad al cultivo de la vid y que, durante el siglo XVII, la mayoría de los tributos a los que estaban sujetas se dejan de pagar o son perdidos por el cabildo. Concretamente, si diez son las propiedades de este tipo que al comenzar el Quinientos pertenecen a la mesa capitular, cuando concluya la decimoséptima centuria su cantidad se habrá reducido a cuatro.

Extensión, distribución de cultivos y gestión económica de la mesa capitular en las propiedades de la Vega del Guadalquivir

Sumando las propiedades descritas para cada zona obtenemos que para el año 1500 los capitulares administraban en la ribera del Guadalquivir un total de cuarenta fincas que, cuando llegue el año 1700, habrán disminuido hasta el número de treinta y dos. El descenso en el número de propiedades viene explicado, en su práctica totalidad, por los predios cedidos a censo que fueron perdidos por la mesa capitular en la primera mitad del siglo XVII, como se ha indicado poco más arriba. Una vez más, después de concluido el ejercicio consistente en la enumeración de las propiedades que la mesa capitular atesoraba en las tres áreas definidas para la comarca de la Vega del Guadalquivir, nos disponemos a mensurar la extensión total de los bienes descritos, así como efectuar una evaluación cuantitativa de la extensión de los distintos cultivos en aquellas (véase el cuadro 14).

CUADRO 14. Extensión de la propiedad territorial de la mesa capitular en la comarca de la Vega del Guadalquivir en 1538 y 1630 (en hectáreas)

Áreas geográficas	1538	1630
Localidades ribereñas	1.047,53	1.058,89
Sevilla	1.280,38	1.345,71
Huertas y pequeñas propiedades	44,01	31,20
Vega del Guadalquivir	2.371,92	2.435,81

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

En dicha tabla podemos apreciar como para 1538 el patrimonio rústico de la mesa capitular en la vega del Guadalquivir alcanzaba 2.371 hectáreas, albergando el término de la capital hispalense la más importante concentración del total de tierras controladas (concretamente el 55%, incluidas las hectáreas de la categoría *huertas y pequeñas propiedades*). Cuando el calendario llegue al año 1630, la superficie gestionada por los clérigos capitulares habrá experimentado un ligero incremento del 2%, situándose en las 2.435 hectáreas. Y es que la cantidad de suelo rústico poseído no experimentará modificación de consideración alguna, ni en las propiedades de Sevilla ni en las del resto de localidades de la ribera. Si acaso, únicamente cabría mencionar el descenso sufrido por la categoría *huertas y pequeñas propiedades* como consecuencia, fundamentalmente, de la ya mencionada pérdida, en las primeras décadas del siglo XVII, de la mayoría de las tierras que la mesa capitular tenía cedidas a censo o tributo en la vega de Triana, así como también de la política de permutas de almunias por fincas urbanas que puso en práctica el consistorio catedralicio. Otro aspecto a resaltar con relación al más acusado baile de cifras que se produce en las fincas de esta comarca entre las dos fechas disponibles, es la continua alusión que la documentación original consultada hace a los estragos causados por las frecuentes crecidas del río y por el discurrir de su cauce. En este sentido, son numerosas las referencias de propiedades que ven desaparecer una parte importante de su suelo como consecuencia del desbordamiento de su cauce o de la erosión de su fluir⁵⁸. En el caso contrario nos encontramos con el aumento de superficie que algunos dominios rurales experimentaron como consecuencia del variar en el fluir del río.

La cantidad de hectáreas asignadas a cada cultivo para las fechas de 1538 y 1630 aparecen reflejadas en el cuadro 15. En él observamos como para la tercera década del siglo XVI el 83,33% del suelo de los dominios capitulares en la ribera del Guadalquivir estaba consagrado al laboreo del cereal. Por su parte, el viñedo extendía su influjo sobre el 8,27% de las tierras, mientras que el olivar representaba un 4,20% de ellas. La categoría *otros* supone el 4,57% de total de suelo en manos de los clérigos catedralicios, resultado causado, esencialmente, por la importante dehesa localizada en el donadío de

⁵⁸ Uno de los azotes que más daño hizo a Sevilla y su tierra en los siglos XVI y XVII fue aquel relacionado con las continuas inundaciones que provocó el desbordamiento del cauce del Guadalquivir. La ciudad padeció avenidas del río en 1507, 1510, 1523, 1543, 1544, 1545, 1554, 1562, 1583, 1586 y 1590-96 en el siglo XVI; en el Seiscientos se producirán importantes riadas en 1603-1604, 1626, 1642, 1683, 1691, 1692 y 1697. Todo ello recogido en CARMONA GARCÍA (1993: 158-159 Y 181-184).

Mudapelo, pero también, y en esto las cifras ofrecidas no llegan a reflejar con claridad la realidad existente en las tierras de Vega en cuanto a la variedad de cultivos existentes, por la significativa diversidad de plantaciones de regadío que posibilitaba la cercanía de las propiedades al Guadalquivir (son abundantes los cañaverales, huertas, higuerales, rosales y mimbrales). No obstante, estos resultados precisan de algún matiz pues esconden realidades diversas.

CUADRO 15. Dedicación agraria de las propiedades de la mesa capitular en la comarca de la Vega del Guadalquivir en 1538 y 1630 (en hectáreas)

Años	Cereal	Olivar	Viñedo	Otros	Total
1538	1.967,56	99,56	196,36	108,44	2.371,92
1630	2.209,62	68,46	34,14	123,58	2.435,81

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499, y elaboración propia

Uno de los asuntos a matizar atañe a la distribución geográfica de los suelos dedicados al cuidado de vides y huertas, y es que la gran mayoría de ellos se acumulaba en los alrededores de la ciudad de Sevilla, en lo que ha dado en llamarse *ruedo*. De este modo, el 14% de las tierras que la mesa capitular poseía en la capital hispalense estaban destinadas a la producción de uva y el 3,5% tenían en la actividad hortofrutícola su quehacer y desempeño principal. Entre los suelos consagrados al cultivo de la vid descritos para las comarcas del Aljarafe, el Campo de Tejada y la Vega del Guadalquivir, nos encontramos con dos clases: por un lado, tendríamos aquellas propiedades cuyos campos contemplan como único cultivo la vid, caracterizadas por sus reducidas dimensiones, por estar entregadas a censo y localizarse en su inmensa mayoría en las inmediaciones de Sevilla; el segundo género, que es el que acumula la práctica totalidad de las hectáreas computadas, estaría compuesto por las tierras que, destinadas al cuidado de vides, se insertan como parte integrante de una propiedad cuyo uso fundamental está constituido por el cereal o el olivo. Estas últimas tierras de vides referidas eran fraccionadas por el cabildo en parcelas de pequeñas dimensiones (la mayoría de ellas se encontraban comprendidas entre una y dos aranzadas) y entregadas también en enfiteusis. En el siguiente capítulo, cuando el discurrir de nuestro análisis orille en el contrato agrario del censo, nos detendremos en valorar estos dos tipos de tierras consagradas a la viticultura, así como de analizar la función que cumplían.

Para la fecha de 1630, continuando con el análisis del cuadro 15, se puede observar como la proporción de superficie dedicada a la vid cae bruscamente hasta situarse en un insignificante 1,4% del total de suelos, en beneficio, principalmente, del cultivo del cereal, que logra extender su influjo hasta el 90% de las hectáreas administradas. Por su parte, también el olivar experimenta una reducción acusada.

Debido a la importante de cantidad de huertas y pequeñas propiedades que la mesa capitular acumulaba en los alrededores de Sevilla, el tamaño que domina en las posesiones ribereñas del Guadalquivir es aquel que se encuentra situado entre las 0 y las 30 hectáreas. Por encima de estas dimensiones nos encontramos con un panorama donde reina la diversidad, con cinco propiedades entre las 30 y las 90 hectáreas, dos entre las 91 y las 200, cuatro entre las 201 y las 400 y, una tan solo que supera las 400 hectáreas.

La Campiña

La gran llanura que el río Guadalquivir deja a su margen izquierda, y que se extiende hacia el mediodía por toda la provincia sevillana hasta dar con las primeras estribaciones de las sierras Subbéticas, es lo que ha dado en denominarse comarca de la Campiña, cuyos campos han estado tradicionalmente entregados a los cultivos cerealistas de carácter extensivo y donde la mesa capitular de la catedral de Sevilla poseía, para el año de 1500, siete dominios que a continuación pasamos a enumerar. En la villa de Carmona se acumulaban los donadíos del Pulgar, de las Presas de Santa María, del Judío, del Cabildo y de Falchena. Próximos a la capital andaluza, en la localidad de Dos Hermanas, contaban con el donadío de la Torre de Doña María y con la heredad de Quintos (véase el cuadro 16).

Si, como hemos advertido, siete eran las posesiones territoriales con las que contaba la mesa capitular cuando se inicia el Quinientos, al llegar el año 1700 nos encontramos con que su número se ha incrementado ostensiblemente hasta alcanzar la cantidad de

dieciocho. Podemos intuir pues, en este primer acercamiento a la propiedad capitular en la comarca de la Campiña, una intensa actividad, por parte de la mesa capitular, en lo tocante a incorporaciones de tierras a su patrimonio. Veamos la secuencia temporal de este abultado aumento en el número de posesiones rústicas.

CUADRO 16. Propiedades de la mesa capitular en la comarca de la Campiña en 1500, poblaciones donde se encuentran y título al que se adscriben

Título	Propiedades	Población
Pitancería	Donadío de las Presas de Santa María	Carmona
	Donadío del Pulgar	Carmona
	Donadío de la Torre de Doña María	Dos Hermanas
	Heredad de Quintos	Dos Hermanas
Comunal	Donadío del Judío	Carmona
	Donadío del Cabildo	Carmona
	Donadío de Falchena	Carmona

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

La gran mayoría de las incorporaciones de fincas al patrimonio rural de la mesa capitular en la campiña sevillana tuvo lugar en la década de los años treinta del siglo XVII, decenio, por lo que estamos teniendo ocasión de comprobar, de gran importancia para la economía de sustrato rural de la mesa capitular. De este modo, en el año de 1634 llegarán a manos de los canónigos, mediante donación efectuada por el jurado Francisco Gutiérrez de Molina y su mujer Jerónima de Camudio, un lote de cuatro cortijos que reunían entre todos más de seiscientas hectáreas: los cortijos de Barrasa y Barrasilla, localizados en el término de Villafranca de las Marismas, el del Alamillo, situado en Utrera y el cortijo de Juan Gómez, cuyas tierras se encontraban repartidas entre los municipios de Utrera y Villafranca de las Marismas.

Dos años más tarde, en 1636, los clérigos de la catedral hispalense decidirán comprar el cortijo de las Cabras en Torreblanca, localidad muy próxima a la urbe sevillana, que contaba con 44 aranzadas de sembradura, en las que había 310 pies de aceitunos. También en este año tomarán como propio el cortijo del Bollo y Fuente Lapa en el lugar de Utrera. En este mismo pueblo, obtendrán en 1638 el cortijo de Alorín y el

Rubio, el mayor de los dominios con los que contó la mesa capitular en el período de tiempo analizado, cuya extensión sobrepasaba las 1.600 hectáreas. Quizá su gran tamaño fue lo que determinó que en 1652 los capitulares decidiesen partir en dos esta finca. Ya fuera de la agitada década de los treinta del siglo XVII, en 1647, se comprará al teniente de artillería de la Armada y de las flotas de Indias, Luis Fernández de Córdoba y Moscoso, un cortijo de treinta y un cahices de tierra repartidos en seis hazas en Marchena, cuyo nombre era Armijo.

CUADRO 17. Propiedades territoriales que se incorporarán al patrimonio de la mesa capitular en los siglos XVI y XVII, localidad donde se encuentran y título al que se adscriben

Título	Propiedades	Población
Pitancería	Donadío de Melgar	Carmona
	Cortijo del Bollo y Fuente de la Lapa	Utrera
	Cortijo del Alamillo	Utrera
	Cortijo de Juan Gómez	Utrera y Villafranca de las M.
	Cortijo de Barrasa	Villafranca de las Marismas
	Cortijo de Barrasilla	Villafranca de las Marismas
	Cortijo de Armijo	Marchena
Comunal	Donadío de la Torre del Abad	Alcalá de Guadaira
	Cortijo de las Cabras	Torreblanca
	Cortijo de Alorín	Utrera
	Cortijo del Rubio	Utrera

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

Un aspecto a destacar con respecto a los cortijos adquiridos por la mesa capitular de Alorín y Rubio, Bollo y Fuente Lapa, Alamillo, Juan Gómez, Barrasa y Barrasilla, es que todos ellos formaron parte del patrimonio en tierras del que dispuso el concejo de Sevilla hasta que, debido a la crisis que padecía la hacienda municipal, se decidió prescindir de ellos y sacarlos a la venta mediante subasta en el otoño de 1613. Los compradores fueron el citado Francisco de Molina, jurado (Alamillo, Juan Gómez, Barrasa y Barrasilla), Luis de Paredes, oidor de la Audiencia (Rubio y Alorín) y Juan Bautista de Herrera, contador de la catedral de Sevilla (Bollo y Fuente Lapa)⁵⁹. Como vemos, todos ellos personajes importantes de la ciudad de Sevilla por los cargos que

⁵⁹ MARTÍNEZ RUIZ (1992: 78-81 y 241-242).

ocupaban y miembros, por ello, de la oligarquía urbana. Poco más de veinte años después, todos estos cortijos acabarán recabando en los dominios del Cabildo catedralicio, dato a tener en cuenta, pues nos puede estar hablando de los estrechos vínculos existentes entre los dos focos de poder más importantes de la ciudad hispalense, ambos controlados por la oligarquía urbana de la capital andaluza.

En cuanto a las *incorporaciones* efectuadas en el siglo XVI cabe anotar dos altas: la primera de ellas, la adquisición en la segunda década del Quinientos en Alcalá de Guadaira del donadío de la Torre del Abad; en lo tocante a la segunda, nos volvemos a encontrar con la práctica ya empleada por los capitulares en otras ocasiones consistente en fraccionar alguna de sus propiedades. Esta opción es la que se decidió llevar a cabo con respecto al donadío del Pulgar en 1594, pasando a denominarse una de las partes donadío del Melgar y conservando la otra porción el apelativo original. El cuadro 17 recoge las incorporaciones de fincas que tuvieron lugar en la Campiña en el período estudiado.

Una vez confeccionada la relación de propiedades que formaban la hacienda rústica de la mesa capitular en la Campiña, nos detendremos en realizar un examen de cariz morfológico acerca del donadío o cortijo, la unidad de explotación agrícola por antonomasia de esta comarca, tan estrechamente asociada a la gran propiedad de cereal⁶⁰. La primera característica a destacar de este tipo de aprovechamiento agrícola hace referencia a su extensión, y es que los cortijos o donadíos suelen ser propiedades de grandes dimensiones (para el caso concreto de la mesa capitular, éstas superan en la mayoría de las ocasiones las 200 hectáreas). La propia naturaleza del cultivo del cereal determina el gran tamaño de las explotaciones consagradas a su cuidado, ya que, para hacer de la producción de farináceos una actividad rentable, se hace necesaria y precisa la existencia de una considerable superficie de tierras⁶¹. A su vez, esta peculiaridad provocará que nos encontremos ante un tipo de propietario muy específico, de alto nivel económico y social, por lo que, fundamentalmente, serán la nobleza y, en segundo término, las grandes instituciones religiosas, como el propio cabildo, la mesa arzobispal o los monasterios los que *monopolicen* este tipo de explotación agraria.

⁶⁰ De nuevo, tomaremos como referencia las explicaciones que al respecto dedica la profesora Borrero Fernández para ilustrar las palabras que hemos empleado en examinar donadíos o cortijos. En BORRERO FERNÁNDEZ (2003: 46-48).

⁶¹ BORRERO FERNÁNDEZ (2003: 46).

Este tipo de propietario tan específico que hemos descrito nos va a conducir a la segunda singularidad que acostumbran a presentar las grandes propiedades de cereal, y esta nos es otra que aquella que hace mención al carácter de conjunto compacto con el que suelen mostrarse los cortijos y donadíos. Efectivamente, ya advertimos en su momento que la conformación de patrimonios por parte de la nobleza y las grandes instituciones religiosas se había significado por su escasa participación en la configuración de la estructura de la propiedad agraria, dedicándose a absorber y acumular explotaciones ya constituidas como tales. Este comportamiento dejará su impronta en la fisonomía de estas explotaciones. No obstante,

dato el intenso fenómeno de concentración de la propiedad y por tanto el activo mercado de tierras que hubo en la Baja Andalucía a lo largo de toda la Baja Edad Media, no es raro que muchos de estos cortijos y donadíos se conformen como tales por la suma de varias parcelas; una acumulación que no tiene por qué haber sido realizada por los que serán acaparadores de tales tierras, sino por medianos propietarios, pertenecientes a algunas oligarquías locales, que acaban liquidando éstas en el mercado. Es este el contexto de las llamadas hazas, pedazos de tierra de muy diferente dimensión que se caracterizan por su dedicación cerealera. Pueden constituir las partes de un todo conjunto, pero también es fácil encontrarlas como zonas tangenciales al núcleo básico de la explotación, aunque formando parte del mismo; en tal caso, la ubicación de estas hazas suele ser cercana al conjunto del donadío o cortijo⁶².

Por otro lado, la gran explotación de cereal carecerá de un conjunto arquitectónico claramente definido que le reporte algún tipo de especificidad como consecuencia de que la puesta en funcionamiento de las tierras destinadas a la producción de grano no precisará para su aprovechamiento de una importante infraestructura en construcciones, a excepción de graneros y molinos.

Las técnicas de explotación propias del cereal y la necesidad de tracción animal para su cultivo nos llevan a la última característica que detallaremos para donadíos y cortijos, y ésta no es más que su íntima relación con las explotaciones ganaderas. Como bien

⁶² BORRERO FERNÁNDEZ (2003: 46).

veremos en las propiedades de la mesa capitular, las dehesas constituirán una parte muy importante de los cortijos y los donadíos, tanto es así que podemos definir a esta célula productiva como explotación agropecuaria. Todas las singularidades hasta aquí expuestas en torno al cortijo o donadío señalan a la Campiña como la comarca que, por sus peculiaridades geomorfológicas, concentra mayor cantidad de este tipo de explotaciones. Pero como hemos tenido ocasión de ver, también serán propicios los suelos de la Vega del Guadalquivir y del Campo de Tejada para que en ellos encuentren acomodo esta variante de aprovechamiento agropecuario.

CUADRO 18. Dedicación agraria de las propiedades de la mesa capitular en la comarca de la Campiña en 1538 y 1630 (en hectáreas)

Años	Cereal	Olivar	Viñedo	Otros	Total
1538	2.886,86	88,38	4,28	984,05	3.963,57
c. 1630	6.145,36	79,27	0,00	1.026,80	7.251,43

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

La cantidad de superficie que representaban las ocho grandes fincas que la mesa capitular gestionaba en la Campiña a principios del siglo XVI rondaba las 4.000 hectáreas (véase el cuadro 18). Como no podía ser de otra forma, la inmensa mayoría de las tierras tenían en la siembra de cereales su dedicación fundamental (72,83% del total de la extensión controlada), siendo también relevante la porción de suelo dominado por dehesas y terrenos incultos (24,83%) consagrados a labores ganaderas. Por su parte, el olivar y el viñedo aparecen como cultivos marginales, abarcando, respectivamente, el 2,23% y el 0,11% de la extensión total gestionada por los capitulares en la zona.

Para el año 1630, el total de suelo propiedad de la mesa capitular había pasado a situarse en 7.250 hectáreas, esto es, se había producido un incremento cercano al 83% en la superficie poseída. El cultivo de cereal se extendía sobre el 85% de ellas, estando el 14% destinado a dehesas. En lo que respecta al tamaño de los cortijos, la mayoría de ellos pueden ser considerados grandes propiedades (entre las 200 y las 400 hectáreas nos encontramos con cuatro propiedades) o latifundios (por encima de las 400 hectáreas se situaban siete cortijos, entre los que sobresalen por su tamaño los de Alorín y Rubio,

Torre del Abad y Bollo y Fuente Lapa, con 1.600, 1.200 y 850 hectáreas, respectivamente).

La Sierra de Constantina

La presencia del cabildo de la catedral como propietario de tierras en la Sierra Norte puede calificarse de marginal o meramente testimonial en la época que nos ocupa. Característica que, ya para la baja Edad Media, pone de manifiesto la profesora Montes Romero-Camacho. De este modo, la única propiedad que permanecerá formando parte del patrimonio territorial de la mesa capitular entre los años 1500 y 1700 será una huerta en la localidad de Constantina entregada a tributo. Tan solo destacar que a finales de la década de los setenta del siglo XVI llegará a manos de los clérigos catedralicios una heredad de viñas en el municipio de San Nicolás del Puerto, finca que en un primer momento decidirán poner en arrendamiento para, poco tiempo después, cederla a censo. Finalmente, en el año 1599 se desprenderán de esta propiedad.

A modo de compendio: la propiedad territorial de la mesa capitular. Extensión y usos del suelo

En este último apartado realizaremos un análisis de conjunto de la propiedad territorial de la mesa capitular para los siglos XVI y XVII. Si en 1500 los clérigos catedralicios poseían un total de setenta y cinco propiedades (22 en el Aljarafe, 6 en el Campo de Tejada, 40 en la Ribera y 7 en la Campiña), cuando este a punto de expirar el año 1700 les pertenecerán ochenta y dos (25 en el Aljarafe, 7 en el Campo de Tejada, 32 en la Ribera y 18 en la Campiña). En cuanto a la extensión que suponían las propiedades hay que advertir que si para 1538 se administraban unas 8.863 hectáreas, en 1630 la superficie poseída llegará a las 12.235, es decir, se habrá producido un incremento del 38%. Es en este momento cuando aparece el primer hecho destacable

con respecto a la evolución del patrimonio rústico capitular: la importante adquisición de tierras que los canónigos llevan a cabo en la Campiña sevillana, fundamentalmente, en la década de 1630.

CUADRO 24. Extensión de la propiedad territorial de la mesa capitular en 1538 y 1630 (en hectáreas)

Comarcas	1538	c. 1630
El Aljarafe	1.941,25	1.961,95
Campo de Tejada	586,27	586,24
Vega del Guadalquivir	2.371,92	2.435,81
Campiña	3.963,57	7.251,43
Total	8.863,01	12.235,43

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499, y elaboración propia

En el cuadro 25 se recoge la dedicación agraria de las posesiones de la mesa capitular. En 1538 el 71% de la superficie que suponían las fincas se destinaba al cultivo del cereal, el 11% al olivar, el 5% al viñedo y la categoría *otros* absorbe un porcentaje del 13%, propiciado, fundamentalmente por la importancia de las dehesas en cortijos y donadíos de la Campiña. Para 1630, como ya sabemos, el peso del cereal crece hasta alcanzar un 82% en detrimento de otras dedicaciones como el olivar (6%), viñedo (3%) y las dehesas y otros cultivos (10%). Todo ello como resultado de la incorporación de extensas fincas cerealeras, pero también del descepe masivo de olivares y vides que comienzan realizar los capitulares por estas fechas, constituyendo este último aspecto el segundo proceso de gran relevancia llevado a cabo por la mesa capitular en su patrimonio territorial.

CUADRO 25. Dedicación agraria de las propiedades de la mesa capitular en 1538 y 1630 (en hectáreas)

Años	Cereal	Olivar	Viñedo	Otros	Total
1538	6.269,51	1.010,27	428,32	1.154,91	8.863,01
1630	9.967,60	753,91	343,29	1.168,73	12.235,43

Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1487 y 1499; y elaboración propia

Por último, la tercera cuestión de gran calado que llevaron a cabo los eclesiásticos del Cabildo tiene que ver con el abandono de su papel como señores jurisdiccionales para ejercer plenamente de rentistas de la tierra. En relación a todos estos asuntos veremos en el siguiente epígrafe que luz puede arrojar el análisis sobre la renta de la tierra.

4. LA EXPLOTACIÓN Y LA RENTA DE LA TIERRA

Los contratos agrarios: arrendamientos y censos

Al igual que los grandes propietarios de tierras de la época, la mesa capitular explotó indirectamente su amplio patrimonio agrario mediante la cesión de sus propiedades. En la explotación indirecta de la tierra existen cuatro modelos básicos de contratos agrarios mediante los que ceder su uso: el arrendamiento, los censos, los contratos de plantación y la aparcería o medianería. Entre ellos, los canónigos hispalenses emplearán, en la práctica totalidad de los casos analizados, el arrendamiento y, de forma marginal, el censo. Antes de adentrarnos en las características que rodearon a cada uno de estos negocios jurídicos definiremos aquello que entendemos por contrato agrario, reproduciendo lo escrito al respecto por Mercedes Borrero, según la cual, los contratos agrarios son instrumentos jurídicos que “tienen como finalidad regular las relaciones entre el propietario de una tierra y aquel o aquellos que la hacen producir”⁶³. Es decir, que en principio y excepto salvedades, no provocan alteración alguna sobre la propiedad de la misma.

Los arrendamientos

De los ingresos que el cabildo de la catedral de Sevilla, y por extensión los de su mesa capitular, percibía de la explotación de sus propiedades territoriales, las rentas

⁷² BORRERO FERNÁNDEZ (2003: 53).

procedentes del arrendamiento de tierras suponían el capítulo más importante. Tanto es así, que los réditos obtenidos a partir del otro contrato agrario empleado, el censo, pueden considerarse como residuales e insignificantes. Entendemos por arrendamiento aquella herramienta jurídica por la cual el propietario de la tierra cede el uso de ésta a otro durante un estipulado período de tiempo a cambio del pago de una renta fija. Una vez delimitado el concepto de arrendamiento nos disponemos a examinar algunos de sus elementos más relevantes en aquello que concierne a su duración, al tipo de arrendatario que lo suscribía y a la renta que éste tenía que satisfacer, principal de todas las obligaciones a las que se enfrentaba.

Los contratos de arrendamiento mediante los que la mesa capitular cedía el uso de sus propiedades agrarias durante los siglos XVI y XVII solían tener un carácter vitalicio. En concreto, la duración preferida por la congregación de clérigos capitulares consistirá en la cesión o arriendo por dos vidas, contemplando su aplicación la vida del arrendatario y aquella otra que éste determinase. En la mayoría de los casos tal facultad recaerá sobre la mujer del arrendatario o sobre alguno de sus descendientes. En aquellos casos en los que el arrendatario sea clérigo, la segunda vida estipulada en los contratos recaerá también sobre algún familiar. En mucha menor medida, aparecerán contratos de arrendamiento por una y tres vidas. Por su parte, el arrendamiento a corto plazo supondrá una práctica excepcional en los usos de cesión de los canónigos durante casi todo el siglo XVI pero, cuando el calendario supere 1590, su empleo comenzará a introducirse tímidamente hasta que, en los años finales del Setecientos, haya alcanzado cierta notoriedad e importancia. Vayamos desmenuzando las afirmaciones hasta aquí vertidas.

Como ya hemos dicho, el arrendamiento por dos vidas constituía el tipo de contrato agrario predominante entre aquellos que fueron utilizados por la mesa capitular. De los 778 contratos agrarios examinados entre los años de 1500 y 1700, poco menos del 90% corresponden a contratos de arrendamiento a largo plazo (por una, dos o tres vidas aunque, entre todos ellos, era netamente mayoritario el realizado por dos vidas). La predilección por el arriendo de tan extensa duración constituye, a tenor de lo analizado hasta el momento por otros investigadores, un rasgo atípico y excepcional, por lo menos

en lo que respecta a las dos Castillas, el País Vasco, Extremadura y Andalucía⁶⁴. Y es que, como bien apunta Ángel García Sanz

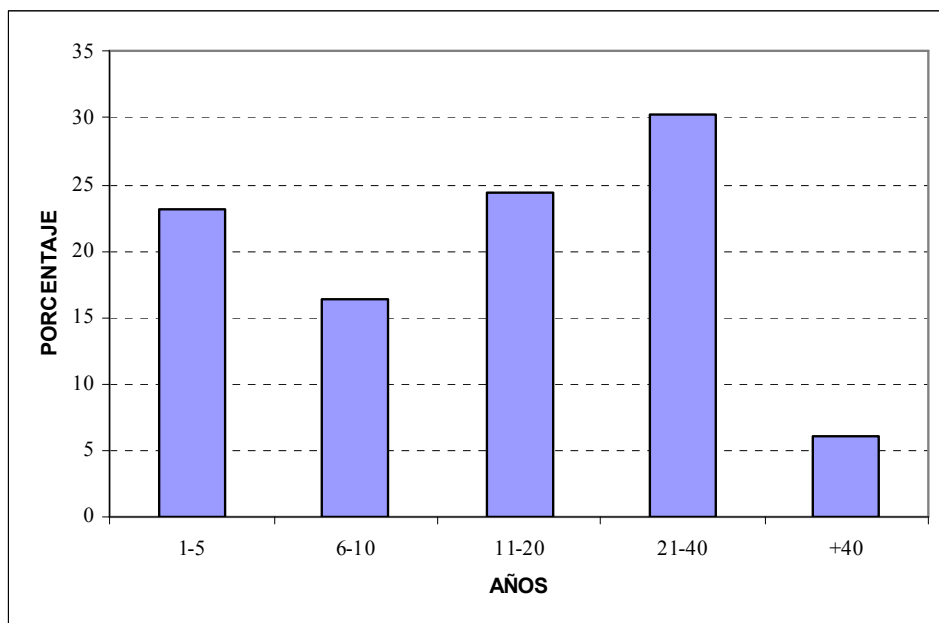
el sistema de arrendamiento [*se refiere en toda la cita al arrendamiento a corto plazo*] era la forma más común de ceder el usufructo de las tierras, (.....) y fueron los contratos de arrendamiento los que experimentan, entre 1500 y 1814, una difusión creciente frente a otros tipos de contratos de cesión menos ágiles, como el censo enfiteútico. En los arrendamientos concurrirá una serie de circunstancias que permitían sincronizar el nivel de la renta con los cambios en las coyunturas demográfica y económica. Me parece obvio que la creciente postergación de la enfiteusis frente al arrendamiento (...) testimonia que un nuevo tipo de racionalidad económica está inspirando las formas de actividad productiva agraria y las relaciones de producción. En este proceso, el mercado de productos agrarios, en constante evolución a largo plazo, actuaría como factor desencadenante⁶⁵.

Pero, más allá de la duración teórica de los contratos agrarios a largo plazo suscritos por la mesa capitular de la catedral de Sevilla, se hace necesario un análisis sobre su duración efectiva, lo cual nos aportará una medida más concreta del período de tiempo que implicaban de facto los arrendamientos por dos vidas. Como bien muestra el gráfico 1, el 30% de los contratos de arrendamiento a largo plazo establecidos por los canónigos tenían una duración efectiva de entre 21 y 40 años, el 24% de ellos acababan extendiéndose entre los 11 y los 20 años, el 23% lo hacía entre los 12 meses y los 5 años, el 16% se prolongaba entre los 6 y los 10 años y, finalmente, el 6% tenía una duración de más de 40 años.

⁶⁴ Véanse por ejemplo GARCÍA SANZ (1977: 296-310), ARTOLA GALLEGO (1983: 74-75), BERNAL RODRÍGUEZ (1988: 161-162), SEBASTIÁN AMARILLA (1990: 57), CORONAS VIDA (1994: 235-245), MARCOS MARTÍN (2000: 215-229) ó BORRERO FERNÁNDEZ (2003: 76-91).

⁶⁵ GARCÍA SANZ (1977: 296).

GRÁFICO 1. Duración efectiva de los arrendamientos a largo plazo suscritos por la mesa capitular de la catedral de Sevilla entre los años de 1500 y 1700



Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1489-1497, y elaboración propia

Si calculamos la esperanza matemática obtenemos que la duración media de los contratos de arrendamiento a largo plazo alcanzaba los 17,4 años. Esta cifra nos da una idea más aproximada del período de tiempo real que suponían los contratos de arriendo por dos vidas, sin embargo hay que tratar con cierta cautela la rotundidad de esta cifra. Y ello, porque a pesar de la primacía de la larga duración en los usos de cesión de los capitulares hay que constatar que un porcentaje no desdeñable de los contratos suscritos (39%) acababan rescindiéndose, por distintas causas, antes de sobrepasar los diez años, lo que otorgaba a los canónigos un considerable margen de corrección y adaptación de la renta cobrada a la coyuntura del momento.

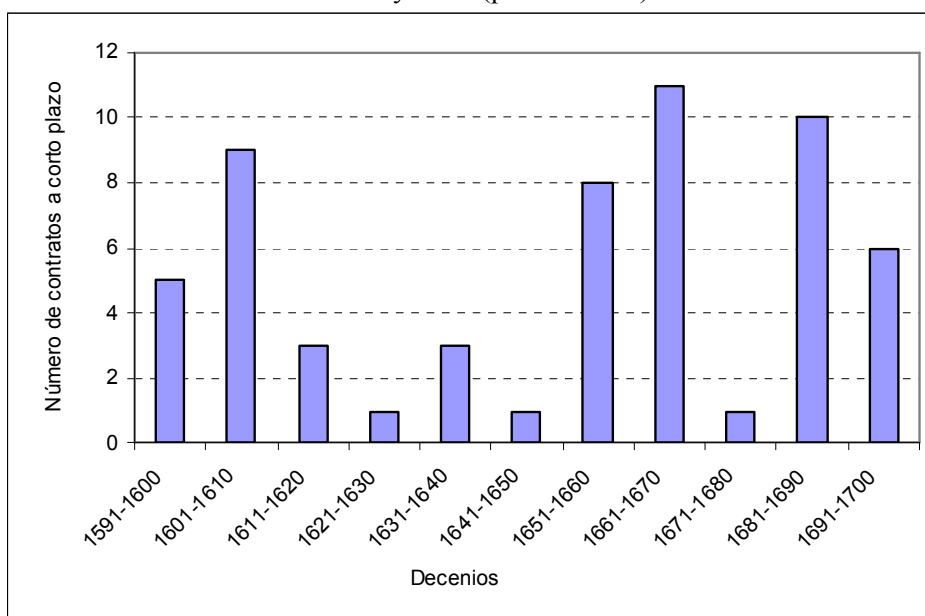
Antes de ofrecer explicación acerca de la finalidad y el propósito que perseguían los canónigos al utilizar este tipo de contratos de tan extensa duración nos detendremos en conocer el sustrato social de los arrendatarios que alquilaban las propiedades, lo que nos permitirá tener un elemento más que encajar en la comprensión de la explotación del patrimonio territorial rústico de la congregación de clérigos catedralicios. Pero, primeramente, dedicaremos algunas líneas a tratar el arrendamiento a corto plazo.

Del total de 778 contratos de arrendamiento examinados para los siglos XVI y XVII, únicamente alrededor del 10% pueden ser considerados como cesiones a corto plazo, esto es, alquileres que según las cláusulas contractuales no superaban los 10 años de duración. No obstante, esta cifra resulta algo engañosa así considerada, puesto que no será hasta la última década del siglo XVI cuando esta figura jurídica comience a tener cierta presencia en los modos de cesión de la tierra que al respecto utilizaba la mesa capitular. Hasta la década de 1590 el uso del arrendamiento a corto plazo puede catalogarse de excepcional, ya que únicamente aparecerá en el arriendo de tres propiedades, esto es, en el cortijo de Santa Catalina entre 1500 y 1535, en el donadío del Perrero entre 1500 y 1549 y en el donadío de la Torre del Abad desde que se comienza a explotar en 1521 hasta el año 1571. Después de esta última fecha, su uso desaparecerá completamente durante veinte años y volverá a irrumpir en las prácticas de cesión de la mesa capitular en 1591 para, poco a poco y de una manera oscilante y provisional, según se hace constar en los documentos consultados, irse acomodando e instalando como alternativa al arrendamiento por dos vidas. Las décadas finales del siglo XVII contemplarán la creciente relevancia adquirida por el arrendamiento a corto plazo y, por lo que hemos tenido ocasión de atestiguar en los fondos documentales catedralicios, a mediados del siglo ilustrado, la cesión del uso de la tierra por menos de diez años constituirá la práctica dominante, habiendo sido relegado el arrendamiento a largo plazo a un segundo plano⁶⁶.

Para que se tenga constancia numérica del ascenso experimentado por el arriendo a corto plazo durante el siglo barroco hay que decir que, de los 381 contratos de arrendamiento establecidos por la mesa capitular en dicha centuria, la cesión a corto plazo representaba el 14% del total, y de los 183 contratos suscritos en la segunda mitad del siglo XVII, casi el 20% corresponderán a contratos a corto plazo. Para visualizar la evolución que sufrió la cesión a corto plazo desde la última década del siglo XVI hasta los estertores del XVII se adjunta el gráfico 2. Otro dato a destacar de los arrendamientos a corto plazo es que se localizan, fundamentalmente, en las propiedades de la Campiña y la Vega del Guadalquivir, esto es, en las fincas destinadas al cultivo de cereal.

⁶⁶ ACS, sección II, serie 6ª, libro 210.

GRÁFICO 2. Número de contratos a corto plazo suscritos por la mesa capitular entre 1591 y 1700 (por decenios)



Fuente: ACS, sección II, serie 6ª, libros 1493-1497 y 03835-03848; y elaboración propia

Finalmente, hay que mencionar que, a pesar de que el arrendamiento a corto plazo se impondrá durante la primera mitad del siglo XVIII como forma de cesión dominante, el empleo que de esta figura contractual realizó la mesa capitular durante el Seiscientos siempre tuvo carácter de provisionalidad, de ser un recurso coyuntural y pasajero que, cuando las condiciones fuesen las oportunas, debía de ser reemplazado por un contrato vitalicio. Como prueba de ello, ofrecemos una reproducción de la página con la que se inician los *libros de arrendamientos de por tiempo* consultados en los fondos del archivo de la catedral hispalense, en la cual se nos advierte de las cláusulas a las que estuvieron sometidos los arriendos a corto plazo. En aquella que lleva el número cuatro se dispone el requisito que cancela el arrendamiento temporal en el momento en el que aparezca algún arrendatario presto a tomar la propiedad *por vidas*. Pues bien, las cinco condiciones que se establecen son las siguientes:

1. Que el último año an de dejar la mitad de las tierras desocupadas para el subsecuente arrendador; donde no, pagaran un mil maravedis de pena por cada fanega de tierra de las que sembrare mas de la mitad.

2. Que an de pagar la renta puesta en la mesa capitular en dos pagas iguales, por santiago y navidad de las que levantan cosecha; donde no, an de pagar 600 maravedis de salario, cada día, a la persona que fuere a la cobranza.

3. Que por octubre del año antes que fenezca el arrendamiento han de ser obligados a avissar en esta contaduría mayor por sí o interposita persona si prosiguen o no, en la labranza de tal cortijo, para (sino) solicitar arrendatario y que no se pierda la renta por dejarlo vacío; donde no, se les ha de obligar a pagar el año subsecuente, quien siembre o no, Y es clausula importante.

4. Que si en el termino de tal arrendamiento de por tiempo hubiese quien lo tomase por vidas, cesa el arrendamiento temporal, concediendole solo levantar la cosecha si tubiere sembrado el tal inquilino temporal.

5. Que si en el primero año que se les da de hueco para barbechar sembraren alguna haza, o pedazo de tierra, han de pagar la renta que le correspondiere, rata por cantidad, así que sea averiguado lo que se sembro.⁶⁷

El siguiente aspecto a tratar con respecto a los contratos de arrendamientos de tierras concierne al tipo de arrendatario que obtuvo el uso de las posesiones territoriales de los capitulares. Dos factores condicionaban y limitaban de entrada el tipo de arrendatario que podía disfrutar de las tierras de la mesa capitular: el gran tamaño de las propiedades y sus excepcionales cualidades agrológicas determinaban unos precios de cesión a los que únicamente podían enfrentarse individuos de gran poder adquisitivo. Efectivamente, serán miembros de la oligarquía urbana de Sevilla, detentadores del gobierno municipal y con importantes intereses asociados al comercio y la tierra, los que arrienden las posesiones pertenecientes a la mesa capitular. También significativa será la presencia de las élites rurales, de grandes labradores, profesionales liberales y destacados mercaderes. No obstante, una mirada exhaustiva sobre el origen socioeconómico de los arrendatarios evidencia una mayor complejidad a la anunciada, presentando la retrospectiva entre otros rasgos una marcada territorialización, esto es, distinguiéndose nítidamente perfiles socioeconómicos distintos para cada una de las comarcas de la *tierra de Sevilla*. Pasamos a analizarlas.

⁶⁷ ACS, sección II, serie 6ª, libro 03846.

En las comarcas del Aljarafe y el Campo de Tejada tenemos registrados un total de 254 arrendatarios para los siglos XVI y XVII. En el 52% de los casos la profesión o la localidad de residencia figuran consignadas en algunos de los libros de registro consultados, lo que nos permite saber qué puestos ocupaba una parte importante de los signatarios de los contratos. La mayor proporción viene dada por el estamento eclesiástico (38%), dentro del cual supone amplia mayoría el sector representado por los canónigos del cabildo catedralicio, cargos cubiertos fundamentalmente, como ya se mencionó, por miembros de la nobleza local sevillana. Los siguientes *colectivos* beneficiarios de los arriendos de las tierras capitulares del Aljarafe y el Campo de Tejada lo constituyen las oligarquías rurales de las localidades donde se situaban las fincas (16%) y aquellos individuos que desempeñaban alguna labor de relevancia dentro de la administración municipal de la ciudad hispalense o que pertenecían a la élite sevillana (15%), tales como veinticuatro, jurados, alcaldes mayores, alguaciles o escribanos. También ocupan un lugar preeminente los profesionales liberales de la categoría de cirujanos, jueces, médicos o notarios y cierto grupo de artesanos bien situados en la escala social como podían ser los oficios de plateros y acuñadores (11%) y, finalmente, mercaderes (6%).

Una categoría especial es aquella integrada por los *hijos de* (8%), y es que en determinadas ocasiones los contratos realizados por la vida de un individuo y su mujer acababan pasando a sus descendientes, eso sí, una vez renegociados los términos de los contratos, lo que implicaba fundamentalmente la adecuación de la renta a la coyuntura del momento. Este elemento nos permite unir otra hebra más a la idea ya defendida en este texto en torno a la existencia de relaciones clientelares endogámicas a partir de los arrendamientos de las propiedades territoriales del cabildo. Hipótesis que se refuerza si nos detenemos a analizar los apellidos de los arrendatarios, otra de las fuentes determinantes a la hora de averiguar su ascendencia social. No solo es que abunden y se repitan en dos siglos apellidos que nos conducen, sin duda alguna, a las más importantes familias sevillanas del momento, en cuyas manos se encontraban los principales resortes del poder local, si no que son los mismos apellidos que se hallan también entre los canónigos miembros del cabildo de la catedral de Sevilla. De este modo, suelen ser comunes entre los arrendatarios apellidos tales como Ribera, Torres, Monsalve, Saavedra, Almonte, Esquivel, Medina, Ponce de León, de la Cerda,

Guzmán, Marmolejo, Melgarejo, Castro, Estrada, Pichardo o Mexía. El Aljarafe será la comarca dónde más nítidamente se perciba esta estrecha relación entre las tierras del cabildo y la oligarquía urbana de Sevilla por ser ésta una zona en la que se concentraban los intereses de este grupo social, asociados al cultivo del olivar e íntimamente relacionados con el comercio del aceite⁶⁸. En total, el 61% de los arrendatarios analizados para el Aljarafe puede englobarse dentro de esta clase social.

En lo concerniente a las propiedades localizadas en la Vega del Guadalquivir, poseemos datos de la dedicación profesional o localidad de residencia del 61% de los arrendatarios registrados. Al analizarlos nos encontramos con un panorama algo distinto al representado para el Aljarafe. También aquí siguen siendo mayoría los eclesiásticos (30%) pero tras de sí se sitúan hortelanos y labradores (29%), profesionales de los sectores secundario y terciario (10%), oligarquía urbana de Sevilla (9%), élites rurales (7%) y mercaderes (4%). No obstante, estas cifras precisan de alguna explicación añadida pues esconden tras de sí realidades variopintas. De este modo, si nos fijamos en las localidades ribereñas del Guadalquivir sin incluir a la capital andaluza, detectamos que los grandes labradores constituyen el grupo más importante (29%), seguidos por la categoría que integra a miembros de las oligarquías rurales (27%), de los eclesiásticos (18%), integrantes del gobierno municipal y élites de Sevilla (7%) y profesionales de los sectores secundario y terciario (7%). Según parece, en esta zona la presión de la oligarquía urbana sevillana, aunque presente, se dejaba sentir con menor intensidad que en el Aljarafe, de ahí que sean los grandes labradores y las oligarquías locales de las poblaciones donde se encontraban situadas las propiedades los principales grupos de arrendadores.

Dentro de las propiedades que se localizaban en el término de la ciudad de Sevilla distinguiremos entre las grandes y medianas posesiones, por un lado, y las huertas y pequeñas parcelas que se situaban en los alrededores más inmediatos de la urbe. Entre las primeras, tenemos constancia de las profesiones del 65% de los arrendatarios, en las que vuelve a destacarse el colectivo conformado por los clérigos (44%), mayoritariamente miembros del cabildo eclesiástico, y por cargos del concejo

⁶⁸ Para el estudio y conocimiento de la composición de las élites urbanas en Sevilla en el XVI nos hemos servido de las monografías de PIKE (1978), OTTE (1996), MORALES PADRÓN (1989) y DOMÍNGUEZ ORTIZ (1984).

municipal y oligarquía urbana de Sevilla (19%). Otro grupo importante es aquel que agrupa los oficios de los sectores secundario y terciario, que engloban al 11% de los firmantes de contratos de arrendamiento. Por lo tanto, en las grandes propiedades de la ciudad de Sevilla volvemos a encontrarnos con la presencia de los mismos grupos que controlaban las tierras aljarafeñas.

Por último, para las huertas y pequeñas posesiones que la mesa capitular acumulaba en los alrededores de la ciudad hispalense, disponemos de la profesión del 72% de los arrendatarios. Entre ellas destacan sobremanera los grupos constituidos por hortelanos y labradores (44%) y clérigos (27%). También con una representación a destacar se encuentra el grupo integrado por artesanos y otras profesiones encuadradas dentro de los sectores secundario y terciario, tales como pasteleros, fruteros, herreros, zapateros, canteros, poetas y polvoristas (14%). La particular personalidad de la explotación hortofrutícola, que la define necesitada de requerimientos de una especial cualificación, confecciona un tipo de arrendatario altamente profesionalizado y hace de sus labores un trabajo de dedicación exclusiva, de ahí la presencia mayoritaria en su uso de hortelanos y labradores. La aparente existencia de clérigos y de profesionales de los sectores secundario y terciario entre los arrendatarios de pequeñas propiedades y huertas responde a interpretación distinta. Y esta no es otra que la importante función que su explotación cumpliría como fuente complementaria de ingresos para eclesiásticos y como aporte monetario fundamental y necesario para las débiles economías de artesanos y otros profesionales urbanos.

De nuevo, la relación de fuerzas de los distintos poderes fácticos en torno al factor tierra y al cabildo de la catedral de Sevilla cambia al dirigir la mirada sobre las propiedades que la mesa capitular atesoraba en la comarca de la Campiña y, muy concretamente, en la importante villa de Carmona. En esta demarcación, como tendremos ocasión de ver, confluyen los intereses de las oligarquías de Sevilla y Carmona, algo puesto ya de manifiesto por Mercedes Borrero⁶⁹. Del total de cien individuos que arriendan las tierras de la mesa capitular en la Campiña sevillana para los siglos XVI y XVII, tenemos registrados los oficios y dedicaciones del 58%. En su gran mayoría, éstos forman parte de las oligarquías de las importantes y populosas

⁶⁹ BORRERO FERNÁNDEZ (2003: 131-156).

poblaciones de la Campiña, especialmente de Carmona (43%). Entre ellos abundan regidores, alguaciles y alcaldes del consistorio carmonense. También importante es la presencia de eclesiásticos (29%), sobre todo de canónigos de la catedral hispalense. Por detrás, nos encontramos destacados componentes de familias de Sevilla (7%), profesionales liberales (5%) y grandes labradores (5%). Por su parte, la categoría *hijos de* vuelve a irrumpir en estas latitudes suponiendo un porcentaje del 7% y recogiendo a parientes de regidores tanto del concejo hispalense como del carmonense. Los apellidos de los arrendatarios son para el caso de la Campiña de una fiabilidad que ofrece pocas dudas al respecto. Para el caso de Carmona se repiten con constancia apellidos como Tamariz, Góngora, Merino, Caro, Andino, Quintanilla, Correa, Rosón, Cansino o Briones, todos ellos relacionados con la élite local. Para Sevilla vuelven a aparecer algunos ya mencionados y se incorporan otros nuevos (Saavedra, Ponce de León, Ribera, Salcedo, Lasso de la Vega, Ximénez de Enciso, Monsalve, Sahelices, Mexía, Mendoza, Vanegas o Prado, entre otros).

Una vez vista la composición social de aquellos que accedían al arriendo de las tierras de la mesa capitular nos encontramos en mejor disposición para ofrecer explicación acerca del particular proceder de los canónigos a la hora de ceder sus posesiones territoriales por el extenso margen de tiempo que implicaban las dos vidas. Sin desechar la confluencia de otros factores, entre los que destacaríamos el ahorro en los costes de gestión derivados de la simplificación que suponían los contratos de arrendamientos por dos vidas, la variable que explicaría en buena medida la apuesta de la mesa capitular por los contratos a largo plazo vendría determinada por el hecho de que son los propios canónigos y los círculos de poder de la ciudad de Sevilla de los que forman parte, los principales beneficiados a la hora de acceder al arriendo de las ricas propiedades de la mesa capitular, por lo que no es de extrañar que confeccionen un tipo de contrato que, sin menoscabar la rentabilidad económica para el consistorio capitular, procure condiciones favorables para este grupo social. A su vez estos arrendadores podrán decantarse por la explotación directa o por el subarriendo como método de obtención de beneficios. Por lo que sabemos del comportamiento de estas élites urbanas de la ciudad hispalense, el sistema de explotación directo primaba entre sus hábitos a la hora de hacerse con el arriendo de propiedades tanto de cereal como de olivar⁷⁰. Un

⁷⁰ BORRERO FERNÁNDEZ (2003: 103-109, 131-156 y 180-181).

caso aparte supone el comportamiento de la oligarquía de Carmona, más dada al sistema de subarriendo como método de gestión de las fincas alquiladas⁷¹. Y es que mientras los oligarcas sevillanos

rara vez ceden sus propias tierras de olivar o subarriendan las que disfrutaban por largos periodos [...], los oligarcas carmonenses van a introducir en la dinámica socio-laboral a otro grupo social: el de los subarrendatarios, gentes de menos nivel social y económico a quienes cederán por traspaso parte de las fincas. La razón puede resultar evidente. Mientras los *señores del olivar* se identifican como el único grupo social que controla todo el proceso de producción del aceite –desde el cultivo a la transformación y comercialización– el oligarca campañés no controla plenamente el mercado del cereal. No es, como propietario, ni mucho menos el grupo más importante [...], por lo que su objetivo es conseguir el control productivo en la zona concreta que domina: el territorio concejil al que pertenece y al que está ligado a través de cargos públicos.

De la propuesta de análisis de los contratos de arrendamiento lanzada al inicio del epígrafe, una última cuestión nos queda por abordar, y ésta no es otra que la que tiene como centro la renta, la más importante de todas las obligaciones a las que tenía que enfrentarse el arrendatario. El pago a satisfacer en los contratos de arrendamiento establecidos por el consistorio de capitulares constaba de una parte principal determinada en moneda y un montante subsidiario exigido en especie, concretamente en gallinas.

Que el cobro del arrendamiento de tierras se realizase en moneda constituye toda una peculiaridad en los usos implantados al respecto por las instituciones religiosas. Era norma común entre ellas que la percepción de este tipo de renta, al menos en lo que concierne a las propiedades de cereal, se realizase en *pan terciado* (dos tercios en trigo y el tercio restante en cebada). Sin embargo, esta aparente “anomalía” *deja de serlo si se consideran las altas cantidades de cereal que percibía el cabildo de la catedral* (de Sevilla) *en concepto de diezmos*⁷². Efectivamente, como ya se advirtió con anterioridad, el objetivo más importante que tenía encomendado la mesa capitular pasaba por la remuneración de los canónigos beneficiados, retribuciones que eran percibidas en *pan*,

⁷¹ BORRERO FERNÁNDEZ (2003: 181-189).

⁷² GONZÁLEZ JIMÉNEZ (1977: 187).

gallinas y numerario. El volumen de trigo y cebada manejado en función del diezmo recaudado era de tal magnitud que cubría ampliamente los honorarios fijados por el cabildo para la satisfacción de dicha empresa, de tal manera que, tanto la explotación del patrimonio rústico como del urbano, se llevará a cabo cobrando en moneda y gallinas, los otros dos bienes empleados por los capitulares para gratificar a los prebendados.

Como ya hemos dicho, junto a la renta principal en dinero aparecía un determinado pago en gallinas que quedó definitivamente estipulado en 1434, cuando el Cabildo redactó el denominado *Estatuto de Gallinas*, en el cual se establecía la cantidad de gallinas a pagar en relación al montante desembolsado en moneda. De este modo, los arrendatarios de todas las casas y tierras del cabildo tendrían que pagar gallinas ateniéndose a la siguiente regla:

Sy la renta llegare a mil mrs cabales corrientes que pague dos pares de gallinas...

Iten si la renta llegare a quinientos mrs cabales corrientes que pague vn par de gallinas

Iten si la renta pasare de quinientos mrs un mr o mas tanto que non llegue a los mil que pague tres gallinas

Iten si la renta no llegare a quinientos mrs cabales que pague vna gallinas e non mas⁷³

Este pago en gallinas supone otra peculiaridad dentro de los hábitos que el cabildo puso en práctica con respecto a la explotación de su patrimonio territorial. La pervivencia de este tipo de pagos en especie para los siglos que contempla la Edad Moderna suele presentarse como un vestigio de carácter simbólico de tiempos pretéritos en los que la tenencia de señoríos de raíz solariega y jurisdiccional era reconocida a través de estos desembolsos. Concretamente, en la Edad Media el pago del alquiler de una finca por medio de gallinas u otra variante tenía el significado explícito de reconocimiento de la titularidad eminente del señor sobre la tierra arrendada.

Sin embargo, para la mesa capitular el cobro en gallinas era de una importancia meridiana ya que, al arrendar sus propiedades rústicas por extensos periodos de tiempo

⁷³ ACS, sección II, serie 1ª, libro 1-A. Publicado por GONZÁLEZ JIMÉNEZ (1977: 210-211).

(recordemos que la duración de los contratos de arrendamiento solía prolongarse por dos vidas), suponía una salvaguarda contra los perniciosos efectos de la inflación. Además, al establecer la correspondencia de cuatro gallinas por cada mil maravedíes cobrados se aseguraban una cantidad nada despreciable de gallinas que en ningún caso puede considerarse como de residual y simbólica. En 1596 la cantidad de gallinas cobradas por la puesta en renta del patrimonio territorial llegará a su nivel máximo, alcanzando un total de 15.577 ejemplares y en 1628, como consecuencia del alto precio de las aves, se alcanzará la cota más alta en lo que se refiere a la proporción representada sobre la renta total ingresada (los maravedíes más el valor de mercado de las gallinas), llegando a suponer el 46%.

A partir de los primeros años del siglo XVII de manera tímida y más acusadamente desde 1630 la mesa capitular comenzará a cobrar íntegramente en moneda una parte importante de los nuevos contratos de arrendamiento a largo plazo que suscriba. En cierta medida, el descenso en el número de gallinas cobradas será consecuencia de la progresiva *apuesta* de los capitulares durante el siglo XVII por los contratos de arrendamiento a corto plazo, cuya propia esencia neutralizaba los efectos del alza de precios y en los cuales el objetivo de protección contra la inflación que cumplía la renta en gallinas quedaba desprovisto de cualquier tipo de intencionalidad, careciendo por tanto de sentido alguno y negociándose íntegramente en moneda el cobro de su renta.

Los censos enfitéuticos

Tomando como referencia lo escrito al respecto por Mercedes Borrero⁷⁴, podemos afirmar que el censo enfitéutico es la fórmula jurídica por la que el dueño de la tierra cede a un cultivador el dominio útil de la parcela, reservándose el dominio directo o eminente, lo cual le da derecho a percibir del enfitauta o censatario una renta, tributo o censo anual en dinero y/o especie con carácter inamovible y perpetuo. Es la condición de perpetuidad y de inamovilidad lo que define y distingue al censo de otros tipos de

⁷⁴ BORRERO FERNÁNDEZ (2003: 63).

contratos agrarios. En él, el tiempo de duración nunca aparecerá delimitado y la cesión del dominio útil será total, es decir, que el censatario tendrá plena disposición sobre su pertenencia, que podrá vender, cambiar o enajenar siempre que respete el derecho de tanteo del dueño de la parcela. Su escasa rentabilidad económica a largo plazo para el propietario será paliada a través de la consecución de otros objetivos.

Ya hemos puesto de manifiesto el empleo residual de esta herramienta jurídica por parte de los canónigos a la hora de explotar su patrimonio rural, su insignificancia económica en el conjunto de los ingresos territoriales de la mesa capitular y su complicado seguimiento en el transcurso de los doscientos años que abarca nuestro estudio. En el uso que de este tipo de contrato se hizo podemos distinguir dos modalidades: aquella en la que es entregada a censo una propiedad al completo y aquella otra en la que solo se cede en enfiteusis pequeñas partes de una finca.

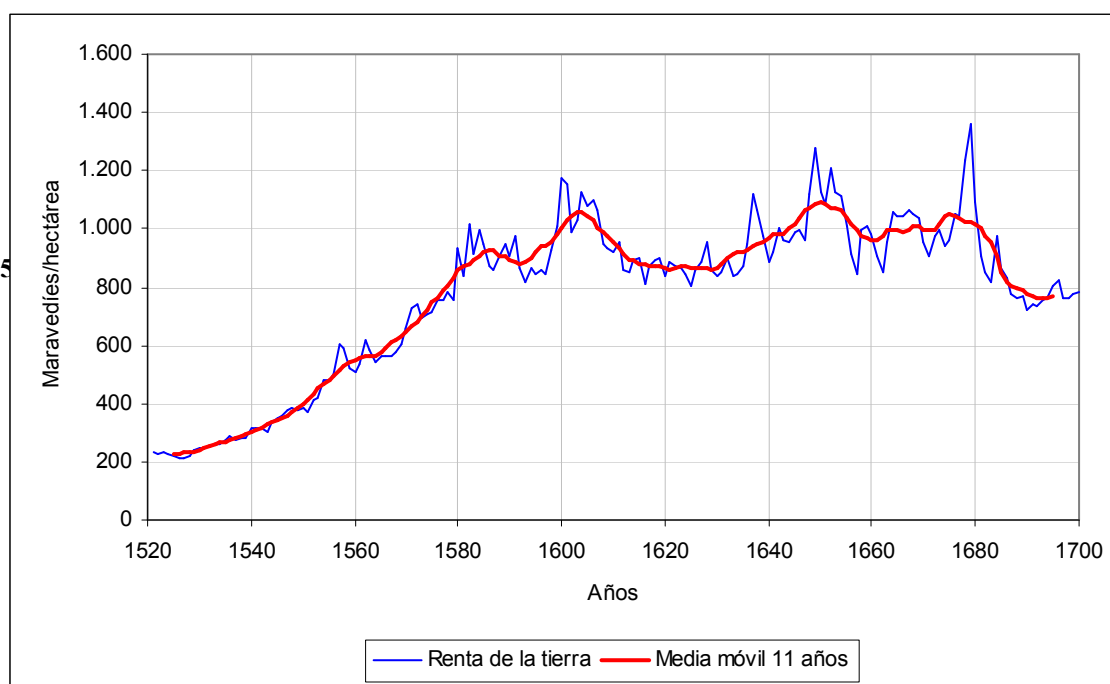
Con respecto a la primera variante hay que decir que se aplicará mayoritariamente sobre parcelas de reducidas proporciones situadas en los alrededores de Sevilla y, en menor número, en el Aljarafe y que la mayoría de ellos se perderán antes de que el siglo XVII llegue a su mitad. En la segunda de las alternativas planteadas, el contrato de censo cumplirá la función de proporcionar mano de obra para las labores de las fincas donde se insertaban estos pequeños trozos de tierra dados en enfiteusis.

La renta de la tierra

En este epígrafe iniciamos el proceso que nos llevará a la obtención de una serie de renta de la tierra en términos constantes y a su posterior análisis a partir de los ingresos percibidos por la mayordomía de la mesa capitular por la puesta en arrendamiento de su patrimonio en tierras. En primer lugar, hemos seleccionado por comarcas las propiedades que eran susceptibles de ser empeladas para el estudio de la renta agraria, esto es, aquellas que mantuviesen prácticamente intactas sus dimensiones entre 1521 y

1700. De este modo, han sido escogidas quince fincas de la comarca del Aljarafe⁷⁵, cuatro del Campo de Tejada⁷⁶, catorce de la Vega del Guadalquivir⁷⁷ y diecisiete de la Campiña⁷⁸. En total, la muestra ha resultado estar compuesta por cincuenta propiedades. Una vez que se han obtenido las cantidades totales por las que eran arrendadas cada una de las posesiones (resultado de multiplicar el número de gallinas por su precio de mercado y sumarle el montante en moneda estipulado en el contrato), se han dividido éstas por el número de hectáreas que medía cada una de las fincas, hallando así sus precios de alquiler por hectárea. Seguidamente, se ha calculado el promedio de los precios por hectárea en cada una de las divisiones geográficas establecidas (El Aljarafe, Campo de Tejada, Vega del Guadalquivir y Campiña) y a partir del promedio de éstos, la serie de renta de la tierra en maravedíes corrientes por hectárea. Los resultados se presentan en el gráfico 3.

GRÁFICO 3. Renta de la tierra en Sevilla, 1521-1700
(en maravedíes corrientes por hectárea)



Fuente: ACS, sección II, serie 1ª, libros 2B-160; y elaboración propia

⁷⁵ Éstas son las siguientes: Bollullos, Palmaraya, Biedma, Machalomar y Pandero para el distrito del Aznalfarache; Robaina, Pilas, Benahacín, Espechilla y Marlos para el distrito de Aznalcázar; y Gelillo, Huelva, Palmaraya, Aspero y Perrero para el distrito de Sanlúcar la Mayor.

⁷⁶ Charco del Hernandillo, Santa Catalina, Peñalosa y Escacena.

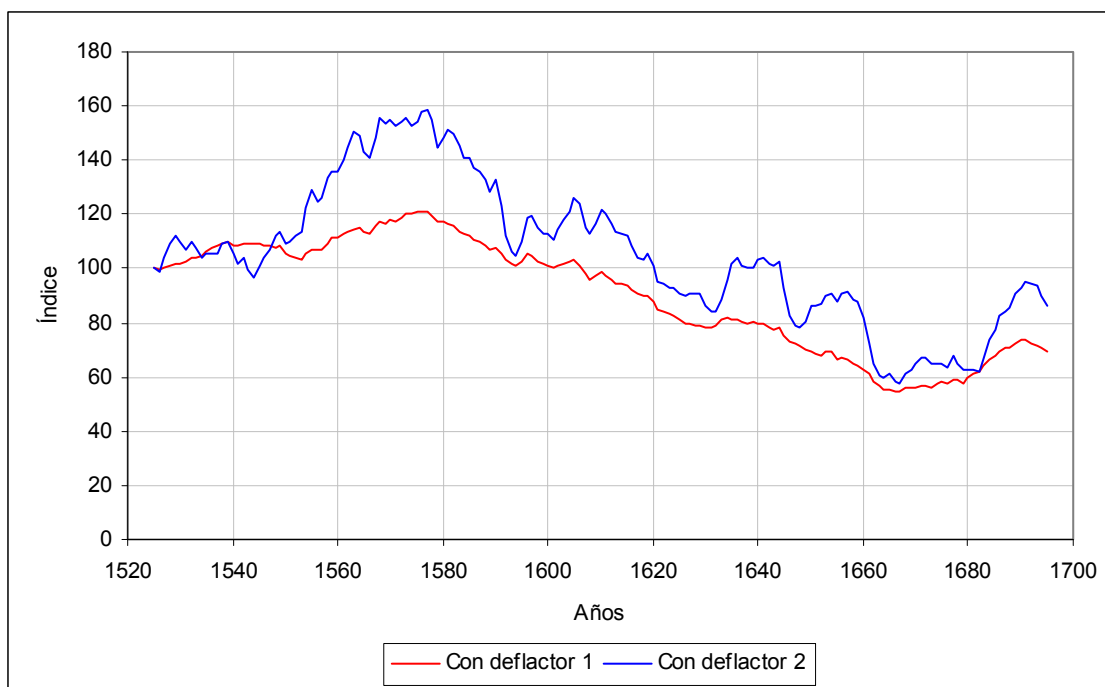
⁷⁷ Huesna, Mudapelo, Vado de las Estacas, Soto y Cañaverl del Vado de las Estacas, Rinconada, Manjalobilla, Prior, Aceña Blanca, Palmete, Galuchena, Chirinos, Olivar de la Reina, Tercia y Abadía.

⁷⁸ Presas de Santa María, Pulgar, Melgar, Judío, Cabildo, Falchena, Barrasa, Alamillo, Juan Gómez, Bollo y Fuente Lapa, Alorín, El Rubio, Torre de Doña María, Quintos, Torre del Abad, Cabras y Armijo.

Si atendemos a las medias móviles calculadas y tomamos como representativo el año central de cada una de ellas, en el gráfico 3 se puede distinguir, fundamentalmente, cuatro etapas: la primera de ellas iría desde 1525 hasta 1606, y —a excepción del lustro comprendido entre 1587 y 1593— es el crecimiento de marcada pendiente lo que la predomina y caracteriza (el precio del arrendamiento por hectárea se multiplica por 4,5 entre 1525 y 1606, yendo éste desde el ámbito de los doscientos treinta a los poco más de mil maravedíes por hectárea); la segunda etapa, iniciándose en 1606, concluye en 1629 y en ella la variable experimenta un retroceso equivalente al 16%; la tercera de las etapas va desde 1629 a 1650 y, nuevamente, nuestra variable transita por la senda del crecimiento (recupera en total un 27% de su valor); por último, la cuarta etapa abarca desde 1650 hasta 1695 y, constando de tres subperiodos de distinto signo —dos de tendencia bajista y uno de estancamiento y leve movimiento alcista—, está caracterizada por el descenso en el valor de la serie (del 30%).

El siguiente paso ha consistido en deflactar la serie de renta de la tierra en maravedíes corrientes para obtener la serie de renta agraria en términos reales o maravedíes constantes. Para ello, hemos procedido utilizando dos deflactores distintos: el primero de ellos es el índice del coste de la vida confeccionado en el capítulo segundo de nuestra tesis doctoral, mientras que el segundo está integrado por los precios del trigo, la cebada y el aceite en origen. Tomando como referencia la extensión que ocupaba cada uno de los cultivos en las propiedades que hemos seleccionado para la muestra (sin contar con todas aquellas *tierras calmas* que comienzan a formar parte del patrimonio capitular a mediados del siglo XVII, con la intención de no distorsionar los resultados) y teniendo presente que dos tercios de las fincas destinadas al cultivo del cereal solían sembrarse de trigo y de cebada el tercio restante, hemos asignado una ponderación que otorga al precio del trigo un peso específico del 60%, del 30% al precio de la cebada y del 10% al precio del aceite. Las principales ventajas e inconvenientes de emplear uno u otro deflactor se han apuntado en el capítulo tercero. Para este caso, nos inclinamos por considerar más adecuado el uso del deflactor construido a base de los precios del trigo, la cebada y el aceite, aunque su calidad mejoraría en cierta medida si dispusiésemos también de precios en origen del vino y la carne. De este modo, la evolución de la renta de la tierra en términos reales entre 1521 y 1700 —a partir de las medias móviles de once años calculadas y usando los dos deflactores especificados— aparece retratada en el gráfico 4.

GRÁFICO 4. La renta de la tierra en términos constantes en Sevilla, 1521-1700.
Medias móviles de 11 años (año base = promedio 1521-1530)



LEYENDA: Deflactor 1 = Índice del Coste de la Vida; Deflactor 2 = Índice de precios del trigo, la cebada y el aceite en origen.

FUENTE: ACS, sección II, serie 1ª, libros 2B-160; y elaboración propia

Como bien puede observarse, la diferencia en los resultados es de cierta importancia si nos decantamos por emplear uno u otro deflactor. La distorsión de mayor envergadura entre ambos índices se produce entre 1525 y 1577: mientras que la serie de la renta de la tierra deflactada por los precios del trigo, la cebada y el aceite experimenta un alza del 58%, la que resulta de dividirla por el índice del coste de la vida se incrementa tan sólo un 21%. El desmedido crecimiento de los precios en la ciudad de Sevilla, esencialmente durante el Quinientos, y la elaboración y uso de índices del coste de la vida a partir de ellos, quizá alberguen el problema que estamos evidenciando para nuestra serie de renta de la tierra; esto es, que, dado su carácter excesivo, tengan cierta tendencia a minusvalorar el crecimiento del siglo XVI de aquellas variables que intentemos corregir mediante el uso de sus cifras. Centrándonos en el comportamiento de la variable deflactada por los precios del trigo, la cebada y el aceite, tenemos que decir que, si bien la primera etapa se extiende desde 1525 a 1577 y está caracterizada por el crecimiento, la segunda y más extensa irá desde 1577 a 1667 y estará atravesada por una profunda fase depresiva que hace que nuestra variable disminuya un 64%. La última de las etapas es aquella que se encuentra comprendida entre 1667 y 1692, y en ella —tras el paso por

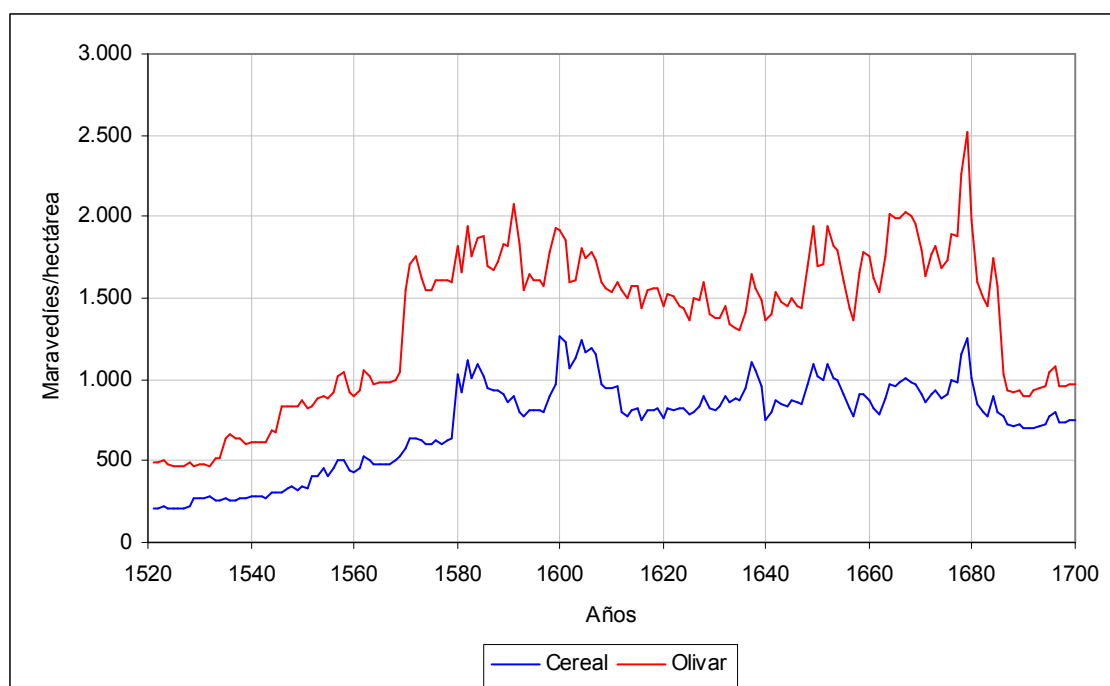
tres lustros (1667-1682) marcados por el estancamiento y la atonía en el crecimiento—, la serie consigue un avance equivalente al 64%.

El siguiente paso a dar en este apartado ha consistido en obtener y comparar una serie de renta de la tierra para las propiedades que estaban destinadas al cultivo de cereales con otra para las fincas que estaban dedicadas al laboreo del olivar. Entre todas las posesiones rústicas que integran nuestra muestra, hemos escogido únicamente aquellas cuya dedicación agraria está centrada exclusivamente en un producto, para así analizar la evolución de la renta de la tierra según el tipo de cultivo⁷⁹. Las series obtenidas de renta agraria —en maravedíes corrientes por hectárea— de las propiedades de cereal y de olivar se recogen en el gráfico 5. En el se puede apreciar el mayor precio de arrendamiento por hectárea que tenían en todo el período estudiado las heredades de olivar en comparación con las posesiones productoras de cereal. Si nos detenemos en observar el comportamiento que describe en el tiempo el precio por hectárea del arrendamiento de fincas olivareras en relación al precio por unidad de superficie del arrendamiento de las fincas de cereal (véase el gráfico 6), cobra pleno sentido la decisión de los capitulares de descepar de olivares sus propiedades para transformarlas en unidades productoras de cereal: la tendencia marcada en el gráfico nos dice que, en líneas generales, la renta que obtenían de las primeras descenderá entre 1575 y 1695 en relación con las rentas que lograban de las segundas (en 1575, la renta conseguida por el arrendamiento de una hectárea de olivar equivalía, aproximadamente, a dos veces y media la renta conseguida por el arrendamiento de una hectárea de cereal, mientras que alrededor de 1635 habrá descendido hasta 1,6 y en 1690 a 1,3).

⁷⁹ Las propiedades de cereal son las treinta y dos siguientes: en el Aljarafe, las tierras al Pandero, Bollullos entre 1647 y 1700, Robaina entre 1641 y 1700, Huelva (1521-1588), Palmaraya, Perrero y Gelillo (1667-1700); en el campo de Tejada, Hernandillo, Santa Catalina, Peñalosa y Escacena; en la Vega del Guadalquivir, Huesna, Vado de las Estacas, Soto y Cañaveral del Vado de las Estacas, Rinconada, Manjalobilla, Prior, Palmete, Galuchena y Olivar de la Reina; en la Campiña, Presas de Santa María, Cabildo, Falchena, Pulgar (1594-1700), Melgar (1594-1700), Juan Gómez (1640-1700), Barrasa (1640-1700), Alamillo (1640-1700), Rubio (1653-1700), Torre del Abad, Cabras (1640-1700) y Armijo (1650-1700). Hemos decidido prescindir de aquellas que tengan incluidas dehesas.

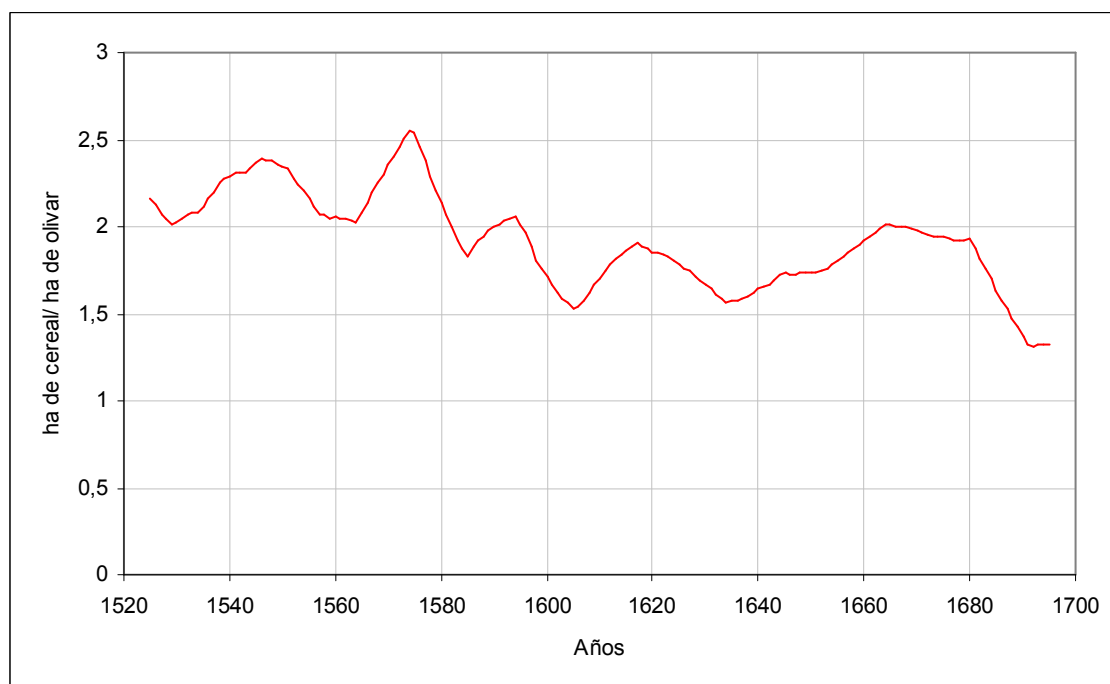
Por su parte, las propiedades de olivar son las seis siguientes: en el Aljarafe, Palmaraya (1521-1635), Robaina (1521-1632), Pilas (1521-1650), Benahacín (1521-1630), Marlos (1532-1609); y en la Campiña, Quintos.

GRÁFICO 5. Renta de la tierra en Sevilla de las propiedades de cereal y olivar
Medias móviles de once años (en maravedíes corrientes por hectárea)



Fuente: ACS, sección II, serie 1ª, libros 2B-160; y elaboración propia

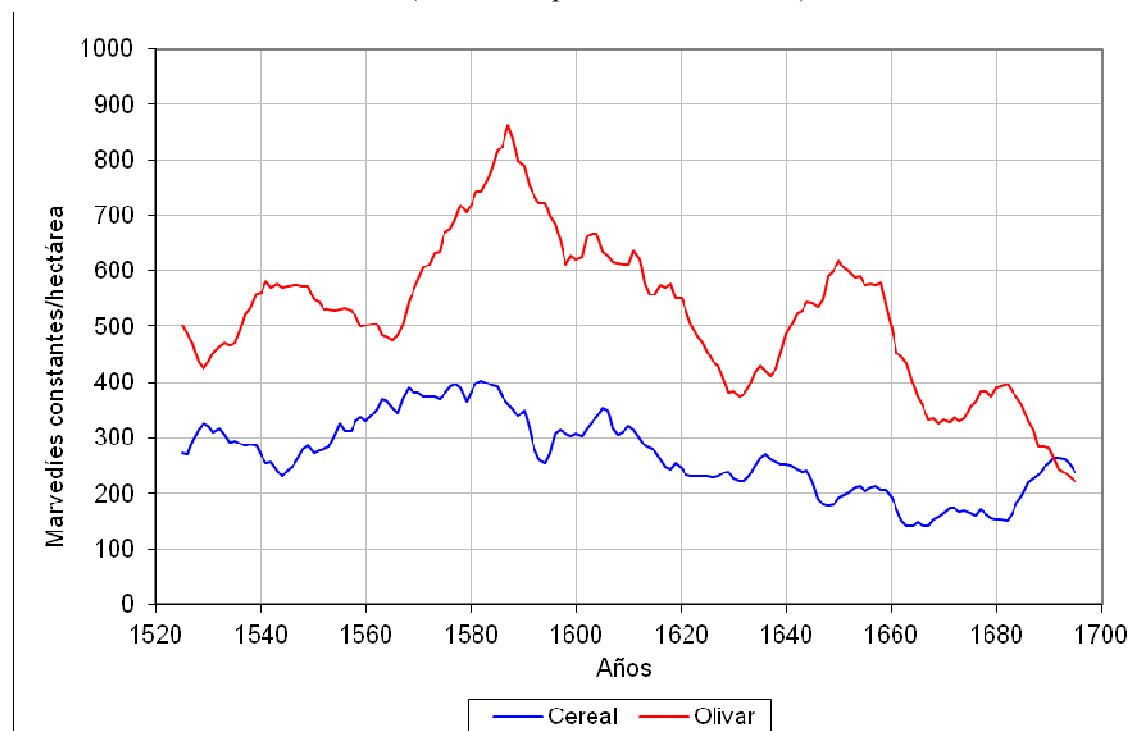
GRÁFICO 6. Precios relativos del arrendamiento de tierras en Sevilla.
Medias móviles de once años (hectáreas de tierras de cereal/hectárea de tierras de olivar)



Fuente: ACS, sección II, serie 1ª, libros 2B-160; y elaboración propia

La serie de renta de la tierra de las propiedades productoras de cereal la hemos deflactado por los precios del trigo (67%) y de la cebada (33%), mientras que la serie de renta agraria de las propiedades olivereras la hemos deflactado por los precios del aceite en origen. Los resultados se muestran en el gráfico 7. En él, podemos observar como la renta de la tierra de las propiedades de olivar siempre va a estar situada por encima encima de la renta de las propiedades de cereal —excepto en los años finales del siglo XVII— y que aquella sufrirá un fuerte proceso de deterioro con respecto a ésta entre 1594 y 1637, por un lado, y entre 1649 y 1695, por otro.

GRÁFICO 7. Renta de la tierra en Sevilla de las propiedades de cereal y olivar
Medias móviles de once años (en maravedíes constantes por hectárea). Medias móviles de 11 años (base 100 = promedio 1521-1530)



Fuente: ACS, sección II, serie 1ª, libros 2B-160; y elaboración propia

5. CONCLUSIONES

1) En torno a 1530 la mesa capitular poseía 8.863 hectáreas de tierras repartidas por las comarcas sevillanas de la Campiña (45 por ciento), la Vega del Guadalquivir (27 por ciento), el Aljarafe (22 por ciento) y el Campo de Tejada (6 por ciento). Cuando llegue el año 1650 el número de hectáreas controladas habrá registrado un incremento del 38 por ciento para situarse en la cantidad de 12.235 distribuidas del siguiente modo: la Campiña congregará el 59 por ciento, la Vega del Guadalquivir el 20 por ciento, el Aljarafe el 16 por ciento y, por último, el Campo de Tejada acumulará el 5 por ciento. El medio siglo que resta hasta 1700 no presenciara grandes modificaciones en el patrimonio territorial de la mesa capitular.

2) El incremento en la posesión de tierras entre 1530 y 1650 se concentró, casi exclusivamente, en la comarca de la Campiña, zona de predominio de cortijos y donadíos, esto es, de grandes explotaciones destinadas al cultivo del cereal y a usos ganaderos donde la mesa capitular pasará de tener siete a dieciocho fincas. Pero tan significativo como el propio aumento patrimonial lo constituye el hecho de que tal esfuerzo en la incorporación de tierras se concentrase en la década de 1630 y sean las donaciones de miembros de importantes familias sevillanas y de oligarcas de grandes localidades rurales los que la protagonicen.

3) En 1530 el 71 por ciento de las fincas estaban destinadas a la siembra de cereal, el 11 por ciento al cuidado de olivares, el 5 por ciento al viñedo y la categoría *otros cultivos*, que viene a recoger fundamentalmente la extensión de las dehesas insertas en los cortijos, suponía el 13 por ciento. Sin embargo, cuando el calendario se sitúe alrededor de 1630 el influjo del cereal se habrá extendido sobre el 82 por ciento de las tierras y el cultivo de olivos y vides habrá descendido hasta representar el 6 por ciento y el 3 por ciento, respectivamente. Es en estas cifras donde aparece reflejada, todavía de manera incipiente, otra de las actuaciones de mayor trascendencia que los capitulares aplicaron sobre la gestión de su patrimonio rústico: el descepe masivo de olivares y vides perpetrado entre las fechas de 1630 y 1650, esencialmente, sobre las heredades que acumulaban en la comarca del Aljarafe y en los alrededores de Sevilla. Para que se tenga una idea aproximada de la magnitud del proceso emprendido, entre las dos fechas

referidas se llegan a arrancar más de 25.000 olivos. El cultivo por el que se opta como sustituto de olivos y vides es el cereal. No obstante, las cifras halladas para 1630 no recogen toda la intensidad y magnitud del proceso apuntado, por encontrarse éste en su etapa inicial. Los cálculos realizados para 1700 arrojan un balance más esclarecedor: el 85 por ciento de las tierras de la mesa capitular estarán destinadas al cereal, el 3 por ciento al olivar, el 2 por ciento al viñedo y la categoría *otros cultivos* englobará el 10 por ciento de la extensión total de las propiedades. Según demuestran la evolución de los precios relativos del arrendamiento de tierras de olivar y cereal, la primera tiende a caer con respecto a la segunda, es decir, los ingresos procedentes de las tierras de olivar pierden atractivo desde finales del siglo XVI en relación con los ingresos procedentes de la cesión de propiedades de cereal, de ahí que los capitulares opten por descepar sus tierras para destinarlas al cultivo de farináceas.

4) La tercera *decisión económica* de importancia adoptada por los capitulares consistió en la venta, a finales del siglo XVI, de los dos últimos señoríos jurisdiccionales que aún conservaba en la comarca del Aljarafe, y ello, por la doble cuestión que supuso para la institución religiosa el abandono definitivo de su función como señor jurisdiccional, tras un dilatado periodo que se remonta a los propios orígenes del Cabildo como corporación para abarcar toda la Baja Edad Media y la mayor parte del Quinientos, y la consiguiente asunción plena de su papel como simple rentista de la tierra.

5) Los capitulares no empleaban el arrendamiento a corto plazo como fórmula jurídica a la hora de ceder sus fincas sino que apostaban por el arrendamiento a muy largo plazo. Además, otro rasgo un tanto atípico lo constituía el hecho de que percibiesen una parte de la renta cobrada en moneda y otra parte en especie.

6) Serán miembros de la oligarquía urbana de Sevilla, de la que formaban parte los propios canónigos, detentadores del gobierno municipal y con importantes intereses asociados al comercio y la tierra, los que arrienden, principalmente, las fincas pertenecientes a la mesa capitular.

7) Sin desechar la confluencia de otros factores —como por ejemplo el ahorro en los costes de gestión—, la variable que explicaría en buena medida la apuesta de la mesa capitular por los contratos a largo plazo vendría determinada por el hecho de que son, principalmente los propios canónigos y los círculos de poder de la ciudad de Sevilla de los que forman parte, los principales beneficiados a la hora de acceder al arriendo de las ricas propiedades de la mesa capitular, por lo que no es de extrañar que confeccionen un tipo de contrato que, sin menoscabar los intereses estrictamente económicos del consistorio capitular, cumplan con la función de formar relaciones de clientela y procuren, para ello, condiciones favorables a este grupo social.

8) El pago a satisfacer en los contratos de arrendamiento establecidos por la mesa capitular constaba de una parte principal determinada en moneda y de un montante subsidiario exigido en especie, concretamente en gallinas. En contra de lo que suponía este tipo de pagos en otras instituciones y zonas del país, el cobro en gallinas era de una importancia meridiana para los canónigos hispalenses ya que, al arrendar sus propiedades rústicas por extensos períodos de tiempo, suponía una salvaguarda contra los perniciosos efectos de la inflación.

9) Entre 1525 y 1577 la serie de la renta de la tierra deflactada por los precios del trigo, la cebada y el aceite experimenta un alza del 58%. Una segunda etapa puede distinguirse entre 1577 y 1667, y estará atravesada por una profunda fase depresiva que hace que nuestra variable disminuya un 64%. La última de las etapas es aquella que se encuentra comprendida entre 1667 y 1692, y en ella —tras el paso por tres lustros (1667-1682) marcados por el estancamiento y la atonía en el crecimiento—, la serie consigue un avance equivalente al 64%.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ VÁZQUEZ, J. A. (1987): *Rentas, precios y crédito en Zamora en el Antiguo Régimen*, Zamora, Colegio Universitario de Zamora.
- ANES ÁLVAREZ, G. (1970): *Las crisis agrarias en la España Moderna*, Madrid, Taurus.
- ARTOLA GALLEGÓ, M. (1983): *Antiguo Régimen y revolución liberal*, Barcelona, Ariel.
- BERNAL RODRÍGUEZ, A. M. (1988): *Economía e historia de los latifundios*, Madrid, Espasa Calpe.
- BORRERO FERNÁNDEZ, M. (1983): *El mundo rural sevillano en el siglo XV. Aljarafe y Ribera*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla.
- BORRERO FERNÁNDEZ, Mercedes (1984): “La propiedad de la tierra en el Aljarafe sevillano durante la Baja Edad Media”, *Actas del Congreso de Historia Rural (siglos XV al XIX)*, MADRID, pp. 95-107.
- BORRERO FERNÁNDEZ, Mercedes (1991): “Crisis de cereales y alza de precios en la Sevilla de la primera mitad del siglo XVI”, Sevilla, *Historia. Instituciones. Documentos*, volumen 18, publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- BORRERO FERNÁNDEZ, Mercedes (1998): “La explotación de la tierra: contratos agrarios y prácticas agrícolas en Carmona a fines del Medievo”, *Actas del I congreso de historia de Carmona*, Sevilla, pp. 253-282.
- BORRERO FERNÁNDEZ, Mercedes (2003): *La organización del trabajo. De la explotación de la tierra a las relaciones laborales en el campo andaluz (siglos XIII-XVI)*, Sevilla, Secretariado de publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- BRUMONT, F. (1984): *Campo y campesinos de Castilla la Vieja en tiempos de Felipe II*, Madrid, Siglo XXI.
- CARMONA GARCÍA, Juan Ignacio (1993): *El extenso mundo de la pobreza: la otra cara de la Sevilla Imperial*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla.
- CARPIO ELÍAS, J. (2010): *La explotación de la tierra en la Sevilla de los siglos XVI y XVII*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla.
- COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ, A. (1975): “Génesis de la gran propiedad en la Baja Edad Media: la propiedad eclesiástica sevillana”, *La economía agraria en la historia de España. Propiedad, explotación y rentas*, Madrid, pp. 133-140.
- CORONAS VIDA, L. J. (1994): *La economía agraria de las tierras de Jaén 1500-1650*, Granada, Universidad de Granada.
- CUERVO FUENTE, N. (2004): “La renta de la tierra y su evolución en la mitad norte de la provincia de Ávila durante los siglos XVI y XVII”, *Investigaciones de Historia Económica*, nº 5, Madrid, pp. 9-37.
- DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA (2004): *Atlas de la provincia de Sevilla*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. (dir.) (1980): *Historia de Andalucía IV. La Andalucía del Renacimiento (1504-1620)*, Madrid, Editorial Planeta.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. (dir.) (1981): *Historia de Andalucía VI. Los inicios del capitalismo (1621-1778)*, Madrid, Editorial Planeta.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. (1984): *Historia de Sevilla. La Sevilla del siglo XVII*, Sevilla, secretariado de publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio (1991): *Orto y ocaso de Sevilla*, Sevilla, secretariado de publicaciones de la Universidad de Sevilla.

- GAMERO ROJAS, M. (1998): “Los contratos de arrendamiento de las grandes unidades de explotación en la Baja Andalucía (siglos XVI-XIX)”, en OSTOS, P. y PARDO, M. L. (Eds.): *En torno a la documentación notarial y a la historia*, Sevilla, Ilustre colegio notarial de Sevilla, pp. 125-142.
- GARCÍA SANZ, A. (1977): *Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Castilla la Vieja. Economía y sociedad en tierras de Segovia, 1500-1814*, Madrid, Akal.
- GONZÁLEZ AGUDO, D. (2009): *Renta Agraria y coyuntura económica en Castilla la Nueva durante el siglo XVI. El cabildo de la catedral de Toledo*, trabajo de doctorado inédito, Universidad Complutense de Madrid.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (ed.) (2000): *La historia de Andalucía a debate. I: campesinos y jornaleros: una revisión historiográfica*.
- GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel (1973): *El concejo de Carmona a fines de la Edad Media (1464-1523)*, Sevilla, Diputación provincial de Sevilla.
- GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. (1977): “Propiedades y rentas territoriales del Cabildo de la Catedral de Sevilla a fines de la Edad Media”, en *Cuadernos de Historia*, nº 7, pp. 167-212.
- GONZÁLEZ MARISCAL, M. (2006): *propiedad, explotación y renta de la tierra en Sevilla, 1500-1700*, Trabajo inédito de investigación para la obtención del DEA, Universidad Complutense de Madrid.
- GRUPO DE HISTORIA SOCIAL AGRARIA ANDALUZA (1997): “El arrendamiento como estrategia patrimonial de la gestión de los cortijos en la campiña de Córdoba (ss. XVI-XX)”, Salamanca, *VIII congreso de historia agraria*, pp. 403-418.
- HAMILTON, E. J. (1983): *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Barcelona, Ariel.
- HERRERA GARCÍA, A. (1980): *El Aljarafe sevillano durante el Antiguo Régimen. Un estudio de su evolución socioeconómica en los siglos XVI, XVII y XVIII*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla.
- IZQUIERDO BENITO, R. (1980): “Modo de explotación del patrimonio del cabildo catedral de Toledo durante la segunda mitad del siglo XVI: contratos de arrendamiento”. *Hispania*, 40, pp. 357-393.
- LADERO QUESADA, M. Á. (1976): “Donadíos en Sevilla. Algunas notas sobre el régimen de la tierra hacia 1500”, *Archivo hispalense*, 181, pp. 19-91.
- LADERO QUESADA, M. A. (1989): *Historia de Sevilla. La ciudad medieval (1248-1492)*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- LLOPIS AGELÁN, E. (1991): “La renta de las dehesas extremeñas en los dos últimos tercios del siglo XVI”, en *En memoria de M^a Ángeles Gil Luezas*, Madrid, AC, pp.323-339.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, A. L. (1992a): *La economía de las órdenes religiosas en el Antiguo Régimen: sus propiedades en el Reino de Sevilla*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, A. L. (1992b): “Crisis y reconversión de las economías monásticas al final del Antiguo Régimen: el monasterio de Santa Inés de Écija en el siglo XVIII”, *Archivo hispalense: revista histórica, literaria y artística*, Tomo 75, nº 230, pp. 3-24.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, A. L. (1996): “Mecanismos de formación del patrimonio del clero regular en el reino de Sevilla durante el Antiguo Régimen: criterios que presidieron la adquisición de sus propiedades”, *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía*, Sevilla, Consejería de Cultura y Medio Ambiente.

- LÓPEZ MARTÍNEZ, A. L. (1997): "La empresa agraria monástica en Andalucía: gestión de las explotaciones agrarias de la orden cartuja (siglos XV-XIX)", *Hispania: revista española de historia*, volumen 57, nº 196, pp. 709-729.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, A. L. (1999): "El patrimonio rústico de los jesuitas en España: una aproximación", *Hispania: revista española de historia*, volumen LIX/3, nº 203, pp. 925-954.
- MARCOS MARTÍN, A. (2000): *España en los siglos XVI, XVII y XVIII. Economía y sociedad*. Barcelona, Crítica.
- MARTÍNEZ RUIZ, J. I. (1992): *Finanzas municipales y crédito público en la España moderna: la hacienda de la ciudad de Sevilla, 1528-1768*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla.
- MONTES ROMERO-CAMACHO, I. (1988): *Propiedad y explotación de la tierra en la Sevilla de la Baja Edad Media. El patrimonio del Cabildo-Catedral*, Sevilla, Fondo de Cultura de Sevilla.
- MONTES ROMERO-CAMACHO, I. (1989): *El paisaje rural sevillano en la Baja Edad Media*. Sevilla, Diputación provincial de Sevilla.
- MORALES PADRÓN, F. (1989): *Historia de Sevilla. La ciudad del Quinientos*, Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla.
- OTTE, E. (1996): *Sevilla y sus mercaderes a fines de la Edad Media*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- PÉREZ EMBID, J. (1977): "El Cabildo de Sevilla en la Baja Edad Media", *Hispania Sacra*, nº XXX.
- PIKE, R. (1978): *Aristócratas y comerciantes. La sociedad Sevillana en el siglo XVI*, Barcelona, Editorial Ariel.
- PONSOT, P. (1986): *Atlas de Historia Económica de la Baja Andalucía (Siglos XVI-XIX)*, Granada, Editoriales Andaluzas Unidas.
- PULIDO BUENO, I. (1982): "Un aspecto de la historia rural: los arrendamientos de la tierra de sembradura. El caso de la comarca onubense en el siglo XVII", *Archivo Hispalense*, 200, pp.5-34.
- ROBLEDO HERNÁNDEZ, R. (1984): *La renta de la tierra en Castilla la Vieja y León (1836-1913)*, Madrid, sección de publicaciones del Banco de España.
- RUBIO MERINO, P. (1987): *Archivo de la santa, metropolitana y patriarcal iglesia catedral de Sevilla. Inventario general, Tomo I*, Madrid, Fundación Ramón Areces.
- RUBIO MERINO, P. y GONZÁLEZ FERRÍN, M. I. (1998): *Archivo de la santa, metropolitana y patriarcal iglesia catedral de Sevilla. Inventario general, Tomo II*, Madrid, Fundación Ramón Areces.
- SÁNCHEZ SALAZAR, Felipa (1988): *Medidas de superficie tradicionales utilizadas en el Reino de Sevilla y sus equivalencias con el sistema métrico decimal*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales.
- SEBASTIÁN AMARILLA, J. A. (1990): "La renta de la tierra en León durante la Edad Moderna. Primeros resultados y algunas reflexiones a partir de fuentes monásticas", *Revista de Historia Económica*, año VIII, nº 1, pp. 53-80.
- SEBASTIÁN AMARILLA, J. A. (1992): *Agricultura y rentas monásticas en tierras de León. Santa María de Sandoval (1167-1835)*, 2 volúmenes, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- YUN CASALILLA, B. (2004): *Marte contra Minerva. El precio del imperio español, c. 1450-1600*, Barcelona, Crítica.

CRUCERO

CONCLUSIONES

CAPÍTULO 1. ANDALUCÍA OCCIDENTAL: EL MARCO GEOGRÁFICO Y LA POBLACIÓN, 1521-1800

De los objetivos que nos habíamos marcado al inicio del primer capítulo, el segundo de ellos —ya que el primero (la delimitación y representación del espacio geográfico) cumplía funciones meramente descriptivas—, esto es, el referente a la cuantificación de los efectivos humanos con los que contaba la Andalucía occidental durante la Edad Moderna y el estudio de su trayectoria en el transcurso de tiempo, se ha visto satisfecho en buena medida y rebasado con notoriedad en sus intenciones originales, pues, finalmente, no sólo hemos trazado la evolución de la población del poniente andaluz, sino que también, alentados por los novedosos resultados conseguidos, se optó por reconstruir el movimiento de la población para toda la región andaluza entre 1580 y 1800. Sin embargo, a pesar de este balance netamente positivo, hemos de reconocer que los problemas que hemos encontrado en la última de las partes del desarrollo de nuestra disertación en lo tocante a las cifras de población que ofrecen los censos y vecindarios para la provincia de Cádiz y su encaje con los datos de bautizados que manejamos, han dejado una sensación con un leve poso de amargor que esperamos desaparezca, más pronto que tarde, tras una revisión crítica de todo el caudal de datos utilizado. A continuación, pasamos a destacar las principales conclusiones a las que hemos llegado tras nuestra investigación:

1) En la evolución demográfica de Andalucía occidental —provincias de Cádiz, Huelva y Sevilla— entre 1520 y 1800 se pueden distinguir, fundamentalmente, tres grandes etapas: la primera, comprendida entre 1531 y 1575, estaría marcada por un vigoroso crecimiento, en el cual la población llega a duplicarse; la segunda de las fases se extendería de 1575 a 1654 y en ella, la curva de bautizados calculada describe un prolongado y pausado comportamiento recesivo que acabará suponiendo una pérdida poblacional equivalente al 20% del total; por fin, la tercera de las etapas abarcaría desde 1654 hasta 1795 y en ella, la variable vuelve a transitar por la senda del crecimiento con una considerable pujanza no exenta de vaivenes —el aumento final consignado llega a superar el 80%—, hasta tal punto, que el último año de este período coincide con el máximo valor alcanzado en los doscientos ochenta años por los que transita nuestro estudio. En resumidas cuentas, entre 1531 y 1795, la población en Andalucía occidental

casi habría llegado a triplicarse, lo que supone asumir una tasa de crecimiento anual acumulativo del 0,4%.

2) La evolución demográfica de cada una de las tres provincias objeto de estudio presenta comportamientos dispares. La que mejor balance arroja es, sin duda, la provincia gaditana, que logra cuadruplicar su población entre las décadas de 1530 y 1790, mientras que las provincias de Sevilla y Huelva muestran resultados bastante decepcionantes (su población se multiplica por 1,8 y 1,7, respectivamente).

3) En la curva de bautismos de la provincia de Cádiz se pueden distinguir, *grosso modo*, tres grandes etapas de crecimiento interrumpidas por dos importantes ciclos contractivos: el primero de ellos entre estos últimos (1575-1605) estaría caracterizado por su prolongada extensión en el tiempo más que por su profundidad, mientras que el segundo (1696-1710), se distinguiría por todo lo contrario, esto es, por el fuerte impacto negativo que tuvo lugar en un lapso de tiempo relativamente corto. Por su parte, las tres etapas de crecimiento son las siguientes: 1528-1575, en la que el número índice llega a duplicar su valor y el aumento poblacional se concentra en la comarca de la Campiña; 1605-1696, en la que la tendencia alcista —que escasamente se verá interrumpida en casi todo el siglo XVII salvo por el estancamiento producido entre 1643 y 1654— contempla un incremento total del 83%; y 1710-1795, que supone el último periodo de esplendor demográfico en los tres siglos analizados (el incremento final de éste se sitúa de nuevo en torno al 80%), en el cual se pueden observar dos momentos en los que la evolución de la población atraviesa por ciertas dificultades (1735-1746 y 1761-1768). Las comarcas que mejor evolución demográfica presentan entre el inicio del siglo áureo y los estertores del ilustrado son las de la Costa noroccidental-Bahía de Cádiz —que consigue multiplicar su población por 5,8 entre 1535 y 1795— y la de la Janda ($\times 3,8$), mientras que la comarca del Campo de Gibraltar ($\times 1,3$) es la que peor comportamiento demográfico experimenta.

4) Para el caso de la provincia de Sevilla, el perfil de la curva de bautizados traza el curso de tres grandes fases: 1531-1579, en la cual se produce un espectacular crecimiento que llega a multiplicar la población por 2,2 y que se encuentra concentrado, fundamentalmente, en la ciudad de Sevilla y en la comarca de la Alta Campiña-Sierra Sur; 1579-1654, época de franco declive demográfico, lento pero de paso firme hasta

1622 y de una severidad estremecedora entre 1639 y 1654 —en tan solo quince años el valor del índice desciende un 21% en el conjunto provincial y un 30% en la ciudad hispalense—; y 1654-1795, siglo y medio dominado por el estancamiento, la atonía y la debilidad demográfica con una muy leve —casi imperceptible— tendencia al alza. La comarca que mejor comportamiento advierte en todo el tiempo estudiado es la de la Alta Campiña-Sierra Sur (logra multiplicar su población por 2,5). Por su parte, las demarcaciones que peor resultado arrojan son la Sierra de Constantina ($\times 1$) y El Aljarafe ($\times 1,1$), con índices de valor muy similar en las décadas de 1530 y 1790.

5) Por su parte, en la evolución del índice de bautizados en la provincia de Huelva podemos vislumbrar tres grandes etapas: 1543-1571, en la cual el valor de la variable se incrementa un 57%, esto es, el resultado más modesto de los conseguidos a escala provincial durante el avance que acontece en el Quinientos; la segunda etapa iría desde 1571 hasta 1653 y en ella la variable llega a perder casi todo el progreso acumulado durante buena parte del siglo XVI, por lo que Huelva aparece como la provincia dónde más profunda resulta la crisis demográfica que tiene lugar hasta la mitad del siglo XVII; por último, desde 1653 hasta 1795 se vive una etapa de crecimiento en la cual la variable gana un 65% de su valor. La comarca que mejor balance arroja en los siglos analizados es El Andévalo, que logra multiplicar su población por 4,7; por el contrario, la demarcación que peor resultado obtiene es la Sierra de Aracena ($\times 1,3$) con un número índice de similar valor en 1540 y en 1790.

6) Con la intención de llevar a cabo comparaciones entre nuestros cálculos y los elaborados por otros autores, ampliamos la base geográfica de nuestro estudio e incluimos datos de bautizados para la provincia de Córdoba. En la serie cordobesa también podemos distinguir, fundamentalmente, tres etapas: la primera abarca desde 1542 a 1572 y en ella, la serie experimenta un incremento de su valor igual al 60%, esto es, el más débil junto al onubense de los que hemos estimado para las cuatro provincias estudiadas; la segunda se extiende desde 1572 a 1653 y aquí, la variable describe una larga fase de estancamiento y decadencia al final de la cual se habrá producido una pérdida poblacional equivalente al 16%; finalmente, entre 1654 y 1795 la variable vuelve a transitar por la senda del crecimiento, acumulando un incremento final del 61%. El balance que arrojan los datos nos indica que entre la década de 1530 y la de 1790 la población cordobesa logrará prácticamente duplicarse.

7) Las diferencias que presenta el índice de bautizados de la baja Andalucía con respecto al índice construido para Andalucía occidental son de cierta relevancia, debido a que la inclusión de la provincia de Córdoba viene a matizar los grandes movimientos demográficos referidos anteriormente —en líneas generales, su incorporación a la muestra hace que la variable reduzca su valor en una media de seis puntos porcentuales—. Así, el aumento de población que habíamos descrito para buena parte del siglo XVI —circunscrito en este caso al período 1534-1575— se mitiga en buena medida y acaba alcanzando un incremento final del 78%; la depresión del último cuarto del siglo de oro y las primeras cinco décadas del XVII supone un descenso muy similar al descrito para Andalucía occidental, concretamente, del 18%; y, por fin, la larga recuperación que se produce a partir de 1654 y que llega hasta el final del límite temporal que nos hemos marcado, se ve reducida en tres puntos hasta situarse en el 77%. Como balance final, tenemos que decir que entre 1534 y 1795 el valor del índice se multiplica por 2,57 frente al 2,90 alcanzado por las provincias incluidas en la Andalucía occidental entre 1531 y 1795.

8) Las diferencias de nuestro índice de bautizados para la baja Andalucía y los confeccionados por otros autores se concentran en los períodos 1570-1650 y 1770-1800, esto es, en la crisis de las últimas décadas del siglo XVI y la primera mitad del XVII, por una parte, y en el crecimiento finisecular del XVIII, por otra. A nuestro parecer, la depresión demográfica entre 1570 y 1650 es bastante más acusada de lo que se venía pensando hasta el momento (la pérdida poblacional sería del 16% entre 1580 y 1650 frente al 8% que se venía manejando), mientras que el aumento de población de las últimas décadas del siglo ilustrado resultaría de mayor intensidad (en promedio, un 15% más) del que reflejaban las series de otros investigadores.

9) Por su parte, el comportamiento demográfico de toda Andalucía presenta una evolución bastante más positiva de lo que se pensaba hasta el momento por las siguientes causas: en primer lugar, porque se había infravalorado el crecimiento de la población de la baja Andalucía entre 1760 y 1800 debido a que no se había captado en su totalidad el fuerte incremento que tuvo lugar en la comarca de la Costa Noroccidental-Bahía de Cádiz; y, en segundo lugar y fundamentalmente, porque la serie andaluza que se venía manejando tampoco recogía de manera adecuada la

trayectoria demográfica de la alta Andalucía y, con ello, el muy sustancial aumento de población que ésta experimentó. La razón de esta tara se encuentra en el tipo de ponderación que se eligió a la hora de confeccionar el índice, en función del tamaño de los núcleos de población. Esto determinó que no se corrigiese el pronunciado sesgo territorial que la muestra presentaba de partida, lo que, en última instancia, tendía a infravalorar el comportamiento de la serie andaluza.

10) En resumidas cuentas, no es el declive sino el estancamiento lo que caracteriza la evolución de la población andaluza entre las décadas de 1580 y 1650, por lo cual, en términos estrictos, no parece demasiado acertado hablar de crisis demográfica en Andalucía durante el siglo XVII; en segundo lugar, entre las décadas de 1650 y 1790, el crecimiento que se produce no resulta tan lánguido y anémico como se nos mostraba, sino bastante más pujante y pronunciado —el aumento de nuestro índice entre ambas décadas se sitúa en el 92% frente al 54% del índice *Pérez García*—. Por último, tenemos que indicar que mientras el *índice Pérez García* arroja un incremento del 31% entre las décadas de 1580 y 1790, el nuestro experimenta un alza del 90%.

11) Si antes de estos nuevos cálculos la evolución demográfica de Andalucía entre finales del siglo áureo y los estertores del ilustrado la situaban *a mitad de camino* entre lo que acontecía en la España interior y aquello que otro que tenía lugar en la Cornisa Cantábrica, nuestras estimaciones permiten afinar su trazado en una nueva posición: entrelazándose a la que marcan la España del arco mediterráneo y la España septentrional hasta la década de 1710 y, a partir de esa fecha, tomando un rumbo propio que la ubica cada vez más lejos de las regiones mediterráneas a medida que se acerca el siglo XIX y algo por encima, pero en paralelo, al perfil dibujado por las regiones norteñas de la península ibérica.

12) No obstante, tenemos que indicar que tras la curva de bautismos andaluza para toda esta época se esconden dos modelos demográficos de distinto signo: el primero de ellos, estaría representado por las provincias costeras de Cádiz, Málaga, Granada y Almería —lo que podemos denominar como la Andalucía penibética—, cuya curva de bautizados describe un dibujo y unas maneras que la equiparan a la evolución seguida por las regiones de la España mediterránea; mientras que el segundo modelo estaría compuesto por las provincias de Huelva, Sevilla, Córdoba y Jaén —la Andalucía

bética—, cuyo comportamiento demográfico se asemeja bastante al representado por las regiones de la España interior.

13) Las conclusiones a las que hemos llegado al nivel subregional de la Andalucía occidental tras el estudio de los censos y vecindarios de población seleccionados y tras la realización de las correspondientes pruebas de fiabilidad son las que siguen: 1) la averiguación de la Corona de Castilla de 1533 puede considerarse como un recuento certero y preciso; 2) en el censo de los Obispos de 1587 la ocultación de habitantes rondaría el 11%; 3) el censo de los Millones de 1591 resulta el recuento de peor calidad de todos los estudiados, ya que infravalora la población existente nada menos que en un 29%; 4) el censo de la Sal de 1631, inédito hasta el momento como fuente demográfica para buena parte de Andalucía, no contempla a un 10% de los habitantes que residían en el *triángulo tartésico*; 5) el vecindario de la Ensenada de 1752 exagera el número de súbditos existentes en un 9%; y por último, 6) el censo de Floridablanca parece atesorar una óptima calidad, ya que el margen de error atribuido es de tan sólo el -2,7%.

14) Sin embargo, si desglosamos los datos subregionales por provincias, la realidad retratada viene a modificarse en cierta medida, ya que las pruebas de fiabilidad realizadas vienen captar, por un lado, la excelente fotografía que los recuentos demográficos ofrecen para las provincias de Huelva y Sevilla, y por otro lado, los problemas de cierta consideración que atenazan a las cifras demográficas de los padrones efectuados para la provincia gaditana, lo cual, nos ha impedido, en última instancia, ofrecer cifras de población para la subregión analizada.

CAPÍTULO 2. PRECIOS, ALIMENTACIÓN, PAUTAS DE CONSUMO Y COSTE DE LA VIDA EN SEVILLA, 1521-1800

Consideramos que la investigación que hemos llevado a cabo con respecto al análisis del coste de la vida en la ciudad hispalense puede suponer un aporte de cierta importancia en la historia económica moderna en relación, fundamentalmente, a varios aspectos: en primer lugar, en lo que se refiere al empleo de una novedosa metodología

en la obtención del índice del coste de la vida. Nos referimos concretamente al análisis en profundidad de los precios de una gran cantidad de productos (hasta ciento cinco), que en el caso de los alimentos se ha traducido en la obtención de sus precios en maravedíes por cada millar de kilocalorías, con la intención última de jerarquizarlos según su baratura y observar las posibilidades de compra de una familia prototípica en función de sus necesidades energéticas diarias y de las restricciones presupuestarias que tuviese que enfrentar; de incorporar bienes a nuestro estudio de gran trascendencia en el gasto de las unidades familiares, tales como el pan, el alquiler de viviendas, los productos textiles o un sustancial surtido de bienes industriales. En segundo lugar, por estudiar las pautas de consumo y los hábitos alimenticios que se traslucen de la documentación de un antiguo hospital sevillano, por observar sus cambios en el tiempo y por contrastarlos con lo que otros investigadores expertos en la historia de la alimentación y el consumo han evidenciado para otras ciudades españolas y europeas. Y ello, con el propósito de insertar los resultados obtenidos en la elaboración de distintas cestas de consumo que den fiel reflejo en su composición de las transformaciones halladas. Además, las cantidades fijadas de los productos alimenticios de las cestas de consumo confeccionadas han de satisfacer las necesidades energéticas calculadas para la mencionada familia de referencia, además de ajustarse el gasto realizado en todos los ítems a las rentas obtenidas en función de los días trabajados. Consideramos que el empleo de varias canastas de la compra en el diseño de un índice del coste de la vida supone otra de las aportaciones relevantes de nuestro estudio.

De este modo, un análisis de cierta profundidad en torno a la evolución de los precios, los salarios, los hábitos alimenticios y las pautas de consumo en la Edad Moderna refleja que, a la hora de confeccionar índices del coste de la vida, resulta más que conveniente el empleo de distintas canastas de la compra que vayan integrando los cambios que se suceden en las distintas variables referidas. Para el caso de la ciudad de Sevilla entre 1521 y 1650, el crecimiento más pausado que experimentan los salarios en relación al resto de precios (entre una y otra fecha el poder adquisitivo de los peones de albañil se verá reducido a poco menos de la mitad) va a llevar aparejado de manera indefectible importantes transformaciones en los usos y costumbres de consumo de la población. El capítulo que más va a erosionar —con gran diferencia— el nivel de vida de los sevillanos durante el siglo XVI será el alquiler de vivienda, pero el alza generalizada de precios hará que, al igual que ocurre —y así ha sido evidenciado por

diversos investigadores— en otras ciudades europeas y españolas, con el paso de los años la población opte por aumentar el consumo de aquellos alimentos más baratos en términos de kilocalorías —pan, tocino, garbanzos— en detrimento de los más onerosos —carnes y pescados, fundamentalmente—. Pero el deterioro en el poder adquisitivo será de tal calibre, que no sólo resultará necesario que las familias reestructuren sus modos de consumo, sino que también se tornará imprescindible el aumento de los días trabajados por el núcleo familiar (remunerados o sin remunerar). Tendemos a pensar que será fundamentalmente el trabajo femenino e infantil el que asuma y sobre el que descansa tal exceso de carga.

Una vez integradas y contempladas en nuestro índice las distintas variables a las que hemos hecho alusión, los resultados obtenidos reflejan ciertos cambios en la evolución del coste de la vida con respecto al índice calculado por Hamilton: por un lado, parece que la curva retratada no comienza a tomar una pendiente de mayor inclinación hasta 1540 —año en el que podemos fechar el inicio de la *revolución de los precios*—, justo en el momento en el que confluyen en la ciudad hispalense la llegada de las primeras grandes partidas de plata americana y el comienzo de un fuerte crecimiento demográfico. No obstante, incluso integrando en nuestro índice el alquiler de vivienda —el bien cuyo precio mayor crecimiento experimenta—, no parece que el aumento de precios para la primera mitad del siglo XVI sea de la envergadura que reflejó Hamilton (del 55% entre las décadas de 1520 y 1540, mientras que nuestro índice crece el 41% con alquiler de vivienda incluido y el 34% sin él). Para la segunda mitad del siglo áureo los resultados del contraste entre uno y otro índice son los opuestos a los de la etapa anterior: en este caso nuestro índice recoge un crecimiento de perfil bastante más acentuado que el retratado por Hamilton (del 94% frente al 63% entre las décadas de 1550 y 1590, respectivamente). Por último, las cifras para la primera mitad del siglo XVII ofrecen unos resultados de bastante similitud entre una y otra serie.

Los precios se multiplicarán por cuatro entre las décadas de 1520 y 1590 y por seis entre las de 1520 y 1640. La categoría de bienes que con diferencia ce crecer de manera más desmedida sus precios es la del alquiler de vivienda (multiplica su precio por diecisiete entre las décadas de 1520 y 1600). Las décadas dónde se concentran las mayores tensiones inflacionistas son las de 1550 (46%), 1580 (35%) y 1540 (24%). Por último, de la comparación del caso sevillano con lo ocurrido en otras ciudades españolas

y europeas podemos concluir que, mientras que en las europeas los precios se duplicaron entre las décadas de 1520 y la de 1600 y en las españolas se multiplicaron — en promedio por 2,8—, en Sevilla el impacto fue apreciablemente mayor (del orden del 4,5).

CAPÍTULO 3. LA PRODUCCIÓN AGRARIA Y EL PRODUCTO AGRARIO POR HABITANTE EN EL ARZOBISPADO HISPALENSE, 1521-1800

La reconstrucción de la trayectoria y la estimación del crecimiento del producto agrario de Andalucía occidental en la Edad Moderna constituyen tareas complejas que obligan a afrontar diversos e importantes escollos: la mayor parte de obispos y cabildos arrendaban, en especie o en metálico, sus derechos decimales; el avance de la amortización eclesiástica entrañó que la cantidad y el porcentaje de tierras exentas de la obligación de diezmar varió en el transcurso del tiempo; los niveles de defraudación en el pago del diezmo parecen haber alcanzado ya niveles de cierta entidad antes de que concluyera el siglo XVIII; y no se dispone de la información suficiente para construir índices ponderados de precios de productos agrarios en origen del aceite, vino, carne y lana, que constituirían la alternativa idónea para deflactar los valores de los diezmos arrendados en metálico. Pese a todas estas dificultades y a la necesidad de introducir supuestos discutibles para el cálculo del crecimiento de las cosechas, consideramos que el examen de la información decimal manejada permite fundamentar varias conclusiones:

1) Andalucía occidental registró una vigorosa expansión agraria en las primeras ocho décadas del siglo XVI, pero ésta se quebró hacia 1580 y no se recobró posteriormente.

2) Dicha región tuvo un crecimiento agrario exiguo entre finales de los siglos XVI y XVIII.

3) La producción vitícola y oleícola descendió en términos absolutos y relativos en las últimas décadas del siglo XVI y en la mayor parte del XVII. A finales del Setecientos, pese a la recuperación que se había iniciado a mediados de la década de 1680, las cosechas de uvas y aceitunas aún no habían recobrado el nivel de finales del tercer cuarto del Quinientos.

4) El producto agrario por habitante disminuyó en las postreras décadas del siglo XVI y en el XVII, y permaneció estancado entre las últimas décadas del siglo XVII y las finales del XVIII. Nuestras estimaciones sugieren que aquél cayó cerca de un 11 por 100 entre finales del Quinientos y del Setecientos. Además, la magnitud del descenso habría sido mayor si hubiésemos comparado los niveles productivos y demográficos de las décadas de 1570 y 1790.

5) Globalmente, el período 1580-1685 fue de depresión agraria para el territorio del arzobispado de Sevilla. La fase contractiva de mayor intensidad se registró en las dos últimas décadas del siglo XVI. De modo que Andalucía occidental también tuvo su crisis del “Seiscientos”, si bien la cronología y el perfil de la misma presentan importantes peculiaridades con respecto a los movimientos depresivos registrados en otras regiones de la Corona de Castilla.

6) La crisis del “largo siglo XVII” en el oeste andaluz se caracterizó, en el contexto de los territorios de la Corona de Castilla, por el apreciable descenso de la renta agraria per cápita y por un ajuste demográfico de consideración más leve.

7) Andalucía occidental desaprovechó una parte en absoluto insignificante de su potencial de crecimiento agrario desde finales del siglo XVI. Aparte de la magra expansión, la valoración de los resultados agrarios del Seiscientos y del Setecientos ha de tener en cuenta el grado de colonización del territorio regional y las posibilidades que el monopolio comercial con el Imperio americano y el dinamismo de la economía atlántica brindaban a las explotaciones agrarias de los territorios relativamente próximos a Sevilla y a la costa gaditana y onubense. Cuando a finales del siglo XVI se establecieron y repartieron territorialmente los millones de acuerdo a la “sustancia” económica y al grado de urbanización de las distintas circunscripciones, Andalucía era la región más rica de la Corona de Castilla (también de España); de ahí que ocupase

entonces una nítida posición de vanguardia en lo que atañe a las cantidades recaudadas, en términos *per capita*, en concepto de alcabalas y millones. En las postrimerías del Setecientos, Andalucía no constituía la región más rica de España y su preeminencia económica dentro de la Corona de Castilla era, probablemente, bastante menos clara que doscientos años atrás. Las vicisitudes históricas tendrán que dar cuenta de ese deterioro relativo de una región que siguió gozando de importantes ventajas institucionales y de situación durante esas centurias.

CAPÍTULO 4. PROPIEDAD, EXPLOTACIÓN Y RENTA DE LA TIERRA EN SEVILLA, 1521-1700

1) En torno a 1530 la mesa capitular poseía 8.863 hectáreas de tierras repartidas por las comarcas sevillanas de la Campiña (45 por ciento), la Vega del Guadalquivir (27 por ciento), el Aljarafe (22 por ciento) y el Campo de Tejada (6 por ciento). Cuando llegue el año 1650 el número de hectáreas controladas habrá registrado un incremento del 38 por ciento para situarse en la cantidad de 12.235 distribuidas del siguiente modo: la Campiña congregará el 59 por ciento, la Vega del Guadalquivir el 20 por ciento, el Aljarafe el 16 por ciento y, por último, el Campo de Tejada acumulará el 5 por ciento. El medio siglo que resta hasta 1700 no presenciara grandes modificaciones en el patrimonio territorial de la mesa capitular.

2) El incremento en la posesión de tierras entre 1530 y 1650 se concentró, casi exclusivamente, en la comarca de la Campiña, zona de predominio de cortijos y donadíos, esto es, de grandes explotaciones destinadas al cultivo del cereal y a usos ganaderos donde la mesa capitular pasará de tener siete a dieciocho fincas. Pero tan significativo como el propio aumento patrimonial lo constituye el hecho de que tal esfuerzo en la incorporación de tierras se concentrase en la década de 1630 y sean las donaciones de miembros de importantes familias sevillanas y de oligarcas de grandes localidades rurales los que la protagonicen.

3) En 1530 el 71 por ciento de las fincas estaban destinadas a la siembra de cereal, el 11 por ciento al cuidado de olivares, el 5 por ciento al viñedo y la categoría *otros cultivos*, que viene a recoger fundamentalmente la extensión de las dehesas insertas en los cortijos, suponía el 13 por ciento. Sin embargo, cuando el calendario se sitúe alrededor de 1630 el influjo del cereal se habrá extendido sobre el 82 por ciento de las tierras y el cultivo de olivos y vides habrá descendido hasta representar el 6 por ciento y el 3 por ciento, respectivamente. Es en estas cifras donde aparece reflejada, todavía de manera incipiente, otra de las actuaciones de mayor trascendencia que los capitulares aplicaron sobre la gestión de su patrimonio rústico: el descepe masivo de olivares y vides perpetrado entre las fechas de 1630 y 1650, esencialmente, sobre las heredades que acumulaban en la comarca del Aljarafe y en los alrededores de Sevilla. Para que se tenga una idea aproximada de la magnitud del proceso emprendido, entre las dos fechas referidas se llegan a arrancar más de 25.000 olivos. El cultivo por el que se opta como sustituto de olivos y vides es el cereal. No obstante, las cifras halladas para 1630 no recogen toda la intensidad y magnitud del proceso apuntado, por encontrarse éste en su etapa inicial. Los cálculos realizados para 1700 arrojan un balance más esclarecedor: el 85 por ciento de las tierras de la mesa capitular estarán destinadas al cereal, el 3 por ciento al olivar, el 2 por ciento al viñedo y la categoría *otros cultivos* englobará el 10 por ciento de la extensión total de las propiedades. Según demuestran la evolución de los precios relativos del arrendamiento de tierras de olivar y cereal, la primera tiende a caer con respecto a la segunda, es decir, los ingresos procedentes de las tierras de olivar pierden atractivo desde finales del siglo XVI en relación con los ingresos procedentes de la cesión de propiedades de cereal, de ahí que los capitulares opten por descepar sus tierras para destinarlas al cultivo de farináceas.

4) La tercera *decisión económica* de importancia adoptada por los capitulares consistió en la venta, a finales del siglo XVI, de los dos últimos señoríos jurisdiccionales que aún conservaba en la comarca del Aljarafe, y ello, por la doble cuestión que supuso para la institución religiosa el abandono definitivo de su función como señor jurisdiccional, tras un dilatado periodo que se remonta a los propios orígenes del Cabildo como corporación para abarcar toda la Baja Edad Media y la mayor parte del Quinientos, y la consiguiente asunción plena de su papel como simple rentista de la tierra.

5) Los capitulares no empleaban el arrendamiento a corto plazo como fórmula jurídica a la hora de ceder sus fincas sino que apostaban por el arrendamiento a muy largo plazo. Además, otro rasgo un tanto atípico lo constituía el hecho de que percibiesen una parte de la renta cobrada en moneda y otra parte en especie.

6) Serán miembros de la oligarquía urbana de Sevilla, de la que formaban parte los propios canónigos, detentadores del gobierno municipal y con importantes intereses asociados al comercio y la tierra, los que arrienden, principalmente, las fincas pertenecientes a la mesa capitular.

7) Sin desechar la confluencia de otros factores —como por ejemplo el ahorro en los costes de gestión—, la variable que explicaría en buena medida la apuesta de la mesa capitular por los contratos a largo plazo vendría determinada por el hecho de que son, principalmente los propios canónigos y los círculos de poder de la ciudad de Sevilla de los que forman parte, los principales beneficiados a la hora de acceder al arriendo de las ricas propiedades de la mesa capitular, por lo que no es de extrañar que confeccionen un tipo de contrato que, sin menoscabar los intereses estrictamente económicos del consistorio capitular, cumplan con la función de formar relaciones de clientela y procuren, para ello, condiciones favorables a este grupo social.

8) El pago a satisfacer en los contratos de arrendamiento establecidos por la mesa capitular constaba de una parte principal determinada en moneda y de un montante subsidiario exigido en especie, concretamente en gallinas. En contra de lo que suponía este tipo de pagos en otras instituciones y zonas del país, el cobro en gallinas era de una importancia meridiana para los canónigos hispalenses ya que, al arrendar sus propiedades rústicas por extensos períodos de tiempo, suponía una salvaguarda contra los perniciosos efectos de la inflación.

9) Entre 1525 y 1577 la serie de la renta de la tierra deflactada por los precios del trigo, la cebada y el aceite experimenta un alza del 58%. Una segunda etapa puede distinguirse entre 1577 y 1667, y estará atravesada por una profunda fase depresiva que hace que nuestra variable disminuya un 64%. La última de las etapas es aquella que se encuentra comprendida entre 1667 y 1692, y en ella —tras el paso por tres lustros

(1667-1682) marcados por el estancamiento y la atonía en el crecimiento—, la serie consigue un avance equivalente al 64%. Vale.

POPULATION, COST OF LIVING, AGRICULTURAL PRODUCTION AND LAND RENTS IN WESTERN ANDALUSIA, 1521-1800

CHAPTER 1. WESTERN ANDALUSIA: THE GEOGRAPHICAL CONTEXT AND THE POPULATION, 1521-1800

This first chapter has two fundamental objectives: on the one hand, to define the geographical framework that our study is limited to and indicate its main characteristics; and on the other hand, to quantify the human resources available within the territorial demarcation to be defined and to study its evolution from 1521 to 1800. For this last task, we will use the figures that emerge from different neighbourhoods and population censuses, as well as those taken from the baptismal registers of fifty-nine localities. By cross-referring data from both documentary sources, we will submit the always questionable population counts to reliability tests in order to, where applicable, correct their content upwards or downwards, as the case may be. Furthermore, we will pay special attention to the evolution of baptism rates by province, with the aim of unravelling the nature of the observed differences.

The main contributions that our work may bring to research in demographic history include offering - for the first time - specific figures, classified by province, on the evolution of the population in western Andalusia in the Modern Era. Other contributions are the creation of a reliable baptism index for the aforementioned subregion based on the use of a sample of baptised individuals in a number of localities, which significantly improves what had been used to date; the calculation of a new baptism index for the entire Andalusian region, and for the two subregions into which this territory has traditionally been divided (the results obtained, as we will see, qualify - in some cases and periods - and/or fundamentally modify, during the course of other stages and in comparison with other territories, the perception that existed of Andalusian demographic patterns in the Ancien Régime). Finally, we can add the use of a significant number of censuses and neighbourhoods (some of which had still not been treated in depth for the study of Andalusian historical demography) and verification of their reliability.

The chapters are ordered in the following way: in section two, the territory under study is specified, indicating the main traits that define it. In section three, a critical analysis of the use of baptismal registers as a source for demographic study is undertaken, the calculation methods used in obtaining the index numbers are indicated, the series of baptisms are analysed - paying special attention to the provincial contrasts found - and the results obtained for western Andalusia and the entire Andalusian region are compared with other Spanish regions. A similar procedure is followed in section four, but this time with respect to the censuses and neighbourhoods examined. Thus, a critical study of the sources, the calculation methods for obtaining results and their subsequent analysis comprise the essential elements of this section. To top this off, we will cross-check the information obtained from the two main documentary sources used and we will provide figures on the evolution of the population in western Andalusia between 1520 and 1800. Finally, the fifth section presents the most important conclusions reached in the development of each chapter.

Conclusions

1) In the demographic evolution of western Andalusia - the provinces of Cadiz, Huelva and Seville - between 1520 and 1800, three major stages can be distinguished. The first, between 1531 and 1575, would be marked by vigorous growth, with the population doubling. The second stage would be from 1575 to 1654 and during this period the calculated baptism curve describes a prolonged, gradual recession that would eventually lead to a 20 per cent population loss. Finally, the third stage would last from 1654 to 1795 and during this period the variable once again follows a path of substantial growth, although not without vicissitudes (the final recorded increase was in excess of 80 per cent). In a nutshell, between 1531 and 1795, the population in western Andalusia would almost have tripled, which effectively means a cumulative annual growth rate of 0.4 per cent.

2) The demographic evolution of each of the three provinces under study shows

different behaviour. The province with the best figures is, without a doubt, the province of Cadiz, where the population quadrupled between the 1530s and the 1790s, while the provinces of Seville and Huelva show rather disappointing results (their populations increased by a factor of 1.8 and 1.7, respectively).

3) With a view to making comparisons between our calculations and the estimates of other authors, we extend the geographical scope of our study and include data on baptisms for the province of Cordoba. The differences between the baptism index of lower Andalusia and the index for western Andalusia are of some significance: thus, the population increase that we have described for a good part of the sixteenth century -limited in this case to the period 1534-1575 - was mitigated to a large extent, and the final increase was 78per cent. The depression of the last quarter of Spain's golden age and the first five decades of the seventeenth century entailed a fall very similar to that described for western Andalusia, specifically 18 per cent. Finally, the long recovery that took place from 1654 onwards, and which continued until the end of the time period that we have established, was reduced by three percentage points to 77 per cent. As a final balance, we must mention that between 1534 and 1795 the value of the index increased by a factor of 2.57 compared with the 2.90 reached by the provinces included in western Andalusia between 1531 and 1795.

4) The differences between our baptism index for lower Andalusia and those of other authors are concentrated in the periods 1570-1650 and 1770-1800, that is, in the crisis of the last decades of the sixteenth century and the first half of the seventeenth century, on the one hand, and in the growth at the end of the eighteenth century, on the other. In our opinion, the demographic depression between 1570 and 1650 was more severe than had been previously thought (population loss would be 16 per cent between 1580 and 1650 compared with the former figure of 8 per cent), whereas the population increase of the last decades of the century of enlightenment would be more intense (on average, 15 per cent more) than reflected in the series of other researchers.

5) For its part, the demographic patterns of Andalusia as a whole show a more positive evolution than previously thought for the following reasons: firstly, because the

population growth in lower Andalusia between 1760 and 1800 had been underestimated due to the fact that the substantial increase that took place in the district of the North-West Coast-Bay of Cadiz had not been captured in its totality; and, secondly and fundamentally, because the preceding Andalusian series did not include the demographic trajectory of upper Andalusia adequately and, with that, the very substantial population increase experienced there.

6) In essence, it was not decline but rather stagnation that characterised the evolution of the Andalusian population between the 1580s and the 1650s, for which reason, strictly speaking, it does not seem appropriate to talk of demographic crisis in Andalusia during the seventeenth century. Second, between the 1650s and the 1790s, the growth that took place was not as languid and anaemic as previously shown, but rather more vigorous and pronounced - the increase in our index between these decades is 92 per cent compared with the 54 per cent of *Pérez García's* index. Finally, we must point out that while the *Pérez García index* gives an increase of 31 per cent between the 1580s and the 1790s, ours experiences an increase of 90 per cent.

7) If, before these new calculations, the demographic evolution of Andalusia between the end of Spain's golden century and the last gasp of the century of enlightenment situated it *halfway* between what happened in the Spanish interior and what happened on the Cantabrian coast, our estimates enable us to set it in a new position: interweaving that marked by the Spain of the Mediterranean area and northern Spain until the 1710s and, after this date, following its own direction that located it further and further from the Mediterranean regions as the nineteenth century approached and somewhat above, but in parallel, to the profile of the northern regions of the Iberian Peninsula.

8) Nevertheless, we must point out that two different demographic models lie concealed behind the Andalusian baptism curve for this entire period. The first of these would be represented by the coastal provinces of Cadiz, Malaga, Granada and Almeria - what we can call Penibetic Andalusia - whose baptism curve describes a behaviour pattern that equates it to the evolution followed by the regions of Mediterranean Spain; while the

second model would be composed of the provinces of Huelva, Seville, Cordoba and Jaen - Betic Andalusia - whose demographic patterns bear a reasonable resemblance to those of the Spanish interior.

9) The conclusions that we have reached at the subregional level of western Andalusia, after the study of selected population censuses and neighbourhoods and after the corresponding reliability tests, are the following: 1) the survey of the Crown of Castile in 1533 can be considered an accurate and precise count; 2) in the Bishops' census of 1587 the concealment of inhabitants would be around 11 per cent; 3) the Millones census of 1591 was the worst-quality count of all those studied, as it underestimated the existing population by no less than 29 per cent; 4) the Salt census of 1631, hitherto unknown as a demographic source for a good part of Andalusia, did not take into account 10 per cent of the inhabitants living in the *Tartessian triangle*; 5) in 1752, the neighbourhood of La Ensenada exaggerated the number of inhabitants by 9 per cent, and finally, 6) the Floridablanca census seems to be of optimum quality, as the margin of error attributed is only -2.7 per cent.

10) However, if we break down the subregional data by provinces, the reality portrayed is modified to a certain extent, as the reliability tests performed capture, on the one hand, the excellent photograph that the demographic inventories offer for the provinces of Huelva and Seville, and on the other hand, the considerable problems that beset the population figures of the censuses carried out for the province of Cadiz, which, ultimately, has prevented us from offering population figures for the subregion analysed.

Bibliography

- BIRABEN, J. N. y BLANCHET, D. (1982): "Le mouvement naturel de la population en France avant 1670", *Population*, 37, 6, pp. 1099-1132.
- BLAYO, Y. (1975): "Mouvement naturel de la population française de 1740 à 1829", *Démographie Historique, Population*, n° spécial, pp. 15-64.

- BLAYO, Y. y HENRY, L. (1975): "La population de la France de 1740 à 1829", *Démographie Historique, Population*, nº spécial, pp. 71-122.
- CARRETERO ZAMORA, J. M. (2008): *La Averiguación de la Corona de Castilla, 1525-1540. Los pecheros y el dinero del Reino en la época de Carlos V*, Valladolid, Junta de Castilla y León.
- DEL PANTA, L. y LIVI BACCI, M. (1990): *La cuestión demográfica*, Barcelona, Oikos-Tau.
- GRUPO COMPLUTENSE DE HISTORIA ECONÓMICA (2011): *La población y el producto cerealista en Guadalajara en la Edad Moderna*, Documento de Trabajo de la AEHE, DT-AEHE nº 1101, [<http://www.aehe.net/2011/01/dt-aehe-1101.pdf>]
- LIVI BACCI, M. (1968): "Fertility and nuptiality changes in Spain from the late 18th to the early 20th century", *Population Studies*, vol. XXII, part. 1, pp. 83-102 y part. 2, pp. 211-234.
- LLOPIS AGELÁN, E. (2004): "El crecimiento de la población española, 1700-1849: índices regionales y nacional de bautismos", *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 24, pp. 9-24.
- LLOPIS AGELÁN, E. y PÉREZ MOREDA, V. (2003): "Evolución demográfica de la zona centro de España a través de los índices de bautismos, 1580-1850", *Estudios de Historia y Pensamiento Económico. Homenaje al profesor Francisco Bustelo García del Real*, Madrid, Editorial Complutense, pp. 113-146.
- LLOPIS AGELÁN, E. y SEBASTIÁN AMARILLA, J. A. (2007): "La economía española en el Antiguo Régimen: balance y legado", en DOBADO GONZÁLEZ, R., GÓMEZ GALVARRIATO, A. y MÁRQUEZ, G. (compiladores), *España y México: ¿Historias económicas paralelas?*, México DF, Fondo de Cultura Económica.
- PÉREZ GARCÍA, J. M. (1995): "La evolución de la población andaluza en la Edad Moderna", *Actas del II congreso de Historia de Andalucía (I). Andalucía Moderna*, Córdoba, Junta de Andalucía/Cajasur, pp. 29-47.
- PÉREZ GARCÍA, J. M. (2008): "La población andaluza en el época del Barroco (1580-1760)", *Congreso Internacional Andalucía Barroca: actas*, Sevilla, Consejería de Cultura, pp. 169-182.
- PÉREZ MOREDA, V. (1998): "La evolución demográfica española en el siglo XVII", en SIDES, *La popolazione italiana nel Seicento*, Bologna, CLUEB, pp. 141-169.
- PONSOT, P. (1986): *Atlas de historia económica de la Baja Andalucía: siglos XVI-XIX*, Madrid, Editoriales Andaluzas Unidas.
- WRIGLEY, E. A. y SCHOFIELD, R. S. (1981): *The population history of England, 1541-1871: a reconstruction*, Cambridge, Cambridge University Press.

CHAPTER 2. PRICES, FOOD, CONSUMPTION PATTERNS AND THE COST OF LIVING IN SEVILLE, 1521-1800

The main objective of this chapter is to construct a cost-of-living index for the city of Seville between 1521 and 1800 that enables us, in subsequent sections, to deflate the economic variables recorded in nominal or current terms. The structure of the index to be created consists of two very different parts, whose definition has been determined according to the documentary mass that we have been capable of analysing in depth to date.

The first part keeps its time boundaries within the period from 1521 to 1650. This part will entail the fundamental *ground* where we move in order to address all the issues indicated in the title of the chapter, namely, the in-depth study of the prices collected and of those other aspects concerning the crucial issues of metrology and the energy contributions from food; the analysis and identification of the changes that occurred in the eating habits and in the consumption patterns of the Sevillian population; the making up, doing justice to what has been found, of various consumer baskets that enable us to integrate the changes that were previously made apparent; and, finally, a comparative examination of the evolution of the cost of living in the Sevillian capital.

In order to fulfil such intentions, we have extracted all the information possible from the *account ledgers (libros de cargo y descargo) of the Santa Marta hospital*, an unprecedented source of exceptional quality for studying prices and the history of food, which has become the cornerstone on which we have been able to erect the building of our entire dissertation. The other two essential sources that have been used for the elaboration of this first part of the index are the *account ledgers and diaries (libros de cargo y data) of major-domos of the Misericordia hospital* - the consultation of which has enabled us to obtain prices and information relating to an important variety of industrial and textile products - and the figures contained in the monumental and indispensable work of Earl J. Hamilton on American treasure and the price revolution in Spain from 1501 to 1650. On the basis of consulting these three sources, we have managed to compile information on the prices of as many as one hundred and five products, which have been grouped under the following headings: I) Food; II) Alcoholic drinks; III)

Clothing and footwear; IV) Housing; V) Fuel and lighting; VI) Household items; and VII) Other goods and services.

For its part, the second of the parts comprising the price index focuses on the stage that goes from 1650 to 1800. In this case, our task consists of using and extending the series of prices for Seville that was published in the journal *América Latina en la Historia Económica*, to which the author subscribes along with four other researchers. As the time horizon of the published index falls within the period 1680-1800, we have been obliged to increase the time period and extend it back to 1650, using the same sources as those utilised in the aforementioned article for this purpose.

After a brief introduction, the chapter is structured in the following manner: section two presents the different products for which we have managed to compile price figures, making use of the classification into categories and sub-categories of goods and services established above; the statistical techniques employed to cover the information gaps that we have come across; the equivalences and methods used to convert the original units of measurement into the metric system and, from there, in the case of foodstuffs, into prices per thousand kilocalories; and, finally, the changes in consumption patterns and eating habits that the specialised literature in this area brings to light, and also those others that can be deduced from the account books of the Santa Marta hospital. In the third section, the process of constructing the cost-of-living index is initiated, using three different consumer baskets for this purpose (one for each of the following stages: 1521-1550, 1551-1600 and 1601-1650). This process involves looking at the changes that specialists in the history of food and consumption have identified for the Modern Era, what has been deduced from an analysis of the account books of the Santa Marta hospital, the budgetary restrictions that a typical family had to cope with and the energy needs the family had to meet. Moreover, in this section our index will also be compared with the one that was developed by Hamilton and with those created by other researchers for some European cities. Finally, in the fourth section a list of the main conclusions that we have reached in developing this chapter are presented.

Conclusions

We feel that the research carried out into the cost of living in Seville, and its analysis, may be considered a contribution of some importance to modern economic history in a number of respects. First, it is important due to the use of a novel methodology for obtaining the cost-of-living index. We refer in particular to the in-depth analysis of the prices of a great number of products (as many as one hundred and five), which in the case of food have been converted into their prices in *maravedíes* (an old Iberian coin) per thousand kilocalories, with the ultimate aim of arranging them in order according to their cheapness and observing the purchasing options of a prototypical family depending on their daily energy requirements and the budgetary restrictions they had to cope with. Also note the inclusion of goods in our study that were of great importance in family expenses, such as bread, the renting of accommodation, textile products or a substantial assortment of industrial goods. Second, it is also significant that we have studied the consumption patterns and eating habits that are revealed by the documentation of an old Seville hospital, observed their changes over time and compared them with what other expert researchers in the history of food and consumption have demonstrated for other Spanish and European cities. This has been done with the intention of using the results obtained to make up different consumer baskets, the composition of which faithfully reflects the changes encountered. Furthermore, the set amounts of foodstuffs in the consumer baskets created have to meet the energy requirements calculated for the aforementioned reference family, and the expenditure on all items has to be adjusted to income earned depending on the number of days worked. We consider the use of various consumer baskets in the design of a cost-of-living index to be another of the relevant contributions of our study.

In this way, a reasonably in-depth study into the evolution of prices, wages, eating habits and consumption patterns in the Modern Era shows that, when it comes to designing cost-of-living indices, it is highly desirable to use different consumer baskets that incorporate the changes taking place in the different variables referred to. In the case of the city of Seville between 1521 and 1650, the slowest growth experienced by wages in relation to prices (between one date and the other the purchasing power of building

labourers was reduced to a little less than half) was to unfailingly go hand in hand with important changes in the uses and consumption habits of the population. The item that is most going to erode the living standards of Sevillians, by far, during the sixteenth century would be the renting of accommodation. However, the overall rise in prices would mean that, as happens - and this has been shown to be so by several researchers - in other Spanish and European cities, over the years the population chooses to increase the consumption of those foodstuffs that are cheaper in terms of kilocalories - bread, salted pork fat, chickpeas - instead of consuming more expensive ones - meat and fish. But the fall in purchasing power was to be on such a scale that not only would families have to restructure their consumption patterns, but it would also become necessary to increase the number of days that the nuclear family worked (paid or unpaid). We tend to think that it would be basically be female and child labour that took on the burden of such an excessive workload.

Once the different variables referred to have been incorporated into our index and examined, the results obtained reflect certain changes in the evolution of the cost of living with respect to the index calculated by Hamilton. On the one hand, it seems that the curve portrayed does not start to become steeper until 1540, the year in which we can date the start of the *price revolution*, just when the first large consignments of American silver started to arrive in Seville, coinciding with the beginning of a period of high population growth. However, even including the renting of accommodation in our index (the good which undergoes the greatest price increase), the price increases during the first half of the sixteenth century do not appear to be on the scale imagined by Hamilton (increases of 55 per cent between the 1520s and the 1540s, whereas our index grows 41 per cent with the renting of accommodation included and 34 per cent without this factor). For the second half of Spain's golden century the results of contrasting one index with the other are the opposite of those for the previous stage: in this case our index shows a considerably more vigorous growth than that portrayed by Hamilton (94 per cent compared with 63 per cent between the 1550s and the 1590s, respectively). Finally, the figures for the first half of the seventeenth century present results that show a fair degree of similarity between one series and the other.

Prices quadrupled between the 1520s and the 1590s and increased sixfold between the 1520s and the 1640s. The category of goods which had by far the most disproportionate price increase was that of the renting of accommodation (its price increased seventeenfold between the 1520s and the 1600s). The greatest inflationary tensions were concentrated in the 1550s (46 per cent), the 1580s (35 per cent) and the 1540s (24 per cent). Finally, from the comparison of the Sevillian case with what happened in other Spanish and European cities we can conclude that, while in European cities prices doubled between the 1520s and the 1600s, and in Spanish cities they increased by, on average, a factor of 2.8, in Seville the impact was markedly greater (about 4.5).

Bibliography

- ALLEN, R. C. (2001): "The Great Divergence in European Wages and Prices from the Middle Ages to the first World War", *Explorations in Economic History*, 38, pp. 411-447.
- BERNARDOS SANZ, J. U. (1997): *No sólo de pan. Ganadería, abastecimiento y consumo de carne en Madrid (1450-1805)*, tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid.
- BERNARDOS SANZ, J. U. (2001): "El abastecimiento y consumo de pescado en Madrid durante el Antiguo Régimen", comunicación presentada al *VII Congreso de la Asociación Española de Historia Económica*, Zaragoza.
- BERNARDOS SANZ, J. U. (2004): "La evolución del consumo de alimentos y otros productos básicos a finales del Antiguo Régimen. Una reflexión sobre el caso español", ponencia presentada en el *II Congreso Nacional de Historia Económica de México*.
- BERNARDOS SANZ, J. U., HERNANDO, J., MADRAZO, G. y NIETO, J. (2010): "Energy consumption in Madrid, 1561 to c. 1860", in *Common ground, converging gazes*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 316-339.
- BROADBERRY, S. y GUPTA, B. (2006): "The early modern great divergence: wages, prices and economic development in Europe and Asia, 1500–1800", *Economic History Review*, 59 (1), pp. 2-31.
- DOBADO-GONZÁLEZ, R. y GARCÍA-MONTERO, H. (2012): "Neither so low nor so short: wages and heights in Bourbon Spanish America from an international comparative perspective", *EHES Working Papers in Economic History*, n° 14, *European Historical Economics Society*, [http://ehes.org/EHES_No14.pdf].
- FEINSTEIN, C. H. (1998): "Pessimism Perpetuated: real wages and the standard of living in Britain during and after the Industrial Revolution", *The Journal of Economic History*, vol. 58, n° 3, pp. 625-658.

- FELIU i MONTFORT, G. (1991b): *Precios y salarios en la Cataluña Moderna. Volumen I: Alimentos*, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España.
- FELIU i MONTFORT, G. (1991c): *Precios y salarios en la Cataluña Moderna. Volumen II: Combustibles, productos manufacturados y salarios*, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España.
- FLANDRIN, J-L. y MONTANARI, M. (dir.) (2011): *Historia de la alimentación*.
- HAMILTON, E. J. (1983): *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Barcelona, Ariel.
- HAMILTON, E. J. (1988): *Guerra y precios en España, 1651-1800*, Madrid, Alianza Universidad.
- HOFFMAN, P. T., JACKS, D. S., LEVIN, P. A., and LINDERT, P. H. (2002): "Real Inequality in Europe since 1500", *The journal of Economic History*, vol. 62, No. 2, pp. 322-355.
- KELLY, M. y Ó GRÁDA, C. (2012): "Agricultural output, calories and living standards in England before and during the Industrial Revolution", UCD Centre for economic research, working paper series, WP12/12, UCD School of Economics, University College Dublin, Belfield Dublin 4.
- LIVI BACCI, M. (1988): *Ensayo sobre la historia demográfica europea: población y alimentación en Europa*, Barcelona, Ariel.
- LLOPIS AGELÁN, E., GARCÍA-HIERNAUX, A., GARCÍA MONTERO, H., GONZÁLEZ-MARISCAL, M y HERNÁNDEZ GARCÍA, R. (2009): "Índices de precios de tres ciudades españolas, 1680-1800: Palencia, Madrid y Sevilla", *América Latina en la Historia Económica*, nº 32, pp. 29-80.
- LLOPIS AGELÁN, E. y GARCÍA MONTERO, H. (2011): "Precios y salarios en Madrid, 1680-1800", *Investigaciones en Historia Económica*, Vol. 7, nº 2, pp. 295-309.
- MALANIMA, P. (2013): "When did England overtake Italy? Medieval and early modern divergence in prices and wages", *European Review of Economic History*, Volume 17, Issue 1, pp. 45-70.
- NADAL OLLER, J. (1959): "La revolución de los precios españoles en el siglo XVI", *Hispania: revista española de historia*, nº 77, pp. 503-529.
- REHER, D. y BALLESTEROS, E. (1993): "Precios y salarios en Castilla la Nueva: la construcción de un índice de salarios reales, 1501-1991", *Revista de Historia Económica*, año XI, nº 1, pp. 101-151.
- STEIN, S. J. y STEIN, B. H. (2000): *Plata, comercio y Guerra. España y América en la formación de la Europa Moderna*, Barcelona, Crítica.
- VAN ZANDEN, J. L. (1999): "Wages and the standard of living in Europe, 1500-1800", *European Review of Economic History*, 2.
- VAN ZANDEN, J. L. (2005): "What happened to the standard of living before the Industrial Revolution? New evidence from the Western part of the Netherlands" in ALLEN, R. C., BENGTSSON, T., and DRIBE, M. (eds.), *Living standards in the past. New perspectives on well-being in Asia and Europe*, Oxford, Oxford University Press.

CHAPTER 3. TOTAL AGRICULTURAL PRODUCTION AND PRODUCTION PER INHABITANT IN THE ARCHBISHOPRIC OF SEVILLE, 1521-1800

The main objectives of this chapter are to provide a growth estimate, to reveal tendencies and to establish the changes in the composition of the agricultural production of western Andalusia during the sixteenth, seventeenth and eighteenth centuries. In order to do so, we will avail ourselves of the classic information source for these types of endeavours: the documentation on tithes. In our case, the fundamental source of information for this study lies in the tithes received by the Archbishop of Seville and the Bishops of Cordoba and Cadiz in different time frames, as well as the amounts of grain and cash payments collected by the Chapter of Seville Cathedral in the form of tithes.

After a brief introduction, the paper is structured as follows: in section two, information sources are introduced and examined and the methods employed for the estimation of agricultural growth are explained in detail. In section three, the tithes established and the production indices calculated are presented and analysed, and some explanations for the agricultural difficulties experienced between the end of the sixteenth century and the first half of the seventeenth century are ventured here. Finally, section four is dedicated to presenting the main conclusions of this research work.

Conclusions

Estimating the growth in agricultural production in western Andalusia during the Modern Era and reconstructing its trajectory are complex tasks that require diverse and important obstacles to be overcome. Most bishops and chapters would rent out their tithe rights, either in kind or in exchange for cash. The progression of amortisation within the Church brought about a variation in time in the amount and percentage of land which was deemed exempt from tithe obligations. The levels of fraud in the payment of tithes had seemingly reached significant levels before the end of the eighteenth century. Furthermore, there is not enough information to construct weighted price indices for agricultural products

based on oil, wine, meat and wool, which would be the ideal alternative to deflate the value of tithes paid in cash. However, despite these difficulties and despite the fact that some debatable assumptions have had to be introduced in order to estimate crop growth, we believe that the study of the tithe data employed here allows several conclusions to be drawn:

1) Western Andalusia registered a vigorous agricultural expansion in the first eight decades of the sixteenth century, but this came to a halt around 1580 and it never recovered.

2) This region experienced weak agricultural growth between the late sixteenth century and the late eighteenth century.

3) Wine and oil production decreased in absolute and relative terms in the last decades of the sixteenth century and during most of the seventeenth century. At the end of the 1700s, and despite the fact that production levels had started to recover by the mid-1680s, the harvests of grapes and olives had not regained the level registered by the end of the third quarter of the sixteenth century.

4) Agricultural production per inhabitant dropped in the last decades of the sixteenth century and during the seventeenth century, and then remained stationary between the last decades of the seventeenth century and the end of the eighteenth century. We estimate that agricultural production decreased by almost 11 per cent between the end of the sixteenth century and the end of the eighteenth. Furthermore, the scope of this reduction would have been greater if we had compared the demographic and production levels for the 1570s and the 1790s.

5) Overall, the period from 1580 to 1685 was characterised by agricultural depression in the area of the Archbishopric of Seville. The stage where this contraction was at its worst was during the last two decades of the sixteenth century. Thus, western Andalusia also experienced its 'crisis of the seventeenth century', although its chronology and profile present their own idiosyncrasies compared with the depression movements registered in other regions of the Crown of Castile.

6) In the context of the territories belonging to the Crown of Castile, the ‘long seventeenth-century crisis’ in western Andalusia was characterised by a significant drop in per capita agricultural income and by a less severe demographic adjustment.

7) Western Andalusia wasted a significant part of its potential for agricultural growth from the end of the sixteenth century. Along with its weak expansion, the assessment of the agricultural results for the seventeenth and eighteenth centuries must take into account the level of colonisation of regional territory and the possibilities that were open to agricultural farming in areas relatively close to Seville and on the coasts of Cadiz and Huelva, due to the commercial monopoly with the American Empire and the dynamism of the Atlantic economy. By the end of the sixteenth century, when the indirect tax on food known as ‘millones’ was established and geographically allocated according to the economic ‘substance’ and the degree of urbanisation of the different subdivisions, Andalusia was the richest region under the Crown of Castile (and also in Spain). Thus, it had a clearly preeminent position with regard to the amount of taxes collected per capita in the form of *millones* and *alcabalas*. By the end of the eighteenth century, Andalusia was no longer the richest region in Spain and its economic pre-eminence within the Crown of Castile was in all likelihood far less evident than it had been two hundred years earlier. Historical vicissitudes will have to account for the deterioration of a region that continued to enjoy significant institutional and geographical advantages during these centuries.

Bibliography

- ALLEN, R. C. (2001): “The Great Divergence in European Wages and Prices from the Middle Ages to the first World War”, *Explorations in Economic History*, 38, pp. 411-447.
- ÁLVAREZ NOGAL, C. y PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (2007b): “The decline of Spain (1500-1850): conjectural estimates”, *European Review of Economic History*, 11, pp. 319-366.

- ÁLAREZ-NOGAL, C. y PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (2013): "The rise and fall of Spain (1270-1850)", *The Economic History Review*, Vol. 66, Issue 1, pp. 1-37.
- BROADBERRY, S. y GUPTA, B. (2006): "The Early Modern Great Divergence: Wages, Prices, and Economic Development in Europe and Asia, 1500-1800", *Economic History Review*, 59, pp. 2-31.
- KELLY, M. y Ó GRÁDA, C. (2012): "Agricultural output, calories and living standards in England before and during the Industrial Revolution", UCD Centre for economic research, working paper series, WP12/12, UCD School of Economics, University College Dublin, Belfield Dublin 4.
- LLOPIS-AGELÁN, E. y GONZÁLEZ-MARISCAL, M. (2010): "Un crecimiento tempranamente quebrado: el producto agrario en Andalucía occidental en la Edad Moderna", *Historia Agraria*, nº 50, pp. 13-42.
- LLOPIS AGELÁN, E. y SEBASTIÁN AMARILLA, J. A. (2007): "La economía española en el Antiguo Régimen: balance y legado", DOBADO, R., GÓMEZ GALVARRIATO, A. y MÁRQUEZ, G. (comps.): *España y México. ¿Historias económicas semejantes?*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, pp. 77-135.
- LLOPIS AGELÁN, E., GARCÍA HIERNAUX, A., GARCÍA MONTERO, H., GONZÁLEZ MARISCAL, M. y HERNÁNDEZ GARCÍA, R. (2007): "Índices de precios de tres ciudades españolas, 1680-1800", *I Congreso Latinoamericano de Historia Económica. Simposio 21: Mercados de bienes y factores agrarios en economías de frontera: América y Europa en los siglos XVII, XVIII y XIX*, Montevideo.
- MALANIMA, P. (2003a): "Measuring the Italian Economy, 1300-1861", *Rivista di Storia Economica*, XIX, 3, pp. 265-295.
- VAN ZANDEN, J. L. (2001): "Early modern economic growth: a survey of the European Economy, 1500-1800", en PRAK, Maarten, ed., *Early Modern Capitalism. Economic and social change in Europe, 1400-1800*, London and New York, Routledge, pp. 69-87.
- VAN ZANDEN, J. L. y HORLINGS, E. (1999): "The rise of the European economy, 1500-1800", en ALDCROFF, D. H. y SUTCLIFFE, A. (eds.): *Europe in the International Economy, 1500 to 2000*, Cheltenham (UK) y Northampton (USA), Edward Elgar.

CHAPTER 4. PROPERTY, EXPLOITATION AND LAND RENTS IN SEVILLE, 1521-1700

The initial objective of this chapter is the analysis of land rents in the Modern Era. Our intention of creating a series of land rents has been based on the study of the rural patrimony of the administrators of the Chapter of Seville Cathedral. The path followed in order to achieve a series of land rents has significantly expanded the initially established objectives and has revealed a remarkable element of singularity in the ownership and

exploitation of the rural patrimony of the aforementioned Chapter. In this way, we start our journey in section two, where we analyse the process of creation of the Chapter's territorial patrimony from 1248 to 1500.

In the third section, the landed properties owned by the Chapter throughout the province of Seville have been carefully inventoried and charted at two moments in time: 1500, the point where we start our study of rural western Andalusia; and 1700, where our study ends for the time being. A balance between the land newly incorporated into the Chapter's patrimony and that which had ceased to belong to it has been calculated between these two moments in time. The next step consisted in measuring the extension of the estates, ascertaining land use and verifying whether modifications were made during the period under study.

Once the agricultural properties had been inventoried, charted and measured, the focus of the study was on understanding the main characteristics of the Chapter's procedures for exploiting the land. This will be addressed in section four.

The fact that most of the income was in the form of cash inevitably led us to use a price index that enabled us to deflate the Chapter's income from property and the series of calculated land rents. The use of the deflator created in the second chapter enabled us to obtain the Chapter's income from property and the land rent variable in constant *maravedíes*, which meant that our initial objective was accomplished. Finally, in section five, the main conclusions of this last chapter of the thesis will be presented.

Conclusions

1) By around 1530, the Chapter of Seville owned 8,863 hectares of land throughout the Sevillian districts of La Campiña (45 per cent), La Vega del Guadalquivir (27 per cent), El Aljarafe (22 per cent) and El Campo de Tejada (6 per cent). By 1650, the number of

hectares under the Chapter's control had registered an increase of 38 per cent to a total of 12,235 hectares, distributed as follows: La Campiña accounted for 59 per cent, La Vega del Guadalquivir 20 per cent, El Aljarafe 16 per cent and, lastly, El Campo de Tejada comprised 5 per cent. There were no substantial modifications in the Chapter's territorial patrimony during the second half of the seventeenth century.

2) The rise in land ownership between 1530 and 1650 was almost exclusively concentrated in the region of La Campiña, an area with a prevalence of *cortijos* and *donados*, large estates dedicated to cereal and livestock. In this district, the Chapter increased its properties from 7 to 18. However, just as relevant as the actual rise in patrimonial land is the fact that this effort to increase land ownership was concentrated in the decade of the 1630s and its origin lay in donations made by important Sevillian families and oligarchs from major rural towns.

3) In 1530, 71 per cent of the land was dedicated to growing cereal, 11 per cent to olive groves, 5 per cent to vineyards and 13 per cent to 'other crops', consisting mostly of pastureland within the *cortijos*. However, by 1630, the presence of cereal had extended to 82 per cent of the land and the cultivation of olive trees and vines had been reduced to 6 per cent and 3 per cent, respectively. Albeit incipiently, these figures already reflect another one of the most significant initiatives carried out by the Chapter in managing its rural patrimony: the extensive uprooting of olive groves and vines carried out between 1630 and 1650, most particularly in the estates in the region of El Aljarafe and the areas surrounding Seville. To help understand the magnitude of the process undertaken, it suffices to know that more than 25,000 olive trees were uprooted between the dates mentioned above. The crop of choice to replace olives and grapes was cereal. However, the figures encountered for 1630 do not reflect the scope and magnitude of the above-mentioned process, as it was still in its initial stage. The estimations made for 1700 present a clearer picture: 85 per cent of the Chapter's lands were dedicated to cereal crops, 3 per cent to olive groves, 2 per cent to vineyards and the 'other crops' category accounted for 10 per cent of the total area of the properties. As the evolution of the relative prices for the rental of olive groves and cereal lands show, the former tended to drop compared to the latter, in other words, the income

coming from olive groves lost its appeal from the end of the sixteenth century when compared to the income from leasing cereal lands. This would explain why the Chapter chose to uproot the trees and vines on its lands to dedicate them to the cultivation of farinaceous crops.

4) The third important *economic decision* made by the Chapter consisted in the sale of the last two seigniories still in its possession in the region of El Aljarafe by the end of the sixteenth century. This operation had a two-fold implication for the religious institution, as it resulted in the permanent abandonment of its role as a seignior after a prolonged period of time that dates back to the origins of the Chapter as a corporation to span the Late Middle Ages and most of the sixteenth century and the subsequent full assumption of its new role as mere landlord.

5) The Chapter members did not use the short-term lease as a legal formula in order to rent their lands, but rather favoured the very-long-term lease. Another peculiarity was the fact that rent was paid partly in cash and partly in kind.

6) The lessees of the Chapter's lands were, mostly, members of the Sevillian urban oligarchy, formed in part by the canons themselves and by powerful members of the local government with important interests in trade and land.

7) Without ruling out the convergence of other factors, for example, savings in administration costs, the variable which would, to a large extent, explain the Chapter's predilection for long-term leases would be determined by the fact that it was mostly the canons, and the city of Seville's circles of power to which they belonged, who were the main beneficiaries of the leasing of the Chapter's attractive properties. It is, therefore, not surprising that a type of contract was designed which both protected the purely economic interests of the Chapter while, at the same time, fulfilled the function of establishing clientele relationships and thus offered favourable conditions for this particular social group.

8) The payment established by the Chapter in the lease contracts consisted of a main part in cash and a subsidiary amount in kind, specifically hens. Contrary to what this type of payment involved in other institutions and regions of the country, payment in hens was of utmost importance for the Sevillian canons. As their rural properties were being leased for long stretches of time, the payment in hens provided a safeguard against the pernicious effects of inflation.

9) Between 1525 and 1577, the series of land rents, deflated by the prices of wheat, barley and oil, rose by 58 per cent. A second stage comprised the period between 1577 and 1667 and featured a profound depression which lowered this variable by 64 per cent. The last stage was between 1667 and 1692, and, after fifteen years had passed (1667-1682), it was characterised by stagnation and lacklustre growth, and the series managed to advance by 64 per cent.

Bibliography

- BORRERO FERNÁNDEZ, Mercedes (2003): *La organización del trabajo. De la explotación de la tierra a las relaciones laborales en el campo andaluz (siglos XIII-XVI)*, Sevilla, Secretariado de publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- BRUMONT, F. (1984): *Campo y campesinos de Castilla la Vieja en tiempos de Felipe II*, Madrid, Siglo XXI.
- CARPIO ELÍAS, J. (2010): *La explotación de la tierra en la Sevilla de los siglos XVI y XVII*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla.
- CORONAS VIDA, L. J. (1994): *La economía agraria de las tierras de Jaén 1500-1650*, Granada, Universidad de Granada.
- CUERVO FUENTE, N. (2004): “La renta de la tierra y su evolución en la mitad norte de la provincia de Ávila durante los siglos XVI y XVII”, *Investigaciones de Historia Económica*, nº 5, Madrid, pp. 9-37.
- GARCÍA SANZ, A (1977): *Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Castilla la Vieja. Economía y sociedad en tierras de Segovia, 1500-1814*, Madrid, Akal.
- GONZÁLEZ AGUDO, D. (2009): *Renta Agraria y coyuntura económica en Castilla la Nueva durante el siglo XVI. El cabildo de la catedral de Toledo*, trabajo de doctorado inédito, Universidad Complutense de Madrid.
- GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. (1977): “Propiedades y rentas territoriales del Cabildo de la Catedral de Sevilla a fines de la Edad Media”, en *Cuadernos de Historia*, nº 7, pp. 167-212.

- MONTES ROMERO-CAMACHO, I. (1988): *Propiedad y explotación de la tierra en la Sevilla de la Baja Edad Media. El patrimonio del Cabildo-Catedral*, Sevilla, Fondo de Cultura de Sevilla.
- PONSOT, P. (1986): *Atlas de Historia Económica de la Baja Andalucía (Siglos XVI-XIX)*, Granada, Editoriales Andaluzas Unidas.
- SEBASTIÁN AMARILLA, J. A. (1990): “La renta de la tierra en León durante la Edad Moderna. Primeros resultados y algunas reflexiones a partir de fuentes monásticas”, *Revista de Historia Económica*, año VIII, nº 1, pp. 53-80.